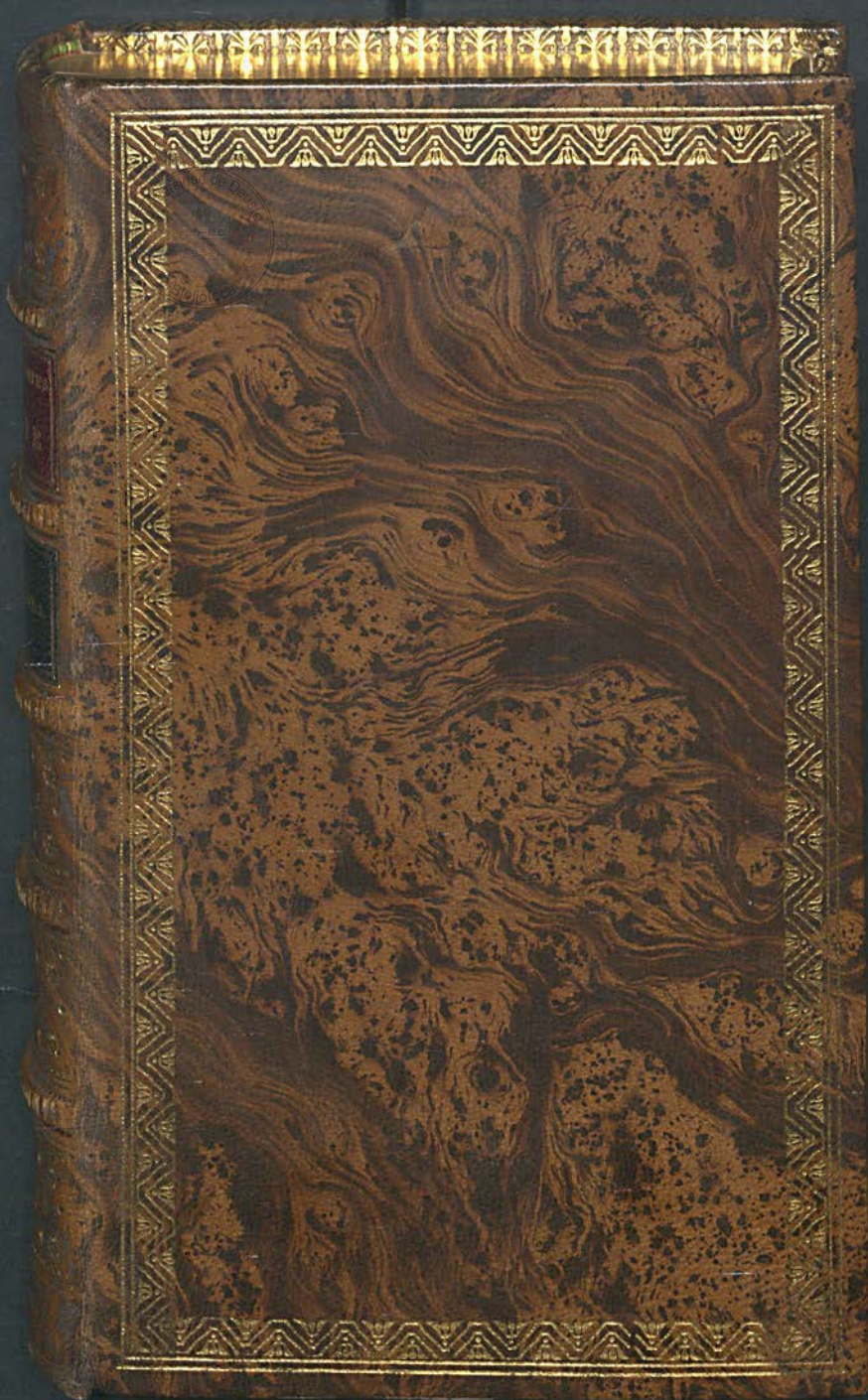




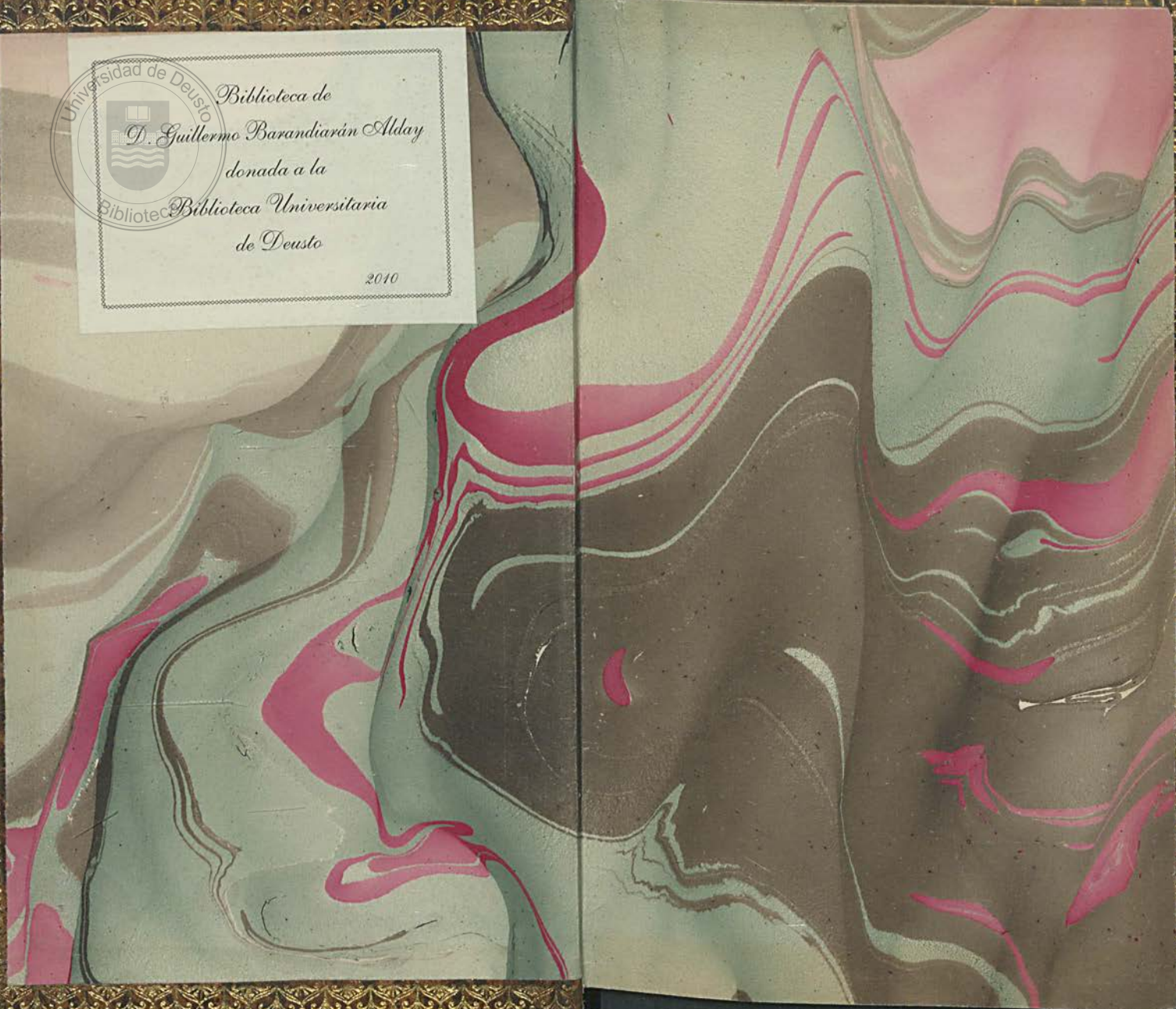
MIGUEL DE CERVANTES
DON
QUIXOTE

PARTE SEGUNDA



*Biblioteca de
D. Guillermo Barandiarán Alday
donada a la
Biblioteca Universitaria
de Deusto*

2010



Relomio. H.













VIDA Y HECHOS
Del Ingenioso Cavallero
DON QVIXOTE
DE LA MANCHA,
COMPUESTA
POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
PARTE SEGUNDA.

Nueva Edicion, corregida y ilustrada con diferentes Estampas muy donosas, y apropiadas à la materia.



EN AMBERES,
Por HENRICO Y CORNELIO VERDUSSEN,
M.DC.XCVII. Años.

Con Licencia y Privilegio



PROLOGO AL LETOR.



Alame Dios, y con quanta gana debes de estar esperando aora, Letor illustre (ò qualquier plebeyo) este Prologo, creyendo hallar en el venganças, riñas y vituperios del Autor del segundo Don Quixote, digo de aquel que dizen, que se engendrò en Tordesillas, y nació en Taragona: pues en verdad que no te he de dar este contento, que puesto que los agravios despiertan la colera en los mas humildes pechos, en el mio ha de padecer excepcion esta regla: quisieras tu que lo diera del Asno, del Mentecato, y del Atrevido; pero no me passa por el pensamiento, castigüele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo aya. Lo que no he podido dexar de sentir, es que me note de viejo, y de manco, como si huviera sido en mi mano aver detenido el tiempo que no passasse por mi, ò si mi manquedad huviera nacido en alguna taberna, sino en la mas alta ocasion que vieron los siglos passados, los presentes, ni esperan ver los venideros: si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas alomenos en la estimacion de los que saben donde se cobraron, que el Soldado mas

bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga: y es esto en mi de manera que si aora me propusieran, y facilitaran un imposible, quisiera antes averme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano aora de mis heridas, sin averme hallado en ella: las que el soldado muestra en el rostro, y en los pechos, estrellas son que guyan à los demas al cielo de la honra, y al desearla justa alabanza. Y ha se de advertir que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el qual suele mejorarse con los años. He sentido tambien que me llame Invidioso, y que como à ignorante me describa que cosa sea la invidia, que en realidad de verdad de dos que ay: yo no conozco sino à la santa, à la noble, y bien intencionada. Y siendo esto assi, como lo es, no tengo yo de perseguir à ningun Sacerdote, y mas si tiene por añadidura ser Familiar del santo Oficio, y si el lo dixo, por quien parece que lo dixo, engañose de todo en todo que del tal adoro, el ingenio admira las obras, y la ocupacion continua y virtuosa; pero en efeto le agradezco à este Señor Autor, el dezir que mis Novelas son mas satiricas, que exemplares; pero que son buenas, y no lo pudieran ser, sino tuvieran donde ser. Parece como que me dizes que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los terminos de mi modestia; sabiendo,

biendo que no se ha de añadir afliccion al afligido, y que la que deve de tener este Señor, sin duda es grande; pues no osa parecer à campo abierto, y al cielo claro encubriendo su nombre, fingiendo su patria, como si huviera hecho alguna traycion de lesa Magestad: si por ventura llegares à conocerle, dile de mi parte que no me tengo por agravado, que bien se lo que son tentaciones del demonio, y que una de las mayores, es ponerle à un hombre en el entendimiento, que puede componer, y imprimir un libro, con que gane tanta fama como dineros, y tantos dineros quanta fama: y para confirmacion desto, quiero, que con tu buen donayre, y gracia le cuentes este cuento:

Avia en Sevilla un Loco, que diò en el mas gracioso disparate, y tema que diò loco en el mundo. Y fue, que hizo un cañuto de caña puntiagudo en el fin, y en cogiendo algun perro en la calle, ò en qualquiera otra parte, con el un pie le cogia el suyo, y el otro le alzava con la mano, y como mejor podia, le acomodava el cañuto en la parte que soplandole, le ponía redondo como una pelota, y en teniendolo desta suerte, le dava dos palmaditas en la barriga, y le soltava, diciendo à los circunstantes (que siempre eran muchos:) Pensarán vuestras Mercedes aora, que es poco trabajo inchar un perro;

PROLOGO

pensará vuestra Merced ahora que es poco trabajo hazer un libro. Y si este cuento no le quadrare, diralle, Letor amigo, este, que tambien es de Loco, y de Perro.

Avia en Cordova otro Loco, que tenia por costumbre de traer encima de la cabeça un pedaço de losa de marmol, ò un canto no muy liviano; y en topando algun perro descuydado, se le ponja junto, y à plomo dexava caer sobre el el peso, amohinavase el perro, y dando ladridos y aullidos no parava en tres calles. Sucedió pues que entre los perros que descargò la carga, fue uno un perro de un Bonetero, à quien queria mucho su Dueño, baxò el canto, diòle en la cabeça, algò el grito el molido perro, viòlo, y sintiòlo su Amo, asió de una vara de medir, y salió al Loco, y no le dexò hueſso sano, y cada palo que le dava, dezia: Perro ladrón, à mi podenco, no viste cruel, que era podenco mi perro? y repitiendole el nombre de podenco muchas vezes, embiò al Loco hecho una alheña. Escarmentò el Loco, y retiròse, y en mas de un mes no salió à la plaça, al cabo del qual tiempo bolviò cò su invención, y cò mas carga. Llegavase donde estava el perro, y mirandole muy bien de hito en hito, y sin querer ni atreverse à descargar la piedra, dezia: Este es podenco, guarda. En efeto todos quantos perros topava, aunque fuesen ala-

nos

AL LETOR.

nos, ò gozques, dezia que eran podencos; y assi no soltò mas el canto, quiza desta fuerte le podrá acontecer à este Historiador, que no se atreverà à soltar mas la presa de su ingenio en libros que en siendo malos, son mas duros que las peñas. Dile tambien que de la amenaza que me haze, que me ha de quitar la ganancia con su libro, no seme dà un ardidite, que acomodandome al entremes famoso de la Perendenga, le respondo que me viva el veynte y quatro mi Señor, y Christo con todos; Viva el gran Conde de Lemos (cuya Christiandad y liberalidad bien conocida, contra todos los golpes de mi corta fortuna, me tiene en pie,) y viva me la suma caridad del Ilustrissimo de Toledo Don Bernardo de Sandoval y Rojas; y si quiera no aya emprentas en el mundo, y si quiera se impriman contra mi mas libros que tienen letras las coplas de Mingo Rebulgo; estos dos Principes, sin que los solicite adulacion mia, ni otro genero de aplauso, por sola su bondad, han tomado à su cargo el hazerme merced, y favorecerme en lo que me tengo por mas dichoso, y mas rico que si la fortuna por camino ordinario me huviera puesto en su cumbre; la honra puede la tener el pobre, pero no el vicioso; la pobreza puede anublar à la nobleza, pero no escurecerla del todo; pero como la virtud de alguna luz de si,

aun-

PROLOGO AL LETOR.

aunque sea por los inconvenientes, y refuquicios de la estrechez, viene à ser estimada de los altos y nobles espíritus, y por el configuiente favorecida, y no le digas mas, ni yo quiero dezirte mas à ti, sino advertirte, que consideres que esta Segunda Parte de Don Quixote, que te ofrezco, es cortada del mesmo Artifice, y del mesmo paño que la Primera, y que en ella te doy à Don Quixote dilatado, y finalmente muerto, y sepultado; porque ninguno se atreva à levantarle nuevos testimonios, pues bastan los passados, y basta tambien que un hombre honrado aya dado noticia destas discretas locuras, sin querer de nuevo entrar en ellas, que la abundancia de las cosas, aunque sean buenas, haze que no se estimen; y la carestia (aun de las malas) se estima en algo. Olvidaseme de dezirte que esperes el Perfil, que ya estoy acabando, y la segunda Parte de Galatea.

APRO-

APROBACION



Or comission del Señor Dotor Gutierrez de Cerina, Vicario General desta Villa de Madrid, Conde de su Magestad, he visto el Libro de la Segunda Parte del Ingenioso Cavallero Don

QUIXOTE DE LA MANCHA, por Miguel de Cervantes Saavedra, ya no hallo en el cosa indigna de un Christiano zeloso, ni que disuene de la decencia devida à buen exemplo, ni virtudes morales; antes mucha erudicion, y aprovechamiento; assi en la cominencia de su bien seguido assunto, para extirpar los vanos y mentirosos Libros de Cavallerias, cuya contigia avia condida mas de lo que fuera justo: como en la figura del lenguaje Castellano, no adulterado con enfadosa, y estudiada afectacion (vicio con razon aborrecida de hombres cuerdos) y en la correccion de vicios, que generalmente toca; ocasionado de sus agudos discursos; guarda con tanta cordura las leyes de reprehension Christiana, que aquel que sufre tocado de la enfermedad que pretende curar, en lo dulce, y sabroso de sus Medicinas, gustosamente avia bevido (quando menos lo imagine) sin impacho, ni asco alguno, lo provechoso de la detestacion de su vicio, con que se hallará (que es lo mas difeíl de conseguirse) gustoso, y reprehendido. Ha avida muchos, que por no aver sabido templar, ni mezclar à propósito lo util con lo dulce; han dado con todo su molesto trabajo en tierra, pues no pudiendo imitar

imitar à Diogenes en lo Filosofo y Docto, atrevi-
da (por no dezir licenciada, y desalumbrada-
mente) le pretenden imitar en lo Cinico, entre-
gandose à maldicientes, inventando casos que
no passaron, para hazer capaz al vicio que to-
can de su aspera reprehension: y por ventura
descubren caminos para seguirle, hasta entonces
ignorados, con que vienen à quedar, sino Repre-
hensores, alomenos Maestros del. Hazense odiosos
à los bien entendidos, con el pueblo pierden el cre-
dito (si alguno tuvieron) para admitir sus eserit-
tos, y los vicios que arrojada, è imprudentemente
quisieron corregir, en muy peor estado que antes,
que no todas las postemas à un mismo tiempo estan
dispuestas, para admitir las recetas, ò cauterios:
antes algunos mucha mejor reciben las blandas y
suaves Medicinas, con cuya aplicacion el atentado
y docto Medico consigue el fin de resolverlas, ter-
mino que muchas vezes es mejor que no el que se
alcança con el rigor del hierro. Bien diferente
han sentido de los eseritos de Miguel de Cer-
vantes, assi nuestra Nacion, como las Estrañas:
pues como à milagro desean ver el Autor de Li-
bros que con general aplauso, assi por su decoro y de-
cencia, como por la suavidad, y blandura de sus
discursos han recebido España, Francia, Italia, Ale-
mania, y Flandes. Certifico con verdad que en
veynte y cinco de Febrero deste año de seyscientos
y quinze, aviendo ydo el Ilustrissimo Señor Don
Bernardo de Sandoval y Rojas, Cardenal, Ar-
cobispo de Toledo, mi Señor, à pagar la visita que à

su Ilustrissima hizo el Embaxador de Francia, que
vino a tratar cosas tocantes à los casamientos de
sus Principes, y los de España, muchos Cavalleros
Franceses, de los que vinieron acompañando al
Embaxador, tan corteses, como entendidos, y ami-
gos de buenas letras, se llegaron à mi, y à otros Ca-
pellanes del Cardinal mi Señor, deseosos de saber
que Libros de ingenio andavan mas validos: y
tocando acafo en este que yo estava censurando, a-
penas oyeron el nombre de Miguel de Cervan-
tes, quando se comenzaron à hazer lenguas, enca-
reciendo la estimacion, en que assi en Francia, como
en los Reynos sus confinantes, se tenian sus Obras,
la Galatea, que alguno dellos tiene casi de memo-
ria, la Primera Parte desta, y las Novelas. Fue-
ron tantos sus encarecimientos que me ofreci lle-
varles que viesse el Autor dellas, que estimaron
con mil demonstraciones de vivos deseos. Pre-
guntaronme muy por menor su edad, su profesion,
calidad, y cantidad. Hallème obligado à dezir que
era viejo Soldado, Hidalgo, y Pobre. A que uno
respondió estas formales palabras: Pues à tal hom-
bre no le tiene España muy rico, y sustentado del
Erario publico. Acudiò otro de aquellos Cavalle-
ros, con este pensamiento, y con mucha agudeza, y
dixo: Si necesidad le ha de obligar à escribir, ple-
ga à Dios que nunca tenga abundancia, para que
con sus Obras, siendo el pobre, haga rico à todo el
mundo. Bien creo que està para censura un poco lar-
ga: alguno dirà que toca los limites de bisongero
à suplico al raga q. n. 102 im. obalo P. elogios

elogio, mas la verdad de lo que cortamente digo, deshaze en el Critico la sospecha, y en mi el cuydado: a demas que el dia de oy no se lisongea a quien no tiene con que rebar el pico del Adulador, que aunque afectuosa y falsamente dize de burlas, pretende ser remunerado de veras. En Madrid a veynte y siete de Febrero, de mil y seyscientos y quinze.

El Licenciado

MARQUEZ TORRES.

LICENCIA

DEL ORDINARIO.

POr comission, y mandado de los Señores del Consejo he hecho ver el Libro contenido en este memorial. No contiene cosa contra la Fe ni buenas costumbres, antes es Libro de mucho entretenimiento licito, mezclado de mucha Filosofia moral puede se dar licencia para imprimirle. En Madrid a cinco de Noviembre de mil y seyscientos y quinze.

DOTOR GUTIERREZ
DE CETINA.

APRO-

A PROVACION.

POr comission y mandado de los Señores del Consejo he visto la Segunda Parte de DON QUIXOTE DE LA MANCHA, por Miguel de Cervantes Saavedra. No contiene cosa contra nuestra tanta Fe Catholica, ni buenas costumbres, antes muchas de h. netta recreacion, y apacible divertimento, que los antiguos juzgaron convenientes a sus Republicas; pues aun la tevera de los Lacedemonios levantaron Estatua a la risa: y los de Tetalia la dedicaron fiestas, como lo dize Pausanias, referido de Bosio, lib. 2. de signis Eccles. cap. 10. alentando animos marchitos, y elpirtus melancolicos; de que se acordò Tulio en el primero de Legibus; y el Poeta, diziendo: *Interpone tuis interdum gaudia curis*, lo qual haze el Autor, mezclando las veras a las burlas, lo dulce a lo provechoso, y lo moral a lo faceto, disimulando en el cebo del donayre, el anuelo de la reprehension, y cumpliendo con el acertado asunto, en que pretende la expulsion de los Libros de Cavallerias: pues con su buena diligencia mañosamente, ha limpiado de su contagiosa dolencia a estos Reynos. Es Obra muy digna de su grande ingenio, honra, y lustre de nuestra Nacion, admiracion, y invidia de las Estrañas. Este es mi parecer. Salvo, &c. En Madrid a 17. de Março 1615.

El M. JOSEPH DE
VALDIVIELSO.

US



DEL PRIVILEGIO.

CARLOS II. Rey Catholico de las Españas y de las Indias, y Señor Potentísimo de los Payſes Baxos, permitió à HENRICO VERDUSSEN, Impreſſor jurado de la Villa de Amberes, que el ſolo podrá imprimir la Primera y Segunda Parte de Don Quixote de la Mancha, compueſtas por Miguel de Cervantes Saavedra; y defendió à qualesquieres Impreſſores, y Libreros, de imprimir el dicho Libro, ni vender ò traerlo en eſtos Eſtados de otra Impreſſion, que del dicho VERDUSSEN, por el tiempo de nueve Años: queriendo à demas, que eſte Privilegio, ò Suma del (ſiendo impreſſo ſobre cada uno Exemplar de los ſobredichos Libros) ſea tenido por devidamente inſinuado; ſo las penas contenidas en la Carta del Privilegio.

Firmada

LOYENS.

VIDA Y HECHOS Del Ingenioſo Cavallero DON QVIXOTE DE LA MANCHA. PARTE SEGUNDA.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO I.

De lo que el Cura, y el Barbero paſſaron con Don Quixote cerca de ſu enfermedad.



CUENTA Zide Hamete Benengeli en la Segunda Parte deſta Hiſtoria, y tercera Salida de Don Quixote, que el Cura, y el Barbero ſe eſtuvieron caſi un mes ſin verle, por no renovarles, y traerle à la memoria las coſas paſſadas. Pero no por eſto dexaron de viſitar à ſu Sobrina, y à ſu Ama, encargandolas tuvieſſen cuenta con regalarle, dandole à comer coſas confortativas, y apropiadas para el coraçon, y el cerebro, de

Parte II.

A

don-

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

donde procedia (segun buen discurso) toda su mala ventura. Las quales dixeron, que assi lo hazian, y lo harian con la voluntad, y cuydado possible: porque echavan de ver, que su Señor, por momentos yva dando muestras de estar en su estero juyzio; de lo qual recibieron los dos gran contento, por parecerles, que avian acertado en averle traydo encantado en el carro de los bueyes (como se conto en la primera Parte desta tan grande, como puntual Historia, en su ultimo Capitulo) y assi determinaron de visitarle, y hazer experiencia de su mejoría, aunque tenian casi por impossible, que la tuviesse; y acordaron de no tocarle en ningun punto de la andante Cavalleria, por no ponerse à peligro de descoñer los de la herida que tan tiernos citavan. Visitaronle en fin, y hallaronle sentado en la cama, vestida una almilla de vayeta verde, con un bonete colorado. Tolledano, y estava tan seco, y amoxamado, que no parecia, sino hecho de carne momia. Fueron del muy bien recibidos, preguntaronle por su salud, y el dió cuenta de si, y della con mucho juyzio, y con muy elegátes palabras. Y en el discurso de su plática vinieron à tratar en esto, que llaman Razon de Estado, y modos de gobierno, emendando este abuso, y condenando aquel; reformando una costumbre, y desterrando otra, haziendole cada uno de los tres un nuevo Legislador, un Licurgo moderno, ò un Solon flamante; y de tal manera renovaron la Republica, que no pareció, sino que la avian puesto en una fragua, y sacado otra de la que pusieron; y habló Don Quixote con tanta discrecion en todas las materias, que se tocaron, que los dos Examinadores creyeron indubitadamente, que estava del todo bueno, y en su entero juyzio. Hallaronle presen-

PARTE SEGUNDA, LIBRO V. 3

tes à la plática la Sobrina, y Ama, y no se hartavan de dar gracias à Dios, de ver à su Señor con tan buen entendimiento: pero el Cura mudando el proposito primero, que era de no tocarle en cosa de Cavallerias, quiso hazer de todo en todo experiencia, si la sanidad de Don Quixote era falsa, ò verdadera; y assi delance en lance vino à contar algunas nuevas, que avian venido de la Corte; y entre otras dixo, que se tenia por cierto, que el Turco baxava con una poderosa Armada, y que no se sabia su designio, ni adonde avrá de descargar tan gran nublado, y con este temor, con que casi cada año nos toca arma, estava puesta en ella toda la Christiandad: y su Magestad avia hecho proveer las costas de Napoles, y Sicilia, y la Isla de Malta. A esto respondió Don Quixote: Su Magestad ha hecho como prudentissimo Guerrero en proveer sus Estados con tiempo, porque no le halle desaperecido el Enemigo: pero si se tomara mi consejo, aconsejarale yo, que usara de una prevencion, de la qual su Magestad la hora de agora deve estar muy ageno de pensar en ella. A penas oyó esto el Cura, quando dixo entre si: Dios te tenga de su mano, pobre Don Quixote, que me parece, que te despenas de la alta cumbre de tu locura hasta el profundo abismo de tu simplicidad. Mas el Barbero (que ya avia dado en el mismo pensamiento que el Cura) preguntó à Don Quixote, qual era la advertencia de la prevencion, que dezia era bien se hiziesse, quiza podria ser tal, que se pusiesse en la lista de los muchos advertimientos impertinentes, que se suelen dar à los Principes. El otro Señor Tapado (dixo Don Quixote) no será impertinente, sino perteneciente. No lo digo por tanto, replicó el Barbero, sino porque tiene mostrado la expe-

riencia, que todos, ò los mas arbitrios que se dan à su Magestad, ò son impossibles, ò disparatados, ò en daño del Rey, ò del Reyno. Pues es mi(respondió Don Quixote) ni es imposible, ni disparatado, sino el mas facil, el mas justo, y el mas mañero y breve, que puede caber en pensamiento de arbitrate alguno. Ya tarda en dezirle vuestra merced, Señor Don Quixote, dixo el Cura. No querria(dixo Don Quixote) ò le dixesse yo aqui agora, y amaneciesse mañana en los oydos de los Señores Consejeros, y se llevasse otro las gracias, y el premio de mi trabajo. Por mi(dixo el Barbero) doy la palabra, para aqui, y para delante de Dios, le no dezir lo que vuestra Merced dixere à Rey, ni à Roque, ni à hombre terrenal; juramento que aprendí del romance del Cura, que el Prefacio aviso al Rey del Ladron, que le avia robado las cien doblas, y la su mula la andriega. No sé Historias, dixo Don Quixote: pero sé, que es bueno esse juramento, en fe de que sé, que es hombre de bien el Señor Barbero. Quando no lo fuera, dixo el Cura, yo le abono, y salgo por él, que en este caso no hablara mas que un mudo, so pena de pagar lo juzgado, y sentenciado. Y à vuestra Merced quien le fia Señor Cura? dixo Don Quixote. Mi profesión, respondió el Cura, que es de guardar secreto. Cuerpo de tal, dixo à esta fazon Don Quixote, al mas fino mandar su Magestad por publico pregon, que se junten en la Corte para un dia señalado, todos los Cavalleros andantes, que vagan por España, que aunque no viniessen sino media docena, tal podria venir entre ellos, que solo bastasse à destruyr toda la potestad del Turco. Estenme vuestras Mercedes atentos, y vayan conmigo. Por ventura es cosa nueva deshazer un solo Cavallero andante un Exer-

cito de dozientos mil hombres, como si todos juntos tuvieran una sola garganta, ò fueran hechos de alfenique? Sino diganme, quantas Historias están llenas destas maravillas? Avia en hora mala para mi, que no quiero dezir para otro, de vivir oy el famoso Don Belianis, ò alguno de los del innumerable linage de Amadis de Gaula, que si alguno destes oy viviera, y con el Turco se afrontara à fee, que no le arrendara la ganancia: pero Dios mirará por su pueblo, y deparará algun, ò que sino tan bravo como los passados andantes Cavalleros, à lo menos no les sera inferior en el animo; y Dios me entiende, y no digo mas. Ay! dixo à este punto la Sobrina, que me maten, sino quiere mi Señor bolver à ser Cavallero andante. A lo que dixo Don Quixote: Cavallero andante he de morir, y baxe, ò suba el Turco quando el quisiere, y quan poderosamente pudiere, que otra vez digo, que Dios me entiende. A esta fazon, dixo el Barbero, suplico à vuestras Mercedes, que se me de licencia para contar un cuento breve, que sucedió en Sevilla, que por venir aqui como de molde, me da gana de contarle: dió la licencia Don Quixote, y el Cura, y los demas le prestaron atencion, y el començo desta manera.

En la casa de los locos de Sevilla estava un hombre, à quien sus parientes avian puesto alli por salto de juicio, era guardado en Canones por Oluna: pero aunque lo fuera por Salamanca (segun opinion de muchos) no dexara de ser loco: este tal graduato, al cabo de algunos años de recogimiento le dió à entender, que estava cuerdo, y en su entero juicio, y con esta imaginacion escribió al Arçobispo, suplicandole encarecidamente, y con muy concertadas razones, le mandasse sacar de aquella miseria en que vivia;

vivia, pues por la misericordia de Dios avia ya cobrado el juyzio perdido: pero que sus parientes, por gozar de la parte de su hazienda le tenían allí, y à pesar de la verdad querían, que fuese loco hasta la muerte. El Arçobispo, persuadido de muchos Villeros concertados, y discretos, mandò à un Capellan suyo se informasse del Retor de la casa, si era verdad lo que aquel Licenciado le escrivia; y que assi mesmo hablasse con el loco, y que si le pareciesse que tenia juyzio, le sacasse y pusiesse en libertad. Hizolo assi el Capellan, y el Retor le dixo, que aquel hombre aun se estava loco, que puesto que hablava muchas vezes como persona de grande entendimiento, al cabo disparava con tantas necedades que en muchas y en grandes ygualan van à sus primeras discreciones, como se podia hazer la experiencia hablandole: quiso hazerla el Capellan, y poniendole con el loco habló con el una hora, y mas; y en todo aquel tiempo jamas el loco dixo razòn torcida, ni disparatada, antes habló tan atentamente, que el Capellan fue forçado à creer, que el loco estava cuerdo: y entre otras cosas que el loco le dixo, fue que el Retor le tenia ojeriza, por no perder los Regalos que sus parientes le hazian, porque dixesse que aun estava loco, y con lucidos intervalos, y que el mayor contrario, que en su disgracia tenia, era su mucha hazienda, pues por gozar de ella sus Enemigos, ponian dolo, y dudavan de la merced que nuestro Señor le avia hecho, en bolverle de bestia en hombre: finalmente, el habló de manera, que hizo sospechoso al Retor; codiciosos, y desalmados à sus parientes, y à el tan discreto, que el Capellan se determinò à llevarsele consigo, à que el Arçobispo le viesse, y tocasse con la mano

la verdad de aquel negocio. Con esta buena fée el buen Capellan pidió al Retor mandasse dar los vestidos, con que allí avia entrado el Licenciado: bolvió à dezir el Retor, que mirasse lo que hazia, por que sin duda alguna el Licenciado aun se estava loco: no sirvieron de nada para con el Capellan, las prevenciones, y advertimientos del Retor, para que dexasse de llevarle; obedeciò el Retor viendo ser orden del Arçobispo: pusieron al Licenciado sus vestidos que eran nuevos, y decentes; y como el se viò vestido de cuerdo, y desnudo de loco, suplicò al Capellan, que por caridad le diesse licencia para yr à despedirse de sus compañeros los locos. El Capellan dixo, que el le queria acompañar; y ver los locos que en la casa avia: subieron en ceto, y con ellos algunos que se hallaron presentes, y llegado el Licenciado à una Xaula, adonde estava un loco furioso, aunque entonces sofegado y quieto, le dixo: Hermano mio, mire si me manda algo, que me voy à mi casa, que ya Dios ha sido servido, por su infinita bondad, y misericordia, sin yo merecerlo, de bolverme mi juyzio, ya estoy sano, y cuerdo, que acerca del poder de Dios ninguna cosa es imposible: tenga grande esperança, y confiança en el que pues à mi me ha buelto à mi primero estado, tambien le bolverà à el, si en el confia: yo tendré cuydado de embiarle algunos regalos que coma, y comalos, en todo caso, que le hago saber, que imagino, como quien ha pasado por ello, que todas nuestras locuras proceden de tener los estomagos vazios, y los céebros llenos de ayre: esfuercese, esfuercese, que el decaecimiento en los infortunios, apoca la talud, y acarrea la muerte. Todas estas razones del Licenciado escuchò otro loco, que estava en otra Xau-

la frontero de la del furioso; y levantandose de una estera vieja, donde estava echado, y desnudo en cueros, preguntò à grandes voces, quien era el que se yva sano, y cuerdo. El Licenciado respondió: Yo soy, hermano, el que me voy, que ya no tengo necesidad de estar mas aqui, por lo que doy infinitas gracias à los Cielos, que tan grande merced me han hecho. Mirad lo que dezis Licenciado, no os engañe el Diabolo, replicò el loco, fosedad el pie, y estaos quedito en vuestra casa, y ahorrareys la buelta. Yo sé que estoy bueno, replicò el Licenciado, y no avrá para que tornar à andar estaciones. Vos bueno, dixo el loco: Agora bien, ello dirá, andad con Dios: pero yo os voto à Jupiter, cuya Magestad yo represento en la tierra, que por solo este pecado que oy comete Sevilla, en sacaros desta casa, y en teneros por cuerdo, tengo de hazer un tal castigo en ella, que quede memoria del por todos los siglos de los siglos, Amen. No sabes tu Licenciadillo menguado, que lo podrè hazer, pues como digo, soy Jupiter tonante, que tengo en mis manos los rayos abrasadores con que puedo, y solo amenazar, y destruyr el mundo? Pero con sola una cosa quiero castigar à este ignorante pueblo, y es, con lo llover en el, ni en todo su distrito, y contorno, por tres enteros años, que se han de contar desde el dia, y punto en que ha sido hecha esta amenaza en adelante. Tu libre, tu sano, tu cuerdo; y yo loco, y yo enfermo, y yo atado: assi pienso llover, como pensar ahorcarme. A las voces, y à las razones del loco estuvieron los circunstantes atentos: pero nuestro Licenciado, bolviendose à nuestro Capellan, y assiendole de las manos le dixo: No tenga vuestra Merced pena, Señor mio, ni haga

haga caso de loco que este lo ha dicho, que si el es Jupiter, y no quisiere llover, yo que soy Neptuno, el Padre, y el Dios de las aguas, lloverè todas las vezes que se me antojare, y fuere menester. A lo que respondió el Capellan: Con todo esto, Señor Neptuno, no será bien enojarse al Señor Jupiter; vuestra Merced se quede en su casa, que otro dia, quando ay mas comodidad, y mas espacio, bolveremos por vuestra Merced. Riose el Rector, y los presentes, por cuya risa se medio corrió el Capellan: desnudaron al Licenciado, que dase en casa, y acabose el cuento. Pues este es el cuento, Señor Barbero, dixo Don Quixote, que por venir aqui como de molde, no podia dexar de contarle? A! Señor Rapista, Señor Rapista, y quan ciego es aquel que no ve por tela de cedazo: y es possible que vuestra Merced no sabe, que se las comparaciones, que se hazen de ingenio à ingenio, de valor à valor, de hermosura à hermosura, y de linage à linage, son siempre odiosas, y mal recibidas? Yo, Señor Barbero, no soy Neptuno el Dios de las aguas? ni procuro, que nadie me terga por discreto, no lo siendo; solo me fatigo, por dar à entender al mundo en el error en que está, en no renovar en si el felicissimo tiempo, donde campeava la orden de la andante Cavalleria: pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien, como el que gozaron las edades, donde los andantes Cavalleros tomaron su cargo, y echaron sobre sus espaldas la defenta de los Reynos, el amparo de las Donzellas, el socorro de los Huerfanos, y pupillos, el castigo de los sobervios, y el premio de los humildes. Los mas de los Cavalleros que agora se usan, antes les crecen los damas-

mascos, los brocados, y otras ricas telas de que se visten que la malla con que se arman: ya no ay Cavallero que duerma en los campos sujeto al rigor del cielo, armado de todas armas desde los pies à la cabeza: ya no ay quien sin sacar los pies de los estripos, arrimado à su lança, solo procure descabeçar (como dizen) el sueño, como lo hazian los Cavalleros andantes. Ya no ay ninguno, que saliendo deste bosque, entre en aquella montaña, y de allí pise una esteril, y desierta playa del mar, las mas vezes proceloso, y alterado; y hallando en ella, y en su rilla un pequeño batel, sin remos, vela, mastil, ni xarcia alguna, con intrepido coraçon, se arroge en el, entregandose à las implacables olas del mar profundo, que ya le tuben al Cielo, y ya le baxan al abisíno, y èl, puesto el pecho à la incontestable borrasca, quando menos se cata, se halla tres mil, y mas leguas distante del lugar donde se embarcò: y saltando en tierra remota, y no conocida, le suceden cosas dignas de estar escritas, no en pergaminos, sino en bronce. Mas agora ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valencia, y la Teorica de la Pratica de las armas, que solo vivieron, y resplandecieron en las edades del oro, y en los andantes Cavalleros. Sino diganme, quien mas honesto, y mas valiente, que el famoso Amadis de Gaula? Quien mas discreto, que Palmerin de Ynglaterra? Quien mas acomodado, y manual, que Tirante el Blanco? Quien mas galan, que Lisuarte de Grecia? Quien mas acuchillado, ni acuchillador, que Don Belianis? Quien mas intrepido, que Perion de Gaula? O quien mas acometedor de Peligros, que Felix Marte de Ircania? O quien

mas

mas sincero, que Esplandian? Quien mas arrojado, que Don Ceriongilio de Tracia? Quien mas bravo, que Rodamonte? Quien mas prudente, que el Rey Sobrino? Quien mas atrevido, que Reinaldos? Quien mas invencible, que Roldan? Y quien mas gallardo, y mas cortès, que Rugero? De quien deciden oy los Duques de Ferrara (segun Turpin en su Cosmographia.) Todos estos Cavalleros, y otros muchos, que pudiera dezir, Señor Cura, fueron Cavalleros andantes, Luz y Gloria de la Cavalleria. Dèstos, ò tales como estos, quisiera yo q̄ fueran los de mi arbitrio, que à serlo, su Magestad se hallará bien servido, y ahorrará de mucho gasto, y el Turco se quedará pelando las barbas: y con esto me quiero quedar en mi casa, pues no me faga el Capellan della, y si Jupiter (como ha dicho el Barbero) no lloviere, aqui estoy yo, que llovere, quando se me antojare: digo esto, porque sepa el Señor Vasia, que le entiendo. En verdad, Señor Don Quixote (dixo el Barbero) que no le dixe por tanto; y assi me ayude Dios! como fue buena mi intencion, y que no deve vuestra Merced sentirse. Si puedo sentirme, ò no, respondió Don Quixote, yo me lo sè. A esto dixo el Cura: Aun bien, que yo casi no he hablado palabra hasta aora, y no quisiera quedar con un escrúpulo, que me roe, y escarva la conciencia, nacido de lo que aquí el Señor Don Quixote ha dicho. Para otras cosas mas, respondió Don Quixote, tiene licencia el Señor Cura, y assi puede dezir su escrúpulo, porque no es de gusto andar con la conciencia escrúpulosa. Pues con este beneplacito, respondió el Cura, digo, que mi escrúpulo es, que no me puedo persuadir en ninguna manera, à que toda la catterva de Cavalleros andantes, que vuestra Merced

Señor

Señor Don Quixote ha referido, ayan sido real, y verdaderamente personas de carne, y hueso en el mundo, antes imagino, que todo es ficcion, fabula, y mentira, y sueños contados por hombres despiertos, o por mejor dezir, medio dormidos. Este es otro error, respondió Don Quixote, en que han caydo muchos, que no creen, que aya auido tales Cavalleros en el mundo, y yo muchas vezes con diversas gentes, y ocasiones he procurado sacar à luz de la verdad este casi comun engaño: pero algunas vezes no he salido con mi intencion, y otras si, sustentando sobre los ombros de la verdad, la qual verdad es tan cierta, que estoy por dezir, que con mis propios ojos vi à Amadis de Gaula, que era un hombre alto de cuerpo, blanco de rostro, bien puesto de barba, aunque negra, de vista entre blanda y rigurosa, corto de razones, tardo en ayrase, y presto en depouer la yra; y del modo que he linado à Amadis, pudiera à mi parecer, pintar y describir todos quantos Cavalleros andantes andan en las Historias en el Orbe, que por la aprehension que tengo, de que fueron como sus Historias cuentan, y por las hazañas que hizieron, y condiciones que tuvieron, se pueden sacar por buena Filosofia sus facciones, sus colores, y estaturas. Que tan grande le parece à vuestra Merced, mi Señor Don Quixote, preguntò el Barbero, devia de ser el Gigante Morgante? En esto de Gigantes, respondió Don Quixote, ay diferentes opiniones, si los ha auido, o no en el mundo: pero la santa Escritura, que no puede saltar un atomo en la verdad, nos muestra, que los huvo, contando la Historia de aquel Filisteazo de Golias, que tenia siete codos y medio de altura, que es una desmesurada grandeza. Tambien en la Isla de Sicilia se han

se han hallado canillas, y espaldas tan grandes, que su grandeza manifesta, que fueron Gigantes sus dueños, y tan grandes, como grandes torres, que la Geometria saca esta verdad de duda. Pero con todo esto no sabrè dezir con certidumbre, que tamaño tuviese Morgante, aunque imagino, que no devio de ser muy alto; y mueve me à ser deste parecer, hallar en la Historia donde se haze mencion particular de sus hazañas, que muchas vezes dormia debaxo de techado, y pues hallava casa donde cupiese, claro està, que no era desmesurada su grandeza. Assi es, dixo el Cura, el qual gustando de oyrlle dezir tan grandes disparates, le preguntò, que sentia acerca de los rostros de Reynaldos de Montalvan, y de Don Roldan, y de los demas doze Pares de Francia, pues todos avian sido Cavalleros andantes. De Reynaldos, respondió Don Quixote, me atrevo à dezir, que era ancho de rostro, de color vermejo, los ojos bayladores, y algo saltados, puntoso, y colerico en demasia, amigo de ladrões, y de gente perdida. De Roldan, o Rotolando, o Orlando, que con todos estos nombres le nombrè las Historias, soy de parecer, y me afirmo, que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro, y barbitaheño, velluto en el cuerpo, y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido, y bien criado. Sino fue Roldan mas gentilhomme que vuestra Merced ha dicho, replico el Cura, no fue maravilla, que la Señora Angelica la bella desdesease, y dexasse por la gala, brio, y donayre que devia de tener el Morillo barbiponiente, à quien ella se entregò, y anduvo discreta de adamar antes la blandura de Medoro, que la aspereza de Roldan. Esta Angelica, respondió Don Quixote: Señor Cura, fue

fue una Donzella deſtrayda, andariega, y algo antojadiza, y tan lleno dexo el mundo de ſus impertinencias, como de la fama de ſu hermoſura: deſpreciò mil Señores, mil valientes, y mil diſcretos, y contentòſe con un pagezillo barbiluzio, ſin otra hazienda, ni nombre, que le pudo dar de agradecido la amittad que guardò à ſu amigo el gran Cantor de ſu belleza, el famoſo Ariotto, por no atreverſe, ò por no querer cantar lo que à eſta Señora le ſucedio deſpues de ſu ruyn entrego, que no devieron ſer coſas demaſiadamente honeſtas, la dexò, donde dixo:

T como del Catay recibìo el cetro,

Quiça à otro cantar à con mejor plectro.

Y ſin duda, que eſto fue como profecia, que los Poetas tambien ſe llaman Vates, que quiere dezir, Adivinos; veefe eſta verdad clara: porque deſpues acà un famoſo Poeta Andaluz lloro y cantò ſus lagrimas: y otro famoſo, y unico Poeta Castellano cantò ſu hermoſura.

Digame, Señor Don Quixote, dixo à eſta ſazon el Barbero, no ha avido algun Poeta, que aya hecho alguna Satira à eſta Señora Angelica entre tantos como la han alabado? Bien creo yo, reſpondiò Don Quixote, que ſi Sacripante, ò Roldan fueran Poetas, que ya me huvieran xabonado à la Donzella: porque es propio y natural de los Poetas deſdeñados, y no admitidos de ſus Damas fingidas, ò fingidas en eſteto de aquellos à quien ellos eſcogieron por Señoras de ſus penſamientos, vengariſe con Satiras, y Libelos; vengança por cierto indigna de pechos generoſos: pero haſta agora no ha llegado à mi noticia ningun verſo infamatorio contra la Señora Angelica, que traxo rebuelto el mundo. Milagro! di-

xo el Cura: y en eſto oyeron, que la Ama y la Sobrina, que ya avian dexado la converſaciò, davan grandes voces en el patio, y acudieron todos al ruydo.

CAPITULO II.

De la notable Pendencia, que Sancho Pança tuvo con la Sobrina, y Ama de Don Quixote, con otros ſubjetos graciosos.

CUENTA la Historia, que las voces, que oyeron Don Quixote, el Cura, y el Barbero, eran de la Sobrina, y Ama, que las davan, diziendo à Sancho Pança, que pugnava por entrar à ver à Don Quixote, y ellas le defendian la puerta: que quiere eſte Moſtrengo en eſta caſa, y dos à la vueſtra Hermano, que vos ſoys, y no otro, el que diſtrae, y ſonſaca à mi Señor, y le lleva por eſſos andurriales. A lo que Sancho reſpondiò: Ama de Satanas, el ſonſacado, y el diſtraydo, y el llevado por eſſos andurriales ſoy yo, que no tu amo: el me llevò por eſſos mundos, y vosotras os engaños en la mitad del juſto precio: el me ſacò de mi caſa con engaños, prometiendome una Inſula, que haſta agora la eſpero. Malas Inſulas te ahoguen (reſpondiò la Sobrina) Sancho maldito, y que ſon Inſulas, es alguna coſa de comer, golofazo, comilon que tu eres? No es de comer, replicò Sancho, ſino de gobernar, y regir mejor que quatro Ciudades, y que quatro Alcaldes de Corte. Con todo eſſo, dixo el Ama, no entrareis acà, ſaco de maldades, y coſtal de malicias, y d à gobernar vueſtra caſa, y à labrar vueſtros pegujares, y dexaos de pretender Inſulas, ni Inſulos.

los. Grande gusto recibian el Cura, y el Barbero, de oyr el coloquio de los tres; pero Don Quixote temeroso, que Sancho se descosiese, y desbuchase algun monton de maliciosas necidades, y rocase en puntos, que no le estarian bien à su credito, le llamó, y hizo à las dos que callasen, y le dexasen entrar; entrò Sancho, y el Cura, y el Barbero se despidieron de Don Quixote, de cuya salud desesperaron, viendo quan puesto estava en sus desvariados penamientos, y quan embevido en la simplicidad de sus mal andantes Cavallerias: y assi dixo el Cura al Barbero: Vos vereis Compadre, como quando menos lo pensemos, nuestro Hidalgo sale otra vez à bolar la ribera. No pongo yo duda en esto, respondió el Barbero: pero no me maravillo tanto de la locura del Cavallero, como de la simplicidad del Escudero, que tan creydo tiene aquello de la Insula, que creo, que no solo sacarán del casco quantos desengaños pueden imaginarse. Dios los remedie (dixo el Cura) y estemos à la mira, veremos en lo que para esta maquina de disparates de tal Cavallero, y de tal escudero, que parece que los forxaron à los dos en una mesma Turquesa, y que las locuras del Señor, sin las necidades del criado no valian un ardite. Assi es, dixo el Barbero, y holgara mucho saber, que tratarán aora los dos. Yo seguro, respondió el Cura, que la Sobrina, ò el ama nos lo cuenta despues, que no son de condicion que dexarán de escucharlo. En tanto Don Quixote se encerrò con Sancho en su aposento: y estando solos le dixo: Mucho me pesa Sancho, que ayas dicho, y digas, que yo fuy el que te saqué de tus casillas, sabiendo, que yo no me quedè en mis casas: juntos salimos, juntos fuimos, y juntos peregrinamos: una misma fortuna

fortuna, y una misma suerte ha corrido por los dos: si à ti te mantearon una vez, à mi me han molido ciento, y esto es lo que te llevo de ventaja. Esto estava puesto en razon, respondió Sancho, porque (segun vuestra Merced dize) mas anexas son à los Cavalleros andantes las desgracias, que à sus Escuderos. Engañaste Sancho, dixo Don Quixote, segun aquello, *quando caput dolo*, &c. No entiendo otra lengua que la mia, respondió Sancho: Quiero dezir, dixo Don Quixote, que quando la cabeza duele, todos los miembros duelen, y assi, siendo yo tu Amo, y Señor, soy tu cabeza, y tu mi parte, pues eres mi criado, y por esta razon, el mal que à mi me toca, ò tocara, à ti te ha de doler, y à mi el tuyo. Assi avia de ser, dixo Sancho: pero quando à mi me manteavan, como à miembro, se estava mi cabeza detras de las barbas, mirandome bolar por los ayres, sin sentir dolor alguno, y pues los miembros están obligados à dolerle del mal de la cabeza, avia de estar obligada ella à dolerle de ellos. Querras tu dezir agora Sancho, respondió Don Quixote, que no me dolia yo quando à ti te manteavan? Y si lo dizes no lo digas, ni lo pienses, pues mas dolor sentia yo entonces en mi espiritu, que tu en tu cuerpo: pero dexemos esto à parte por agora, que tiempo avrá donde lo ponderemos, y pongamos en su punto: y dime Sancho amigo, que es lo que dizen de mi por este lugar, en que opinion me tiene el vulgo, en que los Hidalgos, y en que los Cavalleros? Que dizen de mi valentia? Que de mis hazañas: y que de mi cortesia? Que se platica del assumpcion que he tomado de resucitar, y bolver al mundo la ya olvidada Orden cavalleretca. Finalmente quiero, Sancho, me digas lo que

acercas desto ha llegado a tus oydos : y esto me has de dezir, sin añadir al bien, ni quitar al mal cosa alguna, que de los vatallos leales es dezir la verdad a tus Señores en su ser, y figura propia, sin que la adulacion la acreciente, o otro vno respeto la disminuya ; y quiero que sepas, Sancho, que si a los oydos de los Principes llegasle la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrian, otras edades serian tenidas por mas de hierro que la nuestra, que entiendo, que de las que agora se usan, es la dorada : sirvate este advertimiento, Sancho, para que discreta, y bien intencionadamente pongas en mis oydos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado. Eſto haré yo de muy buena gana, Señor mio. respondió Sancho, con condicion que vuestra Merced no se ha de enojar dello que dixere, pues quiere que lo diga en cueros, sin vestirlo de otras ropas de aquellas con que llegaron a mi noticia. En ninguna manera me enojaré, respondió Don Quixote, bien puedes, Sancho, hablar libremente, y sin rodeo alguno. Pues lo primero que digo (dixoles), que el vulgo tiene a vuestra Merced por grandissimo loco, y a mi por no merecer merecato. Los Hidalgos dicen, que no contienen a vuestra Merced en los limites de la Hidalguia e ha puesto don, y se ha arremetido a Cavallero con quatro cepas, y dos yugados de tierra, y con un trapo atras y otro adelante. Dizen los Cavalleros, que no querrian, que los Hidalgos se opusiesen a ellos, especialmente aquellos Hidalgos Escuderos, que dan humo a los capatos, y toman los puntos de las medias negras con seda verde. Eſto, dixo Don Quixote, no tiene que ver conmigo, pues ando siempre bien vestido, y jamas

mas remendado : roto bien podria ser, y el roto mas de las armas, que del tiempo. En lo que toca, prosiguió Sancho, a la valentia, cortesia, hazaña, y assumpto de vuestra Merced ay diferentes opiniones : unos dicen loco, pero gracioso ; otros valiente, pero desgraciado ; otros cortés, pero impertinente ; y por aqui van discurriendo en tantas cosas, que ni a vuestra Merced, ni a mi nos dexan hueſso sano. Mira Sancho, dixo Don Quixote, donde quiera que está la virtud en eminente grado, es perseguida. Pocos, o ninguno de los famosos varones que passaron, dexó de ser calumniado de la malicia. Julio Cesar, animosissimo, prudentissimo, y valentissimo Capitan, fue notado de ambicioso, y algun tanto no limpio, ni en sus vestidos, ni en sus costumbres. Alexandro, a quien sus hazañas le alcanzaron el renombre de Magno, dicen del, que tuvo sus ciertos puntos de borracho. De Hercules el de los muchos trabajos, se cuenta, que fue lascivo, y muelle. De Don Galaor, hermano de Amadís de Gaula, se murmura, que fue mas que demasiadamente rixoso ; y de su hermano, que fue lloroso. Así, que o Sancho, entre tantas calumnias de buenos, bien pueden passar las mias, como no sean mas de las que has dicho. Ay está el toque, cuerpo de mi padre (replicó Sancho.) Pues ay mas, preguntó Don Quixote. Aun la cola falta por desollar, dixo Sancho : lo de hasta aqui son tortas, y pan pintado ; mas si vuestra Merced quiere saber todo lo que ay acerca las coloñas que le ponen, yo le traeré aqui luego al momento quien se las diga todas, sin que les falte una meaja, que anoche llegó el hijo de Bartolomé Carrasco, que viene de estudiar de Salamanca, hecho Bachiller, y yendole yo a dar la bien-

bienvenida, me dixo, que andava ya en libros la Historia de vuestra Merced con nombre del ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha; y dize, que me mientan à mi en ella con mi mesmo nombre de Sancho Pança, y à la Señora Dulcinea del Toboso, con otras cosas que passamos nosotros à solas, que me hize cruces de el pantado, como las pudo saber el Historiador que las escribió. Yo te asseguro Sancho, dixo Don Quixote, que deve de ser algun sabio encantador el autor de nuestra Historia, que à los tales no se les encubre nada de lo que quieren escribir. Y como, dixo Sancho, si era sabio, y encantador, pues (segun dize el Bachiller Sansón Carrasco, que assi se llama el que dicho tengo) que el autor de la Historia se llama Cide Hamete Berengena. Este nombre es de Moro, respondió Don Quixote. Assi será, respondió Sancho: porque por la mayor parte he oydo dezir, que los Moros son amigos de Berengenas. Tu debes Sancho, dixo Don Quixote, errarte en el sobrenombre de este Cide, que en Arabigo quiere dezir Señor. Bien podria ser, replicó Sancho, mas si vuestra Merced gusta que yo le haga venir aqui, yrè por el en bolandas. Harame mucho plazer amigo, dixo Don Quixote, que me tiene suspenso lo que me has dicho, y no comerè bocado que bien me lepa, hasta ser informado de todo. Pues yo voy por el, respondió Sancho, y dexando à su Señor se fue à buscar al Bachiller, con el qual bolvio de alli à poco espacio, y entre los tres passaron un graciosissimo coloquio.

CAPITULO III.

Del ridiculo razonamiento que passò entre Don Quixote, Sancho Pança, y el Bachiller Sansón Carrasco.

PENSATIVO o ademas quedò Don Quixote, esperando al Bachiller Carrasco, de quien esperaba oyr las nuevas de si mismo, puestas en libro, como avia dicho Sancho, y no se podia persuadir à que tal historia huviesse, pues aun no estava enxuta en la cuchilla de su espada la sangre de los enemigos que avia muerto, y ya querian, que anduviesse en estampa sus altas cavallerias: con todo esto imaginò, que algun sabio, ò ya amigo, ò enemigo por arte de encantamento las avrà dado à la estampa: si amigo, para engrandecerlas, y levantarlas sobre las mas señaladas de Cavallero andante: si enemigo, para aniquilarlas, y ponerlas debaxo de las mas viles, que de algun vil Escudero se huviesse escrito, puesto (dezia entre si) que nunca hazañas de Escuderos se escribieron: y quando fuesse verdad, que tal historia huviesse, siendo de Cavallero andante, por fuerza avia de ser grandiloqua, alta, insigne, magnifica, y verdadera. Con esto se consolò algun tanto, pero desconsolòle pensar, que su autor era Moro, segun aquel nombre de Cide, y de los Moros no se podia esperar verdad alguna, porque todos son embelecadores, fallaciosos, y quimeristas. Temiase no huviesse tratado sus amores con alguna indecencia, que redundasse en menoscabo, y perjuyzio de la honestidad de su Señora Dulcinea del Toboso, deseava, que huviesse declarado su fidelidad, y el deco-

ro que siempre la avia guardado, menospreciando Reynas, Emperatrices, y Donzellas de todas calidades, teniendo à raya los impetus de los naturales movimientos: y assi embuelto, y rebuelto en estas, y otras muchas imaginaciones le hallaron Sancho, y Carrasco, à quien Don Quixote recibió con mucha Cortesia. Era el Bachiller, aunque se llamava Sanfon, no muy grande de cuerpo, aunque muy gran locarron, de color macilenta, pero de muy buen entendimiento: tendria hasta veynte y quatro años, cari redondo, de nariz chata, y de boca grande, señales todas de ser de condición maliciosa, y amigo de donayres, y de burlas; como lo mostrò en viendo à Don Quixote, poniendose delante del de rodillas, diciendole: Deme vuestra grandeza las manos, Señor Don Quixote de la Mancha, que por el habito de san Pedro que visto, aunque no tengo otras Ordenes que las quatro primeras, que es vuestra Merced, uno de los mas famosos Cavalleros andantes, que ha avido, ni aun avrà en toda la redondez de la tierra. Bien aya Cide Hamete Benengeli, que la historia de vuestras grandezas dexò escritas, y rebien aya el curioso, que tuvo cuydado de hazerlas traduzir de Arabigo en nuestro vulgar Castellano para universal entretenimiento de las gentes. Hizole levantar Don Quixote, y dixo: Dessa manera verdad es, que ay historia mia, y que fue Moro, y sabio el que la compuso. Es tan verdad, Señor, dixo Sanfon, que tengo para mi, que el dia de oy estàn impressos mas de doze mil libros de la tal historia, sino digalo Portugal, Barcelona, y Valencia, donde se han impresso, y aun ay fama, que se està imprimiendo en Amberes, y à mi se me trasluze, que no ha de aver nacion, ni lengua, donde

donde no se traduzga. Una de las cosas, dixo à esta fazon Don Quixote, que mas deve de dar contento à un hombre virtuoso, y eminente, es verle vi- viendo, andar con buen nombre por las lenguas de las gentes, impresso, y en estampa, dixe con buen nombre: porque siendo al contrario ninguna muerte se le ygualará. Si por buena fama, y si por buen nombre và, dixo el Bachiller, solo vuestra Merced lleva la palma à todos los Cavalleros andantes: porque el Moro en su lengua, y el Christiano en la suya tuvieron cuydado de pintarnos muy al vivo la gallardia de vuestra Merced, el animo grande en acometer los peligros, la paciencia en las adversidades, y el sufrimiento, assi en las desgracias, como en las heridas, la honestidad y continencia en los amores tan Platonicos de vuestra Merced, y de mi Señora Doña Dulcinea del Toboso. Nunca, dixo à este punto Sancho Pança, he oydo llamar con Doña mi Señora Dulcinea, sino solamente la Señora Dulcinea del Toboso, y ya en esto anda errada la historia. No es objecion de importancia essa, respondió Carrasco: No porcierto, respondió Don Quixote, pero digame vuestra Merced, Señor Bachiller, que hazanas mias son las que mas se ponderan en essa historia? En esso, respondió el Bachiller, ay diferentes opiniones (como ay diferentes gustos) unos se atienen à la aventura de los molinos de viento, que à vuestra Merced le parecieron Briareos, y Gigantes: otros à la de los batanes: este à la descripcion de los dos exercitos, que despues parecieron ser dos manadas de carneros: aquel encarece la del muerto, que llevavan à enterrar à Segovia: uno dize, que à todas se aventaja la de la libertad de los galeotes: otro, que nin-

guna y guala a la de los dos Gigantes Benitos, con la pendencia del valeroso Vizcayno. Digame Señor Bachiller, dixo a esta fazon Sancho, entra ay la aventura de los Yangueses? quando a nuestro buen Rozinante se le antojò pedir cotufas en el golpho. No se le quedò nada, respondió Sancho, al fabio en el tintero, todo lo dize, y todo lo apunta, hasta lo de las cabriolas que el buen Sancho hizo en la manta. En la manta no hize yo cabriolas, respondió Sancho, en el ayre si, y aun mas de las que yo quisiera. A lo que yo imagino, dixo Don Quixote, no ay historia humana en el mundo, que no tenga sus alribaxos, especialmente las que tratan de cavallerias: las quales nunca pueden estar llenas de prosperos fuecessos: Con todo esto, respondió el Bachiller, dicen algunos, que han leydo la historia, que se holgaran, se les huviera olvidado a los autores della algunos de los infinitos palos que en diferentes encuentros dieron al Señor Don Quixote. Ay entra la verdad de la historia, dixo Sancho. Tambien pudieran callarlos por equidad, dixo Don Quixote, pues las acciones que ni mudan, ni alteran la verdad de la historia, no ay para que escrivirlas, si han de redundar en menosprecio del Señor de la historia. A fée, que no fue tan piadoso Eneas, como Virgilio le pita, ni tan prudente Ulysses, como le describe Homero. Assi es, replicò Sancho, pero uno es escrivir como Poëta, y otro como Historiador; el Poëta puede contar, ò cantar las cosas, no como fueron, sino como devian ser: y el Historiador las ha de escrivir, no como devian ser, sino como fueron, sin añadir, ni quitar a la verdad cosa alguna: Pues si es, que se anda a dezir verdades esse Señor Moro dixo Sancho a buen seguro, que entre los palos de mi

Señor se hallen los mios; porque nunca a su Merced le tomaron la medida de las espaldas, que no me la tomassen a mi de todo el cuerpo: pero no ay de que maravillarme, pues como dize el mismo Señor mio, del dolor de la cabeça han de participar los miembros. Socarron soys Sancho, respondió Don Quixote, a fée que no os falta memoria, quando vos quereys tenerla. Quando yo quisiessé olvidarme de los garrotazos que me han dado, dixo Sancho, no lo consentirán los Cardenales, que aun se están frescos en las costillas. Callad Sancho, dixo Don Quixote, y no interrumpays al Señor Bachiller, a quien suplico passe adelante, en dezirme lo que se dize de mi en la referida historia. Y de mi, dixo Sancho, que tambien dicen, que soy yo uno de los principales presonages della. Personages, que no presonages, Sancho amigo, dixo Sancho. Otro reprochador de voquibles tenemos, dixo Sancho, pues andense a esto, y no acabaremos en toda la vida. Mala me la dà Dios, Sancho, respondió el Bachiller, sino soys vos la segunda persona de la historia, y que ay tal, que precia mas oyros hablar a vos, que al mas pintado de toda ella: puesto que tambien ay quien diga, que anduvistes demasidamente de credulo en creer, que podia ser verdad el gobierno de aquella Insula, ofrecida por el Señor Don Quixote, que està presente. Aun ay sol en las bardas, dixo Don Quixote, y mientras mas fuere entrando en edad Sancho, con la experiencia que dan los años, estará mas idoneo, y mas habil, para ser governador, que no està agora. Por Dios, Señor, dixo Sancho, la Isla que yo no governassé con los años que tengo, no la governaré con los años de Marusalen, el dano està, en que la dicha Insula se entretiene, no se don-

donde, y no en saltarme a mi el caletre para gobernarla. Encomendadlo a Dios, Sancho, dixo Don Quixote, que todo se hara bien, y quiza mejor de lo que vos pensays, que no se mueve la hoja en el arbol, sin la voluntad de Dios. Assi es verdad, dixo Sancho, que si Dios quiere no le faltaran a Sancho mil Islas que gobernar, quanto mas una? Gobernadores he visto por ay, dicho Sancho, que a mi parecer no llegan a la suela de mi zapato, y con todo esso los llaman Señoria, y se firven con plata. Esos no son Gobernadores de Insulas, replico Sancho, sino de otros gobiernos mas manuales, que los que gobiernan Insulas, por lo menos han de saber gramatica. Con la grama bien me avendria yo, dixo Sancho, pero con la tica, ni me tiro, ni me pago, porque no la entiendo, pero dexando esto del gobierno en las manos de Dios, que me eche a las partes, donde mas de mi se sirva, digo, Señor Bachiller Sancho Carrasco, que infinitamente me ha dado gusto, que el Autor de la historia aya hablado de mi, de manera, que no enfadan las cosas, que de mi se cuentan, que a fee de buen Escudero, que si huviera dicho de mi cosas, que no fueran muy de Christiano viejo, como soy, que nos avian de oyr los sordos. Esso fuera hazer milagros, respondió Sancho. Milagros, o no milagros, dixo Sancho, cada uno mire como habla, o como escribe de las personas, y no ponga a troche moche lo primero que le viene al magin. Una de las tachas que ponen a la tal historia, dixo el Bachiller, es, que el autor puso en ella una novela intitulada, El Curioso Impertinente, no por mala, ni por mal razonada, sino por no ser de aquel lugar, ni tiene que ver con la historia de su Merced del Señor Don Quixote.

te. Yo apostaré, replico Sancho, que ha mezclado el hildeperro bergas con capachos. Ahora digo, dixo Don Quixote, que no ha sido sabio el autor de mi historia, sino algun ignorante hablador, que a tienta, y sin algun discurso se puso a escribirla: salga lo que saliere, como hazia Orbanceja el Pintor de Ubeda, al qual preguntandole, que pintava, respondió, lo que saliere, tal vez pintava un gallo de tal suerte, y tan mal parecido, que era menester, que con letra Goticas escribiesse junto a el, este es gallo: y assi vive de ser de mi historia, que tendra necesidad de comento para entenderla. Esso no, respondió Sancho, porque es tan clara, que no ay cosa que dificultar en ella, los niños la manosean, los mogos la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran; y finalmente es tan trillada, y tan leyda, y tan sabida de todo genero de gentes, que apenas han visto algun rozin flaco, quando dicen, alli va Rozinante: y los que mas se han dado a su letura, son los pages. No ay antecamara de Señor, donde no se halle un Don Quixote, unos le toman, si otros le dexan; estos le embisten, y aquellos le piden; finalmente la tal historia es del mas gustoso, y menos perjudicial entretenimiento que hasta agora se aya visto, porque en toda ella no se descubre, ni por semejanzas una palabra deshonesta, ni un pensamiento menos que Catolico. A escribir de otra suerte, dixo Don Quixote, no fuera escribir verdades, sino mentiras, y los Historiadores, que de mentiras se valen, avian de ser quemados, como los que hazen moneda falsa, y no se yo, que le movió al autor, a valerle de novelas, y cuentos agenos, aviendo tanto que escribir en los mios, sin duda se devió de atener al refran de paja, y de heno, &c. Pues en verdad,

dad, que en solo manifestar mis pensamientos, mis suspiros, mis lagrimas, mis buenos deseos, y mis acometimientos pudiera hazer un volumen mayor, o tan grande, que el que pueden hazer todas las obras del Tostado: en efeto lo que yo alcanço, Señor Bachiller, es, que para componer historias, y libros de qualquier suerte que sean, es menester un gran juyzio, y un maduro entendimiento: dezir gracias, y escribir donayres, es de grandes ingenios: la mas discreta figura de la comedia es la del bobo, porque no lo ha de ser el que quiere dar à entender, que es simple: la historia es como cosa sagrada, porque ha de ser verdadera, y donde està la verdad, està Dios en quanto à verdad: pero no obstante esto ay algunos, que assi componen, y arrojan libros de si como si fuesen buñuelos. No ay libro tan malo como el Bachiller, que no tenga algo bueno. No ay duda en esto, replicò Don Quixote; pero muchas vezes acontece, que los que tenian meritamente grangeada, y alcançada gran fama por sus escritos en dandolos à la estampa, la perdieron del todo, o la menoscabaron en algo. La causa desso es, dixo Sancho, que como las obras impresas se miran de espacío, facilmente se veen sus faltas, y tanto mas se escudriñan, quanto es mayor la fama del que las compuso. Los hombres famosos por sus ingenios, los grandes Poetas, los illustres Historiadores siempre, o las mas vezes, son embidiados de aquellos que tienen por gusto, y por particular entretenimiento juzgar los escritos agenos, sin aver dado algunos propios à la luz del mundo. Esto no es de maravillar, dixo Don Quixote, porque muchos Theologos ay, que no son buenos para el pulpito, y son bostiosissimos para conocer las faltas, o sobras de los

que predicán. Todo esto es assi, Señor Don Quixote, dixo Carrasco, pero quisiera yo, que los tales centuradores fueran mas misericordiosos, y menos escrupulosos, sin atenerse à los atomos del Sol clarissimo de la obra de que murmuran, que *si aliquando bonus dormitat Homerus*, consideren lo mucho que estubo despierto, por dar la luz de su obra con la menos sombra que pudiesse: y quiza podria ser, que lo que à ellos les parece mal, fuesen lunares, que à las vezes acrecientan la hermosura del rostro que los tiene: y assi digo, que es grandissimo el riesgo à que se pone el que imprime un libro, siendo de toda impossibilidad impossible, componerle tal, que satisfaga, y contente à todos los que le leyeren. El que de mi trata, dixo Don Quixote, à pocos avrá contentado. Antes es al reves, que como de *stultorum infinitus est numerus* infinitos son los que han gustado de la tal historia, y algunos han puesto falta y dolo en la memoria del autor, pues se le olvida de contar quien fue el ladrón que hurtò el Ruzio à Sancho, que alli no se declara, y solo se infiere de lo escrito, que se le hurtaron, y de alli a poco le vemos à cavallo sobre el mesmo jumento, sin aver parecido; tambien dicen, que se le olvidò poner lo que Sancho hizo de aquellos cien escudos, que hallò en la maleta en Sierra Morena, que nunca mas los nombra, y ay muchos que desean saber, que hizo dellos, o en que los gastò, que es uno de los puntos sustanciales, que faltan en la obra. Sancho respondió, yo, Señor Sancho, no estoy ahora para ponerme en cuentas, ni cuentos, que me ha tomado un desmayo de estomago, que sino le reparo con dos tragos de lo anexo, me pondrà en la espina de santa Lucia, en casa lo

tengo, mi oyso me aguarda, en acabando de comer daré la buelta, y satisfaré à vuestra Merced, y à todo el mundo de lo que preguntar quisieren, assi de la perdida del jumento, como del gasto de los cien escudos: y sin esperar respuesta, ni dezir otra palabra se fue à su casa. Don Quixote pidió, y rogò al Bachiller se quedasse à hazer penitencia con el: Tuvo el Bachiller el embite, quedòse, añadiòse al ordinario un par de pichones, tratòse en la mesa de cavallernas, siguiòle el humor Carrasco, acabòse el banquete, durmieron la siesta, bolviò Sancho, y renovòse la platica passada.

CAPITULO IV.

Donde Sancho Pança satisfaze al Bachiller Sanfon Carrasco de sus dudas, y preguntas, con otros sucessos dignos de saberse, y de contarse.

BOLVIO Sancho à casa de Don Quixote, y bolviendo al passado razonamiento, dixo à lo que el Señor Sanfon dixo que se deseava saber quien, ò como, ò quando se me hurtò el jumento, respondiendole digo, que la noche misma que huyendo de la santa Hermandad, nos entramos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los galeotes, y de la del difunto, que llevavan à Segovia mi Señor, y yo, nos metimos entre una espesura adonde mi Señor arrimado à su lança, y yo sobre mi Ruzio molidos, y cansados de las passadas refriegas, nos pusimos à dormir, como si fuera sobre quatro colchones de pluma, especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que

fue tuvo lugar de llegar, y suspenderme sobre quatro estacas, que puso à los quatro lados de la albarda, de manera que me dexò à cavallo sobre ella, y me sacò debaxo de mi al Ruzio, sin que yo lo sintiesse. Esto es cosa facil, y no acontecimiento nuevo, que lo mesmo le sucediò à Sacripante, quando estando en el cerco de Albraca, con essa misma invencion, le sacò el cavallo de entre las piernas aquel famoso ladrón llamado Brunelo: Amaneciò, prosiguiò Sancho, y apenas me huve estremecido, quando saltando las estacas di conmigo en el suelo una gran cayda, mirè por el jumento, y no le vi, acudieronme lagrimas à los ojos, y hize una lamentacion, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hazer cuenta, que no puso cosa buena. Al cabo de no sè quantos dias viniendo con la Señora Princesa Micomicona conocí mi asno, y que venia sobre el en habito de gitano aquel Gines de Passamonte aquel embustero, y grandissimo maleador, que quitamos mi Señor, y yo de la cadena. No està en esto el yerro, replicò Sanfon, sino en que antes de aver parecido el jumento, dize el autor, que yva à cavallo Sancho en el mesmo Ruzio. A esto, dixo Sancho, no sè que responder, sino que el Historiador se engañò, ò ya seria descuydo del Impresor. Assi es sin duda, dixo Sanfon: Pero que le hizieron los cien escudos? deshizieronse? Respondiò Sancho, yo los gastè en pro de mi persona, y de la de mi muger, y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi muger lleve en paciencia los caminos, y carreras, que he andado sirviendo à mi Señor Don Quixote, que si al cabo de tanto tiempo bolviera sin blanca, y sin el jumento à mi casa, negra ventura me esperara, y si ay mas que saber de mi, aqui estoy, que respon-

ponderè al mismo Rey en persona, y nadie tiene para que meterse en si traxe, ò no traxe, si gastè, ò no gastè, que si los palos que me dieron en estos viajes se huvieran de pagar à dinero, aunque no se taláran sino à quatro maravedis cada uno, en otros cien escudos no avia para pagarme la mitad, y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga à juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo, y aun peor muchas vezes. Yo tendré cuydado, dixo Carrasco, de acudir al autor de la historia, que si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto, que el buen Sancho ha dicho, que será realçarla un buen coto mas de lo que ella se está. Ay otra cosa que enmendar en esta leyenda, Señor Bachiller: preguntò Don Quixote: Si deve de aver, respondió el, pero ninguna deve de ser de la importancia de las ya referidas. Y por ventura, dixo Don Quixote, promète el autor segunda parte. Si promete, respondió Sançon, pero dize, que no ha hallado, ni sabe quien la tiene, y assi estamos en duda, si saldrà, ò no: y assi por esto, como porque algunos dizen, nunca segundas partes fueron buenas, y otros, de las cosas de Don Quixote bastan las escritas, se duda, que no ha de aver segunda parte, aunque algunos que son mas Joviales, que Saturninos dizen: vengan mas Quixotadas, embista Don Quixote, y hable Sancho Pança, y sea lo que fuere, que con esto nos contentamos. Y à que se atiene el autor? A que, respondió Sançon, en hallando que halle la historia, que el va buscando con extraordinarias diligencias, la darà luego à la estampa, llevado mas del interes que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna. A lo que dixo Sancho, al dinero, y al interes

mira

mira el autor, maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar, como sastre en visperas de pasquas, y las obras que se hazen à priesa, nunca se acaban con la perfeccion que requieren: atienda esso Señor Moro à lo que es à mirar lo que haze, que yo, y mi Señor le daremos tanto ripio à la mano en materia de aventuras, y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda parte, sino ciento, deve de pensar el buen hombre sin duda, que nos dormimos aqui en las pajas, pues tenganos el pie al herrar, y vera del que colqueamos: lo que yo sè dezir, es, que si mi Señor tomase mi consejo, ya aviamos de estar en essas campañas deshaziendo agravios, y endereçando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes Cavalleros. No avia bien acabado de dezir estas razones Sancho, quando llegaron à sus oydos relinchos de Rozinante, los quales relinchos tomò Don Quixote por felicissimo aguero, y determinò de hazer de alli à tres, ò quatro dias otra salida, y declarando su intento al Bachiller, le pidió consejo, por que parte comenzaria su jornada, el qual le respondió, que era su parecer, que fuesse al Reyno de Aragon, y à la ciudad de Zaragoza, adonde de alli à pocos dias se avian de hazer unas solenissimas justas por la fiesta de san Jorge, en las quales podria ganar fama sobre todos los Cavalleros Aragoneses, que seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabòle ser honradissima, y valentissima su determinacion, y advirtiòle, que anduviesse mas atentado en acometer los peligros, à causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos, que le avian menester, para que los amparasse, y socorriesse en sus desventuras. Dessò es lo que yo reniego, Señor Sançon, dixo à este punto

Parte II.

C

San-

Sancho, que assi acomete mi Señor à cien hombres armados, como un muchacho goloso à media docena de badeas, cuerpo del mundo, Señor Bachiller, si que tiempos ay de acometer, y tiempos de retirar, si no ha de ser todo san Jago, y cierra España: y mas, que yo he oydo dezir, y creo que à mi Señor mismo, si mal no me acuerdo, que en los estremos de cobarde, y de temerario està el medio de la valentia: y si esto es assi, no quiero que huya, sin tener para que, ni que acometa quando la demasia pide otra cosa: pero sobre todo aviso à mi Señor, que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condicion, que el se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado à otra cosa, que à mirar por su persona, en lo que tocara à su limpieza, y à su regalo, que en esto yo le baylaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano à la espada, aunque sea contra villanos Malandrines de acha, y capellina, es pensar en lo escusado. Yo, Señor Sancho, no pienso grangear fama de valiente, sino del mejor, y mas leal Escudero, que jamas sirvió à Cavallero andante: y si mi Señor Don Quixote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisiere darme alguna Insula de las muchas que su Merced dize que se ha de topar por ay, recibiré mucha Merced en ello, y quando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en otro de otro, sino de Dios, y mas que tambien, y aun quizá mejor me sabrá el pan delgovernado, que siendo governador; y yo por ventura, si en estos gobiernos me tiene aparejado el diablo alguna çancadilla, donde tropieçe, y cayga, y me haga las muelas? Sancho nacido, y Sancho pienso morir: pero si con todo esto de

buenas à buenas, sin mucha sollicitud, y sin mucho riesgo me deparasse el cielo alguna Insula, ò otra cosa semejante, no soy tan necio, que la desechasse, que tambien se dize, quando te dieren la vaquilla, corre con la fogailla, y quando viene el bien, metelo en tu casa: Vos hermano Sancho, dixo Carrasco, aveys hablado como un Catedratico: pero con todo esto confiad en Dios, y en el Señor Don Quixote, que os ha de dar un Reyno, no que una Insula. Tanto es lo de mas, como lo de menos, respondió Sancho, aunque se dezir al Señor Carrasco, que no echara mi Señor el Reyno que me diera en faco roto, que yo he tomado el pulso à mi mismo, y me hallo con salud para regir Reynos, y gobernar Insulas: y esto ya otras vezes lo he dicho à mi Señor. Mirad Sancho, dixo Sancho, que los officios mudan las costumbres, y podría ser, que viendos governador, no conociessedes à la madre que os parió. Esto allà se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma quatro dedos de enjundia de Christianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegaos à mi condicion, que sabrà usar de desagrado con alguno. Dios lo haga, dixo Don Quixote, y ello dirà, quando el gobierno venga, que ya me parece, que le trayo entre los ojos. Dicho esto rogò al Bachiller, que si era Poëta, le hiziesse merced de componerle unos Versos, que tratassen de la despedida que pensava hazer de su Señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiesse, que en el principio de cada verso avia de poner una letra de su nombre, de manera, que al fin de los versos, juntando las primeras letras, se leyessse, Dulcinea del Toboso. El Bachiller respondió, que puesto que

que él no era de los famosos Poëtas que avia en España, que dezian, que no eran sino tres y medio; que no dexaria de componer los tales metros, aunque hallava una dificultad grande en su composicion, à causa que las letras que contenian el nombre, eran diez y siete, y que si hazia quatro Castellanas de à quatro versos, sobrava una letra, y si de à cinco, à quien llaman dezimas, ò redundillas, faltavan tres letras; pero con todo esto procuraria embever una letra lo mejor que pudiesse, de manera, que en las quatro Castellanas se incluyesse el nombre de Dulcinea del Toboso. Ha de ser assi en todo caso, dixo Don Quixote, que si alli no vè el nombre patente, y de manifesto, no ay muger que crea, que para ella se hizieron los metros. Quedaron en esto, y en que la partida seria de alli à ocho dias: encargò Don Quixote al Bachiller, la tuviesse secreta, especialmente al Cura, y à Maese Nicolas, y à su Sobrina, y al Ama: porque no estorvasen su honrada, y valerosa determinacion. Todo lo prometì Carrasco: con esto se despidiò, encargando à Don Quixote, que de todos sus buenos, ò malos sucesos le avisasse, aviendo comodidad, y assi se despidieron, y Sancho fue à poner en orden lo necesario para su jornada.



CAPITULO V.

De la discreta y graciosa platica, que passò entre Sancho Pança, y su muger Teresa Pança, y otros sucesos dignos de felice recordacion.

LEGANDO à escrivir el traductor desta Historia este quinto Capitulo, dize, que le tiene por apocrito, porque en èl habla Sancho Pança con otro estilo del que se podia prometer de su corto ingenio, y dize cosas tan sutiles, que no tiene por possible, que èl las supiesse, pero que no quiso dexar de traducirlo, por cumplir con lo que à su officio devia, y assi prosiguiò, diziendo:

Llegò Sancho à su casa tan regozijado y alegre, que su muger conociò su alegria à tiro de ballesta, tanto, que la obligò à preguntarle: Que traeys Sancho amigo, que tan alegre venis? A lo que èl respondiò: Muger mia, si Dios quisiera, bien me holgara yo de no estar tan contento como nuestro. No os entiendo marido, replicò ella, y no sè que quereys dezir en esto, de que os holgarades, si Dios quisiera de no estar contento, que muger tonta, no sè yo quien recibe gusto, de no tenerle. Mirad Teresa, respondiò Sancho, yo estoy alegre; porque tengo determinado de bolver à servir à mi Amo Don Quixote, el qual quiere la vez tercera salir à buscar las aventuras, y yo buelvo à salir con èl, porque lo quiere assi mi necesidad, junto con la esperança que me alegra de pensar, si podrè hallar otros cien escudos, como los ya gastados, puesto, que me entristece el averme de apartar de ti, y de mis hijos, y si Dios quisiera darme de comer à pie enxuto, y en mi

mi casa, sin traerme por vericuetos y encruzijadas, pues lo podia hazer à poca costa, y no mas de quererlo, claro esta, que mi alegria fuera mas firme y valedera, pues que la que tengo va mezclada con la tristeza del dexarte, assi que dixes bien, que holgara, si Dios quisiera, de no estar contento. Mirad Sancho, replicò Teresa, despues que os hizistes miembro de Cavallero andante, hablays de tan rodeada manera, que no ay quien os entienda. Basta que me entienda Dios, muger, respondiò Sancho, que èl es el entendedor de todas las cosas, y quedese esto aqui, y advertid hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el Ruzio, de manera que este para armas tomar, dobladle los piensos, requerid la albarda, y las demas xarcias, porque no vamos à bodas, sino à rodear el mundo, y à tener dardos, y tomares con Gigantes, con Endriagos, y con Vestiglos, y à oyr silvos, rugidos, bramidos, y baladros, y aun todo esto fuera flores de cantueso, sino tuvieramos que entender con Yangueses, y con Moros encantados. Bien creo yo marido, replicò Teresa, que los Escuderos andantes no comen el pan de valde, y assi quedarè rogando à nuestro Señor, os saque presto de tanta mala ventura. Yo os digo muger, respondiò Sancho, que fino pensasse antes de mucho tiempo verme Governador de una Infula, aqui me caeria muerto. Esto no marido mio, dixo Teresa: viva la gallina, aunque sea con su pepita, vivid vos, y llevese el diablo quantos gobiernos ay en el mundo, sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno aveys vivido hasta aora, y sin gobierno os yreys, ò os llevaràn à la sepultura quando Dios fuere servido. Como estos ay en el mundo que viven sin gobierno, y no por esto

ello dexan de vivir, y de ser contrados en el numero de las gentes. La mejor falsa del mundo es la hambre, y como esta no falta à los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad Sancho, si por ventura os vieredes con algun gobierno, no os olvideys de mi, y de vuestros hijos. Advertid, que Sanchico tiene ya quinze años cabales, y es razon que vaya à la escuela, y es que su tio el Abad le ha de dexar hecho de la Yglesia. Mirad tambien que Mari Sancha vuestra hija no se morirà, si la casamos, que me va dando barruntos, que desee tanto tener marido, como vos deseays veros con gobierno: y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada, que bien abarraganada. A buefe, respondiò Sancho, que si Dios me llega à tener algo que de gobierno, que tengo de casar, muger mia, à Mari Sancha tan altamente, que no la alcancen, sino con llamarla Señoria. Esto no Sancho, respondiò Teresa, casadla con su yguar, que es lo mas acertado, que si de los quecos la sacays à chapines, y de faya parda de catorzeno à verdugado, y saboyanas de seda, y de una Marica, y un tu à una Doña tal, y Señoria, no se ha de hallar la mochacha, y à cada passo ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela basta, y grossera. Calla boba; dixo Sancho, que todo serà uiarlo dos, ò tres años, que despues le vendrà el Señorío, y la gravedad como de molde, y quando no que importa, sease ella Señoria, y venga lo que viniere. Medios Sancho con vuestro estado, respondiò Teresa, no os querays alçar à mayores, y advertid al refran, que dize al hijo de tu vezino limpiale las narizes, y metele en tu casa. Por cierto que seria gentil cosa casar à nuestra Maria con un Condazo, ò con Cavallerote, que quando se le antojase, la pusiesse como

mo nueva, llamandola de villana, hija del destripa terrones, y de la pela ruecas, no en mis dias marido, para esso por cierto he criado yo à mi hija: traed vos dineros Sancho, y el casarla, dexadlo à mi cargo, que ay està Lope Tocho el hijo de Juan Tocho, moço rollico y sano, y que le conocemos, y sè que no mira de mal ojo à la mochacha, y con este que es nuestro ygal està bien casada, y le tendremos siempre à nuestros ojos, y seremos todos unos padres y hijos, nietos y yernos; andará la paz, y la bendicion de Dios entre todos nosotros, y no casarmela vos aora en essas Cortes, y en esos palacios grandes, adonde ni à ella la entiendan, ni ella se entienda. Ven acá bestia, y muger de Barrabas, replicò Sancho, porque quierdes tu aora sin que, ni para que estorvarme que no case à mi hija con quien me dè nietos, que se llamen Señoria? Mira Teresa, siempre he oydo dezir à mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura quando le viene, que no se deve quejar si se le passa. Y no seria bien, que aora que està llamando à nuestra puerta se la cerremos, dexemonos llevar deste viento favorable que nos sopla (por este modo de hablar, y por lo que mas abaxo dize Sancho, dixo el traductor desta Historia, que tenia por apocrifo este Capitulo.) No te parece animalia, prosiguiò Sancho, que serà bien dar con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque al pie del lodo; y casasse à Mari Sancha con quien yo quisiere, y veras como te llaman à ti Doña Teresa Pança, y te sientas en la Yglesia sobre alcatifa, almohadas, y arambeles à pesar y despecho de las Hidasgas del pueblo. No sino estaos siempre en un ser, sin crecer, ni menguar, como figura de paramento: y

en

en esto no hablemos mas, que Sanchica hade ser Condesa, aunque tu mas me digas. Veys quanto dezis marido, respondiò Teresa, pues con todo esso temo, que este Condado de mi hija hade ser su perdicion, vos hazed lo que quisiereis, ora la hagays Duquesa, ò Princesa: Pero seos dezir, que no serà ello con voluntad, ni consentimiento mio. Siempre hermano fuy amiga de la ygualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos, Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras, ni cortapisas, ni arrequives de dones, ni donas: Cascajo se llamò mi padre, y à mi, por ser vuestra muger, me llaman Teresa Pança, que à buena razon me avian de llamar Teresa Cascajo. Pero allà van Reyes, do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un don encima que pese tanto, que no le pueda llevar, y no quiero dar que dezir à los que me vieren andar vestida à lo Condesil, ò à lo de go-vernadora, que luego diràn; mirad que entonada và la pazpuerca, ayer no se hartava de estirar de un copo de estopa, y yva à Missa cubierta la cabeça con la falda de la saya en lugar de manto, y ya oy va con verdugado, con broches, y con entono, como sino la conociessemos. Si Dios me guarda mis siete, ò mis cinco sentidos, ò los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto: vos hermano ydos à ser gobierno, ò insulo, y entonaos à vuestro gusto, que mi hija, ni yo, por el siglo de mi padre, que no nos hemos de mudar un passo de nuestra aldea: la muger honrada, la pierna quebrada, y en casa, y la Donzella honesta el hazer algo es su fiesta: ydos con vuestro Don Quixote à vuestras aventuras, y dexadnos à nosotras con nuestras malas

ven-

venturas, que Dios nos las mejorará, como seamos buenas, y yo no sé por cierto, quien le puso à él don, que no tuvieron sus padres, ni sus abuelos. Ahora digo, replico Sancho, que tienes algun familiar en este cuerpo: Valate Dios la muger, y que de cosas has enartado unas en otras, sin tener pies, ni cabeza. Que tiene que ver el Calcajo, los broches, los refranes, y el entono con lo que yo digo. Ven acá mentecata, è ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vás huyendo de la dicha.) Si yo dixera, que mi hija se arrojava de una torre abaxo, ò que se fuera por estos mundos, como se quiso yr la Infanta Doña Urraca, tenias razon de no venir con mi gusto: pero si en dos paelas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un don, y una Señoria acuestras, y te la saca de los rastros, y te la pongo en toldo, y en peana, y en un estrado de mas almohadas de velludo, que tuvieron Moros en su linage los Almohadas de Marruecos, porque no has de consentir, y querer lo que yo quiero? Sabeis porque marido, respondió Teresa, por el refran que dize: Quien te cubre, te descubre. Por el pobre todos pasan los ojos, como de corrida, y en el rico los detienen; y si el tal rico fue un tiempo pobre, allí es el murmurar, y el maldezir, y el peor perseverar de los maldizientes; que los ay por estas calles à montones, como enxambres de abejas. Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que agora quiero dezirte, quizá no lo avrás oydo en todos los dias de tu vida: y yo agora no hablo de mio, que todo lo que pienso dezir son sentencias del Padre Predicador, que la Quaresma pasada predicò en este pueblo, en qual, si mal no me acuerdo, dixo, que todas las cosas presentes

que los ojos estan mirando, se presentan, están, y asistien en nuestra memoria mucho mejor, y con mas vehemencia, que las cosas passadas. (Todas estas razones que aqui va diziendo Sancho, son las segundas, por quien dize el traductor, que tiene por apocrito este Capitulo, que exceden à la capacidad de Sancho, el qual prosiguiò, diziendo.) De donde nace, que quando vemos alguna persona bien adereçada, y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve, y combida à que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna baxeza en que vimos à la tal persona, la qual ignominia aora sea de pobreza, ò de linage, como ya pàsò, no es, y solo es lo que vemos presente. Y si este, à quien la fortuna sacò del borrador de su baxeza, que por estas mesmas razones lo dexò el padre à la alteza de su prosperidad, fuere bien criado, liberal, y cortès con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos, que por antigüedad son nobles, ten por cierto Teresa, que no avrà quien se acuerde de lo que fue, sino que reverencien lo que es, sino fueren los invidiosos, de quien ninguna prospera fortuna està segura. Yo no os entiendo marido, replico Teresa, hazed lo que quisiereis, y no me quebreys mas la cabeza con vuestras arengas, y retoricas. Y si estays rebuelto en hazer lo que dezis: Resuelto has de dezir muger, dixo Sancho, y no rebuelto. No os pongays à disputar marido conmigo, respondió Teresa, yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibuxos: y digo, que si estays porfiando en tener gobierno, que lleveys con vos à vuestro hijo Sancho, para que desde agora le enseñeys à tener gobierno, que bien

es que los hijos hereden, y aprendan los oficios de sus padres. En teniendo gobierno, dixo Sancho, embiàre por el por la posta, y te embiàre dineros, que no me faltaràn, pues nunca falta quien se los preste à los governadores, quando no los tienen, y vistle de modo que dissimule lo que es, y parezca lo que ha de ser. Embiad vos dinero, dixo Teresa, que yo os lo vestire como un palmito. En efeto quedamos de acuerdo, dixo Sancho, de que ha de ser Condesa nuestra hija. El dia que yo la viere Condesa, respondiò Teresa, esse harè cuenta que la entierro: pero otra vez os digo, que hagays lo que os diere gusto, que con esta carga nacemos las mugeres de estar obedientes à sus maridos, aunque sean unos porros: y en esto començò à llorar tan de veras, como si ya viera muerta, y enterrada à Sanchica. Sancho la consolò, diziendole, que ya que la huviesse de hazer Condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiesse. Con esto se acabò su platica, y Sancho bolviò à ver à Don Quixote, para dar orden en su partida.

CAPITULO VI.

De lo que le passò à Don Quixote con su sobrina, y con su ama, y es uno de los importantes capitulos de toda la historia.

EN tanto que Sancho Pança, y su muger Teresa Calcajo passaron la impertinente referida platica, no estavan ociosas la sobrina, y el ama de Don Quixote, que por mil señales yvan coligiendo, que su tio, y Señor queria desgarrarse la vez tercera, y bolver al exercicio de su (para ellas) mal

mal andante cavalleria, procuravan por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento: pero todo era predicar en desierto, y majar en hierro frio. Con todo esto entre otras muchas razones que con el passaron, le dixo el Ama, en verdad, Señor mio, que si vuestra Merced no afirma el piellano, y se està quedo en su casa, y se dexa de andar por los montes, y por los valles como anima en pena, buscando essas que se dicen que se llaman aventuras, à quien yo llamò desdichas, que me tengo de quejar en voz, y en grito à Dios, y al Rey, que pongan remedio en ello. A lo que respondiò Don Quixote: Ama, lo que Dios responderà à tus quejas, yo no lo sè, y lo que ha de responder su Magestad tampoco, y solo sè, que si yo fuera Rey me escusara de responder à tanta infinidad de memoriales impertinentes, como cada dia le dãn, que uno de los mayores trabajos que los Reyes tienen entre otros muchos, es el estar obligados à escuchar à todos, y à responder à todos, y assi no querria yo, que cosas mias le dieffen peladumbre. A lo que dixo el Ama, diganos Señor, en la Corte de su Magestad no ay Cavalleros? Si, respondiò Don Quixote, y muchos, y es razon que los aya para adorno de la grandeza de los Principes, y para ostentacion de la Magestad Real. Pues no seria vuestra Merced, replicò ella, uno de los que à pie quedo sirviessen à su Rey, y Señor, estandose en la Corte. Mira amiga, respondiò Don Quixote, nõ todos los Cavalleros pueden ser Cortesanos, ni todos los Cortesanos pueden, ni deven ser Cavalleros andantes, de todos ha de aver en el mundo, y aunque todos seamos Cavalleros, va mucha diferencia de los unos à los otros: porque los Cortesanos sin salir de sus aposentos, ni de los umbrales de la

Corte se pasean por todo el mundo, mirando un Mapa sin costarles blanca, ni padecer calor, ni frio, hambre, ni sed. Pero nosotros los Cavalleros andantes verdaderos al Sol, al frio, al ayre, à las inclemencias del cielo, de noche, y de dia, à pie, y à cavallo, medimos toda la tierra con nuestros mismos pies. Y no solamente conocemos los enemigos pintados, sino en su mismo ser, y en todo trance, y en toda ocasion los acometemos, sin mirar en niñerías, ni en las leyes de los desafíos, si lleva, ò no lleva mas corta la lança, ò la espada, si trae sobre sí reliquias, ò algun engaño encubierto, si se ha de partir, y hazer trajadas el Sol, ò no, con otras ceremonias deste jaez, que se usan en los desafíos particulares de persona à persona, que tu no sabes, y yo sí. Y has de saber mas, que el buen Cavallero andante, aunque vea diez Gigantes, que con las cabeças no solo tocan, sino pasan las nubes, y que à cada uno le sirven de piernas dos grandísimas torres, y que los brazos semejan arboles de gruesos y poderosos navios, y cada ojo como una gran rueda de molino, y mas ardiendo que un horno de vidrio, no le han de espantar en manera alguna, antes con gentil continente, y con intrepido corazón los ha de acometer, y embestir, y si fuere posible vencerlos, y desbaratarlos en un pequeño instante, aunque viniesen armados de unas conchas de un cierto pescado, que dicen que son mas duras, que si fuesen de diamantes, y en lugar de espadas truxesen cuchillos tajantes de Damasquino azero, ò porras ferradas con puntas asimismo de azero, como yo las he visto mas de dos vezes. Todo esto he dicho, Ama mia, porque veas la diferencia que ay de unos Cavalleros à otros, y seria razon que

que no huviesse Principe que no estimasse en mas esta segunda, ò por mejor dezir, primera especie de Cavalleros andantes, que segun leemos en sus historias, tal ha avido entre ellos, que ha sido la salud no solo de un Reyno, sino de muchos. A Señor mio, dixo à esta sazón la Sobrina, advierta vuestra Merced, que todo esso que dize de los Cavalleros andantes, es fabula y mentira, y sus historias ya que no las quemassen, merecian, que à cada una se le echasse un Sanbenito, ò alguna señal, en que fuesse conocida por infame, y por gastadora de las buenas costumbres. Por el Dios que me sustenta, dixo Don Quixote, que sino fueras mi Sobrina derecha-mente, como hija de mi misma hermana, que avia de hazer un tal castigo en tí por la blasfemia que has dicho, que sonara por todo el mundo. Como, que es posible que una rapaza, que apenas sabe menear doze palillos de randas, se atreva à poner lengua, y à censurar las historias de los Cavalleros andantes. Que dixera el Señor Amadis, si lo tal oyera? Pero à buen seguro que él te perdonara, porque fue el mas humilde, y cortés Cavallero de su tiempo, y el mas grande amparador de las Donzellas, mas tal te pudiera aver oydo, que no te fuera bien dello, que no todos son cortesés, ni bien mirados, algunos ay follones, y descomedidos. Ni todos los que se llaman Cavalleros lo son de todo en todo, que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen Cavalleros: pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad. Hombres baxos ay, que rebientan por parecer Cavalleros, y Cavalleros altos ay, que parece, que à posta mueren por parecer hombres baxos: aquellos se levantan, ò con la ambicion, ò con la virtud, estos se abaxan, ò con la

la floxedad, ò con el vicio, y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de Cavalleros tan parecidos en los nombres, y tan distantes en las acciones: Valame Dios, dixo la sobrina, que sepa vuestra Merced tanto Señor tío, que si fuere menester en una necesidad, podría subir en un pulpito, è yrse à predicar por estas calles, y que con todo esto dè en una ceguera tan grande, y en una sandez tan conocida, que se dè à entender que es valiente, siendo viejo, que tiene fuerzas, estando enfermo, y que enderega tuertos, estando por la edad agobiado, y sobre todo, que es Cavallero no, ò siendo, porque aunque lo puedan ser los hidalgos, no lo son los pobres. Tienes mucha razon, sobrina en lo que dizes, respondió Don Quixote, y cosas te pudiera yo dezir cerca de los linages que te admiraran, pero por no mezclar lo divino con lo humano no las digo. Mirad amigas, à quatro fuertes de linages (y estadme atentas) se pueden reduzir todos los que ay en el mundo, que son estas. Unos que tuvieron principios humildes, y se fueron estendiendo, y dilatando hasta llegar à una suma grandeza. Otros que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan, y mantienen en el ser que comenzaron. Otros que aunque tuvieron principios grandes acabaron en punta como piramide, aviendo diminuydo, y aniquilado su principio hasta pararen en nada, como lo es la punta de la piramide, que respeto de su balsa, ò asiento no es nada. Otros ay (y estos son los mas) que ni tuvieron principio bueno, ni razonable medio, y assi tendran el fin sin nombre, como el linage de la gente plebeya, y ordinaria. De los primeros que tuvieron principio humil-

humilde, y subieron à la grandeza que agora conservan, te sirva de exemplo la casa Otomana, que de un humilde y baxo pastor que le diò principio, està en la cumbre que le vemos. Del segundo linage que tuvo principio en grandeza, y la conserva sin aumentarla, seràn exemplo muchos Principes, que por herencia lo son, y se conservan en ella sin aumentarla, ni disminuirla, conteniendose en los límites de sus Estados pacíficamente. De los que comenzaron grandes, y acabaron en punta, ay millares de exemplos. Porque todos los Faraones, y Tolomeos de Egypto, los Cesares de Roma, con toda la caterva (si es que se le puede dar este nombre) de infinitos Principes, Monarcas, Señores, Medos, Asirios, Persas, Griegos, y Barbaros; todos estos linages y Señorios han acabado en punta, y en nonada, assi ellos, como los que les dieron principio, pues no será posible hallar agora ninguno de sus decendientes, y si le hallásemos, sería en baxo, y humilde estado. Del linage plebeyo no tengo que dezir, sino que si se solo de acrecentar el numero de los que viven, sin que merezcan otra fama, ni otro elogio sus grandeza. De todo lo dicho quiero que infirays bobas mias, que es grande la confusion que ay entre los linages, y que solos aquellos parecen grandes, y illustres, que lo muestran en la virtud, y en la riqueza y liberalidad de sus Dueños. Dixe virtudes, riquezas, y liberalidades, porque el grande que fuere vicioso, será vicioso grande, y el rico no liberal será un avaro mendigo, que al poseedor de las riquezas no le haze dichoto el tenerlas, sino el gastarlas; y no el gastarlas como quiera, sino el saberlas bien gastar. Al Cavallero pobre no le queda otro camino para mostrar que es Cavallero, sino el de la virtud, sien-

do afable, bien criado, cortès, comedido, y oficioso: no soberbio, no arrogante, no murmurador, y sobre todo caritativo, que con dos maravedis, que con animo alegre dà al pobre, se mostrarà tan liberal como el que à campana herida dà limosna, y no avrà quien le vea adornado de las referidas virtudes, que aunque no le conozca, dexé de juzgarle, y tenerle por de buena casta, y el no serlo, sería milagro, y siempre la alabanza fue premio de la virtud, y los virtuosos no pueden dexar de ser alabados. Dos caminos ay hijas por donde pueden yr los hombres à llegar à ser ricos, y honrados, el uno es el de las letras, otro el de las armas. Yo tengo mas armas que letras, y nací, segun me inclino à las armas, debaxo de la influencia del Planeta Marte, assi que casi me es forçoso seguir por su camino, y por el tengo de yr à pesar de todo el mundo, y será en valde cansaros en persuadirme à que no quiera yo lo que los cielos quieren, la fortuna ordena, y la razon pide, y sobre todo mi voluntad desea. Pues con saber, como sè, los innumerables trabajos, que son anexos al andante cavalleria, sè tambien los infinitos bienes que se alcançan con ella. Y sè, que la senda de la virtud es muy estrecha, y el camino del vicio ancho y espacioso. Y sè, que sus fines y paraderos son diferentes, porque el del vicio dilatado y espacioso acaba en muerte, y el de la virtud angosto, y trabajoso acaba en vida, y no en vida que se acaba, sino en la que no tendrá fin. Y sè como dize el gran Poëta Castellano nuestro, que

*Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento,
De nunca arriba, quien allí declina.*

Ay desdichada de mi, dixo la Sobrina, que tambien mi Señor es Poëta, todo lo sabe, todo lo alcanza, yo apostarè, que si quisiera ser albañil, que supiera fabricar una casa como una xaula. Yo te prometo Sobrina, respondiò Don Quixote, que si estos pensamientos cavallerescos no me llevassen tras si todos los sentidos, que no avria cosa que yo no hiziesse, ni curiosidad que no saliesse de mis manos, especialmente xaulas, y palillos de dientes. A este tiempo llamaron à la puerta, y preguntando quien llamava, respondiò Sancho Pança, que el era, y apenas le hubo conocido el Ama, quando corrió à esconderse, por no verle, tanto le aborrecia. Abrióle la Sobrina, salió à recibirle con los brazos abiertos su Señor Don Quixote, y encerrandose los dos en su aposento, donde tuvieron otro coloquio, que no le haze ventaja el pasado.

CAPITULO VIII.

De lo que pasó Don Quixote con su Escudero, con otros sucesos famosísimos.

A Penas viò el ama que Sancho Pança se encerrava con su Señor, quando diò en la cuenta de sus tratos, y imaginando, que de aquella consulta avia de salir la resolucion de su tercera salida, y tomando su manto, toda llena de congoxa, y pesadumbre se fue à buscar al Bachiller Sanson Carrasco, pareciendole, que por ser bien hablado, y amigo fresco de su Señor, le podría persuadir à que dexasse tan desvariado proposito. Hallòle paseandose por el patio de su casa, y

viendole se dexò caer ante sus pies trasudando, y congoxosa. Quando la viò Carrasco con muestras tan doloridas, y sobresaltadas, le dixo: Que es esto, Señora Ama? Que le ha acontecido, que parece que se le quiere arrancar el alma: no es nada, Señor Sancho mío, sino que mi Ama se sale, salese sin duda. Y por donde se sale Señora, preguntò Sancho? Hazele roto alguna parte de su cuerpo? No se sale, respondió ella, sino por la puerta de su locura. Quiere dezir Señor Bachiller de mi anima, que quiere salir otra vez, que con esta será la tercera, à buscar por esse mundo lo que el llama venturas, que yo no puedo entender como les dà este nombre. La vez primera nos le bolvieron atravesado sobre un jumento molido à palos. La segunda vino en un carro de bueyes metido, y encerrado en una xaula, adonde el se dava à entender que estava encantado, y venia tal el triste, que no le conociera la madre que le parió, flaco, amarillo, los ojos hundidos en los ultimos camaranchones del cerebro, que para averle de bolver algun tanto en si gastè mas de seiscientos huevos, como lo sabe Dios, y todo el mundo, y mis gallinas que no me dexaràn mentir. Esto creo yo muy bien, respondió el Bachiller, que ellas son tan buenas, tan gordas, y tan bien criadas, que no diràn una cosa por otra, si rebentassen. En efeto Señora Ama, no ay otra cosa, ni ha sucedido otro desman alguno, sino el que se teme, que quiere hacer el Señor Don Quixote? No Señor, respondió ella: pues no tenga pena, respondió el Bachiller, si no vayase en hora buena à su casa, y tengame adereçado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino vaya rezando la oracion de santa Apolonia, si es que la sabe, que yo yrè luego allà, y verà mara-
villas.

villas. Cuytada de mi, replicò el Ama, la oracion de santa Apolonia dize vuestra Merced que reze, esso fuera si mi Amo lo huviera de las muelas: pero no lo ha sino de los cascós. Yo sè lo que digo Señora Ama, vayase, y no se ponga à disputar conmigo, pues sabe que soy Bachiller por Salamanca, que no ay mas que bachillear, respondió Carrasco, y con esto se fue el ama, y el Bachiller fue luego à buscar al Cura, à comunicar con el lo que se dirà à su tiempo.

En el que estuvieron encerrados Don Quixote y Sancho, passaron las razones que con mucha puntualidad, y verdadera relacion cuenta la historia. Dixo Sancho à su Amo, Señor, ya yo tengo reluzida à mi muger à que me dexe yr con vuestra Merced adonde quisiere llevarme. Reduzida has de dezir Sancho, dixo Don Quixote, que no reluzida. Una ò dos vezes respondió Sancho, si mal no me acuerdo, he suplicado à vuestra Merced, que no me emiende los vocablos, si es que entiende lo que quiero dezir en ellos, y que quando no los entienda, diga Sancho, ò diablo, no te entiendo, y si yo no me declarare, entonces podrá emendarme, que yo soy tan facil. No te entiendo Sancho, dixo luego Don Quixote, pues no sè que quiere dezir, soy tan facil. Tan facil quiere dezir, respondió Sancho. Soy tan assi. Menos te entiendo agora, replicò Don Quixote. Pues sino me puede entender, respondió Sancho, no sè como lo diga, no sè mas, y Dios sea conmigo. Ya, ya caygo, respondió Don Quixote, en ello. Tu quieres dezir, que eres tan docil, blando, y mañero. que tomaràs lo que yo te dixere, y passaràs por lo que te enseñare. Apostarè yo, dicho Sancho, que desde el principio me calò, y me entendió, sino que quiso turbarme por oyrme dezir otras dozientas pa-
tocha-

tochadas. Podrà ser, replicò Don Quixote; y en efeto, que dize Teresa? Teresa dize, dixo Sancho, que ate bien mi dedo con vuestra Merced, y que hablen cartas, y callen barbas, porque quien destaja no baraja, pues mas vale un toma, que dos te darè. Y yo digo que el consejo de la muger es poco, y el que no le toma es loco. Y yo lo digo tambien, respondiò Don Quixote: Dezið Sancho amigo, passa adelante, que hablays oy de perlas. Es el caso, replicò Sancho, que como vuestra Merced mejor sabe, todos estamos fugetos à la muerte, y que oy somos, y mañana no, y que tan presto se vâ el cordero como el carnero, y que nadie puede prometerse en este mundo mas horas de vida de las que Dios quisiere darle, porque la muerte es forda, y quando llega à la llamar à las puertas de nuestra vida, siempre vâ de prisa, y no la haràn detener ni ruegos, ni fuerças, ni ceptros, ni mitras, segun es publica voz, y fama, y segun nos lo dizen por estos pulpitos. Todo esto es verdad, dixo Don Quixote. Pero no sè donde vas à parar. Voy à parar, dixo Sancho, en que vuestra Merced me señale salario conocido de lo que me ha de dar cada mes el tiempo que le sirviere, y que el tal salario se me pague de su hazienda, que no quiero estar à mercedes, que llegan tarde, ò mal, ò nunca, con lo mio me ayude Dios. En fin yo quiero saber lo que gano, poco, ò mucho que sea, que sobre un huevo pone la gallina, y muchos pocos hazen un mucho, y mientras se gana algo no se pierde nada. Verdad sea, que si sucediesse (lo qual ni lo creo, ni lo espero) que vuestra Merced me diesse la Infula que me tiene prometida, no soy tan ingrato, ni llevo las cosas tan por los cabos, que no querrè, que se aprecie lo que montare

la renta de la tal Infula, y se descuente de mi salario gata por cantidad. Sancho amigo, respondiò Don Quixote: A las vezes tan buena suele ser una gata, como una rata. Ya entiendo, dixo Sancho: Yo apostarè que avia de dezir rata, y no gata: pero no importa nada, pues vuestra Merced me ha entendido: Y tan entendido, respondiò Don Quixote, que he penetrado lo ultimo de tus pensamientos, y sè al blanco que tiras con las innumerables saetas de tus refranes. Mira Sancho, yo bien te señalaria salario, si huviera hallado en alguna de las historias de los Cavalleros andantes exemplo que me descubriessè, y mostrasse por algun pequeño resquicio, que es lo que solian ganar cada mes, ò cada año: pero yo he leydo todas, ò las mas de sus historias, y no me acuerdo aver leydo, que ningun Cavallero andante aya señalado conocido salario à su Escudero. Solo sè, que todos servian à merced, y que quando menos se lo pensavan, si à sus Señores les avia corrido bien la suerte, se hallavan premiados con una Infula, ò con otra cosa equivalente, y por lo menos quedavan con Título, y Señoria. Si con estas esperanças y aditamentos, vos Sancho, gustays de bolver à servirme, sea el buen hora, que pensar que yo he de sacar de sus terminos, y quicios la antigua usança de la cavalleria andante, es pensar en lo escusado. Assi que Sancho mio, bolveos à vuestra casa, y declarad à vuestra Teresa mi intencion, y si ella gustare, y vos gustaredes de estar à merced conmigo *benè quidem*, y fino tan amigos como de antes, que si al palomar no le falta cebo, no le faltarán palomas. Y advertid hijo, que vale mas buena esperança, que ruyn possession, y buena quexa que mala pago. Hablo desta manera Sancho, por daros à

entender, que tambien como vos se yo arrojar refranes como llovidos. Y finalmente quiero dezir, y os digo, que fino quereys venir à merced conmigo, y correr la fuerte que yo corriere, que Dios quede con vos, y os haga un santo, que à mi no me faltarán escuderos mas obedientes, mas solícitos, y no tan empachados, ni tan habladores como vos. Quando Sancho oyó la firme resolucion de su Amo, se le anubló el cielo, y se le cayeron las alas del coraçon, porque tenia creydo, que su Señor no se yria sin el por todos los averes del mundo, y assi estando suspenso y pensativo entró Sansón Carrasco, y la Sobrina, deseos de oyr con que razones persuadia à su Señor que no tornasse à buscar las aventuras. Llegó Sansón, focarron famoso, y abraçandole como la vez primera, y con voz levantada le dixo: O flor de la andante Cavalleria, ò luz resplandeciente de las armas, ò honor y espejo de la nacion Española: plega à Dios todo poderoso donde mas largamente se contiene, que la persona, ò personas que pusieren impedimento, y estorvaren tu tercera salida, que no la hallen en el laberinto de sus deseos, ni jamas se les cumpla lo que mal desearon. Y bolviendose al Ama le dixo: Bien puede la Señora Ama no rezar mas la oracion de santa Apolonia, que yo se, que es determinacion precisa de las esferas, que el Señor Don Quixote vuelva à escutar sus altos y nuevos pensamientos, y yo encargaré mucho mi conciencia, fino intimasse y persuadiesse à este Cavallero, que no tenga mas tiempo encogida, y detenida la fuerza de su valeroso brazo, y la bondad de su animo valentissimo, porque defrauda con su tardança el derecho de los tuerros, el amparo de los huérfanos, la honra de las Donzellas, el favor de las viudas, y el

arrimo de las casadas, y otras cosas deste jaez, que tocan, atañen, dependen, y son anexas à la orden de la Cavalleria andante. Ea Señor Don Quixote mio, hermofo, y bravo antes oy que mañana se ponga vuestra Merced y su grandeza en camino, y si alguna cosa faltare para ponerle en execucion, aquí estoy yo, para suplirla con mi persona, y hazienda, y si fuere necesidad servir à tu magnificencia de Escudero, lo tendré à felicissima ventura. A esta sazón, dixo Don Quixote, bolviendose à Sancho, no te dixe yo, Sancho, que me avian de sobrar Escuderos, mira quien se ofrece à serlo, fino el inaudito Bachiller Sansón Carrasco, perpetuo Trastufo, y regozijador de los patios de las escuelas Salamanticenses, sano de su persona, agil de sus miembros, callado, sufridor, assi del calor, como del frio, assi de la hambre, como de la sed, con todas aquellas partes que se requieren para ser Escudero de un Cavallero andante: pero no permita el cielo, que por seguir mi gusto desaxarrete, y quiebre la columna de las letras, y el vaso de las ciencias, y tronque la palma eminente de las buenas, y liberales artes. Quedese el nuevo Sansón en su patria, y honrandola, honre juntamente las canas de sus ancianos padres, que yo con qualquier Escudero estaré contento ya que Sancho no se digna de venir conmigo. Si digno, respondió Sancho, enternecido, y llenos de lagrimas los ojos, y prosiguió. No se dirá por mi, Señor mio, el pan comido, y la compañía deshecha, si que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida, que ya sabe todo el mundo, y especialmente mi pueblo, quien fueron los Panças, de quien yo deciendo, y mas que tengo conocido, y calado por muchas buenas obras, por mas buenas

palabras el deſeo que vueſtra Merced tiene de ha-
zeme merced, y ſi me he pueſto en cuentas de tan-
to mas quanto acerca de mi ſalario, ha ſido por com-
plazer à mi muger, la qual quando toma la mano à
perſuadir una coſa, no ay maço que tanto apriete los
aros de una cuba como ella aprieta à que ſe haga lo
que quiere, pero en eſeto el hombre ha de ſer hom-
bre, y la muger muger; y pues yo ſoy hombre
donde quiera, que no lo puedo negar, tambien lo
quiero ſer en mi caſa, peſe à quien peſare, y aſſi no
ay mas que hazer, ſino que vueſtra Merced ordene
ſu teſtamento con ſu codicilo, en modo que no ſe
pueda rebolcar, y pongamonos luego en camino,
porque no padezca el alma del Señor Sanſon, que
dize, que ſu conciencia le lita, que perſuada à vueſtra
Merced à ſalir vez tercera por eſſe mundo, y yo de
nuevo me ofrezco à ſervir à vueſtra Merced fiel y
legalmente, tan bien y mejor que quantos Eſcude-
ros han ſervido à Cavalleros andantes en los paſſa-
dos y preſentes tiempos. Admirado quedò el Ba-
chiller de oyr el termino, y modo de hablar de San-
cho Pança, que pueſto que avia leydo la primera
hiſtoria de ſu Señor, nunca creyò, que era tan gra-
cioſo como alli le pintan: pero oyendole dezir aora
teſtamento y codicilo, que no ſe pueda rebolcar, en
lugar de teſtamento y codicilo que no ſe pueda re-
vocar, creyò todo lo que dèl avia leydo, y confirmòlo
por uno de los mas ſolenes mentecatos de nueſtros
ſiglos, y dixo entre ſi, que tales dos locos como
Amo, y moço no ſe avrian viſto en el mundo: final-
mente Don Quixote, y Sancho ſe abraçaron, y que-
daron amigos, y con parecer y beneplacito del gran
Carraſco (que por entonces era ſu oraculo) ſe orde-
nò, que de alli à tres dias fueſſe ſu partida, en los
quales

quales avia lugar de adereçar lo neceſſario para el
viage, y de buſcar una celada de encaxe, que en todas
maneras, dixo Don Quixote, que la avia de llevar.
Ofrecioſela Sanſon, porque ſabia no ſe la negaria un
amigo ſuyo, que la tenia, pueſto que eſtava mas
eſcura, por el orin, y el moho, que clara y limpia
por el terſo azero. Las maldiciones, que las dos
Ama, y Sobrina echaron al Bachiller, no tuvieron
cuento: metaron ſus cabellos, arañaron ſus roſtros,
y al modo de las endechaderas, que ſe uſavan, lamen-
tavan la partida, como ſi fuera la muerte de ſu Se-
ñor. El deſignio que tuvo Sanſon, para perſuadirle
à que otra vez ſalieſſe, fue hazer lo que adelante
cuenta la hiſtoria, todo por conſejo del Cura, y del
Barbero, con quien el antes lo avia comunicado.
En reſolucion en aquellos tres dias Don Quixote, y
Sancho ſe acomodaron, de lo que les pareciò con-
venirles, y aviendo aplacado Sancho à ſu muger, y
Don Quixote à ſu Sobrina, y à ſu Ama, al anoche-
ſin que nadie lo vieſſe, ſino el Bachiller, que quiſo
acompañarles media legua del lugar, ſe puſieron en
camino del Toboſo. Don Quixote ſobre ſu buen
Rozinante, y Sancho ſobre ſu antiguo Ruzio, pro-
veydas las alforjas de coſas tocantes à la bucolica, y
la bolſa de dineros, que le diò Don Quixote, para lo
que ſe ofrecieſſe. Abraçòle Sanſon, y ſuplicòle, le
aviſaſſe de ſu buena, ò mala ſuerte, para alegrarſe
con eſta, ò entriſtecerſe con aquella, como las leyes
de ſu amiſtad pedian: prometioſelo Don Quixote:
diò Sanſon la buelta à ſu lugar; y los dos tomaron
la de la gran Ciudad del Toboſo.

CAPITULO VIII.

Donde se cuenta lo que le sucedió à Don Quixote, yendo à ver à su Señora Dulcinea del Toboso.

Bendito sea el poderoso Alà, dize Hamete Benengeli al comienzo deste octavo Capitulo, bendito sea Alà, repite tres vezes, y dize, que dà estas bendiciones, por ver que tiene ya en campaña à Don Quixote, y à Sancho, y que los lectores de su agradable historia pueden hazer cuenta, que desde este punto comiençan las hazañas, y donayres de Don Quixote, y de su Escudero: persuádeles, que se les olviden las passadas cavallerias del ingenioso Hidalgo, y pongan los ojos en las que están por venir, que desde agora en el camino del Toboso comiençan, como las otras començaron en los campos de Montiel, y no es mucho lo que pide, para tanto como el promete, y así prosigue, diciendo:

Solos quedaron Don Quixote, y Sancho, y apenas se hubo apartado Sançon, quando començò à relinchar Rozinante, y à sospirar el Ruzio, que de entrambos Cavallero, y Escudero fue tenido à buena señal, y por felicissimo agüero, aunque si se ha de contar la verdad, mas fueron los sospiros, y rebuznos del ruzio, que los relinchos del rozin, de donde coligò Sancho, que su ventura avia de sobrepujar, y ponerle encima de la de su Señor, fundandose, no se si en Astrologia judiciaria, que el se sabia, puesto que la historia no lo declara, solo le oyeron dezir, que quando tropezava, ò caya, se holgara no aver salido de casa, porque del tropezar, ò caer,

ò caer, no se sacava otra cosa, sino el çapato roto, ò las costillas quebradas, y aunque tonto, no andava en esto muy fuera de camino: dixole Don Quixote; Sancho amigo, la noche se nos vâ entrando à mas andar, y con mas escuridad de la que aviamos menester, para alcançar à ver con el dia al Toboso, adonde tengo determinado de yr, antes que en otra aventura me ponga, alli tomaré la bendicion, y buena licencia de la fin par Dulcinea, con la qual licencia pienso, y tengo por cierto de acabar, y dar felice cima à toda peligrosa aventura: porque ninguna cosa desta vida haze mas valientes à los Cavalleros andantes, que verse favorecidos de sus Damas. Yo así lo creo, respondió Sancho, pero tengo por dificultoso, que vuestra Merced pueda ablandarla, ni verse con ella en parte alomenos, que pueda recebir su bendicion, si ya no se la echà desde las bardas del corral, por donde yo la vi la vez primera quando le llevè la carta donde yvan las nuevas de las sandezès, y locuras, que vuestra Merced quedava haziendo en el coraçon de Sierra Morena. Bardas de corral se te antojaron aquellas, Sancho, dixo Don Quixote, adonde, ò por donde viste aquella jamas bastantemente alabada gentileza y hermosura? No devian de ser sino galerias, ò corredores, ò lonjas, ò como las llaman de ricos y Reales palacios. Todo pudo ser, respondió Sancho, pero à mi bardas me parecieron, sino es que soy faltar de memoria. Con todo esso vamos allà Sancho, replicò Don Quixote, que como yo la vea, esso se me dà, que sea por bardas, que por ventanas, ò por resquicios, ò verjas de jardines, que qualquier rayo que del sol de su belleza llegue à mis ojos, alumbra mi entendimiento, y fortalecerà mi coraçon de modo

modo, que quede unico, y sin yqual en la discrecion, y en la valentia. Pues en verdad, Señor, respondió Sancho, que quando yo viessé sol de la Señora Dulcinea del Toboso, que no estava tan claro, que pudiesse echar de sí rayos algunos, y devió de ser, que como su Merced estava ahechando aquel trigo, que dixe, el mucho polvo que sacava, se le puó como nube ante el rostro, y se le escureció. Que todavia das Sancho, dixo Don Quixote, en dezir, en pensar, en creer, y en porfiar, que mi Señora Dulcinea ahechava trigo, siendo esso un menester, y exercicio que va desviado de todo lo que hazen, y deven hazer las personas principales, que están constituydas, y guardadas para otros exercicios y entretenimientos, que muestran à tiro de ballesta su principalidad. Mal se te acuerdan à tí, ó Sancho, aquellos versos de nuestro Poëta, donde nos pinta las labores, que hazian allà en sus moradas de cristal aquellas quatro Ninfas, que del Tajo amado sacaron las cabeças, y se sentaron à labrar en el prado verde aquellas ricas telas, que allí el ingenioso Poëta nos describe, que todas eran de oro, sirgo, y perlas contestas, y texidas. Y desta manera devia de ser el de mi Señora, quando tu la viste, sino que la embidia, que algun mal encantador deve de tener à mis cosas, todas las que me han de dar gusto, trueca, y buelve en diferentes figuras, que ellas tienen, y assi temo, que en aquella historia, que dizen, que anda impressa, de mis hazañas, si por ventura ha sido su autor algun sabio mi enemigo, avrà puesto unas cosas por otras, mezclando con una verdad mil mentiras, divirtiendose à contar otras acciones, fuera de lo que requiere la continuacion de una verdadera historia, ó embidia,

dia, rayz de infinitos males, y carcoma de las virtudes. Todos los vicios, Sancho, traen un noysè que deleyte consigo: pero el de la embidia no trae sino disgustos, rancores, y rabias. Esso es lo que yo digo tambien, respondió Sancho, y pienso, que en esta leyenda, ó historia que nos dixo el Bachiller Carrasco, que de nosotros avia visto, deve de andar mi honra à coche acá cinchado, y como dicen, al estricote aqui, y alli, barriendo las calles. Pues à fè de bueno, que no he dicho yo mal de ningun encantador, ni tengo tantos bienes, que pueda ser embidiado: bien es verdad, que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de vellaco: pero todo lo cubre, y tapa la gran capa de la simpleza mia siempre natural, y nunca artificiosa: y quando otra cosa no tuviesse sino el creer, como siempre creo, firme y verdaderamente en Dios, y en todo aquello que tiene, y cree la santa Yglesia Catolica Romana, y el ser enemigo mortal, como lo soy, de los Judios, devian los Historiadores tener misericordia de mi, y tratarme bien en sus escritos: pero digan, lo que quisieren, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano, aunque por verme puesto en libros, y andar por esse mundo de mano en mano, no se me dà un higo que digan de mi todo lo que quisieren. Esso me parece, Sancho, dixo Don Quixote, à lo que sucedió à un famoso Poëta destos tiempos, el qual aviendo hecho una maliciosa satira contra todas las Damas cortesanas, no puso, ni nombrò en ella à una Dama, que se podia dudar, si lo era, ó no, la qual viendo que no estava en la lista de las demas, se quexò al Poëta, diciendole, que avia visto en ella para no ponerla en el numero de las otras, y que alargasse la satira, y la pu-

pudiese en el ensanche, sino que mirasse para lo que avia nacido: hizolo assi el Poëta, y puso la qual no digan Dueñas, y ella quedó satisfecha, por verse con fama, aunque infame: tambien viene con esto lo que cuentan de aquel pastor, que puso fuego, y abrasó el templo famoso de Diana, contado por una de las siete maravillas del mundo, solo porque quedasse vivo su nombre en los siglos venideros; y aunque se mandó, que nadie le nombrasse, ni hiziesse por palabra, ó por escrito mencion de su nombre, porque no consiguiessse el fin de su deseo, toda via se supo, que se llamava Erostrato: tambien alude a esto lo que sucedió al grande Emperador Carlos Quinto con un Cavallero en Roma. Quiso ver el Emperador aquel famoso templo de la Rotunda, que en la antigüedad se llamó el templo de todos los Dioses, y aora con mejor vocación se llama de todos los Santos, y es el edificio, que mas entero ha quedado de los que algó la gentilidad en Roma, y es el que mas conserva la fama de la grandiosidad, y magnificencia de sus fundadores, el es de hechura de una media natanja, grandissimo en extremo, y está muy claro, sin entrarle otra luz, que da que le concede una ventana, ó por mejor dezir, claraboya redonda, que está en su cima, desde la qual mirando el Emperador el edificio, estava con el, y á su lado un Cavallero Romano, declarandole los primores, y futezas de aquella gran maquina, y memorable arquitectura, y aviendose quitado de la claraboya, dixo al Emperador: Mil vezes, sacra Magestad, me vino deleo de abraçarme con vuestra Magestad, y arrojarme de aquella claraboya abajo, por dexar de mi fama eterna en el mundo. Yo os agradezco, respondió el Emperador, el no aver

puesto

puesto tan mal pensamiento en efeto, y de aqui adelante no os pondré yo en ocasion, que bolvays á hazer prueba de vuestra lealtad, y assi os mando, que jamas me hableys, ni esteys donde yo estuviere, y tras estas palabras le hizo una gran merced. Quiere dezir, Sancho, que el deseo de alcançar fama es activo en gran manera: quien piensas tu, que arrojó á Horacio del puente abajo, armado de todas armas en la profundidad del Tibre? quien abrasó el brazo, y la mano á Mucio? quien impelió á Curcio á lanzarse en la profunda sima ardiente, que apareció en la mitad de Roma? quien contra todos los agüeros que en contra se le avian mostrado, hizo passar al Rubicon á Cesar? y con exemplos mas modernos, quien barrenó los navios, y dexó en seco, y ayssados los valerosos Españoles, guiados por el cortesissimo Cortés en el nuevo mundo? Todas estas, y otras grandes, y diferentes hazañas, son, fueron, y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios, y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen: puesto que los Christianos Católicos, y andantes Cavalleros, mas avemos de atender á la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etereas, y celestes, que á la vanidad de la fama, que en este presente y acabable siglo se alcanza, la qual fama por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mesmo mundo, que tiene su fin señalado: assi, ó Sancho, que nuestras obras no han de salir del limite, que nos tiene puesto la Religion Christiana, que professamos. Hemos de matar en los Gigantes á la soberbia: á la embidia en la generosidad, y buen pecho: á la ira en el repolado continente, y quietud del animo: á la gula, y al sueño en el poco comer que comemos, y

Parte II.

E

en

en el mucho velar, que velamos: à la luxuria, y lascivia en la lealtad que guardamos, à las que hemos hecho Señoras de nuestros pensamientos: à la pereza con andar por todas las partes del mundo, buscando las ocasiones, que nos puedan hazer, y hagan sobre Christianos famosos Cavalleros. Vez aquí Sancho, los medios, por donde se alcanzan los estremos de alabanzas, que consigo trae la buena fama. Todo lo que vuestra Merced hasta aquí me ha dicho, dixo Sancho, lo he entendido muy bien, pero con todo esto queria que vuestra Merced me forbiesse una duda, que agora en este punto me ha venido à la memoria. Assolviesse, quierdes dezir, Sancho, dixo Don Quixote, di en buena hora, que yo responderè, lo que supiere. Digame, Señor, prologuio Sancho, estos Julios, ò Agostos, y todos estos Cavalleros hazañosos, que ha dicho, que ya son muertos, donde están agora? Los Gentiles, respondió Don Quixote, sin duda están en el infierno; los Christianos, si fueron buenos Christianos, ò están en el Purgatorio, ò en el Cielo. Está bien, dixo Sancho, pero sepamos agora, estas sepulturas, donde están los cuerpos de estos Señorazos, tienen delante de si lamparas de plata, ò están adornadas las paredes de sus capillas de muletas, de mortajas, de cabelleras, de piernass, y de ojos de cera, y si desto no, de que están adornadas? A lo que respondió Don Quixote, los sepulchros de los Gentiles fueron por la mayor parte suntuosos templos, las cenizas del cuerpo de Julio Cesar se pusieron sobre una piramide de piedra de desmesurada grandeza, à quien oy llaman en Roma la aguja de san Pedro. Al Emperador Adriano no le sirvió de sepultura un Castillo tan grande como

mo una buena aldea, à quien llamaron Moles Adriani, que agora es el castillo de sant Angel en Roma: la Reyna Artemisa sepultò à su marido Mausoleo en un sepulcro, que se tuvo por una de las siete maravillas del mundo; pero ninguna destas sepulturas, ni otras muchas que tuvieron los Gentiles, se adornaron con mortajas, ni con otras ofrendas, y señales que mostrassen ser Santos los que en ellas están sepultados. A esto voy, replicò Sancho, y digame agora, qual es mas, resucitar à un muerto, ò matar à un Gigante. La respuesta está en la mano, respondió Don Quixote, mas es resucitar à un muerto. Cogido le tengo, dixo Sancho, luego la fama del que resucita muertos, dà vista à los ciegos, enderega los coxos, y dà salud à los enfermos, y delante de sus sepulturas arden lamparas, y están llenas sus capillas de gentes devotas, que de rodillas adoran sus reliquias, mejor fama será para este, y para el otro figlo, que la que dexaron, y dexaren quantos Emperadores Gentiles, y Cavalleros andantes ha auido en el mundo. Tambien confieso esta verdad, respondió Don Quixote, pues esta fama, estas gracias, estas prerogativas, como llaman à esto, respondió Sancho, tienen los cuerpos, y las reliquias de los Santos, que con aprovacion, y licencia de nuestra santa Madre Yglesia tienen lamparas, velas, mortajas, muletas, pinturas, cabelleras, ojos, piernas, con que aumentan la devocion, y engrandecen su Christiana fama. Los cuerpos de los Santos, ò sus reliquias llevan los Reyes sobre sus ombros, besan los pedaços de sus hueßos, adornan, y enriquezen con ellos sus Oratorios, y sus mas preciados Altares. Que quierdes, que infiera, Sancho, de todo lo que has dicho? dixo Don Quixote.

Quiero dezir, dixo Sancho, que nos demos à ser Santos, y alcangaremos mas brevemente la buena fama, que pretendemos: y advierta, Señor, que ayer, o antes de ayer, que segun ha poco se puede dezir desta manera, canonizaron, o beatificaron dos Fraylecitos Descalcos, cuyas cadenas de hierro con que ceñian, y atormentavan sus cuerpos, se tiene aora à gran ventura el besarlas, y tocarlas, y están en mas veneracion, que està, segun dixe, la espada de Roldan en la armeria del Rey nuestro Señor, que Dios guarde: assi que Señor mio, mas vale ser humilde Fraylecito de qualquier Orden que sea, que valiente, y andante Cavallero: mas alcançan con Dios dos dozenas de diciplinas, que dos mil lançadas, ora las den à Gigantes, ora à Vestiglos, o Endrigos. Todo esto es assi, respondió Don Quixote, pero no todos podemos ser Frayles, y muchos son los caminos por donde lleva Dios à los suyos al cielo, Religion es la cavalleria, Cavalleros santos ay en la gloria. Si, respondió Sancho, pero yo he oydo dezir, que ay mas Frayles en el cielo, que Cavalleros andantes. Esto es, respondió Don Quixote, porque es mayor el numero de los Religiosos, que el de los Cavalleros. Muchos son los andantes, dixo Sancho. Muchos, respondió Don Quixote, pero pocos los que merecen nombre de Cavalleros. En estas y otras semejantes platicas se les pasó aquella noche, y el dia siguiente, sin acontecerles cosa, que de contar fuesse, de que no poco le peso à Don Quixote: en fin otro dia al anochecer descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espiritus à Don Quixote, y se le entristecieron à Sancho, porque no sabia la casa de Dulcinea, ni en su vida

vida la avia visto, como no la avia visto su Señor, de modo que el uno por verla, y el otro por no averla visto, estaban alborotados, y no imaginava Sancho, que avia de hazer quando su Dueño le embiasse al Toboso: finalmente ordenò Don Quixote entrar en la ciudad entrada la noche, y en tanto que la hora se llegava, se quedaron entre unas enzinas, que cerca del Toboso estaban; y llegado el determinado punto, entraron en la ciudad, donde les sucediò cosas, que à cosas llegan.

CAPITULO IX.

Donde se cuenta lo que en el se verà.

MEDIA noche era por filo, poco mas o menos, quando Don Quixote, y Sancho dexaron el monte, y entraron en el Toboso: estava el pueblo en un sossegado silencio, porque todos sus vezinos dormian, y reposavan à pierna tendida, como suele dezirse: era la noche entreclara, puesto que quisiera Sancho, que fuera del todo escura, por hallar en su escuridad disculpa de su sandez: no se oya en todo el lugar sino ladridos de perros, que atronavan los oydos de Don Quixote, y turbavan el coraçon de Sancho, de quando en quando rebuznava un jumento, gruñian puercos, mayavan gatos, y cuyas voces de diferentes sonidos se aumentavan con el silencio de la noche, todo lo qual tuvo el enamorado Cavallero à mal aguero, pero con todo esto dixo à Sancho: Sancho hijo, guia al palacio de Dulcinea, quiga podrá ser, que la hallamos despierta. A que palacio tengo de guiar, cuer-

po del Sol , respondió Sancho , que en el que oy vi à su grandeza , no era sino casa muy pequeña. Devia de estar retirada entonces , respondió Don Quixote , en algun pequeño apartamiento de su alcaçar , folazandose à solas con tus Donzellas, como es uso y costumbre de las altas Señoras , y Princesas. Señor , dixo Sancho, ya que vuestra Merced quiere à pesar mio que sea alcaçar la casa de mi Señora Dulcinea , es hora esta por ventura de hallar la puerta abierta ? y será bien que demos aldar vazos , para que nos oyan , y nos abran , metiendo en alboroto , y rumor toda la gente ? vamos por dicha à llamar à la casa de nuestras mancebas , como hazen los abarraganados , que llegan , y llaman , y entran à qualquier hora , por tarde que sea ? Hallèmos primero una por una el alcaçar , replicò Don Quixote , que entonces yo te dirè , Sancho , lo que será bien que hagamos : v advierte Sancho , que yo veo poco , que aquel bulto grande y sombra , que desde aqui se descubre , la deve de hazer el palacio de Dulcinea. Pues guie vuestra Merced , respondió Sancho , quicà será assi , aunque yo lo verè con los ojos , y lo tocarè con las manos , y assi lo creerè yo , como creer que es agora de dia. Guiò Don Quixote , y aviendo andado como docientos passos diò con el bulto que hazia la sombra , y viò una gran torre , y luego conociò , que el tal edificio no era alcaçar , sino la Yglesia principal del pueblo. Y dixo , con la Yglesia hemos dado , Sancho. Ya lo veo , respondió Sancho , y plega à Dios , que no demos con nuestra sepultura , que no es buena señal andar por los cimiterios à tales horas , y mas aviendo yo dicho à vuestra Merced , si mal no me acuerdo , que la casa desta Señora ha de estar

estar en una callejuela sin salida. Maldito seas de Dios , mentecato , dixo Don Quixote , adonde has tu hallado , que los alcaçares y palacios Reales estèn edificadas en callejuelas sin salida. Señor , respondió Sancho , en cada tierra su uso , quicà se usa aqui en el Toboso edificar en callejuelas los palacios , y edificios grandes , y assi suplico à vuestra Merced me dexe buscar por estas calles , ò callejuelas que se me ofrecen , podria ser , que en algun rincón topasse con esse alcaçar , que le vea yo comido de perros , que assi no trae corridos , y alendereados. Habla con respeto , Sancho , de las cosas de mi Señora , dixo Don Quixote , y tengamos la fiesta en paz , y no arrojemus la foga tras el caldero. Yo me reportarè , respondió Sancho , pero con que paciencia podrè llevar , que quiera vuestra Merced que de sola una vez que vi la casa de nuestra Ama , la aya de saber siempre , y hallarla à media noche , no hallandola vuestra Merced , que la deve de aver visto millares de vezes. Tu me haràs desesperar , Sancho , dixo Don Quixote : ven acá herege , no te he dicho mil vezes , que en todos los dias de mi vida no he visto à la fin par Dulcinea , ni jamas atravesè los umbrales de su palacio , y que solo estoy enamorado de oydas , y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta. Ahora lo oigo , respondió Sancho , y digo , que pues vuestra Merced no la ha visto , ni yo tampoco. Esio no puede ser , replicò Don Quixote , que por lo menos ya me has dicho tu , que la viste ahechando trigo , quando me traxiste la respuesta de la carta , que le embie contigo. No se atenga à esio , Señor , respondió Sancho , porque le hago saber , que tambien fue de oydas la vista , y la respuesta que le traxe : porque

affise yo quien es la Señora Dulcinea, como dar tu
 puño en el cielo. Sancho, Sancho, respondió Don
 Quixote, tiempos ay de burlar, y tiempos donde
 caen, y parecen mal las burlas. No porque yo diga,
 que ni he visto, ni hablado à la Señora de mi alma,
 has tu de dezir tambien, que ni la has hablado, ni
 visto, siendo tan al revés como sabes. Estando los
 dos en estas pláticas vieron, que venia à passar por
 donde estavan uno con dos mulas, que por el ruydo
 que hazia el arado, que arrastrava por el suelo, juz-
 garon que devia de ser labrador, que avria madrugado
 antes del dia à yr à su labrança, y assi fue la ver-
 dad: venia el labrador cantando aquel Romance,
 que dicen: mala la huvistes Franceses en esta de
 Roncesvalles. Que me maten, Sancho, dixo en
 oyendole Don Quixote, si nos ha de suceder cosa
 buena esta noche. No oyes lo que viene cantando
 esse villano? Si oygo, respondió Sancho, pero que
 haze à nuestro proposito la caga de Roncesvalles?
 assi podiera cantar el Romance de calaynos, que tor-
 do fuera uno, para sucedernos bien, ó mal en nue-
 stro negocio. Llegò en esto el labrador, à quien
 Don Quixote preguntò: sabreysme dezir buen
 amigo, que buena ventura os dè Dios, donde son por
 aqui los palacios de la sin par Princesa Doña Dulci-
 nea del Toboso? Señor, respondió el moço, yo soy
 forastero, y ha pocos dias, que estoy en este pueblo,
 sirviendo à un labrador rico en la labrança del cam-
 po, en esta casa frontera viven el Cura, y el Sacristan
 del lugar, entrambos, ó qualquier dellos sabrà dar
 à vueſſa Merced razon deſſa Señora Princesa, por-
 que tienen la lista de todos los vezinos del Toboso,
 aunque para mi tengo, que en todo el no vive Prin-
 cesa alguna, muchas Señoras si principales, que cada
 una

una en su casa puede ser Princesa. Pues entre estas,
 dixo Don Quixote, deve de estar, amigo, esta por
 quien te pregunto. Podria ser, respondió el moço, y
 à Dios, que ya viene el alva, y dando à sus mulas, no
 atendio à mas preguntas. Sancho que viò suspenſo
 à su Señor, y assaz mal contento, le dixo: Señor, ya
 se viene à mas andar el dia, y no terà acertado dexar
 que nos halle el sol en la calle, mejor terà, que nos
 salgamos fuera de la ciudad, y que vueſſa Merced se
 embosque en alguna floresta aqui cercana, y yo bol-
 verè de dia, y no dexarè ostugo en todo este lugar,
 donde no busque la casa, alcaçar, ó palacio de mi Se-
 ñora, y assaz seria desdichado, sino le hallasse, y ha-
 llandole, hablarè con su Merced, y le dirè donde, y
 como queda vueſſa Merced esperando, que le dè
 orden, y traça para verla sin menoscabo de su honra
 y fama. Has dicho, Sancho, dixo Don Quixote, mil
 sentencias encerradas en el circulo de breves pala-
 bras: el consejo, que aora me has dado, le apetezco, y
 recibo de bonissima gana: ven hijo, y vamos à bus-
 car donde me embosque, que tu bolveràs, como di-
 zes, à buscar, à ver, y hablar à mi Señora, de cuya
 discrecion, y cortesia espero mas que milagrosos fa-
 vores. Rabiava Sancho, por sacar à su amo del pue-
 blo, porque no averiguasse la mentira de la respue-
 sta, que de parte de Dulcinea le avia llevado à Sierra
 Morena, y assi diò priessa à la salida, que fue luego,
 y à dos millas del lugar hallaron una floresta, ó
 bosque, donde Don Quixote se emboscò en tanto
 que Sancho bolvia à la ciudad à hablar à Dulcinea,
 en cuya embaxada le sucedieron cosas, que piden
 nueva atencion, y nuevo credito.

CAPITULO X.

Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para encantar à la Señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridiculos, como verdaderos.

LEGANDO el autor desta grande historia à contar lo que en este Capitulo cuenta, dize, que quisiera passarle en silencio, temeroso de que no avia de ser creydo, porque las locuras de Don Quixote llegaron aqui al termino y raya de las mayores, que pueden imaginarse, y aun passaron dos tiros de ballesta mas allà de las mayores, finalmente aunque con este miedo, y recelo las escribió de la misma manera, que el las hizo, sin añadir, ni quitar à la historia un atomo de la verdad, sin dársele nada por las objeciones, que podian ponerle de mentiroso; y tuvo razon, porque la verdad adelgaza, y no quiebra, y siempre anda sobre la mentira, como el azeyte sobre el agua, y assi prosiguiendo su historia, dize, que assi como Don Quixote se emboscò en la floresta, encinar, ò selva junto al gran Toboso, mandò à Sancho bolver à la ciudad, y que no bolviessè à su presencia, sin aver primero hablado de su parte à su Señora, pidiendola fuesse servida de dexarse ver de su cautivo Cavallero, y se dignasse de echarle su bendicion, para que pudiesse esperar por ella felicissimos sucesos de todos sus acometimientos, y dificultosas empresas. Encargòse Sancho de hazerlo assi como se le mandava, y de traerle tan buena respuesta, como le traxo la vez primera. Anda hijo, replicò Don Quixote, y no te turbes quando te vieres ante

la luz del sol de hermosura, que vàs à buscar. Dichofo tu sobre todos los escuderos del mundo, tèn memoria, y no te te passè della, como te recibe, si muda las colores el tiempo que la estuvieres dando mi embaxada, si se desalfofiaga, y turba oyendo mi nombre, sino cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad, y si està en pie, mirala, si se pone agora sobre el uno, agora sobre el otro pie, si te repite la respuesta que te diere, dos, ò tres vezes; si la muda de blanda en aspera: de azeda en amorosa: si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no està desordenado: finalmente hijo, mira todas tus acciones, y movimientos: porque si tu me los relatares como ellos fueron, sacarè yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su coraçon acerca de lo que al fecho de mis amores toca, que has de saber, Sancho, sino lo sabes, que entre los amantes las acciones, y movimientos exteriores que muestran, quando de sus amores se trata, son certissimos correos, que traen las nuevas de lo que allà en lo interior del alma passa. Vé amigo, y guíete otra mejor ventura que la mia, y buelvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo, y esperando en esta amarga soledad en que me dexas. Yo yrè, y bolverè presto, dixo Sancho, y ensanche vueſſa Merced, Señor mio, esse coraçoncillo, que le deve de tener agora no mayor que una abellana, y considere, que se suele dezir, que buen coraçon quebranta mala ventura, y que donde no ay tocinos, no ay estacas: y tambien se dize, donde no piensa salta la liebre: digolo, porque si esta noche no hallamos los palacios, ò alcaçares de mi Señora, agora que es de dia, los pienso hallar, quando menos lo pienſe, y hallados, dextenme à mi con ella.

Porcierto, Sancho, dixo Don Quixote, que siempre traes tus refranes tan à pelo de lo que tratamos, quanto me dà Dios mejor ventura en lo que deseo. Esto dicho bolvió Sancho las espaldas, y vareò su Ruzio, y Don Quixote se quedó à cavallo descansando sobre los estrivos, y sobre el arrimo de su lanza lleno de tristes, y confusas imaginaciones, donde le dexarèmos, yendonos con Sancho Pança, que no menos confuso, y pensativo se apartò de su Señor, que èl quedava, y tanto, que apenas hubo salido del bosque, quando bolviendo la cabeça, y viendo que Don Quixote no parecia, se apeò del jumento, y sentandose al pie de un arbol començò à hablar consigo mismo, y à dezirse: Sepamos agora, Sancho hermano, adonde va vuestra Merced? Va à buscar algun jumento que se le aya perdidò: no porcierto. Pues que va à buscar? Voy à buscar, como quien no dize nada, à una Princesa, y en ella al sol de la hermosura, y à todo el cielo junto. Y adonde pensays hallar esto que dezis Sancho? Adonde, en la gran ciudad del Toboso. Y bien, y de parte de quien la vays à buscar? De parte del famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha, que desfaze los tuertos, y dà de comer al que ha sed, y de beber al que ha hambre. Todo esto està muy bien, y sabeyis su casa Sancho? Mi amo dize, que han de ser unos Reales palacios, ò unos sobervios alcaçares. Y aveysla visto algun dia por ventura? Ni yo ni mi amo la avemos visto jamas. Y pareceos que fuera acertado y bien hecho, que si los del Toboso supiesen que estays vos aqui con intencion de yr à fonsacalles sus Princesas, y à desassoslegarles sus Damas, viniesen, y os mollesen las costillas à pueros palos, y no os dexassien huefio sano? En verdad que

que tendrian mucha razon, quando no considerassen que soy mandado, y que mensagero soys amigo, no mereceys culpa non. No os fieys en esto, Sancho, porque la gente Manchega es tan colerica, como honrada, y no consiente colquillas de nadie. Vive Dios, que si os huele, que os mando mala ventura: Oxe puto, allà daras rayò, no fino andeme yo buscando tres pies al gato por el gusto ageno: y mas que assi serà buscar à Dulcinea por el Toboso, como à Marica por Rabena, ò al Bachiller en Salamanca: el diablo, el diablo me ha metido à mi en esto, que otro no. Este soliloquio passò consigo Sancho, y lo que sacò del fue, que bolvió à dezirse, aora bien todas las cosas tienen remedio, sino es la muerte, debaxo de cuyo yugo hemos de pasar todos mal que nos pese al acabar de la vida. Este mi amo por mil señales he visto, que es un loco de atar, y aun tambien yo no le quedo en zaga, pues soy mas mentecato que èl, pues le figo, y le sirvo, si es verdadero el refran, que dize, dime con quien andas, dezirte he quien eres: y el otro, de no con quien naces, sino con quien paces. Siendo pues loco, como lo es, y de locura que las mas vezes toma unas cosas por otras, y juzga lo blanco por negro, y lo negro por blanco, como se pareciò quando dixo, que los molinos de viento eran Gigantes, y las mulas de los Religiosos dromedarios, y las manadas de carneros exercitos de enemigos, y otras muchas cosas à este tono, no serà muy difficil hazerle creer, que una labradora, la primera que me topare por aqui, es la Señora Dulcinea, y quando el no lo crea, jurarè yo, y si el jurare, tornarè yo à jurar, y si porfiare, porfiarè yo mas, y de manera, que tengo de tener la mia siempre sobre el hito,

hito, venga lo que viniere, quicà con esta porfía acabarè con el, que no me embie otra vez à semejantes mensagerias, viendo quan mal recado le traygo dellas, ò quicà pensará, como yo imagino, que algun mal encantador destos, que el dize que le quieren mal, la avrá mudado la figura, por hazerle mal y daño. Con esto que pensò Sancho Pança quedò sossegado su espíritu, y tuvo por bien acabado su negocio, y deteniendose alli hasta la tarde, por dar lugar à que Don Quixote pensasse, que le avia tenido para yr y bolver del Toboso, y sucediòle todo tan bien, que quando se levantò para subir en el Ruzio, viò que del Toboso hazia donde el estava venian tres labradoras sobre tres pollinos, ò pollinas, que el autor no lo declara, aunque mas se puede creer, que eran borricas, por ser ordinaria cavalleria de las aldeanas: pero como no va mucho en esto, no ay para que detenernos en averiguarlo. En resolucion assi como Sancho viò à las labradoras, à passò tirado bolvió à buscar à tu Señor Don Quixote, y hallòle suspirando, y diziendo mil amorosas lamentaciones. Como Don Quixote le viò, le dixo, que ay Sancho amigo? Podrè señalar este dia con piedra blanca, ò con negra? Mejor ferá respondió Sancho, que vuestre Merced le señale con almagre como rotulos de Catedras, porque le echen bien de ver los que le vieren. De esse modo, replicò Don Quixote, buenas nuevas traes. Tan buenas, respondió Sancho, que no tiene mas que hazer vuestra Merced, sino picar à Rozinante, y salir à lo rato à ver à la Señora Dulcinea del Toboso, que con otras dos Donzellas fuyas viene à ver à vuestra Merced. Santo Dios, que es lo que dizes, Sancho amigo, dixo Don Quixote: Mira no me engañes, ni quie-

quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas. Que sacaria yo de engañar à vuestra Merced, respondió Sancho, y mas estando tan cerca de descubrir mi verdad. Pique Señor, y venga, y verà venir à la Princesa nuestra Ama, vestida, y adornada, en fin como quien ella es. Sus Donzellas, y ella, todas son una asqua de oro. Todas mayorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubies, todas telas de brocado de mas de diez altos. Los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol, que andan jugando con el viento: y sobre todo vienen à cavallo sobre tres cananeas remendadas, que no ay mas que ver. Hacaneas querrás dezir Sancho. Poca diferencia ay, respondió Sancho, de cananeas à hacaneas: pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las mas galanas Señoras que se puedan desear, especialmente la Princesa Dulcinea mi Señora, que palma los sentidos. Vamos Sancho hijo, respondió Don Quixote, y en albricias destas no esperadas, como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere: y si esto no te contenta, te mando las crias que este año me dieren las tres yeguas mías que tu sabes, que quedan para parir en el prado Concegil de nuestro pueblo. A las crias me atengo, respondió Sancho, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no està muy cierto. Ya en esto salieron de la selva, y descubrieron cerca à las tres aldeanas. Tendió Don Quixote los ojos por todo el camino del Toboso, y como no viò sino à las tres labradoras, turbòse todo, y preguntò à Sancho, si las avia dexado fuera de la ciudad. Como fuera de la ciudad, respondió, por ventura tiene vuestra Mer-

85 DON QUIXOTE DE LA MANCHA

Merced los ojos en el colodrillo, que no vée, que son estas las que aqui vienen, resplandecientes como el mismo Sol à medio dia? Yo no veo Sancho, dixo Don Quixote, sino à tres labradoras sobre tres borricos. Agora me libre Dios del diablo, respondió Sancho, y es possible que tres hacaneas, ó como se llaman, blancas como el hampo de la nieve, le parezcan à vueſſa Merced borricos. Vive el Señor, que me pele estas barbas, si tal fuese verdad. Pues yo te digo Sancho amigo, dixo Don Quixote, que es tan verdad que son borricos, ó borricas, como yo ſoy Don Quixote, y tu Sancho Pança, alomenos à mi tales me parecen. Calle Señor, dixo Sancho, no diga la tal palabra, sino despavile esos ojos, y venga à hazer reverencia à la Señora de sus pensamientos, que ya llega cerca, y diziendo esto se adelantó à recibir à las tres aldeanas, y apeandose del Ruzio tuvo del cabestro al jumento de una de las tres labradoras, y hincando ambas rodillas en el suelo, dixo: Reyna, y Princesa, y Duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia, y buen talante al cautivo Cavallero vuestro, que alli està hecho piedra marmol, todo turbado, y sin pulsos de verse ante vuestra magnifica presencia. Yo ſoy Sancho Pança su escudero, y el es el asien-derado Cavallero Don Quixote de la Mancha, llamado por otro nombre el Cavallero de la triste Figura. A esta sazon ya se avia puesto Don Quixote de hinojos junto à Sancho, y mirava con ojos desfencajados, y vista turbada à la que Sancho llamava Reyna, y Señora, y como no descubria en ella sino una moça aldeana, y no de muy buen rostro, porque era cari redonda, y chata, estava suspenſo y admirando.

Parte 2.

fol. 80.





mirado, sin osar desplegar los labios. Las labradoras estaban asimismo atonitas, viendo aquellos dos hombres tan diferentes hincados de rodillas, que no dexavan passar adelante à su compañera. Pero rompiendo el silencio la detenida toda desgraciada y moyna dixo: Apartense nora en tal del camino, y dexenmos passar, que vamos de priessa. A lo que respondió Sancho: O Princesa y Señora universal del Toboso, como vuestro magnifico coragon no se entenece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia à la columna y sustentio de la andante Cavalleria. Oyendo lo qual otra de las dos dixo: Mas yo que te estrego burra de mi suegro, mirad con que se vienen les Señoritos agora à hazer burla de las aldeanas, como si aqui no supiessemos echar pullas como ellos, vayan su camino è dexenmos hazer el nueso, y ferlesha sano. Levantate Sancho, dixo à este punto Don Quixote, que yà veo que la fortuna de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento à esta anima mezquina que tengo en las carnes. Y tu, ô estremo del valor que puedè desearse, termino de la humana gentileza, unico remedio deste afligido coragon que te adora, yà que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para solo ellos, y no para otros ha mudado y transformado tu sin yqual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si yà tambien el mio no le ha cambiado en el de algun vestiglo, para hazerle aborrecible à tus ojos, no dexes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumission y arrodillamiento que à tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora. Toma que mi aguelo, respondió

la aldeana : Amiguita soy yo de oyr resquebraxos. Apartense, y dexenmos yr, y agradecerse lo hemos. Apartose Sancho, y dexola yr, contentissimo de aver salido bien de su enredo. Apenas se vió libre la aldeana, que avia hecho la figura de Dulcinea, quando picando à su hacanea con un aguijon que en un palo traya, dió à correr por el prado adelante. Y como la borrica sentia la punta del aguijon que le fatigava mas de lo ordinario, començo à dar corcobos de manera, que dió con la Señora Dulcinea en tierra, lo qual visto por Don Quixote, acudió à levantarla, y Sancho à componer y cinchar el albarda, que tambien vino à la barriga de la pollina. Acomodada pues la albarda, y queriendo Don Quixote levantar à su encantada Señora en los brazos sobre la jumenta, la Señora levantandose del suelo le quitó de aquel trabajo, porque haziendose algun tanto atras, tomó una corridica, y puestas ambas manos sobre las ancas de la pollina, dió con su cuerpo mas ligero que un halcon sobre la albarda, y quedó ahorcajada como si fuera hombre: y entonces, dixo Sancho : Vive Roque, que es la Señora nuestra Ama mas ligera que un acotan, y que puede enseñar à subir à la gineta al mas diestro Cordoves, ó Mexicano. El arçon trasero de la silla pasó de un salto, y sin espuelas haze correr la hacanea como una cebrá, y no le van en zaga sus Donzellas, que todas corren como el viento, y assi era la verdad, porque en viendose à cavallo Dulcinea, todas picaron tras ella, y dispararon à correr sin bolver la cabeza atras por espacio de mas de media legua. Siguyolas Don Quixote con la vista, y quando vió que no parecian, bolviendose à Sancho, le dixo Sancho, que te parece quan mal quisto soy de en-

can

cantadores, y mira hasta donde se estiende su malicia, y la ogeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser à mi Señora. Enefeto yo nací para exemplo de desdichados, y para ser blanco y terrero donde tomen la mira, y assiesten las flechas de la mala fortuna. Y has tambien de advertir Sancho, que no se contentaron estos traydores de aver buuelto y transformado à mi Dulcinea, sino que la transformaron y bolvieron en una figura tan baxa y tan fea como la de aquella aldeana, y juntamente le quitaron lo que es tan suyo de las principales Señoras, que es el buen olor, por andar siempre entre ambares, y entre flores; porque te hago saber Sancho, que quando llegué à subir à Dulcinea sobre su hacanea (segun tu dizes, que à mi me pareció borrica) me dió un olor de ajos crudos, que me encalabrino, y atofigó el alma. O canalla, gritó à esta sazón Sancho, ó encantadores aciagos, y mal intencionados, y quien os viera à todos entartados por las agallas como sardinas en lercía. Mucho sabeys, mucho podeys, y mucho mas hazeys; Bastaros deviera, vellecos, aver mudado las perlas de los ojos de mi Señora en agallas alcornoqueñas, y sus cabellos de oro purissimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente todas sus faeciones de buenas en malas, sin que le tocarades en el olor, que por el si quierá lacaramos lo que estava encubierto debaxo de aquella fea corteza, aunque para dezir verdad, nunca yo ví su fealdad, sino su hermosura, à la qual subia de punto, y quilates un lunar que tenia sobre el labio derecho, à manera de vigote, con siete, ó ocho cabellos rubios, como hebras de oro, y largos demás de un palmo. A esse lunar, dixo Don Quixote, se-

F 2

gust

CAPITULO XL.

*De la estraña aventura que le sucedió al valeroso
Don Quixote con el carro, ó carreta de
las cortes de la muerte.*

PENSATIVO ademas yva Don Quixote por su camino adelante, considerando la mala burla que le avian hecho los encantadores, bolviendo á su Señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana, y no imaginava, que remedio tendria para bolverla á su ser primero, y estos pensamientos le llevaban tan fuera de sí, que sin sentirlo solto las riendas á Rozinante, el qual sintiendo la libertad que se le dava, á cada passo se detenía á pacer la verde yerva, de que aquellos campos abundavan, de su embelesamiento le bolvió Sancho Pança, diciendole: Señor, las tristezas no se hizieron para las bestias, sino para los hombres: pero si los hombres las sienten demasiado se buelven bestias, vuella merced se reporte y buelva en sí, y coja las riendas á Rozinante, y avive, y despierte, y muestre aquella gallardia, que conviene que tengan los Cavalleros andantes. ¿Que diablos es esto? ¿Que descacimientto es este? ¿Estamos aqui, ó en Francia? Mas que se lleve Satanas á quantas Dulcineas ay en el mundo, pues vale mas la salud de un solo Cavallero andante, que todos los encantos, y transformaciones de la tierra. Calla Sancho, respondió Don Quixote con voz no muy delmayada, calla digo, y no digas blasfemias contra aquella encantada Señora, que de su desgracia y desventura yo solo tengo la culpa: de la invidia que me tienen los malos ha nacido su mala

84 DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

gun la correspondencia que tienen entre sí los del rostro con los del cuerpo, ha de tener otro Dulcinea en la tabla de muslo que corresponde al lado donde tiene el del rostro: pero muy luengos para lunares son pelos de la grandeza, que has significado. Pues yo sé dezir á vuestra Merced, respondió Sancho, que le parecían allí como nacidos. Yo lo creo amigo, replicó Don Quixote, porque ninguna cosa puso la naturaleza en Dulcinea, que no fuese perfecta, y bien acabada, y así si tuviera cien lunares, como el que dizes, en ella no fueran lunares, sino lunas, y estrellas reiplandecientes. Pero dime Sancho, aquella que á mi me pareció albarda que tu aderecaste, era silla rafa, ó sillón? No era, respondió Sancho, sino silla á la gineca, con una cubierta de campo, que vale la mitad de un Reyno, segun es de rica. Y que no viesse yo todo esto, Sancho, dixo Don Quixote, aora torno á dezir, y diré mil veces, que soy el mas desdichado de los hombres. Harto tenía que hazer el focarron de Sancho en disimular la rifa, oyendo las fandezes de su amo, tan delicadamente engañado. Finalmente después de otras muchas razones que entre los dos pasaron, bolvieron á subir en sus bestias, y siguieron el camino de Zaragoza, adonde pensavan llegar á tiempo, que pudiesen hallarse en unas solenes fiestas, que en aquella insigne ciudad cada año suelen hazerse. Pero antes que allá llegassen les sucedieron cosas, que por muchas, grandes, y nuevas merecen ser escritas, y leydas, como se verá adelante.

andanga. Affi lo digo yo, respondió Sancho, quien la vido, y la vée aora, qual es el coraçon que no llora. Eſſo puedes tu dezir bien Sancho, replicò Don Quixote, pues la viſte en la entereza caval de ſu hermoſura, que el encanto no ſe eſtendiò à turbarle la viſta, ni à encubrirte ſu belleza, contra mi ſolo, y contra mis ojos ſe endereza la fuerça de ſu veneno. Mas con todo eſto he caydo Sancho en una coſa, y es, que me pintaste mal ſu hermoſura; porque, ſi mal no me acuerdo, dixiſte que tenia los ojos de perlas, y los ojos que parecen de perlas, antes ſon de beſugo que de dama, y à lo que yo creo los de Dulcinea deven ſer de verdes Eſmeraldas, raſgados con dos celeſtiales arcos, que les ſirven de cejas. Y eſſas perlas quitales de los ojos, y paſſalas à los dientes, que ſin duda te trocaſte, Sancho, tomando los ojos por los dientes. Todo puede ſer, respondió Sancho, porque tambien me turbò à mi ſu hermoſura, como à vueſſa merced ſu fealdad: pero encomendemoſlo todo à Dios, que el es el ſabidor de las coſas que han de ſuceder en eſte valle de lagrimas, en eſte mal mundo que tenemos, donde apenas ſe halla coſa que eſtè ſin mezcla de maldad, embuſte, y vellaqueria. De una cola me peſa, Señor mio, mas que de otras, que es penſar, que medio ſe ha de tener quando V. M. venga à algun gigante, ò otro Cavallero, y le mande, que ſe vaya à preſentar ante la hermoſura de la Señora Dulcinea, adonde la ha de hallar eſte pobre Gigante, ò eſte pobre y miſero Cavallero vencido. Pareceme que los veo andar por el Toboſo hecho unos bautanes buſcando à mi Señora Dulcinea, y aunque la encuentren en mitad de la calle no la conoceràn mas que à mi padre. Quiça Sancho, respondió Don Quixote

no ſe eſtendera el encantamiento à quitar el conocimiento de Dulcinea à los vencidos, y preſentados gigantes, y Cavalleros, y en uno, ò dos de los primeros que yo venga, y le embie, haremos la experiencia ſi la ven, ò no, mandandoles que buelvan à darme relacion de lo que acerca deſto les huviere ſucedido. Digo Señor, replicò Sancho, que me ha parecido bien lo que vueſſa Merced ha dicho, y que con eſſe artificio vendremos en conocimiento de lo que deſeamos, y ſi es que ella à ſolo vueſſa Merced ſe encubre, la deſgracia mas ſerà de vueſſa Merced que ſuya: pero como la Señora Dulcinea tenga ſalud y contento, noſotros por acá nos avendremos, y lo paſſaremos lo mejor que pudieremos, buſcando nueſtras aventuras, y dexando al tiempo que haga de las ſuyas, que el es el mejor medico deſtas, y de otras mayores enfermedades. Reſponder queria Don Quixote à Sancho: pero eſtorvòſelo una carreta que ſaliò al traves del camino cargada de los mas diverſos y eſtraños perſonages, y figuras, que pudieron imaginarse. El que guiava las mulas, y ſervia de carretero, era un feo demonio. Venia la carreta descubierta al cielo abierto, ſin toldo, ni gargo. La primera figura que ſe ofreciò à los ojos de Don Quixote, fue la de la miſma muerte, con roſtro humano: junto à ella venia un Angel con uñas grandes y pintadas alas. Al un lado eſtava un Emperador con una Corona, al parecer de oro, en la cabeza. A los pies de la muerte eſtava el Dios que llaman Cupido, ſin venda en los ojos: pero con ſu arco, carcax, y ſaetas. Venia tambien un Cavallero armado de punta en blanco, excepto que no traya morrión, ni celada, ſino un ſombroto lleno de plumas de diverſas colores, con eſtas

venían otras personas de diferentes trages y rostros. Todo lo qual visto de improviso en alguna manera alborotó a Don Quixote, y puso miedo en el corazón de Sancho, mas luego se alegró Don Quixote, creyendo que se le ofrecía alguna nueva y peligrosa aventura, y con este pensamiento, y con animo dispuesto de acometer qualquier peligro, se puso delante de la carreta, y con voz alta y amenazadora, dixo: Carretero, cochero, ò diablo, ò lo que eres, no tardes en desirme quien eres, á do vas, y quien es la gente que llevas en tu carricoche, que mas parece la barca de Caron, que carreta de las que se usan. A lo qual mansamente, deteniendo el diablo la carreta, respondió: Señor, nosotros somos recitantes de la compañía de Angulo el Malo, hemos hecho en un lugar que está detras de aquella loma esta mañana, que es la octava del Corpus, el auto de las cortes de la muerte, y hemosse de hazer esta tarde en aquel lugar que desde aqui se parece, y por estar tan cerca, y escuchar el trabajo de desnudarnos, y bolvernos á vestir, nos vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel mancebo vá de muerte; el otro de Angel. Aquella muger, que es la del autor vá de Reyna, el otro de soldado, aquel de Emperador, y yo de demonio, y soy una de las principales figuras del auto, porque hago en esta compañía los primeros papelés. Si otra cosa vuestra Merced desea saber de nosotros, preguntemelo, que yo le sabré responder con toda puntualidad, que como soy demonio, todo se me aleaça. Por la fè de Cavallero andante, respondió Don Quixote, que assi como vieste carro imaginé que alguna grande aventura se me ofrecía, y agora digo, que es menester tocar las apariencias con la





la mano para dar lugar al defengaño. Andad con Dios buena gente, y hazed vuestra fiesta, y mirad si mandeys algo en que pueda seros de provecho, que lo harè con buen animo, y buen talante, porque desde muchacho fuy aficionado à la caratula, y en mi mocedad se me yvan los ojos tras la farandula. Estando en estas platicas quiso la suerte q̄ llegasse uno de la compaña, que venia vestido de bogiganga, con muchos cascabeles, y en la punta de un palo traya tres bexigas de vaca hinchadas, el qual moharrache llegando el Don Quixote, comengò à esgrimir el palo, y à sacudir el suelo con las bexigas, y à dar grandes saltos sonando los cascabeles, cuya mala vision assi alborotò à Rozinante, que sin ser poderoso à detenerle Don Quixote tomando el freno entre los dientes, diò à correr por el campo con mas ligereza que jamàs prometieron los huesos de su notomia: Sancho, que considerò el peligro en que yva su Amo de ser derribado, saltò del Ruzio, y à toda priessa fue à valerle; pero quando à el llegò, ya estava en tierra, y junto à el Rozinante, que con su Amo vino al suelo. Ordinario fin y paredero de las lozanas de Rozinante, y de sus atrevimientos. Mas apenas hubo dexado su cavalleria Sancho por acudir à Don Quixote, quando el demonio baylador de las bexigas saltò sobre el Ruzio, y sacudiendole con ellas, el miedo y ruido mas que el dolor de los golpes, le hizo volar por la campaña bazia el lugar donde yvan à hazer la fiesta. Mirava Sancho la carrera de su Ruzio, y la cayda de su Amo, y no sabia à qual de las dos necesidades acudiria primero. Pero en efeto como buen escudero, y como buen criado, pudo mas con el amor de su Señor, que el cariño de su jumento.

mento. Puesto que cada vez que veyá levantar las bexigas en el ayre, y caer sobre las ancas de su Ruzio, eran para el tartagos, y sustos de muerte; y antes quisiera que aquellos golpes se los dieran à él en las niñas de los ojos, que en el mas mínimo pelo de la cola de su asno. Con esta perplexa tribulacion llegó donde estava Don Quixote harto mas mal trecho de lo que el quisiera, y ayudándole à subir sobre el Rozinante, le dixo: Señor, el diablo se ha llevado al Ruzio. Que diablo, preguntó Don Quixote? El de las bexigas, respondió Sancho. Pues yo le cobraré, replicó Don Quixote, si bien se encerrasse con él en los mas hondos y escuros calabogos del infierno. Sigüeme Sancho, que la carreta va de espacio, y con las mulas della satisfaré la perdida del Ruzio. No ay para que hazer esta diligencia Señor, respondió Sancho, vuestra Merced temple su colera, que segun me parece, yà el diablo ha dexado el Ruzio, y buelve à la querencia, y assi era la verdad, porque aviendo caydo el diablo con el Ruzio, por imitar à Don Quixote, y à Rozinante, el diablo se fue à pie al pueblo, y el jumento se bolvió à su Amo. Con todo esto, dixo Don Quixote, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mesmo Emperador. Quite se le à vuestra Merced esto de la imaginacion, replicó Sancho, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farlanges, que es gente favorecida. Recitante he visto yo estar preso por dos muertes, y salir libre, y sin costas. Sepa vuestra merced, que como son gentes alegres, y de plazer, todos los favorecen, todos los amparan, ayudan, y estiman, y mas siendo de aquellos de las compañías Reales, y de título

que todos, los mas en sus trages y compostura parecen unos Principes. Pues con todo, respondió Don Quixote, no se me ha de yr el demonio farlangue alabando, aunque le favorezca todo el genero humano, y diciendo esto bolvió à la carreta, que yà estava bien cerca del pueblo, y va dando voces, diciendo: Deteneos, esperad, turba alegre, y regozijada, que os quiero dar à entender como se han de tratar los jumentos y alimañas que sirven de cavalleria à los Escuderos de los Cavalleros andantes. Tan altos eran los gritos de Don Quixote, que los oyeron, y entendieron los de la carreta, y juzgando por las palabras la intencion del que las dezia, en un instante saltó la muerte de la carreta, y tras ella el Emperador, el diablo carretero, y el Angel, sin quedarse la Reyna, ni el Dios Cupido, y todos se cargaron de piedras, y se pusieron en ala, esperando recibir à Don Quixote en las puntas de sus guijarros. Don Quixote que los vió puestos en tan gallardo esquadron, los brazos levantados, con ademán de despedir poderosamente las piedras, detuvo las riendas à Rozinante, y puso se à pensar de que modo los acometeria con menos peligro de su persona. En esto que se detuvo llegó Sancho, y viéndole en talle de acometer al bien formado esquadron, le dixo: Assaz de locura sería intentar tal impresa. Confidere vuestra Merced, Señor mio, que para sopra de arroyo, y tente bonete, no ay arma defensiva en el mundo, sino es embutirse, y encerrarse en una campana de bronce: y tambien se ha de considerar, que es mas temeridad que valentia acometer un hombre solo à un exercito donde està la muerte, y pelean en persona Emperadores, y à quien ayudan los buenos y los malos Angeles; y si esta consideracion

no le mueve à estarse quedo, muevale saber cierto, que entre todos los que allí están, aunque parecen Reyes, Principes, y Emperadores, no ay ningun Cavallero andante. Ahora si, dixo Don Quixote, has dado Sancho en el punto que puede, y deve mudarme de mi ya determinado intento. Yo no puedo, ni devo sacar la espada, como otras vezes muchas te he dicho, contra quien no fuere armado Cavallero. A ti Sancho toca, si quieres tomar la vengança del agravio que à tu Ruzio se le ha hecho, que yo desde aqui te ayudarè con voces, y advertimientos saludables. No ay para que Señor, respondió Sancho, tomar vengança de nadie, pues no es de buenos Christianos tomarla de los agravios, quanto mas que yo acabare con mi asno que ponga su ofensa en las manos de mi voluntad, la qual es de vivir pacíficamente los dias que los cielos me dieren de vida. Pues esta es tu determinacion, replicò Don Quixote, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho Christiano, y Sancho sincero, dexemos estas fantasmas, y bolvamos à buscar mejores, y mas calificadas aventuras, que yo veo esta tierra de talle que no han de faltar en ella muchas, y muy milagrosas. Bolvió las riendas luego, Sancho fue à tomar su Ruzio, la muerte con todo su esquadron volante bolvieron à su carreta, y prosiguieron su viage, y este felice fin tuvo la tenebrosa aventura de la carrera de la muerte, gracias sean dadas al saludable consejo que Sancho Pança diò à su Amo, al qual el dia siguiente le succedió otra con un enamorado y andante Cavallero, de no menos suspension que la passada.

CAPITULO XII.

De la estraña aventura que le succedió al valeroso Don Quixote, con el bravo Cavallero de los espejos.

LA noche que siguiò al dia del rencuentro de la muerte la pasaron Don Quixote y su Escudero debaxo de unos altos y sombrosos arboles, aviendo, à persuasion de Sancho, comido Don Quixote de lo que venia en el repuesto del Ruzio; y entre la cena dixo Sancho à su Señor: Señor, que tanto huviera andado yo si huviera escogido en albricias los despojos de la primera aventura, que vuestra Merced acabara antes que las crias de las tres yeguas. En efeto, en efeto, mas vale pajarero en mano, que buytre volando. Todavia, respondió Don Quixote, si tu Sancho me dexaras acometer, como yo queria, te huvieran cabido en despojos, por lo menos la corona de oro de la Emperatriz, y las pintadas alas de Cupido, que yo se las quitara al redropelo, y te las pusiera en las manos. Nunca los cetros, y coronas de los Emperadores farsantes, respondió Sancho Pança, fueron de oro puro, sino de oropel, ò hoja de lata. Asfi es verdad, replicò Don Quixote, porque no fuera acertado, que los atavios de la comedia fueran finos, sino fingidos, y aparentes, como lo es la mesma comedia, con la qual quiero Sancho, que estès bien, teniendola en tu gracia, y por el mismo configuiente à los que las representan, y à los que las componen, porque todos son instrumentos de hazer un gran bien à la Republica, poniendonos un espejo à cada passo delante,

lante, donde se veen al vivo las acciones de la vida humana, y ninguna comparacion ay, que mas al vivo nos represente lo que somos, y lo que avemos de ser, como la comedia, y los comediantes: fino dime, no has visto tu representar alguna comedia adonde se introduzen Reyes, Emperadores, y Pontifices, Cavalleros, Damas, y otros diversos personajes? Uno haze el rufian, otro el embustero, este el mercader, aquel el soldado, otro el simple discreto, otro el enamorado simple. Y acabada la comedia, y desnudandose de los vestidos della, quedan todos los recitantes yguales? Si he visto, respondió Sancho. Pues lo mesmo dixo Don Quixote, acontece en la comedia y trato desto mundo, donde unos hazen los Emperadores, otros los Pontifices, y finalmente todas quantas figuras se pueden introducir en una comedia: pero en llegando al fin, que es quando se acaba la vida, à todos les quita la muerte las ropas que los diferenciavan, y quedan yguales en la sepultura. Brava comparacion, dixo Sancho, aunque no tan nueva, que yo la aya oydo muchas, y diversas vezes, como aquella del juego del axedres, que mientras dura el juego, cada pieça tiene su particular officio, y en acabandose el juego, todas se mezclan, juntan, y barajan, y dan con ellas en una bolsa, que es como dar con la vida en la sepultura. Cada dia Sancho, dixo Don Quixote, te vas haziendo menos simple, y mas discreto. Si que algo se me ha de pegar de la discrecion de vuestra Merced, respondió Sancho, que las tierras que de suyo son estériles y secas, esforcollandolas, y cultivandolas vienen à dar buenos frutos, quiero dezir que la conversacion de vuestra Merced ha sido el estiercol, que sobre la estéril tierra de mí

feco

feco ingenio ha caydo, la cultivacion el tiempo que ha que le sirvo, y comunico, y con esto espero de dar frutos de mí, que sean de bendicion, tales que no desdigan, ni deslizen de los señores de la buena criança, que vuestra Merced ha hecho en el agostado entendimiento mio. Riose Don Quixote de las afectadas razones de Sancho, y parecióle ser verdad lo que dezia de su emienda, porque de quando en quando hablava de manera, que le admirava, puesto que todas, o las mas vezes que Sancho queria hablar de oposicion, y à lo cortesano acabava su razon, con despenarse del monte de su simplicidad al profundo de su ignorancia, y en lo que él se mostrava mas elegante, y memorioso, era en traer refranes, viniessen, o no viniessen à pelo de lo que tratava, como se avrà visto, y se avrà notado en el discurso desta historia. En estas y en otras platicas se les pasó gran parte de la noche, y à Sancho le vino en voluntad de dexar caer las compuertas de los ojos, como el dezia, quando queria dormir, y desaliñando el Ruzio, le dió palto abundoso, y libre. No quitò la silla à Rozinante, por ser expreso mandamiento de su Señor, que en el tiempo que anduviessen en campaña, o no durmiesßen debaxo de techado no desaliñasse à Rozinante, antigua usança establecida, y guardada de los andantes Cavalleros, quitar el freno, y colgarle del arzon de la silla; pero quitar la silla al cavallo, guarda: y así lo hizo Sancho, y le dió la misma libertad que al Ruzio, cuya amistad del, y de Rozinante fue tan unica, y tan travada, que ay fama por tradicion de padres à hijos, que el autor desta verdadera historia hizo particulares Capítulos della, mas que por guardar la decencia y decoro, que à tan heroica

histo.

historia se deve, no los puso en ella, puesto que algunas vezes se descuyda deste su presupuesto, y escribe, que assi como las dos bestias se juntavan, acudian à rascarse el uno al otro, y que despues de cansados y satisfechos cruzava Rozinante el pescuego sobre el cuello del Ruzio (que le sobrava de la otra parte mas de media vara) y mirando los dos atentamente al suelo, se solian estar de aquella manera tres dias, alomenos todo el tiempo que les dexavan, ò no les compelia la hambre à buscar sustento. Diego, que dicen, que dexò el autor escrito, que los avia comparado en la amistad, à la que tuvieron Niso, y Eurialo, y Pilades, y Orestes, y si esto es assi, se podia echar de ver (para universal admiracion) quan firme devió ser la amistad destos dos pacíficos animales, y para confusion de los hombres, que tan mal saben guardarse amistad los unos à los otros. Por esto se dixo, no ay amigo para amigo, las cañas se buelven lanças, y el otro que cantò de amigo à amigo la chineche, &c. Y no le parezca à alguno, que anduvo el autor algo fuera de camino en aver comparado la amistad destos animales à la de los hombres, que de las bestias han recibido muchos advertimientos los hombres, y aprendido muchas cosas de importancia, como son de las cigüeñas el cristel, de los perros el vomito, y el agradecimiento, de las grullas la vigilancia, de las hormigas la providencia, de los elephantes la honestidad, y la lealtad del cavallo. Finalmente, Sancho se quedó dormido al pie de un alcornoque, y Don Quixote dormitando al de una enzina. Pero poco espacio de tiempo avia passado, quando le despertò un ruydo, que sintió à sus espaldas, y levantándose con sobrecialto, se puso à mirar, y à escuchar de

donde el ruydo procedia, y viò, que eran dos hombres à cavallo, y que el uno dexandose derribar de la silla dixo al otro, apeate amigo, y quita los frenos à los cavallos que à mi parecer este sitio abunda de yerva para ellos, y de silencio y soledad que han menester mis amorosos pensamientos: el dezir esto, y el tenderse en el suelo, todo fue à un mesmo tiempo, y al arrojarse hizieron ruydo las armas de que venia armado, manifesta señal, por donde conociò Don Quixote, que devia de ser Cavallero andante, y llegandose à Sancho, que dormia, le trabò de brazo, y con no pequeño trabajo le bolvió en su acuerdo, y con voz baxa le dixo: Hermano Sancho, aventura tenemos; Dios nos la dè buena, respondió Sancho, y adonde està, Señor mio, su merced de esta Señora aventura? Adonde Sancho, replicò Don Quixote, buelve los ojos, y mira, y veràs alli tendido un andante Cavallero, que à lo que à mi se me trasluze, no deve de estar desmadiadamente alegre, porque le vi arrojar del cavallo, y tenderse en el suelo con algunas muestras de despecho, y al caer le cruxieron las armas. Pues en que halla vuestra Merced, dixo Sancho, que esta sea aventura? No quiero yo dezir, respondió Don Quixote, que esta sea aventura del todo, sino principio della, que por aqui se comienzan las aventuras. Pero escucha, que à lo que parece templando està un laud, ò viguela, y segun escupe, y se desembaraça el pecho, deve de prepararse para cantar algo. A buena fè que es assi, respondió Sancho, y que deve de ser Cavallero enamorado. No ay ninguno de los andantes, que no lo sea, dixo Don Quixote, y escuchemosle, que por el hilo sacaremos el ovillo de sus pensamientos, si es que canta, que de la abundancia del coraçon habla la lengua. Replicar

queria Sancho à su Amo: pero la voz del Cavallero del Bosque, que no era muy mala, ni muy buena, lo estorvó; y estando los dos atonitos oyeron, que lo que cantó, fue este

SONETO.

*Dadme Señora un termino, que siga
Conforme à vuestra voluntad cortado,
Que será de la mia assi estimado,
Que por jamas un punto del desdiga.
Si gustays, que callando me fatiga
Muera, contadme ya por acabado;
Si quereys que os la cuente en desusado
Modo, harè, que el mesmo amor la diga.
A prueba de contrarios esoy hecho
De blanda cera, y de diamante duro,
Y à las leyes de amor el alma ajusto.
Blando qual es, ò fuerte, ofrezco el pecho
Entallado, imprimid lo que os de gusto,
Que de guardarlo eternamente juro.*

Con un ay arrancado, al parecer, de lo intimo de su coraçon, dió fin à su Canto el Cavallero del Bosque, y de allí à un poco con voz doliente y lastimada, dixo: O la mas hermosa, y la mas ingrata muger del orbe, como que será possible, serenissima Casildea de Vandalia, que has de consentir, que se consuma, y acabe en continuas peregrinaciones, y en alperos, y duros trabajos este tu cautivo Cavallero? No basta ya, que he hecho que te confiesen por la mas hermosa del mundo todos los Cavalleros de Navarra, todos los Leoneses, todos los Tartesios, todos los Castellanos, y finalmente todos los Cavalleros de la Mancha? Esto no dixo

dixo à esta sazon Don Quixote, que yo soy de la Mancha, y nunca tal he confesado, ni podia, ni devia confessar una cosa tan perjudicial à la belleza de mi Señora: y este tal Cavallero ya ves tu Sancho, que delvaria; pero escuchemos, quigà se declarará mas. Si harà, replicò Sancho, que termino lleva de quejarse un mes arréo. Pero no fue assi, porque aviendo entreoydo el Cavallero del Bosque, que hablaban cerca del, sin passar adelante en su lamentacion, se puso en pie, y dixo con voz sonora, y comedida: Quien va allà, que gente? es por ventura de la del numero de los contentos, ò de la del de los afligidos? De los afligidos, respondiò Don Quixote. Pues lleguese à mi, respondiò el del Bosque, y harà cuenta, que se llega à la mesma tristeza, y à la afflicion mesma. Don Quixote que se viò responder tan tierna, y comedidamente, se llegó à el, y Sancho ni mas, ni menos: el Cavallero lamentador asió à Don Quixote del brago, diciendo: Sentaos aqui, Señor Cavallero, que para entender que lo soys, y de los que profesan la andante Cavalleria, bastame el averos hallado en este lugar, donde la soledad, y el sereno os hazen compania, naturales lechos, y propias estancias de los Cavalleros andantes. A lo que respondiò Don Quixote: Cavallero soy, y de la profession que dezis, y aunque en mi alma tienen su propio assiento las tritezas, las desgracias, y las deventuras, no por esso se ha ahuyentado della la compassion que tengo de las agenas desdichas: de lo quo constastes poca ha, colegi, que las vuestras son enamoradas, quiero dezir del amor que teneyis à aquella hermosa ingrata que en vuestras lamentaciones nombrastes. Ya quando esto passavan, estavan sentados juntos sobre la dura tierra en buena

paz, y compañía, como si al romper del día no se huvieran de romper las cabeças. Por ventura Señor Cavallero, preguntò el del Bosque à Don Quixote: Soys enamorado? Por desventura lo soy, respondió Don Quixote, aunque los daños que nacen de los bien colocados pensamientos, antes se deven tener por gracias, que por deldichas. Assi es la verdad, replicò el del Bosque, sino nos turbassen la razon, y el entendimiento los desdenes, que siendo muchos parecen vengangas. Nunca fuy desdenado de mi Señora, respondió Don Quixote. No porcierto, dixo Sancho, (que alli junto estava) porque es mi Señora como una borrega mansa, es mas blanda que una manteca. Es vuestro Escudero este, preguntò el del Bosque? Si es, respondió Don Quixote. Nunca he visto yo Escudero, replicò el del Bosque, que se atreva à hablar donde habla su Señor, alomenos ay està esse mio; que es tan grande como su padre, y no se provarà, que aya desplegado el labio donde yo hable. Pues à fè, dixo Sancho, que he hablado yo, y puedo hablar delante de otro tan, y aun, quedese aqui, que es peor menecallo. El Escudero del Bosque asió por el brago à Sancho, diciendole: Vamonos los dos donde podamos hablar escuderilmente todo quanto quisiéremos, y dexemos à estos Señores Amos nuestros, que se den de las hasta, contando las historias de sus amores, que à buen seguro que les ha de coger el día en ellas, y no las han de aver acabado. Sea en buen hora, dixo Sancho, y yo le dirè à V. Merced quien soy para que vea si puedo entrar en dozena con los mas hablantes Escuderos. Con esto se apartaron los dos Escuderos, entre los quales passò un tan gracioso coloquio, como fue grave el que passò entre sus Señores.

CAPITULO XIII.

Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque con el discreto, nuevo, y suave coloquio que passò entre los dos Escuderos.

DIVIDIDOS estavan Cavalleros, y Escuderos, estos contando sus vidas, y aquellos sus amores: pero la historia cuenta primero el razonamiento de los moços, y luego prosigue el de los Amos, y assi dize, que apartandose un poco dellos, el del Bosque dixo à Sancho: trabaja la vida es la que passamos y vivimos, Señor mio, estos que somos Escuderos de Cavalleros andantes, en verdad que comemos el pan en el sudor de nuestros rostros, que es una de las maldiciones que echò Dios à nuestros primeros padres. Tambien se puede dezir, añadió Sancho, que lo comemos en el yelo de nuestros cuerpos, porque quien mas calor, y mas frio, que los miserables Escuderos de la andante Cavalleria, y aun menos mal si comieramos, pues los duelos con pan son menos: pero tal vez ay, que se nos passa un día, ò dos sin desayunarnos, sino es del viento que sopla. Todo esto se puede llevar, y con llevar, dixo el del Bosque, con la esperança que tenemos del premio, porque si demasiadamente no es desgraciado el Cavallero andante, à quien un Escudero sirve, por lo menos à pocos lances se verà premiado con un hermoso govieno de qual que Insula, ò con condado de buen parecer. Yo, replicò Sancho, ya he dicho à mi Amo, que me contento con el govieno de alguna Insula, y el es tan noble, y tan liberal, que me le ha

ha prometido muchas, y diversas vezes, Yo, dixo el del Bosque, con un Canonicato quedare satisfecho de mis servicios, y ya me le tiene mandado mi Amo. Y que tal deve de ser, dixo Sancho, su Amo de vuestra Merced Cavallero à lo Ecclesiastico, y podrá hazer estas mercedes à sus buenos Escuderos: pero el mio es meramente lego, aunque yo me acuerdo, quando le querian aconsejar personas discretas, aunque à mi parecer mal intencionadas, que procurasse ser Arzobispo: pero el no quiso sino ser Emperador, y yo estava entonces temblando, si le venia en voluntad de ser de la Yglesia, por no hallarme suficiente de tener beneficios por ella, porque le hago saber à vuestra Merced, que aunque parezco hombre, soy una bestia para ser de la Yglesia. Pues en verdad que lo yerra vuestra Merced, dixo el del Bosque, à causa que los gobiernos insulanos no son todos de buena data, algunos ay torcidos, algunos pobres, algunos malenconicos, y finalmente el mas erguido, y bien dispuesto trae consigo una pesada carga de pensamientos, y de incomodidades, que pone sobre sus ombros el desdichado que le cupo en suerte. Harto mejor seria que los que profesamos esta maldita servidumbre, nos retirassemos à nuestras casas, y alli nos entretuviésemos en ejercicios mas suaves, como si dixésemos, cagando, ò pescando, que que Escudero ay tan pobre en el mundo, à quien le falte un rozin, y un par de galgos, y una caña de pescar, con que entretenerse en su aldea? A mi no me falta nada dello, respondió Sancho, verdad es, que no tengo rozin: pero tengo un asno, que vale dos vezes mas que el cavallo de mi Amo. Mala Pascua me dê Dios, y sea la primera que viniere, si le trocara por el, aunque

que me diessen quatro fanegas de cebada encima, à burla tendrà vuestra Merced el valor de mi Ruzio, que Ruzio es el color de mi jumento. Pues galgos no me avian de faltar, aviendolos sobrados en mi pueblo, y mas que entonces es la caga mas gustosa, quando se haze à costa agena. Real y verdaderamente, respondió el del Bosque, Señor Escudero, que tengo propuesto, y determinado de dexar estas borracherias destos Cavalleros, y retirarme à mi aldea, y criar mis hijitos, que tengo tres, como tres Orientales perlas. Dos tengo yo, dixo Sancho, que se pueden presentar al Papa en persona, especialmente una muchacha, à quien criò para Condesa, si Dios fuere servido, aunque à pesar de su madre. Y que edad tiene esta Señora, que se cria para Condesa? preguntò el del Bosque. Quince años, dos mas à menos, respondió Sancho: pero es tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de Abril, y tiene una fuerza de un ganapan. Partes son estas, respondió el del Bosque, no solo para ser Condesa, sino para ser Ninfa del verde bosque. O hideputa puta, y que rexo deve de tener la vellaca. A lo que respondió Sancho (algo mohino) ni ella es puta, ni lo fue su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere. Y hablese mas comedidamente, que para averse criado vuestra Merced entre Cavalleros andantes, que son la mesma cortesia, no me parecen muy concertadas estas palabras. O que mal se le entiende à vuestra Merced, replicò el del Bosque, de achaque de alabanza, Señor Escudero. Como y no sabe, que quando algun Cavallero dà una buena lançada al toro en la plaça, ò quando alguna persona haze alguna cosa bien hecha, suele

dezir el vulgo, ò hideputa puto, y que bien que lo ha hecho, y aquello que parece vituperio en aquel termino, es alabanga notable, y renegad vos, Señor, de los hijos, ò hijas, que no hazen obras, que merezcan se les den à sus padres loores semejantes. Si reniego, respondió Sancho, y desse modo, y por essa misma razon podia echar vueſſa Merced à mis hijos, y à mi muger toda una puteria encima, porque todo quanto hazen y dizen son estremos dignos de semejantes alabangas, y para bolverlos à ver, ruego yo à Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo ferà, si me saca deste peligroso oficio de Escudero, en el qual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados, que me hallè un dia en el coraçon de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos, aqui, alli, acá no, sino acullà un talego lleno de doblones, que me parece, que à cada passo le toco con la mano, y me abraço con el, y lo llevo à mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vive como un Principe. Y el rato que en esto pienso se me hazen faciles, y llevarores quantos trabajos padezco con este mentecato de mi Amo, de quien sè, que tiene mas de loco, que de Cavallero. Por esso, respondió el del Bosque, dicen, que la codicia rompe el saco, y si va à tratar dellòs, no ay otro mayor en el mundo que mi Amo, porque es de aquellos que dicen, cuydados agenos matan al asno, pues porque cobre otro Cavallero el juyzio, que ha perdido se haze el loco, y anda buscando lo que no sè si despues de hallado le ha de salir à los hozicos. Y es enamorado por dicha. Si dixo el del Bosque, de una tal Casildea de Vandalia, la mas cruda, y la mas asada Señora, que en todo el orbe puede hallarse: pero no coxea del pie de

de la crudeza, que otros mayores embustes le gruen en las entrañas, y ello dirà antes de muchas horas. No ay camino tan llano, replicò Sancho, que no tenga algun tropezon, ò barranco, en otras casas cuezen habas, y en la mia à calderadas: mas acompañados, y paniaguados deve de tener la locura que la discrecion. Mas si es verdad lo que comunmente se dize, que el tener compañeros en los trabajos, suele servir de alivio en ellos, con vuestra Merced podrè consolarme, pues sirve à otro Amo tan tonto como el mio. Tonto, pero valiente, respondió el del Bosque, y mas vellaco que tonto, y que valiente. Esso no es el mio, respondió Sancho, digo que no tiene nada de vellaco, antes tiene una alma como un cantaro, no sabe hazer mal à nadie, sino bien à todos, ni tiene malicia alguna, un niño le harà entender, que es de noche en la mitad del dia, y por esta senzillez le quiero como à las telas de mi coraçon, y no me amaño à dexasle por mas disparates que haga. Con todo esso hermano, y Señor, dixo el del Bosque, si el ciego guia al ciego, ambos van à peligro de caer en el hoyo. Mejor es retirarnos con buen compas de pies, y bolvernos à nuestras querencias, que los que buscan aventuras, no siempre las hallan buenas. Escupia Sancho à menudo, al parecer un cierto genero de saliva pegajosa, y algo seca, lo qual visto, y notado por el caritativo bosqueril Escudero, dixo: pareceme, que de lo que hemos hablado se nos pegan al paladar las lenguas: pero oy traygo un despegador pendiente del arzon de mi cavallo, que es tal, como bueno, y levantandose, bolviò desde alli à un poco con una gran bota de vino, y una empanada de media vara, y no es encarecimiento, porque era de

un conejo albar tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabron, no que de cabrito: lo qual visto por Sancho, dixo: Y esto trae vuestra Merced consigo, Señor? pues que se pensava, respondió el otro: soy yo por ventura algun Escudero de agua y lana? Mejor repuesto traygo yo en las ancas de mi cavallo, que lleva consigo quando va de camino un General. Comió Sancho, sin hazerse de rogar, y tragava à oscuras bocados de nudos de fuelta, y dixo: vuestra Merced si, que es Escudero fiel y legal, moliente, y corriente, magnifico y grande, como lo muestra este banquete, que fino ha venido aqui por arte de encantamento, parecelo alomenos, y no como yo mezquino, y malaventurado, que solo traygo en mis alforjas un poco de queso tan duro, que pueden descabrar con ello à un gigante, à quien hazen compañía quatro dozenas de algarrobas, y otras tantas de avellanas, y nuezes, mercedes à la estrechez de mi dueño, y à la opinion que tiene, y orden que guarda, de que los Cavalleros andantes no se han de mantener, y sustentar sino con frutas secas, y con las yervas del campo. Por mi fè hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estomago à tagarninas, ni à piruetanos, ni à rayzes de los montes, allà sèlo ayan con sus opiniones, y leyes cavallerescas nuestros Amos, y coman lo que ellos mandaren, friambreras traygo, y esta bota colgando del arzon de la silla, por si, ò por no, y es tan devota mia, y quierola tanto, que pocos ratos se passan, sin que le dè mil besos, y mil abraços: y diziendo esto se la puso en las manos à Sancho, el qual empinandola puesta à la boca, estuvo mirando las estrellas un quarto de hora, y en acabando de be-

ver

ver dexó caer la cabeça à un lado, y dando un gran suspiro, dixo: O hideputa vellaco, y como es Catolico. Veys ay, dixo el del Bosque, en oyendo el hideputa de Sancho, como aveys alabado este vino, llamandole hideputa? Digo, respondió Sancho, que confieso, que conozco, que no es deshonra llamar hijo de puta à nadie, quando cae de baxo del entendimiento de alabarle. Pero digame Señor, por el figlo de lo que mas quiere, este vino es de Ciudad Real. Bravo moxon, respondió el del Bosque, en verdad, que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. A mi con esto, dixo Sancho, no tomeys menos, sino que se me fuera à mi por alto dar alcance à su conocimiento. No será bueno, Señor Escudero, que tenga yo un instinto tan grande, y tan natural en esto de conocer vinos, que en dandome à oler qualquiera acierto la patria, el linage, el sabor, y la dura, y las bueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas. Pero no ay de que maravillarse, si tuve en mi linage por parte de mi padre, los dos mas excelentes moxones, que en luengos años conoció la Mancha, para prueba de lo qual les sucedió lo que aora dirè. Dieronles à los dos à provar del vino de una cuba, pidiendoles su parecer del estado, calidad, bondad, ò malicia del vino, el uno lo provò con la punta de la lengua, el otro no hizo mas de llegarlo à las narizes. El primero dixo, que aquel vino sabia à hierro: el segundo dixo, que mas sabia à cordovan: el dueño dixo, que la cuba estava limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno, por donde huviesse tomado sabor de hierro, ni de cordovan. Con todo esto los dos famosos moxones se afirmaron en lo que avian dicho, Anduvo el tiem-

po,

po, vendiéndole el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña, pendiente de una correa de cordovan. Porque vea vuestra Merced, si quien viene desta ralea, podrá dar su parecer en semejantes causas. Por esto digo, dixo el del Bosque, que nos dexemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas, no busquemos tortas, y bolvamos a nuestras choças, que allí nos hallará Dios, si el quiere. Hasta que mi Amo llegue a Zaragoza le serviremos, que despues todos nos entenderemos.

Finalmente tanto hablaron, y tanto bevieron los dos buenos Escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas, y temprarles la sed, que quitarse la fuera imposible, y assi asidos entrambos de la ya casi vazia bota, con los bocados a medio masticar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dexaremos por aora, por contar lo que el Cavallero del Bosque pasó con el de la triste Figura.

CAPITULO XIV.

Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque.

ENTRE muchas razones, que passaron Don Quixote, y el Cavallero de la Selva, dize la Historia, que el del Bosque dixo a Don Quixote. Finalmente Señor Cavallero, quiero que se pays, que mi destino, o por mejor dezir, mi eleccion me traxo a enamorar de la sin par Casildea de Vandalia, llamola sin par, porque no le tiene, assi en la grandeza del cuerpo, como en el estremo del estado, y de la hermosura. Esta tal Casildea pues, que voy con-

contando, pagó mis buenos pensamientos, y comedidos deseos con hazerme ocupar como su madrina a Hercules en muchos y diversos peligros, prometendome al fin de cada uno, que en el fin del otro llegaria el de mi esperanza; pero assi se han ydo eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, no se yo qual ha de ser el ultimo, que de principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó, que fuese a desafiar a aquella famosa Giganta de Sevilla, llamada la Giralda, que estan valiente, y fuerte, como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la mas movible, y boltaria muger del mundo. Llegué, vila, y vencila, y hizela estar queda, y a raya, porque en mas de una semana no soplaron sino vientos Norte. Vez tambien huvo, que me mandó fuese a tomar en peso las antiguas piedras de los valientes toros de Guisando, empresa mas para encomendarse a ganapanes, que a Cavalleros: otra vez me mandó, que me precipitasse y sumiesse en la sima de cabra, peligro inaudito y temeroso, y que le traxesse particular relacion de lo que en aquella escura profundidad le encierra. Derube el movimiento a la Giralda, pese los toros de Guisando, despeneme en la sima, y saqué a luz lo escondido de su abismo, y mis esperanças muertas, que muertas! y sus mandamientos, y desdenes vivos, que vivos! En resolucion, ultimamente me he mandado, que discurra por todas las Provincias de España, y haga confessar a todos los andantes Cavalleros que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de quantas oy viven, y que yo soy el mas valiente, y el mas bien enamorado Cavallero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he venido

LIBRO DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

cido muchos Cavalleros, que se han atrevido à cor-
traderme. Pero de lo que yo mas me precio y ufa-
no, es de aver vencido en singular batalla à aquel
tan famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha,
y hechole confessar, que es mas hermosa mi Casil-
dea, que su Dulcinea, y en solo este vencimiento
hago cuenta, que he vencido todos los Cavalleros
del mundo, porque el tal Don Quixote que digo
los ha vencido à todos, y aviendole yo vencido à él,
su gloria, su fama, y su honra se ha transferido, y
pasado à mi persona, y tanto el vencedor es mas
honrado, quanto mas el vencido es reputado: assi
que ya corren por mi cuenta, y son mias las innume-
rables hazañas del ya referido Don Quixote. Ad-
mirado quedò Don Quixote de oyr al Cavallero del
Bosque, y estuvo mil vezes por decirle, que men-
tia, y ya tuvo el mentis en el pico de la lengua, pe-
ro reportose lo mejor que pudo, por hazerle con-
fessar por su propia boca su mentira, y assi sossegada-
mente le dixo: De que vueßa Merced, Señor Ca-
vallero, aya vencido à los mas Cavalleros andantes
de España, y aun de todo el mundo, no digo nada:
pero de que aya vencido à Don Quixote de la Man-
cha, pongolo en duda, podria ser, que fuesse otro
que le pareciesse, aunque ay pocos que le parezcan.
Como no? replicò el del Bosque, por el cielo que
nos cubre, que pelee con Don Quixote, y le ven-
ci, y rendi, y es un hombre alto de cuerpo, seco
de rostro, estirado, y avellanado de miembros:
entrecano, la nariz aguileña, y algo corba, de bi-
gotes grandes, negros, y caydos. Campea debaxo
del nombre del Cavallero de la triste Figura, y
trae por Escudero à un labrador, llamado Sancho
Pança, oprime el lomo, y rige el freno de un fa-
moso

PARTE SEGUNDA. LIBRO V. III

moso cavallo, llamado Rozinante, y finalmente tie-
ne por Señora de su voluntad à una tal Dulcinea del
Toboso, llamada un tiempo Aldonça Lorenzo,
como la mia, que por llamarse Casilda, y ser de
la Andaluzia, yo la llamo Casildea de Vandalia: si
todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad,
aqui està mi espada, que la harà dar credito à la
misma incredulidad. Sossegaos, Señor Cavallero,
dixo Don Quixote, y escuchad lo que dezir os quie-
ro. Aveys de saber, que esse Don Quixote que de-
zis, es el mayor amigo que en este mundo tengo,
en tanto, que podrè dezir, que le tengo en lugar
de mi misma persona, y que por las señas que del
me aveys dado, tan puntuales, y ciertas, no pue-
do pensar, sino que sea el mismo que aveys vencido,
por otra parte veo con los ojos, y toco con las ma-
nos no ser possible ser el mesmo, si ya no fuesse, que
como el tiene muchos enemigos encantadores (es-
pecialmente uno que de ordinario le persigue) no
aya alguno dellos tomado su figura para dexar de
vencer, por defraudarle de la fama que sus altas ca-
vallerias tienen grangeada y adquirida, por todo
lo descubierto de la tierra. Y para confirmacion de
esto, quiero tambien que sepays, que los tales encan-
tadores sus contrarios, no ha mas de dos dias que
transformaron la figura, y persona de la hermosa
Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baxa,
y desta manera avrán transformado à Don Quixo-
te: y si todo esto no basta para enterarse en esta
verdad que digo, aqui està el mesmo Don Quixo-
te, que la sustentará con sus armas à pie, ò à cava-
llo, ò de qualquiera suerte que os agradare: y
diziendo esto se levantò en pie, y se empuñò en la
espada, esperando, que resolucion tomaria el Ca-
valler-

vallero del Botque, el qual con voz assi mismo sofegada, respondió, y dixo: Al buen pagador no le duelen prendas, el que una vez Señor Don Quixote pudo venceros transformado, bien podra tener esperança de rendiros en vuestro propio ser. Mas porque no es bien que los Cavalleros hagan sus fechos de armas à escuras, como los salteadores, y rufianes, esperemos el dia hasta que el Sol vea nuestras obras: y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar à la voluntad del vencedor, para que haga del todo lo que quisiere, con tal que sea decente à Cavallero lo que se le ordenare. Soy mas que contento desta condicion y conveniencia, respondió Don Quixote; y en diziendo esto se fueron donde estavan sus Escuderos, y los hallaron roncando, y en la misma forma que estavan quando les saltò el sueño. Despertaronlos, y mandaronles que tuvieslen à punto los cavallos, porque en saliendolos sol avian de hazer los dos una sangrienta singular, y de tygual batalla, à cuyas nuevas quedò Sancho atonito, y pasmado, temeroso de la salud de su Amo, por las valentias que avia oydo decir del suyo al Escudero del Bosque: pero sin hablar palabra se fueron los dos Escuderos à buscar su ganado, que ya todos tres cavallos, y el Ruzio se avian oido, y estavan todos juntos. En el camino dixo el del Bosque à Sancho: Ha de saber hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andaluzia, quando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano, en tanto que sus ahijados reñeren, digolo, porque està advertido, que mientras nuestros Dueños reñen, nosotros tambien hemos de pelear, y hazernos astillas. Esta costumbre, Señor Escudero, respondió Sancho, allà pue-

de correr y passar con los rufianes, y peleantes, que dize: pero con los Escuderos de los Cavalleros andantes, ni por pienso. Alomenos yo no he oydo decir à mi Amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanças de la andante cavalleria. Quanto mas, que yo quiero que sea verdad, y ordenança expresse el pelear los Escuderos en tanto que sus Señores pelean, pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena, que estuviera puesta à los tales pacificos Escuderos, que yo asseguro, que no paffe de dos libras de cera: y mas quiero pagar las tales libras, que sè que me costarán menos, que las doblas que podrè gastar en curarme la cabeça, que ya me la cuento por partida, y dividida en dos partes: ay mas que me impossibilita el reñir, el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para esto sè yo un buen remedio, dixo el del Bosque, yo traygo aqui dos talegas de lienço de un mesmo tamaño, tomareys vos la una, y yo la otra, y riñiremos à talegazos con armas yguales. Desta manera sea en buen hora, respondió Sancho, porque antes servirá la tal pelea de despolvorearnos, que de herirnos. No ha de ser assi, replicò el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el ayre, media docena de guijarros lindos, y pelados, que pesen tanto los unos como los otros: y desta manera nos podremos atalegar, sin hazernos mal, ni dafno: Mirad cuerpo de mi padre, respondió Sancho, que martas cebollinas, ò que copos de algodón cardado pone en las talegas, para no quedar molidos los calcos, y hechos alheña los huesos: pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa Señor mio, que no he de pelear, peleen nuestros Amos, y allà se lo ayan, y bevamos, y vivamos nosotros, que el tiempo tiene curado

dados de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetitos, para que se acaben antes de llegar su fazon y termino, y que se cayan demaduras. Con todo replicò el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora. Eslo no, respondió Sancho, no serè yo tan descortès, nitan desagradecido, que con quien he comido, y he bevido trabe question alguna, por minima que sea, quanto mas, que estando sin colera, y sin enojo, quien diablos se ha de amañar à reñir à fecas? Para eslo, dixo el del Bosque, yo darè un suficiente remedio, y es, que antes que comencemos la pelea, yo me llegarè bonitamente à vuestra Merced, y le darè tres o quatro bofetadas, que dè con el à mis pies, con las quales le harè despertar la colera, aunque estè con mas sueño que un lirio. Contra esle corte sè yo otro, respondió Sancho, q no le va en zaga, cogere yo un garrote, y antes que V. Merced llegue à despertarme la colera, harè yo dormir à garrotazos de tal suerte la fuya, que no despierte, sino fuere en el otro mundo, en el qual se sabe, que no soy yo hombre que me dexo manosear el rostro de nadie, y cada uno mire por el virote. Aunque lo mas acertado seria dexar dormir su colera à cada uno, que no sabe nadie el alma de nadio, y tal suele venir por lana, que buelve tresquilado, y Dios bendixo la paz, y maldixo las riñas, porque, si un gato acosado, encerrado, y apretado se buelve en leon, yo que soy hombre, Dios sabe en lo que podrè bolverme, y assi desde aora intimo à V. M. Señor Escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare. Està bien, replicò el del Bosque, amanecerà Dios, y medrarèmos en esto. Yà començavan à gorgear en los arboles mil fuertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres

gres cantos, parecia que davan la norabuena, y saludaban à la fresca aurora, que yà por las puertas, y balcones del Oriente yva descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un numero infinito de liquidas perlas, en cuyo suave licor bañandose las yervas, parecia assimesmo ellas brotavan y llovian blanco y menudo aljofar: los sauzes destilavan manà sabroso, reyanse las fuentes, murmuravan los arroyos, alegravanse las selvas, y enriquecianse los prados con su venida. Mas apenas diò lugar la claridad del dia para ver y diferenciar las cosas, quando la primera que se ofreciò à los ojos de Sancho Pança, fue la nariz del Escudero del Bosque, que era tan grande, que casi le hazia sombra à todo el cuerpo. Cuentalase en eseto, que era de demasiada grandeza, corba en la mitad, y toda llena de berrugas, de color amoratado como de verengena, baxavale dos dedos mas abaxo de la boca, cuya grandeza, color, berrugas, y encorbamiento assi le aseavan el rostro, que en viendo Sancho, començò à herir de pie, y de mano, como niño con alferecia, y propuso en su coragon de dexarse dar dozientas bofetadas, antes que despertar la colera para reñir con aquel vestiglo. Don Quixote miro à su contendor, y hallòle yà puesta, y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro: pero notò que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traya una sobrevesta, o casaca de una tela, al parecer de oro finissimo, sembradas por ellas muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hazian en grandissima manera galan y vistoso. Volavanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas, y blancas: la lança que tenia arimada à un arbol, era grandissima, y gruesa, y de un

un hierro azerado, de mas de un palmo: todo lo miró, y todo lo notó Don Quixote, y juzgó de lo visto, y mirado, que el ya dicho Cavallero devia de ser de grandes fuerças: pero no por esso temió como Sancho Pança, antes con gentil denuedo dixo al Cavallero de los Espejos: Si la mucha gana de pelear, Señor Cavallero, no os gasta la cortesía, por ella os pido, que alceys la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde à la de vuestra disposición. O vencido, o vencedor que salgays de esta empresa, Señor Cavallero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasado para verme; y si aora no satisfago à vuestro deseo, es por parecerme que hago notable agravio à la hermosa Casildea de Vandalia, en dilatar el tiempo que tardare en algar me la visera sin hazeros confessar lo que ya sabeyis que pretendo. Pues en tanto que subyimos à cavallo, dixo Don Quixote, bien podeys dezirme, si soy yo aquel Don Quixote que dixistes aver vencido. A esso vos respondemos, dixo el de los Espejos, que pareceys como se parece un huevo à otro al mismo Cavallero que yo vencí: pero segun vos dezis, que le perseguen encantadores, no osaré afirmar, si soys el contenido, ò no. Esso me basta à mi, respondió Don Quixote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros del de todo punto vengan nuestros cavallos, que en menos tiempo que el que tardarades en algaros la visera, si Dios, si mi Señora, y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos vereys que no soy yo el vencido, Don Quixote que pensays. Con esto acortando razones subieron à cavallo, y Don Quixote bolvió las riendas à Rozinante para tomar lo que convenia del campo, para bolver à encontrar à su contrario, y lo

me

mesmo hizo el de los Espejos: Pero no se avia apartado Don Quixote veynte pasos quando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dixo: Advertid, Señor Cavallero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar à discrecion del vencedor. Yà la sè, respondió Don Quixote, con tal que lo que se le impusiere, y mandare al vencido, han de ser cosas que no salgan de los limites de la Cavalleria. Assi se entiende, respondió el de los Espejos. Ofrecieronsele en esto à la vista de Don Quixote las estrañas narizes del Escudero, y no se admiró menos de verlas que Sancho, tanto, que le juzgó por algun monstruo, ò por hombre nuevo, y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho que vió partir à su Amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un passagongalo con aquellas narizes en las fuyas seria acabada la pendencia suya, quedando del golpe, ò del miedo tendido en el suelo, y fuese tras su Amo, asido à una accion de Rozinante; y quando le pareció, que yà era tiempo que bolviese, le dixo: Suplico à vuestra Merced, Señor mio, que antes que buelva à encontrarse, me ayude à subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver mas à mi labor mejor que desde el suelo el gallardo encuentro que vuestra Merced ha de hazer con este Cavallero. Antes creo Sancho, dixo Don Quixote, que te quieres encaramar, y subir en andamio por ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desaforadas narizes de aquel Escudero me tienen atonito, y lleno de espanto, y no me atrevo à estar junto à el. Ellas son tales, dixo Don Quixote, que à no ser yo quien soy, tambien

H 3

me

me asombraran, y assi ven ayudarte he à subir donde dizes. En lo que se detuvo Don Quixote en que Sancho subiesse en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario, y creyendo que lo mismo avría hecho Don Quixote, sin esperar son de trompeta, ni otra señal que los avisasse, bolvió las riendas à su cavallo (que no era mas ligero, ni de mejor parecer que Rozinante) y à todo su correr (que era un mediano trote) yva à encontrar à su enemigo: pero viendole ocupado en la subida de Sancho, detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el cavallo quedó agradecidissimo, à causa que yá no podia moverse. Don Quixote que le pareció que yá su enemigo venia volando, arrimo reziamente las espuelas à las trashijadas hijadas de Rozinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia, que esta sola vez se conoció aver corrido algo, porque todas las demas siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estava hincando à su cavallo las espuelas dentro los botones, sin que le pudiesse mover un solo dedo del lugar donde avia hecho estanco de su carrera. En esta burrasca y coyuntura halló Don Quixote à su contrario embaracado con su cavallo, y ocupado con su lanza, que nunca, ò no acertó, ò no tuvo lugar de ponerla en ristre. Don Quixote que no mirava en estos inconvenientes, à salvamano, y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del cavallo, dando tal cayda, que sin mover pie, ni mano, dió señales de que estava muerto. A penas le vio caydo Sancho, quando se deslizó del alcornoque, y à toda prisa vino donde su Señor estava, el qual





F. Boutats scul.

qual apeandose de Rozinante fue sobre el de los Espejos, y quitandole las lazadas del yelmo, para ver si era muerto, y para que le diese el ayre, si acaso estava vivo, y vió: quien podrá dezir lo que vió sin causar admiracion, maravilla, y espanto à los que lo oyeron? Vió, dize la historia, el rostro mesmo, la misma figura, el mesmo aspecto, la misma fisionomia, la misma efigie, la perspectiva mesma del Bachiller Sanson Carrasco, y assi como la vió, en altas voces dixo: Acude Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer, aguija hijo, y advierte lo que puede la Mágia, lo que pueden los hechizeros, y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del Bachiller Carrasco, començo à hazerse mil cruces, y à santiguarse otras tantas: en todo esto no dava muestras de estar vivo el derribado Cavallero, y Sancho dixo à Don Quixote: Soy de parecer, Señor mio, que por si, ó por no vuestra Merced hinque, y meta la espada por la boca à este que parece el Bachiller Sanson Carrasco, quigà matará en él à alguno de sus enemigos los encantadores. No dizes mal, dixo Don Quixote, porque de los enemigos los menos, y sacando la espada para poner en efeto el aviso y consejo de Sancho, llegó el Escudero del de los Espejos, yà sin las narizes que tan feo le avian hecho, y à grandes voces dixo: Mire vuestra Merced lo que haze, Señor Don Quixote, que esse que tiene à los pies, es el Bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su Escudero. Y viendole Sancho sin aquella fealdad primera, le dixo: Y las narizes? A lo que el respondió: Aquí las tengo en la faldriquera, y echando mano à la derecha, sacó unas narizes de pasta, y barniz de mascara, de la manifiatura que quedan delincadas, y mirandole mas y mas Sancho, con

voz admirativa y grande dixo: Santa Maria, y valame, esse no es Tomè Cecial mi vezino, y mi compadre? Y como si lo soy, respondió el yá desnari-gado Escudero, Tomè Cecial soy, compadre y amigo Sancho Pança, y luego os dirè los arcaduzes, embustes y enredos por donde soy aqui venido, y en tanto pedid y suplicad al Señor vuestro Amo, que no toque, maltrate, hiera, ni mate al Cavallero de los Espejos, que à sus pies tiene, porque sin duda alguna es el atrevido, y mal aconsejado el Bachiller Sanson Carrasco nuestro compatrioto. En esto bolviò en si el de los Espejos, lo qual visto por Don Quixote, le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dixo: Muerto soys Cavallero, si no confessays, que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza à vuestra Casildea de Vandalia, y demas desto aveys de prometer (si desta contienda y cayda quedaredes con vida) de yr à la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere; y si os dexare en la vuestra, assimismo aveys de bolver à buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guya, que os trayga donde yo estuviere, y à dezirme lo que con ella huvieredes pasado; condiciones que conforme à las que pusimos antes de nuestra batalla, no salen de los terminos de la andante Cavalleria. Confieso, dixo el caydo Cavallero, que vale mas el capato descosido y suzio de la Señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peynidas; aunque limpias, de Casildea; y prometo de yr, y bolver de su presencia à la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedis; Tambien aveys de confesar, y creer, añadió Don Quixote, que aquel Cavallero que

ven

vencistes, no fue, ni pudo ser Don Quixote de la Mancha, sino otro que se le parecia, como yo confieso, y creo que vos, aunque pareceys el Bachiller Sanson Carrasco, no lo soys, sino otro que le parece, y que en su figura aqui me le han puesto mis enemigos para que detenga, y temple el impetu de mi coiera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo, y siento como vos lo creays, juzgays, y sentis, respondió el derrengado Cavallero: dexadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi cayda, que assaz mal trecho me tiene. Ayudòle à levantar Don Quixote, y Tomè Cecial su Escudero, del qual no apartava los ojos Sancho, preguntandole cosas, cuyas respuestas le davan manifestas señales de que verdaderamente era el Tomè Cecial que dezia, mas la aprehension que en Sancho avia hecho lo que su Amo dixo, de que los encantadores avian mudado la figura del Cavallero de los Espejos en la del Bachiller Carrasco, no le dexava dar credito à la verdad que con los ojos estavan mirando. Finalmente se quedaron con este engaño Amo y moço, y el de los Espejos, y su Escudero mohinos, y mal andantes se apartaron de Don Quixote y Sancho, con intencion de buscar algun lugar donde vizmarle, y entablarle las costillas. Don Quixote y Sancho bolvieron à proseguir su camino de Zaragoza, donde los dexa la historia, por dar cuenta de quien era el Cavallero de los Espejos, y su narigante Escudero.

CA.

CAPITULO XV.

Donde se cuenta, y dà noticia de quien era el Cavallero de los Espejos, y su Escudero.

EN estremo, contento, ufano, y vanaglorioso yva Don Quixote, por aver alcanzado victoria de tan valiente Cavallero como èl se imaginava, que era el de los Espejos, de cuya cavalleresca palabra esperaba saber si el encantamiento de su Señora passava adelante, pues era forçoso que el tal vencido Cavallero bolviesse, so pena de no serlo, à darle razon de lo que con ella le huviesse sucedido: pero uno pensava Don Quixote, y otro el de los Espejos. Puesto que por entonces no era otro su pensamiento sino bulcar donde vizmarse, como se ha dicho. Dize pues la historia, que quando el Bachiller Sanson Carrasco aconsejó à Don Quixote, que bolviesse à proseguir sus dexadas Cavallerias, fue por aver entrado primero en buceo con el Cura y el Barbero, sobre que medio se podria tomar para reduzir à Don Quixote, à que se estuviesse en su casa quieto y sossegado, sin que le alborotassen sus mal buscadas aventuras: de cuyo consejo salió por voto comun de todos, y parecer particular de Carrasco, que dexassen salir à Don Quixote, pues el detenerle parecia imposible, y que Sanson le saliesse al camino como Cavallero andante, y trabasle batalla con èl, pues no faltaria sobre que, y le venciesse, teniendolo por cosa facil, y que fuesse pacto y concierto, que el vencido quedasse à merced del vencedor, y assi vencido Don Quixote le avia de mandar el Bachiller Cavallero se bolviesse à su pueblo, y casa.

y casa, y no saliesse della en dos años, ò hasta tanto que por èl le fuesse mandado otra cosa, lo qual era claro que Don Quixote vencido cumpliria indubitablemente, por no contravenir y faltar à las leyes de la cavalleria, y podria ser que en el tiempo de su reclusion se le olvidassen sus vanidades, ò se diesse lugar de buscar à su locura algun conveniente remedio. Acceptòlo Carrasco, y ofreciòsele por Escudero Tomè Cecial compadre, y vezino de Sancho Pança, hombre alegre, y de luzios cascos. Armòse Sanson, como queda referido, y Tomè Cecial acomodò sobre sus naturales narizes las falsas, y de mascara y à dichas, porque no fuesse conocido de su compadre, quando se viesse, y assi siguieron el mismo viage que llevaba Don Quixote, y llegaron casi à hallarse en la aventura del carro de la muerte. Y finalmente dieron con ellos en el bosque, donde les sucediò todo lo que el prudente ha leydo: y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de Don Quixote, que se diò à entender que el Bachiller no era el Bachiller, el Señor Bachiller quedara impossibilitado para siempre de graduarse de Licenciado, por no aver hallado nidos donde pensò hallar pajaros. Tomè Cecial que viò quan mal avia logrado sus deseos, y el mal paradero que avia tenido su camino, dixo al Bachiller: Porcierto Señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido, con facilidad se piensa, y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas vezes se sale della: Don Quixote loco, nosotros cuerdos, el se vâ sano y riendo, vuestra Merced queda molido y triste. Sepamos pues aora qual es mas loco, el que lo es por no poder menos, ò el que lo es por su voluntad; A lo que respondiò Sanson: La diferencia que ay entre

treceños dos locos es, que el que lo es, por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado, lo dexará de ser quando quisiere. Pues assi es, dixo Tomé Cecial, yo fuy por mi voluntad loco quando quise hazerme Escudero de vuestra Merced, y por la misma quiero dexar de serlo, y bolverme à mi casa. Eſto os cumple, respondió Sanſon, porque pensar que yo he de bolver à la mia hasta aver molido los palos à Don Quixote, es pensar en lo escusado, y no me llevará aora à buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la vengança que el dolor grande de mis costillas no me dexa hazer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos, hasta que llegaron à un pueblo, donde fue ventura hallar à un Algebrista, con quien se curò el Sanſon delgraciado. Tomé Cecial se bolvió, y le dexò, y el quedó imaginando su vengança, y la historia buelve à hablar del à su tiempo, por no dexar de regozijarse aora con Don Quixote.

CAPITULO XVI.

De lo que sucedió à Don Quixote con un discreto Cavallero de la Mancha.

CON la alegría, contento, y ufanidad que se ha dicho, seguia Don Quixote su jornada, imaginandose por la passada vitoria ser el Cavallero andante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo, dava por acabadas, y à felice fin conduzidas quantas aventuras pudiesen sucederle de alli adelante; tenia en poco à los encantos, y à los encantadores, no se acordava de los inu-

meras

merables palos que en el discurso de sus Cavalleras le avian dado, ni de la pedrada que le derribò la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los Yangueses. Finalmente dezia entre si, que si el hallara arte, modo, ò manera como desencantar à su Señora Dulcinea, no invidiara à la mayor ventura que alcançò, ò pudo alcançar el mas venturoso Cavallero andante de los passados siglos. En estas imaginaciones yva todo ocupado, quando Sancho le dixo: No es bueno Señor, que aun todavia traygo entre los ojos las desafortadas narizes, y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial. Y crees tu Sancho por ventura, que el Cavallero de los Espejos era el Bachiller Carrasco, y su Escudero Tomé Cecial tu compadre? No sè que me diga à esto, respondió Sancho, solo sè que las señas que me diò de mi casa, muger, y hijos, no me las podria dar otro que el mismo, y la cara, quitadas las narizes, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas vezes en mi pueblo, y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estemos à razon Sancho, replicò Don Quixote: ven acá en que consideracion puede caber, que el Bachiller Sanſon Carrasco viniese como Cavallero andante armado de armas ofensivas y defensivas à pelear conmigo? He sido yo su enemigo por ventura? Hele dado yo jamas ocasion para tenerme ojeriza? Soy yo su ribal? ò haze el profession de las armas para tener invidia à la fama que yo por ellas he ganado? Pues que diremos Señor, respondió Sancho, à esto de parecerse tanto aquel Cavallero, sea el que se fuere, al Bachiller Carrasco, y su Escudero à Tomé Cecial mi compadre: y si ello es en-

canç

cantamento como vuestra Merced ha dicho, no avia en el mundo otros dos à quien se parecieran? Todo es artificio y traça; respondió Don Quixote, de los malignos Magos que me persiguen, los quales anteviendo que yo avia de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el Cavallero vencido mostrasse el rostro de mi amigo el Bachiller, porque la amistad que le tengo se pudiesse entre los filos de mi espada, y el rigor de mi brago, y templasse la justa ira de mi coragon; y desta manera quedasse con vida el que con embelecios y falsas procurava quitarme la mia. Para prueba de lo qual ya sabes, ô Sancho, por experiencia, que no te dexarà mentir, ni engañar; quan facil sea à los encantadores mudar unos rostros en otros, haziendo de lo hermoso feo, y de lo feo hermoso; pues no ha dos dias que viste portus mismos ojos la hermosura y gallardia de la sin par Dulcinea en toda su entereza, y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y baxeza de una zafia labradora con cataratas en los ojos, y con mal olor en la boca, y mas que el perverso encantador, que se atrevió à hazer una transformacion tan mala; no es mucho que aya hecho la de Sanson Carraasco, y la de tu compadre, por quitarme la gloria del vencimiento de las manos. Pero con todo esto me consuelo, porque en fin en qualquiera figura que aya sido, he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho, y como el sabia que la transformacion de Dulcinea avia sido traça, y embeleco suyo, no le satisfian las quimeras de su Amo, pero no le quiso replicar, por no dezir alguna palabra que descubriese su embuste. En estas razones estavan, quando los alcanzò un hombre, que detras dellos por el

mismo camino venia sobre una muy hermosa yegua tordilla, vestido un gavan de paño fino verde, gironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el adereço de la yegua era de campo, y de la ginetá, asimismo de morado, y verde: traya un alfange Morisco, pendiente de un ancho tahali de verde, y oro; y los borzeguyes eran de la labor del tahali: las espuelas no eran doradas, si no dadas con un barniz verde, tan tersas, y bruñidas, que por hazer labor con todo el vestido parecian mejor, que si fueran de oro puro. Quando llegó à ellos el caminante los saludò cortésmente, y pidiendo à la yegua se passava de largo; pero Don Quixote le dixo: Señor galan, si es que vuestra Merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse prisa, merced recibiria en que nos fuessimos juntos. En verdad, respondió el de la yegua, que no me passara tan de largo, sino fuera por temor, que con la compania de mi yegua no se alborotara este cavallo. Bien puede, Señor, respondió à esta sazón Sancho, bien puede tener las riendas à su yegua, porque nuestro cavallo es el mas honesto, y bien mirado del mundo, jamas en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandò à hazerla, la lastamos mi Señor, y yo con las setenas. Digo otra vez, que puede vuestra Merced detenerse si quisiere, que aunque se la den entre dos platos, à buen seguro que el cavallo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante, admirandose de la apostura, y rostro de Don Quixote, el qual yva sin eclada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del Ruzio, y si mucho mirava el de lo verde à Don Quixote, mucho mas mirava Don Quixote al de lo verde, pareciendole hom;

hombre de chapa: la edad mostrava ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente en el trage y apostura dava à entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgò de Don Quixote de la Mancha el de lo Verde, fue que semejante manera ni parecer de hombre no le avia visto jamas: admiròle la longura de su cavallo, la grandeza de su cuerpo, la fluqueza, y amarillez de su rostro: sus armas, su ademan y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atras en aquella tierra. Notò bien Don Quixote la atencion con que el caminante le mirava, y leyole en la suspension su deseo, y como era tan cortès, y tan amigo de dar gusto à todos, antes que le preguntasse nada le salì al camino, diziendole. Esta figura que vueſſa Merced en mi ha visto, por ser tan nueva, y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le huviesse maravillado: pero dexarà vueſſa Merced de estarlo, quando le diga, como le digo, que soy Cavallero destos que dizen las gentes, que à sus aventuras vãn. Salì de mi patria, empenè mi hazienda, dexè mi regalo, y entregueme en los brazos de la fortuna, que me llevassen donde mas fuesse servida. Quise refucitar la muerta andante cavalleria, y ha muchos dias que tropegando aqui cayendo alli, despenandome acá, y levantandome acullà, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando Donzellas, y favoreciendo casadas, huerfanos, y pupilos, propio, y natural oficio de Cavalleros andantes; y assi por mis valerotas, muchas, y Christianas hazañas, he merecido andar ya en estampa en casi todas, ò las mas naciones del mundo: treynta mil volumenes se han im-

presso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treynta mil vezes de millares, si el cielo no lo remedia. Finalmente por encerrarlo todo en breves palabras, ò en una sola; digo, que yo soy Don Quixote de la Mancha, por otro nombre llamado el Cavallero de la triste Figura, y puesto que las propias alabanças envilecen, es me torçoso dezir yo tal vez las mias: y esto se entiende, quando no se halla presente quien las diga: Assi que Señor Gentilhombre, ni este cavallo, esta lance, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada fluqueza os podrá admirar de aqui adelante, aviendo ya sabido quien soy, y la profession que hago. Callò en diziendo esto Don Quixote, y el de lo Verde, segun se tardava en responderle, parecia que no acertava à hazerlo; pero de alli à buen espacio le dixo: Acertastes, Señor Cavallero, à conocer por mi suspension mi deseo: pero no aveys acertado à quitarme la maravilla que en mi causa el averos visto: que puesto que como vos Señor dezis, que el saber yà quien soys, me lo podria quitar, no ha sido assi, antes agora que lo sè, quedo mas suspenso y maravillado. Como, y es possible que ay oy Cavalleros andantes en el mundo? y que ay historias impressas de verdaderas cavallerias? No me puedo persuadir, que aya oy en la tierra quien favorezca viudas, ampare Donzellas, ni honre casadas, ni socorra huerfanos, y no lo creyera, si en vueſſa Merced no lo huviera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esta historia que vueſſa Merced dize que està impressa de sus altas y verdaderas cavallerias se ayran puesto en olvido las innumerables de los fingidos Cavalleros andantes, de que estava lleno el mundo, tan en

daño de las buenas costumbres, y tan en perjuizio y descredito de las buenas historias. Ay mucho que decir, respondió Don Quixote, en razon de si son fingidas, o no, las historias de los andantes Cavalleros. Pues ay quien dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió Don Quixote, y quedese esto aqui: que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar à entender a vuestra Merced que ha hecho mal en yrse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. Desta ultima razon de Don Quixote tomó barruntos el caminante de que Don Quixote devia de ser algun mentecato, y aguardava que con otras lo confirmasse: pero antes que le divirtiesse en otros razonamientos, Don Quixote le rogo le dixesse, quien era, pues el le avia dado parte de su condicion, y de su vida. A lo que respondió el del verde Gavan: Yo, Señor Cavallero de la triste Figura, soy un Hidalgo natural de un lugar donde yremos à comer oy, si Dios fuere servido: soy mas que medianamente rico, y es mi nombre Don Diego de Miranda, passó la vida con mi muger, y con mis hijos, y con mis amigos: mis exercicios son el de la caza, y pesca: pero no mantengo ni halcon, ni galgos, sino algun perdigon manso, o algun huron atrevido, tengo hasta seys dozenas de libros, quales de Romance, y quales de Latin, de historia algunos, y de devocion otros: los de cavallerias aun no han entrado por los umbrales de mis puertas, hogueo mas los que son profanos, que los devoros, como sean de honesto entretenimiento, que deleyten con el lenguaje, y admiren, y suspendan con la invencion, puesto que destos ay muy pocos en España. Alguna vez como con mis

vezinos, y amigos, y muchas vezes los combido: son mis combites limpios y aseados, y no nada escafos, ni gusto de murmurar, ni consiento que delante de mi se murmure: no escudriño las vidas ajenas, ni soy lince de los hechos de los otros: oygo Misa cada dia, reparto de mis bienes con los pobres, sin hazer alarde de las buenas obras, por no dar entrada en mi coraçõ à la hipocrisia y vana gloria, enemigos que blandamente se apoderan del coraçon mas recatado: procuro poner en paz los que se que estan desavenidos. Soy devoto de nuestra Señora, y confio siempre en la misericordia infinita de Dios N. Señor. Atentissimo estuvo Sancho à la relacion de la vida, y entretenimientos del Hidalgo, y pareciendole buena, y santa, y que quien la hazia devia de hazer milagros, se arrojò del Ruzio, y con gran priessa le fue a azir del estrivo derecho, y con devoto coraçon, y casi lagrimas le besò los pies una y muchas vezes. Visto lo qual por el Hidalgo, le preguntò: Que hazcys hermano? que beios son estos? Dexenme besar, respondió Sancho, porque me parece vuestra Merced el primer Santo a la gineta que he visto en todos los dias de mi vida. No soy santo, respondió el Hidalgo, sino gran pecador, vos si hermano que deveys de ser bueno, como vuestra simplicidad lo muestra. Bolvió Sancho à cobrar la albarda, aviendo sacado à plaga la rifa de la profunda melancolia de su Amo, y causado nueva admiracion à Don Diego. Preguntòle Don Quixote, que quantos hijos tenia, y dixole, que una de las cosas en que ponian el fumo bien los antiguos Filósofos que carecieron del verdadero conocimiento de Dios, fue en los bienes de la naturaleza, en los de la fortuna, en tener muchos amigos, y en tener mu-

chos y buenos hijos. Yo, Señor Don Quixote, respondió el Hidalgo, tengo un hijo, que á no tenerle, quizá me juzgara por mas dichoso de lo que soy, y no porque el sea malo, sino porque no es tan bueno como yo quisiera, será de edad de diez y ocho años, los seys ha estado en Salamanca aprendiendo las lenguas Latina y Griega, y quando quise que passasse á estudiar otras ciencias, hallèle tan embevido en la de la Poësia (si es que se puede llamar ciencia) que no es possible hazerle arrostrar la de las leyes (que yo quisiera que estudiara) ni de la Reyna de todas la Theologia: quisiera yo, que fuera corona de su linage, pues vivimos en siglo, donde nuestros Reyes premian altamente las virtuosas y buenas letras: porque letras sin virtud son perlas en el muladar: todo el dia se le passa en averiguar: si dixo bien, ó mal, Homero en tal verso de Iliada, si Marcial anduvo deshonesto, ó no, en tal Epigrama, si se han de entender de una manera, ó otra, tales y tales versos de Virgilio. En fin todas sus conversaciones son con los libros de los referidos Poëtas, y con los de Horacio, Persio, Juvenal, y Tibulo, que de los modernos Romancistas no haze mucha cuenta, y con todo el mal carifio que muestra tener á la Poësia de Romance, le tiene agora desvanecidos los pensamientos el hazer una glosa á quatro versos, que le han embiado de Salamanca, y pienso, que son de justa literaria. A todo lo qual respondió Don Quixote: Los hijos, Señor, son pedaços de las entrañas de sus padres, y assi se han de querer, ó buenos, ó malos que sean, como se quieren las almas que nos dan vida: á los padres toca el encaminarlos desde pequeños por los passos de la virtud, de la buena criança, y de las buenas y

Chris

Christianas costumbres, para que quando grandes, sean baculo de la vejez de sus padres, y gloria de su posteridad, y en lo de forgarles que estudien esta, ó aquella ciencia, no lo tengo por acertado, aunque el persuadirles no será dañoso, y quando no se ha de estudiar para pane lucrando, siendo tan venturoso el Estudiante, que le dió el cielo padres que se lo dexen, sería yo de parecer, que le dexen seguir aquella ciencia á que mas le vieren inclinado; y aunque la de la Poësia es menos util, que deleytable, no es de aquellas que suelen deshonnar á quien las posee. La Poësia, Señor Hidalgo, á mi parecer, es como una donzella tierna, y de poca edad, y en todo estremo hermosa, á quien tienen cuydado de enriquecer, pulir, y adornar otras muchas donzellas, que son todas las otras ciencias, y ella se ha de servir de todas, y todas se han de autorizar con ella: pero esta tal donzella no quiere ser manoseada, ni trayda por las calles, ni publicada por las esquinas de las plagas, ni por los rincones de los palacios. Ella es hecha de una alquimia de tal virtud, que quien la sabe tratar, la bolverá en oro purissimo de inestimable precio, ha la de tener el que la tuviere á raya, no dexandola correr en torpes Satyras, ni en desalmados Sonetos, no ha de ser vendible en ninguna manera, si ya no fuera en Poëmas heroicas, en lamentables Tragedias, ó en Comedias alegres, y artificiosas: no se ha de dexar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penseys Señor, que yo llamo aqui vulgo solamente á la gente plebeya y humilde, que todo aquel que no sabe, aunque sea Señor, y Principe, puede, y deve entrar en numero de vulgo, y assi el que con los requisitos que he dicho, tra-

tare, y tuviere à la Poëfia, será famoso, y estimado su nombre en todas las naciones politicas del mundo. Y à lo que dezis Señor, que vuestro hijo no estima mucho la Poëfia de Romance: doyme à entender, que no anda muy acertado en ello, y la razon es esta: El grande Homero no escrivio en Latino, porque era Griego, ni Virgilio no escrivio en Griego, porque era Latino. En resolucion todos los Poëtas antiguos escrivieron en la lengua que mamaron en la leche; y no fueron à buscar las estrangeras para declarar la alteza de sus conceptos. Y siendo esto assi, razon seria, se estendiesse esta costumbre por todas las naciones, y que no se desestimasse el Poëta Aleman, porque escribe en su lengua, ni el Castellano, ni aun el Vizcayno que escribe en la suya. Pero vuestro hijo (à lo que yo Señor imagino) no deve de estar mal con la Poëfia de Romance, sino con los Poëtas que son meros Romancistas, sin saber otras lenguas, ni otras ciencias, que adornen, y despierten, y ayuden à su natural impulso, y aun en esto puede aver yerro. Porque segun es opinion verdadera, el Poëta nace, quieren dezir, que del vientre de su madre el Poëta natural sale Poëta, y con aquella inclinacion que le dió el cielo, sin mas estudio, ni artificio compone cosas, que haze verdadero al que dixo: *Est Deus in nobis, &c.* Tambien digo, que el natural Poëta que se ayudare del arte, será mucho mejor, y se aventajará al Poëta que solo por saber el arte quisiere serlo, la razon es, porque el arte no se aventaja à la naturaleza, sino perficionala: assi que mezcladas la naturaleza y el arte, y el arte con la naturaleza sacarán un perfectissimo Poëta. Sea pues la conclusion de mi platica, Señor Hidalgo, que vuestra Merced dexé caminar à su hijo

jo por donde su estrella le llama, que siendo el tan buen estudiante, como deve de ser, y aviendo yà subido felicemente el primer escalon de las essencias, que es el de las lenguas, con ellas por si mesmo subirá à la cumbre de las letras humanas, las quales tambien parecen en un Cavallero de capa y espada, y assi le adornan, honran, y engrandecen como las mitras à los Obispos, ò como las garnachas à los perritos Jurisconsultos. Riña vuestra Merced à su hijo, si hisiere Satyras que perjudiquen las honras ajenas, y castiguele, y rompafelas: pero si hisiere sermones al modo de Horacio, donde reprehenda los vicios en general, como tan elegantemente èl lo hizo, alabele, porque licito es al Poëta escribir contra la invidia, y dezir en sus versos mal de los invidiosos, y assi de los otros vicios, con que no señale persona alguna: pero ay Poëtas que atruenco de dezir una malicia se pondrán à peligro que los destierren à las islas de Ponto. Si el Poëta fuere casto en sus costumbres, lo será tambien en sus versos: la pluma es lengua del alma; quales fueron los conceptos q̃ en ella se engendraren, tales serán sus escritos; y quando los Reyes y Principes ven la milagrosa ciencia de la Poëfia en sugetos prudentes, virtuosos, y graves, los honran, los estiman, y los enriquecen, y aun los coronan con las hojas del arbol, à quien no ofende el rayo, como en señal que no han de ser ofendidos de nadie los que con tales coronas ven honrados, y adornadas sus sienas. Admirado quedò el del verde Gavan del razonamiento de Don Quixote, y tanto, que fue perdiendo de la opinion que con èl tenia de ser mentecato. Pero à la mitad desta platica Sancho, por no ser muy de su gusto, se avia desviado del camino à pedir un poco de leche à unos pa-

flores que allí junto estavan ordenando unas ovejas: y en esto yá bolvia à renovar la planica el Hidalgo, satisfecho en estremo de la discrecion y buen discurso de Don Quixote, quando alçando Don Quixote la cabeça, vio que por el camino por donde ellos yvan venia un carro lleno de vanderas Reales, y creyendo que devia de ler alguna nueva aventura, à grandes voces llamò à Sancho que vinieste à darle la celada. El qual Sancho oyendose llamar, dexò à los Pastores, y à toda priessa picò al Ruzio, y llegó donde su Amo estava, à quien sucedió una espantosa y defatinada aventura.

CAPITULO XVII.

De donde se declaró el ultimo punto y estremo à donde llegó, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote, con la felicemente acabada aventura de los Leones.

CUENTA la historia, que quando Don Quixote dava voces à Sancho, que le truxesse el yelmo, estava el comprando unos requesones que los Pastores le vendian, y acossado de la mucha priessa de su Amo, no supò que hazer de ellos, ni en que traerlos, y por no perderlos, que yá los tenia pagados, acordò de echarlos en la celada de su Señor, y con este buen recado bolvió à ver lo que le quería, el qual en llegando le dixo: Dame amigo esta celada, que yo sè poco de aventuras, ò lo que allí descubro es alguna que me ha de necessitar, y me necessita à tomar mis armas. El del verde Gavan que esto oyò, tendió la vista por

todas partes, y no descubrió otra cosa que un carro que hazia ellos venia con dos ò tres vanderas pequeñas, que le dieron à entender, que el tal carro devia de traer moneda de su Magestad, y assi se lo dixo à Don Quixote; pero el no le dió credito, siempre creyendo y pensando, que todo lo que le sucediese, avian de ser aventuras, y mas aventuras, y assi respondió al Hidalgo: hombre apercebido medio combatido; no se pierde nada en que yo me aperciba, que sè por experiencia que tengo enemigos visibiles, è invisibiles, y no sè quando, ni adonde, ni en que tiempo, ni en que figuras me han de acometer, y bolviendose à Sancho, le pidió la celada, el qual como no tuvo lugar de sacar los requesones, le fue forçoso darsela como estava. Tomòla Don Quixote, y sin que echasse de ver lo que dentro venia, con toda priessa se la encaxò en la cabeça, y como los requesones se apretaron y exprimieron, comencò à correr el suero por todo el rostro y barbas de Don Quixote, de lo que recibió tal susto, que dixo à Sancho: que será esto Sancho, que parece que se me ablandan los cascós, ò se me derriten los sesos, ò que sudo de los pies à la cabeça, y si es que sudo, en verdad que nos es de miedo: sin duda creo que es terrible la aventura que agora quiere sucederme. Dame si tienes con que me limpie, que el copioso sudor me ciega los ojos. Callò Sancho, y dióle un paño, y diò con el gracias à Dios de que su Señor no huviesse caydo en el caso. Limpióse Don Quixote, y quitòle la celada, por ver qué cosa era la que à su parecer le enfriava la cabeça; y viendo aquellas gachas blancas dentro de la celada, las llegó à las narizes, y en oliendolas dixo: Por vida de mi Señora Dulcinea del Toboso, que son requesones los que aquí me

has puesto, traydor vergante, y mal mirado Escudero. A lo que con gran flemma y dissimulacion respondió Sancho: Si son requesones, demelos vuestra Merced, que yo me los comeré: pero comalos el diablo, que devió de ser el que ay los puso. Yo avia de tener atrevimiento de enluciar el yelmo de vuestra Merced, halladole aveys el atrevido. A la fe Señor, à lo que Dios me dà à entender, tambien devo yo de tener encantadores que me persiguen como à hechura y miembro de vuestra Merced, y avrán puesto ay esta immundicia para mover à colera su paciencia, y hazer que me muela como suele las costillas. Pues en verdad que esta vez han dado salto en vago, que yo confio en el buen discurso de mi Señor, que avrá considerado, que ni yo tengo requesones, ni leche, ni otra cosa que lo valga, y que si la tuviera, antes la pusiera en mi estomago, que en la celada. Todo puede ser, dixo Don Quixote, y todo lo mirava el Hidalgo, y de todo se admirava; especialmente quando, despues de averse limpiado Don Quixote cabeça, rostro, y barbas, y celada, se la encaxó, y afirmandose bien en los estrivos, requiriendo la espada, y asiendo la lança, dixo: Ahora venga lo que viniere, que aqui estoy con animo de tomarme con el mesmo Satanas en persona. Llegò en esta el carro de las vanderas, en el qual no venia otra gente que el carretero en las mulas, y un hombre sentado en la delantera. Pusose Don Quixote delante, y dixo: Adonde vays hermanos? que carro es este? que llevays en él? y que vanderas son aquestras? A lo que respondió el carretero: El carro es mio: lo que và en él, son dos bravos leones enjaulados, que el General de Oran embia à la Corte presentados à su Magestad: las vanderas son del Rey nuestro Señor.

ñor, en señal que aqui và cosa fuya. Y son grandes los leones, preguntò Don Quixote? Tan grandes, respondió el hombre, que yva à la puerta del carro, que no han pasado mayores, ni tan grandes de Africa en España jamas, y yo soy el leonero, y he pasado otros, pero como estos ninguno: son hembra y macho; el macho yà en esta jaula primera, y la hembra en la de atras, y aora van hambrientos, porque no han comido oy, y assi V.M. se desvie, que es menester llegar presto donde les demos de comer. A lo que dixo Don Quixote (sonriendose un poco) leoncitos à mi, à mi leoncitos! y à tales horas! pues por Dios que han de ver estos Señores que acá los embian, si soy yo hombre q̄ espanta de leones. Apeaos buen hombre, y pues soys el leonero, abrid estas xaulas, y echadme estas bestias fuera, que en mitad desta campaña les daré à conocer quien es Don Quixote de la Mancha, à despecho y pesar de los encantadores que à mi los embian. Ta ta, dixo à esta fazon entre si el Hidalgo, dado ha señal de quien es nuestro buen Cavallero, los requesones sin duda le han ablandado los cascos, y madurado los sesos. Llegòse en esto à el Sancho, y dixòle: Señor, por quien Dios es que vuestra Merced haga de manera que mi Señor Don Quixote no se tome con estos leones, que si toma, aqui nos han de hazer pedaços à todos. Pues tan loco es vuestro Amo, respondió el Hidalgo, que temeys y creeys que se ha de tomar con tan fieros animales? No es loco, respondió Sancho, sino atrevido. Yo haré que no lo sea, replicò el Hidalgo, y llegando à Don Quixote, que estava dando prisa al leonero que abriessè las xaulas, le dixo: Señor, los Cavalleros andantes han de acometer las aventuras que prometen esperança de salir bien dellas, y no à

quellas

quellas, que de en todo las quitan; porque la valentia que se entra en lajuridicion de la temeridad, mas tiene delocura, que de fortaleza: quanto mas que estos leones no vienen contra V.M. ni lo sueñan, van presentados à su Magestad, y no será bien detenerlos, ni impedirles su viage. Vayase vuestra Merced, Señor Hidalgo, respondió Don Quixote, à entender con su perdigon manso, y con su huron atrevido, y dexe à cada uno hazer su oficio: este es el mio, y yo sè si vienen à mi, ò no estos señores leones; y bolviendose al leonero, le dixo: Voto à tal don vellaco, que si no abris luego luego las jaulas, que con esta lanza os he de coler con el carro. El carretero que viò la determinacion de aquella armada fantasma, le dixo: Señor mio, vuestra Merced sea servido por caridad dexarme defunzir las mulas, y ponerme en salvo con ellas, antes que se desembaynen los leones, porque si me las matan, quedarè rematado para toda mi vida, que no tengo otra hazienda sino este carro, y estas mulas. O hombre de poca fe, respondió Don Quixote, apeate, y defunze, y haz lo que quisiere, que presto verás que trabajaste en vano, y que pudieras ahorrar esta diligencia. Apeose el carretero, y defunziò à gran priessa, y el leonero dixo à grandes voces: Seanme testigos, quantos aqui estan, como contra mi voluntad, y forçado abro las jaulas, y suelto los leones, y de que protesto à este Señor, que todo el mal y daño que estas bestias hizieren, corra, y vaya por su cuenta con mas mis salarios y derechos, vuestras Mercedes señores se pongan en cobro antes que abra, que yo seguro estoy que no me han de hazer daño. Otra vez le persuadiò el Hidalgo, que no hiziesse locura semejante, que era tentar à Dios acometer tal disparate.

rate. A lo que respondió Don Quixote, que èl sabia lo que hazia. Respondiòle el Hidalgo, que lo mirasse bien, que èl entendia, que se engañava. Aora Señor, replicò Don Quixote, si vuestra Merced no quiere ser oyente desta, que à su parecer ha de ser tragedia, pique la tordilla, y pongale en salvo. Oydo lo qual por Sancho, con lagrimas en los ojos le suplicò desistiesse de tal empresa, en cuya comparacion avian sido tortas, y pan pintado la de los molinos de viento, y la temerosa de los batanes: y finalmente todas las hazañas que avia acometido en todo el discurso de su vida. Mire Señor, dezia Sancho, que aqui no ay encanto, ni cosa que lo valga, que yo he visto por entre las verjas y resquicios de la jaula una uña de leon verdadero, y faco por ella, que el tal leon, cuya deve de ser la tal uña, es mayor que una montaña. El miedo alomenos, respondió Don Quixote, le harà parecer mayor que la mitad del mundo. Retirate Sancho, y dexame; y si aqui muere, yà sabes nuestro antiguo concierto, acudirás à Dulcinea, y no te digo mas. A estas añadiò otras razones, con que quitò las esperanças de que no avia de dexar de proseguir su desvariado intento. Quisiera èl del verde Gavan oponerse, pero viòse desigual en las armas, y no le pareciò cordura tomarle con un loco, que yà se lo avia parecido de todo punto Don Quixote, el qual bolviendo à dar priessa al leonero, yà reiterar las amenazas, diò ocasion al Hidalgo à que picasse la yegua, y Sancho al Ruzio, y el carretero à sus mulas, procurando todos apartarse del carro lo mas que pudiesen, antes que los leones se desembanastassen. Llorava Sancho la muerte de su Señor, que aquella vez sin duda creya que llegava en las garras de los leones, mal dezia su ven-

ventura, y llamava menguada la hora en que le vio no al pensamiento bolver a servirle: pero no por llorar, y lamentarse dexava de aporrear al ruzio para que se alexasse del carro. Viendo pues el leonero que ya los que yvan huyendo estavan bien desviados; tornò à requerir y à intimar à Don Quixote lo que ya le avia requerido è intimado, el qual respondió, que lo oya, y que no se curasse de mas intimaciones y requirimientos, que todo seria de poco fruto, y que se diesse prisa. En el espacio que tardò el leonero en abrir la jaula primera, estuvo considerando Don Quixote, si seria bien hazer la batalla antes à pie que à cavallo. Y enfin se determinò de hazerla à pie, remiendo que Rozinante se espantaria con la vista de los leones: por esto saltò del cavallo, arrojò la lança, y embragò el escudo, y desembainando la espada, paso ante paio, con maravilloso denuedo, y coraçon valiente, se fue à poner delante del carro, encomendandote à Dios de todo coraçon, y luego à su Señora Dulcinea: Y es de saber, que llegando à este paso el autor de esta verdadera historia, exclama, y dize: O fuerte, y sobre todo encarecimiento animoso Don Quixote de la Mancha, espejo donde se pueden mirar todos los valientes del mundo, segundo y nuevo Don Manuel de Leon, que fue gloria y honra de los Españoles Cavalleros! Con que palabras contarè esta tan espantosa hazafia? ò con que razones la harè creyble à los siglos venideros? ò que alabanzas avrá que no te convengan, y quadren, aunque sean hiperboles sobre todos los hiperboles? Tu à pie, tu tolo, tu intrepido, tu magnanimo, con tola una espada, y no de las del perillo cortadoras, con un escudo no de muy luziente y limpio azero, estás à guardando y atendiendo los

dos mas fieros leones que jamas criaron las Africanas selvas. Tus mismos hechos sean los que te alaben valeroso Manchego, q yo los dexo aqui en su punto, por saltarme palabras con que encarecerlos. Aqui cessò la referida exclamacion del autor, y passò adelante, anudando el hilo de la historia, diziendo:

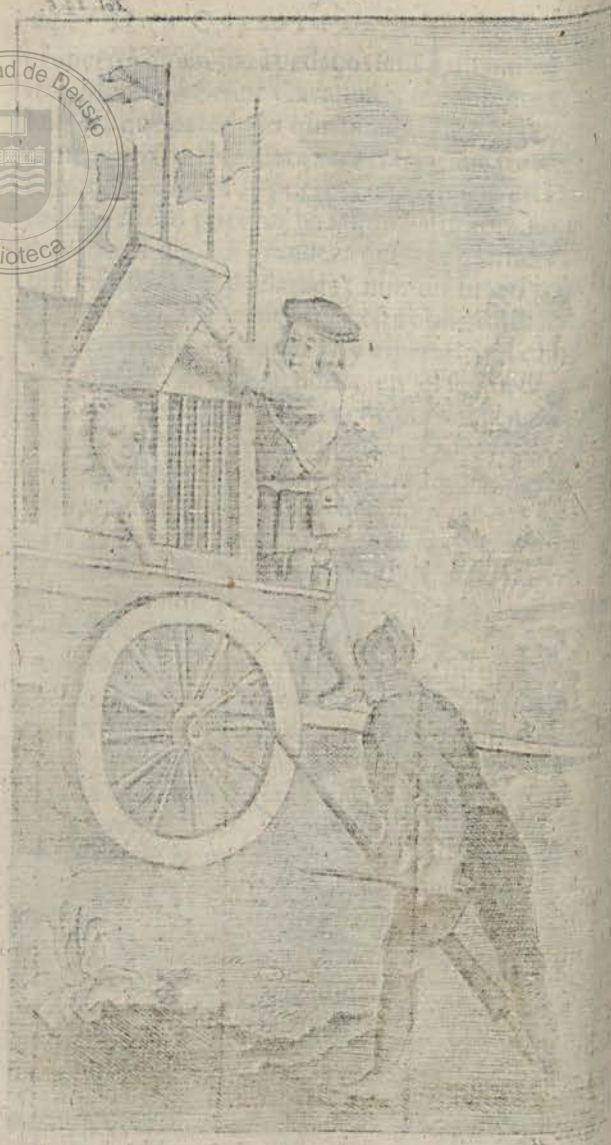
Que visto el leonero ya puesto en postura à Don Quixote, y que no podia dexar de soltar al leon macho, so pena de caer en la desgracia del indignado y atrevido Cavallero, abrió de par en par la primera jaula donde estava, como se ha dicho, el leon, el qual pareció de grandeza extraordinaria, y de espantable y fea catadura. Lo primero que hizo fue reboverse en la jaula donde venia echado, y tender la garra, y desperegarle todo; abrió luego la boca, y botegò muy de espacio, y con casi dos palmos de lengua que sacofuera, se despolvoreò los ojos, y se lavò el rostro: hecho esto, sacò la cabeça fuera de la jaula, y mirò à todas partes con los ojos hechos brasas, vista y ademan para poner espanto à la misma temeridad. Solo Don Quixote lo mirava atentamente, deseando que saltasse yà del carro, y viniesse con èl à las manos, entre las quales pensava hazerle pedagos.

Hasta aqui llegó el estremo de su jamas vista locura: pero el generoso leon mas comedido que arrogante, no haziendo caso de niñerías, ni de bravatas, despues de aver mirado à una y à otra parte, como se ha dicho, bolviò las espaldas, y enseñò sus traseras partes à Don Quixote, y con gran siema y remanso se bolviò à echar en la jaula. Viendo lo qual Don Quixote, mandò al leonero, que le diesse de palos, y le irritasse para echarle fuera. Eisso no habièndo, respondió el leonero, porque si yo le instigo, el

primero à quien harà pedaços serà à mi mismo. Vuestra Merced, Señor Cavallero, se contente con lo hecho, que es todo lo que puede dezirse en genero de valentia, y no quiera tentar segunda fortuna. El leon tiene abierta la puerta, en su manò està salir, o no salir: pero pues no ha salido hasta aora, no saldrà en todo el dia. La grandeza del coraçon de V. Merced yà està bien declarada; ningun bravo peleante (segun à mi se me alcança) està obligado à mas que à desafiàr à su enemigo, y esperarle en campana, y si el contrario no acude, en el se queda la infamia, y el esperante gana la corona del vencimiento. Assi es verdad, respondió Don Quixote, cierra, amigo, la puerta, y dame por testimonio en la mejor forma que pudieres, lo que aqui me has visto hazer. Conviene à saber, como tu abriste al leon, yo le esperè, el no salió, bolvíle à esperar, bolvió à no salir, y bolvióse acostar. No devo mas, y encantos afuera, y Dios ayude à la razon, y à la verdad, y à la verdadera cavalleria, y cierra, como he dicho, en tanto que hago señas à los huydos y ausentes, para que sepan de tu boca esta hazaña. Hizolo assi el leonero, y Don Quixote poniendo en la punta de la lança el liengo, con que se avia limpiado el rostro de la lluvia de los requesones, començò à llamar à los que no dexavan de huyr, ni de bolver la cabeça à cada passo, todos en tropa, y antecogidos del Hidalgo: pero alcançando Sancho à ver la señal del blanco paño, dixo: Que me maten, si mi Señor no ha vencido à las fieras bestias, pues nos llama. Detuvieronse todos, y conocieron, que el que hazia las señas era Don Quixote, y perdiendo alguna parte del miedo, poco à poco se vinieron acercando hasta donde claramente oyeron las voces de Don Quixote, que los llamava.

Final-





PARTE SEGUNDA. LIBRO V. 145

Finalmente bolvieron al carro, y en llegando dixo Don Quixote al carretero : bolved hermano à un-
zir vuestras mulas , y proseguir vuestro viage, y
tu Sancho dale dos escudos de oro para el, y para el
leonero , en recompensa de lo que por mi se han
detenido. Esos darè yo de muy buena gana, respon-
diò Sancho : pero que se han hecho los leones, son
muertos, ò vivos ? Entonces el leonero menuda-
mente, y por sus pausas, conto el fin de la contien-
da, exagerando, como el mejor pudo , y supo el
valor de Don Quixote , de cuya vista el leon aco-
bardado no quiso, ni osò salir de la jaula, puesto que
avia tenido un buen espacio abierta la puerta de la
jaula , y que por aver el dicho à aquel Cavallero,
que era tentar à Dios irritar al leon para que por
fuerça saliesse, como el queria que se irritasse mal
de su grado , y contra toda su voluntad avia permi-
tido que la puerta se cerrasse. Que te parece desto
Sancho, dixo Don Quixote , ay encantos que val-
gan contra la verdadera valentia ? Bien podran los
encantadores quitarme la ventura : pero el esfuerço
y el animo sera imposible. Diò los escudos Sancho,
unciò el carretero, besò las manos el leonero à Don
Quixote por la merced recebida, y prometiòle de
contar aquella valerosa hazaña al mismo Rey, quan-
do en la Corte se viesse. Pues si acaso su magestad
preguntare, quien la hizo, direysle que el Cavalle-
ro de los leones, que de aqui adelante quiero que
en este se trueque, cambie, vuelva y mude el que
hasta aqui he tenido del Cavallero de la triste figu-
ra : y en esto figo la antigua usança de los andantes
Cavalleros , que se mudavan los nombres quando
querian, ò quando les venia à cuento. Siguiò su ca-
mino el carro, y Don Quixote, Sancho, y el del

verde gavan prosiguieron el suyo: en todo este tiempo no avia hablado palabra Don Diego de Miranda, toto atento à mirar, y à notar los hechos y palabras de Don Quixote, pareciendole, que era un cuerdo loco, y un loco que tirava à cuerdo. No avia aun llegado à su noticia la primera parte de su historia, que si la huviera leydo, cesàra la admiracion en que lo ponian sus hechos, y sus palabras, pues yà supiera el genero de su locura: pero como no la sabia, yà le tenia por cuerdo, yà por loco, porque lo que hablava, era concertado, elegante, y bien dicho, y lo que hazia disparatado, temerario, y tonto, y dezia entre si: que mas locura puede ser que ponerse la celada llena de requesones, y darse à entender, que le ablandava los cascos los encantadores, y que mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones. Destas imaginaciones, y deste soliloquio le facio Don Quixote, diziendoles: Quien duda, Señor Don Diego de Miranda, que vueſſa Merced no me tenga en su opinion por un hombre disparatado y loco, y no seria mucho que assi fuesſe, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa, pues con todo esto quiero que vueſſa Merced advierta, que no soy tan loco, ni tan menguado como devo de averle parecido. Bien parece un gallardo Cavallero à los ojos de su Rey, en la mitad de una gran plaça dar una lançada con felice suceso à un bravo toro. Bien parece un Cavallero armado de resplandecientes armas passar la tela en alegres justas delante de las Damas, y bien parecen todos aquellos Cavalleros que en exercicios militares (ò que lo parezcan) entretienen, y alegran, y (si se puede dezir) honran las Cortes de sus Principes: pero sobre todos estos parece mejor un Cavallero

llero andante, que por los desiertos, por las soledades, por las encrucijadas, por las selvas, y por los montes anda buscando peligrosas aventuras, con intencion de darles dichosa y bienafortunada cima, solo por alcançar gloriosa fama y duradera. Mejor parece, digo, un Cavallero andante socorriendo à una viuda en algun despoblado, que un Cortesano Cavallero requebrando à una Donzella en las ciudades: todos los Cavalleros tienen sus particulares exercicios, sirva à las Damas el Cortesano, autorize la Corte de su Rey con libreas, sustente los Cavalleros pobres con el espiéndido plato de su mesa, concierte justas, mantenga torneos, y muestrese grande, liberal, y magnifico, y buen Christiano sobre todo, y desta manera cumplirà con sus precisas obligaciones. Pero el andante Cavallero busque los rincones del mundo, entrese en los mas intrincados laberintos, acometa à cada passo lo imposible, resista en los paramos despoblados los ardientes rayos del Sol en la mitad del Verano, y en el Invierno la dura inclemencia de los vientos, y de los yelos, no le asombren leones, ni le espanten vestiglos, ni atemorizen endriagos, que buscar estos, acometer aquellos, y vencerlos à todos son sus principales y verdaderos exercicios. Yo pues, como me cupo en fuerte ser uno del numero de la andante Cavalleria, no puedo dexar de acometer todo aquello que à mi me pareciere que cae debaxo de la jurisdiccion de mis exercicios, y assi el acometer los leones que aora acometi, derechamente me tocava, puesto que conoci ser temeridad exorbitante; porque bien se lo que es valentia, que es una virtud que està puesta entre dos estremos viciosos, como son la cobardia, y la temeridad: pero menos mal serà que el

que el que es valiente toque, y suba al punto de temerario, que no que baxe y toque en el punto, de covarde, que assi como es mas facil venir el prodigo a ser liberal, que el avaro, assi es mas facil dar el temerario en verdadero valiente, que no el covarde subir a la verdadera valentia: y en esto de acometer aventuras creame vuestra Merced Señor Don Diego, que antes se ha de perder por carta de mas, que de menos, porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen, el tal Cavallero es temerario y atrevido, que no el tal Cavallero es timido y covarde. Digo, Señor Don Quixote, respondió Don Diego, que todo lo que vuestra Merced ha dicho, y hecho, va nivelado con el fiel de la misma razon, y que entiendo, que si las ordenanças y leyes de la Cavalleria andante se perdiessen, se hallarian en el pecho de vuestra Merced, como en su mismo deposito y archivo: y demonos pricissa, que se haze tarde, y lleguemos a mi aldea, y casa, donde descansará vuestra Merced del pasado trabajo, que fino ha sido del cuerpo, ha sido del espiritu, que suele tal vez redundar en cansancio del cuerpo. Tengo el ofrecimiento a gran favor y merced, Señor Don Diego, respondió Don Quixote, y picando mas de lo que hasta entonces serian como las dos de la tarde quando llegaron a la aldea, y a la casa de Don Diego, a quien Don Quixote llamava el Cavallero del verde gavan.

LIBRO SEXTO

Del Ingenioso Hidalgo

DON QUIXOTE

DE LA MANCHA.

CAPITULO XVIII.

De lo que sucedió a Don Quixote en el Castillo, a casa del Cavallero del verde Gavan, con otras cosas extravagantes.

HALLÒ Don Quixote ser la casa de Don Diego de Miranda ancha como de aldea: las armas empero, aunque de piedra tosca, encima de la puerta de la calle, la bodega en el patio, la cueva en el portal, y muchas tinajas a la redonda, que por ser del Toboso le renovaron las memorias de su encantada, y transformada Dulcinea, y sospirando, y sin mirar lo que dezia, ni delante de quien estava, dixo: O dulces prendas, por mi mal halladas, dulces, y alegres, quando Dios queria: ô Tobosescas tinajas, que me aveys traydo a la memoria la dulce prenda de mi mayor amargura. Oyòle dezir esto el estudiante Poëta, hijo de Don Diego, que con su madre avia salido a recebirle, y madre y hijo quedaron

daron suspensos de ver la estraña figura de Don Quixote, el qual apeandose de Rozinante, fue con mucha cortesía à pedirle las manos para besarfelas, y Don Diego dixo: Recebid Señora con vuestro solito agrado al Señor Don Quixote de la Mancha, que es el que teneys delante, andante Cavallero, y el mas valiente, y el mas discreto que tiene el mundo. La Señora, que doña Cristina se llamava, le recibió con muestras de mucho amor, y de mucha cortesía, y Don Quixote se le ofreció con assaz de discretas, y comedidas razones, casi los mismos comedimientos pasó con el estudiante, que en oyendole hablar Don Quixote le tuvo por discreto, y agudo. Aquí pinta el autor todas las circunstancias de la casa de Don Diego, pintandonos en ellas lo que contiene una casa de un Cavallero labrador, y rico: pero al traductor desta historia le pareció passar estas, y otras semejantes menudencias en silencio, porque no venian bien con el proposito principal de la histeria, en la qual mas tiene su fuerza la verdad, que en las frias digressiones. Entraron à Don Quixote en una sala, desarmóle Sancho, quedò en valones, y en jubon de camuça, todo visunto con la mugre de las armas, el cuello era valona à lo estudiantil, sin almidon, y sin randas: los borzequies eran datilados, y encerados los çapatos, ciñose su buena espada, que pendia de un tahali de lobos marinos, que es opinion, que muchos años fue enfermo de los riñones: cubriose un herreruelo de buen paño pardo: pero antes de todo, con cinco calderos, ò feys de agua, que en la cantidad de los calderos ay alguna diferencia, se lavò la cabeça, y rostro, y todavia se quedò el agua de color de fuero, merced à la golosina de Sancho, y à la compra de sus

sus negros requesones, que tan blanco pusieron à tu amo. Con los referidos atavíos, y con gentil donayre, y gallardia salió Don Quixote à otra sala, donde el estudiante le estava esperando, para entretenerle en tanto que las mesas se ponian, que por la venida de tan noble huesped queria la Señora doña Christina mostrar, que sabia, y podia regalar à los que à su casa llegassen. En tanto que Don Quixote se estuvo desarmando tuvo lugar Don Lorenzo, que assi se llamava el hijo de Don Diego, de dezir à su padre: Quien diremos Señor, que es este Cavallero, que vuestra Merced nos ha traydo à casa? que el nombre, la figura, y el dezir que es Cavallero Andante, à mi, y à mi madre nos tiene suspensos. No se lo que te diga hijo, respondió Don Diego, solo te sabré dezir, que le he visto hazer cosas del mayor loco del mundo, y dezir razones tan discretas, que borran y deshazen sus hechos; hablale tu, y toma el pulso à lo que sabe, y pues eres discreto, juzga de su discreción, ò tontería lo que mas puesto en razon estuviere: aunque para dezir verdad, antes le tengo por loco, que por cuerdo. Con esto se fue Don Lorenzo à entretener à Don Quixote, como queda dicho, y entre otras platicas que los dos passaron, dixo Don Quixote à Don Lorenzo: El Señor Don Diego de Miranda, padre de vuestra Merced me ha dado noticia de la rara habilidad, y sutil ingenio que vuestra Merced tiene, y sobre todo, que es vuestra Merced un gran Poëta. Poëta bien podra ser, respondió Don Lorenzo, pero grande, ni por pensamiento: verdad es, que yo soy algun tanto aficionado à la Poësia, y à leer los buenos Poëtas; pero no de manera que se me queda dar el nombre de grande, que mi padre dize. No me parece mal

essa humildad, respondió Don Quixote, porque no ay Poëta que no sea arrogante, y piense de si, que es el mayor Poëta del mundo. No ay regla sin excepcion, respondió Don Lorenzo, y alguno avrà que lo sea, y no lo piense. Pocas, respondió Don Quixote: pero digame vueſſa Merced, que verſos ſon los que aora trae entre manos, que me ha dicho el Señor ſu padre que le traen algo inquieto y penſativo; y ſi es alguna Gloſſa, à mi ſe me entiende algo de achaque de Gloſſas, y holgaria ſaberlos; y ſi es que ſon de juſta literaria, procure vueſtra Merced llevar el ſegundo premio, que el primero ſiempre ſe lleva el favor, ò la gran calidad de la perſona; el ſegundo ſe le lleva la mera juſticia, y el tercero viene à ſer ſegundo, y el primero, à eſta cuenta, ſerà el tercero, al modo de las licencias que ſe dan en las Universidades; pero con todo eſto gran perſonage es el nombre de primero. Haſta aora, lixò entre ſi Don Lorenzo, no os podrè yo juzgar por loco, vamos adelante, y dixole: Pareceme que vueſſa Merced ha curſado las eſcuelas, que ciencias ha oydo. La de Cavalleria andante, respondió Don Quixote, que es tan buena como la de la Poëſia, y aun dos deditos mas. No ſè que ciencia ſea eſſa, replicò Don Lorenzo, y haſta aora no ha llegado à mi noticia. Es una ciencia, replicò Don Quixote, que encierra en ſi todas, ò las mas ciencias del mundo, à cauſa que el que la profeſſa ha de ſer Juſperito, y ſaber las leyes de la juſticia diſtributiva y comutativa, para dar à cada uno lo que es ſuyo, y lo que le conviene; ha de ſer Teologo, para ſaber dar raxon de la Chriſtiana ley que profeſſa clara y diſtintamente à donde quiera que le fuere pedido: ha de ſer Medico, y principal-
mente

mente herbolario, para conocer en mitad de los deſpoblados y deſiertos la yervas que tienen virtud de ſanar las heridas, que no ha de andar el Cavallero andante à cada triquete buſcando quien ſe las cure: ha de ſer Aſtologo para conocer por las eſtrellas quantas horas ſon paſſadas de la noche, y en que parte, y en que clima del mundo ſe halla: ha de ſaber las Matematicas, porque à cada paſſo ſe le ofrecerà tener neceſſidad dellas, y dexando aparte que ha de eſtar adornado de todas las virtudes Teologales y Cardinales, decendiendo à otras menudencias: digo, que ha de ſaber nadar, como dicen que nadava el pexe Nicolas, ò Nicolao: ha de ſaber herrar un cavallo, y adereçar la ſilla, y el freno, y bolviendo à lo de arriba, ha de guardar la Fe à Dios, y à ſu Dama: ha de ſer caſto en los penſamientos, honeſto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, ſufrido en los trabajos, caritativo con los menesterofos, y finalmente mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el deſfenderla. De todas eſtas grandes y minimas partes ſe compone un buen Cavallero andante, porque vea vueſſa Merced Señor Don Lorenzo, ſi es ciencia mocosa lo que aprende el Cavallero que la eſtudia, y la profeſſa: y ſi ſe puede ygualar à las mas eſtiradas que en los gimnaſios y eſcuelas ſe enſeñan. Si eſſo es aſſi, replicò Don Lorenzo, yo digo que ſe aventaja eſſa ciencia à todas. Como ſi es aſſi, respondió Don Quixote? Lo que yo quiero dezir, dixo Don Lorenzo, es que dudo, que aya avido, ni que los ay aora Cavalleros andantes, y adornados de virtudes tantas. Muchas vezes he dicho lo que buelvo à dezir aora, respondió Don Quixote, que la mayor parte de la gente del mundo eſta de parecer
cer

cer de que no ha avido en el Cavalleros andantes, y por parecerme à mi, que si el cielo milagrosamente no les dà à entender la verdad de que los huvo, y de que los ay, qualquier trabajo que se tome ha de ser en vano (como muchas vezes me lo ha mostrado la experiencia) no quiero detenerme agora en sacar à vueſſa Merced del error, que con los muchos tiene, lo que pienſo hazer, es el rogar al cielo la ſaque del, y le dè à entender quan provechoſos, y quan neceſſarios fueron al mundo los Cavalleros andantes en los paſſados ſiglos, y quan utiles fueran en el preſente, ſi ſe uſaran: pero triunfan aora por pecados de las gentes la pereza, la ocioſidad, la gula, y el regalo. Eſcapadoneſos ha nueſtro hueſped (dixo à eſta ſazon) entre ſi Don Lorenzo: pero con todo eſſo el es loco vizarro, y yo ſeria mentecato floxo, ſi aſſi no lo creyeſſe. Aqui dieron fin à ſu platica, porque los llamaron à comer. Preguntò Don Diego à ſu hijo, que avia ſacado en limpio del ingenio del hueſped, à lo que èl reſpondiò: No le ſacarán del borrador de ſu locura, quantos Medicos, y buenos Eſcrivanos tiene el mundo, èl es un entreverado loco, lleno de luzidos intervalos. Fueronſe à comer, y la comida fue tal, como Don Diego avia dicho en el camino, que la ſolia dar à ſus combidados, limpia, abundante y ſabroſa: pero de lo que mas ſe contentò Don Quixote, fue del maravilloſo ſilencio que en toda la caſa avia, que ſemejaba un Monafterio de Cartuxos. Levantados pues los manteles, y dadas gracias à Dios, y agua à las manos, Don Quixote pidiò ahincadamente à Don Lorenzo, dixefſe los verſos de la juſta literaria. A lo que èl reſpondiò, que por no parecer de aquellos Poëtas, que

que quando les ruegan, digan ſus verſos, los niegan, y quando no ſe los piden, los vomitan: yo dirè mi Gloſſa, de la qual no eſpero premio alguno, que ſolo por exercitar el ingenio la he hecho. Un amigo, y diſcreto, reſpondiò Don Quixote, era de parecer, que no ſe avia de canſar nadie en gloſſar verſos: y la razon, dezia èl, era, que jamas la Gloſſa podia llegar al texto, y que muchas, ò las mas vezes yva la Gloſſa fuera de la intencion y propoſito de lo que pedia lo que ſe gloſſava, y mas que las leyes de la Gloſſa eran demaſiadamente eſtrechas, que no ſufrian interrogantes, ni dixo, ni dirè, ni hazer nombres de verbos, ni mudar el ſentido con otras ataduras, y eſtrechezas con que van atados los que gloſſan, como vueſſa Merced deve de ſaber. Verdaderamente Señor Don Quixote, dixo Don Lorenzo, que deſeo cogerà vueſſa Merced en un mal Latin continuado, y no puedo, porque ſe me deſliza de entre las manos como anguila. No entiendo, reſpondiò Don Quixote, lo que vueſſa Merced dize, ni quiere dezir en eſſo del deſlizarme. Yo me darè à entender, reſpondiò Don Lorenzo, y por aora eſtè vueſſa Merced atento à los verſos gloſſados, y à la Gloſſa, que dizen deſta manera:

*Si mi fue tornafſe à es,
Sin eſperar mas ſerá,
O vinièſſe el tiempo ya
De lo que ſerá deſpues.*

GLOSSA.

Al fin como todo passa,
 Se passo el bien que me dió
 Fortuna un tiempo no escasa,
 Y nunca me le bolvió,
 Ni abundante, ni por tassa,
 Siglos ha ya que me vees,
 Fortuna, puesto à tus pies,
 Buelveme à ser venturoso,
 Que será mi ser dichoso,
 Si mi fue tornasse à es.

No quiero otro gusto, ò gloria,
 Otra palma, ò vencimiento,
 Otro triunfo, orra vitoria,
 Sino bolver al contento,
 Que es pasar en mi memoria,
 Si tu me buelves allá
 Fortuna templado está
 Todo el vigor de mi fuego,
 Y mas si este bien es luego,
 Sin esperar mas será.

Cosas imposibles pido,
 Pues bolver el tiempo á ser,
 Despues que una vez ha sido,
 No ay en la tierra poder,
 Que á tanto se aya estendido,
 Corre el tiempo buela y va,
 Ligero, y no bolverá,
 Terraria el que pidiese,
 O que el tiempo ya se fuesse,
 O bolviese el tiempo ya.

Vivo en perplexa vida,
 Ya esperando, ya temiendo,
 Es muerte muy conocida,
 Y es mucho mejor muriendo
 Buscar al dolor salida
 Ami me fuera interes
 Acabar, mas no lo es,
 Pues con discurso mejor
 Me dá la vida el temor
 De lo que será despues.

En acabando de dezir su glossa Don Lorenzo, se levantò en pie Don Quixote, y en voz levantada, que parecia grito, afiando con su mano la derecha de Don Lorenzo, dixo: Viven los cielos donde mas altos estan, mancebo generoso, que soys el mejor Poëta del orbe, y que mereceys estar laureado, no por Chypre, ni por Gaeta, como dixo un Poëta, que Dios perdone, sino por las Academias de Atenas, si oy vivieran, y por las que oy viven de Paris, Bolonia, y Salamanca: plega al cielo que los juezes que os quitaren el premio primero, Febo los aslaetee, y las Musas jamas atraviesen los umbrales de sus casas. Dezidme, Señor, si soys servido, algunos versos mayores, que quiero tomar de todo en todo el pulso à vuestro admirable ingenio. No es bueno que dizen, que se holgò Don Lorenzo de verse alabar de Don Quixote, aunque le tenia por loco. O fuerza de la adulacion, à quanto te estienes, y quan limitados limites son los de tu juridicion agradable! Esta verdad acreditò Don Lorenzo: Pues concedio con la demanda y deseò de Don Quixote, diciendole este Soneto à la fabula ò historia de Piramo y Tysbe.

SONETO.

EL muro rompe la Donzella hermosa,
Que de Piramo abrió el gallardo pecho,
Parte el amor de Chypre, y vá derecho
A ver la quiebra estrecha y prodigiosa.

Habla el silencio allí, porque no osa

La voz entrar por tan estrecho estrecho

Las almas si, que amor suele de hecho

Facilitar la mas difícil cosa.

Salió el deseo de compas, y el paso

De la imprudente virgen solícita

Por su gusto su muerte: ved que historia.

Que á entrambos en un punto (ó extraño caso!)

Los mata, los encubre, y resucita

Vna espada, un sepulcro, una memoria.

Bendito sea Dios (dixo Don Quixote) aviendo oydo el soneto á Don Lorenzo, que entre los infinitos Poëtas contumidos que ay, he visto un consumado Poëta, como lo es vuestra Merced Señor mío, que áfime lo dá á entender el artificio deste soneto. Quatro dias estuvo Don Quixote regaladísimo en la casa de Don Diego, al cabo de los quales le pidió licencia para yrse, diciendole, que le agradecia la merced y buen tratamiento que en su casa avia recebido: pero que por no parecer bien que los Cavalleros andantes se den muchas horas á ocio, y al regalo, se queria yr á cumplir con su oficio, buscando las aventuras de quien tenia noticia que aquella tierra abundava, donde esperaba entretener el tiempo hasta que llegasse el dia de las justas de Zaragoza, que era el de su derecha derrota, y que primero avia de entrar en la cueva de Montesinos, de quien

quien tantas, y tan admirables cosas en aquellos contornos se contavan, sabiendo é inquirendo áfimisimo el nacimiento y verdaderos manantiales de las siete lagunas, llamadas comunmente de Ruydera. Don Diego, y su hijo le alabaron su honrosa determinacion, y le dixerón, que tomasse de su casa y de su hazienda todo lo que en grado le viniesse, que le servirian con la voluntad possible, que á ello les obligava el valor de su persona, y la honrosa profesion suya. Llegóse en fin el dia de su partida tan alegre para Don Quixote, como triste y aziago para Sancho Pança, que se hallava muy bien con la abundancia de la casa de Don Diego, y recusava de bolver á la hambre que se usa en las florestas, despoblados, y á la estrechez de sus mal proveydas alforjas, con todo esto las llenó, y colmó de lo mas necesario que le pareció. Y al despedirse dixo Don Quixote á Don Lorenzo: No sé si he dicho á vuestra Merced otra vez, y si lo he dicho, lo buelvo á dezir, que quando vuestra Merced quisiere ahorrar caminos y trabajos para llegar á la inaccessible cumbre del templo de la fama, no tiene que hazer otra cosa sino dexar á una parte la senda de la Poësia algo estrecha, y tomar la estrechissima de la andante cavalleria, bastante para hazerle Emperador en daga las pajas. Con estas razones acabó Don Quixote de cerrar el processo de su locura, y mas con las que añadió, diciendo: Sabe Dios si quisiera llevar conmigo al Señor Don Lorenzo, para enseñarle como se han de perdonar los sujetos, y supeditar, y acocerar los sobervios; virtudes anexas á la profesion que yo professó: pero pues no lo pide su poca edad, ni lo querran consentir sus loables exercicios, solo me contento con advertirle á vuestra Merced, que

que siendo Poeta podra ser famoso, si se guya mas por el parecer ageno, que por el propio, porque no ay padre, ni madre à quien sus hijos le parezcan feos; y en los que lo son del entendimiento, corre mas este engaño. De nuevo se admiraron padre y hijo de las entremetidas razones de Don Quixote, ya discretas, y ya disparatadas, y del tema y resón que llevaba de acudir de todo en todo à la busca de sus desventuradas aventuras, que las tenia por fin y blanco de sus deseos, reiterandose los ofrecimientos y comedimientos, y con la buena licencia de la Señora del castillo, Don Quixote y Sancho sobre Rozinante y el Ruzio se partieron.

CAPITULO XIX.

Donde se cuenta la aventura del Pastor enamorado, con otros, en verdad graciosos sucesos.

Poco trecho se avia alongado Don Quixote del lugar de Don Diego, quando encontró con dos como Clerigos, ò como estudiantes, y con dos labradores que sobre quatro bestias afnales venian Cavalleros; el uno de los estudiantes traya como en portamanteo en un liengo de vocaci verde embuelto, al parecer, un poco de grana blanca, y dos pares de medias de cordellate: el otro no traya otra cosa que dos espadas negras de esgrima nuevas, y con sus capatillas. Los labradores traían otras cosas, que davan indicio y señal que venian de alguna villa grande, donde las avian comprado, y las llevavan à su aldea: y assi estudiantes como labradores, cayeron en la misma admiración

en que cayan todos aquellos que la vez primera veyan à Don Quixote, y morian por saber que hombre fuesse aquel tan fuera del uso de los otros hombres. Salúdolos Don Quixote, y despues de saber el camino que llevaban, que era el mesmo que el hazia, les ofreció su compañía, y les pidió detuviesen el passo, porque caminavan mas sus pollinas que su cavallo, y para obligarlos, en breves razones les dixo quien era, y su oficio, y profesión que era de Cavallero Andante, que iba à buscar las aventuras por todas las partes del mundo. Dioxelos, que se llamaba de nombre propio Don Quixote de la Mancha, y por el apelativo el Cavallero de los leones. Todo esto para los labradores era hablarles en Griego, ò en gerigonga: pero no para los estudiantes, que luego entendieron la flaqueza del cerebro de Don Quixote: pero con todo esto le miravan con admiración, y con respeto, y uno dellos le dixo: Si vueſſa Merced, Señor Cavallero, no lleva camino determinado, como no le suelen llevar los que buscan las aventuras, vueſſa Merced se venga con nosotros, verà una de las mejores bodas, y mas ricas, que hasta el dia de oy se avrán celebrado en la Mancha, ni en otras muchas leguas à la redonda. Preguntóle Don Quixote, si eran de algún Principe, que assi les ponderava. No son, respondió el estudiante, sino de un labrador y una labradora, el es el mas rico de toda esta tierra, y ella la mas hermosa que han visto los hombres. El aparato con que se han de hazer es extraordinario, y nuevo; porque se han de celebrar en un prado que esta junto al pueblo de la novia, à quien por excelencia llaman Quiteria la hermosa, y el desposado se llama Camacho el rico, ella de edad de diez y ocho años; y el de

veynte y dos, ambos para en uno, aunque algunos curiosos, que tienen de memoria los linages de todo el mundo, quieren dezir, que el de la hermosa Quiteria se aventaja al de Camacho: pero ya no se mira en esto, que las riquezas son poderosas de soldar muchas quiebras. En efecto el tal Camacho es liberal, y hasele antojado de enramar y cubrir todo el prado por arriba, de tal suerte, que el Sol se ha de ver en trabajo, si quiere entrar à visitar las yervas verdes, de que està cubierto el suelo. Tiene asimismo maheridas danças, assi de espadas, como de cascabel menudo, que ay en su pueblo quien lo repique, y sacuda por estremo: de capateadores no digo nada, que es un juyzio los que tiene muñidos: pero ninguna de las cosas referidas, ni otras muchas que he dexado de referir, ha de hazer mas memorables estas bodas, sino las que imagino que hará en ellas el despechado Basilio. Es este Basilio un zagal vecino del mesmo lugar de Quiteria, el qual tenia su casa pared y medio de la de los padres de Quiteria, de donde tomó ocasion el amor de renovar al mundo los ya olvidados amores de Piramo y Tisbe; por que Basilio se enamorò de Quiteria desde sus tiernos y primeros años, y ella fue correspondiendo à su deseo con mil honestos favores. Tanto que se contaban por entretenimiento en el pueblo los amores de los dos niños Basilio y Quiteria. Fue creciendo la edad, y acordò el padre de Quiteria de estorvar à Basilio la ordinaria entrada que en su casa tenia, y por quitarse de andar rezelofo y lleno de sospechas, ordenò de casar à su hija con el rico Camacho, no pareciendole ser bien casarla con Basilio, que no tenia tantos bienes de fortuna como de naturaleza, pues si ya à dezir las verdades sin embidia, el es el mas agil

mane

mancebo, que conocemos, gran tirador de barra, luchador estremado, y gran jugador de pelota, corre como un gamo, salta mas que una cabra, y birla à los bolos como por encantamento, canta como una calandria, y toca una guytarra, que la haze hablar, y sobre todo juega una espada como el mas pintado. Por esta sola gracia, dixo à esta sazón Don Quixote, merecia esse mancebo no solo casarse con la hermosa Quiteria, sino con la misma Reyna Ginebra, si fuera oy viva, à pesar de lançarote, y de todos aquellos que estorvar lo quisieran. A mi muger con esto, dixo Sancho Pança (que hasta entonces avia ydo callando y escuchando) la qual no quiere sino que cada uno case con su igual; ateniendose al refran, que dizen: Cada oveja con su pareja. Lo que yo quisiera es, que esse buen Basilio (que ya me lo voy aficionando) se casara con essa Señora Quiteria, que buen figlo ayan, y buen pofo, (yva à dezir al revés) los que estorvan que se casen los que bien se quieren. Si todos los que bien se quieren se huviesen de casar, dixo Don Quixote, quitariase la eleccion y jurisdiccion à los padres, de casar sus hijos con quien, y quando deven: y si à la voluntad de las hijas quedasse escoger los maridos, tal avria que escogiese al criado de su padre, y tal al que viò pasar por la calle, à su parecer vizarro y enronado, aunque fuese un desbaratado espadachin, que el amor y la aficion con facilidad ciegan los ojos del entendimiento, tan necessarios para escoger estado, y el del matrimonio està muy à peligro de errarse, y es menester gran tiento, y particular favor del cielo para acertarle. Quiere hazer uno un viage largo, y si es prudente antes de ponerse en camino busca alguna compania segura y apacible con quien acom-

L 3

pañarse

pasarle. Pues porque no hará lo mismo el que ha de caminar toda la vida hasta el paradero de la muerte? Y mas si la compañía le ha de acompañar en la cama, en la misma, y en todas partes, como es la de la muger de su marido? La de la propia muger no es mercadería que una vez comprada se buelue, ò se trueca, ò cambia, porque es accidente inseparable, que dura lo que dura la vida. Es un laço que si una vez le echays al cuello, se buelue en el nudo Gordiano, que sino le corta la guadaña de la muerte, no ay defatarle. Muchas mas cosas pudiera dezir en esta materia, si no lo estorvara el deseo que tengo de saber, si le queda mas que dezir al Señor Licenciado acerca de la historia de Basilio. A lo que respondió el Estudiante, Bachiller, ò Licenciado, como le llamó Don Quixote, que de todo no me pueda mas que dezir, sino que desde el punto que Basilio supo que la hermosa Quiteria se casava con Camacho el rico, nunca mas le han visto reyr, ni hablar razon concertada, y siempre anda pensativo y triste, hablando entre si mismo, con que dà ciertas y claras señales de que se le ha buuelto el juicio, come poco, y duerme poco, y lo que come son frutas, y en lo que duerme, si duerme, es en el campo sobre la dura tierra, como animal bruto, mira de quando en quando al cielo, y otras vezes clava los ojos en la tierra, con tal embelesamiento, que no parece sino estatua vestida, que el ayre le mueve la ropa. En fin èl dà tales muestras de tener apassionado el coraçon, que tenemos todos los que le conocemos, que el dar el si mañana la hermosa Quiteria, ha de ser la sentencia de su muerte. Dios lo hará mejor, dixo Sancho, que Dios que dà la llaga dà la medicina; nadie sabe lo que

que està por venir, de aqui à mañana muchas horas ay, y en una, y aun en un momento se cae la casa: yo he visto llover, y hazer Sol, todo à un mismo punto, tal se acuesta sano la noche, que no se puede mover otro dia: y diganme, por ventura avrà quien se alabe que tiene echado un clavo à la rodaja de la fortuna? no porcierto, y entre el si y el no de la muger no me atreveria yo à poner una punta de alfiler, porque no cabria, denme à mi que Quiteria quiera de buen coraçon, y de buena voluntad à Basilio, que yo le darè à èl un saco de buena ventura, que el amor (segun yo he oydo dezir) mira con unos antojos que hazen parecer oro al cobre, à la pobreza riqueza, y à las lagañas perlas. Adonde vas à parar Sancho, que seas maldito, dixo Don Quixote, que quando comienças à enfartar refranes y cuentos, no te puede esperar sino el mismo Judas que telleva. Dime animal, que sabes tu de clavos, ni de rodajas, ni de otra cosa ninguna? O, pues si no me entienden, respondió Sancho, no es maravilla que mis sentencias sean tenidas por disparatas: pero no importa, yo me entiendo, y sè que no he dicho muchas necesidades en lo que he dicho, sino que vueſſa Merced, Señor mio, siempre es friscal de mis dichos, y aun de mis hechos. Fiscal has de dezir, dixo Don Quixote, que no friscal, prevaricador del buen lenguaje, que Dios te confunda. No se apunte vueſſa Merced conmigo, respondió Sancho, pues sabe que no me he criado en la Corte, ni he estudiado en Salamanca, para saber si añado, ò quito alguna letra à mis vocablos. Si que valgame Dios, no ay para que obligar al Sayagues, à que hable como el Toledano, y Toledanos puede aver que no las corten en el ayre en esto del hablar polido.

do. Así es, dixo el Licenciado; porque no pueden hablar tan bien los que se crían en las tenerías, y en Zocodover, como los que se pasean casi todo el día por el claustro de la Yglesia mayor, y todos son Toledanos. El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro está en los discretos Cortesanos, aunque ayan nacido en Majalahonda; dixé discretos, porque ay muchos que no lo son, y la discrecion es la Grammatica del buen lenguaje, que se acompaña con el uso. Yo Señores, por mis pecados he estudiado Canones en Salamanca, y picome algun tanto de dezir mi razon con palabras claras, llanas, y significantes. Si no os picarades mas de faber mas mear las negras que llevays, que la lengua (dixo el otro Estudiante) vos llevarades el primero en licencias, como llevastes cola. Mirad Bachiller, respondió el Licenciado, vos estays en la mas errada opinion del mundo acerca de la destreza de la espada, teniendola por vana. Para mi no es opinion, sino verdad asentada, replicó Corchuelo; y si quereys que os lo muestre con la experiencia, espadas traey, comodidad ay, yo pultos y fuerças tengo, que acompañadas de mi animo, que no es poco, os haran confessar, que yo no me engaño. Apeaos, y usad de vuestro compas de pies, de vuestros círculos, y vuestros angulos, y ciencias, que yo espero de hazeros ver estrellas à medio día con mi destreza moderna y zafia, en quien espero, despues de Dios, que está por nacer hombre que me haga bolver las espaldas, y que no le ay en el mundo, à quien yo no le haga perder tierra. En esto de bolver, ó no las espaldas no me meto, replicó el Diestro, aunque podria ser que en la parte donde la vez primera clavassedes el pie, allí os abriesen la sepultura; que-

ro dezir, que allí quedassedes muerto por la despreciada destreza. Ahora se verá, respondió Corchuelo, y apeandose con gran presteza de su jumento, tiró con furia de una de las espadas que llevaba el Licenciado en el suyo. No ha de ser así, dixo à este instante Don Quixote, que yo quiero ser el Maestro desta esgrima, y el Juez desta muchas vezes no averiguada question, y apeandose de Rozinante, y assiéndole de su lança, se puso en la mitad del camino, à tiempo que yá el Licenciado con gentil donayre de cuerpo, y compas de pies se iba contra Corchuelo, que contra él se vino lançado (como dezirse suelo) fuego por los ojos, los otros dos labradores del acompañamiento, sin apearle de sus pollinas, sirvieron de aspetadores en la mortal tragedia, las cuchilladas, estocadas, altibaxos, reveses, y mandobles que tirava Corchuelo, eran sin numero, mas espesas que higado, y mas menudas que granigo, arremetia como un leon irritado; pero saliale al encuentro un tapaboca de la gapatilla de la espada del Licenciado, que en mitad de su furia le detenia, y se le hazia besar, como si fuera Reliquia, aunque no con tanta devocion como las Reliquias deven, y suelen besarfe. Finalmente el Licenciado le contó à estocadas todos los botones de una media fotanilla que traya vestida, haziendole tiras los faldamentos, como colas de pulpo, derribòle el sombrero dos vezes, y cansòle de manera, que de despecho, colera, y rabia asió la espada por la empuñadora, y arrojòla por el ayre con tanta fuerça, que uno de los labradores asistentes, que era escrivano, que fue por ella, dió despues por testimonio, que la alongò de si casi tres quartos de legua, el qual

testimonio sirve, y ha servido para que se conozca, y vea con toda verdad, como la fuerza es vendida del arte. Sentose cansado Corchuelo, y llegando a el Sancho, le dixo: Míase Señor Bachiller, si vuestra Merced toma mi consejo, de aqui adelante no ha de delatir a nadie a esgrimir, sino a luchar, o a tirar la barra, pues tiene edad y fuerzas para ello: que destes a quien llaman diestros, he oydo dezir, que meten una punta de una espada por el ojo de una aguja. Yo me contentó, respondió Corchuelo, de aver caydo de mi burra, y de que me aya mostrado la experiencia la verdad, de quien tan lejos estava, y levantandose abrazó al Licenciado, y quedaron mas amigos que de antes, y no queriendo esperar al Escrivano, que avia ydo por la espada, por parecerle que tardaria mucho, y assi determinaron seguir por llegar temprano a la aldea de Quiteria, de donde todos eran; en lo que faltava del camino les fue contando el Licenciado las excelencias de la espada, con tantas razones demostrativas, y con tantas figuras y demostraciones Mathematicas, que todos quedaron enterados de la bondad de la ciencia, y Corchuelo reduzido de su pertinacia. Era anochecido, pero antes que llegassen les pareció a todos que estava delante del pueblo un cielo lleno de innumerables y resplandecientes estrellas. Oyeron asimismo confusos y suaves sonidos de diversos instrumentos, como de flautas, tamborinos, salterios, albugues, panderos y sonajas, y quando llegaron cerca vieron que los arboles de una enramada que a mano avian puesto a la entrada del pueblo, estavan todos llenos de luminarias, a quíe no ofendia el viento, que entonces no soplava, sino tan manso que no tiene fuerza para mover las hojas de los arboles: los

Mus-

Musicos eran los regozijadores de la boda, que en diversas quadrillas por aquel agradable sitio andavan, unos baylando, y otros cantando, y otros tocando la diversidad de los referidos instrumentos, enefeto no parecia sino que por todo aquel prado andava corriendo la alegria, y saltando el contento: otros muchos andavan ocupados en levantar andamios, de donde con comodidad pudiesen ver otro dia las presentaciones y dancas que se avian de hazer en aquel lugar dedicado para tolenizar las bodas del rico Camacho, y las ex. quias de Basilio. No quiso entrar en el lugar Don Quixote, aunque se lo pidieron, assi el labrador, como el Bachiller: pero el dió por disculpa bastantissima, a su parecer, ser costumbre de los Cavalleros andantes dormir por los campos y florestas antes que en los poblados, aunque fuese debaxo de dorados techos, y con esto se desvió un poco del camino bien contra la voluntad de Sancho, viniendosele a la memoria el buen alojamiento que avia tenido en el castillo, o casa de Don Diego.

CAPITULO XX.

Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre.

A Penas la blanca aurora avia dado lugar a que el luziente Febo con el ardor de sus calientes rayos las liquidas perlas de sus cabellos de oro enxugasse, quando Don Quixote sacudiendo la perega de sus miembros se puso en pie, y llamó a su Escudero Sancho, q aun todavia roncava, lo qual visto por Don Quixote, antes que le despertasse le dixo:

dixo: O tu bien aventurado sobre quantos viven sobre la haz de la tierra, pues sin tener embidia, ni ser embidiado, duermes con sossega lo espiritu! Ni te persiguen encantadores, ni sobrefaizan encantamientos. Duermes, digo, otra vez, y lo diré otras ciento, sin que te tengan en continua vigilia zelos de tu Dama, ni te desvelen pensamientos de pagar deudas que devas, ni de lo que has de hazer para comer otro dia, tu y tu pequeña y angustiada familia, ni la ambicion te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga, pues los limites de tus deseos no se estienen à mas que à pensar en tu jumento, que el de tu persona sobre mis ombros le tienes puesto, contrapeso y carga que puso la naturaleza, y la costumbre à los Señores. Duermes el criado, y está velando el Señor, pensando como le ha de sustentar, mejorar, y hazer mercedes. La congoxa de ver que el cielo se haze de bronze, sin acudir à la tierra con el conveniente rosio, no aflige al criado, sino al Señor que ha de sustentar en la esterilidad y hambre al que le sirvió en la fertilidad y abundancia. A todo esto no respondió Sancho, porque dormia; ni despertara tan presto, si Don Quixote con el cuento de la langa no le hiziera bolver en sí. Despertó en fin soñoliento, y perezoso, y bolviendo el rostro à todas partes, dixo, de la parte desta enramada (sino me engaño) sale un tufo, y olor hartos mas de torreznos asados, que de juncos, y tomillos, bodas que por tales olores comiençan, para mi santiguada, que deven de ser abundantes, y generosas. Acaba gloton, dixo Don Quixote, ven yremos à ver estos desposorios, por ver lo que haze el desdennado Basilio. Mas que haga lo que quisiere, respondió Sancho, no fuera el pobre, y casarase con Quiteria: no ay mas, sino no tener un quarto.

quarto, y querer casarse por las nubes? A la fe, Señor, yo soy de parecer, que el pobre deve de contentarse con lo que hallare, y no pedir cotufas en el golfo: yo apostaré un brazo, que puede Camacho embolver en reales à Basilio; y si esto es assi, como deve de ser, bien boda fuera Quiteria en desfechar las galas, y las joyas, que le deve de aver dado, y le puede dar Camacho, por escoger el tirar de la barra, y el jugar de la negra de Basilio: sobre un buen tiro de barra, ò sobre una gentil treta de espaldas no dan un quartillo de vino en la taberna, habi- lidades, y gracias que no son vendibles, mas que las tenga el Conde Dirlos: pero quando las tales gracias caen sobre quien tiene buen dinero, tal sea mi vida, como ellas parecen; sobre un buen cimiento le puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y ganja del mundo es el dinero. Por quien Dioses, Sancho, dixo à esta sazon Don Quixote, que concluyas con tu arenga, que tengo para mi, que si te dexassen seguir en las que à cada passo comienças, no te quedaria tiempo para comer, ni para dormir, que todo le gastarias en hablar. Si vuestra Merced tuviera buena memoria, replicó Sancho, devierase acordar de los capitulos de nuestro concierto, antes que esta ultima vez saliessimos de casa, uno dellos fue, que me avia de dexar hablar todo aquello que quisiere, con que no fuesse contra el proximo, ni contra la autoridad de vuestra Merced, y hasta agora me parece que no he contravenido contra el tal capitulo. Yo no me acuerdo Sancho, respondió Don Quixote, del tal capitulo, y puesto que sea assi, quiero que calles, y vengas, que ya los instrumentos que anoche oy- mos buelven à alegrar los valles, y sin duda los des- poso-

posorios se celebrarán en el frescor de la mañana, y no en el calor de la tarde. Hizo Sancho lo que su Señor le mandava, y poniendo la silla à Rozinante, y la albarda al Ruzio, subieron los dos, y passo ante passo se fueron entrando por la enramada. Lo primero que se le ofreció à la vista de Sancho, fue esperado en un asador de un olmo entero un entero novillo, y en el fuego donde se avia de asar ardía un mediano monte de leña, y seys ollas que al rededor de la hoguera estaban, no se avian hecho en la comun turquesa de las demas ollas, porque eran seys medias tinajas, que cada una cabia un rastro de carne: allí embebian y encerravan en si carneros enteros sin echarse de ver, como si fueran palominos, las liebres ya sin pellejo, y las gallinas sin pluma, que estaban colgadas por los arboles para sepultarlas en las ollas, no tenían numero, los pajaros, y caga de diversos generos eran infinitos: colgados de los arboles para que el ayre los enfriasse, conto Sancho mas de sesenta zaques de mas à dos arrobas cada uno, y todos llenos (segun despues pareció) de generosos vinos, allí avia rimeros de pan blanquísimo, como los suele aver de montones de trigo en las heras, los quesos puestos como ladrillos enrejados formavan una muralla, y dos calderas de azeyte mayores que las de un tinte servian de freyr cosas de mala, que con dos valientes palas las sacavan fritas, y las zabullian en otra caldera de preparada miel, que allí junto estava: los cozineros, y cozineras passavan de cinquenta, todos limpios, todos diligentes, todos contentos: en el dilatado vientre del novillo estaban doze tiernos, y pequeños lechones, que cosidos por encima servian de darle sabor, y enternecerle: las especies de diver-

sas suertes, no parecia averlas comprado por libras, sino por arrobas, y todas estavan de manifestto en una grande arca. Finalmente el aparato de la boda era rustico: pero tan abundante, que podia sustentar à un exercito. Todo lo mirava Sancho Panga, y todo lo contemplava, y de todo se aficionava: primero le cautivaron, y rindieron el desseo las ollas, de quien el tomara de bonissima gana un mediano puchero, luego le aficionaron la voluntad los zaques, y ultimamente las frutas de sartén, si es que se podian llamar sartenes las tan orrendas calderas: y allí sin poderlo sufrir, ni ser en su mano hazer otra cosa, se llegó à uno de los solícitos cozineros, y con corteses y hambrientas razones le rogò le dexasse mojar un mendrugo de pan en una de aquellas ollas. A lo que el cozinero respondió: Hermano, este dia no es de aquellos sobre quien tiene juridicion la hambre (merced al rico Camacho) apeaos, y mirad si ay por ay un cuécharon, y espumad una gallina, ò dos, y buen provecho os hagan. No veo ninguno, respondió Sancho. Esperad, dixo el cozinero, pecador de mi, y que melindroso, y para poco deveys de ser, y diciendo esto afió de un caldero, y encaxandòle en una de las medias tinajas, sacò en èl tres gallinas, y dos ganfos, y dixo à Sancho: Comed amigo, y desayunaos con esta espuma, en tanto que se llega la hora del yantar. No tengo en que echarla, respondió Sancho. Pues llevaos, dixo el cozinero, la cuéchara y todo, que la riqueza y el contento de Camacho todo lo suple. En tanto pues que esto passava Sancho, estava Don Quixote mirando como por una parte de la enramada entravan hasta doze labradoras sobre doze hermosísimas yeguas, con ricos

ricos y vistosos jaezes de campo, y con muchos cascaveles en los petrales, y todos vestidos de regozijo y fiestas, los cuales en concertado tropel corrieron, no una, sino muchas carretas por el prado, con regozijada algazara y grita, diciendo: Viván Camacho y Quiteria, el tan rico como ella hermosa, y ella la mas hermosa del mundo. Oyendo lo qual Don Quixote, dixo entre si: Bien parece que estos no han visto à mi Dulcinea del Toboso, que si la huvieran visto, ellos se fueran en la mano en las alabanzas desta su Quiteria. De alli à poco començaron à entrar por diversas partes de la enramada muchas y diferentes danças, entre las quales venia una de espadas hasta de veinte y quatro zagales de gallardo parecer y brio, todos vestidos de delgado y blanquissimo lienço, con sus paños de tocar, labrados de varias colores de fina seda, y al que los guayava, que era un ligero mancebo, preguntò uno de los de las yeguas, si se avia herido alguno de los dancantes: Por aora, bendito sea Dios, no se ha herido nadie, todos vamos sanos, y luego començò à enredarse con los demas compañeros, con tantas bueltas, y con tanta destreza, que aunque Don Quixote estava hecho à ver semejantes danças, ninguna le avia parecido tan bien como aquella. Tambien le pareciò bien otra, que entrò de Donzellas hermosissimas, tan moças que al parecer ninguna baxava de catorze, ni llegava à diez, y ocho años, vestidas todas de palmilla verde, los cabellos parte trançados, y parte sueltos, pero todos tan rubios, que con los del Sol podian tener competencia, sobre los quales trayan guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto, y madre selva comuestas, guayavalas un venerable vicio, y una anciana

ciana matrona: pero mas ligeros y sueltos que sus años prometian. Haziales el son una gaita Zamorana, y ellas llevando en los rostros, y en los ojos à la honestidad, y en los pies à la ligereza, se mostravan las mejores bayladoras del mundo. Tras esto entrò otra danga de artificio, y de las que llaman habladas, era de ocho Ninfas, repartidas en dos hileras, de la una hilera era guya el Dios Cupido, y de la otra el Interes, aquel adornado de alas, arco, aljava y faetas: este vestido de ricás y diversas colores de oro y seda: las Ninfas que el amor seguian, trayan à las espaldas en pergamino blanco, y letras grandes, escritos sus nombres, Poësia era el titulo de la primera, el de la segunda Dîcrecion, el de la tercera Buen linage, el de la quarta Valentia. Del modo mesmo venian señaladas las que al Interes seguian; dezia Liberalidad el titulo de la primera, Dâdiva el de la segunda, Tesoro el de la tercera, y el de la quarta Posseccion pacifica. Delante de todos venia un castillo de madera, à quien tiravan quatro Selvages todos vestidos de yedra, y de cañamo, teñido de verde, tan al natural, que por poco espantaran à Sancho. En la frontera del castillo, y en todas quatro partes de sus quadros traya escrito, Castillo del buen recato: hazianles el son quatro diestros tañedores de tamboril y flauta. Començava la danga Cupido, y aviendo hecho dos mudanças, algava los ojos, y flechava el arco contra una Donzella, que se ponía entre las almenas del castillo; à la qual desta fuerte dixo:

*To soy el Dios poderoso
En el ayre, y en la tierra,
Y en el ancho mar andoso,*



*Y en quanto el abismo encierra
En su baratro espantoso.*

*Nunca conocí que es miedo,
Todo quanto quiero puedo,
Aunque quiera lo imposible,
Y en todo lo que es posible,
Mando, quito, pongo y vedo.*

Acabó la copla, disparó una flecha por lo alto del castillo, y retiróse á su puesto. Salíó luego el Interes, y hizo otras dos mudanças, callaron los tamborinos, y el dixo:

*Soy quien puede mas que amor,
Y es amor el que me guya,
Soy de la estirpe mejor,
Que el cielo en la tierra cria
Mas conocida y mayor.*

*Soy el interes en quien
Pocos suelen obrar bien,
Y obrar sin mí, es gran milagro,
Y qual soy te me consagro,
Por siempre jamas, Amen.*

Retiróse el Interes, y hizose adelante la Poësia, la qual despues de aver hecho sus mudanças, como los demas, puestos los ojos en la Donzella del castillo, dixo:

*En dulcissimos concetos
La dulcissima Poesia,
Altos, graves, y discretos,
Señora el alma te embia,
Embuelta entre mil sonetos.
Si acaso no te importuna,
Mi porfia, tu fortuna,
De otras muchas invidiada,*

*Será por mí levantada
Sobre el cerco de la Luna.*

Desvióse la Poësia, y de la parte del Interes salió la Liberalidad, y despues de hechas sus mudanças, dixo:

Llaman liberalidad

*Al dar, que el estremo huye
De la prodigalidad;
Y del contrario que arguye,
Tibia, y floxa voluntad.*

*Mas yo por te engrandecer,
De oy mas prodigo he de ser,
Que aunque es vicio, es vicio honrado,
Y de pecho enamorado,
Que en el dar se echa de ver.*

Destte modo salieron, y se retiraron todas las figuras de las dos esquadras, y cada uno hizo sus mudanças, y dixo sus versos, algunos elegantes, y algunos ridiculos, y solo tomó de memoria Don Quixote (que la tenia grande) los ya referidos, y luego se mezclaron todos, haziendo, y deshaziendo lazos con gentil donayre, y desemboltura: y quando passava el Amor por delante del castillo, disparava por alto su flechas: pero el interes quebrava en el alcargias doradas. Finalmente despues de aver baylado un buen espacio, el Interes sacó un bolsón, que le formava el pellejo de un gran gato Romano, que parecia estar lleno de dineros, y arrojandole al castillo con el golpe se desencaxaron las tablas, y se cayeron, dexando á la Donzella descubierta, y sin defensa alguna: llegó el Interes con las figuras de su valia, y echandola una gran cadena de oro al cuello, mostraron prenderla, rendirla, y cautivarla:

lo qual visto por el amor, y sus valedores, hizieron ademan de quitarsela, y todas las demostraciones que hazian, eran al son de los tamborinos, baylando, y dançando concertadamente: puzieronlos en paz los salvages, los quales con mucha presteza bolvieron à armar, y à encaxar las tablas del castillo, y la Donzella se encerrò en el como de nuevo, y con esto se acabò la dança con gran contento de los que la miravan. Preguntò Don Quixote à una de las Ninfas, que quien la avia compuesto, y ordenado? Respondiòle, que un beneficiado de aquel pueblo, que tenia gentil caletre para semejantes invenciones. Yo apostaré dixo Don Quixote, que deve de ser mas amigo de Camacho, que de Basilio el tal Bachiller, ò Beneficiado, y que deve de tener mas de satirico, que de visperas, bien ha encaxado en la dança las habilidades de Basilio, y las riquezas de Camacho. Sancho Pança que lo escuchava, dixo: El Rey es mi gallo, à Camacho me atengo. En fin, dixo Don Quixote, bien se parece, Sancho, que eres villano, y de aquellos que dicen, viva quien vence. No sè de los que soy, respondiò Sancho: pero bien sè que nunca de ollas de Basilio sacarè yo tan elegante espuma como es esta que he sacado de las de Camacho, y enseñòle el caldero lleno de ganfos, y de gallinas: y asiendo de una començò à comer con mucho donayre y gana, y dixo à la barba de las habilidades de Basilio: Que tanto vales, quanto tienes, y tanto tienes, quanto vales. Dos linages solos ay en el mundo, como dezia una aguela mia, que son el tener, y el no tener, aunque ella al del tener se atenia, y el dia de hoy, mi Señor Don Quixote, antes se toma el pulso al aver, que al saber: un asno cubierto de oro parece

mejor que un cavallo enalbardado. Assi que buelvo à dezir, que à Camacho me atengo, de cuyas ollas son abundantes espumas, ganfos y gallinas, liebres, y conejos, y de las de Basilio seràn, si viene à mano, y aunque no venga sino al pie, aguachirle. Has acabado tu arenga Sancho? dixo Don Quixote. Avrela acabado, respondiò Sancho, porque veo que vueſſa Merced recibe pesadumbre con ella, que si esto no se pusiera de por medio, obra avia cortada para tres dias. Plega à Dios Sancho, replicò Don Quixote, que yo te vea mudo antes que me muera. Al passo que llevamos, respondiò Sancho, antes que vueſſa Merced se muera estarè yo mascando barro, y entonces podrà ser que estè tan mudo, que no hable palabra hasta la fin del mundo, ò por lo menos hasta el dia del juyzio. Aunque esto assi suceda, ò Sancho, respondiò Don Quixote, nunca llegarà tu silencio à do ha llegado lo que has hablado, hablas, y tienes de hablar en tu vida, y mas, que està muy puesto en razon natural que primero llegue el dia de mi muerte que el de la tuya, y assi jamas pienso verte mudo, ni aun quando estes bebiendo, ò durmiendo, que es lo que puedo encarecer. A buena fè Señor, respondiò Sancho, que no ay que fiar en la descarnada, digo en la muerte, la qual tambien come cordero como carnero; y à nuestro Cura he oydo dezir, que con yqual pie pisava las altas torres de los Reyes, como las humildes chogas de los pobres. Tiene esta Señora mas de poder que de melindre, no es nada asquerosa, de todo come, y à todo haze, y de toda fuerte de gentes, edades, y preeminencias hinche sus alforjas: no es segador que duerme las fiestas, que à todas horas siega y corta, assi la seca, como la

verde yerva, y no parece que masca, sino que engulle y traga quanto se le pone delante; porque tiene hambre canina, que nunca se harta: y aunque no tiene barriga, dà à entender que està hidropica, y sedienta de beber solas las vidas de quantos viven, como quien se beve un jarro de agua fria. No mas Sancho, dixo à este punto Don Quixote, tente en buenas, y no te dexes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rusticos terminos es lo que pudiera dezir un buen predicador. Digote Sancho, que si como tienes buen natural y discrecion, pudieras tomar un pulpito en la mano, y yrte por esse mundo predicando lindeças. Bien predica quien bien vive, respondió Sancho, y yo no sè otras Teologias. Ni las he menester, dixo Don Quixote; pero yo no acabo de entender, ni alcançar, como siendo el principio de la sabiduria el temor de Dios, tú que temes mas à un lagarto que à él, sabes tanto? Juzgue vueſſa Merced, Señor, de sus Cavallerias, respondió Sancho, y no se meta en juzgar de los temores ò valentias ajenas, que tan gentil temeroso soy yo de Dios, como cada hijo de vezino, y dexeme vueſſa Merced despabilar esta espuma, que lo demas todas son palabras ociosas, de que no han de pedir cuenta en la otra vida. Y diciendo esto comengò de nuevo à dar assalto à su caldero con tan buenos alientos, que despertò los de Don Quixote, y fin dula le ayudara, sino lo impediera lo que es fuerza se diga adelante.

CAPITULO XXI.

Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos.

QUANDO estavan Don Quixote y Sancho en las razones referidas en el Capitulo antecedente, le oyeron grandes voces, y gran ruido, y davanlas, y causavanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita yvan à recebir à los novios, que rodéados de mil generos de instrumentos, y de invenciones venian acompañados del Cura, y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas luzida de los lugares circunvezinos, todos vestidos de fiesta. Y como Sancho viò à la novia, dixo: A buena fè, que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega; Par diez que segun diviso, que las patenas que avia de traer son ricos corales, y la palmilla verde de Cuenca, esterciopelo de treynta pelos: y montas que la guarnicion es de tiras de liengo blanco, voto à mi que es de raso, pues tomadme las manos adornadas con sortijas de azavache, no medre yo, sino son anillos de oro, y muy de oro, y empedrados con perlas blancas, como una quajada, que cada una deve de valer un ojo de la cara. O hideputa, y que cabellos, que si no son postizos, no los he visto mas luengos, ni mas rubios en toda mi vida. No sino ponedla tacha en el brio, y en el talle, y no la compareys à una palma, que se mueve cargada de razimos de datiles, que lo mesmo parecen los dices que trae pendientes de los cabellos, y de la garganta: juro en mi anima, que ella es una chapada moça, y que puede pasar por

los bancos de Flandes. Rióse Don Quixote de las rústicas alabanzas de Sancho Pança, parecióle, que fuera de su Señora Dulcinea del Toboso no avia visto muger mas hermosa jamas: venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y devia de ser de la mala noche que siempre pasan las novias en componerle para el dia venidero de sus bodas: yvanse acercando à un teatro, que à un lado del prado estava adornado de alfombras, y ramos, adonde se avian de hazer los desposorios, y de donde avian de mirar las dancas, y las invenciones. Y à la fazon que llegavan al puestto, oyeron à sus espaldas grandes voces, y una que dezia: Esperaos un poco, gente tan inconsiderada, como presurosa, à cuyas voces y palabras todos bolvieron la cabeça, y vieron, que las dava un hombre vestido al parecer de un sayo negro gironado de carmesí à llamas, venia coronado (como se viò luego) con una corona de funesto Cypres, en las manos traya un baston grande, en llegando mas cerca fue conocido de todos por el gallardo Basilio, y todos estuyeron suspensos, eiperando en que avian de parar sus voces, y sus palabras, temiendo algun mal suceso de su venida en fazon semejante. Llegò en fin cansado, y sin aliento, y puestto delante de los desposados, hincando el baston en el suelo, que tenia el cuento de una punta de azero, mudada la color, puesttos los ojos en Quiteria con voz tremenda y ronca estas razones dixo: Bien sabes desconocida Quiteria, que conforme à la santa Ley que professamos, que viviendo yo, tu no puedes tomar esposo: y juntamente no ignoras, que por esperar yo, que el tiempo, y mi diligencia mejorassen los bienes de mi fortuna, no he querido dexar de guardar el decoro que à tu honra convenia: perç

pero tu echando à las espaldas todas las obligaciones que debes à mi buen desseo, quieres hazer, Señor, de lo que es mio; à otro, cuyas riquezas le sirven, no solo de buena fortuna, sino de bonissima ventura, y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merece, sino como se la quieren dar los cielos) yo por mis manos desharè el impossible, ò el inconveniente, que puede estorvarse, quitandome à mi de por medio. Viva, viva el rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices siglos, y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortò las alas de su dicha, y le puso en la sepultura: y diciendo esto, asìò del baston que tenia hincado en el suelo, y quitandose la mitad del en la tierra, mostrò que servia de vayna à un mediano estoque, que en el se ocultava, y puesta la que se podia llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado, y determinado proposito se arrojò sobre el, y en un punto mostrò la punta sangrienta à las espaldas, con la mitad del azerada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre, y tendido en el suelo de sus mismas armas traspasado. Acudieron luego sus amigos à favorecerle, condolidos de su miseria, y lastimosa desgracia, y dexando Don Quixote à Rozinante acudiò à favorecerle, y le tomò en sus brazos, y hallò que aun no avia espirado: quisieronle facar el estoque; pero el Cura, que estava presente, fue de parecer, que no se le sacassen antes de confesarle, porque el sacarsele, y el espirar seria todo à un tiempo: pero bolviendo un poco en si Basilio, con voz doliente y desmayada dixo: Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este ultimo, y feroço trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcancè el bien de ser tuyo.

tayo. El Cura oyendo lo qual, le dixo, que atendiese a la salud del alma, antes que a los gustos del cuerpo, y que pidiese muy de veras a Dios perdon de sus pecados, y de su desesperada determinacion. A lo qual replicò Basilio, que en ninguna manera se confesaria, si primero Quiteria no le dava la mano de ser su esposa, que aquel contento le adobaria la voluntad, y le daria aliento para confesarse. En oyendo Don Quixote la peticion del herido, en altas voces dixo, que Basilio pedia una cosa muy justa, y puesta en razon, y a demas muy hazedera, y que el Señor Camacho quedaria tan honrado recibiendo a la Señora Quiteria, viuda del valeroso Basilio, como si la recibiera del lado de su padre: aqui no ha de aver mas de un si, que no tenga otro efeto, que el pronunciarle, pues el talamo destas bodas ha de ser la sepultura. Todo lo oya Camacho, y todo le tenia suspenso y confuso, sin saber que hazer, ni que dezir: pero las voces de los amigos de Basilio fueron tantas, pidiendole que consintiese, que Quiteria le diese la mano de esposa, porque su alma no se perdiese, partiendo desesperado desta vida, que le movieron, y aun forgaron a dezir, que si Quiteria queria darsela, que el se contentava; pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos a Quiteria, y unos con ruegos, y otros con lagrimas, y otros con eficaces razones la persuadian que diese la mano al pobre Basilio, y ella mas dura que un marmol, y mas fegga que una estatua, mostrava que ni sabia, ni podia, ni queria responder palabra: ni la respondiera, si el Cura no la dixera, que se determinasse presto en lo que avia de hazer, porque tenia Basilio ya el alma en los dientes, y no dava lugar a esperar

inre-

inesolutas determinaciones. Entonces la hermosa Quiteria sin responder palabra alguna, turbada, al parecer triste y pesadosa, llegó donde Basilio estava, ya los ojos bueltos, el aliento corto, y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como Gentil, y no como Christiano. Llegò en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por señas, y no por palabras. Defencaxò los ojos Basilio, y mirandola atentamente le dixo: O Quiteria, que has venido a ser de piadosa a tiempo, quando tu piedad ha de servir cuchillo que me acabe de quitar la vida; pues ya no tengo fuerças para llevar la gloria que me das en escogerme por tuyo, ni para suspender el dolor que tan a priessa me va cubriendo los ojos con la espantosa sombra de la muerte. Lo que te suplico es (ô fatal estrella mia!) que la mano que me pides, y quieres darme, no sea por cumplimiento, ni para engañarme de nuevo, sino que confieses, y digas, que sin hazer fuerça a tu voluntad me la entregas, y me la das como a tu legitimo esposo, pues no es razon que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos, con quien tantas verdades ha tratado contigo. Entre estas razones se desmayava, de modo que todos los presentes pensavan, que cada día mayo se avia de llevar el alma consigo. Quiteria toda honesta, y toda vergongosa, asiendo con su derecha mano la de Basilio, le dixo: Ninguna fuerça fuera bastante a torcer mi voluntad, y assi con la mas libre que tengo te doy la mano de legitima esposa, y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre alvedrio, sin que la turbe, ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te ha puesto. Si soy, respondió Basilio, no turbado, ni confuso, sino

sino con el claro entendimiento que el cielo quiso darme, y assi me doy, y me entrego por tu esposo. Y yo por tu esposa, respondió Quiteria, aora vivas largos años, aora te lleven de mis brazos à la sepultura. Para estar tan herido este mancebo, dixo à este punto Sancho Pança, mucho habla, haganle que se dexe de requiebros, y que atienda à su alma, que à mi parecer mas la tiene en la lengua, que en los dientes. Estando pues asidos de las manos Basilio, y Quiteria, el Cura tierno, y lloroso los echò la bendicion, y pidió al cielo diesse buen poso al alma del nuevo desposado, el qual assi como recibìo la bendicion con presta ligereza se levantò en pie, y con no vista desemboltura se facò el estoque à quien servia de vayna su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos mas simples que curiosos en altas voces començaron à dezir, milagro, milagro; Pero Basilio replicò, no milagro, milagro, sino industria, industria. El Cura desalentado, y atonito acudiò con ambas manos à tatar la herida, y hallò, que la cuchilla avia pasado no por la carne y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre, en aquel lugar bien acomodado, tenia preparada la sangre (segun despues se supo) de modo que no se elatase. Finalmente el Cura, y Camacho, con todos los mas circunstantes se tuvieron por burlados, y escarnidos. La esposa no diò muestras de pesarle de la burla, antes oyendo dezir, que aquel casamiento, por aver sido engañoso, no avia de ser valedero, dixo, que ella le confirmava de nuevo, de lo qual coligieron todos, que de consentimiento y sabiduria de los dos se avia trazado aquel caso, de lo que quedó Camacho, y sus valedoros tan corridos, que remitieron

ron su vengança à las manos, y desenvaynando muchas espadas, arremetieron à Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvaynaron casi otras tantas, y tomando la delantera à cavallo Don Quixote con la lança sobre el brazo, y bien cubierto de su escudo, se hazia dar lugar de todos. Sancho à quien jamas pluguieron, ni solazaron semejantes fechucias, se acogio à las tinajas, donde avia sacado su agradable espuma, pareciendole aquel lugar como sagrado, que avia de ser tenido en respeto. Don Quixote à grandes voces dezia: Teneos, Señores, teneos, que no es razon tomeys vengança de los agravios que el amor nos haze: y advertid, que el amor, y la guerra son una misma cosa, y assi como en la guerra es cosa licita, y acostumbra da usar de ardidcs, y estratagemas, para vencer al enemigo, assi en las contiendas, y competencias amorosas se tienen por buenos los embustes y marañas que se hazen, para conseguir el fin que se desea, como no sean en menoscabo, y deshonor de la cosa amada. Quiteria era de Basilio, y Basilio de Quiteria, por justa y favorable disposicion de los cielos. Camacho es rico, y podrá comprar su gusto, quando, donde, y como quisiere. Basilio no tiene mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno, por poderoso que sea que à los dos que Dios junta, no podrá separar el hombre, y el que lo intentare, primero ha de passar por la punta desta lança: y en esto la blandiò tan fuerte, y tan diestramente, que no le puso pavor en todos los que conocian, y tan intensamente se fixò en la imaginacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borrò de la memoria en un instante, y assi tuvieron lugar con èl las persuasiones del Cura, que era varon prudente, y bien intencionado, con las qua-

les quedó Camacho, y los de su parcialidad pacíficos y sossegados; en señal de lo qual bolvieron las espadas á sus lugares, culpando mas á la facilidad de Quiteria, que á la industria de Basilio. Haziendo discurso Camacho, que si Quiteria queria bien á Basilio Donzella, tambien le quisiera casada, y que devia de dar gracias al cielo, mas por averfela quitado, que por averfela dado. Consolado pues, y pacifico Camacho, y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se soslegaron, y el rico Camacho, por mostrar que no sentia la burla, ni la estimava en nada, quiso que las fiestas passassen adelante, como si realmente se desposara: pero no quisieron asistir á ellas Basilio, ni su esposa, ni sequazes, y assi se fueron á la aldea de Basilio, que tambien los pobres virtuosos, y discretos tienen quien los siga, honre, y ampare como los ricos tienen quien los lisonjee, y acompañe. Llevaronse consigo á Don Quixote, estimandole por hombre de valor, y de pelo en pecho. A solo Sancho se le escureció el alma, por verse impossibilitado de aguardar la esplendida comida y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche, y assi aslenderado, y triste siguió á su Señor, que con la quadrilla de Basilio yva, y assi se dexó atras las ollas de Egipto, aunque las llevaba en el alma, cuya ya casi consumida, y acabada espuma que en el caldero llevaba, le representava la gloria, y la abundancia del bien que perdia, y assi congoxado, y pensativo, aunque sin hambre, sin apcarfe del Ruzio, siguió las huellas de Rozinante.

CAPITULO XXII.

Donde se cuenta la grande aventura de la cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, á quien dió felice cima el valeroso Don Quixote de la Mancha.

GRANDES fueron, y muchos los regalos que los desposados hizieron á Don Quixote, obligados de las muestras que avia dado, defendiendo su causa, y al par de la valentia le graduaron la discrecion, teniendole por un Cid en las armas, y por un Ciceron en la eloquencia. El buen Sancho se refociló tres dias á costa de los novios, de los quales se supo, que no fue traça comunicada con la hermosa Quiteria el herirse fingidamente, sino industria de Basilio, esperando della el mesmo suceso que se avia visto: bien es verdad, que confesó, que avia dado parte de su pensamiento á algunos de sus amigos, para que al tiempo necessario favoreciesen su intencion, y abonassen su engaño. No se pueden, ni deven llamar engaños, dixo Don Quixote, los que ponen la mira en virtuosos fines, y que el de casarse los enamorados, era el fin de mas excelencia, advirtiendo, que el mayor contrario que el amor tiene, es la hambre, y la continua necesidad: porque el amor es todo alegria, regozijo, y contento, y mas quando el amante está en posesion de la cosa amada, contra quien son enemigos opuestos, y declarados la necesidad de la pobreza, y que todo esto dezia con intencion de que se dexasse el Señor Basilio de exercitar las habilidades que sabe, que aunque le davan fama, no le davan dine-

ros, y que atendiese à grangear hazienda por medios licitos, è industriosos, que nunca faltan à los prudentes, y aplicados: el pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener muger hermosa, que quando se la quitan, le quitan la honra, y se la matan. La muger hermosa, y honrada, cuyo marido es pobre, merece ser coronada con laureles, y palmas de vencimiento, y triunfo; la hermosura por si sola atrae las voluntades de quantos la miran y conocen, y como à señuelo gustoso se le abaten las Aguilas Reales, y los pajaros alcañeros: pero si à la tal hermosura se le junta la necesidad, y estrechez, tambien la embisten los cuervos, los milanos, y las otras aves de rapiña, y la que està à tantos encuentros firme; bien merece llamarse corona de su marido. Mirad discreto Basilio, añadió Don Quixote: Opinion fue de nosè que sabio, que no avia en todo el mundo sino una sola muger buena, y dava por consejo, que cada uno pensasse, y creyese, que aquella sola buena era la suya, y assi viviria contento. Yo no soy casado, ni hasta agora me ha venido en pensamiento serlo, y con todo esto me atreveria à dar consejo al que me lo pidiese, del modo que avia de buscar la muger con quien se quisiere casar. Lo primero le aconsejaria, que mirasse mas à la fama, que à la hazienda, por que la buena muger, no alcanza la buena fama solamente con ser buena, sino con parecerlo, que mucho mas dañan à las honras de las mugeres las desembolturas, y libertades publicas, que las maldades secretas. Si traes buena muger à tu casa, facil cosa seria conservarla, y aun mejorarla en aquella bondad: pero si la traes mala, en trabajo te pondrà el enmendarla, que no es muy hazedero passar de un

un estremo à otro: yo no digo, que sea imposible, pero tengolo por dificultoso. Oya todo esto Sancho, y dixo entre si, este mi Amo quando yo hablo cosas de meollo, y de sustancia, suele dezir, que podria yo tomar un pulpito en las manos, y yrme por esse mundo adelante predicando lindezas: y yo digo del, que quando comienza à enbilar sentencias, y à dar consejos, no solo puede tomar pulpito en las manos, sino dos en cada dedo, y andarse por essas plagas, à que quierdes boca: valate el diablo por Cavallero andante, que tantas cosas sabes, yo pensava en mi anima, que solo podia saber aquello que tocava à sus Cavallerias: pero no ay cosa donde no pique, y dexe de meter su cucharada. Murmurava esto algo Sancho, y entreoyòle su Señor, y preguntòle: Que murmuras Sancho? No digo nada, ni murmuro de nada, respondiò Sancho: solo estava diziendo entre mi, que quisiera aver oydo lo que vuestra Merced aqui ha dicho, antes que me casara, que quicà dixera yo agora, el buey suelto bien se lame. Tan mala es tu Teresa, Sancho, dixo Don Quixote? No es muy mala, respondiò Sancho: pero no es muy buena, alomenos, no es tan buena como yo quisiera. Mal hazes Sancho, dixo Don Quixote, en dezir mal de tu muger, que en efeto es madre de tus hijos. No nos devemos nada, respondiò Sancho, que tambien ella dice mal de mi, quando se le antoja, especialmente quando està zelosa, que entonces sufrala el mesmo Satanas. Finalmente tres dias estuvieron con los novios, donde fueron regalados, y servidos como cuerpos de Rey. Pidiò Don Quixote al diestro Licenciado le diese una guya, que le encaminasse à la cueva de Montesinos, porque tenia gran deseo de

entrar en ella, y ver à ojos vistas, si eran verdaderas las maravillas que della se dezian por todos aquellos contornos. El Licenciado le dixo, que le daría à un Primo suyo, famoso Estudiante, y muy aficionado à leer libros de Cavallerias, el qual con mucha voluntad le pondria à la boca de la mesma cueva, y le enseñaria las lagunas de Ruydera, famosas ansimismo en toda la Mancha, y aun en toda España; y dixole, que llevaria con el gustoso entretenimiento, à causa que era moço, que sabia hazer libros para imprimir, y para dirigirlos à Principes. Finalmente el Primo vino con una pollina preñada, cuya albarda cubria un gayado tapete, o arpillera. Enfilò Sancho à Rozinante, y adreçò al Ruzio, proveyò sus alforjas, à las quales acompañaron las del primo asimismo bien proveydas, y encomendandose à Dios, y despidiendose de todos, se pusieron en camino, tomando la derrota de la famosa cueva de Montesinos. En el camino preguntò Don Quixote al Primo, de que genero, y calidad eran sus exercicios, su profession, y estudios. A lo que el respondiò, que su profession era, ser Humanista; sus exercicios, y estudios, componer libros, para dar à la estampa, todos de gran provecho, y no menos entretenimiento para la Republica, que el uno se intitulava el de las Libreas, donde pinta setecientas y tres libreas, con sus colores, motes, y cifras, de donde podian sacar, y tomar las que quiesiesen, en tiempo de fiestas, y regozijos, los Cavalleros Cortesanos, sin andarlas mendigando de nadie, ni lambicando (como dizen) el cervelo, por sacarlas conformes à sus deseos è intenciones, por que doy al zeloso, al desdenado, al olvidado: y al ausente, las que les convienen, que les vendrán

mas justas que pecadoras. Otro libro tengo tambien, à quien he de llamar Metamorfoseos, ò Ovidio Español, de invención nueva y rara: porque en el imitando à Ovidio, à lo burlesco pinto quien fue la Giralda de Sevilla, y el Angel de la Madalena; quien el caño de Vecinguerra de Cordova, quienes los toros de Guisando, la Sierra Morena, las fuentes de Leganitos, y Lavapiés en Madrid, no olvidandome de la del Piojo, de la del caño Dorado, y de la Priora, y esto con sus alegorias, metáforas, y translaciones, de modo que alegran, suspenden, y enseñan à un mismo punto. Otro libro tengo, que le llamo Suplemento à Virgilio Polidoro, que trata de la invención de las cosas, que es de grande erudicion, y estudio, à causa, que las cosas, que se dexò de dezir Polidoro de gran sustancia, las averigüeyo, y las declaro por gentil estilo: olvidòle à Virgilio de declararnos quien fue el primero, que tuvo catarro en el mundo, y el primero que tomò las unciones para curarle del morbo Galico, y yo lo declaro al pie de la letra, y lo autorizo con mas de veynte y cinco autores, porque vea vuestra Merced si he trabajado bien, y si ha de ser util el tal libro à todo el mundo. Sancho, que avia estado muy atento à la narracion del primo le dixo: Digame Señor, assi Dios le de buena manderecha en la impressiõ de sus libros, sabriame dezir, que si sabrà, pues todo lo sabe, quien fue el primero que se rascò en la cabeza, que yo para mi tengo, que devio de ser nuestro padre Adan? Si seria, respondiò el Primo, porque Adan no ay duda sino que tuvo cabeza, y cabellos: y siendo esto assi, y siendo el primer hombre del mundo, alguna vez se rascaria. Assi lo creo yo, respondiò Sancho: pero digame agora, quien

fue el primer bolteador del mundo? En verdad hermano, respondió el Primo, que no me sabré determinar por aora, hasta que lo estudie, yo lo estudiaré, en bolviendo adonde tengo mis libros, y yo os satisfaré, quando otra vez nos veamos, que no ha de ser esta la postrera. Pues mire Señor, replicó Sancho, no tome trabajo en esto, que aora he caydo en la cuenta de lo que le he preguntado: sepa que el primer bolteador del mundo fue Lucifer, quando le echaron, ó arrojaron del cielo, que vino bolteando hasta los abismos. Tienes razon amigo, dixo el Primo. Y dixo Don Quixote: Esta pregunta, y respuesta no es tuya Sancho, a alguno las has cydo dezir. Calle Señor, replicó Sancho, que a buena fe, que si me doy a preguntar, y a responder, que no acabe de aqui a mañana. Si, que para preguntar necesidades, y responder disparates, no he menester yo andar buscando ayuda de vezinos. Mas has dicho Sancho de lo que sabes, dixo Don Quixote, que ay algunos que se cansan en saber, y averiguar cosas, que despues de sabidas, y averiguadas no importan un ardite al entendimiento, ni a la memoria. En estas, y otras gustosas platicas se les pasó aquel día, y a la noche le albergaron en una pequeña aldea, adonde el Primo dixo a Don Quixote, que desde allí a la cueva de Montesinos no avia mas de dos leguas, y que si llevaba determinado, de entrar en ella, era menester proveerse de fogas, para atarse, y descolgarse en su profundidad. Don Quixote dixo, que aunque llegasse el abismo, avia de ver donde parava, y allí compraron casi cien braças de foga, y otro día a las dos de la tarde llegaron a la cueva, cuya boca es espaciosa, y ancha, pero llena de cambronerías, y cabrahigos, de garças, y male-

zas





parte II.

PARTE SEGUNDA. LIBRO VI. 195

zas tan espesas y intrincadas, que de todo en todo la ciegan y encubren: en viendola se apearon el Pri-
mo, Sancho, y Don Quixote, al qual los dos le ara-
ron luego fortissimamente con las sogas, y en tanto
que le fajavan, y ceñian, le dixo Sancho: Mire
vuestra Merced, Señor mio, lo que haze, no se
quiera sepultar en vida, ni se ponga adonde parezca
frasco, que le ponen à enfriar en algun pozo, si
que à vuestra Merced no le toca, ni atañe ser el escu-
drinador desta, que deve de ser peor que mazmorra.
Ata, y calla, respondió Don Quixote, que tal impre-
ta como aquesta, Sancho amigo, para mi estava guar-
dada. Y entonces dixo la guya: Suplico à vuestra
Merced, Señor Don Quixote, que mire bien, y
especule con cien ojos lo que ay allà dentro, quigà
avrà cosas, que las ponga yo en el libro de mis trans-
formaciones. En manos està el Pandero, que le fa-
bra bien tañer, respondió Sancho Pança. Dicho
esto, y acabada la ligadura de Don Quixote (que
no fue sobre el arnes, sino sobre el jubon de armar.)
Dixo Don Quixote, inadvertidos hemos andado
en no avernos proveído de algun esquilon peque-
ño, que fuera atado junto à mi en esta mesma soga,
con cuyo sonido se entendiera, que toda via baxava,
y estava vivo: pero pues ya no es possible, à la ma-
no de Dios, que me guye, y luego se hincó de ro-
dillas, y hizo una oracion en voz baxa al cielo, pi-
diendo à Dios le ayudasse, y le diese buen sucesso
en aquella, al parecer, peligrosa, y nueva aventura,
y en voz alta dixo luego: O Señora de mis accio-
nes, y movimientos, y clarissima, sin par Dulcinea
del Toboso, si es possible, que lleguen à tus oydos
las plegarias, y rogaciones deste tu venturolo aman-
te, por tu inaudita belleza te ruego las escuches,



que no son otras, que rogarte no me niegues tu favor, y amparo aora que tanto le he menester. Yo voy à despenarme, à empozarme, y à hundirme en el abismo, que aqui se me representa, solo porque conozca el mundo, que si tu me favoreces, no avrá imposible à quien yo no acometa, y acabe: y en diciendo esto, se acercò à la lima, viò no ser posible descolgarfe, ni hazer lugar à la entrada, sino era à fuerza de brazos, ò à cuchilladas, y así poniendo mano à la espada comengò à derribar, y à cortar de aquellas malezas, que à la boca de la cueva estavan, por cuyo ruydo, y estruendo salieron por ella una infinidad de grandísimos cuervos, y grajos tan espesos, y con tanta priessa, que dieron con Don Quixote en el suelo, y si el fuera tan agorero como Catolico Christiano, lo tuviera à mala señal, y escusara de encerrarse en lugar semejante. Finalmente se levantò, y viendo que no salian mas cuervos, ni otras aves noturnas, como fueron murcielagos, que así mismo entre los cuervos salieron, dandole foga el Primo, y Sancho, y le dexò calar al fondo de la caberna espantosa, y al entrar, echandole Sancho su bendicion, y haziendo sobre el mil cruces, dixo: Dios te guye, y la Peña de Francia, junto con la Trinidad de Gaeta, flor, nata, y espuma de los Cavalleros andantes. Allí vas valenton del mundo, coragon de azero, brazos de bronce. Dios te guye otra vez, y te vuelva libre, sano, y sin cautela à la luz desta vida, que dexas por enterrarte en esta escuridad que buscas. Casi las mismas plegarias, y deprecaciones hizo el Primo. Y va Don Quixote dando voces, que le diese foga, y mas foga, y ellos se la davan poco à poco, y quando las voces, que acanaladas por la cueva

va salian dexaron de oyrse, y à ellos tenian descolgadas las cien braças de foga, y fueron de parecer de volver à fubir à Don Quixote, pues no le podian dar mas cuerda: con todo esso se detuvieron como media hora, al cabo del qual espacio volvieron à recoger la foga con mucha facilidad, y sin peso alguno, señal que les hizo imaginar, que Don Quixote se quedava dentro, y creyendolo así Sancho, llorava amargamente, y tirava con mucha priessa por desengañarse: pero llegando, à su parecer, à poco mas de las ochenta braças sintieron peso, de que en estremo se alegraron. Finalmente à las diez vieron distintamente à Don Quixote, à quien diò voces Sancho, diziendole: Sea vuestra Merced muy bien buelto, Señor mio, que ya pensavamos que se quedava allà para casta: pero no respondia palabra Don Quixote, y facandole del todo vieron, que traya cerrados los ojos, con muestras de estar dormido, Tendieronle en el suelo, y desaharonle, y con todo esto no despertava. Pero tanto le volvieron, y rebolvieron, sacudieron y menearon, que al cabo de un buen espacio bolviò en sí, desperezandose, bien como si de algun grave y profundo sueño despertara, y mirando à una y otra parte, como espantado, dixo: Dios os lo perdone amigos, que me aveys quitado de la mas sabrosa, y agradable vida, y vista, que ningun humano ha visto, ni pasado. En efeto aora acabo de conocer que todos los contentos de esta vida pasan como sombra y sueño, ò se marchitan como la flor del campo: ò desdichado Montefinos! ò mal ferido Durandarte! ò sin ventura Belerma! ò lloroso Guadana, y vosotras sin dicha hijas de Ruydera, que mostrays en vuestras aguas las que lloraron vuestros hermosos ojos! Escuchavan el

Primo, y Sancho las palabras de Don Quixote, que las decia, como si con dolor inmenso las sacara de las entrañas. Suplicaronle les diese à entender, lo que decia, y les dixesse lo que en aquel infierno avia visto. Infierno le llamays, dixo Don Quixote? Pues no le llamays ansí; porque no lo merece, como luego vereys: pidió, que le diesen algo de comer, que traya grandissima hambre. Tendieron la arpilera del Primo sobre la verde yerva, acudieron à la defensa de sus alforjas, y sentados todos tres en buen amor, y compañía, merendaron, y cenaron todo junto. Levantada la arpillera dixo Don Quixote de la Mancha, no se levante nadie, y estaime, hijos, todos atentos.

CAPITULO XXIII.

De las admirables cosas que el estremado Don Quixote contó que avia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad, y grandeza haze que se tenga esta aventura por apocrífa.

LAs quatro de la tarde ferian, quando el Sol entre nubes cubierto, con luz escasa, y templados rayos, dió lugar à Don Quixote, para q̃ sin calor, y pesadumbre contasse à sus dos clarísimos oyentes lo que en la cueva de Montesinos avia visto, y comenzó en el modo siguiente:

A obra de doze, ò catorze estados de la profundidad desta mazmorra à la derecha mano se haze una concavidad, y espacio capaz de poder caber en ella un gran carro con sus mulas; entrale una pequeña

queña luz por unos resquicios, ò agujeros, que le-xos le responden abiertas en la superficie de la tierra: esta concavidad y espacio vi yo à tiempo quando ya yva cansado, y mohino de verme pendiente, y colgado de la foga, caminar por aquella escura region abaxo, sin llevar cierto, ni determinado camino, y así determinè entrarme en ella, y descansar un poco: di voces, pidiendoos que no descolgasedes mas foga, hasta que yo os lo dixesse; pero no devistes de oyrme; fuy recogiendo la foga que embiavades, y haziendo della una rosca, ò rímico, me sentè sobre èl, pensativo ademas considerando lo que hazer devia, para calar al fondo, no teniendo quien me sustentasse. Y estando en este pensamiento, y confusion de repente, y sin procurarlo, me saltó un sueño profundissimo; y quando menos lo pensava, sin saber como, ni como no, despertè del, y me hallè en la mitad del mas bello, ameno, y deleytoso prado, que puede criar la naturaleza, ni imaginar la mas dilereta imaginacion humana. Despavilè los ojos, limpiemelos, y vi, que no dormia, sino que realmente estava despierto: con todo esto me tentè la cabeça, y los pechos, por certificarme, si era yo mismo el que alli estava, ò alguna fantasma vana, y contrahecha, pero el tacto, el sentimiento, los discursos concertados, que entre mi hazia, me certificaron que yo era alli entonces el que soy aqui aora. Ofrecióseme luego à la vista un Real, y suntuoso Palacio, ò Alcaçar, cuyos muros, y paredes parecian de transparente y claro cristal fabricados, del qual abriendose dos grandes puertas, vi, que por ellas salia, y àzia mi se venia un venerable Anciano, vestido con un capuz de bayeta morada, que por el suelo le arrastrava: cénale los

ombros, y los pechos una beca de Colegial, de raso verde: cubriale la cabeza una gorra Milanesa negra, y la barba canissima le passava de la cintura, no traya arma ninguna, sino un Rosario de cuentas en la mano mayores que medianas nuezes, y los diez como huevos medianos de Abestruz; y el continente, el passo, la gravedad, y la anchissima presencia cada cosa de por si, y todas juntas me suspendieron, y admiraron. Llegose à mi, y lo primero que hizo fue, abrazarme estrechamente, y luego decirme: Luengos tiempos ha, valeroso Cavallero Don Quixote de la Mancha, que los que estamos en estas soledades encantados, esperamos verte, para que des noticia al mundo, de lo que encierra y cubra la profunda cueva, por donde has entrado, llamada la Cueva de Montefinos: hazaña solo guardada para ser acometida de tu invencible coraçon, y de tu animo estupendo. Ven conmigo, Señor clarissimo, que te quiero mostrar las maravillas, que este transparente Alcaçar solapa, de quien yo soy Alcayde, y Guarda mayor perpetua, porque soy el mismo Montefinos, de quien la cueva toma nombre. A penas me dixo, que era Montefinos, quando le preguntè si fue verdad lo que en el mundo de acá arriba se contava, que el avia sacado de la mitad del pecho, con una pequeña daga el coraçon de su grande amigo Durandarte: y llevandole à la Señora Belerma, como el se lo mandò al punto de su muerte, respondiome, que en todo dezian verdad, sino en la daga; porque no fue daga, ni pequeña, sino un puñal buydo, mas agudo que una lezna. Devia de ser, dixo à este punto Sancho, el tal puñal de Ramon de Hozes el Sevillano. No se, prosiguiò Don Quixote; pero no seria de esse puñalero, porque Ramon

Ramon de Hozes fue ayer; y lo de Roncesvalles, donde aconteciò esta desgracia, ha muchos años: y esta averiguacion no es de importancia, ni turba, ni altera la verdad, y contesto de la historia. Assi es, respondiò el Primo, prosiga vueſſa Merced, Señor Don Quixote, que le escucho con el mayor gusto del mundo. No con menor lo cuento yo, respondiò Don Quixote, y assi digo, que el venerable Montefinos me metio en el cristalino palacio, donde en una sala baxa, fresquissima sobre modo, y toda de alabastro, estava un sepulcro de marmol con gran maestria fabricado, sobre el qual vi à un Cavallero tendido de largo à largo, no de bronce, ni de marmol, ni de jaspe hecho, como los suele aver en otros sepulcros, sino de pura carne, y de puros huesos: tenia la mano derecha (que à mi parecer es algo peluda y nervosa, señal de tener muchas fuerças su dueño) puesta sobre el lado del coraçon, y antes que preguntasse nada à Montefinos, viendome suspenso, mirando al del sepulcro, me dixo: Este es mi amigo Durandarte, flor y espejo de los Cavalleros enamorados y valientes de su tiempo, tienele aqui encantado como me tiene à mi, y à otros muchos y muchas Merlin, quel Frances encantador, que dizen, que fue hijo del diablo, y lo que lo creo es, que no fue hijo del diablo, sino que supo, como dizen, un punto mas que el diablo. El como, ò para que nos encantò, nadie lo sabe, y ello dirà andando los tiempos, que no estan muy leños, segun imagino; lo que à mi me admira, es, que se tan cierto como aora es el dia, que Durandarte acabò los de su vida en mis brazos, y que despues de muerto le saqué el coraçon con mis proprias manos, y en verdad que devia de pesar dos libras, porque

que segun los naturales el que tiene mayor coraçon es dotado de mayor valentia del que le tiene pequeño: pues siendo esto assi, y que realmente murió este Cavallero, como aora se quexa y suspira de quando en quando, como si estuviere vivo? Esto dicho el misero Durandarte, dando una gran voz dixo: O mi Primo Montefinos, lo postrero que yo os rogava, que quando yo fuere muerto, y mi ánima arrancada, que lleveys mi coraçon adonde Belerma estava, sacandomele del pecho, yá con puñal, yá con daga: oyendo lo qual el venerable Montefinos se puso de rodillas ante el lastimado Cavallero, y con lagrimas en los ojos le dixo: Yá Señor Durandarte, carissimo Primo mio, yá hize lo que me mandastes en el aziago dia de nuestra perdida, yo os saqué el coraçon lo mejor que pude, sin que os dexasse una minima parte en el pecho, yo le limpie con un pañuelo de puntas, yo partí con el de carreta para Francia, aviendo os primero puesto en el seno de la tierra, con tantas lagrimas, que fueron bastantes à lavarme las manos, y limpiarme con ellas la sangre que tenian de averos andado en las entrañas: y por mas señas, Primo de mi alma, en el primero lugar que topè, saliendo de Roncesvalles, echè un poco de sal en vuestro coraçon, porque no oliesse mal, y fuesse si no fresco, alomenos amojamado: à la presençia de la Señora Belerma, la qual con vos y conmigo, y con Guadiana vuestro escudero, y con la Dueña Ruydera, y sus siete hijas, y dos sobrinas, y con otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el sabio Merlin ha muchos años; y aunque pasan de quinientos, no se ha muerto ninguno de nosotros, solamente faltan Ruydera, y sus hijas, y sobrinas, las quales

llorando (por compassion que debio de tener Merlin dellas) las convirtió en otras tantas lagunas, que aora en el mundo de los vivos, y en la Provincia de la Mancha las llaman las lagunas de Ruydera; las siete son de los Reyes de España, y las dos sobrinas de los Cavalleros de una orden santissima, que llaman de San Juan. Guadiana vuestro escudero plañendo assimismo vuestra desgracia, fue convertido en un rio llamado de su mesmo nóbre, el qual quando llegó à la superficie de la tierra, y vió el Sol del otro cielo, fue tanto el pesar, que sintió de ver que os dexava, que se suinergió en las entrañas de la tierra; pero como no es possible dexar de acudir à su natural corriente, de quando en quando sale, y se muestra donde el Sol y las gentes le vcan: vanle administrando de sus aguas las referidas lagunas, con las quales, y con otras muchas que se llegan, entra pomposo y grande en Portugal. Pero con todo esto por donde quiera que vá muestra su tristeza y melancolia, y no se precia de criar en sus aguas pezes regalados, y de estima, sino burdos, y defabridos, bien diferentes de los del Tajo dorado: y esto que aora os digo, ô Primo mio, os lo he dicho muchas vezes; y como no me respondeys, imagino que no me deys credito, ô no me oys, de lo que yo recibo tanta pena, qual Dios lo sabe. Unas nuevas os quiero dar aora, las quales yá que no sirvan de alivio à vuestro dolor, no os le aumentarán en ninguna manera. Sabed que teneys aquí en vuestra presençia, y abrid los ojos, y vereys flo, aquel gran Cavallero, de quien tantas cosas tiene profetizadas el sabio Merlin, aquel Don Quixote de la Mancha, digo, que de nuevo, y con mayores ventajás que en los passados siglos ha resucitado en los presentes la yá

olvidada andante cavalleria, por cuyo medio y favor podría ser, que nosotros fuésemos desencantados, que las grandes hazañas para los grandes hombres estan guardadas. Y quando assi no sea, respondió el lastimado Durandarte, con voz desmayada y baxa, quando assi no sea, ô Primo, digo paciencia, y barajar; y bolviendote de lado, torno à su acostumbrado silencio, sin hablar mas palabra. Oyeronse en esto grandes alaridos y llantos, acompañados de profundos gemidos, y angustiados folloços, bolvi la cabeza, y vi por las paredes de cristal, que por otra sala passava una Procession de dos hileras de hermosísimas Donzellas, todas vestidas de luto, con turbantes blancos sobre las cabeças, al modo Turquesco; al cabo y fin de las hileras venia una Señora, que en la gravedad lo parecia, assimismo vestida de negro, con tocas blancas, tan tendidas y largas, que besavan la tierra. Su turbante era mayor dos vezes que el mayor de alguna de las otras, era cezijunta, y la nariz algo chata, la boca grande, pero colorados los labios: los dientes, que tal vez los descubria, mostravan ser ralos, y no bien puztos, aunque eran blancos como unas peladas almendras, traya en las manos un lienço delgado, y entre él, à lo que pude divisar, un coraçon de carne momia, segun venia seco y amojamado. Dixome Montefinos, como toda aquella gente de la Procession eran sirvientes de Durandarte y Belerma, que alli con sus dos Señores estavan encantados, y que la ultima que traya el coraçon entre el lienço, y en las manos, era la Señora Belerma, la qual con sus Donzellas, quatro dias en la semana, hazian aquella Procession, y cantavan, ô por mejor dezir lloravan en dechas sobre el cuerpo, y sobre el lastimado

coraçon de su Primo, y que si me avia parecido algo fea, ô no tan hermosa como tenia la fama, era la causa las malas noches, y peores dias que en aquel encantamiento passava, como lo podia ver en sus grandes ojeras, y en su color quebradiga, y no toma ocasion su amarillez, y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mugeres, porque ha muchos metes, y aun años que no le tiene, ni asfoma por sus puertas, sino del dolor que siente su coraçon por el que de continuo tiene en las manos, que le renueva y trae à la memoria la desgracia de su mal logrado amante, que si esto no fuera, apenas la ygualara en hermosura, donayre y brio la gran Dulcinea del Toboso, tan celebrada en todos estos contornos, y aun en todo el mundo. Cepos quedos, dixé yo entonces, Señor Don Montefinos, cuente vueſſa Merced su historia como deve, que yà sabe que toda comparacion es odiosa, y assi no ay para que comparar à nadie con nadie: la sin par Dulcinea del Toboso es quien es, y la Señora Doña Belerma es quien es, y quien ha sido, y quedese aqui. A lo que el me respondió: Señor Don Quixote, perdoneme vueſſa Merced, que yo confieso que anduve mal, y no dixé bien en dezir, que apenas ygualara la Señora Dulcinea à la Señora Belerma, pues me bastava à mi aver entendido, por no sé qué barruntos que vueſſa Merced es su Cavallero, para que me mordiera la lengua antes de comparalla, sino con el mismo cielo. Con esta satisfacion que me dio el gran Montefinos, se quitò mi coraçon del sobresalto que recebí en oyr que à mi Señora la comparavan con Belerma. Y aun me maravillo yo, dixo Sancho, de como vueſſa Merced no se subió sobre el vejote, y le molio à cozes todos los huesos, y le peló

pelò las barbas, sin dexarle pelo en ellas. No Sancho amigo, respondió Don Quixote, no me cstará va á mi bien hazer esso, porque estamos todos obligados á tener respeto á los ancianos, aunque no sean Cavalleros, y principalmente á los que lo son y estan encantados: yo sè bien que no nos quedamos á dever nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos passamos. A esta sazón dixo el Primo: Yo no sè Señor Don Quixote, como vueſſa Merced en tan poco espacio de tiempo como ha que está allá abaxo aya visto tantas cosas, y hablado y respondido tanto. Quanto ha que baxè preguntò Don Quixote. Poco mas de una hora, respondió Sancho. Eso no puede ser, replicò Don Quixote; porque allá me anocheciò, y amaneciò, y tornò á anochecer, y amanecer tres vezes, de modo que á mi cuenta tres dias he estado en aquellas partes remotas y escondidas á la vista nuestra. Verdad deve de dezir mi Señor, dixo Sancho, que como todas las cosas que le han sucedido son por encantamientos, quiza lo que á nosotros nos parece un hora, deve de parecer allá tres dias con sus noches. Assi será, respondió Don Quixote. Y ha comido vueſſa Merced en todo este tiempo, Señor mio? preguntò el Primo. No me he delaynado de bocado, respondió Don Quixote, ni aun he tenido hambre ni por pensamiento. Y los encantados comen? dixo el Primo. No comen, respondió Don Quixote, ni tienen incrementos mayores, aunque es opinion que les crecen las uñas, las barbas, y los cabellos. Y tuermen por ventura los encantados, Señor? preguntò Sancho. No por cierto, respondió Don Quixote; alomenos en estos tres dias que yo he estado con ellos, ninguno ha pegado el ojo, ni yo tampoco. Aquí

Aquí encaxa bien el refran, dixo Sancho, de dime con quien andas, dezirte he quien eres: andase vueſſa Merced con encantados, ayunos, y vigilantes, mirad si es mucho que ni coma, ni duerma mientras con ellos anduviere: pero perdoneme vueſſa Merced Señor mio, si le digo, que de todo quanto aqui ha dicho, lleveme Dios, que yva á dezir el diablo, si le creo cosa alguna. Como no? dixo el Primo, pues avia de mentir el Señor Don Quixote, que aunque quisiera, no ha tenido lugar para componer, è imaginar tanto millon de mentiras? Yo no creo que mi Señor miente, respondió Sancho. Si no que crees? le preguntò Don Quixote. Creo, respondió Sancho, que aquel Merlin, ò aquellos encantadores que encantaron á toda la chusma, que vueſſa Merced dize que ha visto y comunicado allá baxo, le encaxaron en el magin, ò á la memoria toda essa maquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda. Todo esso pudiera ser Sancho, replicò Don Quixote, pero no es assi; porque lo que he contado, lo vi por mis propios ojos, y lo toqué con mis mismas manos: pero que dirás quando te diga yo aora, como entre otras infinitas cosas, y maravillas que me mostrò Montefinos, las quales de espacio, y á sus tiempos te las yrè contando en el discurso de nuestro viage, por no ser todas deste lugar, me mostrò tres labradoras, que por aquellos amenissimos campos yvan saltando y brincando como cabras; y apenas las hube visto, quando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venian con ella, que hablamos á la salida del Toboso. Preguntè á Montefinos, si las conocia, respondiome, que no: pero que el imaginava que devian de ser algunas Señoras principales en-

encantadas, que pocos dias avia que en aquellos prados avian parecido, y que no me maravillasse desto, porque alli estavan otras muchas Señoras de los passados y presentes siglos, encantadas en diferentes y estrañas figuras, entre las quales conocí el á la Reyna Ginebra, y su dueña Quintañona, encandando el vino á Langarote, quando de Bretaña vino. Quando Sancho Pança oyó dezir esto á su Amo, pensó perder el juyzio, ó morirse de risa, que como el sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien el avia sido el encantador, y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitavelmente, que su Señor estava fuera de juyzio, y loco de todo punto, y assi le dixo: En mala coyuntura, y en peor fazon, y en aziago dia baxó vueſſa Merced, caro Patron mio, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el Señor Montefinos, que tal nos le ha buuelto. Bien se estava vueſſa Merced acá arriba con su entero juyzio, tal qual Dios se le avia dado, hablando sentencias, y dando consejos á cada passo, y no agora contando los mayores disparates que pueden imaginarse. Como te conocí, Sancho, respondió Don Quixote, no hago caso de tus palabras. Ni yo tampoco de las de vueſſa Merced; replicó Sancho, si quiera me hiera, si quiera me mate por las que le he dicho, ó por las que le pienso dezir, si en las tuyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vueſſa Merced agora que estamos en paz: Como, ó en que conoció á la Señora nuestra Ama; y si la habló, que dixo, y que le respondió? Conocióla, respondió Don Quixote, en que trae los mismos vestidos que traya quando tu me la mostraste; habléla, pero no me respondió palabra; antes me bolvió las espaldas, y se fue huyendo con tanta

prisa, que no la alcanzara una jara: quise seguirla, y lo hiziera, si no me aconsejara Montefinos, que no me cansasse en ello, porque seria en balde, y mas porque se llegava la hora donde me convenia bolver á salir de la sima. Dixome asimismo, que andando el tiempo se me daria aviso, como avian de ser desencantados el y Belerma, y Durandarte, con todos los que alli estavan: pero lo que mas pena me dió de las que alli ví, y noté, fue, que estando me diziendo Montefinos estas razones, se llegó á mi por un lado, sin que yo la viesse venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y llenos los ojos de lagrimas, con turbada y baxa voz me dixo: mi Señora Dulcinea del Toboso besa á vueſſa Merced las manos, y suplica á vueſſa Merced se la haga de hazerla saber como está, y que por estar en una gran necesidad, asimismo suplica á vueſſa Merced, quan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellin que aqui traygo de cotonia nuevo media dozena de reales, ó los que vueſſa Merced tuviere, que ella dà tu palabra de bolverse los con mucha brevedad. Suspendiome, y admiróme el tal recado, y bolviendome al Señor Montefinos, le pregunté: Es posible, Señor Montefinos, que los encantados principales padecen necesidad? A lo que el me respondió: Creame V. Merced Señor Don Quixote de la Mancha, que esta que llaman necesidad, adonde quiera se usa, y por todo se estiende, y á todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona; y pues la Señora Dulcinea del Toboso embia á pedir estos seys reales, y la prenda es buena, segun parece, no ay sino dárselos, que sin duda deve de estar puesta en algun grande aprieto. Prenda no la tomaré yo, le respon-

di, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos quatro reales, los quales le di, que fueron los que tu Sancho me diste el otro día, para dar limosna á los pobres que topasse por los caminos, y le dixes: Dezid, amiga mia, á vuestra Señora, que á mí me pesa en el alma de sus trabajos, y que quisiera ser un Fucar para remediarlos, y que le hago saber, que yo no puedo, ni devo tener salud, careciendo de su agradable vista, y discreta conversacion, y que le suplico quan encarecidamente puedo, sea servida su Merced de dexarse ver, y tratar deste su cautivo servidor, y assendereado Cavallero. Dizeysle tambien, que quando menos se lo piense, oyra dezir, como yo he hecho un juramento y voto, á modo de aquel que hizo el Marques de Mantua, de vengar á su Sobrino Baldouinos, quando le hallò para espirar en mitad de la Montaña, que fue de no comer pan á manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y assi le haré yo de no flossigar, y de andar las siete partidas del mundo, con mas puntualidad que las anduvo el Infante Don Pedro de Portugal hasta defencantarla. Todo esto, y mas deve vuestra Merced á mi Señora, me respondió la Donzella, y tomando los quatro Reales, en lugar de hazerme una reverencia, hizo una cabriola, que se levantò dos varas de medir en el ayre. O santo Dios! dixo á este tiempo, dando una gran voz Sancho, es posible que tal ay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerça los encantadores y encantamientos, que ayan trocado el buen juyzio de mi Señor en una tan disparatada locura! O Señor, Señor! por quien Dios es que vuestra Merced mire por sí, y buelva por su honra, y no dè credito á estas vanidades, que le tienen menguado y descabalado el

sentido. Como me quieres bien, Sancho, hablas de esta manera, dixo Don Quixote, y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles: pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abaxo he visto, que te harán creer las que aqui he contado, cuya verdad ni admite replica, ni disputa.

CAPITULO XXIV.

Donde se cuentan mil çarandajas tan impertinentes como necessarias al verdadero entendimiento desta grande Historia.

DIZE el que traduxo esta grande Historia del original, de la que escribió su primer Autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al Capitulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen del estaban escritas de mano del mismo Hamete estas mesmas razones:

No me puedo dar á entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso Don Quixote le passasse puntualmente todo lo que en el antecedente Capitulo queda escrito: la razon es, que todas las aventuras hasta aqui sucedidas han sido contingibles, y verisimiles; pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por yr tan fuera de los terminos razonables: pues pensar yo que Don Quixote mintiesse, siendo el mas verdadero Hidalgo, y el mas noble Cavallero de sus tiempos, no es posible, que no dixera él una mentira, si le assectaran. Por otra parte confidero, que él la

contó, y la dixo con todas las circuntancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran maquina de disparates, y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa, y así sin afirmarla por falsa, o verdadera la escrivo. Tu lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no devo, ni puedo mas, puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retrató della, y dixo, que el la avia inventado por parecerle que convenia, y quadrava bien con las aventuras que avia leydo en sus historias, y luego prosigue diciendo:

Esparióse el Primo, así del atrevimiento de Sancho Pança, como de la paciencia de su Amo, y juzgó que del contento que tenia de aver visto a su Señora Dulcinea del Toboso (aunque encantada) le nacia aquella condicion blanda que entonces mostrava, porque si así no fuera, palabras y razones le dixo Sancho, que merecian molerle a palos: porque realmente le pareció que avia andado atreviendolo con su Señor, a quien le dixo: Yo Señor Don Quixote de la Mancha doy por bien empleadissima la jornada que con vuestra Merced he hecho, porque en ella he grangeado quatro cosas. La primera, aver conocido a vuestra Merced que lo tengo a gran felicidad. La segunda, aver sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las lagunas de Ruydera, que me servirán para el Ovidio Español, que traygo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los náypes, que por lo ménos ya se usavan en tiempo del Emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras que vuestra Merced dize que dixo Durandarte, quando al cabo de aquel grande

espacio que estuvo hablando con el Montesinos, el despertó, diciendo: Paciencia, y barajar: y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino quando no lo estava en Francia, y en tiempo del referido Emperador Carlo Magno, y esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las antigüedades, y creo que en el fuyo no se acordó de poner la de los náypes, como la pondré yo aora, que será de mucha importancia, y mas alegando Autor tan grave y tan verdadero, como es el Señor Durandarte. La quarta es, aver sabido con certidumbre el nacimiento del rio de Guadiana, hasta aora ignorado de las gentes. V. Merced tiene razon, dixo Don Quixote; Pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir estos sus libros (que lo dudo) a quien piensa dirigirlos? Señores y Grandes ay en España, a quien puedan dirigirse, dixo el Primo. No muchos, respondió Don Quixote, y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse a la satisfaccion que parece se deve al trabajo y cortesia de sus autores. Un Príncipe conozco yo que puede suplir la falta de los demas, con tantas ventajas, que si me atreviere a decir las, quizá despertará la embidia en mas de quatro generosos pechos: pero quedese esto aquí para otro tiempo mas comodo, y vamos a buscar a donde recogernos esta noche. No lexos de aquí, respondió el Primo, está una ermita donde haze su habitacion un Ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinion de ser un buen Christiano, y muy discreto y caritativo ademas. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado a su costa: pero con

todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes. Tiene por ventura gallinas el tal Ermitaño, preguntó Sancho? Pocos Ermitaños estan sin ellas, respondió Don Quixote, porque no son los que agora se usan, como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestían de hojas de palma, y comían rayzes de la tierra, y no se entienda que por dezir bien de aquellos, no lo digo de aquestos, sino que quiero dezir, que al rigor y estrechez de entonces no llegan las penitencias de los de agora: pero no por esto dexan de ser todos buenos, alomenos yo por buenos los juzgo, y quando todo corra turbio, menos mal haze el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador. Estando en esto, vieron que ázia donde ellos estavan venia un hombre á pie, caminando á priesa, y dando varazos á un macho, que venia cargado de lanças, y de alabardas, quando llegó á ellos los saludó, y pasó de largo, Don Quixote le dixo: Buen hombre, deteneos, que parece que vays con mas diligencia que esse macho ha menester. No me puedo detener, Señor, respondió el hombre, porque las armas que vey que aqui lleve, han de servir mañana, y assi me es forçoso el no detenerme, y á Dios: pero si quisiereis saber para que las llevò, en la venta que està mas arriba de la ermita pienso alojarse esta noche, y si es que hazeys este mismo camino, alli me hallareys, donde os contarè maravillas, y á Dios otra vez, y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quixote de preguntarle que maravillas eran las que pensava dezirles, y como èl era algo curioso, y siempre le fatigavan deseos de saber cosas nuevas, ordenò, que al momento se partiesen, y fuesen á passar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quisiera el Primo que

que se quedaran. Hizose assi, subieron á cavallo, y siguieron todos tres el derecho camino de la venta, á la qual llegaron un poco antes de anochecer, dixo el Primo á Don Quixote, que llegassen á ella á beber un trago. Apenas oyò esto Sancho Pança, quando encaminò el Ruzio á la ermita, y lo mismo hizieron Don Quixote, y el Primo: pero la mala suerte de Sancho parece que ordenò, que el Ermitaño no estoviesse en casa, que assi se lo dixo una sotarmitaño, que en la ermita hallaron: pidieronle de lo caro, respondió, que su Señor no lo tenia; pero que si querian agua barata, que se la daria de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos ay en el camino, donde la huviera satisfecho. A bodas de Camacho, y abundancia de la casa de Don Diego, y quantas vezes os tengo de echar menos! Con esto dexaron la ermita, y picaron ázia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante dellos yva encaminando, no con mucha priesa, y assi le alcanzaron; llevaba la espada sobre el ombro, y en ella puesto un bulto, ò emboltorio, al parecer de sus vestidos, que al parecer devian de ser los calçones, ò greguescos, y herreuelo, y alguna camisa, porque traya puesta una ropilla de terciopelo, con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera, las medias eran de seda, y los zapatos quadrados á uso de Corte, la edad llegaria á diez y ocho, ò diez y nueve años, alegre de rostro, y al parecer agíl de su persona, yva cantando seguidillas para entretener el trabajo del camino, quando llegaron á el acabava de cantar una, que el Primo tomó de memoria, que dicen, que dezia:

*A la guerra me lleva mi necesidad,
Si tuviera dineros no fuera en verdad.*

El primero que le habló fue Don Quixote, diciéndole, muy à la ligera camina vuestra Merced Señor Galán, y adonde bueno, sepamos, si es que gusta dezirlo? A lo que el Moço respondió, el caminar tan à la ligera, lo causa el calor, y la pobreza: y el adonde voy es à la guerra. Como la pobreza? preguntò Don Quixote, que por el calor bien puede ser. Señor, replicò el Mancebo, yo llevo en este emboltorio unos greguescos de terciopelo compañeros desta ropilla, si los gastò en el camino, no me podrè honrar con ellos en la ciudad, y no tengo con que comprar otros, y assi por esto, como por orearme voy desta manera, hasta alcançar unas compañías de Infanteria, que no estàn doze leguas de aqui, donde assentarè mi plaza, y no faltaràn bagajes en que caminar de alli adelante, hasta el embarcadero, que dizen ha de ser en Cartagena, y mas quiero tener por Amo, y por Señor al Rey, y servirle en la guerra, que no à un pelon en la Corte: y lleva vuestra Merced alguna ventaja por ventura, preguntò el Primo? Si yo huviera servido à algun grande de España, ò algun principal personage, respondió el Moço, à buen seguro, que yo la llevara, que esso tiene el servir à los buenos, que del tinelo suelen salir à ser Alferes, ò Capitanes, ò con algun buen entretenimiento: pero yo desventurado servì siempre à catariberas, y à gente advenediza de racion, y quitacion, tan misera, y atenuada, que en pagar el almidonar un cuello se consumia la mitad de ella, y sería tenido à milagro que un page aventurero alcanzasse alguna liquiera razonable ventura. Y digame por su vida amigo, preguntò Don Quixote, es possible que en los años que sirviò no ha podido alcançar alguna librea? Dos me han da-

do, respondió el page: pero assi como el que se sale de alguna religion antes de professar le quitan el habito, y le buelven sus vestidos; assi me bolvian à mi los míos mis Amos, que acabados los negocios à que venian à la Corte, se bolvian à sus casas, y recogian las libreas que por solà ostentacion avian dado. Notable espilorcheria, como dize el Italiano, dixo Don Quixote: pero con todo esso tenga à felice ventura al aver salido de la Corte con tan buena intencion como lleva, porque no ay otra cosa en la tierra mas honrada, ni de mas provecho, que servir à Dios primeramente, y luego à su Rey y Señor natural: especialmente en el exercicio de las armas, por las quales se alcanzan, fino mas riquezas, alomenos mas honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas vezes, que puesto que han fundado mas mayorazgos las letras que las armas, todavia llevan un no sé que los de las armas à los de las letras, con un si sé que de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja à todos. Y esto que aora le quiero dezir, llevalo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos; y es que aparte la imaginacion de los sucesos adversos que le podran venir, que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntaronle à Julio Cesar, aquel valeroso Emperador Romano, qual era la mejor muerte? respondió, que la impenzada, la de repente, y no prevista; y aunque respondió como Gentil, y ageno del conocimiento del verdadero Dios; con todo esso dixo bien, para ahortarse del sentimiento humano, que puesto caso que os maten en la primera faccion y refriega, ò ya de un tiro de artilleria, ò bolido de una mina, que importa, todo es morir, y

aca-

acabóse la obra: y segun Terepicio, mas bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo y salvo en la huyda, y tanto alcanza de fama el buen soldado, quanto tiene de obediencia à sus Capitanes, y à los que mandarle pueden: y advertid hijos, que al soldado mejor le está el oler à pólvora que à galia, y que si la vejez os coge en este honroso exercicio, aunque sea lleno de heridas, y estropeado de coxo, alomenos no os pedrà coger sin honra, y tal, que no os la pedrà menoscabar la pobreza: quanto mas que yá se va dando orden como se entretengan y remedien los soldados viejos, y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hazer los que ahorran, y dan libertad à sus negros, quando ya son viejos, y no pueden servir, y echandolos de casa, con titulo de libres los hazen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse sino con la muerte: y por aora no os quiero dezir mas, sino que subays à las ancas deste mi cavallo hasta la venta, y allí cenareys conmigo, y por la mañana seguireys el camino, que os le dê Dios tan bueno como vuestros deseos merecen. El page no aceptò el combite de las ancas, aunque si el de cenar con el en la venta, y à esta fazon dizen, que dixo Sancho entre si. Valate Dios por Señor, y es posible, que hombre que sabe dezir tales, tantas, y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga, que ha visto los disparates impossibles, que cuenta de la cueva de Montesinos? Aora bien ello dirà, y en esto llegaron à la venta à tiempo que anochezia, y no sin gusto de Sancho, por ver que su Señor la juzgò por verdadera venta, y no por castillo, como solia. No huvieron bien entrado, quando Don Quixote preguntò al yentero por el hombre de las lanças,

y alabardas, el qual le respondió, que en la cavalleriza estava acomodando el macho, lo mismo hizieron de sus jumentos el Sobrino y Sancho, dando à Rozinante el mejor pefebre, y el mejor lugar de la cavalleriza.

CAPITULO XXV.

Donde se apunta la aventura del rebuzno, y la graciosa del Titerero con las memorables advinanças del mono adivino.

NO se le cozia el pan à Don Quixote (como suele dezirse) hasta oyr y saber las maravillas prometidas del hombre condutor de las armas, fuele à buscar donde el ventero le avia dicho que estava, y hallòle, y dixole, que en todo caso le dexe luego, lo que le avia de dezir despues acerca de lo que le avia preguntado en el camino. El hombre le respondió, mas de espacio, y no en pie, se ha de tomar el cuento de mis maravillas, dexeme vuestra Merced Señor bueno, acabar de dar recado à mi bestia que yo le dirè cosas que le admiren. No quede por esso, respondió Don Quixote, que yo os ayudarè à todo, y assi lo hizo, acchándole la cervice, y limpiando el pefebre, humildad, que obligò al hombre à contarle con buena voluntad lo que le pedia: y sentandose en un poyo, y Don Quixote junto à el, teniendo por senado y auditorio al Primo, al Page, à Sancho Pança, y al Ventero, començò à dezir desta manera. Sabrán vuestras Mercedes, que en un lugar que està quatro leguas y media desta venta sucediò, que à un Regidor del,



por industria, y engaño de una muchacha criada luya, esto es largo de contar, le faltó un asno, aunque el tal Regidor hizo las diligencias posibles por hallarle, no fue posible. Quince días serían pasados; según es publica voz y fama, que el asno faltaba, quando estando en la plaza el Regidor perdido, otro Regidor del mismo pueblo le dijo: Dadme albricias, compadre, que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando, y buenas compadres respondió el otro, pero sepamos donde ha parecido. En el monte, respondió el hallador, le vi esta mañana sin ablar, y sin aparejo alguno, y tan fresco, que era una compasión miralle, quisele acercarme delante de mí, y traerlo, pero está ya tan montañado, y tan uraño, que quando llegué a él, fue huyendo, y se entró en lo mas escondido del monte, si queréis, que volvamos los dos a buscarlo, dexadme poner esta borrica en mi casa, que luego vuelvo. Mucho placer me hareis, dijo el dueño del jumento, e yo procuraré pagaroslo en la misma moneda. Con estas circunstancias todas, y de la misma manera, que yo lo voy contando, lo cuentan todos aquellos, que están enterados en la verdad deste caso: en resolución los dos Regidores, pie, y mano a mano se fueron al monte, y llegando al lugar y sitio, donde pensaron hallar el asno, no le hallaron, ni pareció por todos aquellos contornos, aunque mas le buscaron: viendo pues que no parecía, dijo el Regidor, que le avia visto al otro. Mirad compadre, una traza me ha venido al pensamiento, con la qual sin duda alguna podremos descubrir este animal, aunque esté metido en las entrañas de la tierra, no que del monte: y es, que yo le rebuznaré maravillosamente, y si vos sabéis

algun tanto, dad el hecho por concluido. Algun tanto deis compadre, dixo el otro, por Dios que no de la ventaja a nadie, ni aun a los mismos asnos. Ahora lo veremos, respondió el Regidor segundo, porque tengo determinado, que os vays vos por una parte del monte, y yo por otra, de modo que le robemos y andemos todo, y de trecho en trecho rebuznareys vos, y rebuznaré yo, y no podrá ser menos, sino que el asno nos oya, y nos responda, si es que está en el monte. A lo que respondió el dueño del jumento: digo compadre, que la traza es excelente, y digna de vuestro gran ingenio: y dividiéndose los dos, según el acuerdo, sucedió, que casi a un mismo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron a buscarle, pensando, que ya el jumento avia parecido, y en viendo, dixo el perdido: Es posible compadre, que no fue mi asno el que rebuznó. No fue sino yo, respondió el otro. Ahora digo, dixo el dueño, que de vos a un asno, compadre, no ay alguna diferencia, en quanto toca al rebuznar: porque en mi vida he visto, ni oydo cosa mas propia. Estas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza mejor os atan, y tocan a vos, que a mi compadre, que por el Dios que me crió, que podéis dar dos rebuznos de ventaja al mayor, y mas perito rebuznador del mundo; porque el sonido que teneys es alto, lo sostenido de la voz a su tiempo, y compas, los dexos muchos, y apresurados, y en resolución yo me doy por vencido, y os rindo la palma, y doy la vadera desta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré, y estimaré en mas de aqui adelante, y pensaré, que se alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto, que pensa-



ra que rebuznava bien, nunca entendí, que llegará al estremo que dezis. También diré yo agora, respondió el segundo, que ay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas. Las nuestras respondió el dueño, sino es en casos semejantes, como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este plega á Dios que no sean de provecho. Esto dicho se tornaron á dividir, y á bolver á sus rebuznos, y á cada passo se engañaban, y bolvian á juntarse, hasta que se dieron por contraheño, que para entender, que eran ellos, y no el asno, rebuznassen dos veces, una tras otra: con esto doblando á cada passo los rebuznos rodearon todo el monte sin que el perdido jumento respondiesse, ni aun por señas; mas como avia de responder el pobre, y mal logrado, si le hallaron en lo mas escondido del bosque comido de lobos, y en viendole dixo su dueño: Ya me maravillava yo de que el no respondia, pues á no estar muerto, el rebuznara si nos oyera, ó no fuera asno: pero á truco de averos oydo rebuznar con tanta gracia, compadre doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he hallado muerto. En buena manera está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el Abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto desconsolados, y rancos se bolvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vezinos, y conocidos, quanto les avia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo qual se supo, y se estendió por los lugares circunvezinos: y el diablo que no duerme, como es amigo de sembrar, y derramar renzillas, y discordia por do quiera, levantando caramillos en el

el viento, y grandes quimeras de no nada, ordenó, é hizo, que las gentes de los otros pueblos, en viendole á alguno de nuestra aldea rebuznasse, como dándole en rostro con el rebuzno de nuestros Regidores. Dieron en ello los muchachos, que fue dar en manos, y en bocas de todos los demonios del infierno, y fue cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo, de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos, y diferenciados los negros de los blancos; y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces contra los burladores los burlados, á darse la batalla, sin poderlo remediar Rey, ni Roque, ni temor, ni vergüenza: yo creo que mañana, ó effietro dia han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno contra otro lugar, que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen, y por salir bien apercebidos llevo compradas estas lanzas, y alabardas, que aveys visto. Y estas son las matavillas que dixe, que os avia de contar, y sino os lo han parecido, no sé otras: y con esto dió fin á su plática el buen hombre, y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, greguescos, y jubon, y con voz levantada dixo: Señor huesped, ay posada, que viene aqui el mono adivino, y el retablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, dixo el ventero, que aqui está el Señor maestre Pedro, buena noche se nos apareja, olvidava seme de dezir, como el tal maestre Pedro traya cubierto el ojo yzquierdo, y casi medio carillo con un parche de tafetan verde, señal que todo aquel lado devia de estar enfermo, y el ventero prosiguió, diciendo: Sea bien venido V. Merced Señor maestre

Pedro, adonde está el mono, y el retablo, que no los veo? Ya llegan cerca, respondió el todo camuça, sino que yo me he adelantado à saber si ay posada. Al mismo Duque de Alva se la quitara para dársela al Señor maestre Pedro, respondió el ventero, llegue el mono y el retablo, que gente ay esta noche en la venta que pagará el verle, y las habilidades del mono. Sea en buen hora, respondió el del parche, que yo moderaré el precio, y con sola la costa me dará por bien pagado, y yo vuelvo à hazer que camine la carreta, donde viene el mono, y el retablo, y luego se bolvió à salir de la venta. Preguntó luego Don Quixote al ventero, que maestre Pedro era aquel, y que retablo, y que mono traya. A lo que respondió el ventero: Este es un famoso Titerero, que ha muchos dias que anda por esta Mancha de Arragon, enseñando un retablo de Melisendra dada por el famoso Don Gayferos, que es una de las mejores, y mas bien representadas historias que de muchos años à esta parte en este Reyno se han visto: trae asimismo consigo un mono de la mas rara habilidad que se vió entre monos, ni se imaginó entre hombres, porque si le preguntan algo está atento à lo que le preguntan, y luego salta sobre los ombros de su Amo, y llegando al oído le dice la respuesta de lo que le preguntan, y maestre Pedro la declara luego, y de las cosas passadas dice mucho mas que de las que están por venir; y aunque no todas vezes acierta en todas, en las mas no yerra, de modo que nos haze creer que tiene el diablo en el cuerpo, dos reales lleva por cada pregunta, si es que el mono responde, quiero dezir, si responde el Amo por el, despues de averle hablado al oído, y assi se cree que el tal maestre

se Pe-

se Pedro está riquísimo, y es hombre galante (como dicen en Italia) y bon compañero, y darse la mejor vida del mundo, habla mas que seys, y deve mas que doze, todo à costa de su lengua, y de su Mono, y de su retablo. En esto bolvió maestre Pedro, y en una carreta venia el retablo, y el Mono, grande, y sin cola, con las posaderas de fieltro: pero no de mala cara, y apenas le vió Don Quixote, quando le preguntó: Digame vuestra Merced Señor adivino, que pexe pillamo, que ha de ser de nosotros, y vea aqui mis dos reales, y mandó à Sancho, que se los diese à Maestre Pedro, el qual respondió por el Mono, y dixo: Señor, este animal no responde, ni dà noticia de las cosas que están por venir, de las passadas sabe algo, y de las presentes algun tanto. Voto à Rus, dixo Sancho, no dè yo un ardite por que me digan lo que por mi ha pasado, porque quien lo puede saber mejor que yo mismo, y pagar yo, porque me digan lo que se, seria una gran necesidad: pero pues sabe las cosas presentes, he aqui mis dos reales, y digame el Señor Monísimo, que haze agora mi muger Teresa Pança, y en que se entretiene. No quiso tomar maestre Pedro el dinero, diciendole: No quiero recebir adelantados los premios, sin que ayan precedido los servicios, y dando con la mano derechos golpes sobre el ombro yzquierdo, en un brinco se le puso el Mono en el, y llegando la boca al oído dava diente con diente muy à prisa, y aviendo hecho este ademan por espacio de un Credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandissima prisa se fue maestre Pedro à poner de rodillas ante Don Quixote, y abraçandole las piernas, dixo: Estas piernas abraço, bién assi como si abraçara las dos columnas de Hercules. O refucitador in-

Parte II.

P

figue

signe de la yá puesta en olvido andante cavalleria, no jamas como se deve alabado Cavallero Don Quixote de la Mancha, animo de los desmayados, arrimo de los que van à caer, brago de los caydos, baculo y consuelo de todos los desdichados. Quedó pasmado Don Quixote, absorto Sancho, suspenso el Primo, atonito el Page, abobado el del rebuzno, confuso el Ventero, y finalmente espantados todos los que oyeron las razones del Titerero, el qual prosiguió diziendo: Y tu, ô buen Sancho Pança, el mejor Escudero, y del mejor Cavallero del mundo, alegrate, que tu buena muger Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por mas señas tiene à su lado yzquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porque de vino, con que se entretiene en su trabajo. Esto creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y à no ser zelosá no la trocará yo por la Giganta Andandona, que segun mi Señor, fue una muger muy cabal, y muy de pro, y es mi Teresa, de aquellas que no se dexan mal passar, aunque sea à costa de sus herederos. Ahora digo, dixo à esta fazon Don Quixote, que el que lee mucho, y anda mucho, ve mucho, y sabe mucho. Digo esto, porque que persuasión fuera bastante para persuadirme, que ay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos, porque yo soy el mesmo Don Quixote de la Mancha, que este buen animal ha dicho, puesto que se ha estendido algun tanto en mis alabanças: pero como quiera que yo me sea, doy gracias al cielo, que me dotó de un animo blando y compassivo, inclinado siempre à hazer bien à todos, y mal à ninguno. Si yo tuviera di-

neros,

neros, dixo el Page, preguntara al Señor Mono, q me ha de suceder en la peregrinacion que llevo. A lo que respondió maese Pedro (que yá se avia levantado de los pies de Don Quixote) yá he dicho, que esta bestezuela no responde à lo por venir; que si respondiera, no importara no aver dineros, que por servicio del Señor Don Quixote, que está presente, dexara yo todos los intereses del mundo, y agora porque se lo devo, y por darle gusto quiero armar mi retablo, y dar plazer à quantos estan en la venta sin paga alguna. Oyendo lo qual el Ventero alegre sobre manera, señaló el lugar donde se podia poner el retablo, que en un punto fue hecho. Don Quixote no estava muy contento cō las adivinanças del Mono, por parecerle no ser à proposito, que un Mono no adivinasse, ni las de por venir, ni las passadas cosas, y assi en tanto que maese Pedro acomodava el retablo, se retiró Don Quixote con Sancho à un rincón de la cavalleriza, donde sin ser oydos de nadie le dixo: mira Sancho, yo he considerado bien la estraña habilidad deste Mono, y hallo por mi cuenta, que sin duda este maese Pedro su Amo deve de tener hecho pacto tacito, ô expreso con el demonio. Si el pacto es expreso, y del demonio, dixo Sancho, sin duda deve de ser muy fuzio pacto: pero de que provecho le es al tal maese Pedro tener estos patios? No me entiendes Sancho, no quiero dezir, sino que deve de tener hecho algun concierto con el demonio, de que infunda esta habilidad en el Mono, con que gane de comer, y despues que esté rico le darà su alma, que es lo que este universal enemigo pretende; y hazeme creer esto el ver, que el Mono no responde sino à las cosas passadas, ô presentes, y la tabiduria del diablo no se puede esten-

P 2

der,

der à mas, que las por venir no las sabe, sino es por conjeturas, y no todas vezes, que à solo Dios està reservado conocer los tiempos, y los momentos, y para èl no ay passado, ni por venir, que todo es presente; y siendo esto assi, como lo es, està claro que este Mono habla con el estilo del diablo: y estoy maravillado, como no le han acusado al santo Oficio, y examinadle, y sacadle de quaxo en virtud de quien adivina; porque cierto està que este Mono no es Astrologo, ni su Amo, ni èl alçan, ni saben alçar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto aora se usan en España, que no ay mugercilla, ni page, ni çapatero de viejo, que no presume deno alçar una figura, como si fuera una fota de naypes del suelo, echando à perder con sus mentiras, è ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia: de una Señora se yo, que preguntò à uno destos figureros, que si una perrilla de falda pequeña que tenia, se empuñaria, y pariria, y quantos, y de color serian los perros que pariesse. A lo que el Señor Judiciario (despues de aver alçado la figura) respondiò, que la perrica se empuñaria, y pariria tres perricos, el uno verde, el otro encarnado, y el otro de mezcla, con tal condicion, que la tal perra se cubriesse entre las onze y doze del dia, ò de la noche, y que fuesse en Lunes, ò en Sabado; y lo que sucediò fue, que de allí à dos dias se murió la perra de ahita, y el Señor levantador quedò acreditado en el lugar por acertadissimo Judiciario, como lo quedan todos, ò los mas levantadores. Con todo esto querria, dixo Sancho, que vueſſa Merced dixesse à maesse Pedro preguntasse su Mono, si es verdad lo que à vueſſa Merced le passò en la cueva de Montefinos, que yo para mi tengo con perdon de vueſſa Merced, que

que todo fue embeleco y mentira, ò por lo menos cosas soñadas. Todo podria fer, respondiò Don Quixote: pero yo harè lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sè que de escrupulo. Estando en esto, llegò maesse Pedro à buscar à Don Quixote, y dezirle, que yà estava en orden el retablo, que su Merced viniesse à verle, porque lo merecia Don Quixote, le comunicò su pensamiento, y le rogò preguntasse luego a su Mono, le dixesse, si ciertas cosas que avia passado en la cueva de Montefinos avian sido soñadas, ò verdaderas, porque à èl le parecia que tenian de todo. A lo que maesse Pedro sin responder palabra bolviò à traer el Mono, y puesto delante de Don Quixote, y de Sancho, dixo: Mirad Señor Mono, que este Cavallero quiere saber si ciertas cosas que le passaron en una cueva llamada de Montefinos, si fueron falsas, ò verdaderas; y haziendole la acostumbrada señal el Mono, se le subiò en el ombro yzquierdo; y hablandole, al parecer, en el oydo, dixo luego maesse Pedro: El Mono dize, que parte de las cosas que vueſſa Merced viò, ò passò en la dicha cueva, son falsas, y parte verisimiles, y que esto es lo que sabe, y no otra cosa, en quanto à esta pregunta: y que si vueſſa Merced quisiere saber mas, que el Viernes venidero responderà à todo lo que se le preguntare, que por aora se le ha acabado la virtud que no le vendrà hasta el Viernes, como dicho tiene. No lo dezia yo, dixo Sancho, que no se me podia assentar, que todo lo que vueſſa Merced, Señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva, era verdad, ni aun la mitad. Los suçessos lo diran Sancho, respondiò Don Quixote, que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se dexa

ninguna que no las saque à la luz del Sol, aunque este escondida en los senos de la tierra, y por aora baste esso; y vamos à ver el retablo del buen maestre Pedro, que para mi tengo que deve de tener alguna novedad. Como alguna, respondiò maestre Pedro, sesenta mil encierra en si este mi retablo; digole à vuestra merced, mi Señor Don Quixote, que es una de las cosas mas de ver que oy tiene el mundo, y *operibus credite, & non verbis*, y manos à la labor, que se haze tarde, y tenemos mucho que hazer, y que dezir, y que mostrar. Obedecieronle Don Quixote y Sancho, y vinieron donde ya estava el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hazian vistoso y resplandeciente. En llegando se metiò maestre Pedro dentro del, que era el que avia de manejar las figuras del artificio; y fuera se puso un muchacho, criado del maestre Pedro, para servir de interprete y declarador de los misterios del tal retablo; tenia una varilla en la mano, con que señalava las figuras que salian. Puestos pues todos quantos avia en la venta, y algunos en pie frontero del retablo, y acomodados Don Quixote, Sancho, el Page, y el Primo, en los mejores lugares, el truxaman començo à dezir lo que oyra, y verà el que leyere, ò viere el Capitulo siguiente.

CAPITULO XXVI.

Donde se prosigue la graciosa aventura del Titirero, con otras cosas en verdad harto buenas.

CALLARON todos Tirios y Troyanos, quiero dezir, pendientes estavan todos los que el retablo miravan de la boca del declarador de sus maravillas, quando se oyeron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artilleria, cuyo rumor passò en tiempo breve, y luego algò la voz el muchacho, y dixo: Esta verdadera Historia que aqui à vuestras Mercedes se representa, es facada al pie de la letra de Coronicas Francetas, y de los Romances Españoles; que andan en boca de las gentes, y de los muchachos, por essas calles, trata de la libertad que diò el Señor Don Gayferos à su esposa Melisendra, que estava cautiva en España, en poder de Moros, en la ciudad de Sansueña, que assi se llamava entonces la que oy se llama Zaragoza; y vean vuestras Mercedes alli como està jugando à las rablas Don Gayferos, segun aquello que se canta: Jugando està à las tablas Don Gayferos, que ya de Melisendra està olvidado; y aquel personage que alli asoma con corona en la cabeça, y cetro en las manos, es el Emperador Carlo magno, padre putativo de la tal Melisendra, el qual mohino de ver el ocio y descuydo de su yerno, le sale à reñir, y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece, sino que le quiere dar con el cetro media docena de coscorriones: y aun ay Autores que dizen, que se los diò, y muy bien dados, y despues de averle dicho

dicho muchas cosas acerca del peligro, que corría su hora en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dixo: Harto os he dicho, miradlo: miren vuestras Mercedes tambien, como el Emperador buelve las espaldas, y dexa despachado à Don Gayferos, el qual ya ven como arroja impaciente de la colera lexos de sí el tablero y las tablas, y pide à priesta las armas, y à Don Roldan su primo pide prestada su espada Durindana; y como Don Roldan no se la quiere prestar, ofreciendole su compañía en la difícil empresa en que se pone: pero el valeroso enojado no lo quiere aceptar, antes dize, que èl solo es bastante para facar à su esposa, si bien estuviere metida en el mas hondo centro de la tierra. Con esto se entra à armar, para ponerse luego en camino. Buelvan vuestras Mercedes los ojos à aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres de alcaçar de Zaragoza, que aora llaman la Aljaferia, y aquella Dama que en aquel balcon parece vestida à lo Moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas vezes se ponía à mirar el camino de Francia, y puesta la imaginacion en Paris, y en su esposo, se consolava en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que aora sucede, quicà no visto jamas; no ven aquel Moro que callendico, y pasito à pato puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra; pues miren como la da un beso en mitad de los labios, y la priesta que ella se dà à escupir, y à limpiárselos con la blanca manga de su camisa, y como se lamenta, y se arranca de peñar sus hermosos cabellos, como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien como aquel grave Moro, que està en aquellos corredores, es el Rey Marsilio de Sanfueña, el qual por aver visto la infolen-

lencia del Moro, puesto que era un pariente, y gran privado suyo, le mandò luego prender, y que le den dozientos azotes, llevandole por las calles acotumbradas de la ciudad, con chilladores delante, y envaramiento detras; y vereys aqui donde salen à executar la sentencia, aun bien apenas no aviendo sido puesta en execucion la culpa; porque entre Moros no ay traslado à la parte, ni à prueba, y este se, como entre nosotros. Niño, niño, dixo con voz alta à esta sazón Don Quixote, seguid vuestra historia linea recta, y no os metays en las curvas, ò transversales, que para facar una verdad en limpio, menester son muchas pruebas, y repuebas. Tambien dixo maestre Pedro desde dentro: Muchacho, no te metas en dibujos, sino haz lo que esse Señor te manda, que serà lo mas acertado: sigue tu canto llano, y no te metas en contrapuntos, que se suelen quebrar de sotiles. Yo lo harè assi, respondió el muchacho; y prosiguiò, diziendo: Esta figura que aqui parece à Cavallo cubierta con una capa Gascona, es la mesma de Don Gayferos, à quien su esposa yà vengada del atrevimiento del enamorado Moro, con mejor y mas sossegado semblante se ha puesto à los miradores de la torre, y habla con su esposo, creyendo que es algún pasajero, con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel Romance, que dicen: Cavallero, si à Francia ydes, por Gayferos preguntad. Las quales no digo yo aora; porque de la prolixidad se fuele engendrar el fastidio, basta ver como Don Gayferos se descubre, y que por los ademanes alegres que Melisendra haze, se nos dà à entender, que ella le ha conocido, y mas aora que vemos se descuelga del balcon, para ponerse en las ancas del cavallo de su buen esposo: mas ay fin

sin ventura, que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y està pendiente en el ayre, sin poder llegar al suelo: pero veys como el piadoso cielo socorre en las mayores necesidades, pues lleva Don Gayferos, y sin mirar si se rasgarà, ò no el rico Faldellin, ase della, y mal su grado la haze baxar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su cavallo, ahorcadas como hombre, y la manda, que se tenga fuertemente, y le eche los braços por las espaldas, de modo que los cruze en el pecho, porque no se cayga, à causa que no estava la Señora Melisendra acostumbra à semejantes cavallerias. Veys tambien como los relinchos del cavallo dan señales que vâ contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su Señor, y en su Señora. Veys como buelven las espaldas, y salen de la ciudad, y alegres y regozijados toman de Paris la via: Veys en paz, ò par sin par de verdaderos amantes, llegueys à salvamento à vuestra deseada patria, sin que la fortuna ponga estorvo en vuestro felice viage; los ojos de vuestros amigos y parientes os vean gozar en paz tranquila los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de la vida. Aqui algà otra vez la voz maesse Pedro, y dixo: Llancez muchacho, no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondiò nada el Interprete, antes prosiguiò, diciendo: No faltaron algunos ociosos ojos, que lo fuelen ver todo, que no viesse la baxada y la subida de Melisendra, de quien dieron noticia al Rey Marsilio; el qual mandò luego tocar al arma, y miren con que priessa, que yà la ciudad se hunde con el son de las campanas que en todas las torres de las mezquitas suenan. Eflo no, dixo Don Quixote, en esto de las campanas anda

muy

muy impropio maesse Pedro; porque entre moros no se usan campanas, sino atables: y un genero de dulzaynas, que parecen nuestras chirimias: y esto de sonar campanas en Sanlueña, sin duda que es un gran disparate. Lo qual oydo por maesse Pedro, cesò el tocar, y dixo: No mire vuestra merced en niñerías, Señor Don Quixote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. No se representan por ay casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo esto corren tan fuertissimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiracion y todo. Prosigue muchacho, y dexa dezir, que como yo llene mi talego, si quiera represente mas impropiedades que tiene atomos el Sol. Affi es la verdad, replico Don Quixote, y el muchacho dixo: miren quanta, y quan luzida cavalleria sale de la ciudad en seguimiento de los dos Catolicos amantes, quantas trompetas que suenan, quantas dulzaynas que tocan, y quantos atables y atambores que retumban; temome que los han de alcanzar, y los han de bolver arados à la cola de su mismo cavallo, que sería un horrendo espectáculo. Viendo, y oyendo pues tanta Morisma, y tanto estruendo Don Quixote, pareciòle ser bien dar ayuda à los que huyan, y levantandose en pie, en voz alta dixo: No consentirè yo que en mis dias, y en mi presencia se le haga su percheria à tan famoso Cavallero, y à tan atrevido enamorado como Don Gayferos: deteneos mal nacida canalla, no le figays, ni persigays, sino conmigo soys en la batalla: y diciendo y haziendo desenvaynò la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia, comenzó à llover cuchilladas sobre la titerera Mori

ma-

ma derribando à unos, descabeçando à otros, estropeando à este, destrozando à aquel, y entre otros muchos tirò un altibajo, tal, que si maese Pedro no se abaxa, se encoge, y agazapa le cercenara la cabeça con mas facilidad, que si fuera hecha de massa de maçapan. Dava voces maese Pedro, diciendo: Detengase vuestra Merced, Señor Don Quixote, y advierta, que estos que derriba, destroza, y mata, no son verdaderos Moros, sino unas figurillas de pasta: mire pecador de mi, que me destruye, y echa à perder toda mi hazienda. Mas no por esto dexava de menudear Don Quixote cuchilladas, mandobles, tajos, y reveses, como llovidos. Finalmente en menos de dos Credos diò con todo el retablo en el suelo, hechas pedaços, y desmenuzadas todas sus jarcias, y figuras, el Rey Marsilio mal herido, y el Emperador Carlo Magno partida la corona, y la cabeça en dos partes. Alborotòse el Senado de los oyentes, huyòse el Mono por los tejados de la venta: temió el Primo, acobardòse el Page, y hasta el mesmo Sancho Pança tuvo pavor grandissimo, porque como el jurò despues de pasada la borrasca, jamas avia visto à su Señor con tan desatinada colera. Hecho pues el general destroço del retablo, fosegòse un poco Don Quixote, y dixo: Quisiera yo tener aqui delante en este punto todos aquellos que no creen, ni quieren creer, de quanto provecho sean en el mundo los Cavalleros andantes, miren sino me hallara yo aqui presente, que fuera del buen Don Gayferos, y de la hermosa Malifendra, à buen seguro, que esta fuera ya la hora que los huvieran alcançado estos canes, y les huvieran hecho algun desaguisado. En resolucion viva la andante Cavalleria, sobre quantas cosas oy viven en la

la tierra. Viva en hora buena, dixo à esta sazón con voz enfermiza Maese Pedro, y muera yo pues soy tan desdichado, que puedo dezir con el Rey Don Rodrigo: ayer fuy Señor de España, y oy no tengo una almena, que pueda dezir que es mia: no ha media hora, ny aun un mediano momento que me vi Señor de Reyes, y de Emperadores, llenas mis cavallerizas, y mis cofres, y sacos de infinitos cavallos, y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre, y mendigo, y sobre todo sin mi Mono, que afe que primero que le vuelva à mi poder me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada deste Señor Cavallero, de quien se dize, que ampara pupilos, y endereça tuerzos, y haze otras obras caritativas, y en mi solo ha venido à saltar su intencion generosa, que sean benditos, y alabados los cielos, allà donde tienen mas levantados sus asientos. En fin el Cavallero de la triste Figura avia de ser aquel, que avia de desfigurar las mas. Enterneciose Sancho Pança con las razones de Maese Pedro, y dixole: No llores Maese Pedro, ni te lamente, que me quiebras el coraçon, porque te hago saber, que es mi Señor Don Quixote tan Catolico, y escrupuloso Christiano, que si el cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo fabrà, y te lo querrà pagar, y satisfazer con muchas ventajas. Con que me pagasse el Señor Don Quixote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y su merced asseguraria su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ageno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Assi es, dixo Don Quixote: pero hasta aora yo no sè que tenga nada vuestro, Maese Pedro. Como no, respondiò Maese Pedro, y estas reliquias que

que están por este duro, y esteril suelo quien las esparció, y aniquilò, sino la fuerza invencible desse poderoso brazo? y cuyos eran sus cuerpos sino míos? y con quien me sustentava yo, sino con ellos? Aora acabo de creer, dixo à este punto Don Quixote, lo que otras muchas vezes he creydo, que estos encantadores, que me persiguen, no hazen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan, y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo Señores, que me oys, que à mi me pareció todo lo que aqui ha pasado, que passava al pie de la letra, que Melisendra, era Melisendra; Don Gayferos, Don Gayferos; Marfilio, Marfilio; y Carlo magno, Carlo magno: por esso se me alterò la colera, y por cumplir con mi profession de Cavallero andante, quise dar ayuda y favor à los que huyan, y con este buen proposito hize lo que aveys visto: si me ha salido al reves, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen, y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas, vea maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco à pagárselo luego en buena y corriente moneda Castellana. Inclínosele maese Pedro, diciendole: No esperaba yo menos de la inaudita Christiandad del valeroso Don Quixote de la Mancha, verdadero socorredor, y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos, y aqui el Señor Ventero, y el gran Sancho seran medianeros y apreciadores entre vuestra merced y mi de lo que valen, o podian valer las ya deshechas figuras: el Ventero y Sancho dixerón, que assi lo harian; y luego maese Pedro alçò del suelo con la cabeza menos al Rey Marfilio de

de Zaragoza, y dixo; Yà se ve quan imposible es bolver à este Rey à su ser primero, y assi me parece, salvo mejor juyzio, que se me dè por su muerte, fin y acabamiento quatro reales y medio. Adelante, dixo Don Quixote. Pues por esta abertura de arriba abaxo, prosiguiò maese Pedro, tomando en las manos al partido Emperador Carlo Magno, no seria mucho que pidiese yo cinco reales y un quartillo. No es poco, dixo Sancho. Ni mucho, replicò el Ventero, mediele la partida, y señalenlele cinco reales. Denlele todos cinco y quartillo, dixo Don Quixote, que no està en un quartillo mas à menos la monta desta notable desgracia: y acabe presto maese Pedro, que se haze hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dixo maese Pedro, que està sin narizes, y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales, y doze maravedis. Aun ayteria el diablo, dixo Don Quixote, si yà no estuviese Melisendra con su esposo, por lo menos en la raya de Francia; porque el cavallo en que yvan à mi me pareció, que antes volava que corria, y assi no ay para que venderme à mi el gato por liebre, presentandome aqui à Melisendra desnarigada, estando la otra si viene à mano aora holgandote en Francia con su esposo à pierna tendida: ayude Dios con lo suyo à cada uno, Señor maese Pedro, y caminemos todos con pie llano, y con intencion sana, y profiga. Maese Pedro que viò que Don Quixote yzquirdeava, y que bolvia à su primer tema, no quiso que se le escapasse, y assi le dixo: Esta no deve de ser Melisendra, sino alguna de las donzellas que la servian: y assi con sesenta maravedis que me den por ella quedarè contento, y bien pagado. Desta

manera fue poniendo precio à otras muchas destrozadas figuras, que despues los moderaron los dos juezes arbitros con satisfacion de las partes, que llegaron à quarenta reales, y tres quartillos, y ademas desto que luego lo desembolsò Sancho, pidió maesse Pedro dos reales por el trabajo de tomar el Mono. Dáselos Sancho, dixo Don Quixote, no para tomar el Mono, sino la Mona, y dozientos diera yo aora en albricias à quien me dixera con certidumbre que la Señora Doña Melifendra, y el Señor Don Gayferos estavan yà en Francia, y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá dezir mejor que mi Mono, dixo Maesse Pedro: pero no avrá diablo que aora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forçar à que me busque esta noche, y amanecerà Dios, y verémosos. En resolucion la borrasca del retablo se acabò, y todos cenaron en paz, y en buena compania à costa de Don Quixote, que era liberal en todo estremo. Antes que amaneciesse se fue el que llevaba las lanças, y las alabardas, y yà despues de amanecido se vinieron à despedir de Don Quixote el Primo, y el Page, el uno para bolverse à su tierra, y el otro à proseguir su camino, para ayuda del qual le diò Don Quixote una dozena de reales. Maesse Pedro no quiso bolver à entrar en mas dimes, ni diretes con Don Quixote, à quien el conocia muy bien, y assi madrugò antes que el Sol, y cogiendo las reliquias de su retablo, y à su Mono, se fue tambien à buscar sus aventuras. El Ventero que no conocia à Don Quixote, tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente Sancho le pagò muy bien, por orden de su Señor, y despidiendose del casí à las ocho del dia, dexaron la venta, y se pusieron en camino, donde

donde los dexaremos y, que assi conviene, para dar lugar à contar otras cosas pertenecientes à la declaracion desta famosa Historia.

CAPITULO XXVII.

Donde se dà cuenta, quienes eran Maesse Pedro y su Mono, con el mal sucesso que Don Quixote tuvo en la aventura del Rebusno, que no la acabò como el quisiera, y como lo tenia pensado.

ENTRA Cide Hamete, Coronista desta grande Historia, con estas palabras en este Capitulo: Juro como Catolico Christiano: à lo que su Traductor dize, que el jurar Cide Hamete como Catolico Christiano, siendo el Moro, como sin duda lo era, no quizo dezir, otra cosa, sino que assi como el Catolico Christiano quando jura, jura, ò deve jurar verdad, y dezirla en lo que dixere, assi el la dezia, como si jurara como Christiano Catolico, en lo que queria escrivir de Don Quixote, especialmente en dezir quien era maesse Pedro, y quien el Mono adivino, que traya admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanças. Dize pues, que bien se acordará el que huviera leydo la primera Parte desta Historia, de aquel Gines de Passamonte, à quien entre otros Galeotes dio libertad Don Quixote en Sierra Morena: beneficio que despues le fue mal agradecido, y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Gines de Passamonte, à quien Don Quixote llamava Ginesillo de Parapilla, fue el que hurtò à Sancho Pança el Ruzio, que por no averse puesto el como, ni el

quando en la primera Parte por culpa de los Impresores, ha dado en que entender à muchos, que atribuyan à poca memoria del autor la falta de Empronta. Pero en resolucion Gines le hurtò, estando sobre el durmiendo Sancho Pança, usando de la traga, y modo que usò Brunelo, quando estando Sacripante sobre Albraca le sacò el cavallo de entre las piernas, y despues le cobrò Sancho, como se ha contado. Este Gines pues temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscava para castigarle de sus infinitas vellaqueras, y delitos, que fueron tantos, y tales, que el mismo compuso un gran volumen contando los, determinò passarle al Reyno de Aragon, y cubrirse el ojo yzquierdo, acomodandose al oficio de Titerero, que esto, y el jugar de manos lo sabia hazer por estremo: sucediò pues, que de unos Christianos ya libres, que venian de Berberia comprò aquel Mono, à quien enseñò, que en haziendole cierta señal, se le subiese en el ombro, y le murmurasse, ò lo pareciesse, al oydo. Hecho esto, antes que entrasse en el lugar donde entrava con su retablo, y Mono, se informava en el lugar mas cercano, ò de quien el mejor podia, que cosas particulares huviesse sucedido en el tal lugar, y à que personas, y llevando las bien en la memoria, lo primero que hazia era mostrar su retablo, el qual unas vezes era de una historia, y otras de otra: pero todas alegres, y regozijadas, y conocidas. Acabada la muestra proponia las habilidades de su Mono, diziendo al pueblo, que adivinava todo lo passado, y lo presente: pero que en lo de por venir, no se dava maña: por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hazia barato, segun tomava el pulso à los preguntantes, y como tal vez llegava à las casas de

quien el sabia los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntassen nada, por no pagarle, el hazia la señal al Mono, y luego dezia que le avia dicho tal, y tal cosa, que venia de molde con lo sucedido: con esto cobrava credito infalible, y andavanse todos tras el; otras vezes, como era tan discreto, respondia de manera, que las respuestas venian bien con las preguntas, y como nadie le apurava, ni apretava à que dixesse como adivinava su Mono, à todos hazia Monas, y llenava sus esqueros. Asì como entrò en la venta conociò à Don Quixote, y à Sancho, por cuyo conocimiento le fue facil poner en admiracion à Don Quixote, y à Sancho Pança, y à todos los que en ella estavan: pero huvierale de costar caro, si Don Quixote baxara un poco mas la mano, quando cortò la cabeça al Rey Marsilio, y destruyò toda su Cavalleria, como queda dicho en el antecedente Capitulo. Esto es lo que ay que dezir de maeste Pedro, y de su Mono. Y bolviendo à Don Quixote de la Mancha, digo, que despues de aver salido de la venta, determinò de ver primero las riberas del rio Hebro, y todos aquellos contornos, antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le dava tiempo para todo el mucho que faltava desde allí à las justas, con esta intencion siguiò su camino, por el qual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de una loma oyò un gran rumor de atambores, de trompetas, y arcabuzes, al principio pensò que algun tercio de soldados passava por aquella parte, y por verlos picò à Rozinante, y subió la loma arriba, y quando estuvo en la cumbre, viò al pie della, a su parecer, mas de dozientos hombres armados de diferentes fuertes de armas,

como si dixessemos lançones, ballestas, partesanas, alabardas, y picas, y algunos arcabuzes, y muchas rodela. Bajò del recueto, y acercòse al esquadron, tanto que distintamente vio las vanderas, juzgò de las colores, y notò las empresas que en ellas trayan, especialmente una que en un estandarte, ò giron de raso blanco venia, en el qual estava pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta, y la lengua de fuera, en acto y postura como si estuviera rebuznando, al rededor dèl estavan escritos de letras grandes estos dos Versos:

No rebuznaron en balde

El uno y el otro Alcalde.

Por esta insignia sacò Don Quixote que aquella gente devia de ser del pueblo del Rebuzno, y assi se lo dixo à Sancho, declarandole lo que en el estandarte venia escrito: dixole tambien, que èl que les avia dado noticia de aquel caso, se avia errado en decir, que dos Regidores avian sido los que rebuznaron; pero que segun los versos del estandarte, no avian sido sino Alcaldes. A lo que respondió Sancho Panga: Señor, en esto no ay que reparar, que bien puede ser que los Regidores que entonces rebuznaron viniessen con el tiempo a ser Alcaldes de su pueblo, y assi se pueden llamar con entrambos titulos, quanto mas que no haze el caso à la verdad de la Hittoria ser los Rebuznadores Alcaldes, ò Regidores, como ellos una por una ayan rebuznado: porque tan à pique està de rebuznar un Alcalde como un Regidor. Finalmente conocieron y supieron como el pueblo corrido salia à pelear con otro que le corria mas de lo justo, y de lo que se devia

à la buena vezindad. Fucite llegando à ellos Don Quixote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fue amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del esquadron le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quixote alçando la visera con gentil brio, y continente, llegó hasta el estandarte del asno, y alli se le pusieron al rededor todos los mas principales del exercito por verle, admirados con la admiracion acostumbra, en que cayan todos aquellos que la vez primera lo miravan. Don Quixote que los viò tan atentos à mirarle, sin que ninguno le hablasse, ni le preguntasse nada: quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo, alçò la voz, y dixo:

Buenos Señores, quan encarecidamente puedo, os suplico, que no interrumpays un razonamiento que quiero hazeros, hasta que veays, que os disgusta y enfada; que si esto sucede, con la mas minima señal que me hagays pondré un sello en mi boca, y echaré una mordaga à mi lengua. Todos le dixeron que dixesse lo que quisiessse, que de buena gana le escucharian. Don Quixote con esta licencia profiguiò, diciendo: Yo, Señores mios, soy Cavallero andante, cuyo exercicio es èl de las armas, y cuya profession la de favorecer à los necessitados de favor, y acudir à los menesterosos. Dias ha que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve à tomar las armas à cada passo, para vengaros de vuestros enemigos. Y aviendo discurrido una y muchas vezes en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo segun las leyes del duelo, que estays engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar à un pueblo entero,

fino es retandole de traydor por junto, porque no sabe en particular quien cometiò la traycion por que le reta. Exemplo desto tenemos en Don Diego Ordoñez de Lara, que retò à todo el pueblo Zaramono, porque ignorava, que solo Vellido Dolfos avia cometido la traycion de matar à su Rey, y assi retò à todos, y à todos tocava la vengança, y la respuesta: aunque bien es verdad, que el Señor Don Diego anduvo algo demafiado, y aun passò muy adelante de los limites del reto, porque no tenia para que retar à los muertos, à las aguas, ni à los panes, ni à los que estavan por nacer, ni à las otras menudencias que alli se declaran: pero vaya, pues quando la colera sale de madre, no tiene la lengua padre, ayo, ni freno que la corrija: siendo pues esto assi, que uno solo no puede afrentar à Reyno, Provincia, Ciudad, Republica, ni Pueblo entero, queda en limpio, que no ay para que salir à la vengança del reto de la tal afrenta, pues no lo es: porque bueno seria que se matassen à cada passo los del pueblo de la Reloxa con quien se lo llama: ni los cazoleros, verengeneros, valleratos, xaboneros, ni los de otros nombres, y apellidos: que andan por ay en boca de los muchachos, y de gente de poco mas à menos, bueno seria por cierto, que todos estos insignes pueblos se corriessen, y vengassen, y anduvessen continuo hechas las espadas facabuches à qualquier pendencia por pequeña que fuesse. No, no, ni Dios lo permita, o quierá: los varones prudentes, las Republicas bien concertadas por quatro cosas han de tomar las armas, y desenvaynar las espadas, y poner à riesgo sus personas, vidas, y haciendas. La primera, por defender la Fè Catolica. La segunda, por de-

fender su vida, que es de ley natural, y divina. La tercera, en defensa de su honra, de su familia, y hacienda. La quarta, en servicio de su Rey en la guerra justa, y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria. A estas cinco causas, como capitales, se pueden agregar algunas otras que sean justas, y razonables, y que obliguen à tomar las armas: pero tomarlas por niñerías, y por cosas que antes son de risa, y passatiempo, que de afrenta, parece, que quien las toma carece de todo razonable discurso; quanto mas que el tomar vengança injusta (que justa no puede aver alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que professamos, en la qual se nos manda, que hagamos bien à nuestros enemigos, y que amemos à los que nos aborrecen, mandamiento, que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es, sino para aquellos, que tienen menos de Dios, que del mundo, y mas de carne, que de espiritu, porque Jesu Christo Dios y hombre verdadero, que nunca mintiò, ni pudo, ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dixo, que su yugo era suave, y su carga liviana, y assi no nos avia de mandar cosa que fuesse imposible el cumplirla. Assi que, mis Señores, vuestras Mercedes estàn obligados por leyes divinas y humanas à fofegarse. El diablo me lleve, dixo à esta sazón Sancho entre si, si este mi Amo no es Theologo, y fino lo es, que lo parece, como un huevo à otro: Tomò un poco de aliento Don Quixote, y viendo que todavia le prestavan silencio, quiso passar adelante en su plática, como passara, sino se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el qual viendo que su

Amo se detenía, tomó la mano por el, diciendo: Mi Señor Don Quixote de la Mancha, que un tiempo se llamó el Cavallero de la triste Figura, y ahora se llama el Cavallero de los Leones, es un Hidalgo muy atentado, que sabe Latin, y Romance como un Bachiller, y en todo quanto trata, y aconseja procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes, y ordenanças de lo que llaman el duelo en la uña; y así no ay mas que hazer, sino dexarse llevar por lo que el dixere, y sobre mi si lo erraren: quanto mas que ello se está dicho, que es necedad correrse por solo oyr un rebuzno, que yo me acuerdo, quando muchacho que rebuznava, cada y quando que se me antojava, sin que nadie me fuese à la mano, y con tanta gracia, y propiedad, que en rebuznando yo, rebuznaban todos los asnos del pueblo; y no por esto dexava de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos, y aunque por esta habilidad era envidiado de mas de quatro de los estimados de mi pueblo, no se me dava dos ardites, y porque se vea que digo verdad, esperen, y escuchén, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca se olvida: y luego puesta la mano en las narizes, comengò à rebuznar, tan reziamente, que todos los cercanos valles retombaron. Pero uno de los que estavan junto à el, creyendo, que hazia burla dellos, algò un varapalo, que en la mano tenia, y diòle tal golpe con el, que sin ser poderoso à otra cosa, diò con Sancho Pança en el suelo. Don Quixote que viò tan mal parado à Sancho, arremetió al que le avia dado con la lança sobre mano: pero fueron tantos los que se pusieron en medio, que no fue possible vengarle; antes viendo que llovía sobre el un nublado de piedras

dras, y que le amenazavan mil encaradas ballestas, y no menos cantidad de arcabuzes, bolvió las riendas à Rozinante, y à todo lo que su galope pudo, se salió entre de ellos, encomendándose de todo corazón à Dios, que de aquel peligro le librasse, temiendo à cada passo no le entrasse alguna bala por las espaldas, y le saliesse al pecho, y à cada punro recogia el aliento, por ver si le faltava. Pero los del esquadron se contentaron con verle huyr sintirarle. A Sancho le pusieron sobre su jumento, apenas buuelto en si, y le dexaron yr tras su Amo, no porque el tuviesse sentido para regirle: pero el Ruzio siguiò las huéllas de Rozinante, sin el qual no se hallava un punto. Alongado pues Don Quixote buen trecho, bolvió la cabeça, y viò que Sancho venia, y atendióle, viendo que ninguno le seguia. Los del esquadron se estuvieron allí hasta la noche; y por no aver salido à la batalla sus contrarios se volvieron à su pueblo, regozijados, y alegres: y si ellos supieran la costumbre antigua de los Griegos, levantarán en aquel lugar y sitio un trofeo.

CAPITULO XXVIII.

De cosas que dize Benengeli, que las sabrà quien le leyere, si las lee con atencion.

QUANDO el valiente huye, la supercheria está descubierta, y es de Varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificò en Don Quixote, el qual dando lugar à la furia del pueblo, y à las malas intenciones de aquel indignado esquadron, puso pies en polvorosa, y fin

y sin acordarse de Sancho, ni del peligro en que le dexava, le apartò tanto quanto le pareció, que bastava para estar seguro. Seguiale Sancho atravesado en su jumento, como queda referido. Llegò en fin, y à buuelto en su acuerdo, y al llegar se dexò caer del Ruzio à los pies de Rozinante todo ansioso, todo molido, y todo apaleado. Apeose Don Quixote para catarle las heridas: pero como le hallasse sano de los pies à la cabeza con asaz colera le dixo: Tan en hora mala supistes vos rebuznar Sancho, y donde hallastes vos ser bueno el nombrar la foga en casa del ahorcado? à musica de rebuznos que contrapunto se avia de llevar, fino de varapalos? Y dad gracias à Dios Sancho, que ya que os fantiguaron con un palo, no os hizieron el *per signum Crucis* con un alfange. No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece, que hablo por las espaldas, subamos, y apartemonos de aqui, que yo pondré silencio en mis rebuznos: pero no en dexar de dezir, que los Cavalleros andantes huyen y dexan à sus buenos Escuderos molidos como alheña, ò como cibera en poder de sus enemigos. No huye el que se retira, respondió Don Quixote, porque has de saber Sancho, que la valentia que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama temeridad, à las hazañas del temerario mas se atribuyen à la buena fortuna, que à su animo. Y assi yo confieso que me he retirado: pero no huydo, y en esto he imitado à muchos valientes, que se han guardado para tiempos mejores, y desto están las historias llenas, las quales por no ferte à ti de provecho, ni à mi de gusto, no te las refiero aora. En esto ya estava à cavallo Sancho, ayudado de Don Quixote, el qual assimis-

mo subió en Rozinante, y poco à poco se fueron à emboscar en una alameda, que hasta un quarto de legua de alli se parecia. De quando en quando dava Sancho unos ayes profundissimos, y unos gemidos dolorosos. Y preguntandole Don Quixote la causa de tan amargo sentimiento; respondió, que desde la punta del espinazo, hasta la nuca del cerebro le dolia, de manera que le sacava de sentido. La causa desse dolor deve de ser fin duda, dixo Don Quixote, que como era el palo con que te dieron largo y tendido, te cogió todas las espaldas, donde entran todas essas partes que te duelen, y si mas te cogiera, mas te doliera. Por Dios, dixo Sancho, que vuestra Merced me ha sacado de una gran duda, y que me la ha declarado por lindos terminos. Cuerpo de mi, tan encubierta estava la causa de mi dolor, que ha sido menester dezirme, que me duele todo aquello que alcangò el palo, si me dolieran los tovillos, aun pudiera ser, que se anduviera adivinando el porque me dolian; pero dolerme lo que me molieron, no es mucho adivinar. A la fé, Señor nuestro Amo, el mal ageno de pelo cuelga, y cada dia voy descubriendo tierra, de lo poco que puedo esperar de la compania que con vuestra Merced tengo, porque si esta vez me ha dexado apalear; otra y otras ciento bolveremos à los manteamientos de marras, y otras machacherias, que si aora me han salido à las espaldas, despues me saldrán à los ojos. Harto mejor haria yo, fino que soy un barbero, y no harè nada que bueno sea en toda mi vida, harto mejor haria yo, buelvo à dezir, en bolverme à mi casa, y à mi muger, y à mis hijos, y sustentarla, y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme, y no andarme tras vuestra Merced por cami-

caminos sin camino, y por sendas y carreras, que no las tienen beviendo mal, y comiendo peor: pues tomadme el dormir, contad hermano Escudero siete pies de tierra, y si quisieredes mas, tomad otros tantos, que en vuestra mano está escudillar, y rendedlos à todo vuestro buen talante, que quemado vca yo, y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante Cavalleria, ò alomenos al primero que quiso ser Escudero de tales tontos, como devieron ser todos los Cavalleros andantes passados: de los presentes no digo nada, que por ser vuestra Merced uno dellos los tengo respeto, y porque sè, que sabe vuestra Merced un punto mas que el diablo, en quanto habla, y en quanto piensa. Haria yo una buena apuesta con vos Sancho, dixo Don Quixote, que aora que vays hablando, sin que nadie os vaya à la mano, que no os duele nada en todo vuestro cuerpo. Hablad hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento, y à la boca, que à trueco de que à vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias: y si tanto desceays bolveros à vuestra casa con vuestra muger, y hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros teneys mios, mirad quanto ha, que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeys, y deveys ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Quando yo servia, respondió Sancho, à Tomè Carrasco, el padre del Bachiller Sansón Carrasco, que vuestra Merced bien conoce, dos ducados ganava cada mes, amén de la comida: con vuestra Merced no sè lo que puedo ganar, puesto que sè que tiene mas trabajo el Escudero del Cavallero andante, que el que sirve à un labrador, que en resolución los que servimos à labradores, por mucho que

que trabaxemos de dia, por mal que suceda, à la noche cenamos olla, y dormimos en cama, en la qual no he dormido despues que ha que sirvo à vuestra Merced, sino ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de Don Diego de Miranda, y la gira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí, y beví, y dormí en casa de Basilio, todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al cielo abierto, sugeto à lo que dizen inclemencias del cielo, sustentandome con rajas de queso, y mendrugos de pan, y beviendo aguas, yà de arroyos, yà de fuentes, de las que encontramos por estos andurriales donde andamos. Confieso, dixo, Don Quixote, que todo lo que dizes, Sancho sea verdad: quanto parece que os devo dar mas de lo que os dava Tomè Carrasco? A mi parecer, dixo Sancho, con dos reales mas que vuestra Merced añadiesse cada mes, me tendria por bien pagado: esto es quanto al salario de mi trabajo; pero en quanto à satisfazerme à la palabra, y promessa que vuestra Merced me tiene hecha de darme el gobierno de una Insula, seria justo, que se me añadiesse otros seys reales, que por todos serian treynta. Esta muy bien, replico Don Quixote, y conforme al salario que vos os aveys señalado, veynte y cinco dias ha que salimos de nuestro pueblo, contad Sancho rata por cantidad, y mirad lo que os devo, y pagaos, como os tengo dicho, de vuestra mano. O cuerpo de mi, dixo Sancho, que vâ vuestra Merced muy errado en esta cuenta! porque en lo de la promessa de la Insula se ha de contar, desde el dia que vuestra Merced me la prometió, hasta la presente hora en que estamos. Pues que tanto ha, Sancho, ¿os la prometí, dixo Don Quixote. Si yo mal no

no me acuerdo, respondió Sancho, deve de aver más de veynte años, tres dias mas à menos. Dióle Don Quixote una gran palmada en la frente, y començo à reyr muy de gana, y dixo: pues no anduve yo en Sierra Morena, ni en todo el discurso de nuestras fatigas, sino dos meles à penas, y dizes, Sancho, que ha veynte años que te prometí la Insula? Aora digo, que quieres que se consuma en tu salario el dinero que tienes mio: y si esto es assi, y tu gustas dello, desáde aqui te lo doy, y buen provecho te haga, que à trueco de verme sin tan mal Escudero holgareme de quedarme pobre, y sin blanca. Pero dime prevaricador de las ordenanças escuderiles de la andante Cavalleria, donde has visto tu, ò leydo, que ningun Escudero de Cavallero andante se aya puesto con su Señor, en quanto mas tanto me aveys de dar cada mes porque os sirva? Entrate, entrate Malandrín follón, y vestiglo, que todo lo pareces, entrate digo por el *mare magnum* de sus historias, y si hallares que algun Escudero aya dicho, ni pensado lo que aqui has dicho, quiero que me le claves en la frente, y por añadidura me hagas quatro mamonas selladas en mi rostro. Buelve las riendas, ò el cabestro al Ruzio, y buelveté à tu casa, porque un solo passo desde aqui no has de passar mas adelante conmigo. O pan mal conocido, ò promessas mal colocadas, ò hombre que tiene mas de bestia que de persona, aora quando yo pensava ponerte en estado, y tal, que à pesar de tu muger te llamaran Señoria, te despidés? Aora te vass quando yo venia con intencion firme y valedera de hazerte Señor de la mejor Insula del mundo. En fin como tu has dicho otras vezes, no es la miel, &c. asno eres, y asno has de ser, y en asno has de parar quando se te acabe el curso de la vida, que para mí tengo

tengo que antes llegará ella à su ultimo termino, que tu caygas, y des en la cuenta de que eres bestia. Mirava Sancho à Don Quixote de hito en hito, en tanto que los tales vituperios le dezia: y compungiose de manera que le vinieron las lagrimas à los ojos, y con voz dolorida y enferma le dixo: Señor mio, yo confieso, que para ser del todo asno no me falta mas de la cola, si vuestra Merced quiere ponermela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuestra Merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta, que sè poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad, que de malicia; mas quien yerra, y se enmienda, à Dios se encomienda. Maravillárame yo Sancho si no mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Aora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aqui adelante tan amigo de tu interes, sino que procures ensanchar el coraçon, y te alientes, y animes à esperar el cumplimiento de mis promessas, que aunque se tarda, no se impossibilita. Sancho respondió, que si haria, aunque sacasse fuerças de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y Don Quixote se acomodò al pie de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales arboles, y otros sus semejantes siempre tienen pies, y no manos. Sancho passò la noche penosamente, porque el varapalo se hazia mas sentir con el sereno. Don Quixote le passò en sus continuas memorias: pero con todo esto dieron los ojos al sueño, y al salir del alva siguieron su camino buscando las riberas del famoso Hebro, donde les sucediò lo que se contará en el Capitulo venidero.

CAPITULO XXIX.

De la famosa aventura del Barco encantado.

POR sus pasos contados, y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron Don Quixote y Sancho al rio Hebro, y el verle fue de gran gusto à Don Quixote; porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus liquidas cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos, especialmente fue y vino en lo que avia visto en la cueva de Montesinos, que puesto que el Mono de maese Pedro le avia dicho, que parte de aquellas cosas eran verdad, y parte mentira; él se atenia mas à las verdaderas, que à las mentirosas, bien al revés de Sancho, que todas las tenia por la mesma mentira. Yendo pues desta manera se le ofreció à la vista un pequeño Barco sin remos, ni otras jarcias algunas, que estava atado en la orilla à un tronco de un arbol que en la ribera estava. Miró Don Quixote à todas partes, y no vió persona alguna, y luego sin mas ni mas se apeó de Rozinante, y mandó à Sancho, que lo mesmo hiziese del Ruzio, y que à entrambas bestias las atase muy bien juntas al tronco de un alamo, ó sauce que allí estava. Preguntóle Sancho la causa de aquel subito apeamiento, y de aquel ligamiento. Respondió Don Quixote: Has de saber Sancho, que este Barco, que aquí està derechamente, y sin poder ser otra cosa en contrario, me està llamando y combiniendo à que entre en él, y vaya en él à dar socorro

à algun Cavallero, ó à otra necesitada y principal persona, que deve de estar puesta en alguna grande cuyra, porque este es estilo de los libros de las historias cavallerescas, y de los encantadores que en ellas se entremeten, y platican quando algun Cavallero està puesto en algun trabajo, que no puede ser librado del, sino por la mano de otro Cavallero, puesto que esten distantes el uno del otro dos, ó tres mil leguas, y aun mas, ó le arrebatan en una nube, ó le deparan un barco donde se entre, y en menos de un abrir y cerrar de ojos le llevan, ó por los ayres, ó por la mar donde quieren, y à donde es menester su ayuda: assi que, ó Sancho, este barco està puesto aqui para el mesmo efeto: y esto es tan verdad, como es aora de dia, y antes que este se passe, ata juntos al Ruzio, y à Rozinante, y à la mano de Dios que nos guye, que no dexaré de embarcarme, si me lo pidiesen Frayles Descalços. Pues assi es, respondió Sancho, y vuestra Merced quiere dar à cada passio en estos, que no sé si los llame disparates, no ay sino obedecer y baxar la cabeça, atendiendo al refran: Haz lo que tu Amo te manda, y sientate con él à la méla, pero con todo esto por lo que toca al descargo de mi conciencia, quiero advertir à vuestra Merced, que à mi me parece, que este tal barco no es de los encantados, sino de algunos pescadores deste rio, porque en él se pescan las mejores sabogas del mundo. Esto dezia mientras atava las bestias Sancho, dexandolas à la proteccion, y amparo de los encantadores, con harto dolor de su anima. Don Quixote le dixo, que no tuviese pena del desamparo de aquellos animales, que el que los llevaria à ellos por tan longinquos caminos, y regiones tendria cuenta de sustentarlos. No entiendo esto

esto de logiquos, dixo Sancho, ni he oydo tal vocablo en todos los dias de mi vida. Longinquos respondió Don Quixote, quiere dezir apartados, y no es maravilla que no lo entiendas, que no estás tu obligado à saber Latin, como algunos que presumen que lo saben, y lo ignoran. Ya, estan atados, replicó Sancho, que hemos de hazer agora? Que, respondió Don Quixote, santiguarnos, y llevar ferro, quiero dezn embarcarnos, y cortar la amarra, con que este barco está atado: y dando un salto en él, siguiendole Sancho, cortó el cordel, y el barco se fue apartando poco à poco de la ribera, y quando Sancho se vió obra de dos varas dentro del rio, comenzó à temblar, temiendo su perdicion: pero ninguna cosa le dió mas pena, que el oyr roznar al Ruzio; y el ver, que Rozinante pugnava por desatarse, y dixole à su Señor: El Ruzio rebuzna con dolido de nuestra ausencia, y Rozinante procura ponerse en libertad, para arrojarte tras nosotros. O carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño nos vuelva à vuestra presencia, y en esto comenzó à llorar tan amargamente, que Don Quixote mohino, y colérico le dixo: De que temes covarde criatura? de que lloras coraçon de mantequillas? quien te persigue, ò quien te acosa animo de raton casero, ò que te falta menesteroso en la mitad de las entrañas de la abundancia: por dicha vas caminando à pie, y descalço por las montañas Rifeas? sino fuesgo curso deste agradable rio, de donde en breve espacio saldremos al mar dilatado: pero ya avemos de aver salido, y caminado por lo menos setecientas, ò ochocientas leguas, y si yo tuviera aqui un astrola-

bio con que tomar la altura del Polo, yo te dixerá las que hemos caminado: aunque, ò yo sè poco, ò ya hemos passado, ò passaremos presto por la linea Equinocial, que divide, y corta los dos contrapuestos Polos en ygual distancia. Y quando lleguemos à esta línea que vuestra Merced dize, preguntó Sancho, quantos avrèmos caminado? Mucho, replicó Don Quixote, porque de trecientos y sesenta grados que contiene el globo del agua, y de la tierra, segun el computo de Ptolomeo, que fue el mayor Cosmografo que se sabe, la mitad avrèmos caminado, llegando à la linea que he dicho. Por Dios, dixo Sancho, que vuestra Merced me trae por testigo dello que dize à una gentil persona, puto, y gato, con la añadidura de meon, ò meo, ò no sè como: Rióse Don Quixote de la interpretacion que Sancho avia dado al nombre y al computo, y cuenta del Cosmografo Ptolomeo, y dixole: Sabrás Sancho, que los Españoles, y los que se embarcan en Cadiz para yr à las Indias Orientales, una de las señales que tienen para entender que han passado la linea Equinocial, que te he dicho, es que à todos los que van en el navio se les mueren los piojos, sin que les quede ninguno, ni en todo el vagelle hallaran, si le pesan à oro, y allí puedes Sancho passear unamano por un muslo, y si topares cosa viva saldremos desta duda, y sino, passado ayemos. Yo no creo nada desto, respondió Sancho; pero con todo harè lo que vuestra Merced me manda, aunque no sè para que ay neccesidad de hazer estas experiencias, pues yo veo con mis mismos ojos, que no nos avemos apartado de la ribera cinco varas, ni hemos decantado de donde estan las alamañas, dos varas porque allí estan Rozinante, y el Ruzio en el pro-

pio lugar do los dexamos, y tomadala mira como yo la toma aora, voto à tal, que no nos movemos, ni andamos al passo de una hormiga. Haz Sancho la averiguacion que te he dicho, y no te cures de otra, que tu no sabes que cosa sean coluros, lineas, paralelos, zodiacos, cliticcas, polos, solsticios, equinocios, planetas, signos, puntos, medidas, de que se compone la esfera celeste, y terrestre, que si todas estas cosas supieras, ò parte dellas, vieras claramente, que de paralelos hemos cortado, que de signos visto, y que de imagenes hemos dexado atras, y vamos dexando aora. Y tornote à dezir, que te tienes, y pesques, que yo para mi tengo, que estas mas limpio que un pliego de papel, liso, y blanco. Tentóse Sancho, y llegando con la mano bonitamente, y con tiento àzia la corba yzquierda, algò la cabeça, y mirò à su Amo, y dixo: O la experiencia es falsa, ò no hemos llegado adonde vuestra Merced dize, ni con muchas leguas: Pues que, preguntò Don Quixote, has topado algo? Y aun algos, respondió Sancho, y sacudiendose los dedos, se lavò toda la mano en el rio, por el qual fofegadamente le deslizava el barco por mitad de la corriente, sin que le moviesse alguna inteligencia secreta, ni algun encantador escondido, sino el mismo curso del agua, blando entonces, y suave. En esto descubrieron unas grandes hazeñas que en la mitad del rio estaban, y apenas las hubo visto Don Quixote, quando con voz alta dixo à Sancho: Vees alli, ò amigo, se descubre la ciudad, castillo, ò fortaleza, donde deve de estar algun Cavallero oprimido, ò alguna Reyna, Infanta, ò Princesa malparada, para cuyo focorro soy aqui traydo. Que diablos de ciudad, fortaleza, ò castillo, dize vuestra Merced Señor, di-

xo Sancho, no echa de ver, que aquellas son hazeñas que estan en el rio donde se muele el trigo? Calla Sancho, dixo Don Quixote, que aunque parecen hazeñas no lo son, y ya te he dicho que todas las cosas trastruecan, y mudan de su ser natural los encantos, no quiero dezir que las mudan de uno en otro ser realmente, sino que lo parece, como lo mostrò la experiencia en la transformacion de Dulcinea, unico refugio de mis esperanças. En esto el barco entrado en la mitad de la corriente del rio, comenzó à caminar no tan lentamente como hasta alli. Los molineros de las hazeñas, que vieron venir aquel barco por el rio, y que se yva à embocar por el raudal de las ruedas, salieron con presteza muchos dellos con varas largas à detenerle, y como salian enharinados, y cubiertos los rostros, y los vestidos del polvo de la harina, representavan una mala vista, davan voces grandes, diziendo: Demonios de hombres donde vays, venis desesperados, que quereys ahogaros, y hazeros pedaços en estas ruedas? No te dixo yo, Sancho, dixo à esta fazon Don Quixote, que aviamos llegado donde he de mostrar à do llega el valor de mi brazo, mira que de malandrines y follones me salen al encuentro, mira quantos vestiglos se me oponen, mira quantas feas cataduras nos hazen cocos: pues aora lo vereys vellaços, y puesto en pie en el brazo con grandes voces: comenzó à amenazar à los molineros, diziendoles: Canalla malvada, y peor aconsejada, dexad en su libertad, y libre alvedrio à la persona que en esta vuestra fortaleza, ò prision teneys oprimida, alta, ò baxa, de qualquiera suerte, ò calidad que sea, que yo soy Don Quixote de la Mancha, llamado el Cavallero de los Leones, por otro nombre, à quien

esta reservada por orden de los altos cielos, el dar fin felice á esta aventura, y diziendo esto echò mano á su espada, y començò á esgrimirla en el ayre contra los molineros, los quales oyendo, y no entendiendò aquellas sandezes, se pusieron con sus varas á detener el barco, que yá yva entrando en el raudal y canal de las ruedas. Púsose Sancho de rodillas pidiendo devotamente al cielo le librasse de tan manifesto peligro, como lo hizo, por la industria y presteza de los molineros, que oponiendose con sus palos al barco le detuvieron: pero no de manera, que dexassen de trastornar el barco, y dar don Dón Quixote y con Sancho al traves en el agua; pero vinole bien á Don Quixote, que sabia nadar como un ganfo; aunque el peso de las armas le llevò al fondo dos vezes, y si no fuera por los molineros que se arrojaron al agua, y los sacaron como en peso á entrambos, allí avia sido Troya para los dos. Puestos pues en tierra, mas mojados que muertos de sed, Sancho puesto de rodillas, las manos juntas, y los ojos claudos al cielo, pidió á Dios con una larga y devota plegaria le librasse de allí adelante de los atrevidos deseos y acometimientos de su Señor. Llegaron en esto los pescadores dueños del barco, á quien avian hecho pedagos las ruedas de las hazeñas, y viendole roto, acometieron á desnudar á Sancho, y á pedir á Don Quixote se lo pagasse, el qual con gran sosiego, como si no huviera pasado nada por él, dixo á los molineros y pescadores, que él pagaria el barco de bonissima gana, con condicion que le diessen libre y sin cautela á la persona, ó personas que en aquel su castillo estavan oprimidas. Que personas, ó qué castillo, dize respondió uno de los molineros, hombre sin juyzio, quier este llevar por ventura las que vienen á moler

trigo

trigo á estas hazeñas? Basta, dixo entre sí Don Quixote, aqui será predicar en desierto, querer reducir á esta canalla á que por ruegos haga virtud alguna. Y en esta aventura se deven de aver encontrado dos valientes encantadores, y el uno estorva lo que el otro intenta, el uno me deparò el barco, y el otro diò conmigo al traves, Dios lo remedie, que todo este mundo es maquinas y traças contrarias unas de otras. Y no puedo mas, y alçando la voz prosiguiò diziendo, y mirando á las hazeñas: Amigos, qualesquiera que seays, que en esta prision quedays encerrados, perdonadme, que por mi desgracia, y por la vuestra yo no os puedo sacar de vuestra cuyta: para otro Cavallero deve de estar guardada y reservada esta aventura. En diziendo esto se concertò con los pescadores, y pagò por el barco cincuenta reales, que los diò Sancho de muy mala gana, diziendo: A dos barcadas como estas daremos con todo el caudal al fondo. Los pescadores y molineros estavan admirados mirando aquellas dos figuras tan fuera del uso, al parecer de los otros hombres, y no acabavan de entender á do se encaminavan las razones y preguntas que Don Quixote les dezia, y teniendoles por locos, les dexaron, y se recogieron á sus hazeñas, y los pescadores á sus ranchos. Bolvieron á sus bestias, y á ser bestias Don Quixote y Sancho: y este fin tuvo la aventura del encantado barco.

R 4 CA

CAPITULO XXX.

De lo que le avino à Don Quixote con una bella caçadora.

ASSAZ melancolicos, y de mal talante llegaron à sus animales Cavallero y Escudero, especialmente Sancho, à quien llegava al alma llegar al caudal del dinero, pareciendole, que todo lo que del se quitava, era quitarselo à el de las niñas de sus ojos. Finalmente fin hablarle palabra se pusieron acavallo, y se apartaron del famoso Rio. Don Quixote sepultado en los pensamientos de sus amores: y Sancho en los de su acrecentamiento, que por entonces le parecia que estava bien leños de tenerle, porque maguer era tonto, bien se le alcançava, que las acciones de su Amo, todas à las mas eran disparates, y buscava ocasion de que fin entrar en cuentas, ni en despedimientos con su Señor un dia se desgarrasse, y se fuesse à su casa: pero la fortuna ordenò las cosas muy al revés de lo que el temia. Sucedió pues, que otro dia al poner del Sol, y al salir de una selva tendió Don Quixote la vista por un verde prado, y en lo ultimo del vió gente, y llegandole cerca conoció que eran caçadores de Altanería: llegóse mas, y entre ellos vió una gallarda Señora sobre un palafren, ò hacanea blanquissima, adornada de guarniciones verdes, y con un fillon de plata. Venia la Señora assimismo vestida de verde, tan bizarra y ricamente, que la misma bizarria venia transformada en ella. En la mano yzquierda traya un azor, señal que diò à entender à Don Quixote ser aquella alguna gran Señora.

hora que devia serlo de todos aquellos caçadores, como era la verdad, y assi dixo à Sancho: Corre hijo Sancho, y di à aquella Señora del palafren, y del azor, que yo el Cavallero de los Leones beso las manos à su gran fermosura, y que si su grandeza me dà licencia se las yrè à besar, y à tervirla en quanto mis fuerças pudieren, y su Alteza me mandare, y mira Sancho como hablas, y ten cuenta de no encaxar algun refran de los tuyos en tu embaxada. Hallado os le aveys el encaxador, respondió Sancho. A mi con esto, si que no es esta la vez primera que he llevado embaxadas à altas y crecidas Señoras en esta vida. Si no fue la que llevaste à la Señora Dulcinea, replicò Don Quixote, yo no sè que ayas llevado otra, alomenos en mi poder. Assi es verdad, respondió Sancho: pero al buen pagador no le duelen prendas, y en casa llena presto se guisa la cena, quiero dezir, que à mi no ay que dezirme, ni advertirme de nada, que para todo tengo, y de todo se me alcança un poco. Yo lo creo Sancho, dixo Don Quixote, vè en buena hora, y Dios te guye. Partió Sancho de carrera, sacando de su passio al Ruzio, y llegó donde la bella caçadora estava, y apeandose, puesto ante ella de hinojos le dixo: Hermosa Señora, aquel Cavallero que alli se parece, llamado el Cavallero de los Leones es mi Amo, y yo soy un Escudero suyo, à quien llaman en su casa Sancho Pança; este tal Cavallero de los Leones, que no ha mucho que se llamava el de la triste Figura, embia por mi à dezir à vuestra grandeza, sea servida de darle licencia para que con su proposito, y beneplacito, y consentimiento el venga à poner en obra su deseo, que no es otro, segun el dize, y yo pienso, que de servir à vuestra encumbrada.

brada altanería y fermosura, que en darsela vuestra Señoría, hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento. Porcierto buen Escudero, respondió la Señora, vos aveys dado la embaxada vuestra con todas aquellas circunstancias que las tales embaxadas piden: levantaos del suelo, que Escudero de tan gran Cavallero como es él de la triste figura (de quien ya tenemos acá mucha noticia) no es justo que esté de hinojos, levantaos amigo, y dezid à vuestro Señor, que venga mucho en hora buena à servirse de mi, y del Duque mi marido en una casa de placer que aqui tenemos. Levantose Sancho admirado, assi de la hermosura de la buena Señora, como de su mucha crianga y cortesia, y mas de lo que le avia dicho, que tenia noticia de su Señor el Cavallero de la triste Figura, y que si no le avia llamado él de los leones, devia de ser por aversele puesto tan nuevamente: preguntole la Duquesa (cuyo titulo aun no se sabe) Dezidme, hermano Escudero, este vuestro Señor no es uno de quien anda impressa una Historia que se llama del ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, que tiene por Señora de su alma à una tal Dulcinea del Toboso? El mismo es Señora, respondió Sancho, y aquel Escudero fuyo que anda, ó deya de andar en la tal Historia, à quien llaman Sancho Pança, soy yo, sino es que me trocaron en la cuna, quiero dezir, que me trocaron en la estampa. De todo esto me huelgo yo mucho, dixo la Duquesa. Yd hermano Pança, y dezid à vuestro Señor, que él sea el bien llegado, y el bien venido à mis Estados, y que ninguna cosa me pudiera venir que mas contento me diera. Sancho con esta tan agradable respuesta, con grandísimo gusto bolvió à su Amo, à quien

à quien contó todo lo que la gran Señora le avia dicho, levantando con sus rusticos terminos à los cielos su mucha fermosura, su gran donayre y cortesia. Don Quixote se gallardeó en la silla: pulóte bien en los estrivos, acomodose la visera, arremetió à Rozinante, y con gentil denuedo fue à besar las manos à la Duquesa, la qual haziendo llamar al Duque su marido, le contó, en tanto que Don Quixote llegava, toda la embaxada suya, y los dos por aver leydo la primera Parte desta Historia, y aver entendido por ella el disparatado humor de Don Quixote, con grandísimo gusto, y con deseo de conocerle, le atendian con presupuesto de seguirle el humor, y conceder con él en quanto les dixesse, tratandole como à Cavallero Andante los dias que con ellos se detuviesse, con todas las ceremonias acostumbradas en los libros de Cavallerias que ellos avian leydo, y aun les eran muy aficionados. En esto llegó Don Quixote alcada la visera, y dando muestras de apearse, acudió Sancho à tenerle el estrivo; però fue tan desgraciado, que al apearse del Rozio, se le asió un pie en una foga del albarda, de tal modo, que no fue posible desenredarle, antes quedó colgado dél, con la boca y los pechos en el suelo. Don Quixote que no tenia en costumbre apearse, sin que le tuviesen el estrivo, pensando que ya Sancho avia llegado à tenerle, descargó de golpe el cuerpo, y llevóse tras sí la silla de Rozinante, que devia de estar mal oinchado, y la silla y él vinieron al suelo, no sin vergueña suya, y de muchas maldiciones que entre dientes echó al desdichado de Sancho, que aun todavia tenia el pie en la corma. El Duque mandó à sus caçadores que acudiesen al Cavallero, y al Escudero, los quales

levantaron à Don Quixote mal trecho de la cayda y renquéando, y como pudo, fue à hincar las rodillas ante los dos Señores: pero el Duque no lo sintió en ninguna manera, antes apeandose de su cavallo, fue à abraçar à Don Quixote, diziendole: A mi me pesa, Señor Cavallero de la triste Figura, que la primera que vueſſa Merced ha hecho en mi tierra aya sido tan mala como se ha visto: pero deſcuydos de Eſcuderos ſuelen ſer cauſa de otros peores ſueſſos. El que yo he tenido en veros, valeroſo Principe, reſpondió Don Quixote, es impoſſible ſer malo, aunque mi cayda no paràra haſta el profundo de los abifmos: pues de alli me levantarà y me ſacara la gloria de averos viſto. Mi Eſcudero, que Dios maldiga, mejor deſatà la lengua para deſciz malicias que ata, y cincha una ſilla para que eſſe firme: pero como quiera que yo me halle caydo, ò levantado, à pie, ò cavallo, ſiempre eſtarè al ſervicio vueſtro, y al de mi Señora la Duqueſa, digna conſorte vueſtra, y digna Señora de la hermoſura y univerſal Princeſa de la corteſia. Paſito, mi Señor Don Quixote de la Mancha, dixo el Duque, que adonde eſtà mi Señora Doña Dulcinea del Toboſo, no es raxon que ſe alaben otras hermoſuras. Yà eſtava à eſta ſazon libre Sancho Pança del laço y hallandose alli cerca, antes que ſu Amo reſpondieſſe, dixo: No ſe puede negar, ſino afirmar, que es muy hermoſa mi Señora Dulcinea del Toboſo: pero donde menos ſe pienſa ſe levanta la liebre; que yo he oydo deſciz, que eſto que llaman naturaleza es como un alcàller que haze vaſos de barro; y el que haze un vaſo hermoſo tambien puede haze dos, y tres, y ciento: digolo, por que mi Señora la Duqueſa aſe que no va en zaga à mi

mi Ama la Señora Dulcinea del Toboſo. Bolviòſe Don Quixote à la Duqueſa, y dixo: vueſtra Grandeza imagine, que no tuvo Cavallero Andante en el mundo Eſcudero mas hablador, ni mas gracioſo del que yo tengo, y èl me ſacara verdadero, ſi algunos dias quiere vueſtra gran Celſitud ſervirſe de mi. A lo que reſpondió la Duqueſa: De que Sancho el bueno ſea gracioſo, lo eſtimo yo en mucho, porque es ſeñal que es diſcreto, que las gracias y los donayres Señor Don Quixote, como vueſſa Merced bien ſabe, no aſſientan ſobre ingenios torpes, y pues el buen Sancho es gracioſo, y donayroſo, deſde aqui le confirmo por diſcreto. Y hablador, aña-diò Don Quixote. Tanto que mejor, dixo el Duque, porque muchas gracias no ſe pueden deſciz con pocas palabras, y porque no ſe nos vaya el tiempo en ellas, venga el gran Cavallero de la triste Figura. De los Leones ha de deſciz vueſtra Alteza, dixo Sancho, que yà no ay triste figura. El ſeguro ſea èl de los Leones. Proſiguyò el Duque: Digo que venga el Señor Cavallero de los Leones à un caſtillo mio, que eſtà aqui cerca, donde ſe le harà el acogimiento, que à tan alta perſona ſe deve juſtamente, y el que yo, y la Duqueſa ſolemos haze à todos los Cavalleros andantes que à èl llegan. Yà en eſto Sancho avia aderegado, y cinchado bien la ſilla à Rozinante, y ſubiendo en el Don Quixote, y el Duque en un hermoſo cavallo, puſieron à la Duqueſa en medio, y encaminaron al caſtillo. Mandò la Duqueſa à Sancho, que fueſſe junto à ella, porque guſtava infinito de oyr ſus diſcreciones. No ſe hizo de rogar Sancho, y entretexióſe entre los tres, y hizo quarto en la converſacion, con gran guſto de la Duqueſa, y del Duque, que tuvieron à gran ventu-

tura acoger en su castillo tal Cavallero andante, y tal Escudero andado.

CAPÍTULO XXXI.

Que trata de muchas y grandes cosas.

SUMA era la alegría que llevaba consigo Sancho, viendose á su parecer en privança con la Duquesa, porque se le figurava que avia de hallar en su castillo lo que en la casa de Don Diego, y en la de Basilio, siempre aficionado á la buena vida, y así tomava la ocasión por la melena en esto, de regalarle cada y quando que se le ofrecia. Cuenta pues, la Historia, que antes que á la casa de placer, ó castillo llegasen, se adelanto el Duque, y dió orden á todos sus criados del modo que avian de tratar á Don Quixote, el qual como llegó con la Duquesa á las puertas del castillo, al instante salieron del dos Lacayos, ó Palafreneros, vestidos hasta en pies de unas ropas que llaman de levantar, de finissimo raso carmesi, y cogiendo á Don Quixote en brazos, sin fer oydo, ni visto le dixerón: Vaya la vuestra Grandeza á apear á mi Señora la Duquesa. Don Quixote lo hizo, y hubo grandes comedimientos entre los dos sobre el caso: pero en efeto venció la porfia de la Duquesa, y no quiso decender, ó baxar del palafren sino en los brazos del Duque, diciendo, que no se hallava digna de dar á tan gran Cavallero tan inutil carga. En fin salió el Duque á apearla, y al entrar en un gran patio llegaron dos hermosas Doncellas, y echaron sobre los ombros á Don Quixote un

gran manton de finissima escarlata, y en un instante se coronaron todos los corredores del patio de criados y criadas de aquellos Señores, diziendo á grandes voces: Bien sea venido la flor y la nata de los Cavalleros andantes, y todos, ó los mas derramavan pomos de aguas olorosas sobre Don Quixote, y sobre los Duques, de todo lo qual se admirava Don Quixote, y aquel fue el primer dia que de todo en todo conoció, y creyó ser Cavallero andante verdadero, y no fantastico, viendose tratar del mismo modo que él avia leydo se tratavan los tales Cavalleros en los passados siglos. Sancho desamparando al Ruzio se cósio con la Duquesa, y se entró en el castillo, y remordiendole la conciencia de que dexava al jumento solo, se llegó á una reverenda Dueña, que con otras á recebir á la Duquesa avia salido, y con voz baxa le dixo: Señora Gonzalez, ó como es su gracia de vuestra Merced. Dueña Rodriguez de Grijalva me llamó, respondió la Dueña, que es lo que mandays hermano? A lo que respondió Sancho: Queria que vuestra Merced me la hiziesse de salir á la puerta del castillo, donde hallará un asno Ruzio mio, vuestra Merced sea servida de mandarle poner, ó ponerle en la cavallería, porque el pobrezito es un poco medroso, y no se hallará á estar solo en ninguna de las maneras. Si tan discreto es el Amo como el moço, respondió la Dueña, medradas estamos. Andad hermano mucho de en hora mala para vos, y para quien aca os truxo, y tened cuenta con vuestro jumento, que las Dueñas desta casa no estamos acostumbradas á semejantes haciendas. Pues en verdad, respondió Sancho, que he oydo yo dezir á mi Señor, que es zahori de las Historias, contando aquella

de Lanzarote, quando de Bretaña vino, que Damas curavan del, y Dueñas del su rozino, y que en el particular de mi asno, que no le trocará yo con el rozin del Señor Lanzarote. Hermano, si soys ju- glar, replicò la Dueña, guardad vuestras gracias para donde lo parezean, y se os paguen, que de mi no podreys llevar sino una higa. Aun bien respon- diò Sancho, que será bien madura, pues no perderà vuestra Merced la quinola de sus años por punto me- ños. Hijo de puta, dixo la Dueña, toda yá encen- dida en colera, si soy vieja, o no, à Dios daré la cuenta, que no à vos vellaco; harto de ajos, y esto dixo en voz tan alta, que lo oyò la Duquesa, y bol- viendo, y viendo à la Dueña tan alborotada, y tan encarnizados los ojos, le preguntò, con quien las avia. Aquilas he, respondió la Dueña, con este buen hombre, que me ha pedido encarecidamente que vaya à poner en la cavalleriza à un asno suyo, que està à la puerta del castillo, trayendome por exemplo, que assi lo hizieron no sè donde, que unas Damas curaron à un tal Lanzarote; y unas Dueñas à su rozino, y sobre todo por buen termino me ha llamado vieja. Esto tuviera yo por afrenta, respondió la Duquesa, mas que quantas pudieran de- zirme; y hablando con Sancho, le dixo: Advertid Sancho amigo, que Doña Rodriguez es muy mo- ça, y que aquellas tocas mas las trae por autoridad, y por la usança, que por los años. Malos sean los que me quedan por vivir, respondió Sancho, si lo dixè por tanto, solo lo dixè porque es tan grande el cariño que tengo à mi jumento, que me pareció que no podia encomendarle à persona mas caritativa que à la Señora Doña Rodriguez. Don Quixote que todo lo oya, le dixo: Platicas son estas, Sancho,

para este lugar? Señor, respondió Sancho, cada una ha de hablar de su menester donde quiera que estuviere. Aquí se me acordò del Ruzio, y aquí hablè del, y si en la cavalleriza se me acordara, allí hablara. A lo que dixo el Duque: Sancho està muy en lo cierto, y no ay que culparle en nada: al Ruzio se le darà recado à pedir de boca, y descuyde San- cho, que se le tratarà como à su mesma persona. Con estos razonamientos gustotos à todos, si no à Don Quixote, llegaron à lo alto, y entraron à Don Quixote en una sala adornada de telas riquissi- mas de oro, y de brocado; seys Donzellas le des- armaron, y sirvieron de pages, todas industriadas y advertidas del Duque, y de la Duquesa, de lo que avian de hazer, y de como avian de tratar à Don Quixote, para que imaginasse y viesse que le trata- van como Cavallero andante. Quedò Don Qui- xote despues de desarmado en sus estrechos gregues- cos, y en su jubon de camuza, seco, alto, ten- dido, con las quixadas que por de dentro se besava la una con la otra, figura que à no tener cuenta las Donzellas que le servian con dissimular la risa (que fue una de las precisas ordenes que sus Señores les avian dado) reventaron riendo. Pidieronle, que se dexasse de nudar, para una camisa: pero nunca lo consintió, diziendo, que la honestidad parecia tan bien en los Cavalleros andantes como la valentia. Con todo dixo que diessen la camisa à Sancho, y encerrandose con èl en una quadra, donde estava un rico lecho se desnudò, y vistió la camisa, y vien- dolo solo con Sancho, le dixo: Dime truhan mo- derno, y majadero antiguo, parecete bien deshon- rar y afrentar à una Dueña tan veneranda, y tan digna de respeto como aquella? Tiempos eran aque-

llos para acordarte del Ruzio? ¿Señores son estos para dexar mal pasar à la bestias, tratando tan elegantemente à sus Dueños? Por quien Dios es Sancho que te reportes, y que no descubras la hilaza de manera que caygan en la cuenta de que eres de villana y grossera tela texido. Mira pecador de ti que en tanto mas es tenido el Señor, quanto tiene mas honrados y bien nacidos criados, y que una de las ventajas mayores que llevan los Principes à los demas hombres, es, que se sirven de criados tan buenos como ellos. No adviertes angustiado de ti, y malaventurado de mi, que si ven que tu eres un grossero villano, ó un mentecato gracioso, pensaran que yo soy algun echa cuervos, ó algun Cavallero de mohatra. No, no Sancho amigo, huye, huye de estos inconvenientes, que quien tropieça de hablador, y en gracioso, al primer puntapie cae, y dà en truhan desgraciado: enfrena la lengua, considera, y rumia las palabras, antes que te salgan de la boca, y advierte, que hemos llegado a parte donde con el favor de Dios, y valor de mi brazo, hemos de salir mejorados en tercio y quinto en fama, y en hacienda. Sancho le prometió con muchas veras de conferse la boca, ó moderarse la lengua antes de hablar palabra que no fuesse muy à proposito, y bien considerada, como èl le lo mandava, y que descuydasse acerca de lo tal, que nunca por èl se descubriera quien ellos eran. Vestiose Don Quixote, puso su tahali con su espada, echòse el manton de escarlata à cuestras, puso una montera de raso verde, que las Donzellas le dieron, y con este adorno salió à la gran sala, adonde hallò à las Donzellas puestas en ala tantas à una parte como à otra, y todas con adereço de darle aguamanos, la qual le dieron con muchas re-

verencias y ceremonias. Luego llegaron doze pages con el Maestresala para llevarle à comer, que yà los Señores le aguardavan. Cogieronle en medio, y lleno de pompa y magestad le llevaron à otra sala, donde estava puesta una rica mesa, con solos quatro servicios: la Duquesa y el Duque salieron à la puerta de la sala à recebirle, y con ellos un grave Ecclesiastico, destos que gobiernan las casas de los Principes, destos que como no nacen Principes, no aciertan à enseñar como lo han de ser los que lo son: destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus animos: destos que queriendo mostrar à los que ellos gobiernan à ser limitados, les hazen ser miserables. Destos tales digo que devia de ser el grave Religioso, y con que los Duques salió à recebir à Don Quixote. Hiziéronse mil cortes comedimientos, y finalmente cogiendo à Don Quixote en medio, se fueron à sentar à la mesa. Combidò el Duque à Don Quixote con la cabecera de la mesa, y aunque èl lo reusò, las importunaciones del Duque fueron tantas, que la hubo de tomar. El Ecclesiastico se sentò frontero, y el Duque, y la Duquesa à los dos lados. A todo estava presente Sancho, embobado y atonito de ver la honra que à su Señor aquellos Principes le hazian, y viendo las muchas ceremonias y ruegos que passaron entre el Duque y Don Quixote, para hazerle sentar à la cabecera de la mesa, dixo: si sus Mercedes me dan licencia les contarè un cuento que passò en mi pueblo acerca desto de los asientos. Apenas hubo dicho esto Sancho, quando Don Quixote temblò creyendo sin duda alguna, que avia de dezir alguna necesidad. Miròle Sancho, y entendiòle, y dixo: No tema vuestra Merced Señor mio, que yo me des-

mande, ni que diga cosa que no venga muy à pelo, que no se me han olvidado los consejos que poco ha vuestra Merced me dió sobre el hablar mucho, o poco, ó bien, ó mal. Yo no me acuerdo de nada Sancho, respondió Don Quixote, dí lo que quisieres, como lo digas presto. Pues lo que quiero dezir, dixo Sancho, es tan verdad, que mi Señor Don Quixote, que está presente no me dexará mentir. Por mí, replicó Don Quixote, miente tu Sancho quanto quisieres, que yo no te yré à la mano: pero mira lo que vas à dezir. Tan mirado y remirado lo tengo, que à buen salvo está el que repica, como se verá por la obra. Bien será, dixo Don Quixote, que vuestras grandezas manden echar de aquí à este ronto, que dirá mil patochadas. Por vida del Duque, dixo la Duquesa, que no se ha de apartar de mi Sancho un punto: quierole yo mucho, porque sé que es muy discreto. Discretos dias, dixo Sancho, viva vuestra santidad por el buen credito que de mí tiene, aunque en mí no lo aya, y el cuento que quiero dezir es este: Combidó à un Hidalgo de mi pueblo muy rico y principal, porque venia de los Alamos de Medina del campo, que casó con Doña Mencia de Quiñones, que fue hija de Don Alonso de Mañaron, Cavallero del Abito de Santiago, que se ahogó en la Herradura, por quien buxo aquella pendencia años ha en nuestro lugar, que à lo que entiendo, mi Señor Don Quixote se halló en ella, de donde salió herido Tomafillo el trabieta, el hijo de Balvastro el herrero. No es verdad todo esto Señor nuestro amo? digalo por su vida, porque estos Señores no me tengan por algun hablador mentiroso. Hasta aora, dixo el Eclesiastico, mas os tengo por hablador, que por mentiroso: pero de aquí adelante

lante no sé por lo que ostendré. Tu das tantos testigos, y tantas señas, que no puedo dexar de dezir, que debes de dezir verdad: passa adelante, y acorta el cuento, porque llevas camino de no acabar en dos dias. No ha de acortar tal, dixo la Duquesa, por hazerme à mi placer, antes le ha de contar de la manera que le sabe, aunque no le acabe en seys dias, que si tantos fuesen, serian para mí los mejores que huviesse llevado en mi vida. Digo pues, Señores míos, prosiguió Sancho, que este tal Hidalgo que yo conozco como à mis manos (porque no ay de mi casa à la suya un tiro de ballesta) combidó un labrador pobre, pero honrado. Adelante hermano, dixo à esta sazón el Religioso, que camino llevays de no parar con vuestro cuento hasta el otro mundo. A menos de la mitad pararé, si Dios fuere servido, respondió Sancho: y assi digo, que llegando el tal labrador à casa del dicho Hidalgo combidador, que buen poso aya su anima, que yá es muerto, y por mas señas dicen, que hizo una muerte de un Angel, que yo no me hallé presente, que avia ydo por aquel tiempo à segar à Tembleque. Por vida vuestra hijo que bolvays presto de Tembleque, y que sin enterrar al Hidalgo (fino quereys hazer mas exequias) acabeys vuestro cuento. Es pues el caso, replicó Sancho, que estando los dos para assentarse à la mesa, que parece que aora los veo mas que nunca. Gran gusto recebían los Duques del disgusto que mostrava tomar el buen Religioso de la dilacion, y pausas con que Sancho contava su cuento, y Don Quixote se estava consumiendo en colera y en rabia. Digo assi, dixo Sancho, que estando como he dicho los dos para sentarse à la mesa, el labrador porfiava con el Hidalgo, que tomase la cabecera de la mesa, y el

Hidalgo porfirava tambien, que el labrador la tomase, porque en su casa se avia de hazer lo que el mandasse, pero el labrador que presumia de cortés y bien criado, jamas quiso hasta que el Hidalgo mohino, poniendole ambas manos sobre los ombros le hizo sentar por fuerza, diziendole: Sentaos maja granças, que adondequiera que yo me siente será vuestra cabecera, y este es el cuento: y en verdad que creo, que no ha sido aqui traydo fuera de proposito. Puso Don Quixote de mil colores, que sobre lo moreno le jaspeavan, y se le parecian: los Señores disimularon la risa, porque Don Quixote no acabasse de correrse, aviendo entendido la malicia de Sancho, y por mudar de platica, y hazer que Sancho no proseguiesse con otros disparates, preguntò la Duquesa à Don Quixote, que que nuevas tenia de la Señora Dulcinea, y que si le avia embiado aquellos dias algunos presentes de Gigantes, ò malandrines, pues no podia dexar de aver vencido muchos. A lo que Don Quixote respondió: Señora mia mis desgracias, aunque tuvieron principio, nunca tendrán fin, Gigantes he vencido, y follones, y malandrines le he embiado: pero adonde la avian de hallar, si está encantada, y buelta en la mas fea labradora que imaginarse puede? no sè, dixo Sancho Pança, à mi me parece la mas hermosa criatura del mundo, alomenos en la ligereza, ò en el brincar bien sè yo, que no dará ella la ventaja à un bolteador: à buena fe Señora Duquesa, assi salta desde el suelo sobre una borrica, como si fuera un gato. Aveysla visto vos encantada, Sancho? preguntò el Duque. Y como si la he visto, respondió Sancho, pues quien diablos sino yo fue el primero que cayò en el achaque del encantorio: tan encantada está como mi padre. El Eclesiastico, que

oyò dezir de Gigantes, de follones, y de encantos, cayò en la cuenta de que aquel devia de ser Don Quixote de la Mancha, cuya Historia leya el Duque de ordinario, y el se le avia reprehendido muchas vezes, diziendole, que era disparate leer tales disparates, y enterandose ser verdad lo que sospechava, con mucha colera, hablando con el Duque, le dixo: vuestra Excelencia, Señor mio, tiene que dar cuenta à nuestro Señor de lo que haze este buen hombre. Este Don Quixote, ò Don Tonto, ò como se llama, imagino yo, que no deve de ser tan mentecato como vuestra Excelencia quiere que sea, dandole ocasiones à la mano, para que lleve adelante sus sandezes, y vaziedades. Y bolviendo la platica à Don Quixote, le dixo: Y à vos alma de cantaro, quien os ha encaxado en el cerebro, que soys Cavallero andante, y que venceys Gigantes, y prendeys malandrines? andad en hora buena, y en tal se os diga: bolveos à vuestra casa, y criad vuestros hijos, si los teneys, y curad de vuestra hazienda, y dexad de andar vagando por el mundo papando viento, y dando que reyr à quantos os conocen, y no conocen. En donde nora mala tal aveys vos hallado, que huvo, ni ay aora Cavalleros andantes? donde ay Gigantes en España, ò malandrines en la Mancha, ni Dulcineas encantadas, ni toda la caterva de las simplicidades, que de vos se cuentan. Atento estuvo Don Quixote à las razones de aquel venerable varon, y viendo que ya callava, sin guardar respeto à los Duques, con semblante ayrado, y alborotado rostro se puso en pie, y dixo: Pero esta respuesta Capitulo por si merece.

CAPITULO XXXII.

De la respuesta que dió Don Quixote á su reprehension; con otros graves y graciosos sucesos.

LEvantado pues en pie Don Quixote, temblando de los pies á la cabeza como azogado, con prefurosa y turbada lengua dixo: El lugar donde estoy, y la presencia ante quien me hallo, y el respeto que siempre tuve, y tengo al estado que vuestra Merced professa, tienen, y atan las manos de mi justo enojo: y assi por lo que he dicho, como por saber, que saben todos, que las armas de los togados son las mismas que las de la muger, que son la lengua, entraré con la mia en yqual batalla con vuestra Merced, de quien se devia esperar antes buenos consejos, que infames vituperios, las reprehensiones santas y bien intencionadas otras circunstancias requieren, y otros puntos piden. Alomenos el averme reprehendido en publico, y tan asperamente, ha pasado todos los limites de la buena reprehension, pues las primeras mejor assientan sobre la blandura, que sobre la aspereza, y no es bien, que sin tener conocimiento del pecado que se reprehende, llamar al pecador sin mas ni mas mentecato, y tonto. Sino digame vuestra Merced por qual de las mentecaterias que en mi ha visto me condena, y vitupera; y me manda, que me vaya á mi casa á tener cuenta en el gobierno della, y de mi muger, y de mis hijos, sin saber si la tengo, ó los tengo: no ay mas sino atroche moche entrarse por las casas ajenas á gobernar sus dueños, y aviendose criado algunos en la estrechez de algun pupilage, sin

aver visto mas mundo, que el que puede contenerse en veynte, ó treynta leguas de distrito, meterse de rondon á dar leyes á la cavalleria, y á juzgar de los Cavalleros andantes: por ventura es assumpto vano, ó est tiempo mal gastado el que se gasta en vagar por el mundo, no buscando los regalos del, sino las asperezas, por donde los buenos suben al assiento de la inmortalidad? Si me tuvieran por tonto los Cavalleros, los magnificos, los generosos, los altamente nacidos, tuvialo por afrenta irreparable; pero de que me tengan por sandio los Estudiantes, que nunca entraron, ni pisaron las sendas de la cavalleria, no se me dá un ardite: Cavallero foy, y Cavallero he de morir, si plaze al Altissimo, unos van por el ancho campo de la ambicion sobervia, otros por el de la adulacion servil, y baxa, otros por el de la hipocrisia engañosa, y algunos por el de la verdadera Religion: pero yo inclinado de mi estrella voy por la angosta senda de la cavalleria andante, por cuyo exercicio desprecio la hazienda: pero no la honra; yo he satisfecho agravios, enderegado tuertos, castigado insolencias, vencido Gigantes, y atropellado vestiglos: yo soy enamorado, no mas de porque es forzoso, que los Cavalleros andantes lo sean, y siendolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los Platonicos continentes. Mis intenciones siempre las enderego á buenos fines, que son de hazer bien á todos, y mal á ninguno: si el que esto entiende, si el que esto obra, si el que desto trata merece ser llamado bobo, diganlo vuestras grandezas Duque, y Duquesa excelentes. Bien por Dios, dixo Sancho, no diga mas vuestra Merced, Señor y Amo en su abono, porque no ay mas que dezir, ni mas

mas que pensar, ni mas que perseverar en el mundo; y mas que negando este Señor, como ha negado, que no ha auido en el mundo, ni los ay Cavalleros andantes, que mucho que no sepa ninguna de las cosas que ha dicho. Por ventura, dixo el Eclesiastico, soys vos hermano aquel Sancho Pança, que dizen, à quien vuestro Amo tiene prometida una Insula? Si soy, respondió Sancho, y soy quien la merece tan bien como otro qualquiera, soy quien juntate à los buenos, y seràs uno dellos, y soy yo de aquellos no con quien naces, sino con quien paces, y de los quien à buen arbol se arrima buena sombra le cobija, yo me he arrimado à buen Señor, y ha muchos meses que ando en su compañía, y he de ser otro como èl. Dios queriendo, y viva èl, y viva yo, que ni à el le faltaran Imperios que mandar, ni à mi Insulas que gobernar. No porcierto, Sancho amigo, dixo à esta sazón el Duque, que yo en nombre del Señor Don Quixote os mando el gobierno de una que tengo de nones de no pequeña calidad. Hincate de rodillas, Sancho, dixo Don Quixote, y besa los pies à su Excelencia, por la merced que te ha hecho. Hizolo assi Sancho; lo qual visto por el Eclesiastico, se levantò de la mesa mohino à demas, diziendo, por el habito que tengo, que estoy por dezir, que estan sandio vuestra Excelencia, como estos pecadores, mirad sino han de ser ellos locos, pues los cuerdos canonizan sus locuras, quedese vuestra Excelencia con ellos, que en tanto que estuvieren en casa, me estarè yo en la mia, y me escusarè de reprehender lo que no puedo remediar: y sin dezir mas, ni comer mas se fue, sin que fuesen parte à detenerle los ruegos de los Duques, aunque el Duque no le dixo mucho, im-

pedido de la rifa, que su impertinente colera le avia cautado. Acabò de reyr, y dixo à Don Quixote: Vuestra Merced Señor Cavallero de los Leones, ha respondido par si tan altamente, que no le queda cosa por satisfazer deste, que aunque parece agravio, no lo es en ninguna manera, porque assi como no agravian las mugeres, no agravian los Eclesiasticos, como vuestra Merced mejor sabe. Assi es, respondió Don Quixote, y la causa es, que el que no puede ser agraviado, no puede agraviar à nadie. Las mugeres, los niños, y los Eclesiasticos, como no pueden defenderse, aunque sean ofendidos, no pueden ser afrentados, porque entre el agravio, y la afrenta ay esta diferencia, como mejor vuestra Excelencia sabe. La afrenta viene de parte de quien la puede hazer, y la haze, y la sustenta; el agravio puede venir de qualquiera parte sin que afrente. Sea exemplo: Està uno en la calle descuydado, llegan diez con mano armada, y dandole de palos pone mano à la espada, y haze su dever: pero la muchedumbre de los contrarios se le opone, y no le dexa salir con su intencion, que es de vengarse: este tal queda agraviado, pero no afrentado, y lo mesmo confirmará otro exemplo: Està uno buuelto de espaldas, llega otro, y dale de palos, y en dandose los huye, y no espera, y el otro le sigue, y no alcanza: este que recibió los palos, recibió agravio, mas no afrenta, porque la afrenta ha de ser sustentada. Si el que le diò los palos, aunque se los diò à hurta cordel, pusiera mano à su espada, y se estuviera quedando haziendo rostro à su enemigo, quedarà el apalado agraviado, y afrentado juntamente: agraviado, porque le dieron à traycion: afrentado, porque el que le diò sustentò lo que avia hecho, sin bolver las

las espaldas, y á pie quedo; y assi segun las leyes del maldito duelo, yo puedo estar agraviado, mas no afrentado, porque los niños no sienten, ni las mugeres, ni pueden huyr, ni tienen para que esperar, y lo mismo los constituydos en la sacra Religion, porque estos tres generos de gente carecen de armas ofensivas y defensivas, y assi aunque naturalmente esten obligados á defenderse, no lo estan para ofender á nadie: y aunque poco ha dixé, que yo pedia estar agraviado, ahora digo, que no en ninguna manera, porque quien no puede recibir afrenta, menos la puede dar: por las quales razones yo no debo sentir, ni siento las que aquel buen hombre me ha dicho; solo quisiera que esperara algun poco, para darle á entender en el error en que está en pensar y dezir, que no ha auido, ni los ay Cavalleros Andantes en el mundo, que si lo tal oyera Amadis, ó uno de los infinitos de su linage, yo sé que no le fuera bien á su Merced. Esto juro yo bien, dixo Sancho, cuchillada le huvieran dado que le abrieran de arriba abaxo como una granada, ó como á un melon muy maduro: bonitos eran ellos para sufrir semejantes cosquillas. Para mi fantiguada que tengo porcierto, que si Reynaldos de Montalvan huviera oydo estas razones al hombrecito, tapaboca le huviera dado, que no hablara mas en tres años; no fino tomarse con ellos, y viera como escapava de sus manos. Perecia de risa la Duquesa, en oyendo hablar á Sancho, y en su opinion le tenia por mas gracioso, y por mas loco que á su Amo, y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer. Finalmente Don Quixote le soslegò, y la comida se acabò, y en levantando los manteles llegaron quatro Donzellas, la una con una fuente de

plata, y la otra con un aguamanil, assimismo de plata, y la otra con dos blanquissimas y riquissimas toallas al ombro, y la quarta descubiertos los brazos hasta la mitad, y en sus blancas manos (que sin duda eran blancas) una redonda pella de jabon Napolitano. Llegò la de la fuente, y con gentil donayre y desemboltura encaxò la fuente debaxo de la barba de Don Quixote, el qual sin hablar palabra, admirado de semejante ceremonia, creyendo que devia ser usança de aquella tierra, en lugar de las manos lavar las barbas, y assi tendiò la tuya todo quanto pudo, y al mismo punto començò á llover el aguamanil, y la Donzella del jabon le mano las barbas con mucha priessa, levantando copos de nieve, que no eran menos blancas las jabonaduras, no solo por las barbas, mas por todo el rostro, y por los ojos del obediente Cavallero, tanto que se los hizieron cerrar por fuerza. El Duque y la Duquesa, que de nada desto eran sabidores, estavan esperando, en que avia de parar tan extraordinario lavatorio. La Donzella barbera quando le tuvo con un palmo de jabonadura, fingiò que se le avia acabado el agua, y mandò á la del aguamanil fuesse por ella, que el Señor Don Quixote esperaria. Hizole assi, y quedò Don Quixote con la mas extraña figura, y mas para hazer reyr que se podia imaginar. Miravanle todos los que presentes estavan, que eran muchos, y como le veyan con media vara de cuello, mas que mediamente moreno, los ojos cerrados, y las barbas llenas de jabon, fue gran maravilla, y mucha discrecion poder disimular la risa, las Donzellas de la burla tenian los ojos baxos, sin osar mirar á sus Señores: á ellos les retezava la colera y la risa en el cuerpo, y no sabian á que

à que acudir, ò à castigar el atrevimiento de las muchachas, ò darles premio por el gusto que recibian de ver à Don Quixote de aquella fuerte. Finalmente la Donzella del aguamanil vino, y acaban de lavar à Don Quixote, y luego la que traya las tohallas le limpiò, y le enxugò muy reposadamente, y haziendole todas quatro à la par una grande y profunda inclinacion y reverencia, se querian yr: pero el Duque, porque Don Quixote no cayese en la burla, llamo à la Donzella de la fuente, diziendole: Venid, y lavadme à mi, y mirad que no se os acabe el agua, la muchacha aguda y diligente llegó y puso la fuente al Duque como à Don Quixote, y dandose priessa le lavaron, y jabonaron muy bien, y dexandole enjuto y limpio, haziendo reverencias se fueron; despues se supo que avia jurado el Duque, que si à èl no le lavaron como à Don Quixote, avia de castigar su desemboltura, lo qual avian enmendado discretamente con averle à èl jabonado. Estava atento Sancho à las ceremonias de aquel lavatorio, y dixo entre si: Valame Dios! si será tambien usança en esta tierra lavar las barbas à los Escuderos como à los Cavalleros? Porque en Dios, y en mi anima que lo he bien menester, y aunque si me las rapassen à navaja lo tendria à mas beneficio. Que dezis entre vos Sancho? preguntò la Duquesa. Digo Señora, respondió èl, que en las Cortes de los otros Principes siempre he oydo dezir, que en levantando los manteles dan agua à las manos, pero no lexia à las barbas, y que por esso es bueno vivir mucho, por ver mucho, aunque tambien dicen, que el que larga vida vive mucho mal ha de passar, puesto que passar por un lavatorio destos antes es gusto que trabajo. No tengays pena, amigo Sancho, dixo

dixo la Duquesa, que yo harè que mis Donzellas os laven, y aun os metan en colada si fuere menester. Con las barbas me contento, respondió Sancho, por aora alomenos, que andando el tiempo Dios dixo lo que será. Mirad Maestresala, dixo la Duquesa, lo que el buen Sancho pide, y cumplidle su voluntad al pie de la letra. El Maestresala respondió, que en todo seria servido el Señor Sancho, y con esto se fue à comer, y llevó consigo à Sancho, quedandose à la mesa los Duques y Don Quixote, hablando en muchas y diversas cosas: pero todas tocantes al exercicio de las armas, y de la andante Cavalleria. La Duquesa rogò à Don Quixote, que le delineasse y descriviessè, pues parecia tener felice memoria, la hermosura y facciones de la Señora Dulcinea del Toboso, que segun lo que la famaregonava de su belleza, tenia por entendido, que devia de ser la mas bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha. Suspirò Don Quixote oyendo lo que la Duquesa le mandava, y dixo: Si yo pudiera sacar mi coraçon, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza, aqui sobre esta mesa, y en un plato, quitara el trabajo à mi lengua de dezirlo, que apenas se puede pensar, porque vuestra Excelencia la viera en el toda retratada: pero para que es ponerme yo aora a delinear y descrivir punto por punto, y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros ombros que de los mios, empresa en quien se devian ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes, y de Apeles, y los buriles de Lisipo, para pintarla y gravarla en tablas, en marmoles, y en bronce, y la Retorica Ciceroniana y Demostina para alabarla. Que quiere dezir Demostina, Señor Don Quixote? preguntò la Duquesa, que es vocablo q
no

no le oydo en todos los dias de mi vida. Retórica Demostina, respondió Don Quixote, es lo mismo que dezir, Retórica de Demostenes, como Cicero-
 miana de Cicero, que fueron los dos mayores Retóricos del mundo. Así es, dixo el Duque, y aveys
 andado deslumbrada en la tal pregunta: pero con
 todo esso nos daria gran gusto el Señor Don Quixote, si nos la pintasse, que á buen seguro que aunque sea
 en rasguño y bosquejo, que ella salga tal, que la tene-
 gan embidia las mas hermosas. Si hiziera porcierto,
 respondió Don Quixote, si no me la huviera borra-
 do de la idea la desgracia, que poco ha que le suce-
 dió, que es tal, que mas estoy para llorarla, que para
 describirla, porque avrán de saber vuestras grande-
 zas, que yendo los dias passados á besarle las manos,
 y á recibir su bendicion, beneplacito, y licencia para
 esta tercera salida, hallè otra de la que buscava, ha-
 llèla encantada, y convertida de Princesa en labra-
 dora, de hermosa en fea, de Angel en diablo, de
 olorosa en pestifera, de bien hablada en rustica, de
 reposada en brincadora, de luz en tinieblas, y final-
 mente de Dulcinea del Toboso en una villana de
 Sayago. Valame Dios! y dando una gran voz, dixo
 á este instante el Duque: Quien ha sido el que tan-
 to mal ha hecho al mundo? quien ha quitado del la-
 belleza que le alegrava? el donayre que le entrete-
 nia, y la honestidad que le acreditava? Quien? re-
 spondió Don Quixote, quien puede ser sino algun
 maligno encantador de los muchos indivisos que
 me persiguen. Esta raza maldita, nacida en el
 mundo para escurecer y aniquilar las hazañas de
 los buenos, y para dar luz, y levantar los fechos de
 los malos. Perseguido me han encantadores: en-
 cantadores me persiguen, y encantadores me per-
 seguir,

seguiran hasta dar conmigo, y con mis altas Cava-
 llerias en el profundo abismo del olvido, y en aque-
 lla parte me dañan y hieren, donde ven que mas lo
 siento, porque quitarle á un Cavallero andante su
 Dama, es quitarle los ojos con que mira, y el Sol con
 que se alumbra, y el sustento con que se mantiene.
 Otras muchas vezes lo he dicho, y aora lo vuelvo á
 dezir, que el Cavallero andante sin Dama, es como el
 arbol sin hojas, el edificio sin cimiento, y la sombra
 sin cuerpo de quien se cause. No ay mas que dezir,
 dixo la Duquesa: pero si con todo esso hemos de dar
 credito á la Historia que del Señor Don Quixote
 de pocos dias á esta parte ha salido á la luz del mun-
 do, con general aplauso de las gentes della, se colia-
 ge, si mal no me acuerdo, que nunca vuestra Mer-
 ced ha visto á la Señora Dulcinea, y que esta tal
 Señora no es en el mundo sino que es Dama fanta-
 stica que vuestra Merced la engendrò, y parió en su
 entendimiento, y la pintò con todas aquellas gracias
 y perfecciones que quiso. En esso ay mucho que de-
 zir, respondió Don Quixote, Dios sabe si ay Dul-
 cinea ò no en el mundo, ò si es fantástica, ò no es
 fantástica: y estas no son de las cosas cuya averi-
 guacion se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engen-
 drè, ni parì á mi Señora, puesto que la contemplo
 como conviene, que sea una Dama que contenga
 en si las partes que puedan hazerla famosa en todas
 las del mundo, como son hermosa sin tacha, grave
 sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida
 por cortès, cortès por bien criada, y finalmente al-
 ta por linage, á causa que sobre la buena sangre res-
 plandece, y campea la hermosura con mas grados de
 perfeccion que en las hermosas humildemente na-
 cidas. Así es, dixo el Duque: pero hame de dar li-
 cen-
 cia.

cencia el Señor Don Quixote, para que diga lo que me fuere a dezir la Historia que de sus hazañas he leydo, de donde se infiere, que puesto que se conceda que ay Dulcinea en el Toboso, o fuera de él, y que sea hermosa en el sumo grado que vuestra Merced nos la pinta, en lo de la alteza del linage no corre parajas con las Orianas, con las Alastrajarcas, con las Madafimas, ni con otras deste jaez, de quien estan llenas las historias, que vuestra Merced bien sabe. A esto puedo dezir, respondió Don Quixote, que Dulcinea es hija de sus obras, y que las virtudes adoban la sangre, y que en mas se ha de estimar y tener un humilde virtuoso, que un vicioso levantado: quanto mas que Dulcinea tiene un giron, que la puede llevar a ser Reyna de corona y cetro, que el merecimiento de una muger hermosa y virtuosa a hazer mayores milagros se estiende, y aunque no formalmente, virtualmente tiene en si encerradas mayores venturas. Digo, Señor Don Quixote (dixo la Duquesa) que en todo quanto vuestra Merced dize va con pie de plomo, y como suele dezirse, con la sonda en la mano, y que yo desde aqui adelante creeré y haré creer a todos los de mi casa, y aun al Duque mi Señor, si fuere menester, que ay Dulcinea en el Toboso, y que vive oy dia, y es hermosa, y principalmente nacida y merecedora que un tal Cavallero, como es el Señor Don Quixote, la sirva, que es lo mas que puedo, ni se encarecer. Pero no puedo dexar de formar un escrúpulo, y tener algun no sé que de ogeriza contra Sancho Pança: el escrúpulo es, que dize la historia referida, que el tal Sancho Pança halló a la tal Señora Dulcinea, quando de parte de vuestra Merced le llevó una epistola, ahechando un costal de trigo, y por mas señas dize,

dize, que era rubion cosa, que me haze dudar en la alteza de su linage. A lo que respondió Don Quixote: Señora mia, sabra la vuestra Grandeza, que todas, o las mas cosas que a mi me suceden, van fuera de los terminos ordinarios de las que a los otros Cavalleros andantes acontecen, o ya sean encaminadas por el querer inescrutable de los hados, o ya vengan encaminadas por la malicia de algun encantador envidioso: y como es cosa ya averiguada, que todos o los mas Cavalleros andantes y famosos, uno tenga gracia de no poder ser encantado, otro de ser de tan impenetrables carnes, que no pueda ser herido; como lo fue el famoso Roldan, uno de los doze Pares de Francia, de quien se cuenta, que no podia ser ferido, sino por la planta del pie yzquierdo, y que esto avia de ser con la punta de un alfiler gordo, y no con otra suerte de arma alguna; y assi quando Bernardo del Carpio le mató en Roncesvalles, viendo que no le podia llegar con fierro, le levanto del suelo entre los brazos, y le ahogó, acordandose entonces de la muerte que dió Hercules a Anteon, aquel feroz Gigante que dezian ser hijo de la tierra. Quiero inferir de lo dicho, que podria ser que yo tuviese alguna gracia destas, no del no poder ser ferido, porque muchas vezes la experiencia me ha mostrado que soy de carnes blandas, y no nada impenetrables, ni la de no poder ser encantado, que ya me he visto metido en una jaula, donde todo el mundo no fuera poderoso a encerrarme, si no fuera a fuerças de encantamientos: pero pues de aquel me libré, quiero creer que no ha de aver otro alguno que me empecae, y assi viendo estos encantadores que con mi persona no pueden usar de sus malas mañas, venganse en las cosas q mas quiero, y quieren quitarme la vida,

da, maltratando la de Dulcinea, por quien yo vivo; y assi creo que quando mi Escudero le llevò mi embaxada, se la convirtieron en villana, y ocupada en tan baxo exercicio como es el de ahechar trigo: pero ya tengo yo dicho, que aquel trigo ni era rubion, ni trigo, sino granos de perlas Orientales, y para prueba desta verdad quiero dezir à vuestras Magnitudes, como viniendo poco ha por el Tobofo jamàs pude hallar los palacios de Dulcinea, y que otro dia aviendola visto Sancho mi Escudero en su mesma figura, que es la mas bella del orbe, à mi me pareció una labradora tolea y fea, y no nada bien razonada, siendo la discrecion del mundo: y pues yo no estoy encantado, ni lo puedo estar, segun buen discurso, ella es la encantada, la ofendida, y la mudada, trocada, y trocrocada, y en ella se han vengado de mi mis enemigos, y por ella viviré yo en perpetuas lagrimas hasta verla en su pristino estado. Todo esto he dicho para que nadie repare en lo que Sancho dixo del cernido, ni del ahecho de Dulcinea, que pues à mi me la mudaron, no es maravilla que à él se la cambiasen. Dulcinea es principal, y bien nacida, y de los Hidalgos linages que ay en el Tobofo, que son muchos, antiguos, y muy buenos, à buen seguro que no le cabe poca parte à la fin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso, y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Caba, aunque con mejor titulo y fama: por otra parte quiero que entiendan vuestras Señorías, que Sancho Panga es uno de los mas graçiosos Escuderos que jamàs sirvió à Cavallero andante: tiene à vezes unas simplicidades tan agudas, que el pensar, si es simple, o agudo, cau-



PARTE SEGUNDA. LIBRO VI. 293

la no pequeño contento: tiene malicias que le condenan por vellaco, y descuydos que le confirman por bobo, duda de todo, y creelo todo: quando pienso que se va à despeñar de tonto, sale con unas discreciones que le levantan al cielo. Finalmente yo no le trocaria con otro El cidero, aunque me diessen de añadura una ciudad, y assi estoy en duda si será bien embiarle al gobierno de quien vuestra Grandeza le ha hecho merced, aunque veo en el una cierta aptitud para esto de gobernar, que atusandole tantico el entendimiento, se saldria con qualquiera gobierno, como el Rey con sus alcabalas; y mas que ya por muchas experiencias sabemos que no es menester, ni mucha habilidad, ni muchas letras para ser uno Governador, pues ay por ai ciento que apenas saben leer, y gobiernan como unos girifaltes; el toque està en que tengan buena intencion, y deseen acertar en todo, que nunca les faltará quien les aconseje, y encamine en lo que han de hazer, como los Governadores Cavalleros, y no letrados, que sentencian con Afessor. Aconsejariale yo, que ni tome cohecho, ni pierda derecho, y otras cofillas que me quedan en el estomago, que saldrán à su tiempo para utilidad de Sancho, y provecho de la Insula que gobernar. A este punto llegavan de su coloquio el Duque, y la Duquesa, y Don Quixote, quando oyeron muchas voces, y gran rumor de gente en el palacio, y à deshora entrò Sancho en la sala todo asustado, con un cernadero por babador, y tras él muchos moços, ó por mejor dezir, picaros de cocina, y otra gente menuda, y uno venia con un artesoncillo de agua, que en la color, y poca limpieza mostrava ser de fregar, seguiale, y perseguiale

T 3

le el de la artefa, y procurava con toda sollicitud ponerla y encaxarfe debaxo de las barbas, y otro picaro mostrava quererfe lavar. Que es esto hermanos? preguntó la Duquesa: que es esto? que quereys à esse buen hombre? como! y no confidays que està electo Governador? A lo que respondió el picaro Barbero: No quiere este Señor dexarse lavar como es usança, y como se la lavò el Duque mi Señor, y el Señor su Amo. Si quiero, respondió Sancho, con mucha colera: pero querria que fuesse con toallas mas limpias, con lexia mas clara, y con manos no tan sucias, que no ay tanta diferencia de mi à mi Amo, que à el le laven con agua de Angeles, y à mi con lexia de diablos: las usanças de las tierras, y de los palacios de los Principes, tanto son buenas, quanto no dan pesadumbre: pero la costumbre del lavatorio que aquí se usa, peor es que de diciplinantes. Yo estoy limpio de barbas, y no tengo necesidad de semejantes refrigerios, y el que se llegare à lavarme, ni à tocarme à un pelo de la cabeça (digo de mi barba) hablandò con el devido acatamiento, le darè tal puñada, que le dexè el puño engastado en los calcos, que estis tales ceremonias y javonaduras, mas parecen burlas, que gafajos de huespedes. Perecida de risa estava la Duquesa, viendo la colera, y oyendo las razones de Sancho: pero no diò mucho gusto à Don Quixote verle tan mal adeliñado con la jaspeada toalla, y tan rodeado de tantos entretenidos de cozina: y assi haziendo una profunda reverencia à los Duques, como que les pedia licencia para hablar, con voz reposada dixo à la canalla: Ola Señores Cavalleros, vuestras Mercedes dexen al mancebo, y buelvanse por donde vinieron, ò por otra parte,

te, si se les antojare, que mi Escudero es limpio tanto como otro; y essas artefillas son para el estrechas y penantes bucaros, tomen mi consejo, y dexeñe, porque ni el, ni yo sabemos de achaque de burlas. Cogióle la razon de la boca Sancho, y prosiguiò diciendo: No sino lleguense à hazer burla del mostrenco, que assi lo sufrirè como aora es de noche. Traygan aqui un peyne, ò lo que quisieren, y almoacenme estas barbas, y si sacaren dellas cosa que ofenda à la limpieza, que me trasquilen à cruces. A esta fazon, sin dexar la risa, dixo la Duquesa, Sancho Pança tiene razon en todo quanto ha dicho, y la tendrà en todo quanto dixere, el es limpio, y como el dize, no tiene necesidad de lavarse, y si nuestra usança no le contenta, su alma en su palma, quanto mas que vosotros ministros de la limpieza aveys andado demasiadamente de remisos, y descuydados, y no se si diga atrevidos, à traer à tal personage, y à tales barbas en lugar de fuentes, y aguamaniles de oro puro, y de Alemanas toallas, artefillas, y dornajos de palo, y rodillas de apeadores: pero en fin soys malos, y mal nacidos, y no podeys dexar, como malandrines, que soys de mostrar la ojeriza que teneys con los Escuderos de los andantes Cavalleros. Creyeron los apicarados ministros, y aun el Maestrefala que venia con ellos, que la Duquesa hablava de veras, y assi quitaron el cernadero del pecho de Sancho, y todos confusos, y casi corridos se fueron, y le dexaron, el qual viendose fuera de aquel, à su parecer, sumo peligro se fue à hincar de rodillas ante la Duquesa, y dixo, de grandes Señoras grandes mercedes se esperan: esta que la vuestra Merced oy me ha fecho, no puede pagarse con menos, sino es con desear verme armado Cavallero andante para ocuparme todos los dias

dias de mi vida en servir tan alta Señora. Labrador
 soy, Sancho Pança me llamo, casado soy, hijos ten-
 go, y de Escudero sirvo, si con alguna destas cosas
 puedo servir à vuestra Grandeza, menos tardarè yo
 en obedecer, que vuestra Señoria en mandar. Bien
 parece Sancho, respondió la Duquesa, que aveys
 aprendido à ser cortès en la escuela de la misma cor-
 tesia: bien parece quiero dezir, que os aveys criado à
 los pechos del Señor Don Quixote, que deve de ser
 la nata de los comedimientos, y la flor de las cere-
 monias, ò cirimonias, como vos dezis, bien aya tal
 Señor, y tal criado, el uno por norte de la andante
 Cavalleria, y el otro por estrella de la Escuderial fi-
 delidad; levantaos Sancho amigo, que yo satisfarè
 vuestras cortesias, con hazer que el Duque mi Señor
 lo mas presto que pudiere os cumpla la merced pro-
 metida del Gobierno. Con esto cesò la platica, y
 Don Quixote se fue à reposar la fiesta, y la Duquesa
 pidió à Sancho, que sino tenia mucha gana de dormir
 viniesse à passar la tarde con ella, y con sus Donze-
 llas en una muy fresca sala. Sancho respondió, que
 aunque era verdad que tenia por costumbre dormir
 quatro, ò cinco horas las fiestas del verano, que por
 servir à su bondad el procuraria con todas sus fuer-
 ças no dormir aquel dia ninguna, y vendria obe-
 diente à su mandado, y fuese: el Duque diò nuevas
 ordenes como se tratasse à Don Quixote, como à
 Cavallero andante, sin salir un punto del estilo, co-
 mo cuentan que se tratavan los antiguos Cavalleros.

LIBRO SEPTIMO Del Ingenioso Hidalgo DON QVIXOTE DE LA MANCHA.

CAPITULO XXXIII.

*De la sabrosa Platica que la Duquesa, y sus Don-
 zellas passaron con Sancho Pança, digna
 de que se lea, y de que se note.*



Uenta pues la Historia, que San-
 cho no durmiò aquella fiesta, sino que
 por cumplir su palabra vino en co-
 miendo à ver à la Duquesa, la qual
 con el gusto q̄ tenia de oyrle, le hizo
 sentar junto à si en una silla baxa, aunque Sancho de
 puro bien criado no queria sentarse: pero la Du-
 quesa le dixo: que se sentasse como Governador, y
 hablasse como Escudero, puesto que por entrambas
 cosas merecia el mismo escaño del Cid Ruy Dias
 Campeador. Encogió Sancho los ombros, obede-
 ció, y sentóse, y todas las Donzellas, y Dueñas de
 la Duquesa la rodearon atentas con grandissimo si-
 lencio à escuchar lo que diria: pero la Duquesa fue
 la que habló primero, diziendo: Ahora que estamos
 solos,

solos, y que aqui no nos oye nadie querria yo, que el Señor Governador me absolviessse ciertas dudas, que tengo, nacidas de la Hittoria que del gran Don Quixote anda ya impressa; una de las quales dudas es, que pues el buen Sancho nunca viò à Dulcinea, digo à la Señora Dulcinea del Toboso, ni le llevó la carta del Señor Don Quixote; porque se quedó en el libro de memoria en Sierra Torenna, como se atrevió à fingir la respuesta, y aquello de que la halló ahuchando trigo, siendo todo burla y mentira, y tan en daño de la buena opinion de la fin par Dulcinea, y todas que no vienen bien con la calidad, y fidelidad de los buenos Escuderos. A estas razones, sin responder con alguna, se levantò Sancho de la silla, y con passos quedos, el cuerpo agoviado, y el dedo puesto sobre los labios, anduvo por toda la sala levantando los doseles, y luego esto hecho se bolvió à sentar, y dixo: Aora Señora mia, que he visto, que no nos escucha nadie de solapa, fuera de los circunstantes, sin temor, ni sobrefalto responderè à lo que se me ha preguntado, y à todo aquello que se me preguntare: y lo primero que digo, es, que yo tengo à mi Señor Don Quixote por loco rematado, puesto que algunas vezes dize cosas, que à mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas, y por tan buen carril encaminadas, que el mismo Satanas no las podria dezir mejores: pero con todo esto verdaderamente, y sin escrupulo, à mi se me ha asentado, que es un mentecato. Pues como yo tengo esto en el magin, me atrevo à hazerle creer lo que no lleva pies, ni cabeza, como fue aquello de la respuesta de la carta, y lo de àvra seys, ò ocho dias, que aun no està en historia, conviene à saber, lo del encanto de mi Señor.

Señora Doña Dulcinea, que le he dado à entender que està encantada, no siendo mas verdad que por los cerros de Ubeda. Rogòle la Duquesa, que le contasse aquel encantamiento, ò burla. Y Sancho se lo contó todo del mismo modo que avia pasado, de que no poco gusto recibieron los oyentes, y prosiguiendo en su platica, dixo la Duquesa: de lo que el buen Sancho me ha contado, me anda brincando un escrupulo en el alma, y un cierto susurro llega à mis oydos, que me dize: Pues Don Quixote de la Mancha es loco, menguado, y mentecato; y Sancho Pança su escudero lo conoce, y con todo esto le sirve, y le sigue, y và atenido las vanas promesas suyas, sin duda alguna deve de ser el mas loco y tonto que su Amo: y siendo esto assi, como lo es, mal contado te será Señora Duquesa, si al tal Sancho Pança le das Insula que gobierne; porque el que no sabe governarse à si, como sabrà governar à otros? Por Dios Señora, dixo Sancho, que esse escrupulo viene con parto derecho! pero digale vuestra Merced, que hable claro, ò como quisiere, que yo conozco que dize verdad: que si yo fuera discreto, dias ha que aviade aver dexado à mi Amo: pero esta fue mi suerte, y esta mi mal andança, no puedo mas, seguir le tengo, somos de un mismo lugar, he comido su pan, quierole bien, es agrado, diòme sus pollinos, y sobre todo yo soy fiel, y assi es impossible, que nos pueda apartar otro suceso, que el de la pala y açadon: y si vuestra altanería no quisiere que se me dè el prometido gobierno, de menos me hizo Dios, y podria ser que el no darme le redundasse en pro de mi conciencia, que maguera tonto se me entienda aquel refran, de por su mal le nacieron alas à la hormiga; y aun podria ser

fer, que se fuesse man ayna Sancho escudero al eic-
lo, que no Sancho Governador. Tan buen pan
hazen aqui como en Francia, y de noche todos los
gatos son pardos: y assaz de desdichada es la per-
sona que à las dos de la tarde no se ha desayunado,
y no ay estomago que sea un palmo mayor que
otro, el qual se puede llenar, como suele dezirle,
de paja, ò de heno: y las avezitas del campo tienen
à Dios por su Proveedor, y Despensero: y mas ca-
lientan quatro varas de paño de Cuenca, que otras
quatro de limiste de Segovia, y al dexar este mun-
do, y meternos la tierra adentro, por tan estrecha
fenda va el Principe, como es jornalero; y no ocu-
pa mas pies de tierra el cuerpo del Papa, que el del
Sacristan, aunque sea mas alto el uno que el otro,
que al entrar en el hoyo todos mas ajustamos, y en-
cogemos, ò nos hazen ajustar, y encoger mal que
nos pese, y à buenas noches: y torno à dezir, que
si vuestra Señoria no me quisiere dar la Insula por
tonto, yo sabrè no darsela nada por discreto: y
yo he oydo dezir, que detras de la Cruz està el
diablo, y que no es oro todo lo que reluze, y que
de entre los buyes, arados, y coyundas sacaron al
labrador Bamba para ser Rey de España: y de en-
tre los brocados, passatiempos, y riquezas sacaron
à Rodrigo para ser comido de culebras (si es que
las trobas de los Romances antiguos no mienten.)
Y como que no mienten, dixo à esta sazón Doña
Rodríguez la dueña que era una de las escuchantes,
que un Romance ay que dize, que metieron al Rey
Rodrigo vivo vivo en una tumba llena de sapos, cu-
lebras, y lagartos, y que de allí à dos dias dixo el Rey
desde dentro de la tumba, con voz doliente y ba-
xa, ya me comen, ya me comen por do mas pecado
avia

avia, y segun esto mucha razon tiene este Señor
en dezir, que quiere mas ser labrador, que Rey,
sile han de comer tabandijas. No pudo la Duque-
sa tener la risa, oyendo la simplicidad de su dueña,
ni dexo de admirarse en oyr las razones y refranes
de Sancho, à quien dixo: Ya sabe el buen San-
cho, que lo que una vez promete un Cavallero,
procura cumplirlo, aunque le cueste la vida. El
Duque mi Señor, y marido, aunque no es de los
andantes, no por esso dexa de ser Cavallero, y
assi cumplirá la palabra de la prometida Insula, à
pesar de la invidia, y de la malicia del mundo.
Estè Sancho de buen animo, que quando menos
lo piense, se verá sentado en la silla de su Insula, y
en la de su estado, y empuñará su Gobierno, que
con otro de brocado de tres altos lo defeche. Lo
que yo le encargo es, que mire como gobierna sus
Vassallos, advirtiendole que todos son leales, y
bien nacidos. Esso de gobernarlos bien, respondiò
Sancho, no ay para que encargarmelo, porque
yo soy caritativo de mio, y tengo compassion de
los pobres, y à quien cueze y amasa no le hurtes
hogaza: y para mi fantiguada que no me han de
echar dado falso: soy perro viejo, y entiendo todo
tus, tus, y sè despavilarme à sus tiempos, y no
consiento, que me anden musarañas ante los ojos,
porque sè donde me aprieta el capato: digolo, por-
que los buenos tendrán conmigo mano, y conca-
vidad, y los malos nupie, ni entrada. Y parece-
me à mi, que en esto de los Gobiernos todo es co-
mençar, y podria ser que à quinze dias de Gover-
nador me comiesse las manos tras el oficio, y su-
piesse mas dèl, que de la labor del campo en que
me he criado. Vosteneys razon, Sancho, dixo la
Du-

Duquesa, que nadie nació enseñado, y de los hombres se hazen los Obispos, que no de las piedras: pero bolviendo à la platica, que poco ha tratavamos del encanto de la Señora Dulcinea, tengo por cosa cierta, y mas que averiguada, que aquella imaginacion que Sancho tuvo de burlar à su Señor, y darle à entender, que la labradora era Dulcinea, y que si su Señor no la conocia, devia de ser por estar encantada, toda fue invencion de alguno de los encantadores, que al Señor Don Quixote le persiguen, porque real y verdaderamente, yo sé de buena parte, que la villana que dió el brinco sobre la pollina, era y es Dulcinea del Toboso; y que el buen Sancho pensando ser el engañador, es el engañado, y no ay poner mas duda en esta verdad, que en las cosas que nunca vimos: y sepa el Señor Sancho Pança, que tambien tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que passa por el mundo pura y senzillamente, sin enredos, ni maquinas; y creame Sancho, que la villana brincadora era, y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió, y quando menos nos pensemos, la avemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive. Bien puede ser todo esto, dixo Sancho Pança, y agora quiero creer lo que mi Amo cuenta de lo que vió en la cueva de Montesinos, donde dize, que vió à la Señora Dulcinea del Toboso en el mesmo traje, y habito que yo dixe que la avia visto, quando la encanté por solo mi gusto; y todo deviò de ser al reves, como vuestra Merced, Señora mia, dize: porque de mi ruyn ingenio no se puede, ni deve presumir, que fabricasse en un instante tan agudo embuste, ni creo yo, que mi

Amo

Amo es tan loco, que con tan flaca, y magra perfunccion, como la mia, creyese una cosa tan fuera de todo termino: pero Señora, no por esto será bien, que vuestra bondad me tenga por malevolo, pues no está obligado un porro, como yo, à taladrar los pensamientos, y malicias de los pessimos encantadores: yo fingí aquello por escaparme de las riñas de mi Señor Don Quixote, y no con intencion de ofenderle; y si ha salido al reves, Dios está en el cielo, que juzga los coragones. Así es la verdad, dixo la Duquesa: pero digame agora Sancho, que es esto que dize de la cueva de Montesinos, que gustaria saberlo? Entonces Sancho Pança le contó punto por punto lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo qual la Duquesa, dixo, deste suceso se puede inferir, que pues el gran Don Quixote dize, que vió allí à la mesma labradora, que Sancho vió à la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea; y que andan por aqui los encantadores muy listos, y demasiadamente curiosos. Esto digo yo, dixo Sancho Pança, que si mi Señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño, que yo no me tengo de tomar yo con los enemigos de mi Amo, que deven de ser muchos, y malos: verdad sea, que la que yo vi, fue una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué; y si aquella era Dulcinea, no ha de estar à mi cuenta, ni ha de correr por mí, ò sobre ello morena. No sino andense à cada triquete conmigo, à dime, y direte Sancho lo dixo, Sancho lo hizo, Sancho tornò, y Sancho bolviò, como si Sancho fuese algun quien quiera, y no fuese el mismo Sancho Pança, el que anda ya en libros por esse mundo adelante, segun me dixo Sancho Carrasco, que por lo menos

es persona Bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir, sino es quando se les antoja, o les viene muy à cuento, assi que no ay para que nadie se tome conmigo, y pues que tengo buena fama, y segun oy dezir à mi Señor, que mas vale el buen nombre, que las muchas riquezas, encaxenme esse Gobierno, y verán maravillas, que quien ha sido buen Escudero, será buen Governador. Todo quanto aqui ha dicho el buen Sancho, dixo la Duquesa, son sentencias Catonianas, o por lo menos sacadas de las mesmas entrañas del mismo Micaél Verino, *florentibus occidit annis*. En fin, en fin, hablando à su modo, debaxo de mala capa, fuele aver buen bevedor. En verdad Señora, respondió Sancho, que en mi vida he bevido de malicia, con sed bien podria ser, porque no tengo nada de hipocrita, bevo quando tengo gana, y quando no la tengo, y quando me lo dan, por no parecer o melindroso, o mal criado, que à un brindis de un amigo, que coraçon ha de aver tan de marmol, que no haga la razon: pero aunque las calço, no las enfuzio; quanto mas que los Escuderos de los Cavalleros andantes casi de ordinario beven agua, porque siempre andan por florestas, selvas, y prados, montañas, y riscos, sin hallar una misericordia de vino, si dan por ella un ojo. Yo lo creo assi, respondió la Duquesa, y por aora vayase Sancho à repasar que despues hablaremos mas largo, y daremos orden como vaya presto à encaxarse, como el dize, aquel gobierno. De nuevo le besò las manos Sancho à la Duquesa, y le suplicò le hiziesse merced de que se huviesse buena cuenta con su Ruzio, porque era la lumbré de sus ojos. Que Ruzio es este? preguntò la Duquesa. Mi asno, respondió Sancho, que por

no nombrarle con este nombre le suelo llamar el Ruzio: y à esta Señora Dueña le roguè quando entrè en este castillo, tuviesse cuenta con él; y azoròse de manera, como si la huviera dicho que era fea, o vieja, deviendo ser mal proprio y natural de las Dueñas pensar jumentos, que autorizar las salas. O valame Dios! y quan mal estava con estas Señoras un Hidalgo de mi lugar. Seria algun villano, dixo Doña Rodriguez la dueña, que si él fuera Hidalgo, y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la Luna. Agora bien, dixo la Duquesa, no aya mas, calle Doña Rodriguez, y sossieguese el Señor Panga, y quedese à mi cargo el regalo del Ruzio, que por ser ahaja de Sancho, le pondré yo sobre las niñas de mis ojos. En la cavalleriza batta que estè, respondió Sancho, que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni él, ni yo somos dignos de estar solo un momento, y assi lo consentiria yo como dar-me de puñaladas; que aunque dize mi Señor, que en las cortesias antes se ha de perder por carta de mas, que de menos: en las jumentiles, y asninas se ha de yr con el compas en la mano, y con medido termino. Llevele, dixo la Duquesa, Sancho al gobierno, y allà le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo. No pienso vuestra Merced, Señora Duquesa, que ha dicho mucho, dixo Sancho, que yo he visto yr mas de dos asnos à los Gobiernos, y que llevassé yo el mio no sería cosa nueva. Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa y el contento, y embiandole à repasar, ella fue à dar cuenta al Duque de lo que con el avia pasado, y entre los dos dieron traga y orden de hazer una burla à Don Quixote, que fuesse famosa; y viniessé bien con el estilo Cavalleresco, en el qual le bizi-

con muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande Historia se contienen.

CAPITULO XXXIV.

Que cuenta de la noticia que se tuvo de como se avia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas deste Libro.

GRande era el gusto que recibian el Duque y la Duquesa de la conversacion de Don Quixote, y de la de Sancho Pança, y confirmandole en la intencion que tenian de hazerles algunas burlas que llevassen vislumbres, y apariencias de aventuras. Tomaron motivo de la que Don Quixote ya les avia contado de la cueva de Montesinos, para hazerle una que fuese famosa: pero de lo que mas la Duquesa se admirava, era, que la simplicidad de Sancho fuese tanta, que huviesse venido à creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviesse encantada, aviendolo sido el mesmo el encantador, y el embustero de aquel negocio: y assi aviendolo dado orden à sus criados de todo lo que avian de hazer, de alli à seys dias le llevaron à caga de monteria, con tanto aparato de moneros y caçadores como pudiera llevar un Rey coronado. Dieronle à Don Quixote un vestido de monte, y à Sancho otro verde de finissimo paño: pero Don Quixote no se le quiso poner, diciendo, que otro dia avia de bolver al duro exercicio

cicio de las armas, y que no podia llevar consigo guardaropas, ni reposternas. Sancho si tomó el que le dieron, con intencion de venderle en la primera ocasion que pudiesse. Llegado pues el esperado dia, armose Don Quixote, vistiose Sancho, y encima de su Ruzio, que no le quiso dexar aunque le davan un cavallo, se metió entre la tropa de los moneros: la Duquesa salió bizarramente adereçada, y Don Quixote de puro cortès y comedido tomó la riqueza de su palafren, aunque el Duque no queria consentirlo, y finalmente llegaron à un bosque que entre dos altissimas montañas estava, donde tomados los puestos, parangas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caga con grande estruendo, grita y vozeria, de manera que unos à otros no podian oyrse, assi por el ladrido de los perros, como por el son de las bozinas. Apeose la Duquesa, y con un agudo venablo en las manos se puso en un puesto por donde ella sabia que solian venir algunos javalies. Apeose asimismo el Duque y Don Quixote, y pusieronse à sus lados, Sancho se puso detras de todos, sin apearse del Ruzio, à quien no osara desamparar, por que no le sucediesse algun desman, y apenas avian tendido el pie, y puesto en ala con otros muchos criados suyos, quando acorado de los perros, y seguido de los caçadores, vieron que azia ellos venia un desmesurado javali, cruxiendo dientes y colmillos, y arrojando espuma por la boca, y en viendole embrazando su escudo, y puesta mano à su espada, se adelantó à recebirle Don Quixote, lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero à todos se adelantara la Duquesa, si el Duque no se lo estorvara. Solo Sancho en viendo al valiente animal, desamparó al

Ruzio, y dió à correr quanto pudo, y procurando subirse sobre una alta encina, no fue possible; antes estando ya à la mitad del asido de una rama, quando subir à la cima, fue tan corto de ventura, y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el ayre asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo; y viendo así, y que el sayo verde se le rasgava, y pareciendole, que si aquel fiero animal allí llegava, le podia alcanzar, comenzó à dar tantos gritos; y à pedir socorro, con tanto ahinco, que todos los que le oyan, y no le veyan, creyeron que estava entre los dientes de alguna fiera. Finalmente el colmilludo javali quedó atravesado de las cuchilladas de muchos venablos, que se le pusieron delante; y bolviendo la cabeza Don Quixote à los gritos de Sancho, que ya por ellos le avia conocido, viole pendiente de la encina, y la cabeza abaxo, y al Ruzio junto à él, que no le desamparó en su calamidad: y dize Cide Hamete, que pocas vezes vió à Sancho Pança sin ver al Ruzio, ni al Ruzio sin ver à Sancho; tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardavan. Llegó Don Quixote, y descolgó à Sancho, el qual viéndose libre, y en el suelo, miro lo desgarrado del sayo del monte, y pesole en el alma, que pensó que tenía en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al javali poderoso sobre una azemila, y cubriendole con matas de romero, y con ramas de mirto, le llevaron como en señal de vitoriosos despojos à unas grandes tiendas de campaña, que en la mitad del bosque estavan puestas, donde hallaron las mesas en orden, y la comida aderezada tan sumptuosa y grande, que se echava bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la dava. Sancho mostraba

strando las llagas à la Duquesa de su roto vestido, dixo: Si esta caza fuera de liebres, ó de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este estremo: no sé que gusto se recibe de esperar à un animal, que si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida: yo me acuerdo aver oydo cantar un Romance antiguo, que dize: De los olos seas comido como Rabila el nombrado. Este fue un Rey Godo, dixo Don Quixote, que yendo à caza de montería le comió un oso. Esto es lo que yo digo, respondió Sancho, que no querria yo que los Principes y los Reyes se pusiesen en semejantes peligros, à trueco de un gusto, que parece que no lo avia de ser, pues consiste en matar à un animal que no ha cometido delito alguno. Antes os engañays Sancho, respondió el Duque, porque el exercicio de la caza de monte es el mas conveniente y necesario para los Reyes y Principes que otro alguno. La caza es una imagen de la guerra; ay en ella estratagemas, astucias, insidias, para vencer a su salvo al enemigo, padecense en ella frios grandísimos, y calores intolerables, menoscabase el ocio y el sueño, corrobóranse las fuerças, agilitanse los miembros del que la usa, y en resolucion es exercicio que se puede hacer sin perjuyzio de nadie, y con gusto de muchos, y lo mejor que tiene es, que no es para todos, como lo es el de los otros generos de caza, excepto el de la bolateria, que tambien es solo para Reyes, y grandes Señores. Así que, d Sancho, mudad de opinion, y quando seays Governador ocupaos en la caza, y vereys como os vale un pan por ciento. Eso no, respondió Sancho, el buen Governador la pierna quebrada, y en casa: bueno seria que viniesen los negociantes à buscarle fatigados, y él estu-

viess en el monte holgandose, assi en hora mala andaria el Gobierno. Masè Señor la caga y los passatiempos mas han de ser para los holgaganes, que para los Governadores: en lo que yo pienso entretenerme es, en jugar al triunfo embidado las Pascuas, y à los bolos los Domingos y fiestas, que essas cagas, ni cagos no dizen con mi condicion, ni hazen con mi conciencia. Plega à Dios Sancho que assi sea, porque del dicho al hecho ay gran trecho. Aya lo que huviere, replicò Sancho, que al buen pagador no le duelen prendas, y mas vale al que Dios ayuda, que al que mucho madruga, y tripas llevan pies, que no pies à tripas, quiero dezir, que si Dios me ayuda, y yo hago lo que devo con buena intencion, sin duda que governarè mejor que un gerifalte; no fino ponganme el dedo en la boca, y veràn si aprieto, ò no. Maldito seas de Dios, y de todos sus Santos, Sancho maldito, dixo Don Quixote, y quando serà el dia como otras muchas vezes he dicho, donde yo te vea hablar sin refranes una razon corriente y concertada. Vuestras Grandezas dexten à este tonto, Señores mios, que les molerà las almas, no solo puestas entre dos, sino entre dos mil refranes, traydos tan à sazón, y tan à tiempos quanto le dè Dios à èl la salud, ò à mi si los querrà escuchar. Los refranes de Sancho Pança, dixo la Duquesa, puesto que son mas que los del Comendador Griego, no por esso son menos de estimar, por la brevedad de las sentencias. De mi sè dezir, que me dån mas gusto que otros, aunque sean mejor traydos, y con mas sazón acomodados. Con estos, y otros entretenidos razonamientos salieron de la tienda al bosque, y en requerir algunas parangas y presto se les passò el dia, y se les vino la noche, y

no tan clara, ni tan sesga como la sazón del tiempo pedia, que era en la mitad del verano: pero un cierto claro escuro, que traxo consigo ayudò mucho à la intencion de los Duques: assi como començò à anochecer un poco mas adelante del escrupulo, à deshora pareció, que todo el bosque por todas quatro partes se ardia, y luego se oyeron por aqui, y por alli, y por acà, y por aculla infinitas cornetas y otros instrumentos de guerra, como de muchas tropas de Cavalleria, que por el bosque passava: la luz del fuego, el son de los belicos instrumentos casi cegaron, y atronaron los ojos, y los oydos de los circunstantes, y aun de todos los que en el bosque estavan. Luego se oyeron infinitos leliles al uso de Moros, quando entran en las batallas, sonaron trompetas y clarines, retumbaron tambores, resonaron pifaros, casi todos à un tiempo, tan continuo, y tan apriessa, que no tuviera sentido el que no quedara sin el al son confuso de tantos instrumentos: Pasmòse el Duque, suspendiòse la Duquesa, admiròse Don Quixote, temblò Sancho Pança: y finalmente, aun hasta los mesmos sabidores de la causa se espantaron: con el temor les cogió el silencio, y un postillon, que en trage de demonio les passò por delante, tocando en vez de corneta, un hueco y desmesurado cuerno, que un ronco y espantoso son despedia. Ola hermano correo, dixo el Duque, quien soys, adonde vays, y que gente de guerra es la que por este bosque parece que atraviesa. A lo que respondiò el correo con voz horrisona y defenadada: Yo soy el diablo, voy à buscar à Don Quixote de la Mancha, la gente que por aqui viene son seys tropas de encàtadores, que sobre un carro triunfante traen à la fin par Dulcinea del

Toboso, encantada viene con el gallardo Frances Montefinos, à dar orden à Don Quixote, de como ha de ser desencantada la tal Señora. Si vos fuerades diablo como dezis, y como vuestra figura muestra, ya huvierades conocido al tal Cavallero Don Quixote de la Mancha, pues le teneys delante. En Dios y en mi conciencia, respondió el diablo, que no mirava en ello, porque traygo en tantas cosas divertidos los pensamientos, que de la principal à que venia, se me olvidava. Sin duda, dixo Sancho, que este demonio deve de ser hombre de bien, y buen Christiano, porque à no serlo, no jurara en Dios y en mi conciencia. Ahora yo tengo para mi, que aun en el mesmo infierno deve de aver buena gente. Luego el demonio sin apearfe, encaminando la vista à Don Quixote, dixo: A ti el Cavallero de los Leones (que entre las garras dellos te vea yo) me embia el desgraciado, pero valiente Cavallero Montefinos, mandandome, que de su parte te diga, que le esperes en el mismo lugar que te topare, à causa que trae consigo à la que llaman Dulcinea del Toboso, con orden de darte, la que es menester para desencantarla, y por no ser para mas mi venida, no ha de ser mas mi estada: los demonios como yo queden contigo, y los Angeles buenos con estos Señores; y en diziendo esto tocò el desafortado cuerno, y bolvió las espaldas, y fué sin esperar respuesta de ninguno. Renovóse la admiracion en todos, especialmente en Sancho, y Don Quixote: en Sancho en ver que à despecho de la verdad, querian que estuviesse encantada Dulcinea; en Don Quixote, por no poder asegurarse, si era verdad, ó no lo que le avia pasado en la cueva de Montefinos: y estando elevado en estos pensamientos, el Duque le

le dixo: piensa vuestra Merced esperar, Señor Don Quixote? Pues no, respondió el, aqui esperaré intrepido, y fuerte, si me viniesse à embestir todo el infierno. Pues si yo veo otro diablo, y oygo otro cuerno como el pasado, assi esperaré yo aqui como en Flandes, dixo Sancho. En esto se cerrò mas la noche, y comengaron à discurrir muchas luzes por el bosque, bien assi como discurren por el cielo las exhalaciones secas de la tierra, que parecen à nuestra vista estrellas que corren: oyóse assimismo un espantoso ruydo, al modo de aquel que se causa de las ruedas macizas que suelen traer los carros de bueyes, de cuyo chirio aspero, y continuado se dize, que huyen los lobos, y los osos, si los ay por donde pasan. Añadióse à toda esta tempestad otra, que las aumentò todas, que fue, que parecia verdaderamente que à las quatro partes del bosque se estavan dando à un mismo tiempo quatro rencuentros, ó batallas; porque alli sonava el duro estruendo de espantosa artilleria; acullà se disparavan infinitas escopetas; cerca casi sonavan las voces de los combatientes; lexos se reiteravan los lillies Agarenos. Finalmente las cornetas, los cuernos, las bozinas, los clarines, las trompetas, los tambores, la artilleria, los arcabuzes, y sobre todo el temeroso ruydo de los carros formavan todos juntos un son tan confuso, y tan horrendo, que fue menester que Don Quixote se valiesse de todo su coraçon, para sufrirle: pero el de Sancho vino à tierra, y diò con el desmayado en las faldas de la Duquesa, la qual le recibió en ellas, y à gran priessa mandò, que le echassen agua en el rostro. Hizose assi, y el bolvió en su acuerdo à tiempo que ya un carro de las rechinantes ruedas llegava à aquel puesto, tiravale quatro perezosos bucyes

bueyes todos cubiertos de paramentos negros, en cada cuerno trayan atada y encendida una grande hacha de cera, y encima del carro venia hecho un asiento alto, sobre el qual venia sentado un venerable viejo con una barba mas blanca que la misma nieve, y tan luenga, que le passava de la cintura, su vestidura era una ropa larga de negro vocazi, que por venir el carro lleno de infinitas luzes se podia bien divisar, y discernir todo lo que en el venia, guayando dos feos demonios vestidos del mismo vocazi con tan feos rostros, que Sancho aviendolos visto una vez cerró los ojos por no verlos otra. Llegando pues el carro a yqualar al puesto, se levantó de su alto asiento el viejo venerable, y puesto en pie, dando una gran voz, dixo: Yo soy el sabio Lirgandeo, y passo el carro adelante, sin hablar mas palabra. Tras este passo otro carro de la misma manera con otro viejo entronizado, el qual haziendo que el carro se detuviesse, con voz no menos grave que el otro, dixo: Yo soy el sabio Alquife, el grande amigo de Urganda la desconocida, y passo adelante: luego por el mismo continente llegó otro carro: pero el que venia sentado en el trono, no era viejo como los demas, sino hombron robusto, y de mala catadura, el qual al llegar, levantandose en pie como los otros, dixo con voz mas ronca, y mas endiablada: Yo soy Arcalaus, el encantador, enemigo mortal de Amadis de Gaula, y de toda su parentela: y passo adelante poco desviados de alli hizieron alto estos tres carros, y cesó el enfadoso ruydo de sus ruedas, y luego se oyó otro no ruydo, sino un son de una suave y concertada musica formado, con que Sancho se alegró, y lo tuvo a buena señal, y assi dixo a la Duquesa, de quien un punto, ni un passo se apartava: Señora, donde

donde ay musica, no puede aver cosa mala. Tampoco donde ay luzes y claridad, respondió la Duquesa. A lo que replicó Sancho, luz da el fuego, y claridad las hogueras, como lo vemos en las que nos cercan, y bien podria ser, que nos abrasassen: pero la musica siempre es indicio de regozijos y de fiestas. Ello dirá, dixo Don Quixote, que todo lo escuchava, y dixo bien, como se muestra en el Capitulo siguiente:

CAPITULO XXXV.

Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote del desencanto de Dulcinea, con otros oidos admirables sucesos.

AL compaz de la agradable Musica vieron, que ázia ellos venia un carro de los que llaman Triunfales, tirado de seys mulas pardas, encubiertas empero de lienço blanco, y sobre cada una venia un disciplinante de luz, asimesmo vestido de blanco, con una hacha de cera grande encendida en la mano: era el carro dos vezes, y aun tres mayor que los passados, y los lados, y encima del ocupavan otros doze disciplinantes albos como la nieve, todos con sus hachas encendidas, vista que admirava, y espantava juntamente, y en un levantado trono venia sentada una Ninfa vestida de mil velos de tela de plata, brillando por todos ellos infinitas hojas de argenteria de oro, que la hacian, sino rica, alomenos vistosamente vestida, trayá el rostro cubierto con un transparente y delicado

do sendal, de modo que sin impedirlos sus lizos, por entre ellos se descubria un hermosissimo rostro de Donzella, y las muchas luzes davan lugar para distinguir la belleza, y los años, que al parecer no llegavan à veynte, ni baxavan de diez y siete: junto à ella venia una figura vestida de una ropa de las que llaman rozagantes hasta los pies, cubierta la cabeça con un velo negro: pero al punto que llegó el carro à estar frente à frente de los Duques, y de Don Quixote, cesò la Musica de las chimerias, y luego la de las harpas, y laudes que en el carro sonavan; y levantandose en pie la figura de la ropa, la apartò à entrambos lados, y quitandose el velo del rostro, descubrió patentemente ser la mesma figura de la muerte, descarnada, y fea, de que Don Quixote recibió pesadumbre, y Sancho miedo, y los Duques hizieron algun sentimiento temeroso. Algada, y puesta en pie esta Muerte viva, con voz algo dormida, y con lengua no muy despierta, començo à dezir desta manera:

To soy Merlin, aquel que las Historias

Dizen, que tuve por mi padre al diablo,

Mentira autorizada de los tiempos,

Principe de la Magica, y Monarca,

T archivo de la ciencia Zoroastrica,

Emulo à las edades, y à los siglos,

Que solapan pretenden las haz añas

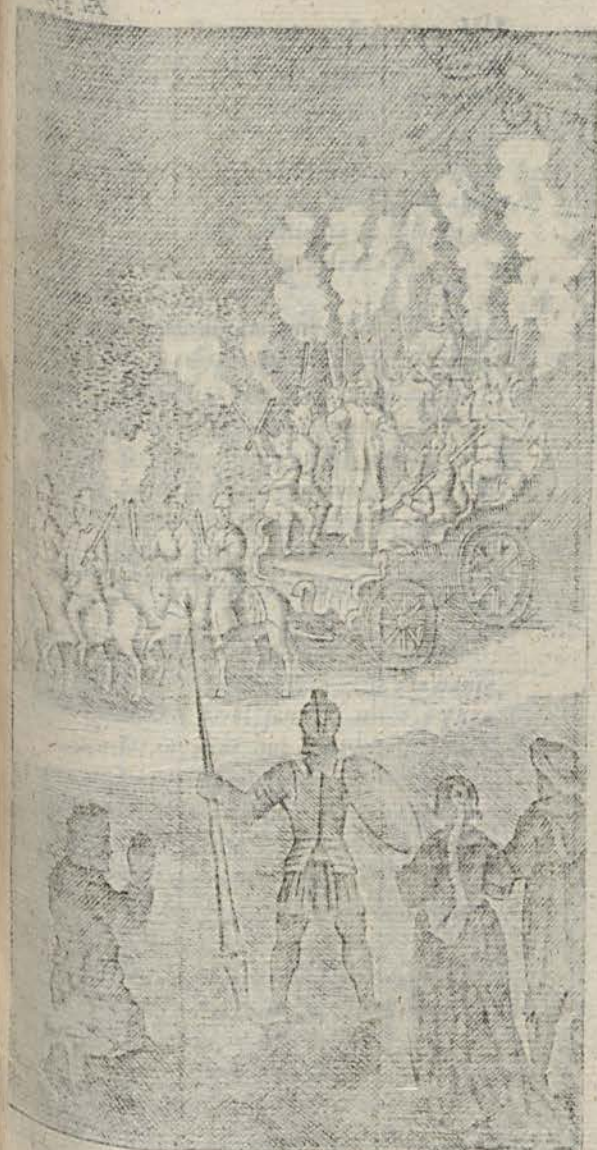
De los andantes bravos Cavalleros,

A quien yo tuve, y tengo gran cariño.

T puesto que es de los encantadores,

De los Magòs, ò Magicos continuo

Dura la condicion, aspera, y fuerte,





parte 11.

PARTE SEGUNDA. LIBRO VII. 317.

La mia es tierna, blanda, y amorosa,
Y amiga de hazer bien à todas gentes.
En las cavernas lobregas de Dite,
Donde estava mi alma entretenida;
En formar ciertos rombos y carateres,
Llego la voz doliente de la bella,
Y sin par Dulcinea del Toboso.

Supe su encantamiento, y su desgracia,
Y su trasformacion de gentil Dama
En rustica aldeana, condolime,
Y encerrando mi espiritu en el buco
De esta espantosa y fiera notomia,
Despues de aver rebuelto cien mil libros
De esta mi ciencia endemoniada, y torpe,
Vengo à dar el remedio que conviene
A tamaño dolor, à mal tamaño.

O tu gloria y honor de quantos vislen
Las tunicas de azero, y de diamante,
Luz, y farol, sendero, norte, y guya
De aquellos, que dexando el torpe sueño,
Y las ociosas plumas se acomodan
A usar el exercicio intolerable
De las sangrientas y pesadas armas:
A ti digo ó Varon, como se dice,
Por jamas alabado, à ti valiente.

Juntamente y discreto Don Quixote
De la Mancha esplendor, de España estrella,
Que para recobrar su estado primo,
La sin par Dulcinea del Toboso,
Es menester que Sancho tu Escudero
Se de tres mil azotes, y trecientos

*En ambas sus valientes posaderas,
Al ayre descubiertas, y de modo,
Que le escuezan, le amarguen, y le enfaden,
En esto se resuelven todos quantos
De su desgracia han sido los Autores,
Y à esto es mi venida, mis Señores.*

Voto à tal, dixo à esta fazon Sancho, no digo tres mil agotes, però assi me darè yo tres, como tres puñaladas: valate el diablo por modo de desencantar, yo no sè que tienen que ver mis posas con los encantos? Par Dios, que si el Señor Merlin no ha hallado otra manera como desencantar à la Señora Dulcinea del Toboso, encantada se podrá yr à la sepultura. Tomaros he yo, dixo Don Quixote; Don villano, harto de ajos, y amarraros he à un árbol desnudo, como vuestra madre os parió, y no digo yo tres mil, y trecientos, sino seys mil y seiscientos agotes os darè tan bien pegados, que no se os caygan à tres mil, y trecientos tirones, y no me repliqueys palabra, que os arrancare el alma. Oyendo lo qual Merlin, dixo, no ha de ser assi, porque los agotes que ha de recibir el buen Sancho, han de ser por su voluntad, y no por fuerza, y en el tiempo que el quisiere, que no se le pone termino señalado: però permitesele, que si el quisiere redimir su vexacion, por la mitad deste vapulamiento, puede dexar, que se los dé agena mano, aunque sea algo pesada. Ni agena ni propia, ni pesada, ni por pesar, replicò Sancho, à mi no me ha de tocar alguna mano: parì yo por ventura à la Señora Dulcinea del Toboso, para que paguen mis posas lo que pecaron sus ojos? El Señor mi Amo si, que es parte saya, pues la llama à cada

cada passo mi vida, mi alma, sustento, y arrimo suyos; se puede, y deve acotar por ella, y hazer todas las diligencias necesarias por su desencanto. Però acotarme yo, abernuncio. Apenas acabo de dezir esto Sancho, quando levantandose en pie la argentada Ninfa, que junto al espiritu de Merlin venia, quitandose el futilvelo del rostro, le descubrió, tal, que à todos pareció mas que demasidamente hermoso, y con un desenfadado varonil, y con una voz no muy adamada, hablando derechamente con Sancho Panga, dixo: O malaventurado Escudero, alma de cantaro, coraçon de alcornoque, de entrañas guygeñas, y apedernaladas, si te mandaran, ladron de iuella caras, que te arrojaras de una alta torre al suelo, si te pidieran enemigo del genero humano, que te comieras una dozena de sapos, dos de lagartos, y tres de culebras: si te persuadiesen à que mataras à tu muger, y à tus hijos con algun truculento y agudo alfange, no fuera maravilla que te mostraras melindroso, y esquivo: però hazer caso de tres mil y trecientos agotes, que no ay niño de la dotrina por ruyn que sea, que no se los lleve cada mes, admira, adarva, espanta à todas las entrañas piadosas de los que lo escuchan, y aun las de todos aquellos que lo vinièren à saber con el discurso del tiempo: pon o miserable y endurecido animal: pon digo estos tus ojos de machuelo espantadizo en las niñas destos mios, comparados à rutilantes estrellas, y veraslos llorar hilo a hilo, y madexa à madexa, haziendo surcos, carreras, y sendas por los hermosos campos de mis mexillas. Muevate focarron, y mal intencionado monstruo, que la edad tan florida mia, que aun se esta todà via en el diez, y de los años, pues tengo





go diez y nueve, y no llegó à veynte, se confusióme y marchita debaxo de la corteza de una rustica labradora, y si aora no lo parezco, es merced particular, que me ha hecho el Señor Merlin, que está presente, solo porque te enternezca mi belleza, que las lagrimas de una afligida hermosura buieven en algodón los riscos, y los tigres en ovejas. Date, date en estas carnazas bestion indomito, y saca de haron esse brio, que à solo comer, y mas comer te inclina, y pon en libertad la lisura de mis carnes, la manledumbre de mi condicion, y la belleza de mi faz: y si por mi no quieres ablandarte, ni reducirte à algun razonable termino, hazlo por esse pobre Cavallero, que à tu lado tienes, por tu Amo digo, de quien estoy viendo el alma, que la tiene atravesada en la garganta, no diez dedos de los labios, que no espera sino tu rigida ò blanda respuesta, ò para salirse por la boca, ò para bolverse al estomago.

Tentóse, oyendo esto, la garganta Don Quixote, y dixo bolviendose al Duque: Por Dios Señor, que Dulcinea ha dicho la verdad! que aqui tengo el alma atravesada en la garganta, como una nuez de ballesta. Que dezis vos à esto Sancho, preguntò la Duquesa? Digo Señora, respondió Sancho, lo que tengo dicho, que de los agotes abrenuncio. Abrenuncio aveys de dezir Sancho, y no como dezis, dixo el Duque. Dexeme vuestra Grandeza, respondió Sancho, que no estoy agora para mirar en fofilezas, ni en letras mas à menos, porque me tienen tan turbado estos agotes, que me han de dar, ò me tengo de dar, que no sé lo que me digo, ni lo que me hago: pero querria yo saber de la Señora mi Señora Doña Dulcinea del Toboso, ¿donde

donde aprendió el modo de rogar que tiene, viene à pedirme, que me abra las carnes à agotes; y llámame alma de cantaro, y bestion indomito, con una tira mira de malos nombres, que el diablo los sufra. Por ventura son mis carnes de bronce? ò vame à mi algo en que se desfencante, ò no? que canasta de ropa blanca, de camisas, de tocadores, y de escarpines (aunque no los gasto) trae delante de si para ablandarme, sino un vituperio, y otro, sabiendo aquel refran que dicen por ài, que un asno cargado de oro subeligerò por una montaña, y que dadivas quebrantan peñas, y à Dios rogando, y con el mago dando, y que mas vale un toma, que dos te daré. Pues el Señor mi Amo, que avia de traerme la mano por el céfiro, y halagarme para que yo me hiziesse de lana, y de algodón cardado, dize, que si me coge me anarrará desnudo à un arbol, y me doblará la parada de los agotes: y avian de considerar estos lastimados Señores, que no solamente piden que se agote un Escudero, sino un Governador; como quien dize, beve con guindas, aprendan, aprendan mucho de en hora mala à saber rogar, y à saber pedir, y à tener criança, que no son todos los tiempos unos, ni están los hombres siempre de un buen humor: estoy yo aora rebenfando de pena, por ver mi sayo verde roto; y vienen à pedirme, que me agote de mi voluntad, estando ella tan agena dello, como de bolverme Cazi-que. Pues en verdad, amigo Sancho, dixo el Duque, que sino os ablandays mas que una breva matura, que no aveys de empuñar el Gobierno. Bueno sería, que yo embiasse à mis Insulanos un Governador cruel de entrañas pedernalinas, que no se doblega à las lagrimas de las afligidas Donzellas,

ni á los ruegos de discretos imperiosos, y antiguos encantadores, y sabios. En resolucion, Sancho, ó vos aveys de ser agotado, ó os han de agotar, ó no aveys de ser Gobernador. Señor, respondió Sancho, no se me darian dos dias de termino para pensar lo que me está mejor? No en ninguna manera, dixo Merlin, aqui en este instante; y en este lugar ha de quedar asentado lo que ha de ser deste negocio, ó Dulcinea bolverá á la cueva de Montesinos, y á su pristino estado de labradora; ó ya en el ser que está, será llevada á los Elisos campos, donde estará esperando se cumpla el numero del vapule. Ea, buen Sancho, dixo la Duquesa, buen animo, y buena correspondencia al pan que aveys comido del Señor Don Quixote, á quien todos devemos servir, y agradar por su buena condicion, y por sus altas Cavallerias. Dad el si hijo, desta agotayna, y vayate el diablo para diablo, y el temor para mezquino, que un buen coraçon quebranta mala ventura, como vos bien sabeys. A estas razones, respondió con estas disparatadas Sancho, que hablando con Merlin, le preguntó: Dígame vuestra Merced, Señor Merlin, quando llegó aqui el diablo correo, y dió á mi Amo un recado del Señor Montesinos, mandandole de su parte, que le esperasse aqui, porque venia á dar orden de que la Señora Doña Dulcinea del Toboso se desencantasse, y hasta agora no hemos visto á Montesinos, ni á sus semejanzas. A lo qual respondió Merlin: El diablo, amigo Sancho, es un ignorante, y un grandissimo vellaco, yo le embié en busca de vuestro amo: Pero no con recado de Montesinos, sino mio; porque Montesinos se está en su cueva, entendiendo, ó por mejor dezir, esperando su desencan-

encanto; que aun le falta la cola por defollar, si os deve algo, ó teneyd alguna cosa que negociar con él, yo os lo traeré; y pondré donde vos mas quisierdes: y por agora acabad de dar el si desta disciplina, y creedme; que os será de mucho provecho, así para el alma, como para el cuerpo: para el alma por la caridad con que la hareys; para el cuerpo; porque yo sé que soys de complexion sanguinea; y no os podrá hazer daño sacaros un poco de sangre. Muchos Medicos ay en el mundo, hasta los encantadores son Medicos; replicó Sancho: pero pues todos me lo dizen; aunque yo no me lo veo, digo que soy contento de darme los tres mil y treientos agotes; con condicion que me los tengó de dar cada y quando que yo quisiere; sin que se me ponga tasa en los dias; ni en el tiempo; y yo procuraré salir de la deuda lo mas presto que sea posible; porque goze el mundo de la hermosura de la Señora Doña Dulcinea del Toboso, pues segun parece; al revés de lo que yo pensava, en efeto es hermosa. Ha de ser tambien condicion, que no he de estar obligado á sacarme sangre con la disciplina; y que si algunos agotes fueren de mosquito, se me han de tomar en cuenta. Iten, que si me errare en el numero, el Señor Merlin, pues lo sabe todo, ha de tener cuydado de contarlos; y de avisarme los que me faltan, ó los que me sobran. De los sobrados no avrá que avisar; respondió Merlin, porque llegando al cabal numero, luego quedará de improprio desencantada la Señora Dulcinea, y vendrá á buscar, como agradecida, al buen Sancho, y á darle gracias; y aun premios por la buena obra. Así que no ay de que tener escrupulo de las sobras, ni de las faltas; ni el cielo permita que yo engañe á

nadie, aunque sea un pelo de la cabeza. Ea pues á la mano de Dios, dixo Sancho, y consiento en mi mala ventura, digo que yo acepto la penitencia con las condiciones apuntadas. Apenas dixo estas ultimas palabras Sancho, quando bolvió á sonar la Música de las chirimias, y le bolvieron á disparar infinitos arcabuzes; y Don Quixote se colgo del cuello de Sancho, dandole mil besos en la frente, y en las mejillas. La Duquesa, y el Duque, y todos los circunstantes dieron muestras de aver recibido grandissimo contento, y el carro comenzó á caminar, y al passar, la hermosa Dulcinea inclinó la cabeza á los Duques, y hizo una gran reverencia á Sancho: y ya en esto se venia á mas andar el alva alegre y riueña, las florezillas de los campos se descollavan, y erguyan, y los liquidos cristales de los arroyuelos murmurando por entre blancas y pardas guijas, ivan á dar tributo á los rios que las esperavan, latieran alegre, el cielo claro, el ayre limpio, la luz serena, cada uno por si, y todos juntos davan manifestas señales, que el dia, que el aurora venia pisando las faldas, avia de ser sereno y claro. Y satisfechos los Duques de la caza, y de aver conseguido su intencion tan discreta y felizmente, se bolvieron á su castillo, con presupuesto de segundar en sus burlas, que para ellos no avia veras, que mas gusto les diesen.

CAPITULO XXXVI.

Donde se cuenta la estrecha, y jamas imaginada aventura de la Dueña Dolorida (aliàs) de la Condesa Trifaldi; con una Carta, que Sancho Pança escribió á su muger Teresa Pança.

Tenia un Mayordomo el Duque de muy burlesco, y desenfadado ingenio, el qual hizo la figura de Merlin, y acomodó todo el aparato de la aventura pasada, compuso los versos, y hizo, que un Page hiziesse á Dulcinea. Finalmente con intervencion de sus Señores, ordenó otra del mas gracioso y extraño artificio que puede imaginarse. Preguntó la Duquesa á Sancho otro dia, si avia comenzado la tarea de la penitencia, que avia de hazer por el desencanto de Dulcinea; dixo que si, y que aquella noche se avia dado cinco açotes. Preguntóle la Duquesa, que con que se los avia dado, respondió, que con la mano. Esto, replicó la Duquesa, mas es darse de palmadas, que de açotes; yo tengo para mi, que el sabio Merlin no estará contento con tanta blandura, menester será, que el buen Sancho haga alguna diciplina de abrojos, ó de las de canelones, que se dexen sentir, porque la letra con sangre entra, y no se ha de dar tan barata la libertad de una tan gran Señora, como lo es Dulcinea, por tan poco precio. A lo que respondió Sancho, dème vuestra Señoría alguna diciplina, ó ramal conveniente, que yo me daré con el, como no me duela demasiado; porque hago saber á vuestra Merced, que aunque soy rustico, mis carnes tienen mas de algodón, que de esparto; y no será bien, que

que yo me descrie por el provecho ageno. Sea en buena hora, respondió la Duquesa, yo os daré mañana un diciplina, que os venga muy al justo, y se acomode con la ternura de vuestras carnes, como si fueran sus hermanas propias. A lo que dixo Sancho: Sepa vuestra Alteza, Señora mia, que yo tengo escrita una carta à mi muger Teresa Pança, dándole cuenta de todo lo que me ha sucedido despues que me apartè della, aqui la tengo en el seno, que no le falta mas de ponerle el sobreescrito, querria que vuestra discrecion la leyessè, porque me parece que và conforme à lo de Governador, digo al modo que deven de escrivir los Governadores. Y quien la notò, preguntò la Duquesa? Quien la avia de notar sino yo, pecador de mi, respondió Sancho? Y escripta la vos, dixo la Duquesa? Ni por pienso, respondió Sancho, porque yo no sè leer, ni escrivir, puesto que sè firmar. Veámosla, dixo la Duquesa, que à buen seguro, que vos mostreys en ella la calidad, y suficiencia de vuestro ingenio. Sacò Sancho una carta abierta del seno, y tomandola la Duquesa, viò que dezia desta manera.

*Carta de Sancho Pança à Teresa Pança
su muger.*

Si buenos açotes me davan, bien Cavallero me syva, si buen Gobierno me tengo, buenos açotes me cuesta. Esto no lo entenderás tu, Teresa mia, por agora, otra vez lo sabrás: has de saber, Teresa, que tengo determinado, que andes en coche, que es lo que haze al caso, porque todo otro andar, es andar à gatas. Mugèr de un Governador eres, mira si te roeja nadie los cantajos: ài te cmbio un vestido verde de

de caçador, que medio mi Señora la Duquesa, acomodale en modo que sirva de saya, y cuerpos à nuestra hija. Don Quixote mi Amo, segun he oido dezir en esta tierra, es un loco cuerdo, y un mentecato gracioso, y què yo no le voy en zaga. Hemos estado en la cueva de Montesinos, y el sabio Merlin ha echado mano de mi para el desencanto de Dulcinea del Toboso, que por allà se llama Aldonça Lorenzo, con tres mil y trecientos açotes menos cinco, que me he de dar, quedará desencantada como la madre que la parió. No dirás desto nada à nadie, porque pon lo tuyo en consejo, y unos diràn que es blanco, y otros que es negro. De aqui à pocos dias me partirè al Gobierno, adonde voy con grandissimo deseo de hazer dineros, porque me han dicho, que todos los Governadores nuevos van con este mesmo deseo, tomarèle el pulso, y avisarete, si has de venir à estar con conmigo, ò no. El Ruzio està bueno, y se te encomienda mucho, y no le pienso dexar, aunque me llevaran à fer gran Turco. La Duquesa mi Señora te besa mil vezes las manos, buélvele el retorno con dos mil, que no ay cosa que menos cueste, ni valga mas barata, segun dize mi Amo, que los buenos comedimientos: no ha sido Dios servido de depararme otra maleta con otros cien escudos, como la de marras: però no te dè pena, Teresa mia, que en salvo està el que repica, y todo saltará en la colada del Gobierno, sino que me ha dado gran pena, que me dicen, que si una vez le pruebo, que me tengo de comer las manos tras el, y si assi fuese, no me costaria muy barato, aunque los estropeados y mancos ya se tienen su Canongia en la limosna que piden: assi que por una via, ò por otra tu has de ser rica y de buena ventura. Dios te la dè como

no puede, y a mi me guarde para servirte. Deste castillo a veynte de Julio 1614.

Tu marido el Governador

SANCHO PANÇA.

En acabando la Duquesa de leer la carta, dixo à Sancho. En dos cosas anda un poco descaminado el buen Governador; la una en dezir, ò dar à entender, que este Gobierno se le han dado por los açotes que se ha de dar, sabiendo èl, que no lo puede negar, que quando el Duque mi Señor se le prometió, no se soñava aver açotes en el mundo; la otra es, que se muestra en ella muy codicioso, y no queria que pregano fuesse; porque la codicia rompe el saco, y el Governador codicioso haze la justicia desgobernada. Yo no lo digo por tanto Señora, respondió Sancho, y si à vuestra Merced le parece que la tal carta no va como ha de yr, no ay sino rasgarla; y hazer otra nueva, y podria ser, que fuesse peor, si me lo dexan à mi caletre. No, no, replicó la Duquesa, buena està esta, y quiero que el Duque la vea. Con esto se fueron à un jardin donde avian de comer aquel dia, mostrò la Duquesa la carta de Sancho al Duque, de que recibió grandissimo contento. Comieron, y despues de alçado los manteles, y despues de averse entretenido un buen espacio con la sabrosa conversacion de Sancho, à deshora se oyó el son tristissimo de un pifaro, y el de un tronco y destemplado tambor, todos mostraron alborotarse con la confusa, marcial y triste armonia, especialmente Don Quixote, que no cabia en su asiento de puro alborotado. De Sancho no ay que dezir, sino que el miedo le llevó à su costumbre do refugio, que era el lado, o faldas de la Duquesa.

la, porque real; y verdaderamente el son que se escuchava era tristissimo, y melancolico. Y estando todos assi suspensos, vieron entrar por el jardin adelante dos hombres vestidos de luto, tan luengo y tendido, que les arrastrava por el suelo, estos venian tocando dos grandes tambores, assimismo cubiertos de negro: à su lado venia el pifaro negro y pizmiento como los demas, seguia à los tres un perionage de cuerpo algantado, amantado, no que vestido con una negrissima loba, cuya falda era assimismo deiaforada de grande: por encima de la loba le ceñia, y atravesava un ancho tabeli tambien negro, de quien pendia un desmesurado alfange de guarniciones, y vayna negra. Venia cubierto el rostro con un transparente velo negro, por quien se entreparecia una longissima barba blanca, como la nieve. Movia el passo al son de los tambores, con mucha gravedad, y reposo. En fin su grandeza, su contoneo, su negrura, y su acompañamiento pudiera, y pudo suspender à todos aquellos que son conocerle, le miraron. Llegó pues con el espacio, y profospeya referida, à hincarse de rodillas ante el Duque, que en pie con los demas que alli estavan le atendia: Pero el Duque en ninguna manera le consintió hablar, hasta que se levantasse. Hizolo assi el espantojo prodigioso, y puesto en pie, alçó el antifaz del rostro, y hizo patente la mas horrenda, la mas larga, la mas blanca, y mas poblada barba que hasta entonces humanos ojos avian visto; y luego desencaxó, y arrancó del ancho y dilatado pecho una voz grave y sonora, y poniendo los ojos en el Duque, dixo: Altissimo y poderoso Señor, à mi me llaman Trifaldin èl de la barba blanca, soy Escudero de la Condesa Trifaldi,

si, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, de parte de la qual traygo à vuestra grandeza una embaxada, y es que la vuestra Magnificencia sea servida de darla facultad y licencia, para entrar à dezirle su cuyta, que es una de las mas nuevas, y mas admirables que el mas cuytado pensamiento del orbe pueda aver pensado: y primero quiere saber, si està en este vuestro castillo el valeroso y jamas vencido Cavallero Don Quixote de la Mancha, en cuya busca viene, à pie y sin desayunarse desde el Reyno de Candaya, hasta este vuestro Estado, cosa que se puede, y deve tener à milagro, ò à fuerça de encantamiento, ella queda à la puerta desta fortaleza, ò casa de campo, y no aguarda para entrar, sino vuestro beneplacito, dixè, y tosiò luego, y manoseòse la barba de arriba abaxo con entrambas manos, y con mucho sosiego estuvo atendiendo la respuesta del Duque, que fue: Ya buen Escudero Trifaldin de la blanca barba, ha muchos dias que tenemos noticia de la desgracia de mi Señora la Condesa Trifaldi, à quien los encantadores la hazen llamar la Dueña Dolorida: bien podeys estupendo Escudero dezirle, que entre, y que aqui està el valiente Cavallero Don Quixote de la Mancha, de cuya condicion generosa puede prometerse con seguridad todo amparo, y toda ayuda, y assi mismo le podreys dezir de mi parte, que si mi favor le fuere necesario, no le ha de faltar, pues ya me tiene obligado à darfele el ser Cavallero, à quien es anexo, y concerniente favorecer à toda fuerte de mugeres, en especial à las Dueñas viudas menoscabadas, y doloridas, qual lo deve estar su Señoria. Oyendo lo qual Trifaldin inclinò la rodilla hasta el suelo, y haziendo al pifaro, y tambores

señal que tocassen al mismo son, y al mismo passo que avia entrado, se bolviò à salir del jardin, dexando à todos admirados de su presencia, y compostura. Y bolviendose el Duque à Don Quixote, le dixo: En fin famoso Cavallero, no pueden las tinieblas de la malicia, ni de la ignorancia encubrir, y escurecer la luz del valor, y de la virtud. Digo esto, porque apenas ha seys dias que la vuestra bondad està en este castillo, quando ya os vienen à buscar de lueñas y apartadas tierras, y no en carroças, ni en dromedarios, sino à pie, y en ayunas, los tristes, los afligidos, confiados que han de hallar en este fortissimo braço el remedio de sus cuytas, y trabajos, merced à vuestras grandes hazañas, que corren, y rodean todo lo descubierto de la tierra. Quisiera yo, Señor Duque, respondiò Don Quixote, que estuviera aqui presente aquel bendito Religioso, que à la mesa el otro dia mostrò tener tan mal talante, y tan mala ojeriza contra los Cavalleros andantes, para que viera por vista de ojos, si los tales Cavalleros son necesarios en el mundo: tocara por lo menos con la mano, que los extraordinariamente afligidos, y desconsolados, en casos grandes, y en desdichas inormes no van à buscar su remedio à las casas de los letrados, ni à la de los Sacristanes de las aldeas, ni al Cavallero que nunca ha acertado à salir de los terminos de su lugar, ni al peregrino Cortesano, que antes busca nuevas para referirlas y contarlas, que procura hazer obras y hazañas, para que otros las cuenten, y las escrivan: el remedio de las cuytas, el socorro de las necessidades, el amparo de las Donzellas, el consuelo de las viudas en ninguna suerte de personas se halla mejor que en los Cavalleros andantes, y de serlo yo, doy

doy infinitas gracias al cielo, y doy por muy bien empleado qualquier desman y trabajo que en este tan honroso exercicio pueda sucederme. Venga esta Dueña, y pida lo que quisiere, que yo libraré su remedio en la fuerza de mi brazo, y en la intrepida resolución de mi animoso espíritu.

CAPITULO XXXVII.

Donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida.

EN estremo se holgaron el Duque y la Duquesa, de ver quan bien yva respondiendo à su intencion Don Quixote, y à esta fazon dixo Sancho: No querria yo que esta Señora Dueña pudiesse algun tropieço à la promesa de mi Gobierno: porque yo he oydo dezir à un Boticario Toledano, que hablava como un filguero, que donde interviniessen Dueñas, no podia suceder cosa buena. Valame Dios, y que mal estava con ellas el tal Boticario, de lo que yo fago, que pues todas las Dueñas son enfadosas, è impertinentes, de qualquiera calidad y condicion que sean, que seran las que son doloridas, como han dicho que es esta Condesa Tres faldas, ò Tres colas? que en mi tierra faldas y colas, colas y faldas, todo es uno. Calla Sancho amigo (dixo Don Quixote) que pues esta Señora Dueña de tan luénes tierras viene à buscarme, no deve ser de aquellas que el Boticario tenia en su numero, quanto mas que esta es Condesa, y quando las Condesas sirven de Dueñas, será sirviendo à Reynas, y à Emperatrices

zes, que en sus casas son Señorissimas, que se sirven de otras Dueñas. A esto respondió Doña Rodriguez, que se halló presente: Dueñas tiene mi Señora la Duquesa en su servicio, que pudieran ser Condesas, si la fortuna quisiera; pero allà van leyes do quieren Reyes, y nadie diga mal de las Dueñas, y mas de las antiguas y Donzellas, que aunque yo no lo soy, bien se me alcanza, y se me trasluze, la ventaja que haze una Dueña Donzella à una Dueña viuda, y quien à nosotras trasquiló las tixeras le quedaron en la mano. Con todo esto, replicó Sancho, ay tanto que trasquilan en las Dueñas, según mi Barbero, quanto será mejor no menear el atroz, aunque se pegue. Siempre los Escuderos, respondió Doña Rodriguez, son enemigos nuestros, que como son duendes de las antefalas, y nos ven à cada passo, los ratos que no rezan (que son muchos) los gastan en murmurar de nosotras, desenterrandonos los huesos, y enterrandonos la fama. Pues mandoles yo à los leños movibles, que mal que les pese hemos de vivir en el mundo, y en las casas principales, aunque muramos de hambre, y cubramos con un negro mongil nuestras delicadas, ò no delicadas carnes, como quien cubre, ò tapa un muladar con un tapiz un dia de procession. A fe que si me fuera dado, y el tiempo lo pidiera, que yo diera à entender, no solo à los presentes, sino à todo el mundo, como no ay virtud que no se encierre en una Dueña. Yo creo, dixo la Duquesa, que mi buena Doña Rodriguez tiene razon, y muy grande: pero conviene que aguarde tiempo para bolver por si, y por las demas Dueñas, para confundir la mala opinion de aquel mal Boticario, y desarraygar la que tiene en su pecho el gran Sancho Pança. A lo que Sancho respondió:

Des-

Despues que tengo humos de Governador se me han quitado los vaguydos de Escudero, y no se me dà por quantas Dueñas ay un cabrahigo. Adelante passaran con el coloquio ditiñesco, si no oyeran que el pifaro, y los tambores bolvian à sonar; por donde entendieron, que la Dueña Dolorida entrava: preguntò la Duquesa al Duque, si seria bien yr à recibirla, pues era Condesa, y persona principal. Por lo que tiene de Condesa, respondió Sancho, antes que el Duque respondiesse, bien estoy en que vuestras Grandezas salgan à recibirla: pero por lo de Dueña, soy de parecer, que no se muevan un passo. Quien te metè à ti en esto, Sancho? dixo Don Quixote. Quien Señor? respondió Sancho, yo me meto, que puedo meterme; como Escudero que ha aprendido los términos de la cortesía en la escuela de vuestra Merced, que es el mas cortès, y bien criado Cavallero que ay en toda la corteñia, y en estas colas, segun he oydo dezir à vuestra Merced, tanto se pierde por carta de mas, como por carta de menos, y al buen entendedor pocas palabras. Assi es, como Sancho dize, dixo el Duque, veremos el talle de la Condesa, y por èl tantearemos la corteña que se le deve. En esto entraron los tambores, y el pifaro, como la vez primera. Y aqui con este breve Capitulo diò fin el Autor, y començò el otro siguiendo la mesma aventura, que es una de las mas notables de la Historia.

CAPITULO XXXVIII.

Donde se cuenta la que diò de su mala andança la Dueña Dolorida.

DEtras de los tristes músicos començaron à entrar por el jardin adelante hasta cantidad de doze Doñas, repartidas en dos hileras, todas vestidas de unos mongiles anchos, al parecer de anascote batanado, con unas tocas blandas de delgado canequi, tan luengas, que solo el ribete del mongil descubrian. Tras ellas venia la Condesa Trifaldi, à quien traya de la mano el Escudero Trifaldin de la blanca barba, vestida de finissima y negra vayeta por frisar, que à venir frisada, descubriera cada grano del grandor de un garvango de los buenos de Martos: la cola, ò falda (ò como llamarla quisieren) era de tres puntas, las cuales se sustentavan en las manos de tres Pages, asimismo vestidos de luto, haziendo una vistosa y matematica figura con aquellos tres angulos acutos que las tres puntas formavan, por lo qual cayeron todos los que la falda puntiaguda miraron, que por ella se devia llamar la Condesa Trifaldi, como si dixessimos, la Condesa de las tres faldas: y assi dize Benengeli, que fue verdad, y que de su proprio apellido se llama la Condesa Lobuna, à causa que se criavan en su Condado muchos lobos, y que si como eran lobos fueran zorras, la llamaran la Condesa Zarruna, por ser costumbre en aquellas partes tomar los Señores la denominacion de sus nombres de la cosa, ò cosas en que mas sus Estados abundan: empero esta Condesa por favorecer la nuevedad de

de su falda dexò la Lobuna, y tomò el Trifaldi. Venian las doze Dueñas, y la Señora à passo de procession, cubiertos los rostros con unos velos negros, y no transparentes, como el de Trifaldin, sino tan apretados que ninguna cosa se trasluzian. Assi como acabò de parecer el dueñesco esquadron, el Duque, la Duquesa y Don Quixote se pusieron en pie, y todos aquellos que la espaciosa procession miravan. Pararon las doze Dueñas, y hizieron calle, por medio de la qual la Dolorida se adelantò, sin dexarla de la mano Trifaldin: viendo lo qual el Duque, la Duquesa, y Don Quixote, se adelantaron obra de doze passos à recibirla. Ella puesta las rodillas en el suelo, con voz antes basta y ronca, que sutil y delicada, dixo: Vuestras Grandezas sean servidas de no hazer tanta cortesía à este su criado, digo à esta su criada; porque segun soy de Dolorida, no acertarè à responder à lo que devo, à causa que mi esotraña, y jamas vista desdicha me ha llevado el entendimiento, no sé adonde, y deve de ser muy lexos, pues quanto mas le busco, menos le hallo. Sin èl estaria respondió el Duque, Señora Condesa, el que no descubriessè por vuestra persona vuestro valor, el qual sin mas ver, es merecedor de toda la nata de la cortesía, y de toda la flor de las bien criadas ceremonias; y levantandola de la mano la llevó a sentar en una silla junto à la Duquesa, la qual la recibió assimismo con mucho comedimiento. Don Quixote callava, y Sancho andava muerto por ver el rostro de la Trifaldi, y de alguna de sus muchas Dueñas: pero no fue possible, hasta que ellas de su grado y voluntad se descubrieron. Sossegados todos, y puestos en silencio estavan esperando quien le





Parte II.

PARTÉ SEGUNDA, LIBRO VII. 337

le avia de romper, y fue la Dueña Dolorida con estas palabras: Confiada estoy, Señor poderoso, hermosísima Señora, y discretísimos circuntantes; que ha de hallar mi cuytísima en vuestros valerosísimos pechos acogimiento, no menos placido, que generoso, y doloroso, porque ella es tal, que es bastante à enternecer los mármoles, y à ablandar los diamantes, y à molificar los azeros de los mas endurecidos coraçones del mundo: pero antes que salga à la plaça de vuestros oydos (por no dezir orejas) quisiera que me hizieran sabidora si està en este gremio, corro y compañía el acendradísimo Cavallero Don Quixote de la Manchísima, y su escuderísimo Pança. El Pança, antes que otro respondiesse, dixo Sancho: Aquí està, y el Don Quixotísimo assimismo, y assi podreys, dolorosísima Dueñísima, dezir lo que quisieridísimis, que todos estamos prontos y aparejadísimos à ser vuestros servidorisísimos. En esto se levanto Don Quixote, y encaminando sus razones à la dolorida Dueña, dixo: Si vuestras cuytas, angustiada Señora, se pueden prometer alguna esperança de remedio por algun valor, ò fuerças de algun andante Cavallero: aqui estan las mias, que aunque flacas y breves, todas se emplearan en vuestro servicio: Yo soy Don Quixote de la Mancha, cuyo assumpto es acudir à toda suerte de menesterosos; y siendo esto assi, como lo es, no aveys menester, Señora, captar benevolencias, ni buscar preambulos, sino à la llana, y sin rodeos dezid vuestros males, que oydos os escuchan, que sabran, si no remediarlos, dolerse dellos. Oyendo lo qual la dolorida Dueña, hizo señal de querer arrojarle à los pies de Don Quixote, y aun se arrojò; y pugnando por abraçarlos dezia: Ante estos pies

Parté II.

X

y pier-

y piernas me arrojo, ô Cavallero invicto, por ser los que son basas y columnas de la andante Cavalleria: estos pies quiero besar, de cuyos pasos pende y cuelga todo el remedio de mi desgracia. O valeroso Andante, cuyas verdaderas fazañas dexan atras, y escurecen las fabulosas de los Amadis, Esplandianes, y Belianises. Y dexando a Don Quixote, se bolvió a Sancho Pança, y asiendole de las manos le dixo: O tu el mas leal Escudero, que jamas sirvió a Cavallero andante en los presentes, ni en los pasados siglos, mas luengo en bondad que la barba de Trifaldin mi acompañador, que está presente, bien puedes preciarte, que en servir al gran Don Quixote, sirves en cifra a toda la caterva de Cavalleros que han tratado las armas en el mundo: conjurote, por lo que debes a tu bondad fidelissima, me seas buen intercessor con tu Dueño, para que luego favorezca a esta humilissima y desdichadissima Condesa. A lo que respondió Sancho, de que sea mi bondad, Señoria mia, tan larga y grande, como la barba de vuestro Escudero, a mi me haze muy poco al caso: barbada y con bigotes tenga yo mi alma quando desta vida vaya, que es lo que importa, que de las barbas de acá poco, ô nada me curo: pero sin estas focalinas, ni plegarias yo rogaré a mi Amo (que sé que me quiere bien, y mas aora que me ha menester para cierto negocio) que favorezca y ayude a vuestra Merced en todo lo que pudiere; vuestra Merced desembraule su cuyta, y cuentenosla, y dexen hazer, que todos nos entenderemos. Reventaban de risa con estas cosas los Duques, como aquellos que avian tomado el pufo a la tal aventura, y alababan entre si la agudeza y dissimulacion de la Trifaldin, la qual bolviendose a sentar, dixo: Del famoso Rey-

Reyno de Candaya, que cae entre la gran Trapobana, y el mar del Sur, dos leguas mas allá del Cabo Comorin, fue Señora la Reyna Doña Maguncia, viuda del Rey Archipiela su Señor, y marido, de cuyo matrimonio tuvieron y procrearon a la Infanta Antonomafia, heredera del Reyno; la qual dicha Infanta Antonomafia se crió, y creció debaxo de mi tutela y dotrina, por ser yo la mas antigua y la mas principal Dueña de su madre. Sucedió pues, que yendo días, y viniendo días, la niña Antonomafia llegó a edad de catorze años, con tan gran perfeccion de hermosura, que no la pudo subir mas de punto la naturaleza. Pues digamos agora que la discrecion era mocosa, assi era discreta como bella, y era la mas bella del mundo, y lo es, si ya los hados embidiosos, y las Parcas endurecidas no la han cortado la estambre de la vida: pero no avran, que no han de permitir los cielos, que se haga tanto mal a la tierra, como sería llevarse en agraz el razimo del mas hermoso verduno del suelo. Desta hermosura (y no como se deve encarecida de mi torpe lengua) se enamoró un numero infinito de Principes, assi naturales, como estrangeros, entre los quales oíó levantar los pensamientos al cielo de tanta belleza un Cavallero particular, que en la Corte estava, confiado en su mocedad, y en su bizarría, y en sus muchas habilidades y gracias, y facilidad, y felicidad de ingenio: porque hago saber a vuestras grandezas, fino lo tienen por enojo, que tocava una guitarra que la hazia hablar, y mas que era Poëta, y gran baylarin, y sabia hazer una jaula de pajaros, que solamente a hazerlas pudiera ganar la vida, quando se viera en estrema necesidad, que todas estas partes y gracias son bastantes a derribar



ribar una montaña, no que una delicada Donzella; pero toda su gentileza, y buen donayre, y todas sus gracias y habilidades fueran poca, o ninguna parte para rendir la fortaleza de mi niña, si el ladrón de suella caras no usara del remedio de rendirme a mi primero. Primero quiso el malandrin y desalmado vagamundo, grangearme la voluntad, y coëcharme el gusto, para que yo mal Alcayde le entregasse las llaves de la fortaleza que guardava. En resolución el me adulò el entendimiento, y me tendió la voluntad con no sé que dages, y brincos que me dió: pero lo que mas me hizo postrar, y dar conmigo por el suelo, fueron unas coplas que le oí cantar una noche desde una reja, que caya a una callejuela donde el estava, que si mal no me acuerdo dezian:

De la dulce mi enemiga

Nace un mal que al alma hiere,

I por mas tormento quiere

Que se sienta, y no se diga.

Parecióme la troba de perlas, y su voz de almibar, y despues acá digo desde entonces, viendo el mal en que cay, por estos y otros semejantes versos he considerado, que de las buenas y concertadas Republicas se avian de desterrar los Poëtas, como aconsejaba Platon; alomenos los lascivos, porque escriben unas coplas, no como las del Marques de Mantua, que entretienen y hazen llorar los niños, y a las mugeres, sino unas agudezas, que a modo de blancas espinas os atraviesan el alma, y como rayos os hieren en ella, dexando sano el vestido, y otra vez cantò:

Ven Muerte tan escordida,

Que no te sienta venir,

Porque el placer del morir

No me torne a dar la vida.

Y deste jaez otras coplitas y estrambotes, que cantados encantan, y escritos suspenden: pues que quando se humillan a componer un genero de verso que en Candaya se usava entonces, a quien ellos llamavan Seguidillas, alli era el brincar de las almas, el retogar de la rifa, el desafossiego de los cuerpos, y finalmente el azogue de todos los sentidos. Y assi digo, Señores míos, que los tales trobadores con justo titulo los devian desterrar a las Islas de los lagartos: pero no tienen ellos la culpa, sino los simples que los alaban, y las bobas que los creen: y si yo fuera la buena Dueña que devia, no me avian de mover sus trasnochados conceptos, ni avia de creer ser verdad aquel dezir: Vivo muriendo, ardo en el yelo, tiemblo en el fuego, espero sin esperanza, partome, y quedome con otros imposibles desta ralea, de que estan sus escritos llenos. Pues que, quando prometen el Fenix de Arabia, la corona de Aridiana, los cavallos de Sol, del Sur las perlas, de Tibar el oro, y de Pancaya el balfamo? Aqui es donde ellos alargan mas la pluma, como les cuesta poco prometer lo que jamas piensan, ni pueden cumplir: pero donde me divierto, ay de mi desdichada! que locura, o desatino me lleva a contar las agenas faltas, teniendo tanto que dezir de las mias? Ay de mi! otra vez sin ventura, que no me rindieron los versos, sino mi simplicidad; no me ablandaron las Musicas, sino mi liviandad, mi mucha ignorancia, y mi poco advertimiento; abrieron

el camino, y desembaracaron la senda à los passos de Don Clavijo, que este es el nombre del referido Cavallero; y assi siendo yo la medianera, èl se hallò una y muchas vezes en la estancia de la por mi, y no por el engañada Antonomasia, debaxo del titulo de verdadero esposo, que aunque pecadora, no confiniera que sin ser su marido la llegara à la vira de la suela de sus çapatillas. No, no, esso no, el matrimonio ha de yr adelante en qualquier negocio desto que por mi se tratare, solamente hubo un daño en este negocio, que fue el de la desyqualdad, por ser Don Clavijo un Cavallero particular, y la Infanta Antonomasia heredera (como ya he dicho) del Reyno. Algunos dias estuvo encubierta y solapada en la sagacidad de mi recato esta maraña, hasta que me pareció que la yva descubriendo à mas andar no sè que hinçagon del vientre de Antonomasia, cuyo temor nos hizo entrar en bureo à los tres, y salió del, que antes que se saliesse à luz el mal recado, Don Clavijo pidiesse ante el Vicario por su muger à Antonomasia, en fè de una cedula que de ser su esposa la Infanta le avia hecho, notada por mi ingenio, con tanta fuerza, que las de Sanson no pudieran romperla. Hiziéronse las diligencias, viò el Vicario la cedula, tomò el tal Vicario la confession à la Señora; confesò de plano, mandòla depositar en casa de un Alguazil de Corte muy honrado. A esta fazon dixo Sancho: Tambien en Candaya ay Alguaziles de Corte, Poetas, y Seguidillas; por lo que puedo jurar, que imagino que todo el mundo es uno; pero dese vueſſa Merced priessa Señora Trifaldi, que es tarde, y ya me muero por saber el fin desta tan larga Historia. Si harè, respondió la Condesa.



CAPITULO XXXIX.

Donde la Trifaldi prosigue su estúpida y memorable Historia.

DE qualquiera palabra que Sancho dezia, la Duquesa gustava tanto, como se desesperava Don Quixote, y mandandole, que callasse, la Dolorida prosiguió diziendo: En fin al cabo de muchas demandas y respuestas como la Infanta se estava siempre en sus treze, sin salir, ni variar de la primera declaracion, el Vicario sentenció en favor de Don Clavijo, y se la entregó por su legitima esposa, de lo que recibió tanto enojo la Reyna Doña Maguncia, madre de la Infanta Antonomasia, que dentro de tres dias la enterramos. Devió de morir sin duda, dixo Sancho. Claro está, respondió Trifaldin, que en Candaya no se entierran las personas vivas, sino las muertas. Yá se ha visto, Señor Escudero, replicó Sancho, enterrar un desmayado, creyendo ser muerto, y parecime á mi que estava la Reyna Maguncia obligada á desmayarse, antes que á morir, que con la vida muchas cosas se remedian, y no fue tan grande el disparate de la Infanta, que obligasse á sentirle tanto. Quando se huviera casado esta Señora con algun Page suyo, ó con otro criado de su casa, como han hecho otras muchas, segun he oydo dezir, fuera el daño sin remedio: pero el averse casado con un Cavallero tan gentilhombre, y tan entendido como aqui nos le han pintado, en verdad en verdad que aunque fue necedad, no fue tan grande como se piensa, porq segun las reglas de mi Señor, que está pre-

presente, y no me dexará mentir, assi como se hacen de los hombres letrados los Obispos, se pueden hazer de los Cavalleros (y mas si son Andantes) los Reyes y los Emperadores. Razon tienes Sancho, dixo Don Quixote, porque un Cavallero andante, como tenga dos dedos de ventura, está en potencia propinqua de ser el mayor Señor del mundo. Pero paffe adelante la Señora Dolorida; que à mi se me trasluce, que le falta por contar lo amargo desta, hasta aqui dulce, Historia. Y como si queda lo amargo, respondió la Condesa, y tan amargo, que en su comparacion son dulces las tueras, y las brofas las adelfas. Muerta pues la Reyna; y no desmayada, la enterramos, y apenas la cubrimos con la tierra, y apenas le dimos el ultimo vale, *Quando quis talia fando temperet à lacrymis?* Puesto sobre un cavallo de madera pareció encima de la sepultura de la Reyna el Gigante Malambruno, primo Cormano de Maguncia, que junto con ser cruel, era Encantador, el qual con sus artes en vengança de la muerte de su cormana, y por castigo del atrevimiento de Don Clavijo, y por despecho de la demasia de Antonomafia, los dexò encantados sobre la mesma sepultura, à ella convertida en una ximia de bronce, y à el en un espantoso crocodilo, de un metal no conocido, y entre los dos está un padron assimismo de metal, y en el escritas en lengua Siriaca unas letras, que aviendose declarado en la Candayesca, y aora en la Castellana, encierran esta sentencia: No cobraràn su primera forma estos dos atrevidos Amantes, hasta que el valeroso Manchego venga conmigo à las manos en singular batalla, que para solo su gran valor guardan los hados esta nunca vista aventura. Hecho esto sacò de la vayna un ancho y desmesura-

do alfange, y asiendome à mi por cabellos hizo finta de querer segarme la gola, y cortarme cercen la cabeça. Turbeme, pegoseme la voz à la garganta, quedè mohina en todo estremo: pero con todo me esforcè lo mas que pude, y con voz tembladora y doliente le dixe tantas y tales cosas, que le hizieron suspender la execucion de tan riguroso castigo. Finalmente hizo traer ante si todas las Dueñas de palacio, que fueron estas que estan presentes, y despues de aver exagerado nuestra culpa, y vituperado las condiciones de las Dueñas, sus malas manias, y peores traças, y cargando à todas la culpa que yo solo tenia, dixo, que no queria con pena capital castigarnos, sino con otras penas dilatadas, que nos diesen una muerte civil y continua: y en aquel mismo momento y punto que acabò de dezir esto, sentimos todas, que se nos abrian los poros de la cara, y que por toda ella nos punçavan como con puntas de agujas. Acudimos luego con las manos à los rostros, y hallamonos de la manera que aora vereys, y luego la Dolorida, y las demas Dueñas alçaron los antifazes con que cubiertas venian, y descubrieron los rostros todos poblados de barbas, quales rubias, quales negras, quales blancas, y quales albaracadas; de cuya vista mostraron quedar admirados el Duque y la Duquesa, pasmados Don Quixote y Sancho, y atonitos todos los presentes, y la Trifaldi prosiguiò: Desta manera nos castigò aquel follon y mal intencionado de Malambruno, cubriendo la blandura y morvidez de nuestros rostros con la aspe- reza destas cerdas, que pluguiera al ciclo que antes con su desmesurado alfange nos huviera derribado las testas, que no que nos assembrara la luz de nuevas caras con esta borra que nos cubre; porque si

Entramos en cuenta Señores míos (y esto que voy à dezir agora lo quisiera dezir hechos mis ojos fuentes) pero la consideracion de nuestra desgracia, y los mares que hasta aqui han llovido, los tienen sin humor, y secos como aristas, y assi lo diré sin lagrimas. Digo pues, que à donde podrá yr una Dueña con barbas? que padre, ò que madre se dolera della? quien la dará ayuda? pues aun quando tiene la tez lisa, y el rostro martirizado con mil fuertes de menajures, y mudas, apenas halla quien bien la quiera, que hará quando descubra hecho un bosque su rostro? O Dueñas y compañeras mías, en desdichado punto nacimos, en hora menguada nuestros padres nos engendraron; Y diziendo esto dio muestras de desmayarse.

CAPITULO XL.

De cosas que atañen y tocan à esta aventura, y à esta memorable Historia.

Real y verdaderamente todos los que gustan de semejantes historias como esta, deven de mostrarse agradecidos à Cide Hamete su Autor primero, por la curiosidad que tuvo en contarnos la feminimas della, sin dexar cosa por menuda que fuesse, que no la sacasse à luz distintamente. Pinta los pensamientos, descubre las imaginaciones, responde à las tacitas, aclara las dudas, resuelve los argumentos; finalmente los atomos del mas curioso deseo manifiesta. O Autor celeberrimo! ò Don Quixote dichoso! ò Dulcinea famosa! ò Sancho Pança gracioso! todos juntos, y cada uno de por sí

si vivays siglos infinitos, para gusto, y general passatempo de los vivientes.

Dize pues la historia, que assi como Sancho vió desmayada à la Dolorida, dixo: Por la fè de hombre de bien juro, y por el siglo de todos mis passados los Panças, que jamas he oydo, ni visto, ni mi Amo me ha contado, ni en su pensamiento ha cabido semejante aventura como esta. Valgate mil Satanases por no maldezirte por encantador, y gigante Malumbruno, y no hallaste otro genero de castigo que dar à estas pecadoras, sino el de barbarlas? como, y no fuera mejor, y à ellas les estuviera mas à cuento quitarles la mitad de las narizes de medio arriba, aunque hablaran gangoso, que no poner las barbas? Apollaré yo, que no tienen hazienda para pagar à quien las rape. Assi es la verdad, Señor, respondió una de las doze, que no tenemos hazienda para mandarnos, y assi hemos tomado algunas de nosotras por remedio ahorrativo de usar unos pegotes, ò parches pegajosos, y aplicandolos à los rostros, y tirando de golpe, quedamos rasas y lisas, como fondo de mortero de piedra, que puesto que ay en Candaya mugeres, que andan de casa en casa à quitar el bello, y à pulir las cejas, y hazer otros menajures tocantes à mugeres, nosotras las Dueñas de mi Señora por jamas quisimos admitirlas, porque las mas oliscan à terceras, aviendo dexado de ser primas; y si por el Señor Don Quixote no somos remediadas, con barbas nos llevarán à la sepultura. Yo me pelaria las mías, dixo Don Quixote, en tierra de Moros, si no remediassse las vuestras. A este punto bolvió de su desmayo la Trifaldi, y dixo: El retintin de esta promesa, valeroso Cavallero, en medio de mi desmayo, llegó à mis oydos, y ha sido parte para que yo del buelva,



buelva, y cobre todos mis sentidos, y assi de nuevo os suplico, Andante inclito, y Señor indomable, vuestra graciosa promesa se convierta en obra. Por mi no quedara, respondió Don Quixote, ved Señora, que es lo que tengo de hazer? que el animo està muy pronto para servirlos. Es el caso, respondió la Dolorida, que desde aqui al Reyno de Candaya, si se vâ por tierra, ay cinco mil leguas, dos mas à menos: pero si se vâ por el ayre, y por la linea recta, ay tres mil y dozientas y veynte y siete. Es tambien de saber, que Malambruno me dixo, que quando la suerte me deparasse al Cavallero nuestro libertador, que èl le embiaria una cavalgadura harto mejor, y con menos malicias que las que son de retorno; porque ha defer aquel mesmo cavallo de madera, sobre quien llevò el valeroso Pierres robada à la linda Magalona, el qual cavallo se rige por una clavija que tiene en la frente, que le sirve de freno, y buela por el ayre con tanta ligereza, que parece que los mesmos diablos le llevan. Este tal cavallo (segun es tradicion antigua) fue compuesto por aquel fabio Merlin, prestòsele à Pierres, que era su amigo, con el qual hizo grandes viages, y robò, como se ha dicho à la linda Magalona, llevandola à las ancas por el ayre, dexando embobados à quantos desde la tierra los miravan, y no le prestava sino à quien èl queria, ò mejor se lo pagava; y desde el gran Pierres hasta aora no sabemos que aya subido alguno en èl. De alli le ha sacado Malambruno con sus artes, y le tiene en su poder, y se sirve dèl en sus viages, que los haze por momentos por diversas partes del mundo, y oy està aqui, y mañana en Francia, y otro dia en Potosi; y es lo bueno, que el tal cavallo ni come, ni duerme, ni gasta herraduras, y lleva

un portante por los ayres, sin tener alas, que el que lleva encima, puede llevar una traga llena de agua en la mano, sin que se le derrame gota, segun camina llano, y repòsado: por lo qual la linda Magalona le holgava mucho de andar Cavallero en èl. A esto dixo Sancho: Para andar repòsado y llano mi Ruzio, puesto que no anda por los ayres; pero por la tierra, yo lo cutirè con quantos portantes ay en el mundo. Rieronse todos; y la Dolorida prosiguiò: Y este tal cavallo (si es que Malambruno quiere dar fin à nuestra desgracia) antes que sea media hora entrada la noche, estàrà en nuestra presencia; porque èl me significò, que la seña que me daria por donde yo entendiesse que avia hallado el Cavallero que buscava, seria embiarme el cavallo donde fuesse con comodidad y presteza. Y quantos caben en esse cavallo, preguntò Sancho? La Dolorida respondió: Dos personas; la una en filla, y la otra en las ancas, y por la mayor parte estas tales dos personas son Cavallero y Escudero, quando falta alguna robada Donzella: Querria yo saber, Señora Dolorida, dixo Sancho, que nombre tiene esse cavallo. El nombre, respondió la Dolorida, no es como el cavallo de Belerofonte, que se llamava Pegaso; ni como el del Magno Alexandro, llamado Buzefalo; ni como el del furioso Orlando, cuyo nombre fue Brilladoro; ni menos Bayarte, que fue el de Reynaldos de Montalvan; ni Frontino, como el de Rugero; ni Bootes, ni Peritoa, como dicen que se llaman los del Sol; ni tampoco se llama Orelia, como el cavallo en que el desdichado Rodrigo, ultimo Rey de los Godos, entrò en la batalla, donde perdiò la vida y el Reyno. Yo apostaré, dixo Sancho, que pues no le han dado ninguno

de estos famosos nombres de cavallos tan conocidos, que tampoco le avran dado el de mi Amo Rozinante, que en ser propio excede à todos los que se han nombrado. Así es, respondió la barbada Condesa; pero toda via le quadra mucho; porque sellama Clavileño el Aligero, cuyo nombre conviene con el ser de leño, y con la clavija que traya en la frente, y con la ligereza, con que camina, y así en quanto al nombre bien puede competir con el famoso Rozinante. No me descontenta el nombre, replicò Sancho; pero con que freno, ò con que jarquima se gobierna. Ya he dicho, respondió la Trifaldi, que con la clavija que bolviendola à una parte, ò à otra el Cavallero que và encima, le haze caminar como quiere, ò ya por los ayres, ò ya rastreando, y casi barriendo la tierra, ò por el medio, que es el que se busca, y se ha de tener en todas las acciones bien ordenadas. Ya lo querria ver, respondió Sancho; pero pensar que tengo de subir en él, ni en la silla, ni en las ancas, es pedir peras al olmo. Bueno es, que apenas puedo tenerme en mi Rucio, y sobre un albarda mas blanda que la mesma seda, y querrian aora que me tuviesse en unas ancas de tabla sin coxín, ni almohada alguna; pardiez yo no me pienso moler por quitar las barbas à nadie, cada qual se rape como mas le viniere à cuento, que yo no pienso acompañar à mi Señor en tan largo viaje, quanto mas que yo no devo de hazer al caso para el rapamiento destas barbas, como lo soy para el desencanto de mi Señora Dulcinea. Si soys amigo, respondió la Trifaldi, y tanto, que sin vuestra presencia entiendo, que no harèmos nada. Aquí del Rey, dixo Sancho, que tienen que ver los Escuderos con las aventuras de sus Señores? hanse de lle-

var ellos la fama de las que acaban, y hemos de llevar nosotros el trabajo? cuerpo de mi, aun si dixessen los Historiadores, el tal Cavallero acabò la tal y tal aventura; pero con ayuda de fulano su Escudero, sin el qual fuera imposible el acabarla; pero que escriban à secas Don Paralipomenon, de las tres estrellas acabò la aventura de los seys vestiglos, sin nombrar la persona de su Escudero, que se hallò presente à todo, como si no fuera en el mundo. Aora, Señores, buelvo à dezir, que mi Señor se puede yr solo, y buen provecho le haga, que yo me quedarè aqui en compaña de la Duquesa mi Señora, y podria ser que quando bolviessse hallasse mejorada la causa de la Señora Dulcinea en tercio y quinto, por que pienso en los ratos ociosos y desocupados darme una tanda de agotes, que no me la cubra pelo. Con todo esso le aveys de acompañar si fuere necesario buen Sancho, porque os lo rogaràn buenos, que no han de quedar por vuestro inutil temor, tan poblados los rostros destas Señoras, que cierto seria mal caso. Aquí del Rey otra vez, replicò Sancho, quando esta caridad se hiziera por algunas Donzellas recogidas, ò por algunas niñas de la doctrina, pudiera el hombre aventurarse à qualquier trabajo; pero que lo sufra por quitar las barbas à Dueñas: mal año, mas que las viesse yo à todas con barbas desde la mayor hasta la menor, y de la mas melindrosa hasta la mas repulgada. Mal estays con las Dueñas, Sancho amigo, dixo la Duquesa, mucho os vays tras la opinion del Boticario Toledano, pues à se que no teneys razon, que Dueñas ay en mi casa que pueden ser exemplo de Dueñas, que aqui està mi Doña Rodriguez, que no me dexara dezir otra cosa. Mas que la diga vuestra Excelencia, dixo Rodriguez, que Dios sabe

sabe la verdad de todo, y buenas ò malas, barbadas ò lampiñas que seamos las Dueñas, tambien nos parió nuestras madres, como à las otras mugeres; y pues Dios nos echò en el mundo, èl sabe para que, y à su misericordia me atengo; y no à las barbas de nadie. Ahora bien, Señora Rodriguez, dixo Don Quixote, y Señora Trifaldi, y compañía, yo espero en el cielo, que mirará con buenos ojos vuestras cuytas; que Sancho hará lo que yo le mandare, yà viniese Clavileño; y yà me viesse con Malambruno, que yo sè que no avria navaja que con mas facilidad rapasse à vuestras Mercedes, como mi espada raparia de los ombros la cabeza de Malambruno, que Dios sufra à los malos, pero no para siempre. Ay, dixo à esta sazón la Dolorida, con benignos ojos miren à vuestra Grandeza; valeroso Cavallero, todas las estrellas de las regiones celestes, è intundan en vuestro animo toda prosperidad y valentia; para ser escudo y amparo del vituperoso y abatido genero dueñesco; abominado de boricarios, murmurado de escuderos, y focaliñado de parages, que mal aya la vellaca que en la flor de su edad no se metiò primero à ser Monja, que à Dueña, desdichadas de nosotras las Dueñas, que aunque ven-gamos por línea recta de Varon en Varon del mismo Hector el Troyano, no dexaran de echarnos un vos vuestras Señoras, si pensassen por ello ser Reynas. O Gigante Malambruno, que aunque eres encantador; eres certissimo en tus promesas, embianos yà al fin par Clavileño, para que nuestra dicha se acabe; que si entra el calor, y estas vuestras barbas duran, guay de nuestra ventura. Dixo esto con tanto sentimiento la Trifaldi, que sacò las lagrimas de los ojos de todos los circunstantes, y

aun arrasò los de Sancho, y propuso en su coraçon de acompañar à su Señor hasta las ultimas partes del mundo, si es que en ello consistiese quitar la lana de aquellos venerables rostros.

CAPITULO XLI.

De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura.

Legò en esto la noche, y con ella el punto determinado, en que el famoso cavallo Clavileño viniese, cuya tardança fatigava yà à Don Quixote, pareciendole, que pues Malambruno se detenía en embiarle, ò que èl no era el Cavallero para quien estava guardada aquella aventura, ò que Malambruno no osava venir con èl à singular batalla; pero veys aqui quando à des-hora entraron por el jardin quatro Salvages, vestidos todos de verde yedra, que sobre sus ombros trayan un gran cavallo de madera: pusieronle de pies en el suelo, y uno de los Salvages dixo: Suba sobre esta maquina el que tuviere animo para ello. Aqui, dixo Sancho, yo no subo, porque ni tengo animo, ni soy Cavallero; y el Salvage prosiguiò diziendo: Y ocupe las ancas el Escudero, si es que lo tiene, y fiese del valeroso Malambruno, que si no fuere de su espada, de ninguna otra, ni de otra malicia será ofendido, y no ay mas que torcer esta clavija, que sobre el cuello trae puesta, que èl los llevará por los ayres, adonde los atiende Malambruno; pero porque la alteza, y sublimidad del camino no les caule vaguidos, se han de cubrir los ojos, hasta

que el cavallo relinche, que será señal de aver dado fin á su viage. Esto dicho, dexando á Clavileño con gentil continente, se bolvieron por donde avian venido. La Dolorida assi como vió al cavallo, casi con lagrimas, dixo á Don Quixote: Valeroso Cavallero, las promesas de Malambruno han sido ciertas, el cavallo está en casa, nuestras barbas crecen, y cada una de nosotras, y con cada pelo dellas te suplicamos, nos rapes y tundas, pues no están en mas, sino en que subas en el con tu Escudero, y des felice principio á vuestro nuevo viage. Esto hará yo Señora Condesa Trifaldi de muy buen grado, y de mejor talante, sin ponerme á tomar coxin, ni calcarme espuelas, por no detenerme, tanta es la gana que tengo de veros á vos Señora, y á todas estas Dueñas rasas, y mondas. Esto no haré yo, dixo Sancho, ni de malo, ni de buen talante en ninguna manera, y si es que este rapamiento no se puede hazer sin que yo suba á las ancas, bien puede buscar mi Señor otro Escudero que le acompañe, y estas Señora otro modo de alisarse los rostros, que yo no soy brujo, para gustar de andar por los ayres: y que dirán mis Insulanos quando sepan, que su Governador se anda paseando por los vientos? y otra cosa mas, que aviendo tres mil y tantas leguas de aqui á Candaya, si el cavallo se cansa, ó el Gigante se enoja, tardaremos en dar la buelta media dozena de años, y ya ni avrà Insula, ni Insulos en el mundo que me conozcan, y pues se dize comunmente, que en la tardança va el peligro, y que quando te dieren la vaquilla, acudas con la foguilla: perdonenme las barbas destas Señoras, que bien se está S. Pedro en Roma, que no dezir, que bien me estoy en esta casa, donde tanra

merced se me haze, y de cuyo Dueño tan gran bien espero como es verme Governador. A lo que el Duque dixo: Sancho amigo, la Insula que yo os he prometido, no es movable, ni fugitiva, rayzes tiene tan hondas, echadas en los abismos de la tierra, que no la arrancarán, ni mudarán de donde está á tres tirones: y pues vos sabays, que se yo, que no ay ningun genero de oficio destos de mayor quantia, que no se grangee con alguna suerte de cohecho, qual mas, qual menos, el que yo quiero llevar por este Gobierno, es, que vays con vuestro Señor Don Quixote á dar cima y cabo á esta memorable aventura, que agora bolvays sobre Clavileño, con la brevedad que su ligereza promete, ora la contraria fortuna os trayga, y buelva á pie hecho tomero, de meson en meson, y de venta en venta, siempre que bolvieredes hallareys vuestra Insula donde la dexays, y á vuestros Insulanos con el mesmo deseo de recibiros por su Governador, que siempre han tenido, y mi voluntad será la mesma: y no pongays duda en esta verdad Señor Sancho, que sería hazer notorio agravio al deseo que de ser viros tengo. No más Señor, dixo Sancho, yo soy un pobre Escudero, y no puedo llevar acuestas tantas cortesias, suba mi Amo, tapenme estos ojos, y encomiendenme á Dios, y avisenme, si quando vamos por estas altanerías, podré encomendarme á nuestro Señor, ó invocar los Angeles, que me favorezcan. A lo que respondió Trifaldi, Sancho, bien podeys encomendaros á Dios, ó á quien quisiereis, que Malambruno, aunque es encantador, es Christiano, y haze sus encantamientos con mucha sagacidad, y con mucho tiempo, sin meterse con nadie. Ea pues, dixo Sancho,

Dios me ayude, y la santísima Trinidad de Gaeta. Desde la memorable aventura de los batanes, dixo Don Quixote, nunca he visto à Sancho con tanto temor como agora, si yo fuera tan agorero como otros, su pusilanimidad me hiziera algunas conquillas en el animo; pero llegaos aquí Sancho, que con licencia destes Señores os quiero hablar à parte dos palabras, y apartando à Sancho entre unos árboles del jardin, y asiendole ambas las manos, le dixo: Ya vees Sancho hermano, el largo viage que nos espera, y que sabe Dios quando bolveremos del, ni la comodidad y espacio que nos darán los negocios, y assi querria, que agora te retirasses en tu aposento, como que vas à buscar alguna cosa necesaria para el camino, y en un dâcalas pajas te diesies à buena cuenta de los tres mil y treientos agotes à que estàs obligado, siquiera quinientos, que dados te los tendràs, que el comengar las cosas es tenerlas medio acabadas. Par Dios, dixo Sancho, que vuestra Merced deve de ser menguado, esto es como aquello que dicen, en priessa me vees, y donzellez me demandas, agora que tengo de yr sentado en una tabla rasa, quiere vuestra Merced, que me lastime las posas? En verdad, en verdad, que no tiene vuestra Merced razon; vamos agora à rapar estas Dueñas, que à la buelta yo le prometo à vuestra Merced como quien soy de darme tanta priessa à salir de mi obligacion que vuestra Merced se contente, y no le digo mas. Y Don Quixote respondió, pues con essa promesa buen Sancho, voy consolado, y creo que la cumpliràs, porque en efeto, aunque tonto, eres hombre veridico. No soy verde, sino moreno, dixo Sancho; pero aunque fuera de mezcla cumpliera mi palabra: y con esto se bolvieron

à subir en Clavileño, y al subir dixo Don Quixote: Tapaos Sancho, y subid Sancho, que quien de tan lueñas tierras embia por nosotros, no será para engañarnos, por la poca gloria que le puede redundar de engañar à quien del se fia; y puesto que todo sucediesse al reves de lo que imagino, la gloria de aver emprendido esta hazaña, no la podrá escurrer malicia alguna. Vamos Señor, dixo Sancho, que las barbas y lagrimas destas Señoras las tengo clavadas en el coracon, y no comeré bocado que bien me sepa, hasta verlas en su primera lisura. Suba vuestra Merced, y tapese primero, que si yo tengo de yr à las ancas, claro està que primero tube el de la silla. Assi es la verdad, replicò Don Quixote, y sacando un pañuelo de la faldriquera, pidió à la Dolorida, que le cubriessse muy bien los ojos, y aviendoselos cubierto, se bolvio à descubrir, y dixo: Si mal no me acuerdo, yo he leydo en Virgilio aquello del Paladion de Troya, que fue un cavallo de madera, que los Griegos presentaron à la Diosa Palas, el qual yva preñado de Cavalleros armados, que despues fueron la total ruyna de Troya, y assi será bien ver primero lo que Clavileño trae en su estomago. No ay para que, dixo la Dolorida, que yo le fio, y sè que Malambruno no tiene nada de malicioso, ni de traydor, vuestra Merced, Señor Don Quixote, suba sin pavor alguno, y à mi daño, si alguno le sucediere. Pareciòle à Don Quixote, que qualquiera cosa que replicasse acerca de su seguridad, seria poner en detrimento su valentia, y assi sin mas altercar subiò sobre Clavileño, y le tentò la clavija, que facilmente se rodeava, y como no tenia estrivos, y le colgavan las piernas, no parecia sino figura de tapiz Flamenco

pintada, ò texida en algun Romano triunfo. De mal talante, y poco à poco llegó à subir Sancho, y acomodandole lo mejor que pudo en las ancas, las halló algo duras, y no nada blandas, y pidió al Duque, que si fuese possible le acomodassen de algun coxín, ò de alguna almohada, aunque fuese del estrado de su Señora la Duquesa, ò del lecho de algun Page; porque las ancas de aquel cavallo mas parecian de marmol, que de leño. A esto dixo la Trialdí, que ningun jacz, ni ningun genero de adorno lusia sobre si Clavileño, que lo que podia hazer, era ponerse à mugeriegas, y que assi no sentiria tanto la dureza. Hizolo assi Sancho, y diziendo: A Dios, se dexò vendar los ojos, y yà despues de vendados se bolvió à descubrir, y mirando à todos los del jardín tiernamente, y con lagrimas, dixo, que le ayudassen en aquel trance con sendos Pater nosteres, y sendas Ave Marias, porque Dios deparasse quien por ellos los dixesse, quando en semejantes trances se viesse. A lo que dixo Don Quixote: Ladron estás puesto en la horca por ventura, ò en el ultimo termino de la vida, para usar de semejantes plegarias? No estás, desalmada y covarde criatura en el mismo lugar que ocupò la linda Magalona, del qual decendiò, no à la sepultura, sino à ser Reyna de Francia, si no mienten las Historias, y yo que voy à tu lado, no puedo ponerme al del valeroso Pierres, que oprimió este mismo lugar, que yo aora oprimò? Cubrete, cubrete animal descoraçonado, y no te falga à la boca el temor que tienes, alomenos en presencia mia. Tapenme, respondió Sancho, y pues no quieren que me encomiende à Dios, ni que sea encomendado, que mucho que tema no ande por aqui alguna Region de

diablos, que den con nosotros en Peralvillo. Cubrieronse, y sintiendo Don Quixote, que estava como avia de estar, tentò la clavija, y apenas hubo puesto los dedos en ella, quando todas las Dueñas y quantos estavan presentes, levantaron las voces, diziendo: Dios te guye, valeroso Cavallero, Dios sea contigo, Escudero intrepido; ya, ya vays por essos ayres rompiendolos con mas velozidad que una saeta, ya comengays à suspender y admirar à quantos desde la tierra os están mirando. Tente valeroso Sancho, que te bamboleas, mira no te cayas, que será peor tu cayda, que la del atrevido moço, que quiso regir el carro del Sol su padre. Oyò Sancho las voces, y apretandose con su Amo, y ciñendole con los brazos, le dixo: Señor como dicen estos que vamos tan altos, si alcançan acá sus voces; y no parece sino que están aquí hablando junto à nosotros. No repares en esso Sancho, que como estas cosas, y estas volaterias van fuera de los cursos ordinarios de mil leguas, verás, y oyrás lo que quisieres, y no me aprietes tanto que me derribas, y en verdad que no sè de que te turbas, ni te espantas, que osarè jurar, que en todos los dias de mi vida he subido en calgadura de passo mas llano, no parece sino que no nos movemos de un lugar. Destierra amigo el miedo, que en efeto la cosa va como ha de yr, y el viento llevamos en popa. Assi es la verdad, respondió Sancho, que por este lado me dà un viento tan rezio, que parece que con mil fuelles me están soplando: y assi era ello, que unos grandes fuelles le estavan haziendo ayre. Tambien tracada estava la tal aventura por el Duque, y la Duquesa, y su Mayordomo, que no le faltó

requisito que la dexasse de hazer perfeta. Sintiendo pues soplar Don Quixote, dixo: sin duda alguna Sancho, que yà devemos de llegar à la segunda region del ayre, adonde se engendra el granizo, las nieves, los truenos, los relampagos, y los rayos se engendran en la tercera region: y si es que desta manera vamos subiendo, presto daremos en la region del fuego, y no sè yo como templar esta clavija, para que no subamos donde nos abrasemos. En esto con unas estopas ligeras de encenderse, y apagarse desde lexos, pendientes de una caña, les calentaban los rostros. Sancho, que sentiò el calor, dixo: Que me maten, sino estamos yà en el lugar del fuego, ò bien cerca, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy Señor por descubrirme, y ver en que parte estamos. No hagastal, respondió Don Quixote, y acuerdate del verdadero cuento del Licenciado Torralva, à quien llevaron los diablos en volandas por el ayre Cavallero en una caña cerrados los ojos, y en doze horas llegó à Roma, y se apeò en torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y viò todo el fracaso y asfalto, y muerte de Borbon, y por la mañana yà estava de buelta en Madrid, donde diò cuenta de todo lo que avia visto, el qual assimismo dixo, que quando yva por el ayre, le mandò el diablo que abriese los ojos, y los abrió, y se viò tan cerca, à su parecer, del cuerpo de la Luna, que la pudiera afir con la mano, y que no osò mirar à la tierra por no desvanecerse, assi que Sancho no ay para que descubrirnos, que èl que nos lleva à cargo, èl darà cuenta de nosotros, y quicà vamos tomando puntas, y subiendo en alto para dexarnos caer de una sobre el Reyno de Candaya, como haze el sacre, ò nebli sobre





parte II.

PARTE SEGUNDA. LIBRO VII. 361

sobre la garça, para cogerla, por mas que se remonte, y aunque nos parece, que no ha media hora que nos partimos del jardin, creeme, que devemos de aver hecho gran camino. No sè lo que es, respondió Sancho Pança, solo sè dezir, que si la Señora Magallanes, o Magalona, se contentò destas ancas, que no devia de fer muy tierna de carnes. Todas estas platicas de los dos valientes oyen el Duque, y la Duquesa, y los del jardin, de que recibian extraordinario contento: y queriendo dar remate à la estraña y bien fabricada aventura, por la cola de Clavileño, le pegaron fuego con unas estopas, y al punto, por estar el cavallo lleno de cohetes tronadores, volò por los ayres con estraño ruydo, y diò con Don Quixote, y con Sancho Pança en el suelo medio chamuscados. En este tiempo yà se avia desaparecido del jardin todo el barbado esquadron de las Dueñas, y la Trifaldi y todo, y los del jardin quedaron como desmayados, tendidos por el suelo: Don Quixote, y Sancho se levantaron maltrechos, y mirando à todas partes, quedaron atonitos de verse en el mesmo jardin de donde avian partido, y de ver tendido por tierra tanto numero de gente, y creció mas su admiracion, quando à un lado del jardin vieron hincada una gran lança en el suelo, y pendiente della, y de dos cordones de seda verde un pergamino liso. y blanco, en el qual con grandes letras de oro estava escrito lo siguiente:

El inclito Cavallero Don Quixote de la Mancha fenecio, y acabò la aventura de la Condesa Trifaldi, por otro nombre llamada la Dueña Dolorida, y compaña, con solo intentarla.

Malambruno se dà por contento y satisfecho à toda

da su voluntad, y las barbas de las Dueñas ya quedadas lisas, y mondas, y los Reyes Don Clavijo, y Anotonafía en su pristino estado, y quando se cumpliere el escuderil vapulo, la blanca paloma se verá libre de los pestíferos girifaltes que la persiguen, y en brazos de su querido arrullador, que así está ordenado por el sabio Mérlin, protoencantador de los encantadores.

Aviendo pues Don Quixote leydo las letras del pergamino, claro entendió, que del desencanto de Dulcinea hablaban, y dando muchas gracias al cielo, de que con tan poco peligro huviesse acabado tan gran fecho, reduziendo á su pasada tez los rostros de las venerables Dueñas que ya no parecían: se fue adonde el Duque y la Duquesa, aun no avian buuelto en sí, y travando de la mano al Duque, le dixo: Ea buen Señor, buen animo, buen animo, que todo es nada, la aventura es ya acabada sin daño de barras, como lo muestra claro el escrito que en aquel padron está puesto. El Duque poco á poco, y como quien de un pesado sueño recuerda, fue bolviendo en sí, y por el mismo tenor la Duquesa, y todos los que por el jardin estaban caydos, con tales muestras de maravilla y espanto, que casi se podían dar á entender averles acontecido de veras, lo que tan bien sabían fingir de burlas. Leyó el Duque el cartel con los ojos medio cerrados, y luego con los brazos abiertos fue á abrazar á Don Quixote, diziéndole, ser el mas buen Cavallero, que en ningun siglo se huviesse visto. Sancho andava mirando por la Dolorida, por ver que rostro tenia sin las barbas, y si era tan hermosa sin ellas, como su gallarda disposicion prometia: pero dixerónle, que así como Clavileño baxo ardiendo por

por los ayres, y dió en el suelo, todo el esquadron de las Dueñas con la Trifaldi avia desaparecido, y que ya yvan rapadas, y sin cañones. Preguntó la Duquesa á Sancho, que como le avia ydo en aquel largo viage. A lo qual Sancho respondió: Yo Señora sentí, que yvamos, segun mi Señor me dixo, volando por la region del fuego, y quise descubrirme un poco los ojos; pero mi Amo (á quien pedí licencia para descubrirme) no lo consintió: mas yo que tengo no sé que briznas de curioso, y de desear saber lo que se me estorva, y impide bonitamente, y sin que nadie lo viesse, por junto á las narizes aparté tanto quanto el pañizuelo, que me tapava los ojos, y por allí miré ázia la tierra, y parecióme, que toda ella no era mayor que un grano de mostaza, y los hombres que andavan sobre ella poco mayores que avellanas, porque se vea quan altos deviamos de yr entonces. A esto dixo la Duquesa: Sancho amigo, mirad lo que dezis, que á lo que parece, vos no visteis la tierra, sino los hombres, que andavan sobre ella; y está claro, que si la tierra os pareció como un grano de mostaza, y cada hombre como una avellana, un hombre solo avia de cubrir toda la tierra. Así es verdad, respondió Sancho, pero con todo esto la descubrí por un ladito, y la ví toda. Mirad, Sancho, dixo la Duquesa, que por un ladito no se vea el todo, de lo que se mira. Yo no sé estas miradas, replicó Sancho, solo sé, que será bien que vuestra Señoría entienda, que pues bolvamos por encantamiento: por encantamiento podia yo ver toda la tierra, y todos los hombres por do quiera que los mirara: y si esto no se me cree, tampoco creará vuestra Merced, como descubriendome por

junto à las cejas, me vi tan junto al cielo ; que no avia de mi à el palmo y medio ; y por lo que puedo jurar, Señora mia, que es muy grande à demas, y sucedió, que yvamos por parte donde estàn las siete cabrillas : y en Dios y en mi anima, que como yo en mi niñez fuy en mi tierra cabrerizo, que assi como las vi, me dió una gana de entretenerme con ellas un rato, y sino lo cumpliera, me parece, que rebenirara. Vengo pues, y tomo, y que hago, sin dezir nada à nadie, ni à mi Señor tampoco, bonita, y pasitamente me apee de Clavileño, y me entretuve con las cabrillas, que son como unos alhelies, y como unas flores, casi tres quartos de hora, y Clavileño no se movió de un lugar, ni pasó adelante. Y en tanto que el buen Sancho se entretenia con las cabras, preguntó el Duque, en que se entretenia el Señor Don Quixote. A lo que Don Quixote respondió, como todas estas cosas, y estos tales sucesos van fuera del orden natural, no es mucho que Sancho diga lo que dize : de mi sè dezir, que ni me descubrí por alto, ni por baxo, ni vi el cielo, ni la tierra, ni la mar, ni las arenas. Bien es verdad, que sentí que passava por la region del ayre, y aunque tocava à la del fuego : pero que passásemos de allí, no lo puedo creer, pues estando la region del fuego entre el cielo de la Luna, y la ultima region del ayre, no podiamos llegar al cielo donde estàn las siete cabrillas, que Sancho dize, sin abrafarnos, y pues no nos asuramos, ò Sancho miente, ò Sancho sueña. Ni miento, ni sueño, respondió Sancho, sino preguntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad, ò no. Digalas pues Sancho, dixo la Duquesa. Son, respondió Sancho, las dos verdes, las dos encarnadas, las

las dos azules, y la una de mezcla. Nueva manera de cabras es esta, dixo el Duque, y por esta nuestra region del suelo no se usan tales colores, digo cabras de tales colores. Bien claro està esto, dixo Sancho, si que diferencia ha de aver de las cabras del cielo à las del suelo. Dezidme Sancho : preguntó el Duque, vistestis allí entre estas cabras algun cabron ? No Señor, respondió Sancho ; pero oí dezir, que ninguno passava de los cuernos de la Luna. No quisieron preguntarle mas de su viage, porque les pareció que llevaba Sancho, hilo de pasarse por todos los cielos, y dar nuevas de quanto allí passava, sin averse movido del jardín. En resolución este fue el fin de la aventura de la Dueña Dolorida, que dió que reyr à los Duques, no solo aquel tiempo, sino el de toda su vida, y que contar à Sancho siglos, si los viviera, y llegando el Don Quixote à Sancho al oído, le dixo : Sancho, pues vos quereys que se os crea lo que aveys visto en el cielo, yo quiero que vos me creays à mi lo que vi en la cueva de Montefinos, y no os digo mas.

CAPITULO XLII.

De los consejos, que dió Don Quixote à Sancho Pança, antes que fuesse à gobernar la Isla ; con otras cosas bien consideradas.

Con el felice y gracioso suceso de la aventura de la Dolorida, quedaron tan contentos los Duques, que determinaron passar con las burlas adelante, viendo el acomodado sugeto que tenían, para que se tuviessen por veras, y assi aviendo dado la traça, y ordenes, que sus criados, y sus

. vassallos



vassallos avian de guardar con Sancho en el Gobierno de la Infula prometida; otro dia que fue el que sucedió al buelo de Clavileño, dixo el Duque a Sancho que se adelinasse, y compusiesse para yr a ser Gobernador que ya sus Insulanos le estavan esperando como el agua de Mayo. Sancho se le humilló, y le dixo: Despues que baxè del cielo, y despues que desde su alta cumbre mirè la tierra, y la ví tan pequeña, se templò en parte en mi la gana que tenia tan grande de ser Gobernador; porque que grandeza es mandar en un grano de mostaza, o que dignidad, o imperio el gobernar a media dozena de hombres tamaños como avellanas, que a mi parecer no avia mas en toda la tierra? Si vuestra Señoria fuèsse servido de darme una tantica parte del cielo, aunque no fuèsse mas de media legua, la tomaria de mejor gana, que la mayor Infula del mundo. Mirad, amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del cielo a nadie, aunque no sea mayor que una uña, que a solo Dios estan reservadas estas mercedes y gracias. Lo que puedo dar, os doy, que es una Infula hecha, y derecha, redonda, y bien proporcionada, y sobre manera fertil, y abundosa, donde si vos os sabeys dar maña, podeys con las riquezas de la tierra granjear las del cielo. Ahora bien, respondió Sancho, venga esta Infula, que yo pugarè por ser tal Gobernador, que a pesar de vellacos me vaya al cielo, y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme a mayores, sino por el deseo que tengo de provar a que sabe el ser Gobernador. Si una vez lo provays Sancho, dixo el Duque, comeroshays las manos tras el Gobierno, por ser dulcissima cosa el mandar, y ser obedecido.

tido. A buen seguro, que quando vuestro Dueño llegue a ser Emperador, que lo será sin duda (segun van encaminadas sus cosas) que no se lo arranquen como quiera, y que le duela, y le pese en la mitad del alma del tiempo que huviere dexado de serlo. Señor, replico Sancho, yo imagino, que es bueno mandar, aunque sea a un hato de ganado. Con vos me entierren Sancho, que sabey de todo, respondió el Duque, y yo espero que fereys tal Gobernador como vuestro juyzio promete, y quedese esto aqui, y advertid, que mañana en este mesmo dia aveys de yr al Gobierno de la Infula, y esta tarde os acomodarán del trage conveniente que aveys de llevar, y de todas las cosas necessarias a vuestra partida. Vistanme, dixo Sancho, como quisieren, que de qualquiera manera que vaya vestido serè Sancho Panga. Así es verdad, dixo el Duque; pero los trages se han de acomodar con el oficio, o dignidad que se professa, que no sería bien, que un Jurisperito se vistiesse como soldado, ni un soldado como un Sacerdote. Vos Sancho yreys vestido parte de Letrado, y parte de Capitan: porque en la Infula que os doy, tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no se el A. B. C. pero bastame tener el Christus a la memoria, para ser buen Gobernador. De las armas manejarè las que me dieren hasta caer, y Dios delante. Con tan buena memoria, dixo el Duque, no podrá Sancho errar en nada. En esto llego Don Quixote, y sabiendo lo que passava, y la celeridad con que Sancho se avia de partir a su Gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano, y se fue con el a su estancia, con intencion de aconsejarle, como se avia

avia de aver en su oficio. Entrados pues en su aposento cerrò tras si la puerta, y hizo casi por fuerza, que Sancho se sentasse junto à el, y con reposada voz le dixo:

Infinitas gracias doy al cielo, Sancho amigo, de que antes, y primero que yo aya encontrado con alguna buena dicha, te aya salido à ti à recebir, y à encontrar la buena ventura: yo que en mi buena suerte te tenia librada la paga de tus servicios, me veo en los principios de aventajarme, y tu antes de tiempo contra la ley de razonable discurso te vees premiado de tus deseos, otros cohechan, importunan, solicitan, madrugan, ruegan, porfian, y no alcanzan lo que pretenden, y llega otro, y sin saber como, ni como no se halla con el cargo, y oficio, que otros muchos pretendieron; y aqui entra, y encaxa bien el dezir, que ay buena y mala fortuna en las pretensiones. Tu, que para mi sin duda alguna eres un porro, sin madrugar, ni trasnochar, y sin hazer diligencia alguna, con solo el aliento que te ha tocado de la andante Cavalleria, sin mas ni mas te vees Governador de una Isla, como quien no dize nada. Todo esto digo, ô Sancho, para que no atribuyas à tus merecimientos la merced recebida, sino que des gracias al cielo, que dispone suavemente las cosas, y despues las daràs à la grandeza que en si encierra la profession de la Cavalleria andante. Dispuesto pues el coraçon à creer lo que te he dicho, està, ô hijo, atento à este tu Caton, que quiere aconsejarte, y ser norte, y guya, que te encamine, y saque à seguro puerto deste mar proceloso, donde vas à engolfarte, que los oficios y grandes cargos no son otra cosa, sino un golfo profundo de confusiones.

Pri

Primeramente, ô hijo, has de temer à Dios, porque en el temerle està la sabiduria, y siendo sabio no podràs errar en nada:

Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte à ti mismo, que es el mas difícil conocimiento que puede imaginarse: del conocimiento saldrà el no hincharte como la rana, que quiso yguarse con el bucy; que si esto hazes, vendràs à ser feos pies de la rueda de tu locura la consideracion de aver guardado puercos en tu tierra: Assi es la verdad, respondiò Sancho; pero fue quando muchacho, pero despues algo hambrecillo gansos fueron los que guardè, que no puercos: pero esto pareceme à mi que no haze al caso, que no todos los que goviernan, vienen de casta de Reyes. Assi es verdad, repliò Don Quixote; por lo qual los no de principios nobles deven acompañar la gravedad del cargo que exercitan con una blanda suavidad, que guya por la prudencia los libre de la murmuracion maliciosa, de que no ay estado que se escape.

Haz gala Sancho de la humildad de tu linage, y no te desprecies de dezir, que vienes de labradores, porque viendo que no te corres; ninguno se pondrà à correrte; y preciate mas de ser humilde virtuoso, que pecador sobervio: innumerables son aquellos que de baxa estirpe nacidos, han subido à la suma dignidad Pontificia, è Imperatoria; y desta verdad te pudiera traer tantos exemplos que te cansaran:

Mira Sancho, si tomas por medio à la virtud, y te precias de hazer hechos virtuosos; no ay para que tener embidia à los que los tienen Principes, y Señores; porque la sangre se hereda, y la virtud se aquista, y la virtud vale por si sola, lo que la sangre no vale.

Parte II.

A a

Sien

Siendo esto assi, como lo es, que si à caso viniere à verte, quando estès en tu Infula alguno de tus parientes, no le deseches, ni le afrentes, antes le has de acoger, agafajar, y regalar, que con esto satisfaràs al cielo, que gusta que nadie le desprecie de lo que el hizo, y correspondèràs à lo que debes à la naturaleza bien concertada.

Si traxeres à tu muger contigo (porque no es bien que los que asisten à Gobiernos de mucho tiempo estèn sin las propias) ensénala, dotrínala, y desbastala de su natural rudeza, porque todo lo que fuele adquirir un Governador discreto, suele perder, y derramar una muger rustica, y tonta.

Si à caso enviudares (cosa que puede suceder) y con el cargo mejorares de consorte, no la tomes tal, que te sirva de anzuelo, y de caña de pescar, y del no quiero de tu capilla; porque en verdad te digo, que todo aquello que la muger del juez recibiere, ha de dar cuenta el marido en la residencia universal, donde pagará con el quatro tanto en la muerte las partidas, de que no se huviere hecho cargo en la vida.

Nunca te guyes por la ley del encaxe, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.

Hallen en ti mas compassion las lagrimas del pobre; pero no mas justicia que las informaciones del rico.

Procura descubrir la verdad por entre las promesas, y dadivas del rico, como por entre los sollozos, e importunidades del pobre.

Quando pudiere, y deviere tener lugar la equidad, no cargues todo el rigor de la ley al delincuente, que no es mejor la fama del juez riguroso, que la del compassivo.

Si à caso doblares la vara de la justicia, no sea con el peso de la dadiva, sino con el de la misericordia.

Quando te sucediere juzgar algun pleyto de algun tu enemigo, aparta las mientes de tu injuria, y ponlos en la verdad del caso.

No te ciegue la passion propia en la causa agena, que los yerros que en ella hizieres, la mas vezes seràn sin remedio, y si le tuvieren, será à cuesta de tu credito, y aun de tu hazienda.

Si alguna muger hermosa viniere à pedirte justicia, quita los ojos de sus lagrimas, y tus oydos de sus gemidos, y considera de espacio la sustancia de lo que pide, sino quieres que se anegue tu razon en su llanto, y tu bondad en sus suspiros.

Al que has de castigar con obras, no trates mal con palabras, pues le basta al desdichado la pena del suplicio, sin la añadidura de las malas razones.

Al culpado que cayere debaxo de tu jurisdiccion, considere el hombre miserable sugero à las condiciones de la depravada naturaleza nuestra, y en todo quanto fuere de tu parte, sin hazer agravio à la contraria, muéstratele piadoso, y clemente, porque aun que los atributos de Dios todos son yguales, mas resplandece, y campea, à nuestro ver, el de la misericordia, que el de la justicia.

Si estos preceptos, y estas reglas sigues, Sancho, serán luengos tus dias, tu fama será eterna, tus premios còlmados, tu felicidad indezible, calará tus hijos como quisieres, títulos tendran ellos, y tus nietos, vivirás en paz, y beneplacito de las gentes, y en los ultimos passos de la vida te alcanzará el de la muerte en vejez suave, y madura, y cerrarán tus ojos las tiernas y delicadas manos de tus terceros.

ros netequeños. Esto que hasta aquí te he dicho, son documentos que han de adornar tu alma, escucha ahora los que han de servir para adorno del cuerpo,

CAPITULO XLIII.

De los Consejos segundos, que dió Don Quixote á Sancho Pança.

Quien oyera el pasado razonamiento de Don Quixote, que no le tuviera por persona muy cuerda, y mejor intencionada; pero como muchas veces en el progreso desta grande Historia queda dicho, solamente disparava en tocándole en la Cavalleria, y en los demas discursos mostrava tener claro y desenfadado entendimiento, de manera que á cada passo desacreditavan sus obras su juyzio, y su juyzio sus obras: pero en esta destos segundos documentos que dió á Sancho, mostrò tener gran donayre, y puso su discrecion, y su locura en un levantado punto. Atentísimamente le escuchava Sancho, y procurava conservar en la memoria sus consejos, como quien pensava guardarlos, y salir por ellos á buen parto de la preñez de su Gobierno. Prosiguió pues Don Quixote, y dixo:

En lo que toca á como has de gobernar tu persona y casa Sancho; lo primero que te encargo es, que seas limpio, y que te cortes las uñas, sin dexarlas crecer como algunos hazen, á quien su ignorancia les ha dado á entender, que las uñas largas les hermosean las manos, como si aquel escremento y añadidura que se dexan de cortar, fuese uña, siendo an-

tes garras de cernicalo lagartigero, puerco, y extraordinario abuso.

No andes Sancho desceñido y floxo, que el vestido descompuesto da indicios de animo desmaçalado, si ya la descompostura y floxedad no cae debaxo de focarroneria, como se juzgó en la de Julio Cesar.

Toma con discrecion el pulso á lo que pudiere valer tu oficio, y si sufiere que des librea á tus criados, dásela honesta y provechosa, mas que vistosa, y bizarra, y repartela entre tus criados, y los pobres: quiero dezir, que si has de vestir seys Pages, viste tres, y otros tres pobres, y así tendrás Pages para el cielo, y para el suelo: y este nuevo modo de dar librea no la alcançan los vanagloriosos.

No comas ajos ni cebollas, porque no saquen por el olor tu villaneria, anda de espacio, habla con reposo, pero no de manera, que parezca que te escuchas á ti mismo, que toda afectacion es mala.

Come poco, y cena mas poco, que la salud de todo el cuerpo se fragua en la oficina del estomago.

Se templado en el beber, considerando que el vino demasado, ni guarda secreto, ni cumple palabra.

Ten cuenta Sancho, de no mascar á dos carillos, ni de erutar delante de nadie. Esto de erutar no entiendo, dixo Sancho; y Don Quixote le dixo: Erutar Sancho, quiere dezir, regoldar, y este es uno de los mas torpes vocablos que tiene la lengua Castellana, aunque es muy significativo, y así la gente curiosa se ho acogido al Latin, y al regoldar, dize erutar, y á los regueldos, erutaciones; y quando algunos no entiendan estos terminos, importa poco, que el uso los yrà introduziendo con el tiempo, que con facilidad se entiendan, y esto es enrique-

zer la lengua sobre quien tiene poder el vulgo, y el uso. En verdad Señor, dixo Sancho, que uno de los consejos y avisos que pienso llevar en la memoria, ha de ser el de no regoldar; porque lo suelo hazer muy à menudo. Erutar, Sancho, que no regoldar, dixo Don Quixote. Erutar dirè de aqui adelante respondió Sancho, y à fee que no se me olvide.

Tambien Sancho no has de mezclar en tus platikas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas vezes las tracs tan por los cabellos, que mas parecen disparates que sentencias. Esto Dios lo puede remediar, respondió Sancho; porque sè mas refranes que un libro, y vienensème tantos juntos en la boca quando hablo, que riñen por salir unos con otros: pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan à pelo, mas yo tendré cuenta de aqui adelante de dezir los que convengan à la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y à buen salyo està el que repica, y el dar y el tener seso ha menester. Esto si Sancho, dixo Don Quixote, encaxa, enfarta, enhila refranes, que nadie te va à la mano, castigame mi madre, y yo trompogelas. Estoyte diciendo que oscules refranes, y en un instante has echado aqui una Letania dellos, que assi quadran con lo que vamos tratando, como por los cerros de Ubeda. Mira Sancho, no te digo yo que parece mal un refran traydo à proposito; pero cargar y enfartar refranes à troche moche haze la platika desmayada y baxa.

Quando subieres à cavallo, no vayas echando el cuerpo sobre el açon postreiro, ni llesves las piernas tieffas, y tiradas, y desviadas de la barriga del cavallo,

llo, ni tampoco vayas tan floxo, que parezca que vas sobre el Ruzio, que el andar à cavallo à unos haze Cavalleros, à otros cavallerizas.

Sea moderado tu sueño, que èl que no madruga con el Sol, no goza del dia: y advierte, ô Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria, jamas llegò al termino que pide un buen deseo.

Este ultimo consejo que aora darte quiero (puesto que no sirva para adorno del cuerpo) quiero que le lleves muy en la memoria, que creo que no te serà de menos provecho, que los que hasta aqui te he dado, y es:

Que jamas te pongas à disputar de linages, alomenos comparandolos entre si, pues por fuerça en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatières seras aborrecido, y del que levatares, en ninguna manera premiado.

Tu vestido serà calça entera, ropilla larga, herreuelo un poco mas largo, greguescos ni por pienso, que no les estàn bien, ni à los Cavalleros, ni à los Governadores.

Por aora esto se me ha ofrecido que aconsejarte, andar à el tiempo, y segun las ocasiones assi seràn mis documentos, como tu tengas cuydado de avisarme el estado en que te hallares. Señor, respondió Sancho, bien veo que todo quanto vueffa Merced me ha dicho, son cosas buenas, santas y provechosas; pero de que han de servir, si de ninguna me acuerdo? Verdad sea, que aquello de no dexarme crecer las uñas, y de casarme otra vez, si se ofreciere, no se me passará del magin; pero essotros badulaques, y enredos, y reboltillos, no se me acuerda, ni acordará mas dellos, que de las nubes de antaño, y

así será menester que se meden por escrito, que puesto que no se lee, ni escribe, yo se los daré á mi Confessor, para que me los encaxe y recapite quando fuere menester. Ha pecador de mi! respondió Don Quixote, y que mal parece en los Gobernadores el no saber leer, ni escribir; porque has de saber, ó Sancho, que no haber un hombre leer, ó ser ciego, arguye una de dos cosas, ó que fue hijo de padres demasiado de humildes y baxos, ó el tan travieso y malo, que no pudo entrar en el buen uso, ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querría que aprendieses á firmar, si quiera. Bien se firmar mi nombre, respondió Sancho, que quando fuy Prior en mi lugar, aprendí á hazer unas letras como de marca de fardo, que dezian que dezia mi nombre; quanto mas que fingiré que tengo tollida la mano derecha, y haré que firme otro por mí, que para todo ay remedio, sino es para la muerte, y teniendo yo el mando y el palo, haré lo que quisiere, quanto mas que el que tiene el padre Alcalde, y siendo yo Gobernador, que es mas que ser Alcalde: llegaos que la dexan ver, no sino popen y caloñenme, que vendran por lana, y bolveran trasquilados, y á quien Dios quiere bien, la casa le sabe, y las necesidades del rico por sentencias pasan en el mundo, y siendo yo, siendo Gobernador, y juntamente liberal, como lo pienso ser, no avrà falta que se me parezca. No sino hazeos miel, y paparos han moscas, tanto vales, quanto tienes, dezia una mi aguela, y del hombre arraygado no te verás vengado. O maldito seas de Dios Sancho, dixo á esta razon Don Quixote, sesenta mil Satanases te lleven á ti, y á tus refranes, una hora ha que los estás en-

ensartando, y dandome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro, que estos refranes te han de llevar un dia á la horca; por ellos te han de quitar el Gobierno tus Vassallos, ó ha de aver entre ellos comunidades. Dime, donde los hallas, ignorante? ó como los aplicas mentecato? que para dezir yo uno, y aplicarle bien, fudo y trabajo como si cabasse. Por Dios, Señor nuestro Amo, replicó Sancho, que vuestra Merced se queixa de bien pocas cosas. A que diablos se pudre de que yo me sirva de mi hazienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno, sino refranes, y mas refranes, y agora se me ofrecen quatro, que venian aqui pintiparados, ó como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho. Esie Sancho no eres tu, dixo Don Quixote, porque no solo eres buen callar, sino mal hablar, y mal porfiar; y con todo esto querría saber que quatro refranes te ocurrian agora á la memoria que venian aqui á proposito, que yo ando recorriendo la mia, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece. Que mejores, dixo Sancho, que entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares. Y á ydos de mi casa, y que quereys con mi muger, no ay responder. Y si da el cantaro en la piedra, ó la piedra en el cantaro, mal para el cantaro; todos los quales vienen á pelo. Que nadie se tome con su Gobernador, ni con el que le manda; porque saldra lastimado, como el que pone el dedo entre dos muelas cordales (y aunque no sean cordales, como sean muelas, no importa) y á lo que dixere el Gobernador, no ay que replicar, como al talio de mi casa, y que quereys con mi muger: pues lo de la piedra en el cantaro un ciego lo verá. Así que es menester que el que ve la mota en el ojo ag-

no, vea la viage en el fuyo, porque no se diga por él; espantose la muerte de la degollada: y vuestra Merced sabe bien, que mas sabe el necio en su casa, que el cuerdo en la agena. Esto no Sancho, respondió Don Quixote, que el necio en su casa, ni en la agena sabe nada, à causa que sobre el aumento de la necedad no affienta ningún discreto edificio; y dexemos esto aqui Sancho, que si mal governares, tuya será la culpa, y mia la vergüenza: mas consuelome, que he hecho lo que devia en aconsejarte con las veras, y con la discrecion à mi possible: con esto salgo de mi obligacion, y de mi promesa. Dios te guye Sancho, y te gobierne en tu Gobierno, y à mi me saque del escrupulo que me queda, que has de dar con toda la Insula patas arriba, cosa que pudiera yo escusar con descubrir al Duque quien eres, diciendole, que toda esta gordura, y esta personilla que tienes, no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias. Señor, replicò Sancho, si à vuestra Merced le parece que no soy de pro para este Gobierno, desde aqui le fuelto, que mas quiero un solo negro de la uña de mi alma, que à todo mi cuerpo, y assi me sustentaré Sancho à secas con pan y cebolla, como Governador con perdizes y capones, y mas que mientras se duerme, todos son yguales los grandes y los menores, los pobres y los ricos; y si vuestra Merced mira en ello, verá que solo vuestra Merced me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sè mas de Gobiernos de Insulas, que un buytre: y si se imagina, que por ser Governador me ha de llevar el diablo, mas me quiero yr Sancho al cielo, que Governador al infierno. Por Dios Sancho, dixo Don Quixote, que por solas estas ultimas razones que has dicho, juzgo que mereces ser Governador de mil Insulas, buen natu-
ral

ral tienes, sin el qual no ay ciencia que valga, encomiendate à Dios, y procura no errar en la primera intencion, quiero dezir, que siempre tengas intento, y firme proposito de acertar en quantos negocios te ocurrieren; porque siempre favorece el cielo los buenos deseos, y vamonos à comer, que creo que ya estos Señores nos aguardan.

CAPITULO XLIV.

Como Sancho Pança fue llevado al Gobierno, y de la estraña aventura que en el Castillo sucediò à Don Quixote.

Dizen, que en el propio original desta Historia se lee, que llegando Cide Hamete à escribir este Capitulo, no le traduxo su Interpreter como el le avia escrito, que fue un modo de queixa que tuvo el Moro de si mismo, por aver tomado entre manos una Historia tan seca, y tan limitada como esta de Don Quixote, por parecerle, que siempre avia de hablar del y de Sancho, sin osar estenderse à otras digresiones y episodios mas graves, y mas entretenidos, y dezia, que el yr siempre atenido el entendimiento, la mano y la pluma à escribir de un solo sujeto, y hablar por las bocas de pocas personas, era un trabajo incomportable, cuyo fruto no redundava en el de su Autor, y que por huyr deste inconveniente avia usado en la primera Parte del artificio de algunas Novelas, como fueron la del curioso Impertinente, y la del Capitan cautivo, que estan como separadas de la Historia, puesto que



280 DON QUIXOTE DE LA MANCHA

que las demas que alli se cuentan, son casos sucedidos al mismo Don Quixote, que no podian dexar de escrivirse; tambien pensò, como el dize, que muchos llevados de la atencion que piden las hazañas de Don Quixote, no la darian à las Novelas, y pasarían por ellas, ò con priessa, ò con enfado, sin advertir la gala y artificio que en si contienen, el qual se mostrarà bien al descubierto quando por si solas sin arrimarse à las locuras de Don Quixote, ni à las fandezes de Sancho salieran à luz: y assi en esta segunda Parte no quiso ingerir Novelas sueltas, ni pegadizas: sino algunos episodios que lo pareciesen, nacidos de los mismos sucesos que la verdad ofrece, y aun estos limitadamente, y con solas las palabras que bastan à declararlos, y pues se contiene y cierra en los estrechos limites de la narracion, teniendo habilidad, suficiencia, y entendimiento, para tratar del universo todo: pide no se desprecie su trabajo, y se le den alabanzas, no por lo que escribe, sino por lo que ha dexado de escribir; y luego prosigue la Historia, diziendo: que en acabando de comer Don Quixote el dia que diò los consejos à Sancho; aquella tarde se los diò escritos, para que el buscasse quien se los leyese: pero apenas se los hubo dado, quando se le cayeron, y vinieron à manos del Duque, que los comunicò con la Duquesa, y los dos se admiraron de nuevo de la locura, y del ingenio de Don Quixote; y assi llevando adelante sus burlas, aquella tarde embiaron à Sancho con mucho acompañamiento al lugar que para él avia de ser Insula. Acacció pues, que el que llavava à cargo, era un Mayordomo del Duque muy discreto, y muy gracioso, que no puede aver gracia donde no ay discrecion, el qual avia hecho la persona de la Con-

PARTE SEGUNDA. LIBRO VII. 381

desa Trifaldi, con el donayre que queda referido, y con esto, y con yr industriado de sus Señores de como se avia de aver con Sancho. salió con su intento maravillosamente. Digo pues, que acacció, que assi como Sancho viò al tal Mayordomo, se le figurò en su rostro el mesmo de la Trifaldi, y bolviendote à su Señor, le dixo: Señor, ò à mi me ha de llevar el diablo de aqui de donde estoy, en justo, y en creyente, ò vuestra Merced me ha de confesar, que el rostro deste Mayordomo del Duque que aqui està es el mesmo de la Dolorida. Mirò Don Quixote atentamente al Mayordomo. y aviendole mirado dixo à Sancho: No ay para que te lleve el diablo, Sancho, ni en justo, ni en creyente (que no sè lo que quieres dezir) que el rostro de la Dolorida es el del Mayordomo: pero no por esto el Mayordomo es la Dolorida, que à serlo implicaria contradicion muy grande, y no es tiempo aora de hazer estas averiguaciones, que seria entrarnos en intrincados laberintos: creeme amigo, que es menester rogar à nuestro Señor muy de veras, que nos libre à los dos de malos hechizeros, y de malos encantadores. No es burla, Señor, replicò Sancho, sino que denantes le oí hablar, y no pareció sino que la voz de la Trifaldi me sonava en los oydos. Aora bien, yo callaré, pero no dexaré de andar advertido de aqui adelante, à ver si descubre otra señal que confirme, ò desfaga mi sospecha. Assi lo has de hazer Sancho, dixo Don Quixote, y darasme aviso de todo lo que en este caso descubrieres, y de todo aquello que en el Gobierno te sucediere. Saliò en fin Sancho, acompañado de mucha gente, vestido à lo letrado, y encimado un gavan muy ancho de chamelote de aguas leonado, con una montera de lo mismo sobre un macho à la

à la ginetà, y detras dèl, por orden del Duque, yva el Ruzio con jaezes y ornamentos juveniles de leda, y flamantes, bolvia Sancho la cabeça de quando en quando à mirar à su afno, con cuya compañía yva tan contento, que no se trocàra con el Emperador de Alemaña.

Al despedirse de los Duques les besò las manos, y tomò la bendicion de su Señor, que se le diò con lagrimas, y Sancho la recibì con pucheritos. Dexa, Letor amable, yr en paz, y en hora buena al buen Sancho, y espera dos fanegas de risa que te ha de causar el saber, como se portò en su cargo, y en tanto atiende à saber lo que le passò à su Amo aquella noche, que si con ello no rieres, por lo menos desplegaras los labios con risa de ximia; porque los sucesos de Don Quixote, ò se han de celebrar con admiracion, ò con risa. Cuéntase pues, que apenas se hubo partido Sancho, quando Don Quixote finitiò su soledad, y si le fuera possible revocarle la comission, y quitarle el Gobierno, lo hiziera. Conociò la Duquesa su melancolia, y preguntòle, que de que estava triste, que si era por la ausencia de Sancho, que Escuderos, Dueñas, y Donzellas avia en su casa, que le servirian muy à satisfacion de su deseo. Verdad es, Señora mia, respondiò Don Quixote, que siento la ausencia de Sancho; pero no es està la causa principal que me haze parecer que estoy triste, y de los muchos ofrecimientos que vuestra Excelencia me haze solamente acepto, y escojo el de la voluntad con que se me hazen, y en lo demas suplicò à vuestra Excelencia, que dentro de mi aposento consienta y permita, que yo solo sea el que me sirva. En verdad, dixo la Duquesa, Señor Don Quixote, que no ha de ser assi, que le han

han de servir quatro Donzellas de las mias, hermosas como unas flores. Para mi, respondiò Don Quixote, no seràn ellas como flores, sino como espinas, que me puncen el alma. Assi entraran ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar. Si es que vuestra Grandeza quiere llevar adelante el hazerme merced, sin yo merecerla, dexeme, que yo me las aya conmigo, y que yo me sirva de mis puertas adentro, que yo ponga una muralla en medio de mis deseos, y de mi honestidad, y no quiero perder esta costumbre por la liberalidad que vuestra Alteza quiere mostrar conmigo. Y en resolucion antes dormirè vestido, que consentir que nadie me desnude. No mas, no mas, Señor Don Quixote, replicò la Duquesa; por mi digo, que darè orden, que ni aun una mosca entre en su estancia, no que una Donzella no soy yo persona que por mi se ha de descavalgar la decencia del Señor Don Quixote, que segun se me ha trasluzido, la que mas campea entre sus muchas virtudes, es la de la honestidad. Desnudeste vuestra Merced, y vistase à sus solas, y à su modo, como, y quando quisiere, que no avrà quien lo impida, pues dentro de su aposento hallarà los vasos necesarios al menester del que duerme à puerta cerrada, porque ninguna natural necesidad le obligue, à que la abra. Viva mil siglos la gran Dulcinea del Toboso, y sea su nombre estendido por toda la redondez de la tierra, pues mereciò ser amada de tan valiente, y tan honesto Cavallero, y los benignos cielos infundan en el coracon de Sancho Pança nuestro Governador un deseo de acabar presto sus diciplinas, para que buelva à gozar el mundo de la belleza de tan gran Señora. A lo qual dixo Don Quixote: Vuestra altitud ha hablado como quien es, que en la boca de

ca de las buenas Señoras no ha de aver ninguna que sea mala, ni mas ventuosa, y mas conocida será en el mundo Dulcinea: por averla alabado vuestra grandeza, que por todas las alabanzas que puedan darle los mas eloquentes de la tierra. Aora bien, Señor Don Quixote, replicò la Duquesa, la hora de cenar se llega, y el Duque deve de esperar, venga vuestra Merced, y cenemos, y acostarase temprano, que el viage que aver hizo de Candaya, no fue tan corto, que no aya causado algún molimiento. No siento ninguno, Señora, respondió Don Quixote, porque osaré jurar à vuestra Excelencia, que en mi vida he subido sobre bestia mas reposada, ni de mejor passo que Clavileño, y no sè yo que le puedo mover à Malambruno para deshazerse de tan ligera y tan gentil cavalgadura, y abrasarla assi, sin mas ni mas. A esto se puede imaginar, respondió la Duquesa, que arrepentido del mal que avia hecho à la Trifaldi, y compañía, y à otras personas, y de las maldades que como hechizero y encantador devia de aver cometido, quiso concluir con todos los instrumentos de su oficio, y como à principal; y que mas le traya desahogado, vagando de tierra en tierra, abrasò à Clavileño, que con sus abrasadas cenizas, y con el trofeo del cartel queda eterno el valor del gran Don Quixote de la Mancha. De nuevo nuevas gracias diò Don Quixote à la Duquesa, y en cenando Don Quixote se retirò en su aposento solo, sin consentir que nadie entrasse con él à servirle; tanto se temia de encontrar ocasiones que le moviesen, ò forçassen à perder el honesto decoro que à su Señora Dulcinea guardava, siempre puesta en la imaginacion la bondad de Amadis, flor y espejo de los andantes Cavalleros. Cerrò tras sí la puerta, y

à la luz de dos velas de cera se desnudò, y al descalzarse (ò desgracia indigna de tal persona!) se le soltaron, no suspiros, ni otra cosa que desacreditassen la limpieça de su policia, sino hasta dos dozenas de puntos de una media, que quedò hecha zelosia: affligiòse en estremo el buen Señor, y dièra el por tener allí un adarme de seda verde una onça de plata, digo seda verde, porque las medias eran verdes. Aqui exclamò Benengeli, y escribiendo dixo: O pobreza, pobreza! no sè yo con que razon se moviò aquel gran Poëta Cordoves à llamarte, dadiva santa desagradecida; yo, aunque Moro, bien sè por la comunicacion que he tenido con Christianos, que la santidad consiste en la caridad, humildad, fèe, obediencia, y pobreza; pero con todo esto digo, que ha de tener mucho de Dios el que se viniere à contentar con ser pobre, sino es de aquel modo de pobreza; de quien dize uno de sus mayores Santos: Tened todas las cosas, como si no las tuviesdes, y à esto llaman pobreza de espiritu; pero tu segunda pobreza (que eres de la que yo hablo) porque quieres estrellarte con los Hidalgos y bien nacidos, mas que con la otra gente? Porque los obligas à dar pantalia à los çapatos? y à que los botones de sus ropillas unos sean de seda, otros de cerdas, y otros de vidro? porque sus cuellos, por la mayor parte, han de ser siempre escarolados, y no abiertos con molde? (y en esto se echarà de ver que es antiguo el uso del almidon, y de los cuellos abiertos) y profiuguiò. Miserable del bien nacido! que vâ dando pistos à su honra, comiendo mal, y à puerta cerrada, haciendo hipocrita al palillo de dientes, con que sale à la calle despues de no aver comido, cosa que le obligue à limpiarlos: Miserable de aquel digo, que

tiene la honra espantadiza y piensa que desde una legua se le descubre el remiendo del capato, el trasfudor del sombrero, la hilaga del herreruelo, y la hambre de su estomago: todo esto se le renovò à Don Quixote en la sultura de sus puntos, pero consolòse con ver que Sancho le avia dexado unas votas de camino, que pensò ponerse otro dia. Finalmente el se recostò pensativo y petaroso, assi de la falta que Sancho le hazia, como de la irreparable desgracia de sus medias, à quien tomara los puntos, aunque fuera con seda de otra color, que es una de las mayores señales de miseria que un Hidalgo puede dar en el discurso de su prolixa estrechez. Matò las velas, hazia calor, y no podia dormir, levantòse del lecho, y abrió un poco la ventana de una rexa, que dava sobre un hermoso jardin, y al abrir las sintió, y oyò que andava y hablava gente en el jardin, pulose à escuchar atentamente, levantaron la voz los de abajo, tanto que pudo oyr estas razones:

No me porfies, ò Emerencia, que cante, pues sabes que desde el punto que este forastero entrò en este castillo, y mis ojos le miraron, y no sè cantar, sino llorar, quanto mas que el sueño de mi Señora tiene mas de ligero, que de pesado, y no querria que nos hallasse aqui por todo el tesoro del mundo: y puesto caso que durmiese, y no despertasse, en vano seria mi canto si duerme, y no despierta para oyrle este nuevo Eneas, que ha llegado à mis regiones para dexarme escarnida. No des en esso Altifidora amiga, respondieron, que sin duda la Duquesa, y quantos ay en esta casa, duermen, sino es el Señor de tu coragon, y el despertador de tu alma; porque aora sentí que abria la ventana de la rexa de su estancia, y sin duda deve de estar despierto, canta lasti-

mada mia, en tono baxo y suave al sòn de tu harpa; y quando la Duquesa nos sienta, le echarèmos la culpa al calor que haze. No està en esso el punto, ò Emerencia, respondió la Altifidora, sino en que no querria que mi canto descubriessè mi coragon, y fuesse juzgada de los que no tienen noticia de las fuerças poderosas de amor por Donzella antojadiza y liviana: pero venga lo que viniere, que mas vale verguença en cara, que mancilla en coragon, y en esto sintió tocar una harpa suavissimamente. Oyendo lo qual quedò Don Quixote pasmado; porque en aquel instante se le vinieron à la memoria las infinitas aventuras semejantes à aquella de ventanas, rejas, y jardines, musicas, requiebros, y desvanecimientos, que en los sus desvanecidos libros de cavallierias avia leydo; luego imaginò, que alguna Donzella de la Duquesa estava del enamorada, y que la honestidad la forgava à tener secreta su voluntad, temió no le rindiesse, y propuso en su pensamiento, el no dexarse vencer, y encomendandose de todo buen animo, y buen talantè à su Señora Dulcinea del Toboso, determinò de escuchar la Musica; y para dar à entender que alli estava, diò un fingido estornudo, de que no poco se alegraron las Donzellas, que otra cosa no deseavan, sino que Don Quixote las oyessè. Recorrida pues, y afinada la harpa, Altifidora diò principio à este Romance:

O tu que estás en tu lecho;
Entre sabanas de Olanda,
Durmiendo à pierna tendida
De la noche à la mañana.
Cavallero el mas valiente
Que ha producido la Mancha,



388 DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

Mas honesto, y mas bendito,
Que el oro fino de Arabia.

Oye à una triste Donzella,
Bien crecida, y mal lograda,
Que en la luz de tus dos soles
Se siente abrasar el alma.

Tu buscas tus aventuras,
Y agenas desdichas hallas,
Das las feridas, y niegas
El remedio de sanarlas.

Dime valeroso Joven,
Que Dios prosperen tus ansias,
Si te criaste en la Libia,
O en las montañas de Jaca?

Si sierpes te dieron leche?
Si à dicha fueron tus amas,
La aspereza de las selvas,
Y el horror de las montañas?

Muy bien puede Dulcinea,
Donzella rolliza y sana,
Preciarse, de que ha rendido
A una tigre, y fiera brava.

Por esto será famosa,
Desde Henares à Xarama,
Desde el Tajo à Manzanares,
Desde Pisuerga hasta A-lanza.

Trocárame yo por ella,
Y diera encima una saya
De las mas gayadas mias,
Que de oro le adornan franjas.

O quien se viera en tus brazos,
O sino junto à tu cama,
Rascandote la cabeza,
Y matandote la caspa.

Mucho

PARTE SEGUNDA. LIBRO VII. 389

Mucho pido, y no soy digna
De merced tan señalada,
Los pies quisiera traerte,
Que à una humilde esto le basta.

O que de cosas te diera,
Que de escafpines de plata,
Que de calzas de Damasco,
Que de herrueruelos de Olanda.

Que de finisimas perlas,
Cada qual como un agalla,
Que à no tener compañeras,
Las solas fueran llamadas.

No mires de tu Tarpeya
Este incendio que me abraza,
Neron Manchego del mundo,
Ni le avives con tu saña.

Niña soy, pulzela tierna,
Mi edad de quinze no passa,
Catorze tengo y tres meses,
Te juro en Dios, y en mi anima.

No soy renca, ni soy coxa,
Ni tengo nada de manca,
Los cabellos como lirios,
Que en pie por el suelo arrastra.

Y aunque en mi boca aguileña,
Y la nariz algo chata,
Serrais dientes de topacios,
Mi belleza al cielo ensalza.

Mi voz yà ves, si me escuchas,
Que à la que es mas dulce y guata,
Y soy de disposicion
Algo menos que mediana.

Estas y otras gracias mias,
Son despojos de tu aljava,

Bb 3

Esta

*De esta casa soy Donzella,
Y Altifidora me llaman.*

Aquí dió fin el Canto de la malferida Altifidora, y comenzó el asombro del requerido Don Quixote, el qual dando un gran suspiro, dixo entre sí:

Que tengo de ser tan desdichado Andante, que no ha de aver Donzella que me mire, que de mí no se enamore? Que tenga de ser tan corta de ventura la fin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dexar à solas gozar de la incomparable firmeza mia? Que la quereys Reynas? A que la perseguís Emperatrices? Para que la acofays Donzellas de à catorze à quinze años? Dexad, dexad à la miserable que triunfe, se goze y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi coraçon, y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfenique, y para todas las demas soy de pedernal: para ella soy miel, y para vosotras azibar: para mí sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la gallarda, la honesta, y la bien nacida; y las demas las feas, las necias, las livianas, y las de peor linage: para ser yo luyo, y no de otra alguna me arrojó la naturaleza al mundo; llore, ò cante Altifidora, desesperese Madama, por quien me aporrearón en el castillo del Moro encantado, que yo tengo de ser de Dulcinea, cozido ò asado, limpio, bien criados, y honesto, à pesar de todas las potestades hechizeras de la tierra: y con esto cerrò de golpe la ventana, y despechado, y pesaroso, como si le huviera acontecido alguna gran desgracia, se acostó en su lecho, donde le dexaremos por agora; porque nos está llamando el gran Sancho Pança, que quiere dar principio à su famoso Gobierno.

CA:

CAPITULO XLV.

De como el gran Sancho Pança tomó la posesion de su Insula, y del modo que comenzó à gobernar.

O Perpetuo descubridor de los Antipodas, hacha del mundo, ojo del cielo, mengo dulce de las cantimploras, Tinbriro aquí, Febo allí, Tirador acá, Médico acullá, Padre de la Poësia, inventor de la Musica; tu que siempre sales (y aun que lo parece) nunca te pones. A ti digo, ò Sol, cuya ayuda el hombre engendra el hombre; à ti digo, que me favorezcas, y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narracion del Gobierno del gran Sancho Pança, que sin ti yo me siento tibio, desmaçalado, y confuso.

Digo pues que con todo su acompañamiento llegó Sancho à un lugar de hasta mil vezinos, que era de los mejores que el Duque tenía; dieronle à entender, que se llamava la Insula Barataria, ò yà porque el lugar se llamava Barataria, ò yà por el barato con que se le avia dado el Gobierno. Al llegar à las puertas de la villa, que era cercada, salió el Regimiento del pueblo à recibirle; tocaron las campanas, y todos los vezinos dieron muestras de general alegria, y con mucha pompa le llevaron à la Yglesia mayor à dar gracias à Dios, y luego con algunas ridiculas ceremonias le entregaron las llaves del pueblo, y le admitieron por perpetuo Gobernador de la Insula Barataria. El trage, las barbas, la gordura, y pequenez del nuevo Gobernador

Bb 4

te.

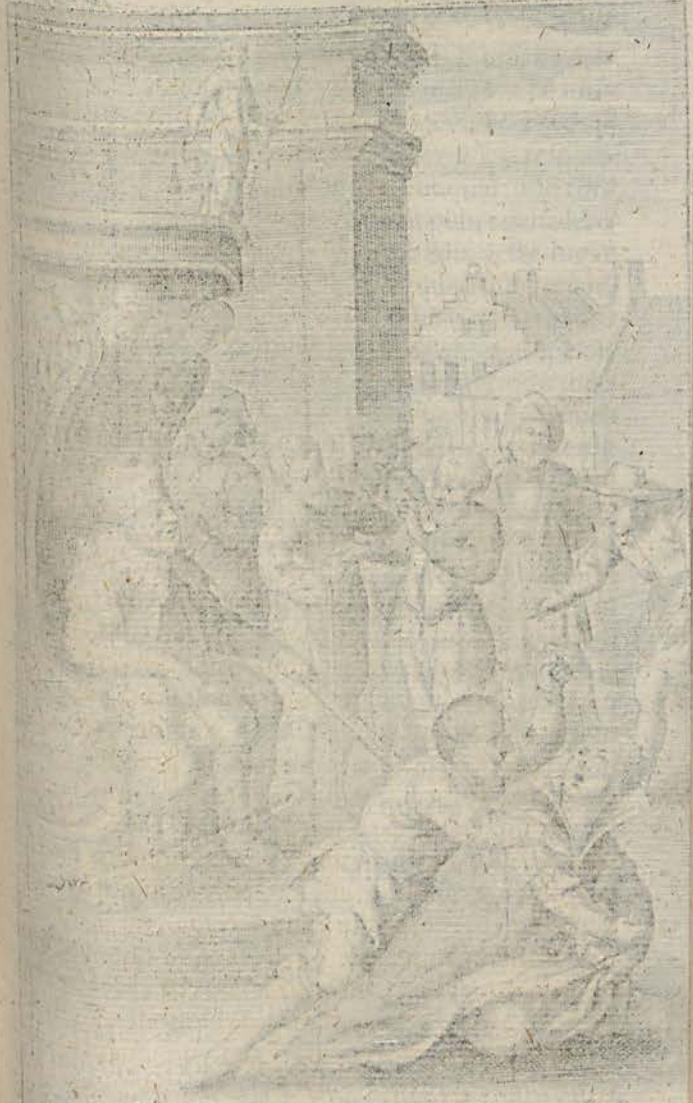
tenia admirada à toda la gente, que el Bufilis del cuento no sabia, y aun à todos los que los sabian, que eran muchos. Finalmente en sacandole de la Yglesia, y le llevaron à la silla del juzgado, y le sentaron en ella, y el Mayordomo del Duque le dixo: Es costumbre antigua en esta Insula, Señor Governador, que el que viene à tomar possession desta famosa Insula, està obligado à responder à una pregunta que se le hiziere, que sea algo intrincada y dificultosa, de cuya respuesta el pueblo toma y toca el pulso del ingenio de su nuevo Governador, y assi, o se alegra, o le entristece con su venida. En tanto que el Mayordomo dezia esto à Sancho, estava el mirando unas grandes y muchas letras que en la pared frontera de su silla estavan escritas, y como el no sabia leer, preguntò que eran aquellas pinturas que en aquella pared estavan; fuele respondido: Señor, alli està escrito y notado el dia en que vuestra Señoria tomò possession desta Insula, y dize el Epitafio: Oy dia à tantos de tal mes, y de tal año tomò la possession desta Insula el Señor Don Sancho Pança, que muchos años la goze. Y à quien llaman Don Sancho Pança? preguntò Sancho. A vuestra Señoria, respondió el Mayordomo, que en esta Insula no ha entrado otro Pança fino el que està sentado en esta silla. Pues advertid hermano, dixo Sancho, que yo no tengo Don, ni en todo mi linage le ha auido; Sancho Pança me llaman à secas, y Sancho se llamò mi padre, y Sancho mi abuelo, y todos fueron Panças sin añadiduras de Dones ni Donas, y yo imagino, que en esta Insula deve de aver mas Dones que piedras; pero basta. Dios me entiende, y podra ser, que si el Govierno me dura quatro dias, yo escardarè estos Dones, que por la muchedumbre deven de enfa-

dar como los Mosquitos. Passe adelante con su pregunta el Señor Mayordomo, que yo responderè lo mejor que supiere, ora se entristezca, o no se entristezca el pueblo. A este instante entraron en el juzgado dos hombres, el uno vestido de labrador, y el otro de sastre, porque trayas unas tixeras en la mano; y el sastre dixo: Señor Governador, yo y este hombre labrador venimos ante vuestra Merced, en razon que este buen hombre llegò à mi tienda ayer, que yo con perdon de los presentes soy sastre examinado; que Dios sea bendito, y poniendome un pedago de paño en las manos, me preguntò: Señor, avria en esto paño harto para hazerme una caperuça? Yo tanteando el paño le respondì, que si; el deviose de imaginar à lo que yo imagino; è imaginè bien, que sin duda yo le queria hurtar alguna parte del paño, fundandole en su malicia, y en la mala opinion de los Sastres; y replicòme, que mirasse si avria para dos: adivinele el pensamiento, y dixe, que si; y el Cavallero en su dañada y primera intencion, fue añadiendo caperuças, y yo añadiendo, si es, hasta que llegamos à cinco caperuças, y aora en este punto acaba de venir por ellas, yo se las doy, y no me quiere pagar la hechura; antes me pide que le pague, o buelva su paño. Es todo esto assi hermano, preguntò Sancho? Si Señor, respondió el hombre; pero hagale V. M. que muestre las cinco caperuças que me ha hecho. De buena gana, respondió el Sastre, y sacando encòtinente la mano debaxo del herreruelo, mostrò en ella cinco caperuças puestas en las cinco cabeças de los dedos de la mano, y dixo: He aqui las cinco caperuças que este buen hombre me pide, y en Dios, y en mi conciencia que no me ha quedado nada del paño, y yo darè la obra à vista de veedores del

del oficio. Todos los presentes se rieron de la multitud de las caperugas, y del nuevo pleyto. Sancho se puso à considerar un poco, y dixo: Pareceme que en este pleyto no ha de aver largas dilaciones, sino juzgar luego à juyzio de buen Varon; y assi yo doy por sentencia, que el fastre pierda las hechuras, y el labrador el paño, y las caperugas se lleven à los presos de la carcel, y no aya mas. Si la sentencia passada de la bolsa del ganadero movio à admiracion à los circunstantes, esta les provocò à risa; pero en fin se hizo lo que mandò el Governador, ante el qual se presentaron dos hombres ancianos, el uno traya una cañaheja por baculo, y el fin baculo dixo: Señor, à este buen hombre le prestè dias ha diez escudos de oro en oro, por hazerle plazer, y buena obra, con condicion que me los bolviessè quando se los pidiesse: passaronse muchos dias sin pedirseles, por no ponerle en mayor necesidad de bolvermelos que la que el tenia quando yo se los prestè: pero por parecerme que se descuydava en la paga, se los he pedido una y muchas vezes, y no solamente no me los buelven, pero me los niega, y dize, que nunca tales diez escudos le prestè, y que si se los prestè, que yà me los ha buuelto; y no tengo testigos, ni del prestado, ni de la buelta; porque no me los ha buuelto, querria que vueſſa Merced le tomassè juramento; y si jurare que me los ha buuelto, yo se los perdono para aqui, y para delante de Dios. Que dezis vos à esto, buen Viejo del baculo, dixo Sancho? A lo que dixo el Viejo: Yo Señor confieso, que me los prestè; y baxe vueſſa Merced esta vara, y pues el lo dexa en mi juramento, yo juraré como se los he buuelto, y pagado real y verdaderamente. Baxò el Governador la vara, y en tanto el Viejo del baculo diò el baculo

al otro Viejo, que se le tuviesse en tanto que jurava, como si le embaraçara mucho; y luego puso la mano en la cruz de la vara, diziendo, que era verdad que se le avian prestado aquellos diez escudos, que se le pedian; pero que el se los avia buuelto de su mano à la suya, y que por no caer en ello se los bolvia à pedir por momentos. Viendo lo qual el gran Governador, preguntò al acreedor, que respondiò à lo que dezia su contrario, y dixo, que sin duda alguna su deudor devia de dezir verdad, porque le tenia por hombre de bien, y buen Christiano, y que à el se le devia de aver olvidado el como y quando se los avia buuelto, y que desde alli en adelante jamas le pidiria nada: tornò à tomar su baculo el deudor, y baxando la cabeza, se faliò del juzgado; visto lo qual Sancho, y que sin mas ni mas se yva, y viendole tambien la paciencia del demandante, inclinò la cabeza sobre el pecho, y poniendose el indice de la mano derecha sobre las cejas, y las narizes, estuvo como pensativo un pequeño espacio; y luego alçò la cabeza, y mandò que le llamassen al Viejo del baculo, que yà se avia ydo: truxeronsele; y en viendole Sancho, le dixo: Dadme, buen hombre, este baculo, que le he menester. De muy buena gana, respondiò el Viejo, hele aqui Señor, y pusoſe en la mano: tomòle Sancho, y dandosele al otro Viejo, le dixo: Andad con Dios, que yà vays pagado. Yo Señor, respondiò el Viejo, pues vale esta cañaheja diez escudos de oro. Si, dixo el Governador, ò sino yo soy el mayor porro del mundo, y aora se verá si tengo yo caletre para gobernar todo un Reyno, y mandò, que alli delante de todos se rompiesse, y abriessè la caña. Hizose assi, y en el coraçon della hallaron diez escudos de oro. Quedaron todos

todos admirados, y tuvieron à su Governador por un nuevo Salomon. Preguntaron, de donde avia colegido, que en aquella cañaheja estavan aquellos diez escudos; y respondió, que de averle visto dar el Viejo que jurava, à su contrario aquel baculo en tanto que hazia el juramento, y jurar que se los avia dado real y verdaderamente, y que en acabando de jurar, le tornò à pedir el baculo, le vino à la imaginacion, que dentro dèl estava la paga de lo que pedian: de donde se podia coligar, que los que gobiernan, aunque sean unos tontos, tal vez los encamina Dios en sus juyzios, y mas que èl avia oydo contar otro caso, como aquel al Cura de su lugar, y que èl tenia tan gran memoria, que à no olvidarfele, todo aquello que queria acordarse, no huviera tal memoria en toda la Insula. Finalmente el un Viejo corrido, y el otro pagado se fueron, y los presentes quedaron admirados, y èl que escrivia las palabras, hechos y movimientos de Sancho no acabava de determinarse, si le tendria, y pondria por tonto, ò por discreto. Luego acabado este pleyto, entrò en el juzgado una muger asida fuertemente de un hombre vestido de ganadero rico, la qual venia dando grandes voces, diciendo: Justicia, Señor Governador, justicia; y si no la hallo en la tierra, la irè à buscar al cielo: Señor Governador de mi anima, este mal hombre me ha cogido en la mitad de este campo, y se ha aprovechado de mi cuerpo, como si fuera trapo mal lavado, y desdichada de mi, me ha llevado lo que yo tenia guardado mas de veynte y tres años ha, defendiendolo de Moros y Christianos, de naturales, y estrangeros, y yo siempre dura como un Alcornoque, conservandome entera como la Salamanca en el fuego, ò como la lana entre las garças, para que este buen





buen hombre llegasse con sus manos limpias à mano carme. Aun esto esta por averiguar, si tiene limpias, ò no las manos este galan, dixo Sancho, y bolviendo al hombre, le dixo, que dezia, y respondia à la querella de aquella muger, el qual todo turbado respondiò: Señores, yo soy un pobre ganadero de ganado de cerda, y esta mañana salia deste lugar de vender, con perdon sea dicho, quatro puercos, que me llevaron de alcavalas y sacaliñas poco menos de lo que ellos valian: bolviame à mi aldea, topè en el camino à esta buena Dueña, y el diablo, que todo lo añasca, y todo lo cueze, hizo que yogassimos juntos, paguele lo suficiente, y ella mal contenta asio de mi, y no me ha dexado hasta traerme à este puesto: dize que la forcè, y miente para el juramento que hago, ò pienso hazer, y esta es toda la verdad sin faltar meaja. Entonces el Governador le preguntò, si traya consigo algun dinero en plata; el dixo, que hasta veynte ducados tenia en el seno en una bolsa de cuero, mandò que la sacasse, y se la entregasse assi como estava à la querellante; el lo hizo temblando: tomado la muger, y haziendo mil çalemas à todos, y rogando à Dios por la vida y salud del Señor Governador, que assi mirava por las huerfanas menesterosas, y Donzellas; y con esto se salió del juzgado, llevando la bolta asida con entrambas manos, aunque primero mirò si era de plata la moneda, que llevaba dentro. Apenas salió, quando Sancho dixo al Ganadero, que ya se le saltavan las lagrimas, y los ojos, y el coraçon se yvan tras su bolsa. Buen hombre, yd tras aquella muger, y quitadle la bolsa, aunque no quiera, y bolved aqui con ella; y no lo dixo à tonto, ni à sordo: porque luego partiò como un rayo, y fue à lo

lo que se le mandava. Todos los presentes estavan suspensos, esperando el fin de aquel pleyto; y de alli à poco bolvieron el hombre y la muger, mas afidos, y aferrados que la vez primera, ella la faya levantada, y en el regazo puesta la bolsa, y el hombre pugnando por quitarsela, mas no era possible, segun la muger la defendia, la qual dava voces, diciendo: Justicia de Dios, y del mundo, mire vuestra Merced, Señor Governador, la poca verguença, y el pocotemor deste desalmado, que en mitad de poblado, y en mitad de la calle me ha querido quitar la bolsa que vuestra Merced mandò darme. Y haosla quitado, preguntò el Governador? Como quitar, respondiò la muger! antes me dexara yo quitar la vida, que me quiten la bolsa: bonita es la niña, otros gatos me han de echar à las barbas, que no este desventurado y alquerofo, tenazas y martillos, magos y escoplos no seràn bastantes à sacarmela de las uñas, ni aun garras de Leones, antes el anima de en mitad en mitad de las carnes. Ella tiene razon, dixo el hombre, y yo me doy por rendido, y sin fuerças, y confieso, que las mias no son bastantes para quitarsela, y dexòla. Entonces el Governador dixo à la muger: Mostrad honrada y valiente esta bolsa: ella se la diò luego, y el Governador se la bolvió al hombre, y dixo à la esforcada, y no forçada: Hermana mia, si el mismo aliento, y valor que aveys mostrado para defender esta bolsa, le mostrarades, y aun la mitad menos, para defender vuestro cuerpo, las fuerças de Hercules no os hizieran fuerça; andad con Dios, y mucho de en hora mala, y no pareys en toda esta Infula, ni en seys leguas à la redonda, so pena de dozientos açotes: andad luego digo, churrillera, desvergongada, y embaydora. Espantose la muger; y fue

fue cabizbaxa, y malcontenta; y el Governador dixo al hombre: Buen hombre, andad con Dios à vuestro lugar con vuestro dinero; y de aqui adelante, sino le quereys perder, procurad que no os venga en voluntad de vagar con nadie. El hombre le dio las gracias lo peor que supo, y fuefe, y los circuntantes quedaron admirados de nuevo de los joyzios, y sentencias de su nuevo Governador. Todo lo qual notado de su Coronista fue luego escrito al Duque, que con gran deseo lo estava esperando; y quedese aqui el buen Sancho, que es mucha la priessa que nos da su Amo, alborogado con la Musica de Altisidora.

CAPITULO XLVI.

Del temeroso espanto cencerril y gatuno, que recibió Don Quixote en el discurso de los amores de la enamorada Altisidora.

DExamos al gran Don Quixote embuelto en los penfamientos que le avian caufado la Musica de la enamorada Donzella Altisidora; acostose con ellos, y como si fueran pulgas no le dexaron dormir, ni tosegar un punto, y juntavanselo los que le faltavan de sus medias: pero como es ligero el tiempo, y no ay barranco que le detenga, corrió Cavaliero en las horas, y con mucha presteza llegò la de la mañana. Lo qual visto por Don Quixote, dexò las blandas plumas, y no nada perrezoso se vistió su acamucado vestido, y se calçò sus botas de camino, por encubrir la desgracia de

sus medias: arrojòse encima su manton de escarlata, y pùsose en la cabeça una montera de terciopelo verde guarnecida de passamanos de plata: colgò el taheli de sus ombros con su buena y tajadora espada: asì un gran rosario que consigo continuo traya, y con gran prosopopeya, y contoneo salìo à la antela-
la, donde el Duque, y la Duquesa estavan ya ves-
tidos, y como esperandole: y al passar por una ga-
leria estavan aposta esperandole Altisidora, y la
otradonzella su amiga: y assi como Altisidora viò à
Don Quixote, fingiò desmayarse, y su amiga la re-
cogiò en sus faldas, y con gran presteza la yva à des-
brochar el pecho. Don Quixote que lo viò, llegan-
dose à ellas dixo: Ya sè yo de que proceden estos ac-
cidentes. No sè yo de que, respondiò la amiga, por-
que Altisidora es la Donzella mas sana de toda esta
casa, y yo nunca la he sentido un ay, en quanto ha
que la conozco, que mal ayan quantos Cavalleros
andantes ay en el mundo, si es que todos sòn des-
gradecidos: vayase vuestra Merced Señor Don
Quixote, que no bolverà en si esta pobre niña en
tanto que vuestra Merced aqui estuviere. A lo que
respondiò Don Quixote: Haga vuestra merced, Se-
ñora, que se me ponga un laud esta noche en mi
apofento, que yo consolarè, lo mejor que pudiere,
à esta lastimada donzella, que en los principios amo-
rosos los defengãos prettos, suelen ser remedios
calificados: y con esto se fue, porque no fuesse no-
tado de los que alli le viesse; no se hubo bien apar-
tado, quando bolviendo en si la desmayada Altis-
dora, dixo à su compañera, menester serà, que se
le ponga el laud, que sin duda Don Quixote quiere
darnos musica, y no serà mala, siendo suya. Fueron
luego à dar cuenta à la Duquesa de lo que passava,
y del

y del laud que pedia Don Quixote, y ella alegre
fobre modo concertò con el Duque, y con sus don-
zellas de hazerle una burla; que fuesse mas risueña,
que dañosa, y con mucho contento esperavan la no-
che, que se vino tan apriesa como se avia venido el
dia, el qual passaron los Duques en sabrosas platicas
con Don Quixote, y la Duquesa aquel dia real y ver-
daderamente despachò à un page fuyo, que avia he-
cho en la selva la figura encantada de Dulcinea, à
Teresa Pança con la carta de su marido Sancho Pan-
ça, y con el lio de ropa que avia dexado, para que se
le embiasse, encargandole le traxesse buena relacion
de todo lo que con ella passasse. Hecho esto, y lle-
gadas las onze horas de la noche hallò Don Quixote
una vihuela en su apofento, templòla, abriò la reja,
y sintiò que andava gente en el jardin, y aviendo re-
corrido los trastes de la vihuela, y afinandola lo me-
jor que supo, escupio, y remondose el pecho, y luego
con una voz ronquilla, aunque entonada, cantò el
siguiente Romance, que el mismo aquel dia avia
compuesto.

*Suelen las fuerzas de amor
Sacar de quicio à las almas,
Tomando por instrumento
La ociosidad descaydada.
Suele el cofer, y el labrar,
Y el estar siempre ocupada,
Ser antidoto al veneno
De las amorosas ansias.
Las Donzellas recogidas,
Que aspiran à ser casadas,
La honestidad es la dote,
Y voz de sus alabanzas.*



Los andantes Cavalleros,
Y los que en la Corte andan;
Requiebránse con las libras;
Con las honestas se casan.

Ay amores de Levante,
Que entre huéspedes se iratan,
Que llegan presto al Poniente,
Porque en el partir se acaban.

El amor vez tien venido,
Que oy llegó, y se va mañana,
Las imágenes no dexa
Bien impresas en el alma.

Pintura sobre pintura
Ni se muestra ni señala,
Y do ay primera belleza,
La segunda no haze baxas.

Dulcinea del Toboso,
Del alma en la tabla rasa
Tengo pintada de modo,
Que es imposible borrarla.

La firmeza en los Amantes
Es la parte mas preciada,
Por quén haze amor milagros,
Y a si mesmo los levanta.

Aquí llegava Don Quixote de su canto, á quien
estavan escuchando el Duque, y la Duquesa. Al-
tífidora, y casi toda la gente del castillo, quando de
improvito desde encima de un corredor, que sobre la
reja de Don Quixote á plomo caya, descolgaron un
cordel, donde venian mas de cien cencerros asidos,
y luego tras ellos derramaron un gran tajo de gatos,
que assi mismo trayan cencerros menores atados á
las colas: fue tan grande el ruydo de los cencerros,

y el mayar de los gatos, que aunque los Duques
avian sido inventores de la burla, todavia les sobre-
saltó; y temeroso Don Quixote quedó palmado, y
quiso la suerte, que dos, ó tres gatos se entraron por
la reja de su estancia, y dando de una parte á otra,
parecia que una region de diablos andava en ella,
apagaron las velas que en el aposento ardian, y an-
davan buscando por do escaparse: el descolgar y su-
bir del cordel de los grandes cencerros no cessava, la
mayor parte de la gente del castillo, que no sabia la
verdad del caso estava suspensa; y admirada. Le-
vantóse Don Quixote en pie; y poniendo ma-
no á la espada, comenzó á tirar estocas por la
reja, y á dezir á grandes voces: Afuera malignos
encantadores, afuera canalla hechizeresa que yo
soy Don Quixote de la Mancha, contra quien no
valen, ni tienen fuerza vuestras malas intencio-
nes: y bolviéndose á los gatos, que andavan por
el aposento, les tiró muchas cuchilladas; ellos acu-
dieron á la reja, y por allí se salieron, aunque uno
viéndose tan acosado de las cuchilladas de Don
Quixote, le saltó al rostro, y le asió de las narizes
con las uñas, y los dientes; por cuyo dolor Don
Quixote comenzó á dar los mayores gritos que pu-
do. Oyendo lo qual el Duque, y la Duquesa, y
confiderando lo que podia ser, con mucha presteza
acudieron á su estancia, y abriendo con llave mac-
stra, vieron al pobre Cavallero pugnando con todas
sus fuerzas, por arrancar el gato de su rostro: en-
traron con luzes, y vieron la desyqual pelea, acu-
dió el Duque á despartirla; y Don Quixote dixo á
vozes: No me le quite nadie, dextenme mano á
mano con este demonio, con este hechizero, con
este encantador, que yo le daré á entender de mi
C c 2 á el

a el quien es Don Quixote de la Mancha; pero el gato no curandose de estas amenazas, gruñia y apretaba. Mas en fin el Duque se le detarraygo, y le echò por la reja: quedò Don Quixote acrivado el rostro, y no muy sanas las narizes, aunque muy despechado, porque no le avian dexado fenecer la batalla, que tan travada tenia con aquel malandrín encantador. Hizieron traer azeite de Aparicio, y la misma Altisidora con sus blanquissimas manos le puso unas vendas por todo lo herido, y al ponerlas, con voz baxa le dixo: todas estas malandanzas te suceden empedernido Cavallero por el pecado de tu dureza, y pertinacia: y plega à Dios que te le olvide à Sancho tu Escudero el agotarfe, porque nunca salga de su encanto esta tan amada tuya Dulcinea, ni tu lo gozes, ni llegues à talamo con ella, alomenos viviendo yo, que te adoro. A todo esto no respondió Don Quixote otra palabra, sino fue dar un profundo suspiro, y luego se tendiò en su lecho, agradeciendo à los Duques la merced, no porque el tenia temor de aquella canalla gatefca, encantadora, y cencerruna, sino porque avia conocido la buena intencion con que avian venido à focorrerle. Los Duques le dexaron fofegar, y se fueron pezarosos del mal suceso de la burla, que no creyeron que tan pesada, y tan costosa le saliera à Don Quixote aquella aventura, que le costò cinco dias de encerramiento, y de cama, donde le sucediò otra aventura mas gustosa que la pasada, la qual no quiere su Historiador contar aora, por acudir à Sancho Pança, que andava muy folicito, y muy gracioso en su Gobierno.

CAPITULO XLVII.

Donde se prosigue, como se portava Sancho Pança en su Gobierno.

Cuenta la Historia, que desde el juzgado llevaron à Sancho Pança à un suntuoso Palacio, adonde en una gran sala estava puesta una real y limpissima mesa; y assi como Sancho entrò en la sala, sonaron chirimias, y salieron quatro pages à darle aguamanos, que Sancho recibì con mucha gravedad: cesò la Musica, sentòse Sancho à la cabecera de la mesa, porque no avia mas de aquel asiento, y no otro servicio en toda ella. Puso à su lado en pie un personage, que despues mostrò ser Medico, con una varilla de valleria en la mano: levantaron una riquissima, y blanca toalla, con que estavan cubiertas las frutas, y mucha diversidad de platos de diversos manjares. Uno que parecia Estudiante echò la bendicion, y un page puso un babador randado à Sancho: otro que hazia el oficio de Maestresala, llegò un plato de fruta delante; pero apenas hubo comido un bocado, quando el de la varilla, tocando con ella en el plato, se le quitaron de delante con grandissima celeridad: pero el Maestresala llegò otro de otro manjar, y va à probarle Sancho; pero antes que llegasse à el, ni le gustasse, ya la varilla avia tocado en el, y un page alçadole con tanta presteza como el de la fruta. Visto lo qual por Sancho, quedò suspenso, y mirando à todos, preguntò, si se avia de comer aquella comida como juego de Maescoral. A lo qual respondió el de la vara: No se ha de comer, Señor Governador, sino como

como es uso y costumbre en las otras islas donde ay Governadores : yo Señor soy Medico , y estoy alarado en esta isla para serlo de los Governadores della , y miro por su salud , mucho mas que por la mia , estudiando de noche y de dia , y tanteando la complexion del Governador , para acertar a curarle quando cayere enfermo , y lo principal que hago , es asistir a sus comidas , y cenas , y dexarle comer de lo que me parece que le conviene , y a quitarle lo que imagino que le ha de hazer daño , y ser nocivo al estomago , y assi mandè quitar el plato de la fruta , por ser demasiadamente humeda , y el plato del otro manjar tambien le mandè quitar , por ser demasiadamente caliente , y tener muchas especies , que acrecientan la sed , y el que mucho bebe , mata y consume el humedo radical , donde consiste la vida. Dessa manera aquel plato de perdices que estàn alli asadas , y a mi parecer bien sazoadas , no me haràn algun daño ? A lo que el Medico respondió : Ellas no comerà el Señor Governador en tanto que yo tuviere vida. Pues porque ? dixo Sancho. Y el Medico respondió , porque nuestro Maestro Hipocrates , norte y luz de la medicina , en un Aforismo suyo dize : *Omni saturatio mala , perdit autem pessima* : Quiere dezir , toda hartazgo es mala : pero la de las perdices malissima. Si esto es assi , dixo Sancho , vea el Señor Dotor de quantos manjares ay en esta mesa , qual me harà mas provecho , y qual menos daño , y dexeme comer del , sin que me le apalee : porque por vida del Governador , y assi Dios me le dexe gozar , que me muero de hambre , y el negarme la comida , aunque le pite al Señor Dotor , y el mas me diga , antes serà quitar-me la vida , que aumentarmela. Vuestra Merced

tiene razon Señor Governador , respondió el Medico , y assi es mi parecer , que vuestra Merced no coma de aquellos conejos guitados que alli estàn , porque es manjar peliagudo : de aquella ternera , sino fuera asada , y en adobo , aun se pudiera provar : pero no ay para que. Y Sancho dixo , aquel platano que està mas adelante vabando , me parece que es olla podrida , que por la diversidad de cosas que en las tales ollas podridas , ai no podrè dexar de ropar con alguna , que me sea de gusto y de provecho. *Abst* , dixo el Medico , vaya lexos de nosotros tan mal pensamiento , no ay cosa en el mundo de peor mantenimiento que una olla podrida , alla las ollas podridas para los Canonigos , o para los Retores de Colegios , o para las bodas labradorecas , y dexen nos libres las mesas de los Governadores , donde ha de asistir todo primor , y toda atildadura : y la razon es , porque siempre , y a doquiera , y de quienquiera son mas estimadas las medicinas simples , que las compuestas , porque en las simples no se puede errar , y en las compuestas si , alterando la cantidad de las cosas de que son compuestas : mas lo que yo sè que ha de comer el Señor Governador agora , para conservar su salud , y corroborarla , es un ciento de cañutillos de suplicaciones , y unas tajadicas sutiles de carne de membrillo , que le asienten el estomago , y le ayuden a la digestion. Oyendo esto Sancho , se arrojò sobre el espaldar de la silla , y mirò de hito en hito al tal Medico , y con voz grave le preguntò , como se llamava , y donde avia estudiado. A lo que el respondió : Yo Señor Governador me llamo el Dotor Pedro Rezio de Aguero , y soy natural de un lugar llamado Tirteafuera , que està entre Caraquei , y Almodobar del Campo a la mano derecha ,

y tengo el grado de Doctor por la Universidad de Osuna. A lo que respondió Sancho todo encendido en colera: Pues Señor Doctor Pedro Rezio de mal Agüero, natural de Tirteafuera, lugar que está á la derecha mano, como vamos de Caraquel á Almodobar del Campo, graduado en Osuna, quítese-me luego delante, sino voto al Sol, que tome un garrote, y que á garrotazos, comenzando por el, no me ha de quedar Medico en toda la Infula, alomenos de aquellos, que yo entienda que son ignorantes, que á los Medicos sabios, prudentes, y discretos los pondré sobre mi cabeza, y los honraré como á personas divinas; y buelvo á dezir, que se me vaya Pedro Rezio de aqui, sino tomaré esta silla donde estoy sentado, y se la estrellaré en la cabeza, y pedanmelo en residencia, que yo me descargare con dezir, que hize servicio á Dios en matar á un mal Medico verdugo de la Republica, y denme de comer, ó sino tomense su Gobierno, que oficio, que no da de comer á su Dueño, no vale dos habas. Alborotóse el Doctor, viendo tan colerico al Gobernador, y quiso hazer Tirteafuera de la sala, sino que en aquel instante sonó una corneta de posta en la calle, y asomandose el Maestresala á la ventana, bolvió diciendo, correo viene del Duque mi Señor, algun despacho deve de traer de importancia. Entró el correo sudando y asustado, y sacando un pliego del seno, le puso en las manos del Gobernador, y Sancho le puso en las del Mayordomo, á quien mandó leyese el sobreescrito, que dezia assi: A Don Sancho Pança, Gobernador de la Infula Barataria, en su propia mano, ó en las de su Secretario. Oyendo lo qual Sancho, dixo: Quien es aqui mi Secretario; y uno de los que pre-

sentes estavan, respondió: Yo, Señor, porque sé leer y escribir, y soy Viscayno. Con esta añadidura, dixo Sancho, bien podeys ser Secretario del mismo Emperador: abrid esse pliego, y mirad lo que dize. Hizolo assi, el rezien nacido Secretario, y aviendo leydo lo que dezia, dixo, que era negocio para tratarle á solas. Mandó Sancho despejar la sala, y que no quedassen en ella sino el Mayordomo, y el Maestresala, y los demas, y el Medico se fueron, y luego el Secretario leyó la carta, que assi dezia:

A mi noticia ha llegado, Señor Don Sancho Pança, que unos enemigos míos, y dessa Infula la han de dar un asalto furioso no sé que noche, conviene velar, y estar alerta, porque no le tomen desapercebido: Sé tambien por espías verdaderas, que han entrado en esse lugar quatro personas disfraçadas para quitaros la vida, porque se temen de vuestro ingenio, abrid el ojo, y mirad quien llega á hablaros, y no comays de cosa que os presentaren: yo tendré cuydado de focoreros, si os vieredes en trabajo, y en todo hareys como se espera de vuestro entendimiento. Deste lugar á 16 de Agosto á las 4. de la mañana. Vuestro amigo el Duque. Quedó atonito Sancho, y mostraron quedarlo assi mismo los circunstantes, y bolviendose al Mayordomo, le dixo lo que agora se ha de hazer, y ha de ser luego, es meter en un calabogo al Doctor Rezio, porque si alguno me ha de matar ha de ser él, y de muerte adminicula, y pessima, como es la de la hambre. Tambien dixo el Maestresala, me parece á mi, que V. M. no coma de todo lo que está en esta mesa, porque lo han presentado unas Monjas: y como suele dezirse, detras de la Cruz está el diablo. No lo niego, respondió

San-



Sancho, y por aora denme un pedago de pan, y obra de quatro libras de uvas, que en ellas no podrá venir veneno; porque en efeto no puedo passar sin comer: y si es que hemos de estar prontos para estas batallas, que nos amenazan, menester será estar bien mantenidos; porque tripas llevan coraçon, que no coraçon tripas: y vos Secretario responded al Duque mi Señor, y dezidle, que se cumplirá lo que manda, como lo manda, sin faltar punto: y dareys de mi parte un besamanos á mi Señora la Duquesa, y que le suplico no se le olvide de embiar con un propio mi carta, y mi lio á mi muger Teresa Panga, que en ello recibirá mucha merced, y tendré cuydado de escrivirla con todo lo que mis fuerças alcangaren: y de camino podeys encaxar un besamanos á mi Señor Don Quixote de la Mancha, porque vea que soy pan agradecido: y vos como buen Secretario, y como buen Vizcayno, podays añadir todo lo que quisiereis, y mas viniere á cuento; y alcense estos manteles, y denme á mi de comer, que yo me avendré con quantas espías, y matadores, y encantadores vinieren sobre mi, y sobre mi Insula. En esto entró un page, y dixo: Aquí está un labrador negociante, que quiere hablar á vuestra Señoría en un negocio, segun el dize, de mucha importancia. Extraño caso es este, dixo Sancho, de estos negociantes, es posible, que sean tan necios, que no echen de ver, que semejantes horas como estas no son en las que han de venir á negociar: por ventura los que governamos, los que somos Juezes, no somos hombres de carne, y de hueso; y que es menester que nos dexen descansar el tiempo que la necesidad pide, sino que quieren que seamos hechos de piedra marmol. Por Dios, y en

en mi conciencia, que si me dura el Gobierno (que no durerá, segun se me trasluze) que yo ponga en pretina á mas de un negociante. Agora dezid á este buen hombre que entre: pero adviertase primero no sea alguno de los espías, ó matador mío. No Señor, respondió el page, porque parece una alma de cantaro, y yo sé poco, ó el es tan bueno como el buen pan; no ay que temer, dixo el Mayordomo, que aqui estamos todos. Seria posible, dixo Sancho, Maestresala, que agora que no está aqui el Dotor Pedro Rezio, que comiesse yo alguna cosa de peso, y de sustancia, aunque fuesse un pedago de pan y cebolla. Esta noche á la cena se satisfará la falta de la comida, y quedará vuestra Señoría satisfecho, y pagado, dixo el Maestresala. Dios lo hago, respondió Sancho, y en esto entró el labrador, que era de muy buena presencia, y de mil leguas se le echava de ver, que era bueno, y buena alma. Lo primero que dixo, fue, quien es aqui el Señor Governador? Quien ha de ser, respondió el Secretario, sino el que está sentado en la silla. Humillome pues á su presencia, dixo el labrador, y poniendose de rodillas le pidió la mano para besarla: negociela Sancho, y mandó, que se levantasse, y dixesse lo que quisiere. Hizolo así el labrador, y luego dixo: Yo, Señor, soy labrador, natural de Miguel Turra, un lugar que está dos leguas de Ciudad Real. Otro Tirteafuera tenemos, dixo Sancho, dezid hermano, que lo que yo os sé dezir, es, que se muy bien á Miguel Turra, y que no está muy lexos de mi pueblo. Es pues el caso, Señor, prosiguió el labrador, que yo por la misericordia de Dios soy casado en paz, y en haz de la santa Yglesia Catholica Romana, tengo

go dos hijos estudiantes, que el menor estudia para Bachiller, y el mayor para Licenciado: soy viudo, porque se murió mi muger, o por mejor dezir, me la matò un mal medico, que la purgò estando preñada; y si Dios fuera servido que saliera à luz el parto, y fuera hijo, yo le pusiera à estudiar para Doctor, porque no tuviera invidia à sus hermanos el Bachiller, y el Licenciado. De modo, dixo Sancho, que si vuestra muger no se huviera muerto, o le huvieran muerto, vos no fuerades agora viudo? No Señor, en ninguna manera, respondió el labrador. Medrados estamos, replicò Sancho, adelante hermano, que es hora de dormir, mas que de negociar. Digo pues, dixo el labrador, que este mi hijo, que ha de ser Bachiller, se enamorò en el mesmo pueblo de una Donzella llamada Clara Perlerina, hija de Andres Perlerino, labrador riquissimo; y este nombre de Perlerines no les viene de abolengo, ni otra alcurnia, sino porque todos los deste linage son Perlaticos, y por mejorar el nombre los llaman Perlerines; aunque si va à dezir la verdad, la Donzella es como una perla Oriental, y mirada por el lado derecho parece una flor del campo, por el yzquierdo no tanto, porque le falta aquel ojo, que se le faltò de viruelas: y aunque los hoyos del rostro son muchos y grandes, dicen los que la quieren bien, que aquellos no son hoyos, sino sepulturas, donde se sepultan las almas de sus Amantes. Es tan limpia, que por no ensuziar la cara, trae las narizes, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca: y con todo esto parece bien por estremo, porque tiene la boca grande, y à no faltarle diez, o doze dientes, y muelas, pudiera pastar, y echar raya entre las mas bien formadas: de los

los labios no tengo que dezir, porque son tan sutiles, y delicados, que si se usaran aspar labios, pudieran hazer dellos una madexa: pero como tienen diferente color de la que en los labios se usa comunmente, parecen milagrosos, porque son jaspeados de azul, y verde, y averengonado: y perdoneme el Señor Governador, si por tan menudo voy pintando las partes de la que al fin al fin ha de ser mi hija, que la quiero bien, y no me parece mal. Pintado lo que quisieredes, dixo Sancho, que yo me voy recreando en la pintura; y si huviera comido, no huviera mejor postre para mi, que vuestro retrato. Esto tengo yo por servir, respondió el labrador: pero tiempo vendrà en que seamos, si aora no somos, y digo Señor, que si pudiera pintar su gentileza, y la altura de su cuerpo, fuera cosa de admiracion: pero no puede ser, à causa de que ella està agoviada y encogida, y tiene las rodillas con la boca, y con todo esto se echa bien de ver, que si se pudiera levantar, diera con la cabeza en el techo, y ya ella huviera dado la mano de esposa à mi Bachiller, sino que no la puede estender, que està anudada, y con todo en las uñas largas, y acanaladas se muestra su bondad y buena hechura. Está bien, dixo Sancho, y hazed cuenta hermano, que ya la aveys pintado de los pies à la cabeza: que es lo que quereys aora, y venid al punto, sin rodeos, ny callejuelas, ny retazos, ny añadiduras? Querria Señor, respondió el labrador, que vuestra Merced me hiziesse merced de darme una carta de favor para mi conuegro, suplicandole sea servido de que este casamiento se haga, pues no somos desyguales en los bienes de fortuna, ny en los de la naturaleza; porque para dezir la verdad, Señor Governador, mi hijo es endemoniado.

niado, y no ay dia, que tres, ò quatro vezes no le atormenten los malignos espiritus: y de aver caydo una vez en el fuego, tiene el rostro arrugado como pergamino, y los ojos algo llorosos, y manantiales: pero tiene una condicion de un Angel, y sino es que se aporrea, y se dà de puñadas èl mesmo à si mesmo, fuera un bendito. Quereys otra cosa buen hombre? replicò Sancho. Otra cosa querria, dixo el labrador, sino que no me atrevo à dezirlo: pero vaya, que en fin no se me ha de podrir en el pecho, pegue, ò no pegue. Digo Señor, que querria, que vueſſa Merced me dieſſe trecientos, y ſeyſcientos ducados para ayuda la dote de mi Bachiller, digo para ayuda de poner su casa, porque en fin han de vivir por ſi, ſin eſtar ſugetos à las impertinencias de los ſuegros. Mirad ſi quereys otra cosa, dixo Sancho, y no la dexeyſ de dezir por empacho, ni por verguença. No porcierto, reſpondiò el labrador, y apenas dixo eſto, quando levantandose en pie el Governador, aſiò de la ſilla en que eſtava ſentado, y dixo: Voto à tal don patan, ruſtico, y mal mirado, que ſino os apartayſ, y aſcondeys luego de mi preſencia, que con eſta ſilla os rompa, y abra la cabeça, hideputa vellaco, pintor del miſmo demonio, y à eſtas horas te vienes à pedirme ſeyſcientos ducados, y donde los tengo yo hediondo, y porque te los avia de dar, aunque loſ tuviera, ſocarron, y mentecato? y que ſe me dà à mi de Miguel Turra, mi de todo el linage de loſ Perlerines. Va de mi digo, ſino por vida del Duque mi Señor, que haga lo que tengo dicho: tu no deves de ſer de Miguel Turra, ſino algún ſocarron, que para tentarme te ha embiado aqui el inferno: dime deſalmado, aun no ha dia y medio que tengo el Gobierno, y ya quierẽs que tenga ſeyſcientos ducados?

Hizo

Hizo de ſeñas el Maeftrẽſala al labrador, que ſe ſalleſſe de la ſala, el qual lo hizo cabizbaxo, y al parecer temeroſo, de que el Governador no executafſe ſu colera; que el vellacon ſupo hazer muy bien ſu oficio: pero dexemos con ſu colera à Sancho, y andeſe la paz en el corro, y bolvamos à Don Quixote, que le dexamos vendado el roſtro, y curado de las garteſcas heridas, de las quales no ſand en ocho dias, en uno de loſ quales le ſucedìò lo que Cide Hamete promete de contar, con la puntualidad, y verdad que ſuele contar las coſas deſta Hiſtoria por minimas que ſean.

CAPITULO XLVIII.

De lo que le ſucedìò à Don Quixote con Doña Rodríguez, la Dueña de la Duqueſa, con otros acontecimientos dignos de eſcritura, y de memoria eterna.

A Demas eſtava mohino, y melancolico el mal ferido Don Quixote, vendado el roſtro, y ſeñalado, no por la mano de Dios, ſino por las uñas de un gato, deſdichas anexas à la andante Cavalleria: ſeyſ dias eſtubo ſin ſair en publico, en una noche de las quales, eſtando deſpierto y deſvelado, penſando en ſus deſgracias, y en el perſeguiamiento de Altifidora, ſintìò, que con una llave abrian la puerta de ſu apoſento, y luego imaginò, que la enamorada Donzella venia para ſobrelaltar ſu honeſtidad, y ponerle en condicion de ſaltar à la ſeẽ que guardar devia à ſu Señora Dulcinea del Tòbolo, no (dixo creyendo à ſu imaginacion, y eſto con

con voz que pudiera ser oyda) no ha de ser parte la mayor hermosura de la tierra, para que yo dexé de adorar la que tengo gravada y estampada en la mitad de mi coragon, y en lo mas escondido de mis entrañas: ora estès, Señora mia, transformada en cebolluda labradora, ora en Ninfa del dorado Tajo, rexiendo telas de oro, y sirgo compuestas, orate tenga Merlin, ó Montefinos, donde ellos quisieren, que adondequiera eres mia, y á do quiera he sido yo, y he de ser tuyo. El acabar estas razones, y el abrir de la puerta, fue todo uno. Púose en pie sobre la cama embuelto de arriba abaxo en una colcha de raso amarillo, una galocha en la cabeza, y el rostro y los bigotes vendados, el rostro por los aruños, los bigotes, porque no se le desmayasen y cayessen, en el qual trage parecia la mas extraordinaria fantasma que se pudiera pensar. Clavó los ojos en la puerta, y quando esperaba ver entrar por ella á la rendida y lastimada Altisidora, vio entrar á una reverendissima Dueña con unas tocas blancas repulgadas, y luengas, tanto, que la cubrian y enmantavan desde los pies á la cabeza. Entre los dedos de la mano y izquierda traya una media vela encendida, y con la derecha se hazia sombra, porque no le diesse la luz en los ojos, á quien cubrian unos muy grandes antojos, venia pisando quedito, y movia los pies blandamente. Miróla Don Quixote desde su atalaya, y quando vio su adeliño, y notó su silencio, pensó, que alguna bruja, ó maga venia en aquel trage á hazer en el alguna mala fechoria, y comenzó á fantiguarle con mucha prietá. Fuese llegando la vision, y quando llegó la mitad del aposento, alzó los ojos, y vió la prietá con que se estava haziendo cruces Don Quixote, y si el que-
do

dó medroso en ver tal figura, ella quedó espantada en ver la suya, porque assi como le vió tan alto, y tan amarillo con la colecha, y con las vendas, que le disfiguravan, dió una gran voz, diciendo: Jesus que es lo que veo, y con el sobresalto se le cayó la vela de las manos, y viendose á elcuras, bolvió las espaldas para yrse, y con el miedo tropecó en sus faldas, y dió consigo una gran cayda. Don Quixote temeroso, comenzó á dezir: conjurote fantasma, ó lo que eres, que me digas, quien eres, y que me digas que es lo que de mi quieres, si eres alma en pena, dimelo, que yo haré por ti todo quanto mis fuerças alcangaren, porque soy Catolico Christiano, y amigo de hazer bien á todo el mundo, que para esto tomé la orden de la Cavalleria andante, que professo (cuyo exercicio aun hasta hazer bien á las animas de purgatorio se estiende.) La brumada Dueña, que oyó conjurarle, por su temor coligió el de Don Quixote, y con voz afligida y baxa le respondió: Señor Don Quixote (si es que á caso vuestra Merced es Don Quixote) yo no soy fantasma, ni vision, ni alma de purgatorio, como vuestra Merced deve de aver pensado, sino Doña Rodriguez, la Dueña de honor de mi Señora la Duquesa, que con una necesidad, de aquellas que vuestra Merced fuele remediar, á vuestra Merced vengo. Dígame Señora Doña Rodriguez, dixo Don Quixote, por ventura viene vuestra Merced á hazer alguna terciaria? porque le hago saber que no soy de provecho para nadie, merced á la fin par belleza de mi Señora Dulcinea del Toboso. Digo en fin Señora Doña Rodriguez, que como vuestra Merced salve y dexé á una parte todo recado amoroso, puede bolver á encender su vela, y buelva, y departiremos



tiremos de todo lo que mas mandare, y mas en gusto le viniere, salvando como digo, todo incitativo melindre. Yo recado de nadie, Señor mio, respondió la Dueña, mal me conoce vuestra Merced, si que aun no estoy en edad tan prolongada, que me acoja à semejantes niñerías, pues Dios loado mi alma me tengo en las carnes, y todos mis dientes, y muelas en la boca, amen de unos pocos que me han usurpado unos catarros, que en esta tierra de Aragon son tan ordinarios: pero espereme vuestra Merced un poco saldre à encender mi vela, y bolveré en un instante à contar mis cuytas, como à remediar de todas las del mundo; y sin esperar respuesta se falió del aposento, donde quedó Don Quixote sossegado, y penativo esperandola: pero luego le sobrevinieron mil pensamientos acerca de aquella nueva aventura, y pareciale ser mal hecho, y peor pensado, ponerse en peligro de romper à su Señora la fee prometida; y deziale à si mismo, quien sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querra enganarme agora con una Dueña, lo que no ha podido con Emperatrices, Reynas, Duqueas, Marqueas, ni Condesas, que yo he oydo dezir muchas vezes, y à muchos discretos, que si el puede antes os la darà roma, que aguilena: y quien sabe si esta soledad esta ocasion, y este silencio despertará mis deseos que duermen, y harán, que al cabo de mis años venga à caer donde nunca he tropecado, y en casos semejantes, mejor es huyr, que esperar la batalla: pero yo no devo de estar en mi juyzio, pues tales disparates digo, y pienso, que no es posible, que una Dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover, ni levantar pensamiento lascivo en el mas desalmado pecho del mundo: por ventura ay

Dueña

Dueña en la tierra, que tenga buenas carnes? Por ventura ay Dueña en el orbe, que dexede ser impropertinente, frunzada, y melindrosa? Afuera pues caterva dueñesca, inutil para ningun humano regalo. O quan bien hazia aquella Señora, de quien se dize, que tenia dos Dueñas de bulto con sus antojos, y almohadillas al cabo de su estrado; como que estavan labrando; y tanto le servian para la autoridad de la sala aquellas estatuas, como las Dueñas verdaderas: y diziendo esto se arrojò del lecho con intencion de cerrar la puerta; y no dexar entrar à la Señora Rodriguez; mas quando la llegó à cerrar, ya la Señora Rodriguez bolvia encendida una vela de cera blanca; y quando ella vió à Don Quixote de mas cerca embuelto en la cobcha con las vendas galocha; ò botequin, temió de nuevo: y retirandose atras como dos passos, dixo: Estamos seguras, Señor Cavallero, porque no tengo à muy honesta lenal averte vuestra Merced levantado de su lecho. Esto mismo es bien que yo pregunte, Señora, respondió Don Quixote, y assi pregunto si estaré yo seguro de ser acometido y forgado. De quien, ò à quien pedis, Señor Cavallero, esta seguridad, respondió la Dueña. A vos, y de vos la pido; replicò Don Quixote, porque, ni soy de marmol; ni vos de bronze, ni agora son las diez del dia; sino media noche, ni aun un poco mas, segun imagino; y en una estancia mas cerrada y secreta; que lo devio de ser la cueva, donde el traydor y atrevido Eneas gozò à la hermosa y piadosa Dido: pero dadme Señora la mano, que yo no quiero otra seguridad mayor que la de mi continencia y recato, y la que ofrecen estas reverendissimas rotas, y diziendo esto, besò su derachia mano; y le asió de la fuya; que ella le diò

D d z

con

con las mismas ceremonias. Aquí haze Cide Hamete un parentesis, y dize, que por Mahoma que diera por ver yr à los dos assi alidos, y trávados desde la puerta al lecho la mejor almalafa de dos que tenia. Entróse en fin Don Quixote en su lecho, y quedóse Doña Rodriguez sentada en una silla, algo desviada de la cama, no quitandose los anteojos, ni la vela. Don Quixote se accorruco, y se cubrió todo, no dexando mas del rostro descubierto, y aviendose los dos soslegado; el primero que rompió el silencio fue Don Quixote, diziendo: Puede vueſſa Merced aora mi Señora Dueña Rodriguez descoserle, y desbuchar todo aquello que tiene dentro de su cuytado coraçon, y lastimadas entrañas, que será de mi escuchada con castos oydos, y socorrida con piadosas obras. Assi lo creo yo, respondió la Dueña, que de la gentil y agradable presencia de vueſſa Merced no se podia esperar sino tan Christiana respuesta. Es pues el caso, Señor Don Quixote, que aunque vueſſa Merced me vea sentada en esta silla, y en la mitad del Reyno de Aragon, y en habito de Dueña aniquilada y asfendereada, soy natural de las Asturias de Oviedo, y de linage que atravieslan por el muchos de los mejores de aquella Provincia: pero mi corta suerte, y el descuydo de mis padres que empobrecieron antes de tiempo, sin saber como, ni como no, me truxeron à la Corte de Madrid, donde por bien de paz, y por escusar mayores desventuras, mis padres me acomodaron à servir de donzella de labor à una principal Señora, y quiero hazer sabidor à vueſſa Merced, que en hazer vaynillas y labor blanca, ninguna me ha echado el pie adelante en toda la vida. Mis padres me dexaron sirviendo, y se bolvieron à su tierra, y de alli à po-

à pocos años se devieron de yr al cielo, porque eran ademas buenos, y Catolicos Christianos, quedè huerfana, y atendida al miserable salario, y à las angustias mercedes que à las tales criadas se suele dar en palacio, y en este tiempo, sin que diessè yo ocasion à ello, se enamorò de mi un escudero de casa, hombre yà en dias, barbudo, y apersonado, y sobre todo Hidalgo como el Rey, porque era Montañes: no tratamos tan secretamente nuestros amores, que no vinieslen à noticia de mi Señora, la qual por escusar dimes y diretes nos casò en paz, y en haz de la santa Madre Iglesia Catholica Romana, de cuyo matrimonio nació una hija para rematar con mi ventura, si alguna tenia, no porque yo muriesse del parto, que le tuve derecho, y en sazón, sino porque desde alli à poco murió mi esposo de un cierto espanto, que tuvo que à tener aora lugar para contarle, yo sè que vueſſa Merced se admirara, y en esto comengò à llorar tiernamente, y dixo: Perdóneme vueſſa Merced, Señor Don Quixote, que no và mas en mi mano: porque todas las vezes que me acuerdo de mi mal logrado, se me arrasan los ojos de lagrimas. Valame Dios, y con que autoridad llevarà à mi Señora à las ancas de una poderosa mula negra, como el mismo azabache, que entonces no se usavan coches, ni sillas, como aora dizen que se usan; y las Señoras yvan à las ancas de sus escuderos: esto alomenos no puedo dexar de contarle, porque se note la criança y puntualidad de mi buen marido. Al entrar de la calle de Santiago en Madrid, que es algo estrecha, venia à salir por ella un Alcalde de Corte con dos Alguaziles delante, y assi como mi buen Escudero le viò, bolvió las riendas à la mula, dando señal de bolver à acompañarle; mi

Señora que yva à las ancas con voz baxa le dezia : Que hazeys desventurado , no veys que voy aqui ? El Alcalde de comedido detuvo las riendas al cavallo , y dixole : Seguid Señor vuestro camino , que yo soy el que devo acompañar , a mi Señora Doña Casilda , que assi era el nombre de mi ama. Todavía porfiava mi marido con la gorra en la mano à querer yr acompañando al Alcalde : viendo lo qual mi Señora , llena de colera y enojo , sacó un alfiler gordo , ò creó que un punçon del estuche , y clavòle por los lomos : de manera que mi marido dió una gran voz , y torció el cuerpo , de suerte que dió con su Señora en el suelo. Acudieron dos lacayos suyos à levantarla , y lo mismo hizo el Alcalde , y los Alguaziles. Alborotóse la puerta de Guadaluajara , digo la gente valdia que en ella estava. Vinose à pie mi ama , y mi marido acudió en casa de un barbero , diziendo , que llevaba passadas de parte à parte las entrañas. Divulgóse la corteſia de mi esposo , tantó que los muchachos le corrían por las calles , y por esto , y porque èl era algun tanto corto de vista , mi Señora la Duquesa le despidió , de cuyo pesar sin duda alguna tengo para mi que se le causó el mal de la muerte. Quedè yo viuda , y desamparada , con hija acueſtas , que yva creciendo en hermosura co no la espuma de la mar. Finalmente como yo tuviesse fama de gran labradora , mi Señora la Duquesa que estava recien casada con el Duque mi Señor , quiso traerme consigo à este Reyno de Aragon , y à mi hija ni mas , ni menos , adonde yendo dias , y viniendo dias , creció mi hija , y con ella todo el donayre del mundo , canta como una calandria , danza como el pensamiento , bayla como una perdida , lee , y escribe como un Maestro de escuela.

escuela , y cuenta como un avariento : de su limpieza no digo nada , que el agua que corre no es mas limpia , y deve de tener agora , si mal no me acuerdo , diez y seys años , cinco meses , y tres dias , uno mas a menos. En resolucion desta mi muchacha se enamoró un hijo de un labrador riquissimo , que està en un aldea del Duque mi Señor , no muy lexos de aqui : en efeto no sè como , ni como no , ellos se juntaron , y debaxo de la palabra de ser su esposo burló à mi hija , y no se la quiere cumplir : y aunque el Duque mi Señor lo sabe , porque yo me he quejado à èl , no una , sino muchas vezes , y pedido le mande , que el tal labrador se case con mi hija , haze orejas de mercader , y apenas quiere oyrme , y es la causa que como el padre del burlador es tan rico , y le presta dineros , y le sale por fiador de sus trampas por momentos , no le quiere descontentar , ni dar pesadumbre en ningun modo. Querria pues , Señor mio , que vuestra Merced tomase à cargo el deshazer este agravio , ò à por ruegos , ò à por armas : pues segun todo el mundo dize , vuestra Merced nació en el para deshazerlos , y para enderezar los tuertos , y amparar los miserables , y pongasele à vuestra Merced por delante la huerfandad de mi hija , su gentileza , su mocedad , con todas las buenas partes que he dicho que tiene : que en Dios , y en mi conciencia que de quantas Donzellas tiene mi Señora , que no ay ninguna que llegue à la suela de su zapato : y que una que llaman Altisidora , que es la que tienen por mas desembuelta y gallarda , puesta en comparacion de mi hija , no la llega con dos leguas , porque quiero que sepa vuestra Merced , Señor mio , que no es todo oro lo que reluze , porque esta Altisidora tiene mas de presuncion que de

hermosura, y mas de desembuelta, que de recogida; además que no está muy sana, que tiene un cierto aliento causado, que no ay sufrir el estar junto à ella un momento; y aun mi Señora la Duquesa, quiero callar, que se suele dezir, que las paredes tienen oy-dos. Que tiene mi Señora la Duquesa por vida mia, Señora Doña Rodriguez? preguntò Don Quixote. Con esse conjuro, respondió la Dueña, no puedo dexar de responder à lo que se me pregunta con toda verdad. Vee vuestra Merced, Señor Don Quixote, la hermosura de mi Señora la Duquesa; aquella tez de rostro, que no parece sino de una espada acicalada y tersa aquellas dos mexillas de leche, y de carmin, que en la una tiene el Sol, y en la otra la Luna, y aquella gallardia, con que va pisando, y aun despreciando el suelo, que no parece sino que va derramando salud donde passa. Pues sepa vuestra Merced, que lo puede agradecer primero à Dios, y luego à dos fuentes, que tiene en las dos piernas por donde se desagua todo el mal humor, de quien dicen los Medicos que está llena. Santa Maria, dixo Don Quixote, y es possible que mi Señora la Duquesa tenga tales desaguaderos, no lo creyera, si me lo dixeran Fraylas Descálgos; pero pues la Señora Doña Rodriguez lo dize, deve de ser assi: pero tales fuentes, y en tales lugares no deven de manar humor sino ambar liquido. Verdaderamente que aora acabo de creer que esto de hazerse fuentes deve de ser cosa importante para salud. Apenas acabò Don Quixote de dezir estas razones, quando con un gran golpe abrieron las puertas del aposento, y del sobresalto del golpe se le cayò à Doña Rodriguez la vela de la mano, y quedò la estancia como boca de lobo, como suele dezirse, luego sintiò la pobre Dueña que





PARTE SEGUNDA. LIBRO VII. 425

que la asían de la garganta con dos manos tan fuertemente, que no la dexavan ganir, y que otra persona con mucha presteza, sin hablar palabra, la alçava las faldas, y con una al parecer chinela, le comenzó à dar tantos agotes, que era una compassion; y aunque Don Quixote se la tenía, no se meneava del lecho, y no sabia que podia ser aquello, y estavase quedo y callando, y aun temiendo no viniesse por el la tanda, y tunda agotesca, y no fue vano su temor, porque en dexando molida à la Dueña los callados verdugos (la qual no osava quejarse) acudieron à Don Quixote, y desembolviendole de la fabana, y de la colcha, le pellizcaron tan à menudo, y tan reziamente, que no pudo dexar de defenderse à puñadas, y todo esto en silencio admirable; durò la batalla casi media hora, salieronse las fantasmas, recogió Doña Rodriguez sus faldas, y gimiendo su desgracia, se salió por la puerta afuera, sin dezir palabra à Don Quixote; el qual doloroso y pellizcado, confuso y pensativo se quedò solo, donde le dexaremos deseoso de saber quien avia sido el perverso encantador, que tal le avia puesto: pero ello se dirà à su tiempo, que Sancho Pança nos llama, y el buen concierto de la Historia lo pide.



CAPITULO XLIX.

De lo que le sucedió à Sancho Pança, rondando su Insula.

DExemos al gran Governador enojado y mohino con el Labrador pintor, y focarron, el qual industriado del Mayordomo, y el Mayordomo del Duque se burlavan de Sancho; pero el se las tenia tiesas à todos, maguera tonto, bronco, y rollizo, y dixo à los que con el estavan, y al Dotor Pedro Rezio, que como se acabò el secreto de la carta del Duque, avia buuelto à enterar en la sala. Ahora verdaderamente que entiendo que los Juezes y Governadores deven de ser, ò han de ser de bronce, para no sentir las importunidades de los negociantes, que à todas horas, y à todos tiempos quieren que los escuchen, y despachen, atendiendo solo à su negocio, venga lo que viniere; y si el pobre del Juez no los escucha, y despacha, ò porque no puede, ò porque no es aquel el tiempo diputado para darles audiencia, luego les maldizen, y murmuran, y les roen los huesos, y aun les deslindan los linages. Negociante necio, negociante mentecato, no te aprefures, espera fazon y coyuntura para negociar, no vengas à la hora del comer, ni à la del dormir, que los Juezes son de carne y de hueso, y han de dar à la naturaleza lo que naturalmente les pide, fino es yo que no le doy de comer à la mia, merced al Señor Dotor Pedro Rezio Tirteafuera, que està delante, que quiere que muera de hambre, y afirma, que esta muerte es vida, que assi se la dà Dios à el, y à todos los de su ralea, digo à la de los malos Medi-

cos, que la de los buenos palmas y lueros merecen. Todos los que conocian à Sancho Pança, se admiravan, oyendole hablar tan elegantemente, y no sabian à que atribuyrlo, sino à que los oficios y cargos graves, ò adovan, ò entorpecen los entendimientos. Finalmente el Dotor Pedro Rezio Agüero de Tirteafuera prometió de darle de cenar aquella noche, aunque excediesse de todos los Aforismos de Hipocrates. Con esto quedò contento el Governador, y esperava con grande ansia llegasse la noche, y la hora de cenar, y aunque el tiempo, al parecer fuyo, se estava quedo sin moverse de un lugar, todavia se llegó por el tanto deseado, donde le dieron de cenar un salpicon de vaca con cebolla, y unas manos cozidas de ternera, algo entrada en dias, entregòse en todo con mas gusto que si le huvieran dado francolines de Milan, fayfanes de Roma, ternera de Sorrento, perdizes de Moron, ò ganfos de Lavajos; y entre la cena bolviendose al Dotor, le dixo: Mirad Señor Dotor, de aqui adelante no os cureys de darme à comer cosas regaladas, ni manjares exquisitos, porque será sacar à mi estomago de sus quicios, el qual està acostumbrado à cabra, à vaca, à roznq, à cecina, à nabos, y à cebollas; y si à caso le dan otros manjares de palacio, los recibe con melindre, y algunas vezes con asco: lo que el Maestre sala puede hazer, es traerme estas que llaman ollas podridas, que mientras más podridas son, mejor huelen, y en ellas puede embaular y encerrar todo lo que el quisiere, como sea de comer, que yo se lo agradecerè, y se lo pagarè algun dia, y no se burle nadie conmigo, porque ò somos, ò no somos: vivamos todos, y comamos en buena paz compania, pues quando Dios amanece, para todos amanece: yo governarè esta

esta Infula sin perdonar derecho, ni llevar cohecho, y todo el mundo trayga el ojo alerta, y mire por el virote; porque les hago saber que el diablo està en Cantillana, y que si me dan ocasion, han de ver maravillas: no fino hazeos miel, y comeroshan moscas. Porcierto, Señor Governador, dixo el Maestresala, que vueſſa Merced tiene mucha razon en quanto ha dicho, y que yo ofrezco en nombre de todos los Insulanos desta Infula, que han de servir à vueſſa Merced con toda puntualidad, amor y benevolencia, porque el suave modo de gobernar que en estos principios vueſſa Merced ha dado, no les dà lugar de hazer, ni de pensar cosa que en desservicio de vueſſa Merced redunde. Yo lo creo, respondiò Sancho, y serian ellos unos necios si otra cosa hiziesſen, ò pensassen: y buelvo à dezir, que se tenga cuenta con mi sustento, y con el de mi Ruzio, que es lo que en este negocio importa, y haze mas al caso, y en siendo hora vamos à rondar, que es mi intencion limpiar esta Infula de todo genero de inmundicia, y de gente vagamunda, holgaçanes, y mal entretenida: porque quiero que se pays amigos, que la gente valdia y pereçosa es en la Republica lo mesmo que los zanganos en las colmenas, que se comen la miel que las trabajadoras abejas hazen: pienso favorecer à los labradores, guardar sus preëminencias à los hidalgos, premiar los virtuosos, y sobre todo tener respeto à la Religion, y à la honra de los Religiosos? Que os parece desto amigos? Digo algo, ò quiebrome la cabeza? Dize tanto vueſſa Merced, Señor Governador, dixo el Mayordomo, que estoy admirado de ver, que un hombre tan sin letras como vueſſa Merced, que à lo que creo, no tiene ninguna, diga tales y tantas cosas llenas de sentencias, y de avisos tan tues-

ra de todo aquello, que del ingenio de V. Merced esperavan los que nos embiaron, y los que aqui venimos: cada dia se ven cosas nuevas en el mundo; las burlas se buelven en veras, y los burladores se hallan burlados. Llegò la noche, y cenò el Governador con licencia del Señor Dotor Rezio. Adereçaronse de ronda, salio con el Mayordomo, Secretario, y Maestresala, y el Coronista, que tenia cuydado de poner en memoria sus hechos, y Alguaziles, y Escrivanos, tantos que podian formar un mediano esquadron. Y va Sancho en medio con su vara, que no avia mas que ver, y pocas calles andadas del lugar, sintieron ruydo de cuchilladas, acudieron allà, y hallaron que eran dos solos hombres los que resistian, los cuales viendo venir à la Justicia, se estuvieron quedos, y el uno dellos dixo: Aqui de Dios y del Rey, como y que se ha de sufrir que roben en poblado en este pueblo, y que salga à saltar en el en la mitad de las calles. Sossegaos hombre de bien, dixo Sancho, y contadme que es la causa desta pendencia, que yo soy el Governador. El otro contrario dixo: Señor Governador, yo la dirè con toda brevedad: Vueſſa Merced fabrà, que este Gentilhombre acaba de ganar aora en esta casa de juego que està aqui frontero mas de mil reales, y sabe Dios como, y hallandome yo presente juzguè mas de una fuerte dudosa en su favor, contra todo aquello que me dictava la conciencia: alçòse con la ganancia, y quando esperaba que me avia de dar algun escudo por lo menos de barato, como es uso y costumbre darle à los hombres principales como yo q̃ estamos asistientes para bien y mal passar, y para apoyar sin razones, y evitar pendencias. El embolsò su dinero, y se salio de la casa: yo vine despechado tras el, y

con buenas y corteses palabras le he pedido, que me diese si quiera ocho reales, pues sabe que yo soy hombre honrado, y que no tengo oficio, ni beneficio, porque mis padres no me le enseñaron, ni me le dexaron, y el focarrón, que no es mas ladrón que Caco, ni mas fullero que Andradilla, no quería darme mas de quatro reales, porque vea vuestra Merced Señor Governador, que poca vergüenza, y que poca conciencia; pero así que si vuestra Merced no llegara, que yo le hiziera vomitar la ganancia, y que avia de saber con quantas entraba la Romana. Que dezis vos a esto? preguntó Sancho. Y el otro respondió, que era verdad quanto su contrario dezia, y no avia querido darle mas de quatro reales, porque se los dava muchas vezes, y los que esperan barato han de ser comedidos, y tomar con rostro alegre lo que les dieren, sin ponerse en cuentas con los gananciosos, si ya no supiesen de cierto que son fulleros, y que lo que ganan es mal ganado, y que para señal que era hombre de bien, y no ladrón, como dezia, ninguna avia mayor que el no averle querido dar nada, que siempre los fulleros son tributarios de los mirones que los conocen. Así es, dixo el Mayordomo, vea vuestra Merced Señor Governador que es lo que se ha de hazer de estos hombres. Lo que se ha de hazer es esto, respondió Sancho: Vos ganancioso, bueno, o malo, o indiferente, dad luego a este vuestro acuchillador cien reales, y mas aveys de desembolsar treynta para los pobres de la cárcel: y vos que no teneys oficio, ni beneficio, y andays de nones en esta Insula, tomad luego esos cien reales, y mañana en todo el dia salid desta Insula desterrado por diez años, lo pena si lo quebrantaredes, los cumplays en otra vida, colgandoos yo de una picota

o alomenos el verdugo por mi mandado, y ninguno me replique, que le asentaré la mano. Desembolsó el uno, recibió el otro, este se salió de la Insula, y aquel se fue a su casa, y el Governador quedó diciendo: Ahora yo podré poco, o quitaré estas casas de juego, que a mi se me trasluze que son muy perjudiciales. Esta alomenos, dixo un Escrivano, no la podra vuestra Merced quitar, porque la tiene un gran personage, y mas es sin comparacion lo que el pierde el año, que lo que saca de los naypes: contra otros gariteros de menor cantia podra vuestra Merced mostrar su poder, que son los que mas daño hazen, y mas insolencias encubren que en las salas de los Cavalleros principales, y de los Señores, no se atreven los famosos fulleros a usar de sus tretas, y pues el vicio del juego la ha buuelto en exercicio comun, mejor es, que se juegue en casas principales, que no en la de algun oficial, donde cogen a un desdichado de media noche abaxo, y le desuellan vivo. Ahora Escrivano, dixo Sancho, yo sé que ay mucho que dezir en esto. Y en esto llegó un corchete que traya asido a un moço, y dixo: Señor Governador, este manecbo venia azia nosotros, y así como columbró la justicia, bolvió las espaldas, y comenzó a correr como un gamo, señal que deve de ser algun delinquente. Yo partí tras el, y si no fuera porque tropecó y cayó, no le alcanzara jamas. Porque huyas hombre? preguntó Sancho. A lo que el moço respondió: Señor, por escular de responder a las muchas preguntas que las justicias hazen; que oficio tienes? texedor; y que texes? hierros de lanças con licencia buena de vuestra Merced. Gracioso me soys, de chocarrero os picays, está bien. Y a donde yvades agora? Señor, a tomar

mar el ayre. Y à dõde se toma el ayre en esta Infular? A donde sopla. Bueno, respondeys muy à proposito, discreto soys mancebo : pero hazed cuenta que yo foy el ayre, y que os soplo en popa, y os encamino à la carcel. Afilde ola, y llevadle, que yo harè que duerma alli sin ayre esta noche. Par Dios, dixo el moço, assi me haga vueſſa merced dormir en la carcel, como hazerme Rey. Pues porque no te harè yo dormir en la carcel? respondiò Sancho, no tengo yo poder para prenderte y soltarre cada y quando que quisiere? Por mas poder que vueſſa Merced tenga, dixo el moço, no serà bastante para hazerme dormir en la carcel. Como que no, replicò Sancho, llevadle luego donde verà por sus ojos el defengañõ, aunque mas el Alcayde quiera usar con el de su interefal liberalidad, que yo le pondrè pena de dos mil ducados, si te dexa salir un passo de la carcel. Todo esto es cosa de risa, respondiò el moço: el caso es que no me haràn dormir en la carcel quantos oy viven. Dime demonio, dixo Sancho, tienes algun Angel que te faque, y que te quite los grillos que te pienſo mandar echar? Aora Señor Governador, respondiò el moço con muy buen donayre, estemos à razon, y vengamos al punto. Presuponga vueſſa Merced que me manda llevar à la carcel, y que en ella me echan grillos y cadenas, y que me meten en un calabogo, y se le ponen al Alcayde graves penas si me dexa salir, y que el lo cumple como se le manda, con todo esto si yo no quiero dormir, y estar me despierto toda la noche sin pegar pestaña, serà vueſſa Merced bastante con todo su poder para hazerme dormir, si yo no quiero? No porcierto, dixo el Secretario, y el hombre ha salido con su intencion. De modo, dixo San-

Sancho, que no dexareys de dormir por otra cosa, que por vueſtra voluntad, y no por contravenir à la mia. No Señor, dixo el moço, ni por pienſo. Pues andad con Dios, dixo Sancho, ydos à dormir à vueſtra casa, y Dios os dè buen sueño, que yo no quiero quitarosle : pero aconsejoos, que de aqui adelante no os burleys con la justicia, porque tocareys con alguna que os dè con la burla en los castigos. Fuese el moço, y el Governador prosiguyò con su ronda, y de alli à poco vinieron dos corchetes, que trayan à un hombre asido, y dixerõ: Señor Governador, este que parece hombre, no lo es sino muger, y no fea, que viene vestido en habito de hombre. Llegaronle a los ojos dos, ò tres lanternas, à cuyas luzes descubrieron un rostro de una muger, al parecer de diez y seys, ò pocos mas años; recogidos los cabellos con una redezilla de oro y seda verde, hermosa como mil perlas; miraronla de arriba abaxo, y vieron que venia con unas medias de seda encarnada, con ligas de tafetan blanco, y rapacejos de oro y aljofar, los greguescos eran verdes de tela de oro, y una saltambarca, ò ropilla de lo mesmo suelta, debaxo de la qual traya un jubon de tela finissima de oro y blanco, y los zapatos eran blancos, y de hombre: no traya espada ceñida, sino una riquissima daga, y en los dedos muchos, y muy buenos annillos. Finalmente la moça parecia bien à todos, y ninguno la conociò de quantos la vieron, y los naturales del lugar dixerõ, que no podian pensar quien fuese, y los confabuladores de las burlas que se avian de hazer à Sancho, fueron los que mas se admiraron, porque aquel suceso y hallazgo no venia ordenado por ellos, y assi estavan dudosos, esperando en que pararia el caso.

Sancho quedò patimado de la hermosura de la mo-
 ga, y preguntòle quien era, à donde yva, y que
 occasion le avia movido para vestirse en aquel habi-
 to. Ella puestos los ojos en tierra, con honestissima
 verguenga, respondió: No puedo, Señor, dezir
 tan en publico lo que tanto me importava fuera se-
 creto: una cosa quiero que se entienda, que no soy
 ladrona, ni persona facinorosa, sino una Donzella
 desdichada, à quien la fuerza de unos zelos ha hecho
 romper el decoro que à la honestidad se deve.
 Oyendo esto el Mayordomo, dixo à Sancho: Haga
 Señor Governador apartar la gente, porque esta
 Señora con menos empacho pueda dezir lo que qui-
 siere. Mandòlo assi el Governador; apartaronse to-
 dos sino fueron el Mayordomo, Maestresala, y el
 Secretario. Viendose pues solos, la Donzella pro-
 siguiò, diciendo: Yo, Señores, soy hija de Pedro
 Perez Mazorca, arrendador de las lanas deste lugar,
 el qual fuele muchas vezes yr en casa de mi padre.
 Esto no lleva camino, dixo el Mayordomo, Señora;
 porque yo conozco muy bien à Pedro Perez, y sè
 que no tiene hijo ninguno, ni varon, ni hembra; y
 mas que dezis, que es vuestro padre, y luego añ-
 dis, que fuele yr muchas vezes en casa de vuestro
 padre. Yà yo avia dado en ello, dixo Sancho. Aora,
 Señores, yo estoy turbada, y no sè lo que me digo,
 respondió la Donzella: pero la verdad es, que yo
 soy hija de Diego de la Llana, que todos vuestras
 Mercedes deven de conocer. Aun esto lleva cami-
 no, respondió el Mayordomo, que yo conozco à
 Diego de la Llana, y sè que es un Hidalgo princi-
 pal y rico, y que tiene un hijo y una hija, y que
 despues que enviudò no ha avido nadie en todo este
 lugar que pueda dezir que ha visto el rostro de su
 hija.

hija, que la tiene tan encerrada, que no dà lugar al
 Sol que la vea, y con todo esto la fama dize, que es
 en estremo hermosa. Assi es la verdad, respondió
 la Donzella, y esta hija soy yo, si la fama miente,
 ò no, en mi hermosura yà os avreys, Señores, des-
 engañado; pues me aveys visto: y en esto començò
 à llorar tiernamente. Viendo lo qual el Secretario
 se llegó al oydo del Maestresala, y le dixo muy
 passo: Sin duda alguna que à esta pobre Donzella
 le deve de aver sucedido algo de importancia, pues
 en tal trage, y à tales horas, y siendo tan principal
 anda fuera de su casa. No ay dudar en esto, respon-
 dió el Maestresala, y mas que esta sospecha la confir-
 man sus lagrimas. Sancho la consolò con las mejo-
 res razones que el supo, y le pidió, que sin temor
 alguno les dixesse lo que le avia sucedido, que todos
 procurarian remediarlo con muchas veras, y por
 todas las vias posibles. Es el caso, Señores, respon-
 dió ella, que mi padre me ha tenido encerrada diez
 años ha, que son los mismos que à mi madre como la
 tierra: en casa dizen Misa en un rico oratorio, y yo
 en todo este tiempo no he visto que el Sol del cielo
 de dia, y la Luna, y las Estrellas de noche; ni sè que
 son calles, plagas, ni templos, ni aun hombres, fuera
 de mi padre, y de un hermano mio, y de Pedro Pe-
 rez el arrendador, que por entrar de ordinario en
 mi casa, se me antojò dezir, que era mi padre, por no
 declarar el mio, este encerramiento; y este negar-
 me el salir de casa, siquiera à la Yglesia, ha muchos
 dias y meses que me trae muy desconsolada: quisiera
 yo ver el mundo, ò alomenos el pueblo donde naci,
 pareciendome que este deseo no yva contra el buen
 decoro que las Donzellas principales deven guardar
 à si mesmas: quando oya dezir, que corrian toros, y



jugavan cañas, y se representavan comedias, preguntava à mi hermano; que es un año menor que yo, que me dixesse, que cosas eran aquellas, y otras muchas que yo no he visto, èl me lo declarava por los mejores modos que sabia: pero todo era encenderme mas el deseo de verlo. Finalmente, por abreviar el cuento de mi perdicion, digo, que yo roguè y pedì à mi hermano, que nunca tal pidiera, ni tal rogara, y tornò à renovar el llanto. El Mayordomo le dixo: Profiga V.M. Señora, y acabe de dezirnos lo que le ha sucedido, que nos tienen à todos suspensos sus palabras, y sus lagrimas. Pocas me quedan por dezir, respondio la Donzella, aunque muchas lagrimas si que llorar, porque los mal colocados deseos no pueden traer consigo otros descuentos que los semejantes. Avia se sentado en el alma del Maestresala la belleza de la Donzella, y llegó otra vez su lanterna para verla de nuevo, y parecióle, que no eran lagrimas las que llorava, sino aljofar, ò rozio de los prados, y aun las subia de punto, y las llegava à perlas Orientales, y estava deseando, que su desgracia no fuesse tanta como davan à entender los indicios de su llanto, y de sus suspiros. Desesperavale el Governador de la tardança, que tenia la moça en dilatar su Historia, y dixole, que acabasse de tenerlos mas suspensos, que era tarde, y faltava mucho que andar del pueblo. Ella entre interrotos solloços, y mal formados suspiros, dixo: No es otra mi desgracia, ni mi infortunio es otro, sino que yo roguè à mi hermano, que me vistiese en habitos de hombre con uno de sus vestidos, y que me sacasse una noche à ver todo el pueblo quando nuestro padre durmiesse; el importunado de mis ruegos condescendió con mi deseo, y poniendome este vestido, y èl vistiendose de otro mio, que le

le està como nacido, porque el no tiene pelo de barba, y no parece sino una Donzella hermosísima. Esta noche, deve de aver una hora, poco mas, ò menos, nos salimos de casa, y guizados de nuestro moço y desbaratado discurso hemos rodeado todo el pueblo, y quando queriamos bolver à casa, vimos venir un gran tropel de gente, y mi hermano me dixo: Hermana, esta deve de ser la ronda, aligera los pies, y pon alas en ellos, y vente tras mi corriendo, porque no nos conozcan, que nos será mal contado, y diziendo esto bolvió las espaldas, y comengò, no digo à correr, sino à volar: yo à menos de seys passos caì con el sobresalto, y entonces llegó el ministro de la justicia que me truxo ante V.M. adonde por mala y antojadiza me veo avergonçada ante tanta gente. En efeto Señora, dixo Sancho, no os ha sucedido otro desman alguno, ni zelos, como vos al principio de vuestro cuento dixistes, no os sacaron de vuestra cama? No me ha sucedido nada, ni me sacaron zelos, sino solo el deseo de ver mundo, que no se estendia à mas que à ver las calles deste lugar: y acabò de confirmar ser verdad lo que la Donzella dezia, llegar los coches con su hermano preso, à quien alcanzò uno dellos, quando se huyó de su hermana, no traya sino un faldellin rico, y una mantellina de damasco azul con passamanos de oro fino, la cabeza sin toca, ni con otra cosa adornada, que con sus mesmos cabellos, que eran fortijas de oro, segun eran rubios y enrigados. Apartaronse con el Governador, Mayordomo, y Maestresala, y sin que lo oyesse su hermana, le preguntaron, como venia en aquel trage, y èl con no menos verguença y empacho contó lo mesmo que su hermana avia contado, de que recibió gran gusto el enamorado Maestresala; pero el Governador

les dixo: Por cierto, Señores, que esta ha sido una gran rapaceria, y para contar esta necedad y atrevimiento no eran menester tantas largas, ni tantas lagrimas y suspiros, que con dezir, somos fulano y fulana, que nos salimos à espaciar de casa de nuestros padres con esta invencion, solo por curiosidad, sin otro designio alguno, se acabà el cuento, y no gemidicos, y lloramicos, y darle. Assi es la verdad, respondió la Donzella: pero sepan vuestras Mercedes, que la turbacion que he tenido, ha sido tanta, que no me ha dexado guardar el termino que devia. No se ha perdido nada, respondió Sancho: vamos, y dexaremos à vuestras Mercedes en casa de su padre; quizá no nos avrá echado menos, y de aqui adelante no se muestren tan niños, ni tan deseosos de ver mundo, que la Donzella honrada la pierna quebrada, y en casa: y la muger y la gallina por andar se pierden ayna; y la que es deseosa de ver, tambien tiene deseo de ser vista: no digó mas. El mancebo agradeciò al Governador la merced que queria hazerles de bolverlos à su casa, y assi se encaminaron àzia ella, que no estava muy lexos de alli. Llegaron pues, y tirando el hermano una china à una rexa, al momento baxò una criada, que los estava esperando, y les abrió la puerta; y ellos se entraron, dexando à todos admirados, assi de su gentileza y hermosura, como del deseo, que tenian de ver mundo de noche, y sin salir del lugar; pero todo lo atribuyeron à su poca edad. Quedò el Maestresala traipassado su coracon, y propuso de luego otro dia pedirlela por muger à su padre, teniendo por cierto, que no se la negaria por ser criado del Duque, y aun à Sancho le vinieron deseos y barruntos de casar al mogo con Sanchica su hija, y determinò de ponerlo en

lo en platica de su tiempo, dandose à entender, que à una hija de un Governador ningun marido se le podia negar. Con esto se acabò la ronda de aquella noche, y de alli à dos dias el Gobierno, con que se destroncaron y borraron todos sus designios, como se verà adelante.

CAPITULO L.

Donde se declara quien fueron los Encantadores y Verdugos que agotaron à la Dueña, y pellizcaron y arañaron à Don Quixote, con el suceso que tuvo el Page, que llevó la carta à Teresa Sancho, muger de Sancho Pança.

Dize Cide Hamete, puntualissimo escudriñador de los atomos desta verdadera Historia, que al tiempo que Doña Rodriguez salió de su apotento, para yr à la estancia de Don Quixote, otra Dueña, que con ella dormia, lo sintió, y que como todas las Dueñas son amigas de saber, entender y oler, se fue tras ella con tanto silencio, que la buena Rodriguez no lo echò de ver; y assi como la Dueña la viò entrar en la estancia de Don Quixote, porque no faltasse en ella la general costumbre que todas las Dueñas tienen de ser chimosfas, al momento lo fue à poner en pico à su Señora la Duquesa, de como Doña Rodriguez quedava en el apotento de Don Quixote, la Duquesa se lo dixo al Duque, y le pidió licencia para que ella y Altisidora viesessen à ver lo que aquella Dueña queria con Don Quixote, el Duque se la diò, y las dos con gran

ciento y sosiego pasó ante pasó llegaron à ponerse
 junto à la puerta del aposento, y tan cerca, que oyan
 todo lo que dentro hablaban, y quando oyo la Du-
 quesa que Rodriguez avia echado en la calle el aran-
 juez de sus fuentes, no lo pudo sufrir, ni menos
 Altisidora, y assi llenas de colera, y deseosas de ven-
 gança, entraron de golpe en el aposento, y acrevilla-
 ron à Don Quixote, y vapularon à la Dueña del
 modo que queda contado, porque las afrentas que
 vãn derechas contra la hermosura y presuncion de
 las mugeres, despierta en ellas en gran manera la
 ira, y enciende el deseo de vengarse. Contò la Du-
 quesa al Duque lo que le avia pasado, de lo que se
 holgò mucho, y la Duquesa prosiguiendo con su in-
 tencion de burlarle, y recibir passatiempo con Don
 Quixote, despachò al page que avia hecho la figu-
 ra de Dulcinea en el concierto de su desencanto,
 que tenia bien olvidado Sancho Pança con la ocu-
 pacion de su Gobierno, à Teresa Pança su muger,
 con la carta de su marido, y con otra suya, y con
 una gran farta de corales ricos presentados. Dize
 pues la Historia, que el page era muy discreto, y
 agudo, y con deseo de servir à sus Señores partiò de
 muy buena gana al lugar de Sancho, y antes de en-
 trar en el, viò en un arroyo estar lavando cantidad
 de mugeres, à quien preguntò, si le sabrian dezir,
 si en aquel lugar vivia una muger llamada Teresa
 Pança, muger de un cierto Sancho Pança, Escu-
 dero de un Cavallero llamado Don Quixote de la
 Mancha, à cuya pregunta se levantò en pie una
 moçuela que estava lavando, y dixo: Essa Teresa
 Pança es mi madre, y esse tal Sancho mi Señor pa-
 dre, y el tal Cavallero nuestro Amo. Pues venid Don-
 zella, dixo el page, y mostradme à vuestra madre,
 porque

porque le traygo una carta, y un presente del tal
 vuestro padre. Esto harè yo de muy buena gana, Se-
 ñor mio, respondiò la moça, que mostrava ser de
 edad de quatorze años, poco mas à menos, y dexan-
 do la ropa que lavava à otra compañera, sin tocarle,
 ni calçarse, que estava en piernas, y desgrenada, sal-
 tò delante de la cavalgadura del page, y dixo: Ven-
 ga V. Merced, que à la entrada del pueblo està nue-
 stra casa, y mi madre en ella, con harta pena, por no
 aver sabido muchos dias ha de mi Señor padre. Pues
 yo se las llevo tan buenas, dixo el page, que tiene que
 dar bien gracias à Dios por ellas. Finalmente saltan-
 do, corriendo, y brincando llegò al pueblo la mu-
 chacha, y antes de entrar en su casa, dixo à voces des-
 de la puerta: Salga madre Teresa, salga, salga, que
 viene aqui un Señor que trae cartas, y otras cosas de
 mi buen padre, à cuyas voces salìo Teresa Pança su
 madre, hilando un copo de estopa, con un saya par-
 da, parecia segun era de corta, que se la avian cor-
 tado por vergonçoso lugar, con un corpeçuelo assi-
 mismo pardo, y una camisa de pechos: no era muy
 vieja, aunque mostrava passar de los quarenta; pe-
 ro fuerte, tiesa, nerbuda, y avellanada, la qual vien-
 do à su hija, y al page à cavallo, le dixo: Que es esto
 niña, que Señor es este? Es un servidor de mi Se-
 ñora Doña Teresa Pança, respondiò el page, y di-
 ziendo, y haziendo se arrojò del cavallo, y se fue con
 mucha humildad à poner de hinojos ante la Señora
 Teresa, diciendo: Deme vuestra Merced sus manos
 mi Señora Doña Teresa, bien assi como muger legi-
 tima y particular del Señor Don Sancho Pança,
 Governador propio de la Insula Barataria. Ay
 Señor mio, quitefe de ài no hago esto, respon-
 diò Teresa, que yo no soy nada palaciega, sino una
 pobre

pobre labradora, hija de un estripa terrones, y muger de un Escudero andante, y no de Governador alguno. Vuestra Merced, respondió el page, es muger dignissima de un Governador archidignissimo, y para prueba desta verdad reciba vuestra Merced esta carta, y este presente, y sacò al instante de la faldriquera una farta de corales con estremos de oro, y se la echò al cuello, y dixo: Esta carta es del Señor Governador, y otra que traygo, y estos corales son de mi Señora la Duquesa, que à vuestra Merced me embia. Quedd pasmada Teresa, y su hija ni mas ni menos, y la muchacha dixo: que me manten fino anda por aqui nuestro Señor amo Don Quixote, que deve de aver dado à padre el Gobierno, ò Condado, que tantas vezes le avia prometido. Assi es la verdad, respondió el page, que por respeto del Señor Don Quixote es agora el Señor Sancho Governador de la Insula Barataria, como se verá por esta carta. Leamela vuestra Merced, Señor gentil-hombre, dixo Teresa, porque aunque yo sè hilar, no sè leer migaja: no yo tampoco, añadió Sanchica; pero esperenme aqui, que yo yrè à llamar quien la lea, ora sea el Cura mesmo, ò el Bachiller Sansón Carrasco, que vendrán de muy buena gana, por saber nuevas de mi padre. No ay para que se llame à nadie, que yo no sè hilar: pero sè leer, y la leerè, y assi se la leyò toda, que por quedar ya referida no se pone aqui; y luego sacò otra de la Duquesa, que dezia desta manera:

Amiga Teresa, las buenas partes de la bondad, y del ingenio de vuestro marido Sancho, me movieron, y obligaron à pedir à mi marido el Duque le diese un Gobierno de una Insula, de muchas que tiene: tengo noticia, que gobierna como un Gi-

rifalte, de lo que yo estoy muy contenta, y el Duque mi Señor por el configuyente, por lo que doy muchas gracias al cielo, de no averme engañado en averle escogido para el tal Gobierno; porque quiero que sepa la Señora Teresa, que con dificultad se halla un buen Governador en el mundo, y tal me haga à mi Dios como Sancho gobierna: ài le embio, querida mia, una farta de corales con estremos de oro: yo me holgara, que fuera de perlas Orientales, pero quien te da el huego, no te querria ver muerta, tiempo viendrà en que nos conozcamos, y nos comuniquemos, y Dios sabe lo que será. Encomiendeme à Sanchica su hija, y digale de mi parte, que se apareje, que la tengo de casar altamente quando menos lo piense. Dizenme, que en esse lugar ay bellotas gordas, embiame hasta dos dozenas, que las estimarè en mucho por ser de su mano, y escrivame largo, avisandome de su salud, y de su bien estar, y si huviere menester alguna cosa, no tiene que hazer mas que boquear, que su boca será medida: y Dios me la guarde. Deste lugar, su amiga, que bien la quiere.

La Duquesa.

Ay, dixo Teresa en oyendo la carta, y que buena, y que llana, y que humilde Señora, con estas tales Señoras me entierren à mi, y no las Hidalgas, que en este pueblo se usan, que piensan que por ser Hidalgas no las ha de tocar el viento, y van à la Yglesia con tanta fantasía, como si fuesen las mismas Reynas, que no parecen, sino que tienen à deshonor el mirar à una labradora, y veys aqui donde esta buena Señora, con ser Duquesa, me llama

ma amiga, y me trata, como si fuera su yqual, que yqual la vea yo con el mas alto campanario que ay en la Mancha: y en lo que toca à las bellotas, Señor mio, yole embiarè à su Señoria un celemin, que por gordas las pueden venir à ver à la mira, y à la maravilla: y por aora Sanchica, atiende à que se regale este Señor, pon en orden este cavallo, y faga de la cavalleriza huevos, y corta tozino adunia, y demosle de comer como à un Principe, que las buenas nuevas que nos ha traydo, y la buena cara que el tiene, lo merece todo, y en tanto saldrè yo à dar à mis vezinas las nuevas de nuestro contento, y al padre Cura, y à Macise Nicolas el Barbero, que tan amigos son, y han sido de tu padre. Si harè madre, respondió Sanchica: pero mire, que me ha de dar la mitad dessa sarta, que no tengo yo por tan boba à mi Señora la Duquesa, que se la avia de embiar à ella toda. Todo es para ti hija, respondió Teresa: pero dexamela traer algunos dias al cuello, que verdaderamente parece que me alegra el corazón. Tambien se alegrarán, dixo el page, quando vean el lio que viene en este portamanteo, que es un vestido de paño finissimo, que el Governador solo un dia llevò à caga, el qual todo le embia para la Señora Sanchica: que me viva èl mil años, respondió Sanchica, y el que lo trae ni mas, ni menos, y aun dos mil si fuera necesidad. Salióse en esto Teresa fuera de casa con las cartas, y con la sarta al cuello, y yva tañendo en las cartas, como si fuera en un pandero, y encontrandose à caso con el Cura, y Sanson Carrasco, comengò à baylar, y dezir, à fee, que agora que no ay pariente pobre, Governito tenemos, no sino tomese conmigo la mas pintada Hidalgo, que yo la pondrè como nueva. Que es esto

esto Teresa Pança, que locuras son estas, y que papeles son estos? No es otra locura, sino que estas son cartas de Duquesas, y de Governadores, y estos que traygo al cuello, son corales finos; las Ave Marias, y los Padre nuestros son de oro de martillo, y yo soy Governadora. De Dios en ayuslo no os entendemos Teresa, ni sabemos lo que os dezis. Al lo podrán ver ellos, respondió Teresa, y dióles las cartas. Leyólas el Cura de modo, que las oyó Santon Carrasco; y Sanson, y el Cura se miraron el uno al otro, como admirados de lo que avia leydo. Y preguntò el Bachiller, quien avia traydo aquellas cartas; respondió Teresa, que se veniesen con ella à tu casa, y verian el mensagero, que era un mancebo como un pino de oro, y que le traya otro presente, que valia mas de tanto. Quitole el Cura los corales del cuello, y mirolos, y remirolos, y certificandose, que eran finos, tornò à admirarle de nuevo, y dixo: Por el habito que tengo, que no sè que me diga, ni que me piense destas cartas, y destos presentes: por una parte veo, y toco la fineza destos corales; y por otra leo, que una Duquesa embia à pedir dos docenas de bellotas. Adecenme estas medidas, dixo entonces Carrasco: Agora bien, vamos à ver al portador deste pliego, que del nos informaremos de las dificultades que se nos ofrecen. Hizieronlo assi, y bolvióse Teresa con ellos: hallaron al page crivando un poco de cevada para su cavalgadura, y à Sanchica cortando un torrezno para empediarle con huevos, y dar de comer al page, cuya presencia, y buen adorno contentò mucho à los dos, y despues de averle saludado cortesmente, y èl à ellos, le preguntò Sanson, les dieste nuevas, assi de Don Quixote, como de Sanson

cho Panga, que puesto que avian leydo las cartas de Sancho, y de la Señora Duquesa, todavía estaban confusos, y no acababan de atinar, que sería aquel llo del Gobierno de Sancho, y mas de una Infula, siendo todas, ò las mas que ay en el mar Mediterraneo de su Magestad. A lo que el page respondió. De que el Señor Sancho Panga sea Gobernador, no ay que dudar en ello, de que sea Infula, ò no la que gobierna, en esto no me entremeto: pero basta que sea un lugar de mas de mil vezinos; y en quanto a lo de las bellotas, digo, que mi Señora la Duquesa es tan llana, y tan humilde, que no dezía el embiar à pedir bellotas à una labradora: pero que le acontecia embiar à pedir un peyne prestado à una vezina suya; porque quiero que sepan vuestras Mercedes, que las Señoras de Aragon, aunque son tan principales, no son tan puntuosas, y levantadas como las Señoras Castellanas, con mas llaneza tratan con las gentes. Estando en la mitad destas platicas saltò Sanchica con un halda de huevos, y preguntò al page. Digame Señor, mi Señor padre trae por ventura calças atacadas despues que es Gobernador? No he mirado en ello, respondió el page: pero si deve de traer. Ay Dios mio, replicò Sanchica, y que será de ver à mi padre con pedorreras: no es bueno, sino que desde que nací tengo deseo de ver à mi padre con calças atacadas. Como con estas cosas le verá vuestra Merced, si vive, respondió el page. Par Dios terminos lleva de caminar con papahigo, con solos dos meses que le dure el Gobierno. Bien echaron de ver el Cura, y el Bachiller, que el page hablava focarronamente: pero la fineza de los corales, y el vestido de caga que Sancho embiava, lo deshazia todo, que ya Teresa les avia mostrado

strado el vestido, y no dexaron de reyrse del deseo de Sanchica, y mas quando Teresa dixo, Señor Cura eche cata por ai, si ay alguien que vaya à Madrid, ò à Toledo, para que compre un verdugado redondo, hecho, y derecho, y sea al uso, y de los mejores que huviere, que en verdad en verdad, que tengo de honrar el Gobierno de mi marido en quanto yo pudiere, y aunque si me enojo, me tengo de yr à esta Corte, y echar un coche, como todas, que la, que tiene marido Gobernador, muy bien le puede traer, y sustentar. Y como madre, dixo Sanchica, pluguiesse à Dios, que fuesse antes oy que mañana, aunque dixessen los que me viesse yr sentada con mi Señora madre en aquel coche: mirad la tal por qual, hija de aquel harro de ajos, y como va sentada, y tendida en el coche, como si fuera una Papesa: pero pisen ellos los lodos, y andeme yo en mi coche, levantados los pies del suelo, mal año y mal mes para quantos murmuradores ay en el mundo, y andeme yo caliente, y ryase la gente. Digo bien madre mia? Y como que dizes bien hija? respondió Teresa, y todas estas venturas, y aun mayores me las tiene prometizadas mi buen Sancho, y verás tu hija como no para hasta hazerme Condesa, que todo es començar à ser venturosas (y como yo he oydo dezir muchas vezes à tu buen padre, que así como lo es tuyo, lo es de los Refranes) quando te dieren la vaquilla, corre con soguilla, quando te dieren un Gobierno cogele, quando te dieren un Condado, agarrale, y quando te hizieren tus tus con alguna buena dadiva embalsala: no sino dormios, y no respondays à las venturas, y buenas dichas, que están llamando à la puerta de vuestra casa. Y que se me dà à mi, añadió Sanchica, que diga el que quisiere, quando me vea en tonada,

tonada, y fantasiosa, vióse el perro en bragas de cerro, y lo demas. Oyendo lo qual el Cura, dixo: Yo no puedo creer, sino que todos los deste linage de los Panças nacieron cada uno con un costal de refrañes en el cuerpo, ninguno dellos he visto, que no los derrame à todas horas, y en todas las pláticas que tienen. Assi es la verdad, dixo el page, que el Señor Governador Sancho, à cada passo los dize; y aunque muchos no vienen à proposito, todavia dan gusto, y mi Señora la Duquesa, y el Duque los celebran mucho. Que todavia se afirma vuestra Merced Señor mio, dixo el Bachiller, ser verdad esto del Gobierno de Sancho, y de que ay Duquesa en el mundo, que le embie presentes, y le escriva; porque nosotros, aunque tocamos los presentes, y hemos leydo las cartas, no lo creemos, y pensamos, que esta es una de las cosas de Don Quixote nuestro compatrioto, que todas piensa que son hechas por encantamiento, y assi estoy por dezir, que quiero tocar, y palpar à vuestra merced, por ver si es embaxador fantástico, o hombre de carne, y hueso. Señores, no se mas de mi, respondió el page, sino que soy embaxador verdadero, y que el Señor Sancho Pança es Governador efectivo; y que mis Señores Duque, y Duquesa pueden dar, y han dado el tal Gobierno: y que he oydo dezir, que en el se porta valentísimamente el tal Sancho Pança: si en esto ay encantamiento, o no, vuestras Mercedes lo disputen allá entre ellos, que yo no sé otra cosa para el juramento que hago, que es, por vida de mis padres, que los tengo vivos, y los amo, y los quiero mucho. Bien podrá ello ser assi, replicó el Bachiller, pero *dubitat Augustinus*. Dude quien dudare, respondió el page, la verdad es la que he dicho, y esta que ha de andar siempre sobre

bre la mentira, como el azeyte sobre el agua, y sino *operibus credite, & non verbis*: venga se alguno de vuestras Mercedes conmigo, y verán con los ojos lo que no creen por los oydos. Esta yda à mi toca, dixo Sanchica, lleveme vuestra Merced, Señor; à las ancas de su rozin, que yo yré de muy buena gana à ver à mi Señor padre. Las hijas de los Governadores no han de yr solas por los caminos, sino acompañadas de carroças, y literas, y de gran numero de sirvientes. Por Dios, respondió Sancha, tambien me vaya yo sobre una pollina, como sobre un coche: hallado la aveys la melindrosa. Calla mucha, dixo Teresa, que no sabes lo que te dizes; y este Señor està en lo cierto, que tal el tiempo, tal el tiento: quando Sancho, Sancha: y quando Governador, Señora; y no se si diga algo. Mas dize la Señora Teresa de lo que piensa, dixo el Page, y denme de comer, y despachenme luego, porque pienso bolverme esta tarde: à lo que dixo el Cura: vuestra Merced se vendrà à hazer penitencia conmigo, que la Señora Teresa mas tiene voluntad, que alhajas para servir à tan buen huesped. Reusólo el Page: pero en efeto lo hubo de conceder por su mejora; y el Cura le llevó consigo de buena gana, por tener lugar de preguntarle de espacio por Don Quixote, y sus hazañas. El Bachiller se ofreció de escribir las cartas à Teresa de la respuesta; pero ella no quiso, que el Bachiller se metiesse en sus cosas, que le tenia por algo burlon: y assi dió un bollo, y dos huevos à un Monazillo, que sabia escribir, el qual le escribió dos cartas, una para su marido, y otra para la Duquesa, y notadas de su mismo caletre, que no son las peores que en esta grande Historia se ponen, como se verá adelante.

CAPITULO LI.

Del progreso del Gobierno de Sancho Pança, con otros sucessos tales como buenos.

A Maneció el día, que se siguió á la noche de la ronda del Governador, la qual el Maestre-sala pasó sin dormir, ocupado el pensamiento en el rostro, brio, y belleza de la disfrazada Donzella; y el Mayordomo ocupò lo que della faltava elcrivir á sus Señores lo que Sancho Pança hazia, y dezia, tan admirado de sus hechos, como de sus dichos: porque andavan mezcladas sus palabras, y sus acciones con aslomos discretos, y tontos. Levantole en fin el Señor Governador, y por orden del Doctor Pedro Rezio le hizieron desayunar con un poco de conserva, y quatro tragos de agua fria, cosa que la trocara Sancho con un pedago de pan, y un raziño de uvas; pero viendo que aquello era mas fuerza que voluntad, pasó por ello con harto dolor de su alma, y fatiga de su estomago, haziendole creer Pedro Rezio, que los manjares pocos, y delicados avivavan el ingenio, que era lo que mas convenia á las personas constituydas en mandos, y en oficios graves, donde se han de aprovechar, no tanto de las fuerzas corporales, como de las del entendimiento. Con esta sofisteria padecia hambre Sancho, y tal, que en su secreto maldezia el Gobierno, y aun á quien se le avia dado: pero con su hambre, y con su conserva, se puso á juzgar aquel día, y lo primero que se le ofreció, fue una pregunta, que un Forastero le hizo, estando presentes á todo el Mayordomo, y los demas Acolitos, que fue, Señor:

ñor: Un caudaloso rio dividia dos terminos de un mismo Señorío (y esté vueſſa Merced atento; porque el caso es de importancia y algo dificultoso;) digo pues; que sobre este rio estava una puente, y al cabo della una horca, y una como casa de audiencia, en la qual de ordinario avia quatro Juezes, que juzgavan la Ley, que puso el Dueño del rio, de la puente, y del Señorío, que era en esta forma: Si alguno passare por esta puente de una parte á otra, ha de jurar primero adonde, y á que vá; y si jurare verdad, dexeñle passar; y si dixere mentira, muera por ello ahorcada en la horca que alli se muestra, sin remission alguna. Sabida esta ley, y la rigurosa condicion della, passavan muchos, y luego en lo que juravan se echava de ver que dezian verdad, y los Juezes los dexavan passar libremente. Sucedió pues, que tomando juramento á un hombre jurò, y dixo, que para el juramento que hazia, que yva á morir en aquella horca que alli estava, y no á otra cosa. Repararon los Juezes en el juramento, y dixerón: Si á este hombre le dexamos passar libremente, mintió en su juramento, y conforme á la ley deve morir; y si le ahorcamos, él jurò que yva á morir en aquella horca; y aviendò jurado verdad, por la misma ley deve ser libre. Pídesse á vueſſa Merced, Señor Governador, que haràn los Juezes del tal hombre, que aun hasta agora están dudosos, y suspensos; y aviendò tenido noticia del agudo, y elevado entendimiento de vueſſa Merced, me embiaron á mi, á que suplicasse á vueſſa Merced, de su parte diesse su parecer en tan intricado, y dudoso caso. A lo que respondió Sancho: Porcierto que estos Señores Juezes, que á mi os embian, lo pudieran aver escusado, porque yo soy un hombre

bre, que tengo mas de mostrenco, que de agudo; pero con todo esto, repetidme otra vez el negocio, de modo que yo le entienda, quigà podria ser, que diese en el hito. Bolvió otra, y otra vez el preguntante à referir lo que primero avia dicho. Sancho dixo: A mi parecer este negocio en dos paletas lo declararè yo, y es assi, el tal hombre jura, que vâ à morir en la horca, y si muere en ella, jurò verdad; y por la ley puesta merece ser libre, y que passe la puente; y sino le ahorcan, jurò mentira, y por la misma ley merece, que le ahorquen. Assi es, como el Señor Governador dize, dixo el mensagero; y quanto à la entereza, y entendimiento del caso, no ay mas que pedir, ni que dudar. Digo yo pues agora, replicò Sancho, que deste hombre, aquella parte que jurò verdad la dexen passar; y la que dixo mentira, la ahorquen; y desta manera se cumplira al pie de la letra la condicion del passage. Pues Señor Governador, replicò el preguntador, será necesario, que el tal hombre se divida en partes, en mentirosa, y verdadera; y si se divide por fuerza, ha de morir: y assi no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresa, que se cumpla con ella. Venid acá, Señor buen hombre, respondió Sancho, este passagero que dezis, ô yo soy un porro, ô el tiene la misma razon para morir, que para vivir, y passar la puente: porque si la verdad le salva, la mentira le condena yualmente; y siendo esto assi, como lo es, soy de parecer, que digays à estos Señores, que à mi os embiaron, que pues estàn en un fil las razones de condenarle, ô absolverle, que le dexen passar libremente: pues siempre es alabado mas el hazer bien, que mal; y esto lo diera firmado de mi nombre, si supiera firmar:

mar: y yo en esto caso no he hablado de mio, sino que se me vino à la memoria un precepto, entre otros muchos, que me diò mi Amo Don Quixote la noche antes que viniese à ser Governador desta Isla, que fue, que quando la Justicia estuviere en duda, me decantasse, y acogiesse à la misericordia; y ha querido Dios, que agora se me acordasse, por venir en este caso, como de molde. Assi es, respondió el Mayordomo, y tengo para mi, que el mismo Licurgo, que diò leyes à los Lacedemonios, no pudiera dar mejor sentència, que la que el gran Pança ha dado; y acabete con esto la audiencia desta mañana, y yo darè orden como el Señor Governador comamuy à su gusto. Esto pido, y barras derechas, dixo Sancho: Denme de comer, y llevan casos, y dudas sobre mi, que yo las despavilarè en el ayre. Cumplió su palabra el Mayordomo, pareciendole ser cargo de conciencia, matar de hambre à tan discreto Governador; y mas que pensava concluir con el aquella misma noche, haziendole la burla ultima, que traya en comission de hazerle. Sucedió pues, que aviendo comido aquel dia contra las reglas, y aforismos del Doctor Tirteafuera, al levantar de los manteles entrò un Correo con un carta de Don Quixote para el Governador; mando Sancho al Secretario, que la leyese para si, y que sino viniese en ella alguna cosa digna de secreto, le leyese en voz alta; hizolo assi el Secretario, y repassandola primero dixo: Bien se puede leer en voz alta, que lo que el Señor Don Quixote escribe à vuestra Merced merece estar estampado, y escrito con letras de oro, y dize assi:

Carta de Don Quixote de la Mancha à Sancho Pança, Governador de la Insula Barataria.

QUando esperaba oyr nuevas de tus descuydos, è impertinencias, Sancho amigo, las oí de tus discreciones, de que di por ello gracias particulares al cielo, el qual del estiercol sabe levantar los pobres, y de los tontos hazer discretos. Dizenme, que gobiernas como si fueses hombre; y que eres hombre, como si fueses bestia, segun es la humildad con que te tratas, y quiero que adviertas, Sancho, que muchas vezes conviene, y es necesario, por la autoridad del oficio; yr contra la humildad del coracon: porque el buen adorno de la persona, que està puesta en graves cargos, ha de ser conforme à lo que ellos piden, y no à la medida de lo que su humilde condicion le inclina. Vístete bien, que un palo compuesto no parece palo; no digo, que traygas dices, ni galas, ni que siendo Juez revistas como soldado, sino que te adornes con el habito que tu oficio requiere, con tal que sea limpio, y bien compuesto. Para ganar la voluntad del pueblo que gobiernas, entre otras, has de hazer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, aunque esto ya otra vez te lo he dicho; y la otra, procurar la abundancia de los mantenimientos, que no ay cosa que mas fatigue el coracon de los pobres, que la hambre, y la carestia.

No hagas muchas prematicas, y si las hizieres, procura que sean buenas, y sobre todo, que se guarden y cumplan: que las prematicas que no se guardan, lo mismo es, que sino lo fuesen, antes dan à entender, que el Principe, que tuvo discre-

cion, y autoridad para hazerlas, no tuvo valor para hazer que se guardassen; y las leyes que atemorizan, y no se executan, vienen à ser como la Viga, Rey de las ranas, que al principio las espantò; y con el tiempo la menospreciaron, y se subieron sobre ella. Sè padre de las virtudes, y padrastro de los vicios. No seas siempre riguroso, ni siempre blando, y escoge el medio entra estos dos extremos, que en esto està el punto de la discrecion. Visita las carcelles, las carnicerias, y las plaças, que la presencia del Governador en lugares tales, es de mucha importancia. Consuela à los presos, que esperan la brevedad de su despacho: es Coco à los carniceros, que por entonces ygulan los pesos, y es Espantajo à las placentas por la misma razon. No te muestres (aunque por ventura lo seas, lo qual yo no creo) codicioso, mugeriego, ni gloton; porque en sabiendo el pueblo, y los que te tratan tu inclinacion determinada, por alli te daràn bateria, hasta derribarte en el profundo de la perdicion. Mira, y remira, passa, y repassa los consejos, y documentos que te di por escrito antes que de aqui partieses à tu Gobierno, y veràs como hallas en ellos, si los guardas, una ayuda de costa, que te sobrelleve los trabajos, y dificultades, que à cada passo à los Governadores se les ofrecen. Escribe à tus Señores, y muestrateles agradecido, que la ingratitud es hija de la sobervia, y uno de los mayores pecados que se sabe; y la persona que es agradecida à los que bien le han hecho, da indicio, que tambien lo será à Dios, que tantos bienes le hizo, y de continuo le haze. La Señora Duquesa despachò un proprio con tu vestido, y otro presente à tu muger Teresa Pança, por momentos esperamos respuesta.

Yo he estado un poco mal dispuesto de un cierto gateamiento, que me sucedió no muy á cuento de mis narizes: pero no fue nada, que si ay encantadores que me maltraten, tambien los ay que me defiendan. Avísame, si el Mayordomo, que está contigo tuvo que ver en las acciones de la Trifaldi, como tu sospechaste; y de todo lo que te sucediere, me yrás dando aviso, pues es tan corto el camino, quanto mas, que yo pienso dexar presto esta vida ociosa en que estoy, pues no nació para ella. Un negocio se me ha ofrecido, que creo, que me ha de poner en desgracia de estos Señores. Pero aunque se me dà mucho, no se me dà nada, pues en fin, en fin tengo de cumplir antes con mi profesión, que con su gusto; conforme á lo que suele decirse: *Amicus Plato, sed magis amica veritas*; dígame este Latin, porque me doy á entender, que despues que eres Governador lo avrás aprendido. Y á Dios, el qual te guarde, de que ninguno tenga lastima,

Tu amigo

DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

Oyó Sancho la carta con mucha atencion, y fue celebrada, y tenida por discreta de los que la oyeron; y luego Sancho se levantó de la mesa, y llamando al Secretario, se encerró con él en su estancia, y sin dilatarlo mas, quiso responder luego á su Señor Don Quixote, y dixo al Secretario, que sin añadir, ni quitar cosa alguna fuese escribiendo lo que él le dixese, y así lo hizo: y la carta de la respuesta fue del tenor siguiente.

Carta

Carta de Sancho Pança, á Don Quixote de la Mancha.

LA ocupacion de mis negocios es tan grande, que no tengo lugar para rascarme la cabeça, ni aun para cortarme las uñas, y así las traygo tan crecidas, qual Dios lo remedie. Digo esto, Señor mio de mi alma, porque vuestra Merced no se espante, si hasta agora no he dado aviso de mi bien, ó mal estar en este Gobierno, en el qual tengo mas hambre, que quando andavamos los dos por las selvas, y por los despoblados.

Escriviome el Duque mi Señor el otro dia, dandome aviso, que avian entrado en esta Insula ciertas espías para matarme, y hasta agora yo no he descubierto otra, que un cierto Dotor, que está en este lugar asalariado, para matar á quantos Governadores aqui vinieren: llamale el Dotor Pedro Rezio, y es natural de Tirteafuera; porque vea vuestra Merced, que nombre, para no temer, que he de morir á sus manos. Este tal Dotor dize él mismo, de sí mismo, que él no cura las enfermedades quando las ay, sino que las previene para que no vengán: y las medicinas que usa, son dieta, y mas dieta, hasta poner la persona en los huesos mondos, como sino fuese mayor mal la flaqueza, que la calentura. Finalmente, el me va matando de hambre, y yo me voy muriendo de despecho: pues quando pensé venir á este Gobierno á comer caliente, y á beber frio, y á recrear el cuerpo entre sabanas de Olanda, sobre colchones de pluma, he venido á hazer penitencia, como si fuera Ermitaño, y como no la hago de mi voluntad, pienso, que al cabo al cabo; me ha de llevar el diablo.

Hafta

Hasta agora no he tocado derecho, ni llevado cohecho, y no puedo pensar en que va esto; porque aquí me han dicho, que los Gobernadores que à esta Insula suelen venir, antes de entrar en ella, ò les han dado, ò les han prestado los del pueblo muchos dineros, y que esta es ordinaria usança en los demas que van à Gobiernos, no solamente en este.

A noche andando de ronda, topè una muy hermosa donzella en traje de varon, y un hermano suyo en habito de muger: de la moça se enamorò mi Maestresala, y la escogió en su imaginacion para su muger, segun el ha dicho, y yo escogí el moço para mi yerno; oy los dos pondremos en platica nuestros pensamientos con el padre de entrambos, que es un tal Diego de la Llana, Hidalgo, y Christiano viejo quanto se quiere.

Yo visito las plaças, como vuestra Merced me lo aconseja, y ayer hallè una tendera, que vendia aves llanas nuevas, y averigüele, que avia mezclado con una hanega de avellanas nuevas, otra de viejas, varnas, y podridas: apliquelas todas para los niños de la doctrina, que las sabrian bien distinguir, y sentenciela, que por quinze dias no entrasse en la plaza; hanme dicho, que lo hize valerosamente, lo que se dezir à vuestra Merced, es, que es fama en este pueblo, que no ay gente mas mala que las plazeras; porque todas son desvergongadas, desalmadas, y atrevidas; y yo assi lo creo, por las que visito en otros pueblos.

De que mi Señora la Duquesa aya escrito à mi muger Teresa Pança, y embiadole el presente, que vuestra Merced dize, estoy muy satisfecho; y procurarè de mostrarme agradecido à su tiempo: besele vuestra Merced las manos de mi parte, dizen-

do, que digo yo, que no lo ha echado en saco roto, como lo verá por la obra. No querria que vuestra Merced tuviese travacuentas de disgusto con estos mis Señores, porque si vuestra Merced se enoja con ellos, claro està, que ha de redundar en mi daño, y no será bien, que pues se me dà à mi por consejo, que sea agradecido, que vuestra Merced no lo sea con quien tantas mercedes le tiene hechas, y con tanto regalo ha sido tratado en su castillo.

Aquello del gateado no entiendo, pero imagino que deve de ser alguna de las malas fechorias, que con vuestra Merced suelen usar los malos encantadores, yo lo sabrè quando nos veamos. Quisiera embiarle à vuestra Merced alguna cosa; pero no sè que embie, sino es algunos cañutos de geringas, que para con begigas los hazen en esta Insula muy curiosos, aunque si me dura el oficio, yo buscarè que embiar de haldas, ò de mangas. Si me escriviere mi muger Teresa Pança, pague vuestra Merced el porte, y embiame la carta, que tengo grandissimo deseo de saber del estado de mi casa, de mi muger, y de mis hijos. Y con esto Dios libre à vuestra Merced de mal intencionados encantadores; y à mi me saque con bien, y en paz deste Gobierno, que lo dudo, porque le piento dexar con la vida, segun me trata el Doctor Pedro Rezio.

Criado de vuestra Merced

SANCHO PANÇA,
el Governador.

Cerrò la carta el Secretario, y despachò luego al Correo, y juntandose los burladores de Sancho, dieron

dieron orden entre sí como despacharle del Gobierno; y aquella tarde la pasó Sancho en hazer algunas ordenanças tocantes al buen Gobierno de la que él imaginava ser Infula; y ordenò, que no huviesse regatones de los bastimientos en la Republica; y que no pudiesen meter en ella vino de las partes que quisiessen, con aditamento, que declarassen el lugar de donde era, para ponerle el precio segun su estimacion, bondad, y fama, y el que lo aguasse, ò le mudasse el nombre, perdiessse la vida por ello: moderò el precio de todo calgado, principalmente el de los zapatos, por parecerle que corria con exorbitancia. Puso tassa en los salarios de los criados que caminavan à rienda suelta por el camino del interesse. Puso gravíssimas penas à los que cantassen cantares lascivos, y descompuestos, ni de noche, ni de dia. Ordenò, que ningun ciego cantasse milagro en coplas, sino traxessse testimonio autentico de ser verdadero, por parecerle, que los mas que los ciegos cantan son fingidos, en perjuyzio de los verdaderos.

Hizo, y creò un Alguazil de pobres, no para que los persiguiesse, sino para que los examinasse, si lo eran, porque à la sombra de la manquedad fingida, y de la llaga falsa, andan los bravos ladrones, y la salud borracha. En resolución, el ordenò cosas tan buenas, que hasta oy se guardan en aquel lugar, y se nombran: Las constituciones del gran Governador Sancho Pança.

CAPITULO LII.

Donde se cuenta la aventura de la segunda Duena Delorida, ò Angustiada, llamada por otro nombre Doña Rodriguez.

Cuenta Cide Hamete, que estando Don Quixote ya sano de sus aruños, le pareció, que la vida, que en aquel castillo tenia, era contra toda la orden de Cavalleria que professava, y así determinò de pedir licencia à los Duques, para partirse à Zaragoza, cuyas Fiestas llegavan cerca, adonde pensava ganar el arnes, que en las tales Fiestas se conquista. Y estando un dia à la mesa con los Duques, y comengando à poner en obra su intencion, y pedir la licencia: veays aqui à deshora entrar por la puerta de la gran sala dos mugeres (como después pareció) cubiertas de luto de los pies à la cabeza, y la una dellas, llegando à Don Quixote, se le echò à los pies tendida de largo à largo, la boca cubierta con los pies de Don Quixote, y dava unos gemidos tan tristes, tan profundos, y tan dolorosos, que puso en confusion à todos los que la oyan, y miravan; y aunque los Duques pensaron que seria alguna burla que sus criados querian hazer à Don Quixote, todavia viendo con el ahinco que la muger suspirava, gemia, y llorava, los tuvo dudosos, y suspensos, hasta que Don Quixote, compassivo, la levantò del suelo, y hizo que se descubriessse, y quitasse el manto de sobre la faz llorosa: Ella lo hizo así, y mostrò ser (lo que jamas se pudiera pensar) porque descubrió el rostro de Doña Rodriguez, la Duena de casa, y la otra enlutada era su hija, la burlada del

hijo



hijo del labrador rico: admiraronse todos aquellos que la conocian, y mas los Duques que ningunos, que puesto que la tenian por boba, y de buena pasta, no por tanto, que viniesse à hazer locuras; finalmente Doña Rodriguez, bolviendose à los Señores, les dixo: Vuestras Excelencias sean servidos de darme licencia, que yo departa un poco con este Cavallero; porque assi conviene, para salir con bien del negocio en que me ha puesto el atrevimiento de un mal intencionado villano. El Duque dixo, que el se la dava, y que departiesse con el Señor Don Quixote quanto le viniesse en deseo. Ellas endereçando la voz, y el rostro à Don Quixote, dixo: Dias ha, valerolo Cavallero, que os tengo dada cuenta de la sinrazon, y alebofia, que un mal labrador tiene fea cha à mi muy querida, y amada hija, que es esta desdichada que aqui està presente, y vos me avedes prometido de bolver por ella, endereçandole el tuerto, que le tienen fecho; y agora ha llegado à mi noticia, que os quereys partir deste castillo, en busca de las buenas venturas que Dios os deparare; y assi querria, que antes que os escurriesdes por estos caminos, desafiassedes à este Rustico indomito, y le hiziesdes, que se casase con mi hija, en cumplimiento de la palabra que le diò de ser su esposo, antes, y primero que yogasse con ella: porque pensar que el Duque mi Señor me ha de hazer justicia, es pedir peras al olmo, por la ocasion que ya à vuestra Merced en puridad tengo declarada; y con esto nuestro Señor de à vuestra Merced mucha salud, y à nosotras no nos desampare. A cuyas razones respondió Don Quixote, con mucha gravedad, y prosopopeya: Buena Dueña, templad vuestras lagrimas, ò por mejor dezir, enjugadlas, y ahorrad

de vuestros suspiros, que yo tomo à mi cargo el remedio de vuestra hija, à la qual le huviera estado mejor no aver sido tan facil en creer promessas de enamorados, las quales por la mayor parte son ligeras de prometer, y muy pesadas de cumplir: y assi con licencia del Duque mi Señor yo me partiré luego en busca de esse desfalmado mancebo, y le hallaré, y le desafiaré, y le mataré cada y quando que se escusare de cumplir la prometida palabra, que el principal assumpto de mi profesion es perdonar à los humildes, y castigar à los sobervios; quiero dezir, acorrer à los miserables, y destruir à los rigurosos. No es menester, respondió el Duque, que vuestra Merced se ponga en trabajo de buscar al rustico, de quien esta buena Dueña se queixa; ni es menester tampoco que vuestra Merced me pida à mi licencia para desafiarle, que yo le doy por desafiado, y tomé à mi cargo de hazerle saber este desafio, y que le acerte, y venga à responder por si à este mi castillo, donde à entrambos daré campo seguro, guardando todas las condiciones que en tales actos suelen y deven guardarse, guardando ygualmente su justicia à cada una, como estan obligados à guardarla todos aquellos Principes, que dan campo franco à los que se combaten en los terminos de sus Señorios. Pues con esse seguro, y cõ buena licencia de vuestra grandeza, replicò Don Quixote, desde aqui digo, que por esta vez renuncio mi hidalguia, y me allano y ajusto con la llaneza del dañado, y me hago yguual con el, habilitandole para poder combatir conmigo: y assi, aunque ausente, le desafio y repto, en razon de que hizo mal en defraudar à esta pobre, que fue donzella, y yà por su culpa no lo es, y que le ha de cumplir la palabra que le diò de ser su legiti-

mo Esposo, ò morir en la demanda. Y luego des-
cangandose un guante, le arrojò en mitad de la sala;
y el Duque le algò, diziendo, que como ya avia
dicho, el acetava de tal desafio en nombre de su vas-
allo, y señalava el plazo de allí à feys dias, y el
campo en la plaza de aquel castillo, y las armas
acostumbradas de los Cavalleros, lança, y escudo,
y arnes trangado; con todas las demas piegas, sin en-
gaño, supercheria, ò supersticion alguna, exami-
nadas y vistas por los Juezes del campo: pero ante
todas cosas es menester que esta buena Dueña, y esta
mala Donzella pongan el derecho de su justicia en
manos del Señor Don Quixote, que de otra manera
no se hará nada, ni llegará à debida excecucion el tal
desafio. Yo si pongo, respondió la Dueña, y yo tam-
bien añadió la Hija, toda llorosa, toda vergonzosa, y
de mal talante. Tomado pues este apuntamiento, y
aviendo imaginado el Duque lo que avia de hazer en
el caso, las enlutadas se fueron; y ordenò la Duquesa,
que de allí adelante no las tratassen como à sus cria-
das, sino como à Señoras aventureras, que venian
à pedir justicia à su casa, y assi les dieron quarto
aparte, y las sirvieron como à forasteras, no sin es-
panto de las demas criadas, que no sabian en que
avia de parar la sandez y desemboltura de Doña Ro-
driguez, y de su mal andante Hija. Estando en esto
para acabar de regozijar la fiesta, y dar buen fin à la
comida, veys aqui donde entrò por la sala el page
que llevó las cartas y presentes à Teresa Pança; mu-
ger del Governador Sancho Pança, de cuya llega-
da recibieron gran contento los Duques deseosos
de saber lo que avia sucedido en su viage, y pregun-
tandose lo, respondió el Page, que no lo podia de-
zir tan en publico, ni con breves palabras, que sus
Excelen-

Excelencias fueren servidos de dexarlo para asolas,
y que entretanto se entretuviesen con aquellas car-
tas, y facando dos cartas, las puso en manos de la Du-
quesa, la una dezia en el sobre escrito: Carta para mi
Señora la Duquesa, tal, de no sè donde; y la otra: A
mi marido Sancho Pança, Governador de la Insula
Barataria, que Dios prospere mas años que à mi. No
se le cozia el pan, como suele dezirse; à la Duquesa
hasta leer su carta, y abriendola, y leydo para si, y
viendo que la podia leer en voz alta, para que el Du-
que, y los circunstantes la oyessen, leyò desta manera:

Carta de Teresa Pança à la Duquesa.

MUcho contento me diò, Señora mia, la carta
que vuestra grandeza me escribió, que en ver-
dad que la tenia bien deseada: la carta de corales es
muy buena, y el vestido de caga de mi marido no le
váy en gaga. De que vuestra Señoria aya hecho Go-
vernador à Sancho mi consorte, ha recebido mucho
gusto todo el lugar, puesto que no ay quien lo crea,
principalmente el Cura, y Maestre Nicolas el Barbe-
ro, y Sanlon Carrasco el Bachiller: pero à mi no se
me dà nada, que como ella sea assi, como lo es, di-
ga cada uno lo que quisiere; aunque si váy à dezir
verdad, à no venir los corales, y el vestido, tam-
poco yo lo creyera: porque en este pueblo todos
tienen à mi marido por un porro, y que sacado de go-
vernar un ható de cabras, no pueden imaginar para
que gobierno pueda ser bueno, Dios lo haga; y lo
encamine como vè que lo han menester sus hijos.
Yo Señora de mi alma, estoy determinada con licen-
cia de vuestra Merced, de meter este buen dia en mi
casa, yendome à la Corte à tenderme en un coche;

para quebrar los ojos à mil embidiosos que ya tengo. Y assi suplico à vuestra Excelencia, mande à mi marido me embie algun dinerillo, y que sea algo, que porque en la Corte son los gattos grandes, que el pan vale à real, y la carne la libra à treynta maravedis, que es un juyzio; y si quisiere que no vaya, que me lo avise con tiempo, porque me estàn bulliendo los pies por ponerme en camino, que me dizen mis amigas, y mis vezinas, que si yo, y mi hija andamos orondas y pompofas en la Corte, vendrà à ser conocido mi marido por mi, mas que yo por èl, siendo forçoso que pregunten muchos. Quien son estas Señoras deste coche? y un criado mio responder: La muger, y la hija de Sancho Pança, Governador de la Insula Barataria, y desta manera serà conocido Sancho, y yo serè estimada, y à Roma por todo.

Pesame quanto pesar me puede, que este año no se han cogido bellotas en este pueblo, con todo esso embio à vuestra Alteza hasta medio celemin, que una à una las fuy yo à coger, y à escoger al monte, y no las hallè mas mayores, yo quihiera que fueran como huevos de Abestruz.

No se le olvide à vuestra pompofidad de escribirme, que yo tendrè cuydado de la respuesta, avisando de mi salud, y de todo lo que huviere que avisar deste lugar, donde quedo rogando à nuestro Señor, guarde à vuestra grandeza, y à mi no olvide. Sancha mi hija, y mi hijo besan à vuestra Merced las manos.

*La que tiene mas deseo de ver à V.S.
que de escribirla, su Criada*

TERESA PANÇA.

Gran:

Grande fue el gusto que todos recibieron de oyr la carta de Teresa Pança, principalmente los Duques; y la Duquesa pidió parecer à Don Quixote, si seria bien abrir la carta que venia para el Governador, que imaginava devia de ser bonissima. Don Quixote dixo, que èl la abriria por darles gusto, y assi lo hizo, y viò que dezia desta manera:

*Carta de Teresa Pança à Sancho Pança
su marido.*

TU carta recibì, Sancho mio de mi alma, y yo te prometo y juro como Catolica Christiana, que no saltaron dos dedos para bolverme loca de contento, mira hermano quando yo lleguè à oyr, que eres Governador, me pensè alli caer muerta de puro gozo, que yà sabes tu que dizen, que assi mata la alegria subita, como el dolor grande. A Sanchica tu hija se le fueron las aguas sin sentirlo de puro contento: el vestido que me embiasse, tenia delante, y los corales que me embio mi Señora la Duquesa al cuello, y las cartas en las manos, y el portador dellas alli presente, y con todo esso creya, y pensava, que era todo sueño lo que veyà, y lo que tocava; por que quien podia pensar, que un pastor de cabras avia de venir à ser Governador de Insulas: yà sabes tu amigo, que dezia mi madre, que era menester de vivir mucho para ver mucho; digolo porque pienso ver mas, si vivo mas, porque no pienso parar hasta arrendador, ò alcavallero, que son officios, que aunque lleva el diablo à quien mal los usa, en fin, en fin siempre tienen y manejan dineros: mi Señora la Duquesa te dirà el deseo que tengo de ir à la Corte, mirate en ello, y avisame de tu gusto,

sto, que yo procurarè honrarte en ella, andando en coche.

El Cura, el Barbero, el Bachiller, y aun el Sacristan no pueden creer que eres Gobernador, y dicen, que todo es embeleco, ò cosas de encantamiento, como son todas las de Don Quixote tu amo, y dize Sancho, que ha de yr à buscarte, y à sacarte el Gobierno de la cabeza, y à Don Quixote la locura de los calcos, yo no hago sino reirme, y mirar mi farta, y dar traça del vestido que tengo de hazer del tuyo à nuestra hija: unas bellotas embiè à mi Señora la Duquesa, yo quisiera que fueran de oro: embiame tu algunas fartas de perlas, si se usan en esta Insula, las nuevas deste lugar son, que la Berrueca casò à su hija con un pintor de mala mano, que llegó à este pueblo à pintar lo que saliese, mandòle el Consejo pintar las armas de su Magestad sobre las puertas del Ayuntamiento, pidió dos ducados, dieronle los adelantados, trabajò ocho dias, al cabo de los cuales no pintò nada, y dixo, que no acertava à pintar tantas baratijas, bolviò el dinero, y con todo esto se casò à titulo de buen oficial: verdad es, que ya ha dexado el pincel, y tomado el agada, y và al campo como gentil hombre. El hijo de Pedro de Lobo se ha ordenado de grados y corona, con intencion de hazerse Clerigo, supolo Minguilla, la nieta de Mingo Silvato, y hale puestto demanda de que la tiene dada palabra de casamiento; malas lenguas quieren dezir, que ha estado en cinta del, pero èl lo niega à pies juntillas. Ogaño no ay azeytunas, ni se halla una gota de vinagre en todo este pueblo. Por aqui passò una compania de soldados, llevaronse de camino tres moças deste pueblo, no te quiero dezir quien son, quigà bolverán, y no faltará quien las tome por mugeres.

mugeres, con sus tachas buenas, ò malas. Sanchica haze puntas de randas, gana cada dia ocho maravillas horros, que los và echando en una alcancia para ayuda à su alvar: pero aora que es hija de un Gobernador tu le daras la dote, sin que ella lo trabaje: la fuente de la plaga se secò, un rayo cayò en la picota, y alli me las den todas. Espero respuesta desta, y la resolucion de mi yda à la Corte, y con esto Dios te me guarde mas años que à mi, ò tantos, porque no querria dexarte sin mi en este mundo.

Tu muger Teresa Pança.

Las cartas fueron solenizadas, reydas, estimadas, y admiradas, y para acabar de echar el sello llegó el correo el que traya la que Sancho embiava à Don Quixote, que asimismo se leyò publicamente, la qual puso en duda la sandez del Gobernador. Retiròse la Duquesa para saber del page lo que le avia sucedido en el lugar de Sancho, el qual le lo contò muy por estenso, sin dexar circunstancia que no reficiera: diòle las bellotas, y mas un queso que Teresa le diò por ser muy bueno, que se aventajava à los de Tronchon; recibiole la Duquesa con grandissimo gusto, con el qual la dexarèmos, por contar el fin que tuvo el Gobierno del gran Sancho Pança, flor, y espejo de todos los Insulanos Gobernadores.

LIBRO OCTAVO

Del Ingenioso Hidalgo

DON QUIXOTE
DE LA MANCHA.

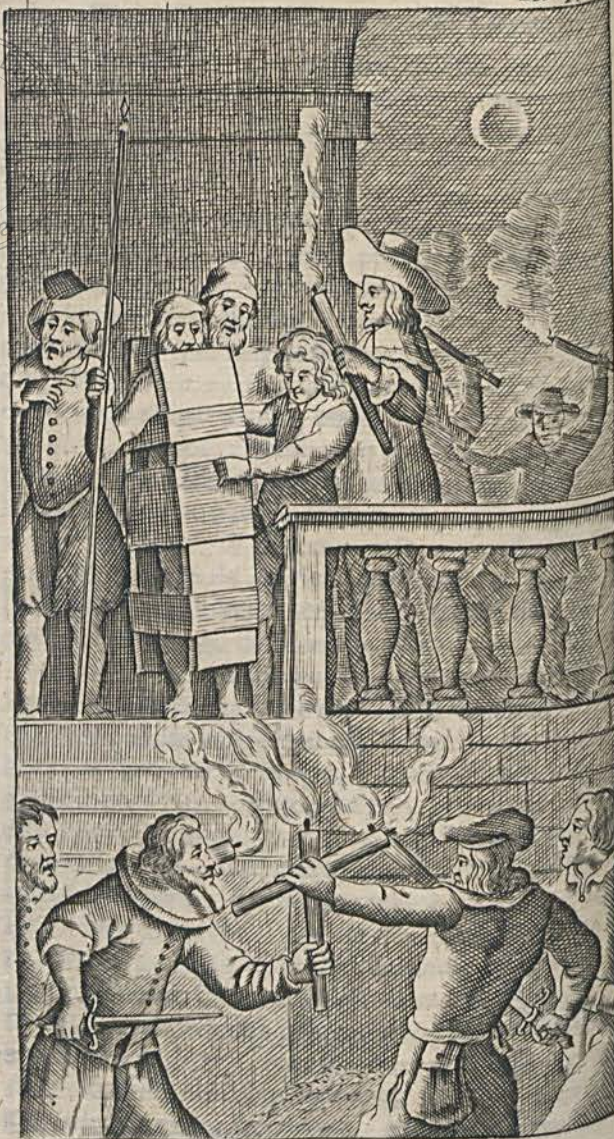
CAPITULO LIII.

*Del fatigado fin y remate, que tuvo el Gobierno
de Sancho Pança.*

Pensar que en esta vida las cosas della han de durar siempre en un estado, es pensar en lo escusado; antes parece que ella anda toda en redonda, digo à la redonda. La Primavera sigue al Verano, el Verano al Estio, el Estio al Otoño, y el Otoño al Invierno, y el Invierno à la Primavera, y así torna à andarse el tiempo con esta rueda continua: sola la vida humana corre à su fin ligera, mas que el tiempo, sin esperar renovarle, sino es en la otra, que no tiene terminos que la limiten. Esto dize Cide Hamete Filósofo Mahometico; porque esto de entender la ligereza è inestabilidad de la vida presente, y de la duracion de la eterna que se espera; muchos sin lumbre de Fè, sino con la luz natural lo han entendido: pero aqui nuestro Autor lo dize por la presteza,

steza con que se acabò, se consumió, se deshizo, se fue como en sombra y humo el Gobierno de Sancho, el qual estando la septima noche de los dias de su Gobierno en su cama, no harto de pan, ni de vino, sino de juzgar, y dar pareceres, y de hazer estatutos y pragmaticas, quando el sueño à despecho y pelar de la hambre le comengava à cerrar los parpados, oyò tan gran ruydo de campanas y de voces, que no parecia sino que toda la Insula se hundia: sentòse en la cama, y estuvo atento y escuchando por ver si dava en la cuenta de lo que podia ser la causa de tan grande alboroto: pero no solo no lo supo: pero añadiendose al ruydo de voces y campanas el de infinitas trómpetas y atambores, quedò mas confuso y lleno de temor y espanto, y levantandose en pie, se puso unas chinelas por la humedad del suelo, y sin ponerse sobreropa de levantar, ni cosa que se pareciese, saliò à la puerta de su aposento à tiempo quando viò venir por unos corredores mas de veynte personas con hachas encendidas en las manos, y con las espadas desenvaynadas, gritando todos à grandes voces: Arma, arma, Señor Governador, arma, que han entrado infinitos enemigos en la Insula, y somos perdidos, si vuestra industria y valor no nos socorre: con este ruydo, furia y alboroto llegaron donde Sancho estava atonito y embelesado de lo que oya y veyra, y quando llegaron à èl, uno le dixo: Armese luego Vuestra Señoría si no quiere perderse, y que toda esta Insula se pierda. Que me tengo de armar, respondiò Sancho, ni que sè yo de armas, ni de socorros: estas cosas mejor serà dexarlas para mi amo Don Quixote, que en dos paletas las despacharà, y pondrà en cobro; que yo pecador fuy à Dios, no se me entiende nada destas priessas. Ha Señor Governador;

nador, dixo otro, que relente es esse. Armese vuestra Merced, que aqui le traemos armas ofensivas y defensivas, y salga à esta plaza, y sea nuestra guya, y nuestro Capitan, pues de derecho le toca el serlo, siendo nuestro Governador. Armenme norabuena, replicò Sancho, y al momento le truxeron dos paveses, que venian proveydos dellos, y le pusieron encima de la camisa, sin dexarle tomar otro vestido, un paves delante, y otro detras, y por unas concavidades que trayan hechas, le sacaron los brazos, y le liaron muy bien con unos cordeles, de modo que quedò emparedado y entablado, derecho como un huso, sin poder doblar las rodillas, ni menearse un solo passo. Pusieronle en las manos una lança, à la qual se arrimò para poderse tener en pie. Quando assi le tuvieron, le dixerón, que caminasse, y los guyaasse, y animasse à todos, que siendo èl su norte, su lanterna y su luzero, tendrian buen fin sus negocios. Como tengo de caminar desventurado yo, respondió Sancho, que no puedo jugar las choqueque-
las de las rodillas; porque me lo impiden estas tablas, que tan cosidas tengo con mis carnes: lo que han de hazer es llevarme en brazos, y ponerme atravesado, ò en pie en algun postigo, que yo le guardarè, ò con esta lança, ò con mi cuerpo. Ande, Señor Governador, dixo otro, que mas el miedo que las tablas le impiden el passo. Acabe, y meneese, que es tarde, y los enemigos crecen, y las voces se aumentan, y el peligro carga, por cuyas persuasiones y vituperios probò el pobre Governador à moverse, y fue dar consigo en el suelo tan gran golpe, que pensò que se avia hecho pedaços, quedò como galapago, encerrado y cubierto con sus conchas, ò como medio tozino metido entre dos artesas, ò bien assi como bar-
ca



parte II.

PARTE SEGUNDA. LIBRO VIII. 473

ca que dà al traves en la arena, y no por verle caydo aquella gente burladora le tuvieran compassion alguna; antes apagando las antorchas tornaron à reforçar las voces, y à reiterar el alma, con tan gran priessa, passando por encima del pobre Sancho, dándole infinitas cuchilladas sobre los paveles, que si él no se recogiera y encogiera metiendo la cabeça entre los paveles, lo pasara muy mal el pobre Governador, el qual en aquella estrecheça recogido, sudava y trasudava, y de todo coraçon se encomendava à Dios, que de aquel peligro le facasse: unos tropezavan en él, otros cayan, y tal hubo que se puso encima un buen espacio, y desde alli, como desde atalaya, governava los exercitos, y à grandes voces dezia: Aquí de los nuestros, que por esta parte cargan mas los enemigos. Aquel portillo se guarde, aquella puerta se cierre, aquellas escalas se tranquen, vengan alcancias, pez y resina en calderal de azeyte ardiendo, tríncheense las calles con colchones. En fin él nombrava con todo ahinco todas las varatiñas, instrumentos, y pertrechos de guerra con que suele defenderse el asalto de una ciudad, y el molido Sancho que lo escuchava y sufria todo, dezia entre sí: O si mi Señor fuesse servido que se acabasse yá de perder esta Insula, y me viesse yo, ò muerto, ò fuera desta grande angustia! Oyò el cielo su peticion, y quando menos lo esperava, oyò voces que dezian: Vitoria, vitoria, los enemigos van de vencida; ea Señor Governador, levante V. Merced, y venga à gozar del vencimiento, y à repartir los despojos que le han tomado à los enemigos por el valor de esse invencible brago. Levantenme, dixo con voz doliente el dolorido Sancho. Ayudaronle à levantar y puesto en pie dixo; El enemigo que yo huviere vencido

do quiero que me le claven en la frente, yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar à algun amigo, si es que le tengo, que me de un trago de vino; que me seco, y me enjague este sudor, que me hago agua. Limpiaronle, truxeronle el vino, desliaronle los pavese, sentòse sobre su lecho, y desmayòse del temor del sobresalto, y del trabajo: yà les pesava à los de la burla de aversele hecho tan pesada; pero el aver buuelto en sí, Sancho les templò la pena que les avia dado su desmayo. Pregunto, que hora era, respondieronle, que yà amanecía. Callò, y sin dezir otra cosa començò à vestirse, todo sepultado en silencio, y todos le miravan, y esperavan en que avia de parar la priessa con que se vestia. Vestiose en fin, y poco à poco, porque estava molido, y no podia yr mucho à mucho, se fue à la cavalleriza, siguiendole todos los que alli se hallavan; y llegando al Ruzio, le abraçò, y le dio un beso de paz en la frente, y no sin lagrimas en los ojos le dixo: Venid vos acá compañero mio, y amigo mio, y conllevador de mis trabajos y miserias, quando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me davan los cuydados de remendar vuestros aparejos, y de sustentar vuestro cuerpeguelo, dichasas eran mis horas, mis dias, y mis años; pero despues que os dexè, y me subì sobre las torres de la ambicion, y de la sobervia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos, y quatro mil desasosiegos. Y en tanto que estas razones yva diziendo, yva assimesmo enalbardando el asno, sin que nadie nada le dixesse. Enalbardado pues el Ruzio, con gran pena y pesar subìò sobre el, y encaminando sus palabras y razones al Mayordomo, al Secretario,

tario, al Maestrelala, y à Pedro el Dotor, y à otros muchos que alli presentes estavan, dixo: Abrid camino, Señores mios, y dexadme bolver à mi antigua libertad; dexadme que vaya à buscar la vida passada, para que me refucite desta muerte presente; yo no nací para ser Governador, ni para defender Insulas, ni Ciudades de los enemigos, que quisieren acometerlas; mejor se me entiende à mi arar y cabar, podar, y ensarmentar las viñas, que de dar leyes, ni defender Provincias, ni Reynos: bien se està san Pedro en Roma, quiero dezir, que bien se està cada uno usando el oficio para que fue nacido, mejor me està à mi una hoz en la mano, que un cetro de Governador, mas quiero hartarme de gazpachos, que estar sugeto à la miseria de un Medico impertinente, que me mate de hambre; y mas quiero recostarme à la sombra de una encina en el Verano, y arroparme con un zamarro de dos pelos en el Invierno en mi libertad, que acostarme con la sujecion del Gobierno entre sabanas de Olanda, y vestirme de martas cebollinas, vuestras Mercedes se queden con Dios, y digan al Duque mi Señor, que desnudo nací, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano; quiero dezir, que sin blanca entrè en este Gobierno, y sin ella salgo, bien al revès de como suelen salir los Governadores de otras Insulas: y apartense, dexenme yr, que me voy à bizmar, que creo que tengo brumadas todas las costillas, merced à los enemigos, que esta noche se han pasicado sobre mi. No ha de ser assi, Señor Governador, dixo el Dotor Rezio, que yo le darè à V. Merced una bebida contra caydas y molimientos, que luego le vuelva en su pristina entereça y vigor. Y en lo de la comida yo pro-

prometo à vuestra Merced de enmendarme, dexándole comer abundantemente de todo aquello que quisiere. Tarde piache, respondió Sancho, assi dexaré de yrme como bolverme Turco. No son estas burlas para dos veces. Por Dios que assi me quede en este, ni admita otro Gobierno, aunque me le diessen entre dos platos, como volar al cielo sin alas. Yo soy del linage de los Pangas, que todos son testarudos, y si una vez dizen nones, nones han de ser, aunque sean pares, à pesar de todo el mundo. Quedense en esta cavalleriza las alas de la hormiga, que me le vantaron en el ayre, para que me comiessen vencesjos, y otros pajaros, y bolvamonos à andar por el suelo con pie llano, que si no le adornaren zapatos picados de cordovan, no le faltaran alpargatas toscas de cuerda, cada oveja con su pareja, y nadie tienda mas la pierna de quanto fuera larga la sabana, y dexenme passar que se me haze tarde. A lo que el Mayordomo dixo: Señor Governador, de muy buena gana dexaramos yr à vuestra Merced, puesto que nos pesará mucho de perderle, que su ingenio, y su Christiano proceder obligan à desearle: pero ya se sabe que todo Governador està obligado, antes que se ausente de la parte donde ha governado, dar primero residencia, de la vuestra Merced de los diez dias que ha que tiene el Gobierno, y vayase à la paz de Dios. Nadie me la puede pedir, respondió Sancho, fino es quien ordenare el Duque mi Señor, y voy à verme con el, y à el se la daré de molde, quanto mas que saliendo yo desnudo, como salgo, no es menester otra señal para dar à entender, que he governado como un Angel. Par Dios que tiene razon el gran Sancho, dixo el Dotor Rezio, y que soy de parecer que le dexemos yr; porque el Duque ha de

de gustar infinito de verle. Todos vinieron en ello, y le dexaron yr, ofreciendole primero compania, y todo aquello que quisiere para el regalo de su persona, y para la comodidad de su viage. Sancho dixo, que no queria mas de un poco de cebada para el Ruzio, y medio queso, y medio pan para el, que pues el camino era tan corto, no avia menester mayor, ni mejor reposteria. Abrazaronle todos, y el llorando abrazò à todos, y los dexo admirados, assi de sus razones, como de su determinacion tan resoluta, y tan discreta.

CAPITULO LIV.

Que trata de cosas tocantes à esta Historia, y no à otra alguna.

Resolvieronse el Duque y la Duquesa de que el desafio que Don Quixote hizo à su Vassallo por la causa ya referida passasse adelante, y puesto que el moço estava en Flandes, à donde avia ydo huyendo, por no tener por suegra à Doña Rodriguez: ordenaron de poner en su lugar à un lacayo Gascon, que se llamava Tosillos, industriándole primero muy bien de todo lo que avia de hazer. De alli à dos dias, dixo el Duque à Don Quixote, como desde alli à quatro vendria tu contrario, y se presentaria en el campo armado como Cavallero, y sustentaria como la Donzella mentia por mitad de la barba, y aun por toda la barba entera, si se afirmava que el le huviesse dado palabra de casamiento. Don Quixote recibió mucho gusto con las tales nuevas, y se prometió assimismo de hazer maravillas en el caso, y

tuvo à gran ventura aversele ofrecido ocaſiõ donde aquellos Señores pudieſſen ver hasta donde se eſtendia el valor de su poderoſo brazo, y aſſi con alborogo y contento eſperava los quatro dias que se le yvan haziendo à la cuenta de su deſeo quatrociento ſiglos. Dexemoſlos paſſar noſotros (como dexamos paſſar otras coſas) y vamos à acompañar à Sancho, que entre alegre y triſte venia caminando ſobre el Ruzio à buſcar à ſu Amo, cuya compaña le agradava mas que ſer Governador de todas las Inſulas del mundo. Sucedió pues, que no aviendole alongado mucho de la Inſula del ſu Gobierno (que èl nunca ſe puſo à averiguar, ſi era Inſula, Ciudad, Villa, ò lugar la que governava) vió que por el camino, por donde èl yva, venian ſeys peregrinos con ſus bordones, deſtos eſtrangeros que piden la limoſna cantando, los quales en llegando à èl ſe puſieron en ala, y levantando las voces todos juntos començaron à cantar en ſu lengua lo que Sancho no pudo entender, ſino fue una palabra, que claramente pronunciava limoſna, por donde entendió, que era limoſna lo que en ſu canto pedian; y como èl (ſegun dize Cide Hamete) era caritativo ademas, ſacó de ſus alforjas medio pan, y medio queſo, de que venia proveydo, y dioſelo, diziendoles por ſeñas, que no tenia otra coſa que darles; ellos lo recibieron de muy buena gana, y dixerõ: Guelte, guelte. No entendiendo, reſpondió Sancho, que es lo que me pedis, buena gente? Entonces uno dellos ſacó una bolta del ſeno, y moſtróſela à Sancho, por donde entendió, que le pedian dineros, y èl poniendole el dedo pulgar en la garganta, y eſtendiendo la mano arriba, le dió à entender, que no tenia oſtugo de moneda, y picando al Ruzio, rompió por ellos, y al paſſar, avien-

dole eſtado mirando uno dellos con mucha atencion, arremetiò à èl, echandole los brazos por la cintura en voz alta, y muy Caſtellana, dixo: Valame Dios, que es lo que veo, es poſſible que tengo en mis brazos al mi caro amigo, al mi buen vezino Sancho Pança! Si tengo ſin duda, porque yo ni duermo, ni eſtoy aora borracho. Admiróſe Sancho de verle nombrar por ſu nombre, y de verle abraçar del eſtrangero peregrino, y deſpues de averle eſtado mirando, ſin hablar palabra, con mucha atencion nunca pudo conocerle: pero viendole ſu ſuſpenſion, el peregrino le dixo: Como, y es poſſible Sancho Pança hermano, que no conoces à tu vezino Ricote el Morisco tendero de tu lugar? Entonces Sancho le miró con mas atencion, y començó à reſfigurarle, y finalmente le vino à conocer de todo punto, y ſin apearse del jumento, le echó los brazos al cuello, y le dixo: Quien diablos te avia de conocer Ricote en eſte traje de moharracho, que traes? dime quien te ha hecho Franchote, y como tienes atrevimiento de bolver à Eſpaña, donde ſi te cogen y conocen tendras harta mala ventura? Si tu nõ me deſcubres, Sancho, reſpondió el peregrino, ſeguro eſtoy, que en eſte traje no avra nadie que me conozca, y apartemonos del camino à aquella alameda que alli parece, donde quieren comer, y repoſar mis compañeros, y alli comeras con ellos, que ſon muy apacible gente, yo tendrè lugar de contarte lo que me ha ſucedido, deſpues que me partí de nueſtro lugar, por obedecer el vando de ſu Mageſtad, que con tanto rigor à los deſdichados de mi nacion amenaçava, ſegun oyſte. Hizolo aſſi Sancho, y hablando Ricote à los demas peregrinos, ſe apartaron à la alameda que ſe parecia, bien deſviados del camino Real.

Arrojaron los bordones, quitaronse las muzetas, ò esclavinas, y quedaron en pelota; y todos ellos eran moços, y muy gentiles hombres; excepto Ricote, que yà era hombre entrado en años: todos trayan alforjas, y todas, segun pareció, venian bien proveydas, alomenos de cosas incitativas; y que llaman à la sed de dos leguas. Tendieronse en el suelo, y haziendo manteles de las yervas, pusieron sobre ellas pan, sal, cuchillos, nuezes, rajas de queso, huesos mondos de jamon, que si no se dexavan mascar, no defendian ser chupados. Pusieron assimismo un manjar negro, que dizen que se llama cabial, y es hecho de huevos de pescados, gran despertador de la colambre: no faltaron azeytunas, aunque secas, y sin adobo alguno, pero sabrosas y entretenidas: pero lo que mas campeò en el campo de aquel banquete, fueron seys botas de vino, que cada uno sacò la suya de su alforja, hasta el buen Ricote, que se avia transformado de Morisco en Alemàn, ò en Tudesco, sacò la suya, que en grandeza podia competir con las cinco. Començaron à comer con grandissimo gùsto, y muy de espacio, saboreando se con cada bocado, que le tomavan con la punta del cuchillo, y muy poquito de cada cosa, y luego al punto todos à una levantaron los brazos, y las votas en el ayre, puestas las bocas en su boca, clavados los ojos en el cielo, no parecia sino que ponian en el la punteria, y desta manera meneando las cabeças à un lado y à otro, señales que acreditavan el gùsto que recebian, se estuvieron un buen espacio, trassegando en sus estomagos las entrañas de las vasijas. Todo lo mirava Sancho, y de ninguna cosa se dolia, antes por cumplir con el refran que el muy bien sabia, de quando à Roma fueres haz como vieres, pidió à Ricote la

vota, y tomò su punteria como los demas, y no con menos gùsto que ellos, quatro vezes dieron lugar las votas para ser empinadas: pero la quinta no fue possible, porque yà estavan mas enjutas y secas que un esparto, cosa que puso mustia la alegria que hasta alli avian mostrado: de quando en quando juntava alguno su mano derecha con la de Sancho, y dezia: Español y Tudesqui tuto uno bon compañero, y Sancho respondia: Bon compañero jura Di, y disparava con una risa que le durava un hora, sin acordarse entonces de nada de lo que le avia sucedido en su Gobierno: porque sobre el rato y tiempo quando se come y beve poca jurisdiccion suelen tener los cuydados. Finalmente el acabarse el vino fue principio de un sueño que diò à todos, quedandose dormidos sobre las mismas mesas y manteles; solos Ricote y Sancho quedaron alerta, porque avian comido mas, y bevido menos, y apartando Ricote à Sancho, se sentaron al pie de una haya, dexando à los peregrinos sepultados en dulce sueño, y Ricote sin tropezar nada en su lengua Morisca, en la pura Castellana le dixo las siguientes razones:

Bien sabes, ò Sancho Pança, vezino y amigo mio, como el pregon y vando que su Magestad mandò publicar contra los de mi nacion, puso terror y espanto en todos nosotros, à lo menos en mi le puso de suerte, que me parece que antes del tiempo que se nos concedia, para que hiziessemos ausencia de España, yà tenia el rigor de la pena executado en mi persona, y en la de mis hijos. Ordenè pues, à mi parecer como prudente (bien assi como el que sabe que para tal tiempo le han de quitar la casa donde vive, y se provee de otra donde mudarse) ordenè, digo, de salir yo solo sin mi familia de mi pueblo,

y ir á buscar donde llevarla con comodidad, y fin la priessa con que los demas salieron: porque bien vi, y vieron todos nuestros ancianos, que aquellos pregones no eran solo amenazas, como algunos dezian, sino verdaderas leyes que se avian de poner en execucion á su determinado tiempo, y forçavame á creer esta verdad saber yo los ruynes y disparatados intentos que los nuestros tenian, y tales, que me parece que fue inspiracion divina la que movió á su Magestad á poner en efecto tan gallarda resolucion, no porque todos fuésemos culpados, que algunos avia Christianos firmes y verdaderos: pero eran tan pocos, que no se podian oponer á los que no lo eran, y no era bien criar la sierpe en el seno, teniendo los enemigos dentro de casa. Finalmente con justa razon fuymos castigados con la pena del destierro, blanda y suave al parecer de algunos: pero al nuestro la mas terrible que se nos podia dar: do quierá que estamos, lloramos por España, que en fin nacimos en ella, y es nuestra patria natural, en ninguna parte hallamos el acogimiento que nuestra desventura desea, y en Berberia, y en todas las partes de Africa, donde esperavamos ser recebidos, acogidos y regalados, alli es donde mas nos ofenden y maltratan, no hemos conocido el bien hasta que le hemos perdido, y es el deseo tan grande, que casi todos tenemos de bolver á España, que los mas de aquellos (y son muchos) que saben la lengua como yo, se buelven á ella, y dexan allá sus mugeres y sus hijos desamparados, tanto es el amor que la tienen, y agora conozco y experimento lo que suele decirse, que es dulce el amor de la patria. Salí, como digo, de nuestro pueblo, entré en Francia, y aunque alli nos hazian buen acogimiento, quise verlo

verlo todo: pasé á Italia, y llegué á Alemania, y allá me pareció que se podia vivir con mas libertad, porque sus habitadores no miran en muchas delicadezas, cada uno vive como quiere, porque en la mayor parte della se vive con libertad de conciencia. Dexé tomada casa en un pueblo junto á Augusta, juntame con estos peregrinos, que tienen por costumbre de venir á España, muchos dellos cada año á visitar los Santuarios della, que los tienen por sus Indias, y por certissima grangeria, y conocida ganancia, andanla casi toda, y no ay pueblo ninguno de donde no salgan comidos y bevidos, como suele decirse, y con un real por lo menos en dinero, y al cabo de su viage salen con mas de cien escudos de sobra, que trocados en oro, ó ya en el hueco de los bordones, ó entre los remiendos de las esclavinas, ó con la industria que ellos pueden, los sacan del Reyno, y los pasan á sus tierras á pesar de las guardas de los puestos y puertos donde se registran. Ahora es mi intencion Sancho sacar el tesoro que dexé enterrado, que por estar fuera del pueblo lo podré hazer sin peligro, y escribir, ó passar desde Valencia á mi hija, y á mi muger, que sé que está en Argel, y dar traga como traerlas á algun puerto de Francia, y desde alli llevarlas á Alemania, donde esperarémos lo que Dios quisiere hazer de nosotros. Que en resolucion Sancho yo sé cierto que la Ricota mi hija, y Francisca Ricote mi muger son Catolicas Christianas, y aunque yo no lo soy tanto, todavia tengo mas de Christiano, que de Moro, y ruego siempre á Dios me abra los ojos del entendimiento, y me dé á conocer como le tengo de servir. Y lo que me tiene admirado, es no saber, porque se fue mi muger y mi hija antes á Berberia, que á Francia, á donde



podia vivir como Christiana. A lo que respondió Sancho: Mira Ricote, esso no devió de estar en su mano, porque las llevó Juan Tiopieyo el hermano de tu muger, y como deve de ser fino Moro, fuele à lo mas bien parado, y sète dezir otra cosa, que creo, que vas en valde à buscar lo que dexaste enterrado, porque tuvimos nuevas que avian quitado à tu cuñado y tu muger muchas perlas, y mucho dinero en oro que llevaban por registrar. Bien puede ser esso, replicò Ricote; pero yo sè Sancho que no tocaron à mi entierro, porque yo no les descubí donde estava, temeroso de algun desman: y assi si tu Sancho quieres venir conmigo, y ayudarme à sacarlo, y à encubrirlo, yo te darè docientos escudos, con que podràs remediar tus neccesidades, que ya sabes que sè yo que las tienes muchas. Yo lo hiziera, respondió Sancho: pero no soy nada codicioso, que à serlo, un oficio dexè yo esta mañana de las manos, donde pudiera hazer las paredes de mi casa de oro, y comer antes de seys meses en platos de plata: y assi por esso, como por parecerme haria traycion à mi Rey en dar favor à sus enemigos, no fuera contigo si como me prometes docientos escudos, me dieras aqui de contado quatrocientos. Y que oficio es el que has dexado Sancho? preguntò Ricote. He dexado de ser Governador de una Insula, respondió Sancho, y tal, que à buena fè que no hallen otra como ella à tres tirones. Y donde està esta Insula? preguntò Ricote. A donde? respondió Sancho, dos leguas de aqui, y se llama la Insula Barataria. Calla Sancho, dixo Ricote, que las Insulas estan allà dentro de la mar, que no ay Insulas en la tierra firme. Como no, replicò Sancho, digote Ricote amigo, que esta mañana me partí della, y ayer estuve en ella

ella gobernando à mi placer como un sagitario; pero con todo esso la he dexado, por parecerme oficio peligroso el de los Governadores. Y que has ganado en el Gobierno, preguntò Ricote? He ganado, respondió Sancho, el aver conocido que no soy bueno para gobernar, sino es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en los tales Gobiernos, son à costa de perder el descanso, y el sueño, y aun el sustento, porque en las Insulas deven de comer poco los Governadores, especialmente si tienen medicos que miren por su salud. Yo no te entiendo Sancho, dixo Ricote, pero pareceme que todo lo que dizes es disparate, que quien te avia de dar à ti Insulas que governasses, faltavan hombres en el mundo mas habiles para Governadores que tu eres? Calla Sancho, y buelve en ti, y mira si quieres venir conmigo, como te he dicho, à ayudarme à sacar el tesoro que dexè escondido, que en verdad que es tanto, que se puede llamar tesoro, y te darè con que vivas, como te he dicho. Ya te he dicho Ricote, replicò Sancho, que no quiero, contentate, que por mi no seràs descubierta, y prosigue en buena hora tu camino, y dexame seguir el mio, que yo sè, que lo bien ganado se pierde, y lo malo ello y su Dueño. No quiero porfiar Sancho, dixo Ricote; pero dime hallastete en nuestro lugar, quando se partiò del mi muger, mi hija, y mi cuñado? Si hallè, respondió Sancho, y sè te dezir, que saliò tu hija tan hermosa, que salieron à verla quantos avia en el pueblo, y todos dezian, que era la mas bella criatura del mundo: y va llorando, y abraçava à todas sus amigas, y conocidas, y à quantos llegavan à verla, y à todos pedia la encomendassen à Dios, y à nuestra Señora su madre: y esto con tanto sentimiento, que à mi

me hizo llorar, que no suelo ser muy lloron: y à sêe que muchos tuvieron deseo de esconderla, y salir à quitársela en el camino; pero el miedo de yr contra el mandado del Rey los detuvo, principalmente se mostro mas apassionado Don Pedro Gregorio, aquel mancebo mayorazgo rico, que tu conoces, que dicen que la queria mucho, y despues que ella se partio, nunca mas el ha parecido en nuestro lugar, y todos pensamos que yva tras ella para robarla: pero hasta agora no se ha sabido nada. Siempre tuve yo mala sospecha, dixo Ricote, de que esse Cavallero adamava à mi hija: pero fiado en el valor de mi Ricota, nunca me diò pesadumbre el saber que la querria bien, que ya avrás oydo dezir Sancho, que las Moriscas, pocas, ò ninguna vez se mezclaron por amores con Christianos viejos, y mi hija, que à lo que yo creo; atendia à ser mas Christiana, que enamorada, no se curaria de las solicitudes de esse Señor mayorazgo. Dios lo haga, replicò Sancho, que à entrambos les estaria mal, y dexame partir de aqui Ricote amigo, que quiero llegar esta noche adonde està mi Señor Don Quixote. Dios vaya contigo, Sancho hermano, que ya mis compañeros se rebusan, y tambien es hora que profigamos nuestro camino, y luego se abrazaron los dos, y Sancho subió en su Ruzio, y Ricote se arrimò à su bordon, y se apartaron.

CAPITULO LV.

De cosas sucedidas à Sancho en el camino, y otras, que no ay mas que ver.

EL averse detenido Sancho con Ricote, no le diò lugar à que aquel dia llegasse al castillo del Duque, puesto que llegò media legua del, donde le tomo la noche algo escura, y cerrada; pero como era Verano no le diò mucha pesadumbre, y assi se apartò del camino, con intencion de esperar la mañana, y quiso su corta, y desventurada suerte, que buscando lugar donde mejor acomodarle, cayeron el, y el Ruzio en una honda, y escuissima sima, que entre unos edificios muy antiguos estava; y al tiempo del caer se encomendò à Dios de todo coraçon, pensando, que no avia de parar hasta el profundo de los abismos: y no fue assi, porque à poco mas de tres estados diò fondo el Ruzio, y el se hallò encima del, sin aver recebido lesion, ni daño alguno, Tentòse todo el cuerpo, y recogió el aliento, por ver si estava sano, ò agujerado por alguna parte: y viendose bueno, entero, y Catolico de salud, no se hartava de dar gracias à Dios nuestro Señor de la merced que le avia hecho, porque sin duda pensò, que estava hecho mil pedaços: tentò assimismo con las manos por las paredes de la sima, por ver, si seria possible salir della sin ayuda de nadie; pero todas las hallò rasas, y sin asidero alguno, de lo que Sancho se congojó mucho, especialmente quando oyò, que el Ruzio se quexava tierna, y dolorosamente, y no era mucho, ni se lamentava de vicio, que à la verdad no estava muy bien

bien parado. Ay, dixo entonces Sancho Pança, y quan no pensados successos fueren suceder à cada passo à los que viven en este miserable mundo: quien dixera, que el que ayer se viò entronizado Gobernador de una Insula, mandando à sus sirvientes, y à sus Vasallos, oy se avia de ver sepultado en una sima, sin aver persona alguna que le remedie, ni criado, ni Vasallo que acuda a su socorro. Aqui avremos de perecer de hambre yo, y mi jumento, si ya no nos morimos antes, èl de molido y quebrantado, y yo de pesaroso, alomenos no serè yo tan venturoso como lo fue mi Señor Don Quixote de la Mancha, quando descendió y baxò à la cueva de aquel encantado Montesinos, donde hallò quien le regalasse mejor que en su casa, que no parece, sino que se fue à mesa puesta, y à cama hecha: alli viò èl visiones hermosas, y apazibles, y yo verè aqui, à lo que creo, sapos, y culebras: desdichado de mi, y en que han parado mis locuras, y fantasias, de aqui sacarán mis huesos (quando el ciclo sea servido, que me descubran) mundos, blancos, y raydos, y los de mi buen Ruzio con ellos, por donde quicà se echarà de ver, quien somos, alomenos, de los que tuvieren noticia, que nunca Sancho Pança se apartò de su asno, ni su asno de Sancho Pança. Otra vez digo, miserables de nosotros! que no ha querido nuestra corta suerte, que murièsemos en nuestra Patria, y entre los nuestros, donde ya que no hallara remedio nuestra desgracia, no faltara quien dellos se doliera, y en la hora ultima de nuestro passamiento nos cerrara los ojos.

O compañero, y amigo mio! que mal pago te he dado de tus buenos servicios, perdoname, y pide à la fortuna, en el mejor modo que supieres, que nos

nos saque deste miserable trabajo, en que estamos puestos los dos, que yo prometo de ponerte una corona de laurel en la cabeza, que no parezcas sino un laureado Poëta, y de darte los pienso doblados. Desta manera se lamentava Sancho Pança, y su jumento le escuchava sin responderle palabra alguna: tal era el aprieto, y angustia en que el pobre se hallava. Finalmente aviendo pasado toda aquella noche en miserables quejas y lamentaciones, vino el dia, con cuya claridad y resplandor viò Sancho, que era imposible de toda imposibilidad salir de aquel pozo, sin ser ayudado, y comenzó à lamentarse, y dar voces, por ver si alguno le oia; pero todas sus voces eran dadas en desierto, pues por todos aquellos contornos no avia persona, que pudiesse escucharle, y entonces se acubò de dar por muerto; estava el Ruzio boca arriba, y Sancho Pança le comodò, de modo que le puso en pie, que apenas se podia tener, y sacando de las alforjas, que tambien avian corrido la mesma fortuna de la cayda, un pedazo de pan lo diò à su jumento, que no le supò mal, y dixole Sancho, como si lo entendiera, todos los duelos con pan son buenos. En esto descubrió à un lado de la sima un agujero, capaz de caber por el una persona, si se agoviava, y encogia, acudiò à èl Sancho Pança, y agachandose se entrò por èl, y viò que por dentro era espacioso, y largo, y pudolo ver; por que por lo que se podia llamar techo, entrava un rayo del Sol, que lo descubria todo: viò tambien que se dilatava, y alargava por otra concavidad espaciosa; viendo lo qual, bolviò à salir adonde estava el jumento, y con una piedra comenzó à desmontar la tierra del agujero, de modo que en poco espacio

pacio hizo lugar, donde con facilidad pudiesse entrar el asno, como lo hizo, y cogiendole del cabestro, començo à caminar por aquella gruta adelante, por ver si hallava alguna salida por otra parte, à vezes yva à oscuras, y à vezes sin luz: pero ninguna vez sin miedo. Valame Dios todo poderoso, dezia entre si, esta, que para mi es de ventura, mejor fuera para aventura de mi amo Don Quixote, el si que tuviera estas profundidades, y mazmorras por jardines floridos, y por palacios de Galiana, y esperara salir de esta oscuridad, y estrechez à algun florido prado: pero yo sin ventura, salto de consejo, y menoscabado de animo à cada passo, pienso, que debaxo de los pies, de improviso se ha de abrir otra sima mas profunda, que la otra, que acabe de tragarme: bien vengas mal, si vienes tolo. Desta manera, y con estos pensamientos le pareció, que avria caminado poco mas de media legua, al cabo de la qual descubrió una confusa claridad, que pareció ser ya de dia, y que por alguna parte entrava, que dava indicio de tener fin abierto aquel para el camino de la otra vida. Aqui le dexa Cide Hamete Benengeli, y buelve à tratar de Don Quixote, que alboragado, y contento esperaba el plaço de la batalla, que avia de hazer con el robador de la honra de la hija de Don Rodriguez, à quien pensava endereçar el tuerto, y desaguísado, que malamente le tenían fecho. Sucedió pues, que saliendo una mañana à imponerse, y ensayarle en lo que avia de hazer en el trance, en que otro dia pensava verse, dando un repelón, ó arremetida à Rozinante, llegó à poner los pies tan junto à una cueva, que à no tirarle fuertemente las riendas, fuera imposible no caer en

en ella. En fin le detuvo, y no cayó, y llegando algo mas cerca, sin apearse mirò aquella hondura, y estandola mirando, oyò grandes voces dentro, y escuchando atentamente pudo perceber, y entender, que el que las dava, dezia: ha de arriba, ay algun Christiano que me escuche! ó algun Cavallero caritativo, que se duela de un pecador enterado en vida, à un desdichado desgobernado Gobernador? Parecióle à Don Quixote, que oya la voz de Sancho Pança, de que quedó suspenso y asombrado; y levantando la voz todo lo que pudo, dixo: Quien està allà baxo, quien se queixa? Quien puede estar aqui, ó quien se ha de quejar, respondieron, sino el asfendereado de Sancho Pança, Gobernador por sus pecados, y por su mala andanza de la Insula Barataria, Escudero que fue del famoso Cavallero Don Quixote de la Mancha. Oyendo lo qual Don Quixote se le doblò la admiracion, y se le acrecentò el pasmo, viniendosele al pensamiento, que Sancho Pança devia de ser muerto, y que estava alli penando su alma; y llevado desta imaginacion, dixo: Conjurote por todo aquello que puedo conjurarte, como Catolico Christiano, que me digas quien eres, y si eres alma en pena, dime que quieres que haga por ti, que pues es mi profesion favorecer, y acorrer à los necessitados deste mundo, tambien lo serè para acorrer, y ayudar à los menesterosos del otro mundo, que no pueden ayudarse por si propios. Desta manera, respondieron, vuestra Merced que me habla, deve de ser mi Señor Don Quixote de la Mancha, y aun en el organo de la voz no es otro sin duda. Don Quixote foy, replicò Don Quixote, el que professò socorrer, y ayudar en sus necessidades à los vivos, y à los



los muertos. Por esso dime quien eres, que me tienes atonito; porque si eres mi Escudero Sancho Pança, y te has muerto, como no te ayani llevado los diablos, y por la misericordia de Dios estès en el Purgatorio, sufragios tiene nuestra santa Madre la Yglesia Catolica Romana, bastantes à facarte de las penas en que estàs, y yo que lo solicitarè con ella por mi parte con quanto mi hazienda alcançare por esso acaba de declararte, y dime quien eres. Voto à tal, respondieron, y por el nacimiento de quien vuestra Merced quisiere, juro, Señor Don Quixote de la Mancha, que yo soy su Escudero Sancho Pança, y que nunca me he muerto en todos los dias de mi vida, sino que aviendo dexado mi Gobierno por cosas, y causas, que es menester mas espacio para dezirlas: à noche caí en esta sima, donde yago, el Ruzio conmigo, que no me dexará mentir; pues por mas señas está aqui conmigo: y ay mas, que no parece, sino que el jumento entendió lo que Sancho dixo, porque al momento comenzó à rebuznar tan rezío, que toda la cueva retumbava. Famoso testigo, dixo Don Quixote, el rebuzno conozco, como si le pariera, y tu voz oygo Sancho mio, esperame, yrè al castillo del Duque, que está aqui cerca, y traerè quien te saque desta sima, donde tus pecados te deven de aver puesto. Vaya vuestra Merced, dixo Sancho, y buelva presto por un solo Dios, que ya no lo puedo llevar, el estar aqui sepultado en vida, y me estoy muriendo de miedo. Dexòle Don Quixote, y fue al castillo à contar à los Duques el suceso de Sancho Pança, de que no poco se maravillaron, aunque bien entendieron que devia de aver caydo por la correspondencia de aquella gruta, que de tiempos in-

memor-

memoriales estava alli hecha; pero no podian pensar como avia dexado el Gobierno, sin tener ellos aviso de su venida. Finalmente, como dicen, llevaron sogas, y moramos, y à costa de mucha gente, y de mucho trabajo sacaron al Ruzio, y à Sancho Pança de aquellas tinieblas à la luz del Sol; viòle un Estudiante, y dixo: Desta manera avian de salir de sus Gobiernos todos los malos Governadores como sale este pecador del profundo del abismo, muerto de hambre, descolorido, y sin blanca à lo que yo creo. Oyòlo Sancho, y dixo: Ocho dias, ò diez ha, hermano murmurador, que entrè à gobernar la Isla, que me dieron, en los quales no me vi harto de pan si quiera un hora; en ellos me han perseguido Medicos, y enemigos me han brumado los huesos, ni he tenido lugar de hazer cohechos, ni de cobrar derechos: y siendo esto assi, como lo es, no merecia yo, à mi parecer, salir desta manera: pero el hombre pone, y Dios dispone, y Dios sabe lo mejor, y lo que le está bien à cada uno, y qual el tiempo, tal el tiento, y nadie diga desta agua no beberè, que adonde se piensa que ay tozinos, no ay estacas, y Dios me entiende, y basta; y no digo mas, aunque pudiera. No te enojés Sancho, ni recibas pesadumbre de lo que oyeres, que serà nunca acabar, ven tu con seguridad conciencia, y digan lo que dixerén, y es querer atar las lenguas de los maldizientes, lo mesmo que querer poner puertas al campo. Si el Governador sale rico de su Gobierno, dicen del, que ha sido un ladrón; y si sale pobre, que ha sido un para poco, y mentecato. A buen seguro, respondió Sancho, que por esta vez antes me han de tener por tonto, que por ladrón. En estas pláticas llegaron rodeados de muchachos, y de otra mucha gente al castillo, adon-

adonde en unos corredores estavan ya el Duque, y la Duquesa esperando à Don Quixote, y à Sancho, el qual no quiso subir à ver al Duque, sin que primero no huviesse acomodado al Ruzio en la cavaleriza, porque dezia que avia pasado muy mala noche en la posada, y luego subió à ver à sus Señores, ante los quales puesto de rodillas, dixo: Yo Señores, porque lo quiso assi vuestra Grandeza, sin ningun merecimiento mio fuy à gobernar vuestra Insula Barataria, en la qual entrè desnudo, y desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano: si he gobernado bien, ó mal, testigos he tenido delante, que dirán lo que quisieren: he declarado dudas, sentenciado pleytos, y siempre muerto de hambre, por averlo querido assi el Doctor Pedro Ruzio, natural de Tirtara, fuera, Medico Insulano, y Governadorefco: acometieronnos enemigos de noche, y aviendonos puesto en grande aprieto, dicen los de la Insula, que salieron libres y con victoria por el valor de mi brazo, que tal salud les dè Dios como ellos dicen verdad. En resolucion en este tiempo yo he tanteado las cargas que trae consigo, y las obligaciones el gobernar, y he hallado por mi cuenta, que no las podrán llevar mis ombros, ni son peso de mis costillas, ni flechas de mi aljava, y ansi antes que diessé conmigo al traves el Gobierno, he querido yo dar con el Gobierno al traves, y ayer de mañana dexè la Insula como la hallè, con las mismas calles, casas, y texados que tenia quando entrè en ella. No he pedido prestado à nadie, ni metidome en grangerias, y aunque pensava hazer algunas ordenanças provechosas: no hize ninguna, temeroso que no se avian de guardar, que es lo mesmo hazerlas, que no hazerlas. Salí, como digo, de la Insula, sin otro acompañamiento

que èl de mi Ruzio, caí en una lima, vineme por ella adelante, hasta que esta mañana con la luz del Sol vi la salida: pero no tan facil, que à no de pararme el cielo a mi Señor Don Quixote, alli me quedara hasta la fin del mundo. Assi que mis Señores Duque, y Duquesa, aqui esta vuestro Governador Sancho Pança, que ha grangeado en solos diez dias que ha tenido el Gobierno, à conocer que no se le ha de dar nada por ser Governador, no que de una Insula, sino de todo el mundo: y con este presupuesto besando à vuestras Mercedes los pies, imitando al juego de los muchachos, que dicen saltatu, y damela tu, doy un salto del Gobierno, y me passò al servicio de mi Señor Don Quixote, que en fin en èl, aunque como el pan con tobrefalto, hartome alomenos, y para mi como yo estè harto, èllo me haze que sea de ganahorias, que de perdizes. Con esto diò fin à su larga platica Sancho, temiendo siempre Don Quixote, que avia de dezir en ella millares de disparates, y quando le viò acabar con tan pocos, diò en su coraçon gracias al cielo, y el Duque abrazò à Sancho, y le dixo, que le pesava en el alma de que huviesse dexado tan presto el Gobierno: pero que èl haria de fuerte que le diessè en su Estado otro officio de menos cargo, y de mas provecho: abrazòle la Duquesa assimismo, y mando, que le regalassen, porque dava señales de venir mal molido, y peor parado.

CAPITULO LVI.

De la descomunal y nunca vista batalla, que pasó entre Don Quixote de la Mancha, y el Lacayo Tosilos en la defensa de la hija de la Dueña Rodriguez.

NO quedaron arrepentidos los Duques de la burla hecha à Sancho Pança, del Gobierno que le dieron, y mas que aquel mismo dia vino su mayordomo, y les conto punto por punto todas casi las palabras y acciones que Sancho avia dicho, y hecho en aquellos dias: y finalmente les encareció el asalto de la Infula, y el miedo de Sancho, y su salida, de que no pequeño gusto recibieron. Despues desto cuenta la historia, que se llegó el dia de la batalla aplaçada, y aviendo el Duque una, y muy muchas vezes advertido à su lacayo Tosilos como se avia de avenir con Don Quixote, para vencerle sin matarle, ni herirle, ordenò, que se quitassen los hierros à las lanças, diziendo à Don Quixote, que no permitia la Christiandad de que el se preciava, que aquella batalla fuesse con tanto riesgo y peligro de las vidas, y que se contentasse con que le dava campo franco en su tierra, puesto que yya contra el decreto del santo Concilio, que prohibe los tales desafíos, y no quisiessse llevar por todo rigor aquel trance tan fuerte. Don Quixote dixo, que su Excelencia dispusiesse las cosas de aquel negocio como mas fuesse servido, que èl le obedeceria en todo. Llegado pues el temeroso dia, y aviendo mandado el Duque, que delante de la plaça del castillo se hiziesse un espacioso cadahallo, donde estu-

viesse los juezes del Campo, y las Dueñas madre, y hija, demandantes. Avia acudido de todos los lugares y aldeas circunvezinas infinita gente à ver la novedad de aquella batalla, que nunca otra tal avian visto, ni oydo dezir en aquella tierra los que vivian, ni los que avian muerto: el primero que entrò en el Campo, y estacada, fue el Maestro de las ceremonias, que tanteò el Campo; y le passò todo, porque en èl no huviesse algun engaño, ni cosa encubierta, donde se tropeçasse, y cayesse: luego entraron las Dueñas, y se sentaron en sus asientos, cubiertas con los mantos hasta los ojos, y aun hasta los pechos, con muestras de no pequeño sentimiento, presente Don Quixote en la estacada. De alli à poco acompañado de muchas trompetas asomò por una parte de la plaça sobre un poderoso cavallo, hundiendola toda el grande Lacayo Tosilos, calada la visera, y todo encambronado con unas fuertes, y luzientes armas: el cavallo mostrava ser frison, ancho, y de color Tordillo, de cada mano, y pie le pendia una arroba de lana. Venia el valeroso combatiente bien informado del Duque su Señor, de como se avia de portar con el valeroso Don Quixote de la Mancha, advertido, que en ninguna manera le matasse, sino que procurasse huyr el primer encuentro, por escusar el peligro de su muerte, que estava cierto, si de lleno en lleno le encontrasse. Passò la plaça, y llegando donde las Dueñas estavan, se puso algun tanto à mirar à la que por esposo le pedia: llamò el Maestre de Campo à Don Quixote, que ya se avia presentado en la plaça, y junto con Tosilos, habló à las Dueñas, preguntandoles, si consentian que bolviesse por su derecho Don Quixote de la Mancha. Ellas dixeron

que si, y que todo lo que en aquel caso hiziese, lo dan por bien hecho, por firme, y por valedero. Ya en este tiempo estaban el Duque, y la Duquesa puestos en una galeria, que caya sobre la escacada, toda la qual estava coronada de infinita gente, que esperaba ver el riguroso trance, nunca visto. Fue condicion de los combatientes, que si Don Quixote vencia su contrario, se avia de casar con la hija de Doña Rodriguez; y si el fuesse vencido, quedava libre su contendor de la palabra que se le pedia, sin dar otra satisfacion alguna. Partioles el Maestro de las ceremonias el Sol, y puso à los dos cada uno en el puesto, donde avian de estar. Sonaron los atambores, llenò el ayre el son de las trompetas, temblava debaxò de los pies la tierra, estavan suspensos los coraçones de la mirante turba, temiendo unos, y esperando otros el bueno, ò mal suceso de aquel caso. Finalmente Don Quixote, encomendandose de todo su coraçon à Dios nuestro Señor, y à la Señora Dulcinea del Toboso, estava aguardando que se le diese señal precisa de la arremetida; empero nuestro Lacayo tenia diferentes pensamientos, no pensava el, sino en lo que agora dire. Parece ser, que quando estuvo mirando à su enemiga, le pareció la mas hermosa muger, que avia visto en toda su vida, y el niño cegueçuelo, à quien suelen llamar de ordinario amor por essas calles, no quiso perder la ocasion, que se le ofreció de triunfar de una alma lacayuna, y ponerla en la lista de sus trofeos, y assi llegandose à el bonitamente, sin que nadie le viese, le embasò al pobre Lacayo una flecha de dos varas por el lado yzquierdo, y le pasó el coraçon de parte à parte: y pudolo hazer bien al seguro, porque el amor es invisible, y entra y sale por do quiere, sin

que nadie le pida cuenta de sus hechos. Digo pues, que quando dieron la señal de la arremetida, estava nuestro Lacayo transportado, pensando en la hermosura de la que ya avia hecho Señora de su libertad, y assi no atendió al son de la trompeta, como hizo Don Quixote, que apenas la hubo oydo quando arremetió, y à todo el correr que permitia Rozinante, partiò contra su enemigo, y viendole partir su buen escudero Sancho, dixo à grandes voces: Dios te guye nata y flor de los andantes Cava-lleros, Dios te dè la vitoria, pues llevas razon de tu parte: y aunque Tosilos viò venir contra si à Don Quixote, no se movió un passo de su puesto, antes con grandes voces llamò al Maestre de Campo, el qual venido à ver lo que queria, le dixo: Señor, esta batalla no se haze porque yo me case, ò no me case con aquella Señora? Assi es, le fue respondido. Pues yo, dixo el Lacayo, soy temeroso de mi conciencia, y pondriala en gran cargo si passasse adelante en esta batalla, y assi digo que yo me doy por vencido, y que quiero casarme luego con aquella Señora. Quedò admirado el Maestre de Campo de las razones de Tosilos, y como era uno de los sabidores de la maquina de aquel caso, no le supo responder palabra. Detuvole Don Quixote en la mitad de su carrera, viendo que su enemigo no le acometia. El Duque no sabia la ocasion porque no se passava adelante en la batalla; pero el Maestre de Campo le fue à declarar lo que Tosilos dezia, de lo que quedò suspenso, y colerico en estremo. En tanto que esto passava, Tosilos se llegó adonde Doña Rodriguez estava, y dixo à grandes voces: Yo, Señora, quiero casarme con vuestra hija, y no quiero alargar por pleytos, ni contiendas lo que pue-

do alcançar por paz, y sin peligro de la muerte. Oyó esto el valeroso Don Quixote, y dixo: pues esto assi es, yo quedo libre y suelto de mi promesa, cásense en hora buena, y pues Dios nuestro Señor se la dió, san Pedro se la bendiga. El Duque avia baxado à la plaça del Castillo, y llegando se à Tosilos le dixo: Es verdad Cavallero, que os days por vencido, y que instigado de vuestra temerosa conciencia os quereys calar con esta Donzella? Si Señor, respondió Tosilos. El haze muy bien, dixo à esta sazón Sancho Pança, porque lo que has de dar al mur, dalo al gato, y tacarte ha de cuydado. Yvate Tosilos desenlaçando la celada, y rogava que apriesa le ayudassen, porque le yvan faltando los espíritus del aliento, y no podia verse encerrado tanto tiempo en la estrechez de aquel aposento. Quitáronse la apriesa, y quedó descubierto, y patente su rostro del Lacayo. Viendo lo qual Doña Rodriguez, y su hija, dando grandes voces dixeron: Este es engaño, engaño es este, à Tosilos el Lacayo del Duque mi Señor nos han puesto en lugar de mi verdadero esposo: Justicia de Dios, y del Rey, de tanta malicia, por no dezir vellaqueria. No vos acuyteys, Señoras, dixo Don Quixote, que ni esta es malicia, ni es vellaqueria, y si la es, y no ha sido la causa el Duque, sino los malos encantadores que me persiguen, los quales invidiosos de que yo alcançasse la gloria deste vencimiento, han convertido el rostro de vuestro esposo en el deste, que dezis que es Lacayo del Duque, tomad mi consejo, y à pesar de la malicia de mis enemigos, casaos con el, que sin duda es el mismo que vos deseays alcançar por esposo. El Duque que esto oyó, estuvo por romper en risa toda su colera, y dixo: Son tan extraordinarias las

las cosas que suceden al Señor Don Quixote, que estoy por creer, que este mi Lacayo no lo es; pero usemos deste ardid y maña, dilatemos el casamiento quinze dias, si quieren, y tengamos encerrado à este personaje, que nos tiene dudosos, en los quales podria ser que bolviessse à su pristina figura, que no ha de durar tanto el rancor que los encantadores tienen al Señor Don Quixote, y mas yendoles tan poco en usar estos embelecos, y transformaciones. O Señor, dixo Sancho, que ya tienen estos malandrines por uso, y costumbre de mudar las cosas de unas en otras, que tocan à mi Amo, un Cavallero que venciò los dias passados, llamado el de los Espejos, le bolvieron en la figura del Bachiller Sansón Carrasco, natural de nuestro pueblo, y grande amigo nuestro; y à mi Señora Dulcinea del Toboso la han buuelto en una rustica labradora, y assi imaginò, que este Lacayo ha de morir, y vivir Lacayo todos los dias de su vida. A lo que dixo la hija de Rodriguez, tenase quien fuere este que me pide por esposa (que yo se lo agradezco) que mas quiero ser muger legitima de un Lacayo, que no amiga, y burlada de un Cavallero, puesto, que el que à mi me burlò no lo es. En resolucion todos estos cuentos y sucesos pararon en que Tosilos se recogiesse, hasta ver en que parava su transformacion: aclamaron todos la victoria por Don Quixote, y los mas quedaron tristes y melancolicos de ver que no se avian hecho pedaços los tan esperados combatientes: bien assi como los muchachos quedan tristes, quando no sale el ahorcado que esperan, porque le ha perdonado, ò la parte, ò la Justicia. Fuese la gente, bolvieronse el Duque, y Don Quixote al Castillo, encerraron à Tosilos, quedaron Doña Rodriguez, y su hija conten-

lissimas de ver, que por una via, ò por otra aquel caso avia de parar en casamiento, y Tosilos no esperaba menos.

CAPITULO LVII.

Que trata de como Don Quixote se despidió del Duque, y de lo que le sucedió con la discreta y desembuelta Alifisidora, Donzella de la Duquesa.

YA le pareció à Don Quixote, que era bien salir de tanta ociosidad, como la que en aquel castillo tenia, que se imaginava ser grande la falta, que su persona hazia en dexarle estar encerrado, y pereçoso entre los infinitos regalos y deleytes, que como à Cavallero andante aquellos Señores le hazian, y pareçiale, que avia de dar cuenta estrecha al cielo de aquella ociosidad y encerramiento, y assi pidió un dia licencia à los Duques para partirse; dironsele con muestras de que en gran manera les pesava, de que los dexasse: dió la Duquesa las cartas de su muger à Sancho Pança, el qual lloró con ellas, y dixo: Quien pensara, que esperanças tan grandes como las que en el pecho de mi muger Teresa Pança engendraron las nuevas de mi Gobierno, avia de parar en bolverse yo agora à las arrastradas aventuras de mi amo Don Quixote de la Mancha, con todo esto me contento de ver, que mi Teresa correspondió a ser quien es, embiando las bellotas à la Duquesa, que à no averse las embiado, quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagracedida: lo que me consuela es, que esta dadi-

va

ya no se le puede dar nombre de cohecho, porque ya tenia yo el Gobierno, quando ella las embió: y está puesto en razon, que los que reciben algun beneficio, aunque sea con miserias, se muestren agradecidos. En efeto yo entré desnudo en el Gobierno, y salgo desnudo del, y assi podré dezir con segura conciencia, que no es poco: desnudo nació, desnudo me hallo, ni pierdo, ni gano; esto passava entre si Sancho el dia de la partida, y saliendo Don Quixote, aviendose despedido la noche antes de los Duques, una mañana se presentó armado en la plaza del castillo, miravale de los corredores toda la gente del castillo, y assimismo los Duques salieron à verle, estava Sancho sobre su Ruzio con sus alforjas, maleta, y repuesto contentissimo, porque el mayordomo del Duque, el que fue de la Trifaldi, le avia dado un bolsico con dozientos escudos de oro, para suplir los menesteres del camino, y esto aun no lo sabia Don Quixote. Estando, como queda dicho, mirandole todos, à deshora entre las otras Dueñas, y Donzellas de la Duquesa, que le miravan, algo la voz la desembuelta y discreta Alifisidora, y en son lastimero dixo:

Escucha mal Cavallero,
Deten un poco las riendas,
No fatigues las bajadas,
De tu mal regida bestia,
Mira falso que no huyas,
De alguna serpiente fiera,
Sino de una corderilla,
Que está muy leños de oveja.
Tu has burlado, monstruo horrendo,
La mas hermosa Donzella,

*Que Diana vió en sus montes,
Que Venus miró en sus selvas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.*

*Tu llevas (llevar impio)
En las garras de tus cerras
Las entrañas de una humilde,
Como enamorada tierna.
Llevaste tres tocadores,
Y unas ligas de unas piernas,
Que al marmol puro se ygulan
En lisas blancas, y negras.
Llevaste dos mil suspiros,
Que à ser de fuego, pudieran
Abrasar à dos mil Troyas,
Si dos mil Troyas huviera.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.*

*De esse Sancho tu Escudero,
Las entrañas sean tan tercas,
Y tan duras, que no salga
De su encanto Dulcinea.
De la culpa que tu tienes,
Lleve la triste la pena,
Que justos por pecadores,
Tal vez pagan en mi tierra.
Tus mas finas aventuras
En desventuras se buelvan,
En sueño tus passatiempos,
En olvidos tus firmezas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.*

*Seas tenido por falso,
Desde Sevilla à Marchena,
Desde Granada hasta Loja,
De Londres à Inglaterra.
Si jugares al Reynado,
Los cientos, ò la primera,
Los Reyes huyan de ti,
Ases, ni sietes no veas.
Si te cortares los callos,
Sangre las heridas viertan,
Y quедente los raygones
Si te sacares las muelas.
Cruel Vireno, fugitivo Eneas,
Barrabas te acompañe, allá te avengas.*

EN tanto, que de la suerte que se ha dicho, se quexava la lastimada Altifidora, la estuvo mirando Don Quixote; y sin responderla palabra, bolviendo el rostro à Sancho le dixo: Por el siglo de tus passados, Sancho mio, te conjuro, que me digas una verdad, dime, llevas por ventura los tres tocadores, y las ligas, que esta enamorada Donzella dize? A lo que Sancho respondiò: Los tres tocadores si llevo: pero las ligas como por los cerros de Ubeda. Quedò la Duquesa admirada de la desemboltura de Altifidora, que aunque la tenia por atrevida, graciosa, y desembuelta, no en grado que se atreviera à semejantes desembolturas; y como no estava advertida desta burla, creció mas su admiracion. El Duque quiso reforçar el donayre, y dixo: no me parece bien, Señor Cavallero, que aviendo recebido en este mi castillo el buen acogimiento que en el se os ha hecho, os ayays atrevido à llevaros tres tocadores por lo menos, si

por



por lo mas las ligas de mi Donzella, indicios son de mal pecho, y muestras que no corresponden à vuestra fama, bolvedle las ligas, sino yo os desafio à mortal batalla, sin tener temor, que malandrines encantadores me buelvan, ni muden el rostro, como han hecho en el de Tosilos mi Lacayo, el que entrò con vos en batalla. No quiera Dios, respondió Don Quixote, que yo desembayne mi espada contra vuestra ilustrissima persona, de quien tantas mercedes he recebido: los tocadores bolvere, porque dize Sancho, que los tiene, las ligas es imposible, porque ni yo las he recibido, ni el tampoco, y si esta vuestra Donzella quisiere mirar sus escondrijos, à buen seguro que las halle: yo Señor Duque, jamas he sido ladrón, ni lo pienso ser en toda mi vida, como Dios no me dexé de su mano: esta Donzella habla (como ella dize) como enamorada, de lo que yo no le tengo culpa, y assi no tengo de que pedirle perdon, ni à ella, ni à vuestra Excelencia, à quien suplico me tenga en mejor opinion, y me dé de nuevo licencia para seguir mi camino. Deosle Dios tan bueno, dixo la Duquesa, Señor Don Quixote, que siempre oygamos buenas nuevas de vuestras fechorías, y andad con Dios, que mientras mas os deteneys, mas aumenteys el fuego en los pechos de las Donzellas que os miran, y à la mia yo la castigaré de modo, que de aqui adelante no se desmande con la vista, ni con las palabras. Una no mas quiero que me escuches, ô valeroso Don Quixote, dixo entonces Altisidora, y es, que te pido perdon del latrocinio de las ligas, porque en Dios, y en mi anima que las tengo puestas, y he caydo en el descuydo del que yendo sobre el asno le buscava. No lo dixo yo, dixo Sancho, bonico soy yo para encu-

encubrir hurtos, pues à quererlos hazer de paleta, me avia venido la ocasion en mi Gobierno. Abaxò la cabeça Don Quixote, y hizo reverencia à los Duques, y à todos los circunstantes, y bolveriendo las riendas à Rozinante, siguiendole Sancho sobre el Ruzio, se salió del castillo, endereçando su camino à Zaragoza.

CAPITULO LVIII.

Que trata de como menudearon sobre Don Quixote aventuras tantas, que no se davan vagar unas à otras.

Quando Don Quixote se viò en la campaña rassa, libre y desembaraça lo de los requiebros de Altisidora, le pareció que estava en su centro, y que los espíritus se le renovavan para proseguir de nuevo el assumpto de sus Cavallerias, y bolveriendose à Sancho, le dixo: La libertad, Sancho, es uno de los mas preciosos dones que à los hombres dieron los cielos; con ella no pueden yqualarse los tesoros que encierra la tierra, ni el mar encubre: por la libertad, assi como por la honra, se puede y deve aventurar la vida; y por el contrario el cautiverio es el mayor mal que puede venir à los hombres. Digo esto Sancho porque bien has visto el regalo, la abundancia que en este castillo que dexamos, hemos tenido, pues en mitad de aquellos banquetes sazonados, y de aquellas bebidas de nieve, me parecia à mi que estava metido entre las estrechegas de la hambre, porque no lo gozava con la libertad que lo gozara si fueran mios; que las obligaciones



308 DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

gaciones de las recompensas de los beneficios y mercedes recibidas, son ataduras que no dexan caminar al animo libre. Venturoso aquel à quien el cielo dió un pedaço de pan, sin que le quede obligacion de agradecerlo à otro que al mismo cielo. Con todo esso, dixo Sancho, que vuestra Merced me ha dicho, no es bien que se quede sin agradecimiento de nuestra parte dozientos escudos de oro, que en una bolsilla me dió el Mayordomo del Duque, que como pitima y confortativo la llevo puesta sobre el coraçon, para lo que le ofreciere, que no siempre hemos de hallar castillos donde nos regalen, que tal vez toparemos con algunas ventas donde nos apaleen. En estos, y otros razonamientos yvan los Andantes, Cavallero y Escudero, quando vieron, aviendo andado poco mas de una legua, que encima de la yerva de un pradillo verde encima de sus capas estaban comiendo hasta una dozena de hombres, vestidos de labradores: junto à si tenían unas como sabanas blancas, con que cubrian alguna cosa que de baxo estava, estaban empinadas y tendidas, y de trecho à trecho puestas. Llegó Don Quixote à los que comian, y saludandolos primero cortesmente, les preguntó, que que era lo que aquellos liengos cubrian? Uno dellos le respondió: Señor, debaxo destos liengos estan unas imagines de relieve y entablatura, que han de servir en un retablo, que hazemos en nuestra aldea; llevamoslas cubiertas, porque no se desfloren, y en ombros, por que no se quiebren. Si foyss servidos, respondió Don Quixote, holgaria de verlas, pues imagines que con tanto recato se llevan, sin duda deven de ser buenas. Y como que lo son, dixo otro, sino digalo lo que cuesta, que en verdad que no ay ninguna que no este en

PARTE SEGUNDA. LIBRO VII. 509

en mas de cincuenta ducados; y porque vea vuestra Merced esta verdad, espere vuestra Merced, y verla ha por vista de ojos, y levantandose dexò de comer, y fue à quitar la cubierta de la primera imagen, que mostrò ser la de san Jorge, puesto à cavallo, con una serpiente enroscada à los pies, y la lanza atravesada por la boca, con la fiereça que suele pintarse: toda la imagen parecia una alqua de oro, como suele dezirse. Viendola Don Quixote, dixo: Este Cavallero fue uno de los mejores Andantes que tuvo la milicia divina, llamòse Don san Jorge, y fue ademas defendedor de Donzellas. Veamos esta otra, descubriòla el hombre, y pareció ser la de san Martin, puesto à cavallo, que partia la capa con el pobre, y apenas la hubo visto Don Quixote, quando dixo: Este Cavallero tambien fue de los Aventureros Christianos, y creo que fue mas liberal, que valiente; como lo puedes echar de ver Sancho, en que està partiendo la capa con el pobre, y le da la mitad, y sin duda devia de ser entonces invierno, que sino èl se la diera toda, segun era de critativo. No devió de ser esso, dixo Sancho, sino que se devió de atener al refran que dize: Que para dar, y tener, sèss es menester. Riòse Don Quixote, y pidió, que quitassen otro liengo, debaxo del qual se descubrió la imagen del Patron de las Españas à cavallo, la espada ensangrentada, atropellando Moros, y pisando cabeças. Y en viendola, dixo Don Quixote: Este si que es Cavallero, y de las Esquadras de Christo; este se llama, Don san Diego, mata Moros, uno de los mas valientes Santos y Cavalleros que tuvo el mundo, y tiene agora el cielo. Luego descubrieron otro liengo, y pareció, que encubria la cayda de san Pablo del cavallo abaxo,

abaxo, con todas las circunstancias que en el retrato de su conversión suelen pintarse: quando le vieron al vivo, que dixeran, que Christo le hablava; y Pablo respondia: Este (dixo Don Quixote) fue el mayor enemigo que tuvo la Yglesia de Dios nuestro Señor en su tiempo, y el mayor defensor suyo que tendrá jamas, Cavallero Andante por la vida, y santo à pie quedó por la muerte, trabajador incansable en la viña del Señor, Doctor de las gentes, à quien sirvieron de escuelas los cielos, y de Catedrático y Maestro que le enseñasse el mismo Jesu Christo. No avia mas imagines, y assi mandó Don Quixote, que las bolviessen à cubrir, y dixo à los que las llevavan: Por buen agüero he tenido, hermanos, aver visto lo que he visto; porque estos Santos y Cavalleros profesaron lo que yo profesó, que es el exercicio de las armas, sino que la diferencia que ay entre mi, y ellos, es, que ellos fueron Santos, y pelearon à lo divino, y yo soy pecador, y peleo à lo humano. Ellos conquistaron el cielo à fuerza de brazos (porque el cielo padece fuerza) y yo hasta agora no sé lo que conquisto à fuerza de mis trabajos: pero si mi Dulcinea del Toboso saliese de los que padece, mejorandose mi ventura, y adorandose el juyzio, podria ser que encaminasse mis passos por mejor camino del que llevo. Dios lo oye, y el pecado sea fardo, dixo Sancho à esta ocasion. Admiraronse los hombres, assi de la figura, como de las razones de Don Quixote, sin entender la mitad de lo que en ellas dezir queria. Acabaron de comer, cargaron con sus imagines, y despidiendole de Don Quixote, figuyeron su viage. Quedó Sancho de nuevo como si jamas huviera conocido à su Señor, admirado de lo que sabia, pareciendole,

que no devia de aver historia en el mundo, ni suceso, que no lo tuviesse cifrado en la uña, y clavado en la memoria, y dixole: En verdad Señor nuestro, que si esto que nos ha sucedido oy se puede llamar aventura, ella ha sido de las mas suaves y dulces, que en todo el discurso de nuestra peregrinacion nos ha sucedido: della avemos salido sin paños, y sobrefalto alguno, ni hemos echado mano à las espadas, ni hemos batido la tierra con los cuerpos, ni quedamos hambrientos, bendito sea Dios que tal me ha dexado ver con mis propios ojos. Tu dizes bien, Sancho, dixo Don Quixote: pero has de advertir, que no todos los tiempos son unos, ni corren de una misma suerte: y esto que el vulgo suele llamar comunmente agüeros, que no se fundan sobre natural razon alguna; del que es discreto han de ser tenidos, y juzgar por buenos acontecimientos. Levantase uno destos agüeros, por la mañana sale de su casa, encuentrase con un Frayle de la Orden del bienaventurado san Francisco, y como si huviera encontrado con un grifo buelve las espaldas, y buelvese à su casa. Derramasele al otro Mendoga la sal encima de la mesa, y derramasele à él la melancolia por el coracon, como si estuviessse obligada la naturaleza à dar señales de las venideras desgracias con cosas tan de poco momento como las referidas: el discreto y Christiano no ha de andar en puntillos con lo que quiere hazer el cielo. Llega Cipion à Africa, tropieça en saltando en tierra, tieniendolo por mal agüero sus soldados, pero él abragandose con el suelo, dixo: No te me podràs huyr Africa, porque te tengo afida, y entre mis brazos. Assi que, Sancho, el aver encontrado con estas imagines, ha sido para mi felicissimo acontecimiento. Yo assi lo creo

creo, respondió Sancho, y querría que vueſſa Merced me dixefſe, que es la cauſa porque dicen los Eſpañoles, quando quieren dar alguna batalla, invocando aquel ſan Diego mata Moros, Sanjago, y cierra Eſpaña; eſtá por ventura Eſpaña abierta, y de modo que es menefter cerrarla, ó que ceremonia es eſta? Simplicifſimo eres, Sancho, respondió Don Quixote, y mira, que eſte gran Cavallero de la Cruz Vermeja halelo dado Dios á Eſpaña por Patron y amparo ſuyo, eſpecialmente en los rigurosos trances que con los Moros los Eſpañoles han tenido; y aſſí le invocan y llaman como á Defenſor ſuyo en todas las batallas que acometen: y muchas vezes le han viſto viſiblemente en ellas, derribando, atropellando, deſtruyendo, y matando los Agarenos eſquadrones; y deſta verdad te pudiera traer muchos exemplos, que en las verdaderas Hiſtorias Eſpañolas ſe cuentan. Mudo Sancho platicas, y dixo á ſu Amo: Maravillado eſtoy, Señor, de la deſemboltura de Altifidora, la Donzella de la Duquesa; bravamente la devé de tener herida y traſpaſſada aquel que llaman Amor, que dicen que es un rapaz ceguequelo, que con eſtar lagañoſo, ó por mejor dezir, ſin viſta, ſi toma por blanco un corazón, por pequeño que ſea, le acierta, y traſpaſſa de parte á parte con ſus flechas. He oydo dezir tambien, que en la verguença y recato de las Donzellas, ſe deſpuntan y embotan las amorosas faetas: pero en eſta Altifidora mas parece que ſe agücan que deſpuntan. Advierte, Sancho, dixo Don Quixote, que el amor ni mira reſpetos, ni guarda terminos de razon en ſus diſcurſos, y tiene la miſma condicion que la muerte, que aſſí acomete los altos Alcázares de los Reyes, como las humildes choças de los

los Paſtores, y quando toma entera poſſeſſion de una alma, lo primero que haze es, quitarle el temor y la verguença, y aſſí ſin ella declaró Altifidora ſus deſeos, que engendraron en mi pecho antes confuſion, que laſtima. Crueldad notoria, dixo Sancho, deſagradoſo inaudito! yo de mi ſè dezir, que me rindiera y avallaſſara la mas minima razon amorosa ſuya: hideputa, y que corazón de marmol, que entrañas de bronce, y que alma de argamaſſa! pero no puedo pensar que es lo que vió eſta Donzella en vueſſa Merced, que aſſí la rindieſſe, y avallaſſaſſe, que gala, que brio, que donayre, que roſtro, que cada coſa por ſi deſta, ó todas juntas le enamoran? que en verdad, en verdad, que muchas vezes me paro á mirar á vueſſa Merced deſde la punta del pie haſta el ultimo cabello de la cabeza, y que veo mas coſas para eſpantar, que para enamorar. Y aviendo yo tambien oydo dezir, que la hermoſura es la primera y principal parte que enamora, no teniendo vueſſa Merced ninguna, no ſè yo de que ſe enamoro la pobre. Advierte Sancho, respondió Don Quixote, que ay dos maneras de hermoſura, una del alma, y otra del cuerpo; la del alma campea, y ſe mueſtra en el entendimiento, en la honeſtidad, en el buen proceder, en la liberalidad, y en la buena criança: y todas eſtas partes caben, y pueden eſtar en un hombre feo; y quando ſe pone la mira en eſta hermoſura, y no en la del cuerpo, ſuelen hazer al amor con impetu, y con ventajas. Yo Sancho bien veo que no ſoy hermoſo; pero tambien conozco que no ſoy diſforme, y baſtaſe á un hombre de bien no ſer monſtro para ſer bien querido, como tengo los dotes del alma, que te he dicho. En eſtas razones y platicas ſe yvan entrando por una ſelva que fuera del



camino estava, y à deshora; sin pensar en ello, se hallò Don Quixote enredado entre unas redes de hilo verde, que desde unos arboles à otros estavan tendidas, y sin poder imaginar que pudiesse ser aquello, dixo à Sancho: Parece-me, Sancho, que esto destas redes deve de ser una de las mas nuevas aventuras que pueda imaginar; que me maten si los encantadores que me persiguen, no quieren enredarme en ellas, y detener mi camino, como en vengança de la riguridad que con Altisidora he tenido: pues mandoles yo, que aunque estas redes, si como son hechas de hilo verde, fueran de durissimos diamantes, o mas fuertes que aquella con que el zeloso Dios de los herreros enredò à Venus y à Marte, assi las rompiera como si fueran de juncos marinos, ò de hilachas de algodón: y quiriendo passar adelante, y romperlo todo, al improviso se le ofrecieron delante, saliendo de entre unos arboles, dos hermosissimas Pastoras, à lo menos vestidas como Pastoras, sino que los pellicos y fayas eran de fino brocado: digo, que las fayas eran riquissimos faldellines de tabi de oro; trayan los cabellos sueltos por las espaldas, que en rubios podian competir cò los rayos del mismo Sol, los quales se coronavan con dos guirnaldas de verde laurel, y de rojo amaranto texidas: la edad, al parecer, ni baxava de los quinze, ni passava de los diez y ocho: vista fue esta que admirò à Sancho, suspendio à Don Quixote, hizo parar al Sol en su carrera para verlas, y tuvo en maravilloso silencio à todos quatro: en fin quien primero habló, fue una de las dos zagaias, que dixo à Don Quixote: Detened, Señor Cavallero, el passo, y no rompays las redes, que no para daño vuestro, sino para nuestro passatiempo al estan tendidas: y porque se que nos aveys de preguntar para

para que se han puesto, y quien somos, os lo quiero dezir en breves palabras: En una aldea que està hasta dos leguas de aqui, donde ay mucha gente principal, y muchos Hidalgos, y ricos; entre muchos amigos y parientes se concertò con que sus hijos, mugeres, y hijas, vezinos, amigos y parientes nos viessemos à holgar à este sitio, que es uno de los mas agradables de todos estos contornos, formando entre todos una nueva y pastoril Arcadia, visitendonos las Donzellas de zagaias, y los mancebos de Pastores: traemos estudiadas dos Eglogas, una del famoso Poëta Garcilasso, y otra del excelentissimo Camoëns en su misma lengua Portuguesa, las quales hasta ahora no hemos representado: ayer fue el primero dia que aqui llegamos, tenemos entre estos ramos plantadas algunas tiendas, que dicen, se llaman de campaña, en el mergen de un abundoso arroyo que todos estos prados fertiliza, tendimos la noche pasada estas redes destes arboles, para enganar los simples pajarillos, que ojeados con nuestro ruydo vinieren à dar en ellas; si gustays, Señor, de ser nuestro huesped, sereys agasajado liberal, y cortesmente: porque por agora en este sitio no ha de entrar la pesadumbre, ni la melancolia; callò, y no dixo mas. A lo que respondió Don Quixote: Por cierto, hermosissima Señora, que no devio de quejar mas suspenso, ni admirado Acleon, quando viò al improviso bañarse en las aguas à Diana, como yo he quedado atonito en ver vuestra belleza: alabò el assumpto de vuestros entretenimientos, y el de vuestros ofrecimientos agradezco, y si os puedo servir con seguridad de ser obedecidas, me los podeys mandar; porque no es esta la profesion mia, sino de mostrarme agradecido y bienhechor con todo



516 DON QUIXOTE DE LA MANCHA.

genero de gente; en especial con principal que vuestras personas representa: y si como estas redes, quedeven de ocupar algun pequeño espacio, ocuparan toda la redondez de la tierra, buscara yo nuevos mundos, por do passar, sin romperlas. Y porque deys algun credito à esta mi exageracion, ved que os lo promete por lo menos Don Quixote de la Mancha, si es que hallegado à vuestros oydos este nombre. Ay! amiga de mi alma, dixo entonces la otra Zagala, y que venturatan grande nos ha sucedido. Ves este, Señor, que tenemos delante, pues hagote saber, que es el mas valiente, y el mas enamorado, y el mas comedido que tiene el mundo, sino es que nos miente, y nos engaña una Historia, que de sus hazañas anda impresa; y yo he leydo. Yo apostarè que este buen hombre, que viene consigo, es un tal Sancho Pança su Escudero, à cuyas gracias no ay ningunas que se le yguale. Asì es la verdad, dixo Sancho, que yo soy esse gracioso, y esse Escudero q V.M. dize: y este Señor es mi Amo, el mismo Don Quixote de la Mancha historiado y referido. Ay! dixo la otra, supliquemosle, amiga, que se quede que nuestros padres, y nuestros hermanos gustaran infinito dello, que tambien he oydo yo dezir de su valor, y de sus gracias lo mismo que tu me has dicho: y sobre todo dicen del, que es el mas firme y mas leal enamorado que se sabe, y que su Dama es una tal Dulcinea del Toboso, à quien en toda España la dan la palma de la hermosura. Con razon se la dan, dixo Don Quixote, si yà no lo pone en duda vuestra sin yguual belleza: no os cansays, Señoras, en detenerme, porque las precisas obligaciones de mi profession no me dexan reposar en ningun cabo. Llegò en esto à donde los quatro estavan un hermano de una de las dos

PART E SEGUNDA. LIBRO VIII. 517

dos Pastoras, vestido assimismo de Pastor, con la riqueza y galas que à las de las Zagalas correspondia. Contaronle ellas, que el que con ellas estava era el valeroso Don Quixote de la Mancha; y el otro su Escudero Sancho, de quien tenia el yà noticia por aver leydo su Historia. Ofreciosele el gallardo pastor, pidiòle, que se viniese con el à sus tiendas, huvolo de conceder Don Quixote; y asì lo hizo. Llegò en esto el ojeo, llenaronse las redes de pajarrillos diferentes, que engañados de la color de las redes cayan en el peligro de que yvan huyendo: juntaronse en aquel sitio mas de treynta personas, todas bizaramente de Pastores y Pastoras vestidas, y en un instante quedaron enteradas de quienes eran Don Quixote, y su Escudero, de que no poco contento recibieron; porque yà tenian del noticia por su Historia. Acudieron à las tiendas, hallaron las mesas puestas, ricas, abundantes, y limpias; honraron à Don Quixote, dandole el primer lugar en ellas: miravanle todos, y admiravanse de verle. Finalmente alçados los manteles, con gran reposo alçò Don Quixote la voz, y dixo: Entre los pecados mayores que los hombres cometen (aunque algunos dizen, que es la soberbia) yo digo, que es el desagradecimiento, ateniendome à lo que suele dezirte; que de los desagradecidos està lleno el infierno. Este pecado, en quanto me ha sido possible, he procurado yo huyr desde el instante que tuve uso de razon; y si no puedo pagar las buenas obras que me hazen, con otras obras, pongo en su lugar los defectos de hazerlas: y quando estos no bastan, las publico; porque quien dize y publica las buenas obras que recibe, tambien las recompensara con otras, si pudiera: porque por la mayor parte los que reciben

son inferiores à los que dan, y assi es Dios sobre todos, porque es dador sobre todos, y no pueden corresponder las dadiuas del hombre à las de Dios con ygualdad, por infinita Distancia, y esta estrechez y cortedad en cierto modo la suple el agradecimiento. Yo pues agradecido à la merced que aqui se me ha hecho, no pudiendo corresponder à la misma medida, conteniendome en los estrechos limites de mi poderio, ofrezco lo que puedo, y lo que tengo de mi cosecha, y assi digo, que sustentare dos dias naturales en mitad de este camino real que va à Zaragoza, que estas Señoras gualas contrahechas que aqui estan, son las mas hermosas Donzellas, y mas corteles que ay en el mundo, excetada solo à la sin par Dulcinea del Toboso, unica Señora de mis pensamientos, con paz sea dicho de quantos y quantas me escuchan. Oyendo lo qual Sancho, que con grande atencion le avia estado escuchando dando una gran voz, dixo: Es posible que aya en el mundo personas que se atrevan à dezir, y à jurar, que este mi Señor es loco: digan vuestras Mercedes, Señores pastores, ay Cura de Aldea por discreto, y por estudiante que sea, que pueda dezir lo que mi Amo ha dicho, ni ay Cavallero andante, por mas fama que tenga de valiente, que pueda ofrecer lo que mi Amo aqui ha ofrecido. Bolvióse Don Quixote à Sancho, y encendido el rostro, y colerico, le dixo: Es posible, ô Sancho, que aya en todo el orbe alguna persona que diga, que no eres tonto, aforrado de lo mismo con no se que ribetes de malicioso, y de vellaco. Quien te mete à ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto, ô majadero? calla, y no me repliques, sino en silla si està defensillado Rozinante, vamos à poner en efecto mi ofrecimiento, que

que con la razon que va de mi parte puedes dar por vencidos à todos quantos quisieren contradecirla: y con gran furia, y muestras de enojo, se levanto de la silla, dexando admirados à los circunstantes, haziendoles dudar, si le podian tener por loco, ô por cuerdo: finalmente aviendole persuadido, que no se pudiese en tal demanda, que ellos davan por bien conocida su agradecida voluntad, y que no eran menester nuevas demostraciones para conocer su animo valeroso, pues bastavan las que en la historia de sus hechos se referian. Con todo esto salió Don Quixote con su intencion, y puesto sobre Rozinante, embraçando su escudo, y tomando su lanza le puso en la mitad de un real camino, que no lejos del verde prado estava; siguióle Sancho sobre su Ruzio, con toda la gente del pastoral rebaño deseosos de ver, en que parava su arrogante, y nunca visto ofrecimiento. Puesto pues Don Quixote en mitad del camino (como os he dicho) hirió el ayre con semejantes palabras: O vosotros passageros y viandantes, Cavalleros, Escuderos, gente de à pie y de à cavallo, que por este camino passays, ô aveys de passar en estos dias siguientes, sabed, que Don Quixote de la Mancha, Cavallero Andante, està aqui puesto para defender, que à todas las hermosuras y cortesias del mundo exceden las que se encierran en las Ninfas habitadoras destos prados y bosques, dexando à un lado à la Señora de mi alma Dulcinea del Toboso; por esso el que fuere de receer contrario acuda, que aqui le espero. Dos veces repitió estas mismas razones, y dos vezes no fueron oydas de ningun Aventurero; pero la suerte que sus cosas yva encaminando de mejor, ordenò, que de alli à poco se descubriessè por el camino mu-

chedumbre de hombres de à cavallo, y muchos dellos con lanças en las manos, caminando todos apiñados de tropel, y à gran priesa. No los huvieron bien visto los que con Don Quixote estavam, quando bolviendo las espaldas se apartaron bien lexos del camino; porque conocieron que si esperavan, les podia suceder algun peligro: solo Don Quixote con intrepido coraçon se estuvo quedo, y Sancho Pança se escudò con las ancas de Rozinante. Llegò el tropel de los lanceros, y uno dellos que venia mas delante, à grandes voces començò à dezir à Don Quixote: Apartate hombre del diablo del camino, que te haràn pedaços estos toros. Ea canalla, respondió Don Quixote, para mi no ay toros que valgan, aunque sean de los mas bravos que cria Xarama en sus riberas; confeslad, malandrines, assi à carga cerrada, que es verdad lo que yo aqui he publicado, sino conmigo soys en batalla. No tuvo lugar de responder el Baquero, ni Don Quixote le tuvo de desviarse, aunque quisiera: y assi el tropel de los toros bravos, y el de los mansos cabestros con la multitud de los baqueros, y otras gentes, que à encerrar los llevavan à un lugar, donde otro dia avian de correrse, passaron sobre Don Quixote, y sobre Sancho, Rozinante, y el Ruzio, dando con todos ellos en tierra, echandole à rodar por el suelo. Quedò molido Sancho, espantado Don Quixote, aporreado el Ruzio, y no muy Catolico Rozinante: pero en fin se levantaron todos, y Don Quixote, à gran priesa, tropeçando aqui, y cayendo alli, començò à correr tras la vacada, diziendo à voces: Deteneos, y esperad, canalla malandrina, que un solo Cavallero os espera, el qual no tiene condicion, ni es de parecer de los

los que dizen: Que al enemigo que huya hazerle la puente de plata: pero no por esto se detuvieron los apreturados corredores, ni hizieron mas caso de sus amenazas, que de las nubes de antaño. Detuvole el cansancio à Don Quixote, y mas enojado que vengado se sentò en el camino, esperando à que Sancho, Rozinante, y el Ruzio llegassèn: llegaron, bolvieron à subir amo y moço, y sin bolver à despedirse de la Arcadia fingida, ò contrahecha, y con mas verguença que gusto figuieron su camino.

CAPITULO LIX.

Donde se cuenta del extraordinario suceso que se puede tener por Aventura, que le sucediò à Don Quixote.

AL polvo y al cansancio que Don Quixote y Sancho sacaron del descomedimiento de los toros, socorriò una fuente clara y limpia, que entre una fresca arboleda hallaron, en el margen de la qual, dexando libres sin jaquima y freno al Ruzio y à Rozinante, los dos assendereados, Amo y moço se sentaron. Acudiò Sancho à la reposteria de sus alforjas, y dellas feto, de lo que el solia llamar condumio; enxuagòse la boca, lavòse Don Quixote el rostro, con cuyo refrigerio cobraron aliento los espiritus desalentados. No comia Don Quixote de puro pesaroso, ni Sancho no osava tocar à los manjares que delante tenia de puro comido, y esperaba à que su Señor hiziesse la salva: pero viendo que llevado de sus imaginaciones no se acordava de llevar el pan à la boca, no abrió la fuya, y

atro-

atropellando por todo genero de criança, comegò à embaular en el estomago el pan y queso que se le ofrecia. Come Sancho amigo, dixo Don Quixote, sustenta la vida, que mas que à mi te importa, y dexame morir à mi à manos de mis pensamientos, y à fuerças de mis desgracias: yo, Sancho, nací para vir muriendo, y tu para morir comiendo; y por que veas que te digo verdad en esto, confiderame impresso en Historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de Principes, solicitado de Donzellas, al cabo, al cabo, quando ciperava palmas, triunfos, y coronas, grangeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acóceado, y molido de los pies, de animales inmundos, y loeces: esta consideracion me embota los dientes, entorpece las uueelas, y entorpece las manos, y quita de todo en todo la gana del comer; de manera que pienso dexarme morir de hambre, muerte la mas cruel de las muertes. De esta manera, dixo Sancho, (sin dexar de maliciar à priesta) no aprovarà vuestra Merced aquel refran que dicen, Muera marta, y muera harta; yo alomenos no pienso matarme à mi mismo, antes pienso hazer como el capatero, que tira el cuero con los dientes, hasta que le haze llegar donde el quiere: yo tirarè mi vida comiendo, hasta que llegue al fin que le tiene determinado al cielo; y sepa Señor, que no ay mayor locura que la que toca en querer desesperarse como vuestra Merced, y creame, y despues de comido echese à dormir un poco sobre los colechones verdes destas yervas, y verà como quando despierte se halla algo mas alliviado. Hizo lo assi Don Quixote, pareciendole, que las razones de Sancho mas eran de Filosofo, que de mentero.

cato; y dixole: Si tu, ô Sancho, quisiess hazer por mi lo que yo aora te dirè, serian mis alivios mas ciertos, y mis pesadumbres no tan grandes, y es, que mientras yo duermo, obedeciendo tus consejos, tu te desviases un poco lexos de aqui: y con las riendas de Rozinante, echando al ayre tus carnes, te diess trecientos, ô quatrocientos açotes à buena cuenta de los tres mil y tantos que te has de dar por el desencanto de Dulcinea, que es lastima no pequeña que aquella pobre Señora estè encantada por tu descuydo y negligencia. Ay mucho que dezir en esto, dixo Sancho: durmamos por aora entrambos, y despues Dios dixo lo que será. Sepa vuestra Merced que esto de açotarse un hombre à sangre fria, es cosa rezia, y mas si caen los açotes sobre un cuerpo mal sustentado, y peor comido: tenga paciencia mi Señora Dulcinea, que quando menos se cate, me verà hecho una criba de açotes, y hasta la muerte todo es vida; quiero dezir, que aun yo la tengo junto el deseo de cumplir con lo que he prometido. Agradeciendoselo Don Quixote, comiò algo, y Sancho mucho, y echaronse à dormir entrambos, dexando à su alvedrio, y sin orden alguna pacer del abundosa yerva, de que aquel prado estava lleno, à los dos continuos compañeros y amigos Rozinante y el Ruzio. Despertaron algo tarde, bolvieron à subir, y à seguir su camino, dandose priesta para llegar à una venta, que al parecer una legua de alli se descubria: digo que era venta, porque Don Quixote la llamó assi, fuera del uso que tenia de llamar à todas las ventas castillos. Llegaron pues à ella, preguntaron al huesped, si avia posada? Fueles respondido, que si, con toda la comodidad y regalo que pudiera hallar en Zaragoza.

goga. Apearonse, y recogió Sancho su reposteria en un aposento, de quien el Huesped le dió la llave. Llevó las bestias á la cavalleriza, echóles sus pienso, salió á verlo que Don Quixote (que estava sentado sobre un poyo) le mandava, dando particulares gracias al cielo, de que á su Amo no le huviesse parecido castillo aquella venta. Llegóse la hora del cenar, recogieronle á su estancia. Preguntó Sancho al Huesped, que que tenia para darles de cenar. A lo que el Huesped respondió, que su boca seria medida, y assi que pidiesse lo que quisiesse, que de las pajaricas del ayre, de las aves de la tierra, y de los pescados del mar estava proveya aquella venta. No es menester tanto, respondió Sancho, que con un par de pollos que nos assen, tendremos lo suficiente, porque mi Señor es delicado, y come poco, y yo no soy traganton en demasia. Respondiole el Huesped, que no tenia pollos, porque los Milanos los tenían alolados. Pues mande el Señor Huesped, dixo Sancho, assar una polla que sea tierna. Polla mi padre, respondió el Huesped, en verdad, en verdad, que embié ayer á la ciudad á vender mas de cincuenta; pero fuera de pollas pida V.M. lo que quisiere. De éssa manera, dixo Sancho, no faltará ternera, ó cabrito. En casa por aora, respondió el Huesped, no lo ay, porque se ha acabado; pero la semana que viene lo avrá de sobra. Medrados estamos con éssos, respondió Sancho, yo pondré que se vienen á resumir todas éssas faltas en las sobras que deve de aver de tozinos y huevos. Por Dios, respondió el Huesped, que es gentil relente el que mi huesped tiene: pues hele dicho, que ni tengo pollas, ni gallinas, y quiere que tenga huevos? Discurra, si quisiere, por otras delicadeças, y dexese de pedir gallinas. Resol-

vamos

vamonos, cuerpo de mi, dixo Sancho, y digame finalmente lo que tiene, y dexese de discurrimientos, Señor Huesped. Dixo el Ventero: Lo que real y verdaderamente tengo, son dos uñas de vaca, que parecen manos de ternera, ó dos manos de ternera, que parecen uñas de vaca; están cozidas con sus garvanços, cebollas, y tozino, y la hora de aora están diziendo, Comeme, comeme. Por mias las marco desde aqui, dixo Sancho, y nadie las toque, que yo las pagaré mejor que otro, porque para mi ninguna otra cosa pudiera esperar de mas gusto, y no se me daría nada que fuesen manos, como fuesen uñas. Nadie las tocará, dixo el Ventero, porque otros huespedes que tengo, de puro principales traen consigo Cozineró, Despensero, y reposteria. Si por principales vá, dixo Sancho, ninguno mas que mi Amo; pero el oficio que el trae, no permite despensar, ni botillerias: si nos tendemos en mitad de un prado, y nos hartamos de bellotas, ó de nisperos. Esta fue la plática que Sancho tuvo con el Ventero, sin querer Sancho passar adelante en responderle, q̃ ya le avia preguntado que oficio, ó que exercicio era el de su Amo. Llegóse pues la hora del cenar, recogióse á su estancia Don Quixote, truxo el Huesped la olla assi como estava, y sentóse á cenar muy de proposito: parece ser que en otro aposento que junto al de Don Quixote estava, que no le dividia mas que un sutil tabique, oyó dezir Don Quixote: Por vida de vuestra Merced, Señor Don Geronimo, que en tanto que traen la cena, leamos otro Capitulo de la segunda Parte de Don Quixote de la Mancha. Apenas oyó su nombre Don Quixote, quando se puso en pie, y con oydo alerta escuchó lo que del tratavan, y oyó que el tal Don Geronimo referido respondió:

Para



Para que quiere V.M. Señor Don Juan, que leamos estos disparates ; y el que huviere leydo la primera parte de la historia de Don Quixote de la Mancha, no es posible que puede tener gusto en leer esta segunda. Con todo esto, dixo el Don Juan, será bien leerla, pues no ay libro tan malo que no tenga cosa buena. Lo que à mi en este mas desplace es, que pinta à Don Quixote yà desenamorado de Dulcinea del Toboso. Oyendo lo qual Don Quixote, llena de yra, y de despecho, alçò la voz, y dixo: Quienquiera que dixere, que Don Quixote de la Mancha ha olvidado, ni puede olvidar à Dulcinea del Toboso, yo le harè entender con armas yguales, que vâ muy lexos de la verdad, porque la fin par Dulcinea del Toboso, ni puede ser olvidada, ni en Don Quixote puede caber olvido, su blason es la firmeza, y su profession el guardarla con suavidad, y sin hazerse fuerza alguna. Quien es el que nos responde, respondieron del otro aposento? Quien ha de ser, respondió Sancho, sino el mismo Don Quixote de la Mancha, que hará bueno quanto ha dicho, y aun quanto dixere, que al buen pagador no le duelen prendas? Apenas hubo dicho esto Sancho, quando entraron por la puerta de su aposento dos Cavalleros, que tales lo parecian, y uno dellos echando los brazos al cuello de Don Quixote, le dixo: Ni vuestra pretencia puede desmentir vuestro nombre, ni vuestro nombre puede no acreditar vuestra presencia. Sin duda vos Señor soys el verdadero Don Quixote de la Mancha, no te y luzero de la Andante Cavalleria à despecho y peñar del que ha querido usurpar vuestro nombre, y aniquilar vuestras hazañas, como lo ha hecho el Autor deste libro, que aqui os entrego, y poniendole un

un libro en las manos, que trayà su compañero, le tomò Don Quixote, y sin responder palabra començò à hojearle, y de alli à un poco se le bolvió: diziendo: En este poco que he visto, he hallado tres cosas en este Autor dignas de reprehension. La primera es, algunas palabras que he leydo en el Prologo; la otra, que el lenguaje es Aragonès, porque tal vez escribe sin articulos; y la tercera, que mas le confirma por ignorante, es que yerra, y se desvia de la verdad en lo mas principal de la Historia: porque aqui dize, que la muger de Sancho Pança mi Escudero se llama Mari Gutierrez, y no llama tal, sino Teresa Pança; y quien en esta parte tan principal yerra, bien se podrá temer que yerra en todas las demas de la Historia. A esto dixo Sancho: Donosla cosa de Historiador! porcierto bien deve de estar en el cuento de nuestros sucesos, pues llama à Teresa Pança mi muger Mari Gutierrez; torne à tomar el libro, Señor, y mire, si ando yo por al, y si me ha mudado el nombre. Por lo que he oydo hablar, amigo, dixo Don Geronimo, sin duda deveys de ser Sancho Pança, el Escudero del Señor Don Quixote. Si soy, respondió Sancho, y me precio dello. Pues asì, dixo el Cavallero, que no os trara este Autor con la limpieça que en vuestra persona se muestra; pintaos comedor, y simple, y no nada gracioso, y muy otro del Sancho, que en la primera Parte de la Historia de vuestro Amo se describe. Dos se lo perdone, dixo Sancho, dexarame en mi tincon, sin acordarte de mi; porque quien las sabe, las tañe, y bien se està san Pedro en Roma. Los dos Cavalleros pidieron à Don Quixote, se passasse à su estancia à cenar con ellos, que bien sabian, que en aquella venta no avia cosas pertenecientes para su per-

persona. Don Quixote, que siempre fue comedido, condescendió con su demanda, y cenó con ellos: quedose Sancho con la olla con mero mixto Imperio, sentose en cabecera de mesa, y con él el Ventero, que no menos que Sancho estava de sus manos, y de sus uñas aficionado. En el discurso de la cena preguntó Don Juan á Don Quixote, que nuevas tenia de la Señora Dulcinea del Toboso, si se avia casado, si estava parida, ó preñada, ó si estando en su entereza, se acordava (guardando su honestidad, y buen decoro) de los amorosos pensamientos del Señor Don Quixote. A lo que respondió: Dulcinea se está entera, y mis pensamientos mas firmes que nunca, las correspondencias en su sequedad antigua, su hermosura en la de una soez labradora transformada, y luego les fue contando punto por punto el encanto de la Señora Dulcinea; y lo que le avia sucedido en la cueva de Montesinos, con la orden que el sabio Merlin le avia dado, para descantarla, que fue la de los agotes de Sancho. Sumo fue el contento que los dos Cavalleros recibieron de oyr contar á Don Quixote los estraños sucesos de su historia, y así quedaron admirados de sus disparates, como del elegante modo con que los contava: aqui le tenian por discreto, y alli le deslizava por mentecato, sin saber determinarse, que grado le darian entre la discrecion, y la locura. Acabó de cenar Sancho, y dexando hecho equis al Ventero, se pasó á la estancia de su Amo, y en entrando, dixo: Que me maten, Señores, si el autor deste libro que vuestras Mercedes tienen, quiere que no comamos buenas migas juntos; yo querria, que ya que me llama Comilon, como vuestras Mercedes dicen, no me llamasse tambien Borracho. Si llama,

dixo

dixo Don Geronimo: pero no me acuerdo en que manera, aunque sé que son mal sonantes las razones, y ademas mentirosas, segun yo echo de ver en la fisionomia del buen Sancho, que está presente. Creanme vuestras Mercedes, dixo Sancho, que el Sancho, y el Don Quixote desta Historia deven de ser otros, que los que andan en aquella que compuso Cide Hamete Benengeli, que somos nosotros: mi Amo valiente, discreto, y enamorado, y yo simple gracioso, y no comedor, ni borracho. Yo así lo creo, dixo Don Juan, y si fuera possible, se avia de mandar, que ninguno fuera osado á tratar de las cosas del gran Don Quixote, sino fuesse Cide Hamete su primer Autor: bien así como mandó Alexandro, que ninguno fuesse osado á retratarle sino Apeles. Retrateme el que quisiere, dixo Don Quixote: pero no me maltrate, que muchas vezes fuele caerte la paciencia, quando la cargan de injurias. Ninguna, dixo Don Juan, se le puede hazer al Señor Don Quixote, de quien él no se pueda vengar, sino la repara en el escudo de su paciencia, que á mi parecer es fuerte, y grande: en estas y otras platicas se pasó gran parte de la noche, y aunque Don Juan quisiera que Don Quixote leyera mas del libro, por ver lo que discantava: no lo pudieron acabar con él, diciendo, que él lo dava por leydo, y lo confirmava por todo necio, y que no queria si acaso llegasse á noticia de su Autor, que le avia tenido en sus manos, se alegrasse con pensar, que le avia leydo, pues de las cosas obscenas y torpes los pensamientos se han de apartar, quanto mas los ojos. Preguntaronle, que donde llevaba determinado su viage. Respondió, que á Zaragoza á hallarse en las justas del arnes, que en aquella ciudad suelen

Parte II.

L I

hazerse

hazerse todos los años. Dixole Don Juan, que aquella nueva historia contava como Don Quixote, sea quien se quisiere, se avia hallado en ella en una fortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrissima de libreas, aunque rica de simplicidades. Por el mismo caso, respondió Don Quixote, no pondré los pies en Zaragoza, y así sacaré a la plaza del mundo la mentira deste Historiador moderno, y hecharán de ver las gentes, como yo no soy el Don Quixote que el dize. Hara muy bien, dixo Don Geronimo, y otras justas ay en Barcelona, donde podrá el Señor Don Quixote mostrar su valor. Así lo pienso hazer, dixo Don Quixote, y vuestras Mercedes me den licencia (pues ya es hora) para yrme al lecho, y me tengan, y pongan en el numero de sus mayores amigos, y servidores. Y a mi tambien, dixo Sancho, quizá será bueno para algo. Con esto se despidieron, y Don Quixote y Sancho se retiraron a su aposento, dexando a Don Juan, y a Don Geronimo admirados de ver la mezcla que avia hecho de su discrecion, y de su locura, y verdaderamente creyeron, que estos eran los verdaderos Don Quixote y Sancho, y no los que descrivia su Autor Aragonés. Madrugó Don Quixote, y dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes: pagó Sancho al Ventero magníficamente, y aconsejole, que alabasse menos la provision de su venta, o la tuviese mas proveyda.

CAPITULO LX.

De lo que sucedió a Don Quixote yendo a Barcelona.

ERA fresca la mañana, y dava muestras de serlo asimismo el dia en que Don Quixote salió de la venta, informandose primero, qual era el mas derecho camino para yr a Barcelona, sin tocar en Zaragoza, tal era el deseo que tenia de facar mentiroso aquel nuevo Historiador, que tanto dezian que le vituperava. Sucedió pues, que en mas de seys dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los quales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas, o alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete, que en otras cosas suele. Aparearonse de sus bestias Amo, y Moços, y acomodandose a los troncos de los arboles, Sancho, que avia merendado aquel dia, se dexó entrar de rondón por las puertas del sueño, pero Don Quixote, a quien desvelavan sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos, antes yva, y venia con el pensamiento por mil generos de lugares: ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos, ya ver brincar, y subir sobre su pollina a la convertida en labradora Dulcinea: ya que le sonaban en los oydos las palabras del sabio Merlin, que le referian las condiciones, y diligencias, que se avian de hazer, y tener en el desencanto de Dulcinea: desesperavase de ver la floxedad, y caridad poca de Sancho su Escudero, pues a lo que creya solos cinco agotes se avia dado, numero desigual y

pequeño para los infinitos que le faltavan : y desto recibió tanta pesadumbre, y enojo, que hizo este discurso : Si nudo Gordiano cortò el Magno Alexandro, diziendo : tanto monta cortar como desatar, y no por esso dexò de ser universal Señor de toda la Asia, ni mas ni menos podria suceder aora en el desfencanto de Dulcinea, si yo agotasse à Sancho à pesar suyo, que si la condicion deste remedio està en que Sancho reciba los tres mil y tantos agotes, que se me dà à mi que se los dà el, ò que se los dà otro, pues la sustancia està en que el los reciba, lleguen por do llegaren : con esta imaginacion se llegó à Sancho, aviendo primero tomado las riendas de Rozinante, y acomodandolas en modo que pudiesse agotarle con ellas : comengòle à quitar las cintas, que es opinion que no tenia mas que la delantera, en que se sustentavan los greguescos : pero apenas hubo llegado, quando Sancho despertò en todo su acuerdo, y dixo : Que es esto, quien me toca, y desencinta ? Yo soy, respondiò Don Quixote, que vengo à suplir tus faltas, y à remediar mis trabajos, vengote à agotar Sancho, y à descargar en parte la deuda à que te obligaste. Dulcinea perece, tu vives en descuido, yo muero deseando, y assi desatacate por tu voluntad, que la mia es de darte en esta soledad por lo menos dos mil agotes. Esso no, dixo Sancho, vueſſa Merced se està quedo fino por Dios verdadero, que nos han de oyr los sordos, los agotes à que yo me obliguè, han de ser voluntarios, y no por fuerza, y aora no tengo gana de agotarme, basta que doy à vueſſa Merced mi palabra de vapularme, y mosquearme, quando en voluntad me viniere. No ay dexarlo à tu cortesía, Sancho, dixo Don Quixote, porque eres duro de coraçon, y aunque villa-

villano blando de carnes, y assi procurava, y pugnava por desenlazarle. Viendo lo qual Sancho Pança, se puso en pie, y arremetiendo à su Amo, se abraçò con el à braço partido, y echandole una çancadilla diò con el en el suelo boca arriba, pusole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las manos de modo, que ni le dexava rodear, ni alentar. Don Quixote le dezia : Como traydor, contra tu Amo, y Señor natural te desmandas, con quien te dà su pan te atreves ? Ni quito Rey, ni pongo Rey, respondiò Sancho, fino ayudome à mi, que soy mi Señor, vueſſa Merced me prometa, que se està quedo, y no tratarà de agotarme por agora, que yo le dexarè libre, y desembaraçado, donde no, aqui moriràs traydor enemigo de Doña Sancha. Prometiòſelo Don Quixote, y jurò por vida de sus pensamientos, no tocarle en el pelo de la ropa, y que dexaria en toda su voluntad, y alvedrio el agotarse quando quisiere. Levantose Sancho, y desvioſe de aquel lugar un buen espacio, y yendo à arrimarse à otro arbol, sintiò, que le tocavan en la cabeça, y alçando las manos topò con dos pies de persona, con çapatos, y calças, temblò de miedo : acudiò à otro arbol, y sucediòle lo mesmo : diò voces llamando à Don Quixote, que le favoreciesse. Hizolo assi Don Quixote, y preguntandole, que le avia sucedido, y de que tenia miedo, le respondiò Sancho, que todos aquellos arboles estavan llenos de pies, y de piernas humanas. Tentòlos Don Quixote, y cayò luego en la cuenta de lo que podia ser ; y dixole à Sancho : No tienes de que tener miedo, porque estos pies, y piernas que tienas, y no vees, sin duda son de algunos foragidos y vandeleros, que en estos arboles están ahorcados, que

que por aquí los suele ahorcar la Justicia, quando los coge, de veynte en veynte, y de treynta en treynta, por donde me doy à entender, que devo de estar cerca de Barcelona: y assi era la verdad, como èl lo avia imaginado. Al parecer alçaron los ojos, y vieron los razimos de aquellos arboles, que eran cuerpos de vandoleros: ya en esto amanecia, y si los muertos los avian espantado; no menos los atribularon mas de quarenta vandoleros vivos, que de improvifo les rodearon, diziendoles en lengua Catalana, que estuviessen quedos, y se detuviessen, hasta que llegasse su Capitan. Hallòse Don Quixote à pie, su cavallo sin freno, su lança arrimada à un arbol, y finalmente sin defensa alguna, y assi tuvo por bien de cruzar las manos, è inclinar la cabeza, guardandose para mejor fazon, y coyuntura. Acudieron los vandoleros à espulgar al Ruzio, y à no dexarle ninguna cosa de quantas en las alforjas, y la maleta traya, y avinole bien à Sancho, que en una ventiera que tenia ceñida, venian los escudos del Duque, y los que avian sacado de su tierra, y con todo esto aquella buena gente le escardara, y le mirara, hasta lo que entre el cuero y la carne tuviera escondido, sino llegara en aquella fazon su Capitan, el qual mostrò ser de hasta edad de treynta y quatro años, robusto, mas que de mediana proporcion, de mirar grave, y color morena, venia en un poderoso cavallo, vestida la acerada cotà, y con quatro pistoletes (que en aquella tierra se llaman pedrenales) à los lados, viò, que sus escuderos, que assi llaman à los que andan en aquel exercicio, y van à despojar à Sancho Pança: mandoles que no lo hiziesen, y fue luego obedecido, y assi se escapò la ventiera, admiròle ver lança arrimada al arbol, escudo

escudo en el suelo, y a Don Quixote armado, y penlativo, con la mas triste y melancolica figura, que pudiera formar la misma tristeza. Llegole a èl, diziendole: No estays tan triste buen hombre, porque no aveys caydo en las manos de algun ciuel Ofiris, sino en las de Roque Guinart, que tienen mas de compassivas, que de rigurosas. No es mi tristeza, respondiò Don Quixote, aver caydo en tu poder, ò valeroso Roque (cuya fama no ay limites en la tierra que la encierran) sino por aver sido tal mi descuydo, que me ayan cogido tus soldados sin el freno, estando yo obligado, segun la orden de andante Cavalleria que professò, à vivir continuo alerta, siendo à todas horas centinela de mi mismo, porque te hago saber (ò gran Roque) que si me hallaran sobre mi cavallo con mi lança, y con mi escudo, no les fuera muy facil rendirme, porque yo soy Don Quixote de la Mancha, aquel que de sus hazañas tiene lleno todo el orbe. Luego Roque Guinart conociò, que la enfermedad de Don Quixote tocava mas en locura, que en valentia, y aunque algunas vezes le avia oydo nombrar, nunca tuvo por verdad sus hechos, ni se pudo persuadir, à que semejante humor reynasse en coraçon de hombre, y holgòse en estremo de averle encontrado, para tocar de cerca lo que de lexos dèl avia oydo, y assi le dixo: Valeroso Cavallero, no os despechays, ni tengays à siniestra fortuna esta en que os hallays, que podia ser, que en estos tropieços vuestra torcida suerte se enderegasse, que el cielo por estraños, y nunca vistos rodeos (de los hombres no imaginados) suele levantar los caydos, y enriquezer los pobres. Ya le yva à dar las gracias Don Quixote, quando sintieron à sus espaldas un ruydo

ruydo como de tropel de cavallos, y no era sino uno solo, sobre el qual venia à toda furia un mancebo al parecer de hasta veynte años, vestido de damasco verde, con passamanos de oro, greguescos, y saltambarca, con sombrero terciado à la balona, botas enceradas, y justas, espuelas, daga, y espada doradas, una escopeta pequeña en las manos, y dos pistolas à los lados: al ruydo bolvió Roque la cabeça, y vió esta hermosa figura, la qual en llegando à él dixo: En tu busca venia, ô valeroso Roque, para hallar en ti, sino remedio, alomenos alivio en mi desdicha, y por no tenerte suspenso; porque sè, que no me has conocido, quiero dezirte quien soy, y soy Claudia Geronima, hija de Simon Forte tu singular amigo, y enemigo particular de Clauquel Torrellas, que assi mismo le es tuyo, por ser uno de los de tu contrario vando, y ya sabes que este Torrellas tiene un hijo, que Don Vicente Torrellas se llama, ô alomenos se llamava no ha dos horas. Este pues, por abreviar el cuento de mi desventura, te dirè en breves palabras la que me ha causado. Viome, requebrome, escuchechele, enamoreme, à hurto de mi padre, porque no ay muger por retirada que estè, y recatada que sea, à quien no le sobre tiempo para poner en execucion y efeto sus atropellados deseos. Finalmente el me prometió de ser mi esposo, y yo le di la palabra de ser suya, sin que en obras passassemos adelante. Supe ayer, que olvidado de lo que me devia, se casava con otra, y que esta mañana yva à desposarse, nueva que me turbò el sentido, y acabò la paciencia, y por no estar mi padre en el lugar, le tuve yo de ponerme en el trage que veas, y apresurando el passo à este cavallo alcancè à Don Vicente obra de una legua de aqui, y sin ponerme à dar quejas, ni à oyr discul-

pas,

pas, le disparè esta escopeta, y por añadidura estas dos pistolas, y à lo que creo le deví de encerrar mas de dos balas en el cuerpo, abriendole puertas, por donde embuelta en su sangre saliesse mi honra, alli lo dexo entre sus criados, que no osaron, ni pudieron ponerse en su defensa: vengo à buscarte, para que me passes à Francia, donde tengo parientes con quien viva, y assimesmo à rogarte defiendas à mi padre porque los muchos de Don Vicente no se atrevan à tomar en el desaforada vengança. Roque admirado de la gallardia, bizzaria, buen talle, y suceso de la hermosa Claudia, le dixo: Ven Señora, y vamos à ver si es muerto tu enemigo, que despues veremos, lo que mas te importare. Don Quixote, que estava escuchando atentamente lo que Claudia avia dicho, y lo que Roque Guinart respondiò, dixo: No tiene nadie para que tomar trabajo en defender à esta Señora, que lo tomo yo à mi cargo, denme mi cavallo, y mis armas, y esperenme aqui, que yo yrè à buscar à este Cavallero, y muerto, ô vivo le harè cumplir la palabra prometida à tanta belleza. Nadie dude desto, dixo Sancho, porque mi Señor tiene muy buena mano para casamentero, pues no ha muchos dias, que hizo casar à otro, que tambien negava à otra Donzella su palabra, y sino fuera, porque los encantadores que le persiguen, le mudaron su verdadera figura en la de un Lacayo, esta fuera la hora que ya la tal Donzella no lo fuera. Roque que atendia mas à pensar en el suceso de la hermosa Claudia, que en las razones de Amo, y Moço, no las entendió, y mandando à sus Escuderos, que bolviessen à Sancho todo quanto le avian quitado del Ruzio, mandandoles assimesmo, que se

se retirassen à la parte donde aquella noche avian estado aloxados, y luego se partió con Claudia à toda prisa à buscar al herido, ò muerto Don Vicente. Llegaron al lugar donde le encontró Claudia, y no hallaron en él, sino rezien derramada sangre; pero tendiendo la vista por todas partes, descubrieron por un recuesto arriba alguna gente, y dieronse à entender, como era la verdad, que devia ser Don Vicente, à quien sus criados, ò muerto, ò vivo llevaban, ò para curarle, ò para enterrarle: dieronse prisa à alcanzarlos, que como yvan de espacio, con facilidad lo hizieron. Hallaron à Don Vicente en los brazos de sus criados, à quien con cansada y debilitada voz rogava, que le dexassen allí morir, porque el dolor de las heridas no consentia, que mas adelante passasse. Arrojaronse de los cavallos Claudia, y Roque, llegaronle à él, temieron los criados la presencia de Roque, y Claudia se turbó en ver la de Don Vicente: y assi entre enternecida y rigurosa se llegó à él, y asiendole de las manos le dixo: Si tu me dieras estas conforme à nuestro concierto, nunca tu té vieras en este passo: abrió los casi cerrados ojos el herido Cavallero, y conociendo à Claudia, le dixo: Bien veo hermosa, y engañada Señora, que tu has sido la que me has muerto, pena no merecida, ni devida à mis deseos, con los quales, ni con mis obras no quise, ni supe ofenderte. Luego no es verdad, dixo Claudia, que yvas esta mañana à desposarte con Leonora, la hija del rico Ballestero. No porcierto, respondió Don Vicente, mi mala fortuna te devió de llevar estas nuevas, para que zelosa me quitasses la vida, la qual pues la dexo en tus manos, y en tus brazos, tengo mi fuer-

te por venturosa, y para asegurarte desta verdad, aprieta la mano, y recibeme por esposo, si quisieres, que no tengo otra mayor satisfacción que darte del agravio que pienas que de mi has recibido. Apretóle la mano Claudia, y apretósele à ella el coraçon de manera, que sobre la sangre y pecho de Don Vicente se quedó desmayada, y à él le tomó un mortal parálismo: confuso estava Roque, y no sabia que hazerse. Acudieron los criados à buscar agua, que echarles en los rostros, y truxeronla, con que se los bañaron. Bolvió de su desmayo Claudia; pero no de su parálismo Don Vicente, porque se le acabó la vida. Visto lo qual de Claudia, aviendose enterrado, que ya su dulce esposo no vivia, rompió los ayres con suspiros, hirió los cielos con quejas, maltratò sus cabellos entregandolos al viento, açò su rostro con sus propias manos, con todas las muestras de dolor y sentimiento, que de un lastimado pecho pudieran imaginarse. O cruel è inconsiderada muger, dezia, con que facilidad te moviste à poner en execucion tan mal pensamiento! ò fuerza rabiosa de los zelos, à que desesperado fin conduzis, à quien os dà acogida en su pecho! ò esposo mio! cuya desdichada suerte, por ser prenda mia, te ha llevado del talamo à la sepultura! Tales y tan tristes eran las quejas de Claudia, que sacaron las lagrimas de los ojos de Roque, no acostumbrados à verterlas en ninguna ocasion; lloravan los criados, desmayavase à cada passo Claudia, y todo aquel circuito parecia campo de tristeza, y lugar de desgracia. Finalmente Roque Guinart ordenó à los criados de Don Vicente, que llevassen su cuerpo al lugar de su padre, que estava allí cerca, para que le diesen sepul-

sepultura. Claudia dixo à Roque, que querría yrse à un Monasterio, donde era Abadesa una Tia suya, en el qual pensava acabar la vida, de otro mejor esposo, y mas eterno acompañada. Alabole Roque su buen proposito, ofreciòle de acompañarla, hasta donde quisièse, y de defender à su padre de los parientes, y de todo el mundo, si ofenderle quisièse. No quiso su compaña Claudia en ninguna manera, y agradeciendo sus ofrecimientos con las mejores razones que supo, se despidió del llorando. Los criados de Don Vicente llevaron su cuerpo, y Roque se bolvió à los suyos, y este fin tuvieron los amores de Claudia Geronima: pero que mucho si texieron la trama de su lamentable Historia las fuerças invencibles, y rigurosas de los zelos. Hallò Roque Guinart à sus Escuderos en la parte donde les avia ordenado, y à Don Quixote entre ellos sobre Rozinante, haziendoles una platica, en que les persuadia dexassen aquel modo de vivir tan peligroso, assi para el alma, como para el cuerpo: pero como los mas eran Gascones, gente rufica, y desbaratada, no les entrava bien la platica de Don Quixote. Llegado que fue Roque, preguntò à Sancho Pança, si le avian buuelto, y restituyendo las alhajas, y pressas, que los suyos del Ruzio le avian quitado: Sancho respondiò, que si, sino que le faltavan tres tocadores, que valian tres ciudades. Que es lo que dizes hombre, dixo uno de los presentes, que yo los tengo, y no valen tres reales. Assi es, dixo Don Quixote: pero estimalos mi Escudero en lo que ha dicho, por avermelos dado quien me los diò. Mandòselos bolver al punto Roque Guinart, y mandando poner los suyos en ala, mandò traer alli delante de todos los vesti-

vestidos, joyas, y dineros, y todo aquello que desde la ultima reparticion avian robado, y haziendo brevemente el tanteo, bolviendo lo no repartible, y reduziendolo à dineros, lo repartiò por toda su compaña, con tanta legalidad, y prudencia, que no passò un punto, ni defraudò nada de la Justicia distributiva. Hecho esto, con lo qual todos quedaron contentos, satisfechos, y pagados, dixo Roque à Don Quixote: Sino se guardasse esta puntualidad con estos, no se podria vivir con ellos; à lo que dixo Sancho: Segun lo que aqui he visto, es tan buena la Justicia, que es necessaria que se use aun entre los mismos ladrones. Oyòlo un Escudero, y arbolando el mocho de un arcabuz, con el qual, sin duda le abriera la cabeça à Sancho, si Roque Guinart no le diera voces, que se detuvièse. Pasmòse Sancho, y propusò de no descofer los labios en tanto, que entre aquella gente estuvièse. Llegò en esto uno, ò algunos de aquellos Escuderos, que estavan puestos por centinelas por los caminos, para ver la gente que por ellos venia, y dar aviso à su Mayor de lo que passava, y este dixo: Señor, no lexos de aqui, por el camino que va à Barcelona, viene un gran tropel de gente; à lo que respondiò Roque: Has echado de ver, si son de los que nos buscan, ò de los que nosotros buscamos? No sino de los que buscamos, respondiò el Escudero. Pues salid todos, replicò Roque, y traedme los aqui luego, sin que se os escape ninguno: hizieronto assi, y quedandose solos Don Quixote, Sancho, y Roque aguardaron à ver lo que los Escuderos trayan, y en este entretanto dixo Roque à Don Quixote: Nueva manera de vida le deve de parecer al Señor Don Quixote la nuestra, nuevas

aventuras, nuevos sucesos, y todos peligrosos, y no me maravillo que así le parezca: porque realmente le confieso, que no ay modo de vivir mas inquieto, ni mas sobreltado que el nuestro: à mi me han puesto en èl no sè que deseos de vengança, que tienen fuerza de turbar los mas sossegados coraçones: yo de mi natural soy compassivo, y bien intencionado; pero (como tengo dicho) el querer vengarme de un agravio, que se me hizo, así dà con todas mis buenas inclinaciones en tierra, que persevero en este estado à despecho, y pesar de lo que entiendo; y como un abismo llama à otro, y un pecado à otro pecado, han se eslabonado las venganças de manera, que no solo las mias, pero las ajenas tomo à mi cargo: pero Dios es servido de que aunque me veo en la mitad del laberinto de mis confusiones, no pierdo la esperança de salir del à puerto seguro. Admirado quedò Don Quixote de oyr hablar à Roque tan buenas, y concertadas razones, porque èl se pensava, que entre los de oficios semejantes de robar, matar, y saltar, no podia aver alguno que tuviesse buen discurso, y respondiòle: Señor Roque, el principio de la salud està en conocer la enfermedad, y en querer tomar el enfermo las medicinas, que el Medico le ordena; vuestra Merced està enfermo, conoce su dolencia, y el cielo, ò Dios (por mejor dezir) que es nuestro Medico, le aplicará medicinas que le sanen, las quales suelen sanar poco à poco, y no de repente y por milagro, y mas que los pecadores discretos están mas cerca de enmendarse que los simples, y pues vuestra Merced ha mostrado en sus razones su prudencia, no ay sino tener buen animo, y esperar mejoría de la enfermedad de su conciencia, y si vuestra Merced quiere ahor-

ahorrar camino, y ponerse con facilidad en el de su salvacion, venga se conmigo, que yo le enseñaré à ser Cavallero andante, donde se pasan tantos trabajos y delventuras, que tomándolas por penitencia en dos paletas le pondrán en el cielo. Riòse Roque del consejo de Don Quixote, à quien (mudando platica) contó el tragico suceso de Claudia Geronima, de que le peso en estremo à Sancho, que no le avia parecido mal la belleza, desemboltura, y brio de la moça. Llegaron en esto los Escuderos de la presa, trayendo consigo dos Cavalleros à cavallo, y dos Peregrinos à pie, y un coche de mugeres con hasta seys criados, que à pie, y à cavallo las acompañavan, con otros dos moços de mulas, que los Cavalleros trayan: cogieronlos los Escuderos en medio, guardando vencidos, y vencedores gran silencio, esperando à que el gran Roque Guinart hablasse: el qual preguntò à los Cavalleros, que quien eran, y donde yvan, y que dinero llevavan: uno dellos le respondiò: Señor, nosotros somos dos Capitanes de Infanteria Española, tenemos nuestras compañías en Napoles, y vamos à embarcarnos en quatro galeras, que dizen están en Barcelona, con orden de passar à Sicilia: llevamos hasta dozientos, ò trecientos escudos, con que à nuestro parecer vamos ricos, y contentos, pues la estrechez ordinaria de los soldados no permite mayores tesoros. Preguntò Roque à los peregrinos lo mismo que à los Capitanes, fuele respondido, que yvan à embarcarse para passar à Roma, y que entre entrambos podian llevar hasta sesenta reales: quiso saber tambien quien yva en el coche, y adonde, y el dinero que llevavan: y uno de los de acavallò dixo: Mi Señora Doña Guiomar de Quiñones, muger

muger del Regente de la Vicaria de Napoles, con una hija pequeña, una Donzella, y una Dueña son las que van en el coche, acompañamosla seys criados, y los dineros son seyscientos escudos. De modo, dixo Roque Guinart, que ya tenemos aqui novecientos escudos, y sesenta reales: mis soldados deven de ser hasta sesenta, mirese à como le cabe à cada uno: porque yo soy mal contador. Oyendo dezir esto los salteadores, levantaron la voz, diciendo: Viva Roque Guinart muchos años, à pesar de los lladres, que su perdicion procuran. Mostraron afligirse los Capitanes, entristeciòse la Señora Regenta, y no se holgaron nada los peregrinos, viendo la confiscacion de sus bienes: tuviolos assi un rato suspensos Roque: pero no quiso que passasse adelante su tristeza, que ya se podia conocer à tiro de arcabuz, y bolviendose à los Capitanes, dixo: Vuestras Mercedes, Señores Capitanes, por cortesía sean servidos de prestarme sesenta escudos, y la Señora Regenta ochenta, para contentar esta esquadra que me acompaña: porque el Abad de lo que canta yanta: y luego puedense yr su camino libre, y desembaraçadamente, con un salvo conduto, que yo les daré, para que si toparen otras de algunas esquadras mias, que tengo divididas por estos contornos, no les hagan daño, que no es mi intencion de agraviar à soldados, ni à muger alguna, especialmente à las que son principales. Infinitas, y bien dichas fueron las razones con que los Capitanes agradecieron à Roque su cortesía, y liberalidad, que por tal la tuvieron en dexarle su mismo dinero. La Señora Doña Guiomar de Quiñones se quiso arrojar del coche para besar los pies, y las manos del gran Roque: pero

pero el no lo consintió en ninguna manera, antes le pidió perdon del agravio, que le avia forçado de cumplir con las obligaciones precisas de su mal oficio. Mandò la Regenta à un criado suyo, diese luego los ochenta escudos que le avian repartido, y ya los Capitanes avian desembolsado los sesenta: y van los peregrinos à dar toda su miseria; pero Roque dixo, que se estuviesen quedos, y bolviendose à los suyos les dixo: Destos escudos dos tocan à cada uno, y sobran veynte; los diez se den à estos peregrinos, y los otros diez à este buen escudero, porque pueda dezir bien desta aventura: y trayendole adereçò de escrivir, de que siempre andava proveydo. Roque les diò por escrito un salvoconduto, para los mayoresales de sus esquadras, y despidiendose dellos, los dexò yr libres, y admirados de su nobleza, de su gallarda disposicion, y estraño proceder, teniendole mas por un Alexandro Magno, que por ladrón conocido. Uno de los escuderos, dixo en su lengua Gascona, y Catalana: Este nuestro Capitan mas es para Frade, que para vandolero: si de aqui adelante quisiere mostrarse liberal, sealo con su hazienda, y no con la nuestra. No lo dixo tan passò el desventurado, que dexasse de oyrlo Roque, el qual echando mano à la espada, le abrió la cabeça casi en dos partes, diciendo: Desta manera castigo yo à los deslenguados, y atrevidos: pasmaronse todos, y ninguno le osò dezir palabra, tanta era la obediencia que le tenian. Apartòse Roque à una parte, y escrivio una carta à un su amigo à Barcelona, dandole aviso como estava consigo el famoso Don Quixote de la Mancha, aquel Cavallero andante de quien tantas cosas se dezian, y que le hazia saber, que era el mas gracioso, y el mas entendido hombre del

mundo, y que de allí à quatro dias, que era el de san Juan Bautista, se le pondria en mitad de la playa de la ciudad, armado de todas sus armas, sobre Rozinante su cavallo, y à su escudero Sancho, sobre un alno, y que diese noticia desto à sus amigos los Niarros, para que con él se solazassen, que él quisiera que carecieran deste gusto los Cadellos sus contrarios, però que esto era imposible, à causa que las locuras, y discreciones de Don Quixote, y los donayres de su Escudero Sancho Panga, no podian dexar de dar gusto general à todo el mundo. Despachò estas cartas con uno de sus Escuderos, que mudando el trage de vandelero en el de un labrador, entrò en Barcelona, y la diò à quien yva.

CAPITULO LXI.

De lo que le sucedió à Don Quixote en la entrada de Barcelona, con otras que tienen mas de lo verdadero, que de lo discreto.

Tres dias, y tres noches estuvo Don Quixote con Roque, y si estuviera trezientos años no le faltara que mirar, y admirar, en el modo de su vida: aqui amanecian, acullà comian, unas vezes huyan sin saber de quien, y otras esperavan sin saber à quien. Dormian en pie, interrompiendo el sueño, mudandose de un lugar à otro: todo era poner espías, escuchar centinelas, soplar las cuerdas de los arcabuzes, aunque trayan pocos, porque todos se servian de pedreñales: Roque pasava las noches apartado de los suyos, en partes, y lugares donde ellos no pudiesen saber donde estava:

va: porque los muchos bandos que el Visorrey del Barcelona avia echado sobre su vida, le trayan inquieto, y temeroso, y no se osava fiar de ninguno, temiendo, que los mismos suyos, ò le avian de matar, ò entregar à la Justicia: vida porcierto miserable y enfadosa; en fin por caminos desusados, por atajos, y sendas encubiertas partieron Roque, Don Quixote, y Sancho con otros seys Escuderos à Barcelona, llegaron à su playa la vispera de san Juan en la noche, y abraçando Roque à Don Quixote, y à Sancho, à quien diò los diez escudos prometidos, que hasta entonces no se los avia dado, los dexò con mil ofrecimientos que de la una à la otra parte se hizieron. Bolviose Roque, quedòse Don Quixote esperando el dia assi à cavallo como estava, y no tardò mucho, quando començò à descubrirse por los balcones del Oriente la faz de la blanca Aurora, alegrando las yervas, y las flores, en lugar de alegrar el oído, aunque el mesmo instante alegraron tambien el oído el son de muchas chirimias, y atabales, ruydo de calcaveles, trapa, trapa, aparta, aparta, de corredores, que al parecer de la ciudad salian; diò lugar la Aurora al Sol, que un rostro mayor que el de una rodela, por el mas baxo Orizonte, poco à poco se yva levantando. Tendieron Don Quixote, y Sancho la vista por todas partes, vieron el mar, hasta entonces dellos no visto, pareciòles espacioso, y largo, harto mas que las lagunas de Ruydera, que en la Mancha avian visto; vieron las galeras que estavan en la playa, las quales, abatiendo las tiendas, se descubrieron llenas de flamulas y gallardetes, que tremolavan al viento, y besavan, y barrian el agua: dentro sonavan clarines, trompetas, y chirimias, que cerca, y lechos llenavan el

ayre de suaves y belicosos acentos, comenzaron a moverse, y a hazer modo de escaramuza por las fosiagadas aguas, correspondiendoles casi al mismo modo infinitos Cavalleros, que de la ciudad sobre hermosos cavallos, y con vistosas lidreas salian. Los Soldados de las galeras disparavan infinita artilleria, a quien respondian los que estavan en las murallas, y fuertes de la ciudad; la artilleria gruesa con espantoso estruendo rompia los vientos, a quien respondian los cañones de cruza de las galeras. El mar alegre, la tierra jocunda, el ayre claro, solo tal vez turbio del humo de la artilleria, parece que yva infundiendo, y engendrando gusto subito en todas las gentes. No podia imaginar Sancho, como pudiesen tener tantos pies aquellos bultos, que por el mar se movian: en esto llegaron corriendo con grita, lillies, y algazara los de las libreas, adonde Don Quixote suspenso, y atonito estava; y uno de ellos, que era el avilado de Roque, dixo en alta voz a Don Quixote: Bien sea venido a nuestra ciudad el Espejo, el Farol, la Estrella, y el Norte de toda la Cavalleria andante, donde mas largamente se contiene: Bien sea venido (digo) el valeroso Don Quixote de la Mancha; no el falso, no el ficticio, no el apocrifo; que en falsas historias estos dias nos han mostrado, sino el verdadero, el legal, y el fiel, que nos describió Cide Hamete Benengeli, Flor de los Historiadores. No respondió Don Quixote palabra, ni los Cavalleros esperaron a que la respondiese, sino bolviendose, y rebolviendose con los demas que los seguyan comenzaron a hazer un real buelto caracol al derredor de Don Quixote, el qual bolviendose a Sancho, dixo: Estos bien nos han conocido, yo apostaré, que han leydo nuestra Histo-

ria, y aun la del Aragonés rezien impresa. Bolvió otra vez el Cavallero que habló a Don Quixote, y dixole: Vuestra Merced, Señor Don Quixote, se venga con nosotros, que todos somos sus servidores, y grandes amigos de Roque Guinart. A lo que Don Quixote respondió: Si cortesías engendran cortesías, la vuestra, Señor Cavallero, es hija, o parienta muy cercana de las del gran Roque: llevadme do quisiereis, que yo no tendré otra voluntad que la vuestra, y mas si la quereys ocupar en vuestro servicio. Con palabras no menos comedidas que estas le respondió el Cavallero, y encerrándole todos en medio al son de las chirimias, y de los atabales, se encaminaron con él a la ciudad; al entrar de la qual, el malo, que todo lo malo ordena, y los muchachos, que son mas malos que el malo, dos dellos traviesos, y atrevidos se entraron por toda la gente, y alcanzando el uno de la cola del Ruzio, y el otro la de Rozinante, les pusieron, y encaxaron sendos manojos de alia-gas, sintieron los pobres animales las nuevas espuelas, y apretando las colas aumentaron su disgusto; de manera, que dando mil corcobos dieron con sus Dueños en tierra. Don Quixote, corrido, y afrentado, acudió a quitar el plumage de la cola de su matelote, y Sancho el de su Ruzio. Quisieron los que guyan a Don Quixote castigar el atrevimiento de los muchachos, y no fue posible; porque se encerraron entre mas de otros mil que los seguyan. Bolvieron a subir Don Quixote, y Sancho con el mismo aplauso y musica llegaron a la casa de su guya, que era grande, y principal, en fin como de Cavallero rico, donde le dexaremos por aora, porque así lo quiere Cide Hamete.

CAPITULO LXII.

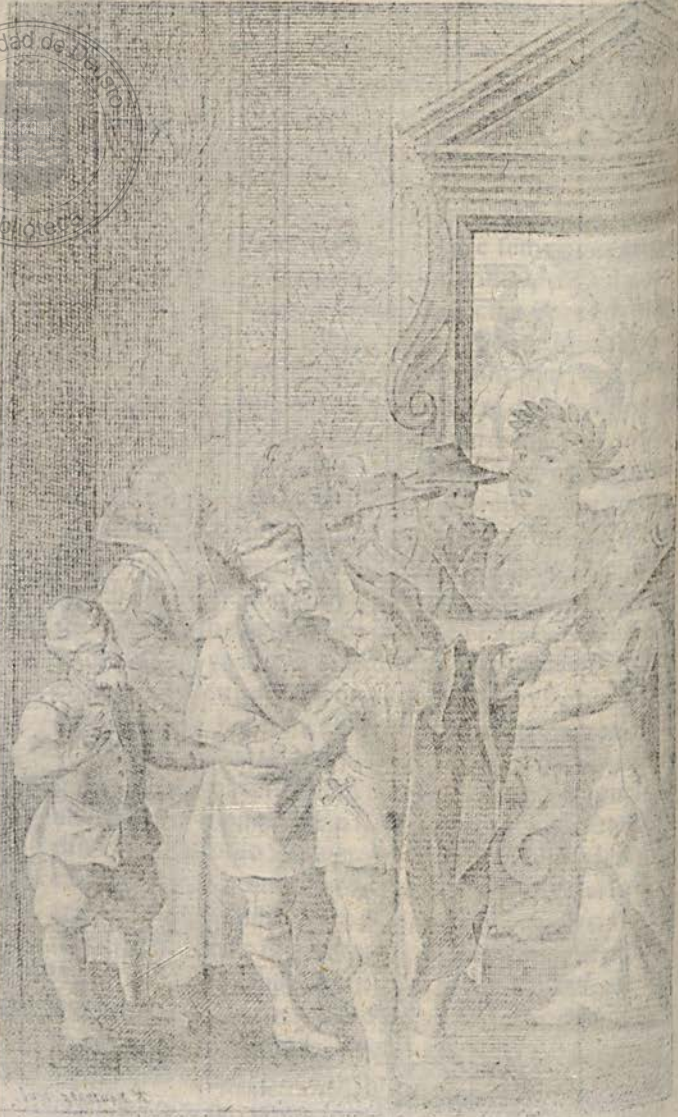
*Que trata de la aventura de la cabeça encantada,
con otras niñerías, que no pueden
dexar de contar se.*

DON Antonio Moreno se llamava el huesped de Don Quixote, Cavallero rico, y discreto, y amigo de holgar se à lo honesto, y afable: el qual viendo en su casa à Don Quixote, andava buscando modos como, sin su perjuzio, sacasse à plaga sus locuras: porque no son burlas las que duelen, ni ay passatiempos que valgan, si son con daño de tercero: lo primero que hizo, fue, hazer desarmar à Don Quixote, y sacarle à vistas con aquel su estrecho y acamuzado vestido (como ya otras vezes le hemos descrito, y pintado) à un balcon, que salia à una calle de las mas principales de la ciudad à vista de las gentes, y de los muchachos, que como à mona le miravan: corrieron de nuevo delante del los de las libreas, como si para el solo (no para alegrar aquel festivo dia) se las huvieran puesto, y Sancho estava contentissimo, por parecerle, que se avia hallado, sin saber como, ni como no, otras bodas de Camacho; otra casa como la de Don Diego de Miranda, y otro castillo como el del Duque. Comieron aquel dia con Don Antonio algunos de sus amigos, honrando todos, y tratando à Don Quixote como à Cavallero andante, de lo qual hueco, y pomposo no cabia en si de contento: los donayres de Sancho fueron tantos, que de su boca andavan como colgados todos los criados de casa, y todos quantos le oyan. Estando à la mesa, dixo Don Antonio

tonio à Sancho: Acà tenemos noticia, buen Sancho, que soys tan amigo de manjar blanco, y de albondiguillas, que si os sobran las guardays en el seno para el otro dia. No Señor, no es assi, respondiò Sancho, engafiado le han à vuestra Merced, porque tengo mas de limpio, que de goloso, y mi Señor Don Quixote, que està delante, sabe bien, que con un puño de bellotas, ò de nueces nos solemos passar entrambos ocho dias: verdad es, que si tal vez me sucede, que me den la vaquilla, corro con la seguilla (quiero dezir) que como lo que me dan, y ulo de los tiempos como los hallo: y quienquiera que huviere dicho, que yo soy comedor aventajado, y no limpio, tengase por dicho, que no acierta: y de otra manera dixera esto, sino mirara à las barbas honradas, que estàn à la mesa. Porcierto, dixo Don Quixote, que la parsimonia, y limpieça con que Sancho come, se puede escribir y gravar en laminas de bronce, para que quede en memoria eterna en los siglos venideros: verdad es, que quando el tiene hambre, parece algo tragon, porque come à priesa, y masca à dos carrillos: pero la limpieça siempre la tiene en su punto, y en el tiempo que fue Governador aprendiò à comer à lo melindroso, tanto, que comia con tenedor las ubas, y aun los granos de la granada. Como, dixo Don Antonio, Governador hasido Sancho? Si, respondiò Sancho, y de una Insula llamada la Barateria, diez dias la governè à pedir de boca, en ellos perdi el sosiego, y aprendi à despreciar todos los gobiernos del mundo; salí huyendo della, caí en una cueva donde me tuvo por muerto, de la qual salí vivo por milagro. Contò Don Quixote por menudo todo el suceso del Gobierno de Sancho, con que diò gran gusto à los oyentes. Levantados

tados los manteles, y tomando Don Antonio por la mano a Don Quixote, se entró con él en un apartado aposento, en el qual no avia otra cosa de adorno que una mesa al parecer de jaspe, que sobre un pie de lo mismo se sostenia, sobre la qual estava puesta al modo de las cabeças de los Emperadores Romanos, de los pechos arriba, una que semejava ser de bronce. Passóse Don Antonio con Don Quixote por todo el aposento, rodeando muchas vezes la mesa, después de lo qual dixo. Agora Señor Don Quixote, que estoy enterado, que no nos oye, y escucha alguno, y está cerrada la puerta, quiero contar à vuestra Merced una de las mas raras aventuras, o por mejor dezir, novedades que imaginarse pueden, con condicion que lo que à vuestra Merced dixere lo ha de depositar en los ultimos retretes del secreto. Así lo juro, respondió Don Quixote, y aun le echaré una losa encima para mas seguridad: porque quiero que sepa vuestra Merced Señor Don Antonio (que ya sabia su nombre) que está hablando con quien, aunque tiene oydos para oyr, no tiene lengua para hablar, así que con seguridad puede vuestra Merced trasladar lo que tiene en su pecho en el mio, y hazer cuenta que lo ha arrojado en los abismos del silencio. En fée de esta promessa, respondió Don Antonio: Quiero poner à vuestra Merced en admiracion con lo que viere, y oyere, y darme à mi algun alivio de la pena que me causa no tener con quien comunicar mis secretos, que no son para fiarse de todos. Suspensó estava Don Quixote, esperando en que avian de parar tantas prevenciones: en esto, tomándole la mano Don Antonio se la pasó por la cabeza de bronce, y por toda la mesa, y por el pie de jaspe, sobre que se sostenia, y luego dixo:





PARTE SEGUNDA. LIBRO VIII. 549

dixo: Esta cabeza, Señor Don Quixote, ha sido hecha, y fabricada por uno de los mayores encantadores, y hechizeros, que ha tenido el mundo; que creo era Polaco de nacion, y dicipulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan, el qual estuvo aqui en mi casa, y por precio de mil escudos, que le di, labró esta cabeza, que tiene propiedad, y virtud de responder à quantas cosas al oydo le preguntaren: guardó rumbos, pintó caracteres, observó astros, miró puntos, y finalmente la fabricó con la perfeccion que veremos mañana, porque los Viernes está muda, y oy que lo es nos ha de hazer esperar hasta mañana: en este tiempo podrá vuestra Merced prevenirse de lo que querra preguntar, que por experiencia se, que dize verdad en quanto responde. Admirado quedó Don Quixote de la virtud, y propiedad de la cabeza, y estuvo por no creer à Don Antonio: pero por ver quan poco tiempo avia para hazer la experiencia, no quiso dezirle otra cosa, sino que le agradecia el averle descubierto tan gran secreto: salieron del aposento, cerró la puerta Don Antonio con llave, y fueronse à la sala, donde los demás Cavalleros estaban: En este tiempo les avia contado Sancho muchas de las aventuras, y sucesos que à su Amo avian acontecido. Aquella tarde sacaron à passear à Don Quixote, no armado, sino de rua, vestido un balandran de paño leonado, que pudiera hazer sudar en aquel tiempo al mismo yelo, ordenaron con sus criados que entretuyessen à Sancho, de modo, que no le dexassen salir de casa: y va Don Quixote no sobre Rozinante, sino sobre un gran macho de pasto llano, y muy bien aderegado, pusieronle el balandran, y en las espaldas, sin que lo viesse le cosieron un pergamino, donde le escri-

escribieron con letras grandes: Este es Don Quixote de la Mancha: en comergando el paseo, llevava el rotulo los ojos de quantos venian à verle, y como leyan: Este es Don Quixote de la Mancha, admiravale Don Quixote de ver que quantos le miravan le nombravan, y conocian, y bolviendote à Don Antonio, que yva à su lado le dixo: Grande es la prerogativa que encierra en si la andante Cavallera, pues haze conocido y famoso al que la professa por todos los terminos de la tierra, sino mire vuestra Merced Señor Don Antonio, que hasta los muchachos desta ciudad, sin nunca averme visto me conocen. Assi es, Señor Don Quixote, respondió Don Antonio, que assi como el fuego no puede estar escondido y encerrado, la virtud no puede dexar de ser conocida, y la que se alcanza por la profission de las armas resplandece, y campea sobre todas las otras. Acaeció pues, que yendo Don Quixote con el aplauso que se ha dicho, un Castellano, que leyó el rotulo de las espaldas, a'gò la voz, diciendo: Valgate el diablo por Don Quixote de la Mancha: como, que hasta aqui haz llegado sin averte muerto los infinitos palos que tienes acuestas? Tu eres loco, y si lo fueras à solas, y dentro de las puertas de tu locura, fuera menos mal: pero tienes propiedad de bolver locos, y mentecatos à quantos te tratan, y comunican, sino mirenlo por estos Señores, que te acompañan: buelvete, mentecato, à tu casa, y mira por tu hazienda, por tu muger, y tus hijos, y dexate destas vaziedades, que te carcomen el seso, y te defnatan el entendimiento. Hermano, dixo Don Antonio, seguyd vuestro camino, y no deys consejos à quien no os los pide: el Señor Don Quixote de la Mancha, es muy cuerdo, y nosotros

otros, que le acompañamos, no somos necios: la virtud se ha de honrar dondequiera que se hallare, y andad en hora mala, y no os metays donde no os llaman. Par diez vuestra Merced tiene razon, respondió el Castellano, que aconsejar à este buen hombre, es dar coces contra el aguijon: pero con todo esso me dà muy gran lastima, que el buen ingenio que dicen que tiene en todas las cosas este mentecato, se le desague por la canal de su andante Cavallera: y la en hora mala que vuestra Merced dixo, sea para mi, y para todos mis descendientes, si de oy mas, aunque viviesse mas años que Matusalem, diere consejo à nadie, aunque me lo pida. Apartose el consejero, seguyó adelante el paseo: pero que tanta la priessa, que los muchachos, y toda la gente tenia leyendo el rotulo, que se le huvo de quitar Don Antonio, como que le quitava otra cosa. Llegó la noche, bolvieronse à casa, huvo farao de Damas: porque la muger de Don Antonio, que era una Señora principal, y alegre, hermosa, y discreta, combidó à otras sus amigas à que viniessen à honrar à su huesped, y à gustar de sus nunca vistas ocurrencias. Vinieron algunas, cenose esplendidamente, y comengóse el farao casi à las diez de la noche: entre las Damas avia dos de gusto picaro, y burlonas; y con ser muy honestas; eran algo descompuestas, por dar lugar que las burlas alegrassen sin enfado: estas dieron tanta priessa en sacar à dançar à Don Quixote, que le molieron, no solo el cuerpo, pero el anima: era cosa de ver la figura de Don Quixote, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, defayrado, y sobre todo no nada ligero, requebravanle como à hurto las damiselas, y el tambien como à hurto las desdeñava: pero viendo se apre-

apretar de requiebros, alçò la voz, y dixo: *Fugit partes adversa*, dexadme en mi sosiego pensamiento, venidos, allà os avénid, Señoras, con vuestras descos, que la que es Reyna de los míos la fin par Dulcinea del Toboso, no consiente, que ningunos otros que los suyos me avassallen, y rindan: y diciéndo esto se sentò en mitad de la sala en el suelo molido, y quebrantado de tan baylador exercicio. Hizo Don Antonio, que le llevassén en peso à su lecho, y el primero que alio dél, fue Sancho, diciéndole: Nora en tal, Señor nuestro, Amo lo aveys baylado, pensays que todos los valientes son dancadores, y todos los andantes Cavalleros baylarines. Digo, que si lo pensays, que estays engañado: hombre ay que se atreverà à matar à un gigante, antes que hazer una cabriola, si huvierades de capatear, yo supliera vuestra falta, que capateo como un Girifalte: pero en lo del dancar no doy puntada. Con estas y otras razones diò que reyr Sancho à los del farao, y diò con su Amo en la cama, arrojandole para que sudasse la frialdad de su bayle. Otro dia le pareció à Don Antonio ser bien, hazer la experiencia de la cabeça encantada, y con Don Quixote, Sancho, y otros dos amigos, con las dos Señoras q̄ avian molido à Don Quixote en el bayle, que aquella noche se avian quedado con la muger de Don Antonio, se encerraron en la estancia, donde estava la cabeça: contòles la propiedad que tenia, encargòles el secreto, y dixo les, que aquel era el primero dia, donde se avia de provar la virtud de la tal cabeça encantada, y finaron los dos amigos de Don Antonio, ninguna otra persona sabia el busilis del encanto; y aun si Don Antonio no se le huviera descubierto primero à sus amigos, tambien ellos cayeran en la admiracion que

que los demas cayeron, sin ser possible otra cosa, con tal traga, y tal orden estava fabricada: el primero que se llegó al oydo de la cabeça, fue el mismo Don Antonio, y dixòle en voz sumissa; pero no tanto, que de todos no fue entendida: Dime, cabeça, por la virtud que en ti se encierra, que pensamientos tengo yo agora. Y la cabeça le respondió, en mover los labios, con voz clara y distinta, de modo que fue de todos entendida esta razon: Yo no tengo de pensamientos, oyendo lo qual todos quedaron atonitos; y mas viendo, que en todo el aposento, ni al derredor de la mesa no avia persona humana, que responder pudiesse. Quantos estamos aqui tornò à preguntar Don Antonio) y fuele respondido por el propio tenor passò: Estays tu, y tu muger con dos amigos tuyos, y dos amigas della, y un cavallero famoso, llamado Don Quixote de la Mancha, y un su Escudero, que Sancho Pança tiene por nombre. Aqui si que fue el admirarse de nuevo: aqui si, que fue el erizarse los cabellos à todos puro espanto! Y apartandose Don Antonio de la cabeça, dixo: Esto me basta para darme à entender, que no soy engañado del que te me vendio, cabeça sabia, cabeça habladora, cabeça respondona, y admirable cabeça! Llegue otro, y preguntete lo que quisiere: y como las mugeres de ordinario son curiosas, y amigas de saber, la primera que se llegó, fue una de las dos amigas de la muger de Don Antonio; y lo que le preguntò fue: Dime, cabeça, ¿que harè yo para ser muy hermosa? y fuele respondido: Sè muy honesta. No te pregunto mas, dixo la preguntante. Llegò luego la compañera, y dixo: ¿Querria saber, cabeça, si mi marido me quiere, o no. Y respondieronle: Mirà las obras que te haze,

haze, y echarlo has de ver. Apartòse la caída, diciendo, esta respuesta no tenia necesidad de pregunta: porque en efecto las obras que se hazen declaran la voluntad que tiene el que las haze. Luego llegó uno de los dos amigos de Don Antonio, y preguntòle: Quien soy yo? Y fuele respondido. Tu lo sabes. No te pregunto esto, respondió el Cavallero, sino que me digas, si me conoces tu? Si conozco, le respondieron, que eres Don Pedro Norri. No quiero saber mas, pues esto basta para entender, ô cabeça, que lo sabes todo. Y apartandose llegó el otro amigo, y preguntòle: Dime, cabeça, que deseos tiene mi hijo el mayorazgo? Ya yo he dicho, le respondieron, que yo no juzgo de deseos: pero con todo esto te se dezir, que los que tu hijo tiene son de enterrarte: Esto es, dixo el Cavallero, lo que veo por los ojos con el dedo lo señalo, y no pregunto mas. Llegòse la muger de Don Antonio, y dixo: Yo no se, cabeça, que preguntarte, solo que me rria saber de ti, si gozarè muchos años de buen marido? Y respondieronle: Si gozarás, porque su salud, y su templança en el vivir, prometen muchos años de vida, la qual muchos suelen acortar por su destemplança. Llegòse luego Don Quixote, y dixo: Dime, tu el que respondes: Fue verdad, ô fue sueño lo que yo cuento que me pasó en la cueva de Montesinos, serán ciertos los agotes de Sancho mi Escudero, tendrà à efecto el desencanto de Dulcinea? A lo de la cueva, respondieron: Ay mucho que dezir, de todo tiene: los agotes de Sancho yrán de espacio: el desencanto de Dulcinea llegará à devida execucion. No quiero saber mas, dixo Don Quixote, que como yo vea à Dulcinea desencantada, harè cuenta, que vienen de golpe todas las venturas que

que acaeràn à desear. El ultimo preguntante fue Sancho, y lo que preguntò fue: Por ventura, cabeçatendrè otro Gobierno, saldrà de la estrechez de Escudero, bolverè à ver à mi muger, y à mis hijos? A lo que le respondieron: Governarás en tu casa, y si buelves à ella, verás à tu muger, y à tus hijos, y dexando de servir, dexarás de ser Escudero. Bueno par Dios, dixo Sancho Panga, esto y me lo dixera, no dixera mas el Profeta Perogrullo. Bestia, dixo Don Quixote, que quieres que te respondan, no basta, que las respuestas que esta cabeça ha dado, correspondan à lo que se le pregunta. Si basta, respondió Sancho: pero quisiera yo, que se declarara mas, y me dixera mas. Con esto se acabaron las preguntas, y respuestas; pero no se acabò la admiracion en que todos quedaron, excepto los dos amigos de Don Antonio, que el caso sabian. El qual quitò Cide Hamete Benengeli declarar luego, por no tener suspenso al mundo, creyendo que algun hechizero, y extraordinario misterio en la tal cabeça se encerrava: y assi dize, que Don Antonio Moreno, à imitacion de otra cabeça que viò en Madrid, fabricada por un estampero, hizo esta en su casa para entretenerse, y suspender à los ignorantes, y la fabrica era desta suerte. La tabla de la mesa era de palo, pintada, y barnizada como jaspe, y el pie sobre que se sostenia, era de lo mesmo, con quatro parras de aguilas que del salian para mayor firmeza del peso. La cabeça, que parecia medalla y figura de Emperador Romano, y de color de bronce estaba toda hueca, y ni mas ni menos la tabla de la mesa en que se encaxava tan justamente, que ninguna señal de juntura se parecia: el pie de la tabla era tambien hueco, que respondia à la garganta y pechos

chos de la cabeza: y todo esto venia à responder à otro aposento, que debaxo de la estancia de la cabeza estava por todo este hueco de pie, mesa, garganta, y pechos de la medalla, y figura referida se encaminava un cañon de hoja de lata muy justo, que de nadie podia ser visto: en el aposento de abaxo, correspondiente al de arriba se ponía el que avia de responder, pegada la boca con el mismo cañon, de modo que à modo de cervatana yva la voz de arriba abaxo, y de abaxo arriba en palabras articuladas, y claras; y desta manera no era possible conocer el embuste. Un sobrino de Don Antonio, estudiante agudo, y discreto, fue el respondiente, el qual estando avisado de su Señor Tio, de los que avia de entrar con el en aquel dia en el aposento de la cabeza, le fue facil responder con presteza, y puntualidad à la primera pregunta; à las demas respondió por conjeturas, y como discreto discretamente: y dize mas Cide Hamete, que hasta diez, ò doze dias durò esta maravillosa maquina; pero que divulgandose por la ciudad que Don Antonio tenia en su casa una cabeza encantada, que à quantos le preguntavan respondia, temiendo no llegasse à los oydos de las despiertas centinelas de nuestra Fe: aviendo declarado el caso à los Señores Inquisidores, le mandaron, que lo deshiziesse, y no passasse mas adelante, porque el vulgo ignorante no se escandalizasse: pero en la opinion de Don Quixote, y de Sancho Pança la cabeza quedó por encantada, y por respondona, mas à satisfacion de Don Quixote, que de Sancho. Los Cavalleros de la ciudad, por complazer à Don Antonio, y por agasajar à Don Quixote, y dar lugar à que descubriesse sus sandezes, ordenaron de correr fortija de alli à seys dias, que no tuvo efecto, por

por la ocasion que se dirà adelante. Dídole gana à Don Quixote de passear la ciudad à la llana, y à pie, temiendo, que si yva à cavallo le avian de perseguir los muchachos, y assi el, y Sancho con otros dos criados que Don Antonio le diò, salieron à passearse. Sucedió pues, que yendo por una calle algò los ojos Don Quixote, y viò escrito sobre una puerta, con letras muy grandes: Aquí se imprimen libros, de lo que se contentò mucho, porque hasta entonces no avia visto Empronta alguna, y deseava saber como fuesse. Entrò dentro con todo su acompañamiento, y viò tirar en una parte, corregir en otra, componer en esta, enmendar en aquella, y finalmente toda aquella maquina, que en las Emprontas grandes se muestra. Llegavale Don Quixote à un caxon, y preguntava, que era aquello que alli se hazia, davanle cuenta los oficiales, admiravase, y passava adelante: llegó en otras à uno, y preguntole, que era lo que hazia? El oficial le respondió, Señor, este Cavallero que aqui està, y enseñòle à un hombre de muy buen talle y parecer, y de alguna gravedad: ha traduzido un libro Toscano en nuestra lengua Castellana, y estoyle yo componiendo, para darle à la estampa. Que titulo tiene el libro? preguntò Don Quixote. A lo qual el Autor respondió: Señor, el libro en Toscana se llama, Lebagatele. Y que responde Lebagatele, en nuestro Castellano? preguntò Don Quixote. Lebagatele, dixo el Autor, es como si en Castellano dixessemos los juguetes, y aunque este libro es en el nombre humilde, contiene y encierra en si cosas muy buenas, y sustanciales. Yo, dixo Don Quixote, se algun tanto del Toscano, y me precio de cantar algunas estancias del Ariosto: pero digame vuestra Merced,

Señor mio (y no digo esto, por que quiero examinar el ingenio de vuestra Merced) sino por curiosidad no mas, ha hallado en su escritura alguna vez nombrar pinata? Si muchas vezes, respondió el Autor, y como la traduze vuestra Merced en Castellano? preguntó Don Quixote. Como la avia de traduzir, replicó el Autor, sino diziendo olla. Cuerpo, de tal dixo Don Quixote, y que adelante está vuestra Merced en el Toscano idioma, yo apostaré una buena apuesta, que adonde diga en el Toscano pinache, dize vuestra Merced en el Castellano, plazé, y adonde diga pin, dize mas, y él su declara con arriba, y el gü con abaxo: si declaro porcierto, dixo el Autor, por que estas son sus propias correspondencias. Ostaré yo jurar, dixo Don Quixote, que no es vuestra Merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios, ni los loables trabajos, que de habilidades ay perdidas por ai, que de ingenios arrinconados, que de virtudes menospreciadas: pero con todo esto me parece, que el traduzir de una lengua en otra, como no sea de las Reinas de las lenguas Griega y Latina, es como quien mira los tapizes Flamencos por el revers, que aunque se veen las figuras, son llenas de hilos que las encubren, y no se veen con la lizura, y tez de la haz, y el traduzir de lenguas faciles, ni arguye ingenio, ni elocucion, como no le arguye, el que traslada, ni el que copia un papel de otro papel, y no por esto quiero inferir, que no sea loable este exercicio del traduzir, porque en otras cosas peores se podria ocupar el hombre, y que menos provecho le traxessen. Fuera desta cuenta van los dos famosos traductores, el uno el Dotor Christoval de Figueroa, en su Paristor Fido, y el otro Don Juan de Xautigui, en su

Aminta, donde felizmente ponen en duda, qual es la traduccion, o qual el original: Pero digame vuestra Merced, este libro imprimefe por su cuenta, o tiene ya vendido el privilegio á algun Librero? Por mi cuenta lo imprimo, respondió el Autor, y pienso ganar mil ducados por lo menos con esta primera impressiõ, que ha de fer de dos mil cuerpos, y se han de despachar á feys reales cada una, en cada las pajas. Bien está vuestra Merced en la cuenta, respondió Don Quixote: bien parece, que no sabe las entradas y salidas de los Impressores, y las correspondencias que ay de unos á otros, yo le prometo, que quando se vea cargado de dos mil cuerpos de libros, vea tan molido su cuerpo, que se espante, y mas si el libro es un poco abielo, y no nada picante. Pues que, dixo el Autor, quiere vuestra Merced, que se lo dé á un Librero, que me dé por el privilegio tres maravedis, y aun piensa que me haze merced en darmelos, yo no imprimo mis libros, para alcanzar fama en el mundo, que ya en el soy conocido por mis obras: provecho quiero, que sin el no vale un quattrin la buena fama. Dios le dé á vuestra Merced buena manderecha, respondió Don Quixote, y pasó adelante á otro caxon, donde vió, que estavan corrigiendo un pliego de un libro, que se intitulava Luz del alma, y en viendole, dixo: estos tales libros, aunque ay muchos deste genero, son los que se deven imprimir: porque son muchos los pecadores que se usan, y son menester infinitas luzes para tantos desalumbados. Pasó adelante, y vió que assi mesmo estavan corrigiendo otro libro, y preguntando su titulo, le respondieron, que se llamava la Segunda Parte del Ingenioso Hidalgo Don Quixote de la Mancha, compuesta por un tal vezino

de Tordeillas. Ya yo tengo noticia deste libro, dixo Don Quixote, y en verdad, y en mi conciencia que pense, que ya estava quemado, y hecho polvos por impertinente: pero su san Martin se le llegará, como á cada puerco: que las Historias fingidas tanto tienen de buenas, y deleytables, quanto se llegan á la verdad, ó la semejança della, y las verdaderas tanto son mejores, quanto son mas verdaderas: y diziendo esto, con muestras de algun despecho se salió de la Emprenta: y aquel mesmo dia ordenò Don Antonio de llevarle á ver las galeras, que en la playa estavan, de que Sancho se regozijò mucho, á causa que en su vida las avia visto. Avisò Don Antonio al Quatralvo de las galeras, como aquella tarde avia de llevar á verlas á su huesped el famoso Don Quixote de la Mancha, de quien ya el Quatralvo, y todos los vezinos de la ciudad tenian noticia, y lo que le sucedió en ellas se dirá en el siguiente Capitulo.

CAPITULO LXIII.

De lo mal que le avino á Sancho Pança con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca.

GRandes eran los discursos que Don Quixote hazia sobre la respuesta de la encantada cabeza, sin que ninguno dellos diessse en el embuste, y todos paravan con la promessa, que el tuvo por cierto, del desencanto de Dulcinea, allí yva, y venia, y se alegrava entre si mismo, creyendo que avia de ver presto su cumplimiento, y Sancho

cho, aunque aborrecia el ser Governador, como queda dicho, todavia deseava bolver á mandar, y á ser obedecido, que esta mala ventura trae consigo el mando, aunque sea de burlas. En resolución aquella tarde Don Antonio Moreno su huesped, y sus dos amigos con Don Quixote, y Sancho fueron á las galeras: el Quatralvo, que estava avisado de su buena venida, por ver á los dos tan famosos Quixote y Sancho, apenas llegaron á la marina, quando todas las galeras abatieron tienda, y sonaron las chirimias, arrojaron luego el esquife al agua, cubierto de ricos tapetes, y de almohadas de terciopelo carmesi, y en poniendo que puso los pies en el Don Quixote, disparò la Capitana el cañon de cruzia, y las otras galeras hizieron lo mesmo; y al subir Don Quixote por la escala derecha, toda la chusma le saludò, como es usança, quando una persona principal entra en la galera, diziendo: Hu, hu, hu, tres veces, diòle la mano el General, que con este nombre le llamaremos, que era un principal Cavallero Valenciano, abraçò á Don Quixote, diziendole: este dia señalarè yo con piedra blanca, por ser uno de los mejores que pienso llevar en mi vida, aviendo visto al Señor Don Quixote de la Mancha, tiempo y señal que nos muestra, que en el se encierra, y cifra todo el valor del andante Cavalleria. Con otras no menòs corteses razones le respondió Don Quixote alegre sobre manera, de verse tratar tan á lo Señor. Entraron todos en la Popa, que estava muy bien adereçada, y sentaronse por los bandines: pasóse el Comitre en cruzia, y diò señal con el pito, que la chusma hiziesse fuera ropa, que se hizo en un instante. Sancho, que viò tanta gente en cueros, quedó pasmado;

y mas quando vio hazer tienda con tanta priessa, que a el le parecio, que todos los diablos andavan alli trabajando: pero esto todo fueron tortas y pan pintado, para lo que aora dire. Estava Sancho sentado sobre el estanterol junto al espaldar de la mano derecha, el qual ya avisado de lo que avia de hazer, asio de Sancho, y levantandole en los brazos, toda la chufma puesta en pie, y alerta, comenzando de la derecha vanda, le fue dando, y bolteando sobre los brazos de la chufma de banco en banco, con tanta priessa, que el pobre Sancho perdio la vista de los ojos, y sin duda penso, que los mismos demonios le llevavan, y no pararon con el, hasta bolverle por la siniestra vanda a ponerle en la popa: quedo el pobre molido, y jadeando, y trasudando, sin poder imaginar que fuesse lo que sucedidole avia. Don Quixote, que vio el buelo sin alas de Sancho, preguntó al General, si eran ceremonias aquellas, que se usavan con los primeros que entravan en las galeras, porque si a caso lo fuesse, el que no tenia intencion de professar en ellas, no queria hazer semejantes exercicios, y que votava a Dios, que si alguno llegava a asirle para boltearle, que le avia de sacar el alma a puntillazos: y diziendo esto se levanto en pie, y empuño la espada. A este instante abatieron tienda, y con grandissimo ruydo dexaron caer la entena de alto abaxo: pensó Sancho que el cielo se desencaxava de sus quicios, y venia a dar sobre su cabeza, y agoviandola lleno de miedo, la puso entre las piernas; no las tuvo todas consigo Don Quixote, que tambien se estremeció, y encogió de ombros, y perdió la color del rostro: la chufma yzó la entena, con la misma priessa y ruydo que le avian amaynado, y todo esto callando, como sino tuvieran

voz, ni aliento, hizo señal el Comitre, que zarpassen el ferro, y saltando en mitad de la cruxia con el corvacho, o rebenque, comengó a mosquear las espaldas de la chufma, y alargarse poco a poco a la mar. Quando Sancho vió a una moverse tantos pies colorados, que tan les pensó el que eran los remos, dixo entre si: Estas si son verdaderamente cosas encantadas, y no las que mi Amo dize: que han hecho estos desdichados que ansi los agotan, y como este hombre solo que anda por aqui silvando, tiene atrevimiento para agotar a tanta gente? Aora yo digo, que este es infierno, o por lo menos el purgatorio: Don Quixote que vió la atencion con que Sancho mirava lo que passava, le dixo: A Sancho amigo, y con que brevedad, y quan a poca costa os podiades vos, si quisiessedes, desnudar de medio cuerpo arriba, y poner os entre estos Señores, y acabar con el desencanto de Dulcinea, pues con la miseria y pena de tantos, no sentiriades vos mucho la vuestra: y mas que podria ser, que el sabio Merlin tomasse en cuenta cada agote de stos, por ser dados de buena mano, por diez de los que vos finalmente os aviades de dar. Preguntar queria el General, que agotes eran aquellos, o que desencanto de Dulcinea: quando dixo el Marinero, señal haze Monjuy de que ay baxel de remos en la costa por la vanda del Poniente. Esto oydo saltó el General en la cruxia, y dixo: Ea hijos no senos vaya algun vergantín de cofarios de Argel, deve de ser este, que la atalaya nos señala. Llegaronse luego las otras tres galeras a la Capitana, a saber lo que se les ordenava: mandó el General, que las dos saliessem a la mar, y el con la otra yria tierra a tierra, porque ansi el baxel no se les escaparia. Apretó la chufma los remos,

impeliendo las galeras con tanta furia, que parecia que volaban, las que salieron à la mar à obra de dos millas descubrieron un baxel, que con la vista le marcaron por de hasta catorze, ò quinze bancos, y assi era la verdad, el qual baxel, quando descubrió las galeras, se puso en caça con intencion, y esperança de escaparle por su ligereza: pero avinole mal, porque la galera Capitana era de los mas ligeros baxeles que en la mar navegavan, y assi le fue entrando, que claramente los del vergantin conocieran, que no podian escaparle, y assi el Arraez quisiera que dexaron los remos, y se entregaran, por no irritar à enojo al Capitan, que nuestras galeras regia: pero la fuerte que de otra manera lo guayava, ordenò, que ya que la Capitana llegava tan cerca, que podian los del baxel oyr las voces que desde ella les dezian, que se rindiessen; dos Toraquis, que es como dezir, dos Turcos borrachos, que en el vergantin venian con estos doze, dispararon dos escopetas, con que dieron muerte à dos soldados, que sobre nuestras arrumbadas venian. Viendo lo qual jurò el General de no dexar con vida à todos quantos en el baxel tomassè, y llegando à envestir con toda furia se le escapò por debaxo de la palamenta: passò la galera adelante un buen trecho, los del baxel se vieron perdidos, hizieron vela en tanto que la galera bolvia, y de nuevo à vela y remo se pusieron en caça: pero no les aprovechò su diligencia, tanto como les dañò su atrevimiento, porque alcançandoles la Capitana à poco mas de media milla, les echò la palamenta encima, y los cogió vivos à todos. Llegaron en esto las otras dos galeras, y todas quatro con la presa bolvieron à la playa, donde infinita gente los estava esperando, deseosos de ver lo

lo que trayan: diò fondo el General cerca de tierra, y conociò, que estava en la marina el Virrey de la ciudad, mandò echar el equife para traerle, y mandò amaynar la entena, para ahorcar luego luego al Arraez, y à los demas Turcos, que en el baxel avia cogido, que serian hasta treynta y leys personas; todos gallardos, y los mas escopeteros Turcos. Preguntò el General quien era el Arraez del vergantin, y fuele respondido por uno de los cautivos en lengua Castellana (que despues pareció ser renegado Español.) Este mancebo, Señor, que aqui veas, es nuestro Arraez, y mostròle uno de los mas bellos, y gallardos mogos, que pudiera pintar la humana imaginacion. La edad (al parecer) no llegava à veynte años: preguntòle el General: Dime mal aconsejado perro, quien te movió à matarme mis soldados; pues veyas ser imposible el escaparle, esse respeto se guarda à las Capitanas? no sabes tu que no es valentia la temeridad, las esperanças dudosas han de hazer à los hombres atrevidos, pero no temerarios. Responder queria el Arraez, pero no pudo el General por entonces oyr la respuesta, por acudir à recibir al Virrey, que ya entrava en la galera, con el qual entraron algunos de sus criados, y algunas personas del pueblo. Buena ha estado la caça Señor General, dixo el Virrey. Y tan buena, respondió el General, qual la verà vuestra Excelencia agora colgada desta entena. Como anssí replicò el Virrey. Porque me han muerto, respondió el General, contra toda ley, y contra toda razon, y usança de guerra, dos soldados de los mejores que en estas galeras venian, y yo he jurado de ahorcar à quantos he cautivado, principalmente à este mogo, que es el Arraez del vergantin, y

enseñole al que ya tenia atadas las manos, y echado el cordel à la garganta, esperando la muerte. Miróle el Virrey, y viendole tan hermoso, y tan gallardo, y tan humilde, dandole en aquel instante una carta de recomendacion su hermosura, le vino deseo de escutar su muerte, y assi le preguntò: Dime Arraez eres Turco de nacion, ò Moro, ò renegado? A lo qual el moço respondió en lengua assimesmo Castellana: Ni soy Turco de nacion, ni Moro, ni renegado. Pues que eres? replicò el Virrey. Muger Christiana, respondió el mancebo. Muger Christiana, y en tal trage, y en tales passos, mas es cosa para admirarla, que para creerla. Suspended, dixo el moço, ò Señores la execucion de mi muerte, que no se perderà mucho en que se dilate vuestra vengança, en tanto que yo os cuente mi vida. Quien fuera el de coraçon tan duro, que con estas razones no se ablandara, ò alomenos hasta oyr las que el triste y lastimado mancebo dizir queria? El General le dixo, que dixesse lo que quisiere: pero que no esperasse alcançar perdon de su conocida culpa. Con esta licencia el moço començò à dezir desta manera: De aquella nacion mas desdichada, que prudente, sobre quien ha llovido estos dias un mar de desgracias, naci yo de Moriscos padres engendrada, en la corriente de su desventura fuy yo por dos Tios míos llevada à Berberia, sin que me aprovechasse dezir, que era Christiana, como en efecto lo soy, y no de las fingidas, ni aparentes, sino de las verdaderas, y Catolicas: no me valió con los que tenian à cargo nuestro miserable destierro, dezir esta verdad, ni mis Tios quisieron creerla, antes la tuvieron por mentira, y por invencion, para quedarme en la tierra, donde avia nacido, y assi por fuerza,

fuerga, mas que por grado me truxeron conmigo. Tuve una madre Christiana, y un padre discreto y Christiano, ni mas ni menos: mamè la Fè Catolica en la leche, crieme con buenas costumbres, ni en la lengua, ni en ellas jamas, à mi parecer, di señales de ser Morisca, al par, y al passo destas virtudes (que yo creo que lo son) creció mi hermosura, si es que tengo alguna, y aunque mi recato, y mi encerramiento fue mucho, no devió de ser tanto, que no tuviesse lugar de verme un mancebo Cavallero, llamado Don Gaspar Gregorio, hijo mayorazgo de un Cavallero, que junto à nuestro lugar otro suyo tiene, como me viò, como nos hablamos, como se viò perdido por mi, y como yo no muy ganada por el, seria largo de contar, y mas en tiempo que estoy temiendo, que entre la lengua y la garganta se ha de atravesar el riguroso cordel, que me amenaza, y assi solo dirè, como en nuestro destierro quise acompañarme Don Gregorio: mezclòse con los Moriscos, que de otros lugares salieron, porque sabia muy bien la lengua, y en el viage se hizo amigo de dos Tios míos, que consigo me trayan, porque mi padre, prudente y prevenido, assi como oyò el primer vando de nuestro destierro, se salió del lugar, y se fue à buscar alguno en los Reynos estranos, que nos acogiesse, dexò encerradas, y enteradas en una parte, de quien yo sola tengo noticia, muchas perlas, y piedras de gran valor, con algunos dineros en cruzados, y doblones de oro: mandome que no tocasse al tesoro que dexava en ninguna manera. Si acaso antes que el bolviesse nos desterravan. Hizelo assi, y con mis Tios (como tengo dicho) y otros parientes y allegados passamos à Berberia, y el lugar donde hizimos assiento, fue en Argel,

gel, como si le hizieramos en el mismo infierno. Tuvo noticia el Rey de mi hermosura, y a fama le dio de mis riquezas, que en parte fue ventura mia. Llamóme ante sí, preguntóme de que parte de España era, y que dineros, y que joyas traya, dixe el lugar, y que las joyas y dineros quedavan en el enterrados: pero que con facilidad se podrian cobrar, si yo misma bolviessse por ellos. Todo esto le dixe, temerosa de que no le cegasse mi hermosura, sino su codicia. Estando conmigo en estas pláticas, le llegaron a dezir, como venia conmigo uno de los mas gallardos, y hermosos mancebos, que se podia imaginar: luego entendí, que lo dezian por Don Gaspar Gregorio, cuya belleza se dexa atras las mayores que encarecerse pueden. Turbóme, considerando el peligro que Don Gregorio corria, porque entre aquellos Barbaros Turcos, en mas se tiene, y estima un muchacho, o mancebo hermoso, que una muger, por bellissima que sea. Mandó luego el Rey, que se le truxesssen allí delante para verle, y preguntóme, si era verdad lo que de aquel moço le dezian, entonces yo, casi como prevenida del cielo, le dixe que si era: pero que le hazia saber, que no era varon, sino muger como yo, y que le suplicava me la dexasse yr a vestir en su natural trage, para que de todo en todo mostrasse su belleza, y con menos empacho pareciesse ante su presencia. Dixome, que fuesse en buena hora, y que otra dia hablariamos en el modo que se podia tener para que yo bolviessse a España, a sacar el escondido tesoro. Hablé con Don Gaspar: contéle el peligro que corria el mostrar ser hombre: vestíle de Mora, y aquella mesma tarde le traxe a la presencia del Rey, el qual en viendolo, quedó admirado, y hizo designio de guardarla para hazer presente

al Gran Señor, y por huyr del peligro que en el terrallo de sus mugeres podia tener, y temer de sí mismo, la mandó poner en casa de unas principales Moras, que la guardasssen, y la sirviesssen, donde le llevaron luego, lo que los dos sentimos (que no puedo negar que no le quiero) se dexó a la consideracion de los que se apartan, si bien se quieren: dió luego trage el Rey de que yo bolviessse a España en este vergantin, y que me acompañasssen dos Turcos de nacion, que fueron los que mataron nuestros soldados: vino tambien conmigo este renegado Español, señalando al que avia hablado primero, del qual sé yo bien que es Christiano encubierto, que viene con mas deseo de quedarse en España, que de bolver a Berberia: la demas chusma del vergantin son Moros, y Turcos, que no sirven demas que vogar al remo: los dos Turcos codiciosos, e incontinentes, sin guardar el orde que trayamos, de que a mí a este renegado en la primera parte de España, en habito de Christianos (de que venimos proveydos) nos echassen en tierra, primero quisieron barrer esta costa, y hazer alguna presa, si pudieffen, temiendo, que si primero nos echavan en tierra, por algun accidente, que a los dos nos sucediesse, podriamos descubrir, que quedava el vergantin en la mar, y si acaso hubiessse galeras por esta costa los tomasen: a noche descubrimos esta playa, y sin tener noticia destas quatro galeras, fuymos descubiertos, y nos ha sucedido lo que aveys visto. En resolución Don Gregorio que en habito de muger entre mugeres, con manifestado peligro de perderse, y yo me veo atadas las manos, esperando, o por mejor dezir, temiendo perder la vida que ya me cansa. Este, Señor, es el fin de mi memorable Historia, tá verdadera, como desdichada: lo

lo que os ruego, es, que me dexeys morir como Christiana (pues como ya he dicho) en ninguna cosa he sido culpante de la culpa en que los de mi nacion han caído; y luego calló, preñados los ojos de tiernas lagrimas, à quien acompañaron muchas de los que presentes estavan. El Virrey tierno y compasivo, sin hablarle palabra se llegó à ella, y le quitó con sus manos el cordel, que las hermosas de la Mora ligava. En tanto pues que la Morisca Christiana su peregrina Historia tratava, tuvo clavados los ojos en ella un anciano peregrino, que entró en la galera quando entró el Virrey, y apenas dió fin à su platica la Morisca, quando él se arrojó à sus pies, y abraçado dellos, con interrumpidas palabras de mil follozos, y suspiros, le dixo: O Ana Felix, dichada hija mia, yo soy tu padre Ricote, que bolvía à bulcarte, por no poder vivir sin ti, que eres mi alma, à cuyas palabras abrió los ojos Sancho, y alçò la cabeça (que inclinada tenia, pensando en la desgracia de su passio) y mirando al peregrino, conoció ser el mismo Ricote, que topò el dia que salió de su Gobierno, y confirmòse, que aquella era su hija, la qual ya desatada abraçò à su padre, mezclando sus lagrimas con las suyas, el qual dixo al General, y Virrey: Esta, Señores, es mi hija, mas dichada en sus sucesos, que en su nombre: Ana Felix se llama, con el sobrenombre de Ricote, famosa tanto por su hermosura, como por mi riqueza, yo salí de mi patria à buscar en Reynos estranos quien nos albergasse, y recogiesse, y aviendole hallado en Alemania, bolví en este habito de peregrino, en compania de otros Alemanes à buscar mi hija, y à desenterrar muchas riquezas que dexé escondidas, no hallé à mi hija, hallé el tesoro que comi-

go traygo, y agora por el extraño rodeo que aveys visto, he hallado el tesoro, que mas me enriqueze, que es à mi querida hija, si nuestra poca culpa, y sus lagrimas y las mias, por la integridad de vuestra Justicia pueden abrir puertas à la misericordia, usadla con nosotros, que jamas tuvimos pensamiento de ofenderos, ni convenimos en ningun modo con la intencion de los nuestros, que justamente han sido desterrados. Entonces dixo Sancho, bien conozco à Ricote, y sé que es verdad lo que dize en quanto, à ser Ana Felix su hija, que en essotras garandajas de yr, y venir, tener buena, ò mala intencion, no me entrometo. Admirados del extraño caso todos los presentes, el General dixo: una por una vuestras lagrimas no me dexarán cumplir mi juramento, vivid hermosa Ana Felix los años de vida, que os tiene determinados el cielo, y lleven la pena de su culpa los intolerantes, y atrevidos, que la cometieron: y mandò luego ahorcar de la entena à los dos Turcos, que à sus dos soldados avian muerto: pero el Virrey le pidió encrecidamente no los ahorcasse, pues mas locura, que valentia avia sido la suya. Hizo el General lo que el Virrey le pedia, porque no se executan bien las venganças à sangre elada: procuraron luego dar traça de sacar à Don Gaspar Gregorio, del peligro en que quedava. Ofreció Ricote para ello mas de dos mil ducados, que en perlas, y en joyas tenia, dieronse muchos medios: pero ninguno fue tal, como el que dió el renegado Español; que se ha dicho, el qual se ofreció de bolver à Argel en algun barco pequeño, de hasta seys bancos, armado de remeros Christianos, por que él sabia donde, como y quando podia, y devia desembarcar; y assi mismo no ignorava la casa don-

de Don Gaspar quedava. Dudaron el General, y el Virrey el fiarse del renegado, ni confiar de los Christianos que avian de vogar el remo. Fiole Ana Felix, y Ricote su padre dixo, que salia à dar el rescate de los Christianos, si acaso se perdieffen. Firmados pues en este parecer, se desembarcó el Virrey, y Don Antonio Moreno se llevó consigo à la Morisca, y à su padre, encargandole el Virrey, que los regalasse, y acariciasse quanto le fuesse posible, que de su parte le ofrecia lo que en su casa huviesse para su regalo. Tanta fue la benevolencia y caridad que la hermosura de Ana Felix infundió en su pecho.

CAPITULO LXIV.

Que trata de la aventura que mas pesadumbre dió à Don Quixote, de quantas hasta entonces le avian sucedido.

LA muger de Don Antonio Moreno, cuenta la Hittoria, que recibió grandissimo contento de ver à Ana Felix en su casa, recibiola con mucho agrado, assi enamorada de su belleza, como de su discrecion, porque en lo uno, y en lo otro era estremada la Morisca: y toda la gente de la ciudad, como à campana tañida, venian à verla: dixo Don Quixote à Don Antonio, que el parecer que avian tomado en la libertad de Don Gregorio no era bueno, porque tenia mas de peligro, que de conveniente: y que seria mejor, que le pusiesse à él en Berberia con sus armas, y cavallo, que él le sacaria à pefar de toda la Morisca,

como

como avia hecho Don Gayferos à su esposa Melisendra. Advierta vuestra Merced, dixo Sancho, oyendo esto, que el Señor Don Gayferos sacó à su esposa de tierra firme, y la llevó à Francia por tierra firme: pero aqui, si acaso sacamos à Don Gregorio, no tenemos por donde traerle à España, pues está la mar en medio. Para todo ay remedio, sino es para la muerte, respondió Don Quixote, pues llegado el barco à la marina, nos podremos embarcar en él; aunque todo el mundo lo impida. Muy bien lo pinta y facilita vuestra Merced, dixo Sancho, pero del dicho al hecho ay gran trecho: y yo me atengo al renegado, que me parece muy hombre de bien, y de muy buenas entrañas. Don Antonio dixo, que si el renegado no saliesse bien del caso, se tomaria el espediente, de que el gran Don Quixote passasse en Berberia: de alli à dos dias partió el renegado en un ligero barco de seys remos por vanda, armado de valentissima chusma, y de alli à otros dos se partieron las galeras à Levante, aviendo pedido el General al Visorrey fuesse servido de avisarle de lo que sucediesse en la libertad de Don Gregorio, y en el caso de Ana Felix: quedó el Visorrey de hazerlo assi, como se lo pedia. Y una mañana saliendo Don Quixote à passarse por la playa, armado de todas sus armas, porque como muchas vezes dezia, ellas eran sus arreos, y su descanso el pelear, y no se hallava sin ellas un punto, vió venir àzia el un Cavallero armado assimismo de punta en blanco, que en el escudo traya pintada una Luna resplandeciente, el qual llegando à trecho, que podia ser oydo, en altas voces, encaminando sus razones à Don Quixote, dixo: Insigne Cavallero, y jamas, como se deve, alabado Don Quixote de la Mancha, yo soy el Cavallero

Parte II.

O o

vallero

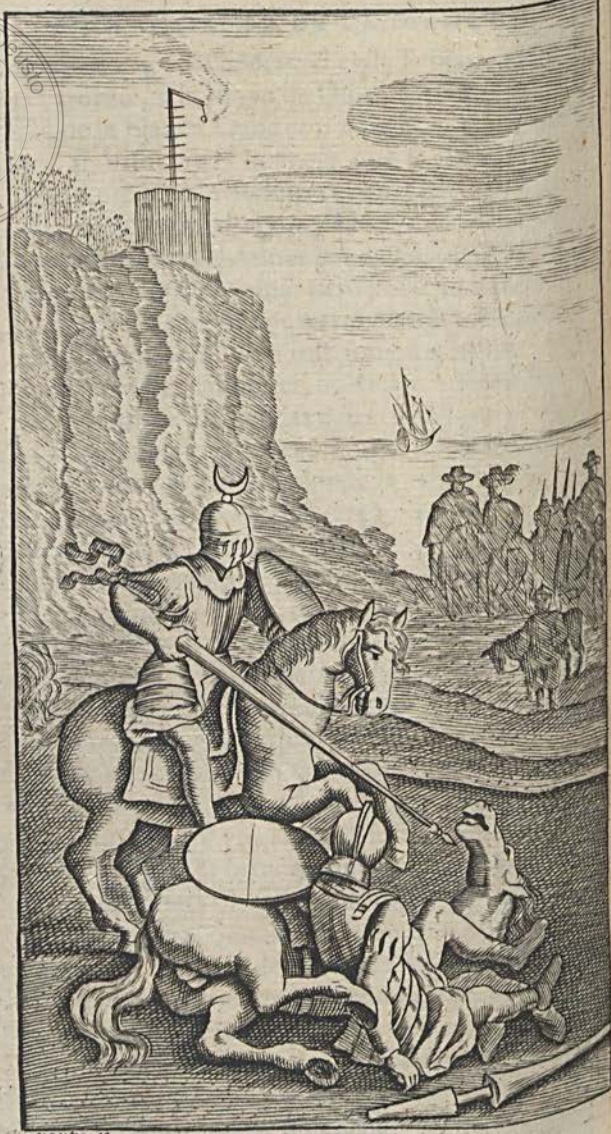
vallero de la blanca Luna, cuyas inauditas hazañas, quiza te le avrán traydo à la memoria: vengo à con-
tender contigo, y à provar la fuerça de tus brago,
en razon de hazerte conocer, y confessar, que mi
dama, sea quien fuere, es sin comparación mas her-
mosa que tu Dulcinea del Toboso, la qual verdad,
si tu la confiesas de llano en llano, escusaràs tu muer-
te, y el trabajo que yo he de tomar en dartela: y si
tu peleares, y yo te venciere, no quiero otra satis-
facion sino que dexando las armas, y absteniendote
de buscar aventuras te recojas, y retires à tu lugar
por tiempo de un año, donde has de vivir sin echar
mano à la espada, en paz tranquila, y en provecho-
so sosiego: porque assi conviene al aumento de tu
hazienda, y à la salvacion de tu alma: y si tu me
vencieres, quedará à tu discrecion mi cabeça, y se-
rán tuyos los despojos de mis armas y cavallo, y
passará à la tuya la fama de mis hazañas, mira lo que
te està mejor, y respondeme luego: porque oy to-
do el dia tengo de termino para despachar este ne-
gocio. Don Quixote quedò suspenso, y atonito,
assi de la arrogancia del Cavallero de la blanca Lu-
na, como de la causa porque le desafiava: y con re-
poso, y ademan severo le respondió: Cavallero de
la blanca Luna, cuyas hazañas hasta agora no han
llegado à mi noticia, yo osaré jurar, que jamas aveys
visto à la illustre Dulcinea, que si visto la huviera-
des, yo sè, que procurarades no poner os en esta
demanda, porque su vista os desengañara, de que
no ha avido, ni puede aver belleza, que con la suya
compararse pueda: y assi, no diziendoos, que men-
tis, sino que no acertays en lo propuesto, con las
condiciones que aveys referido accepto vuestro de-
fasio, y luego, porque no se passe el dia que trayes

determinado, y solo excepto de las condiciones, la
de que se passe à mi la fama de vuestras hazañas,
porque no sè quales, ni que tales sean, con las riendas
me contento, tales quales ellas son: tomad pues
la parte del campo que quisiereis, que yo harè lo
mesmo, y à quien Dios se la diere, san Pedro se la
bendiga. Avian descubierto de la ciudad al Cava-
llero de la blanca Luna, y dicho selo al Visorrey,
que estava hablando con Don Quixote de la Man-
cha. El Visorrey, creyendo seria alguna nueva
aventura, fabricada por Don Antonio Moreno, o por
otro algun Cavallero de la ciudad, salió luego à la
playa con Don Antonio, y con otros muchos Cava-
lleros, que le acompañavan, à tiempo, quando Don
Quixote bolvia las riendas à Rozinante, para to-
mar del campo lo necessario: viendo pues el Visor-
rey que davan los dos señales de bolverse à encon-
trar, se puso en medio, preguntandoles, que era la
causa, que les movia à hazer tan de improvido bata-
lla. El Cavallero de la blanca Luna, respondió, que
era precedencia de hermosura, y en breves razones
le dixo las mismas que avia dicho à Don Quixote,
con la aceptacion de las condiciones del desafio, he-
chas por entrambas partes. Llegose el Visorrey à
Don Antonio, y preguntòle passò: Si sabia quien
era el tal Cavallero de la blanca Luna, ò si era algu-
na burla que querian hazer à Don Quixote. Don
Antonio le respondió: Que ni sabia quien era, ni si
era de burlas, ni de veras el tal desafio. Esta respue-
sta tuvo perplexo al Visorrey, en si les dexaria, ò no
passar adelante en la batalla: pero no pudiendose
persuadir à que fuesse sino burla, se apartò diziendo:
Señores Cavalleros, si aqui no ay otro remedio, sino
confessar, ò morir, y el Señor Don Quixote està

en sus treze, y vuesa Merced el de la blanca Luna en sus catorze, à la mano de Dios, y dense. Agradecio el de la blanca Luna con cortesès, y discretas razones al Visorrey la licencia que se les dava, y Don Quixote hizo lo mismo, el qual encomendandose al cielo de todo coraçon, y à su Dulcinea (como tenia de costumbre, al començar de las batallas, que se le ofrecian) tornò à tomar otro poco mas del campo, porque viò, que su contrario hazia lo mismo, y sin tocar trompeta, ni otro instrumento belico, que les diessè señal de arremeter, bolvieron entrambos à un mismo punto las riendas à sus cavallos, y como era mas ligero el de la blanca Luna, llegó à Don Quixote à dos tercios andados de la carrera, y alli le encontró con tan poderosa fuerça, sin tocarle con la lança, que la levantò, al parecer, de proposito, que dio con Rozinante, y con Don Quixote por el suelo una peligrosa caida, fue luego sobre el, y poniendole la lança sobre la visera, le dixo: Vencido soy, Cavallero, y aun muerto, sino confessays las condiciones de nuestro desafío. Don Quixote molido, y aturdido, sin alçarle la visera, como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada, y enferma, dixo: Dulcinea del Toboso es la mas hermosa muger del mundo, y yo el mas desdichado Cavallero de la tierra, y no es bien, que mi flaqueza defraude esta verdad, aprieta Cavallero la lança, y quitame la vida, pues me has quitado la honra. Esto no harè yo porcierto, dixo el de la blanca Luna, viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la Señora Dulcinea del Toboso, que solo me contento con que el gran Don Quixote se retire à su lugar un año, o hasta el tiempo, que por mi le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla.

Todo





parte II.

Todo esto oyeron el Visorrey, y Don Antonio, con otros muchos que alli estavan, y oyeron asimismo, que Don Quixote respondió, que como no le pidiese cosa que fuesse en perjuizio de Dulcinea, todo lo demas cumpliria, como Cavallero puntual, y verdadero. Hecha esta confesion bolvió las riendas el de la blanca Luna, y haziendo mesura con la cabeza al Visorrey, à medio galope se entrò en la ciudad: mandò el Visorrey à Don Antonio, que fuesse tras él, y que en todas maneras supiesse quien era. Levantaron à Don Quixote, descubrieronle el rostro, y hallaronle sin color, y trasludando. Rozinante de puro malparado no se pudo mover por entonces. Sancho todo triste, todo apelarado, no sabia que decirse, ni que hazerse, parecia que todo aquel suceso passava en sueños, y que toda aquella maquina era cosa de encantamiento: veyà à su Señor rendido, y obligado à no tomar armas en un año: imaginava la luz de la gloria de sus hazañas escurecida, las esperanças de sus nuevas promessas deshechas, como se deshaze el humo con el viento, temia si quedaria, ò no contrecto Rozinante, ò deslozado su amo, que no fuera poca ventura, si deslozado quedara: finalmente con una filla de manos, que mandò traer el Visorrey, le llevaron à la ciudad, y el Visorrey se bolvió tambien à ella con deseo de saber quien fuesse el Cavallero de la blanca Luna, que de tan mal talante avia dexado à Don Quixote.

CAPITULO LXV.

Donde se dà noticia quien era el de la blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros sucessos.

Siguýò Don Antonio Moreno al Cavallero de la blanca Luna; y siguieronle tambien, y aun persiguieronle muchos muchachos, hasta que le cerraron en un meson dentro de la ciudad, entrò el Don Antonio con deseo de conocerle: salió un Escudero à recibirle, y à desarmarle: encerròse en una sala baxa, y con el Don Antonio, que no se le cozia el pan, hasta saber quien fuesse. Viendo pues el de la blanca Luna, que aquel Cavallero no le dexava, le dixo: Bien se Señor, à lo que venis; que es à saber quien soy, y porque no ay para que negaroslo, en tanto que este mi criado me desarma, os lo diré, sin faltar un punto à la verdad del caso: Sabed, Señor, que à mi me llaman el Bachiller Sansón Carrasco, soy del mesmo lugar de Don Quixote de la Mancha, cuya locura, y sandez mueve à que le tengamos lastima todos quantos le conocemos, y entre los que mas se la han tenido, he sido yo, y creyendo, que està su salud en su reposo, y en que este en su tierra, y en su casa, di traza para hazerle estar en ella, y assi avrá tres meses que le salí al camino como Cavallero andante, llamandome el Cavallero de los Espejos, con intencion de pelear con el, y vencerle, sin hazerle daño, poniendo por condicion de nuestra pelea, que el vencido quedasse à discrecion del vencedor, y lo que yo pensava pedirle (porque ya le juzgava por vencido) era, que se

se bolviesse à su lugar, y que no saliesse del en todo un año, en el qual tiempo podria ser curado: pero la suerte lo ordenò de otra manera, porque el me vencio à mi, y me derribò del cavallo, y assi no tuvo efeto mi pensamiento; el prosiguyò su camino, y yo me bolví vencido, corrido, y molido de la caída, que fue ademas peligrosa: pero no por esto se me quitò el deseo de bolver à buscarle, y à vencerle, como oy se ha visto. Y como el es tan puntual en guardar las ordenes de la andante Cavalleria, sin duda alguna guardará la que le he dado en cumplimiento de su palabra. Esto es, Señor, lo que passa, sin que tenga que deziros otra cosa alguna, suplicoos no me descubrayis, ni le digays à Don Quixote quien soy, porque tengan efeto los buenos pensamientos mios, y buelva à cobrar su juyzio un hombre que le tiene bonissimo, como le dexten las sandezes de la Cavalleria. O Señor, dixo Don Antonio, Dios os perdone el agravio que aveys hecho à todo el mundo, en querer bolver à cuerdo al mas gracioso loco que ay en el. No veys, Señor, que no podrá llegar el provecho, que cause la cordura de Don Quixote, à lo que llega al gusto que dà con sus desvarios: pero yo imagino, que toda la industria del Señor Bachiller no ha de ser parte para bolver cuerdo à un hombre tan rematadamente loco, y si no fuesse contra caridad, diria, que nunca sane Don Quixote: porque con salud, no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Pança su Escudero, que qualquiera dellas puede bolver à alegrar à la misma melancolia: con todo esto callaré, y no le diré nada, por ver, si salgo verdadero en sospechar que no ha de tener efeto la diligencia hecha por el Señor Carrasco. El qual respondió, que ya,

una por una estava en buen punto aquel negocio, de quien esperava feliz suceso: y aviendose ofrecido Don Antonio de hazer lo que mas le mandasse, se despidió del. Y hecho liar sus armas sobre un macho, luego al mismo punto sobre el cavallo con que entro en la batalla, se salió de la ciudad aquel mismo día, y se bolvió á su patria, sin sucederle cosa, que obligue á contarla en esta verdadera Historia. Contó Don Antonio al Visorrey todo lo que Carrasco le avia contado, de lo que el Visorrey no recibió mucho gusto, porque en el recogimiento de Don Quixote, se perdía el que podían tener todos aquellos, que de sus locuras tuviesen noticia. Seys dias estuvo Don Quixote en el lecho, marrido, triste, pensativo, y mal acondicionado, yendo, y viniendo con la imaginacion en el desdichado suceso de su vencimiento: consolavale Sancho, y entre otras razones le dixo: Señor mio, alce vueſſa Merced la cabeza, y alegrese, si puede, y de gracias al cielo, que ya que le derribó en la tierra, no salió con alguna costilla quebrada, y pues sabe, que donde las dan las toman, y que no siempre ay tocinos donde ay estacas: de una higa el Medico, pues no le ha menester para que le cure en esta enfermedad: bolvámonos á nuestra casa, y dexemonos de andar buscando aventuras por tierras, y lugares, que no sabemos: y si bien se considera, yo soy aqui el mas perdidoso, aunque es vueſſa Merced el mas malparado. Yo que dexé con el Gobierno los deseos de ser mas Gobernador, no dexé la gana de ser Conde, que jamas tendrá efeto, si vueſſa Merced dexa de ser Rey, dexando el exercicio de su Cavalleria, y assi vienen á bolverse en humo mis esperanças. Calla, Sancho, pues ves, que mi reclusion, y retirada no ha de passar de

de un año, que luego bolveré á mis honrados exercicios, y no me ha de faltar Reyno que gane, y algun Condado que darte. Dios lo oyga, dixo Sancho, y el pecado sea sordo, que siempre he oydo dezir, que mas vale buena esperança que ruin posesion. En esto estavan, quando entró Don Antonio, diziendo, con muestras de grandissimo contento: Albricias, Señor Don Quixote, que Don Gregorio, y el renegado, que fue por el, esta en la playa, que digo en la playa, ya esta en casa del Visorrey, y será aqui al momento. Alegróse algun tanto Don Quixote, y dixo: En verdad, que estoy por dezir, que me holgara, que huviera sucedido todo al revés, por que me obligara á passar en Berberia, donde con la fuerza de mi brago diera libertad, no solo á Don Gregorio, sino á quantos Christianos cautivos ay en Berberia: pero que digo, miserable, no soy yo el vencido? No soy yo el derribado? No soy yo el que no puede tomar armas en un año? Pues que prometió? De que me alabo, si antes me conviene ular de la rueca, que de la espada? Dexese deſſo, Señor, dixo Sancho, viva la gallina, aunque con su pepita: que oy por ti, y mañana por mí; y en estas cosas de encuentros, y porraços, no ay tomarles tiento alguno, pues el que oy cae puede levantarse mañana, sino es que se quiere estar en la cama (quiero dezir) que se dexé desfayar, sin cobrar nuevos brios para nuevas pendencias: y levántese vueſſa Merced agora para recibir á Don Gregorio, que me parece que anda la gente alborotada, y ya deve de estar en casa: y assi era la verdad, porque aviendo ya dado cuenta Don Gregorio, y el renegado al Visorrey, de su yda, y buelta, deseoso Don Gregorio de ver á Ana Felix, vino con el renegado á casa de Don Antonio, y aun:

y aunque Don Gregorio, quando le sacaron de Argel, fue con hábitos de muger, en el barco los trocò por los de un cautivo que salió conſigo: pero en qualquiera que viniera, mostrara ſer perſona para ſer codiciada, ſervida, y eſtimada: porque era hermoſo ſobre manera, y la edad, al parecer de diez y ſiete, ò diez y ocho años. Ricote, y ſu hija ſalieron à recebirle, el padre con lagrimas, y la hija con honeſtidad. No ſe abraçaron unos à otros, porque donde ay mucho amor no ſuele aver demaſiada deſemboltura. Las dos bellezas juntas de Don Gregorio, y Ana Felix admiraron, en particular à todos juntos los que preſentes eſtavan. El ſilencio fue allí el que habló por los dos amantes, y los ojos fueron las lenguas, que deſcubrieron ſus alegres, y honeſtos penſamientos: contò el renegado la induſtria, y medio que tuvo para ſacar à Don Gregorio: contò Don Gregorio los peligros, y aprietos en que ſe avia viſto con las mugeres con quien avia quedado, no con largo razonamiento, ſino con breves palabras, donde moſtrò, que ſu diſcrecion ſe adelantava à ſus años. Finalmente Ricote pagò, y ſatisfizo liberalmente, aſſi al renegado, como à los que avian bogado al remo. Reincorporoſe, y reduxoſe el renegado con la Ygleſia, y de miembro podrido bolvió limpio, y ſano con la penitencia, y el arrepentimiento. De allí à dos dias tratò el Viſorrey con Don Antonio, que modo tendrían para que Ana Felix, y ſu padre quedaffen en Eſpaña, pareciendoles no ſer de inconveniente alguno, que quedaffen en ella hija tan Chriſtiana, y padre, al parecer tan bien intencionado. Don Antonio ſe ofrecio venir à la Corte à negociarlo, donde avia de venir forçoſamente à otros negocios: dando à entender que en ella, por medio

medio del favor, y de las dadivas, muchas coſas dificultoſas ſe acaban. No, dixo Ricote, que ſe hallò preſente à eſta platica, ay que eſperar en favores, ni en dadivas: porque con el gran Don Bernardino de Velasco, Conde de Salazar, à quien diò ſu Mageſtad cargo de nueſtra expulſion, no valen ruegos, no promeſſas, no dadivas, no laſtimas: porque aunque es verdad, que el mezcla la miſericordia con la juſticia, como el vee, que todo el cuerpo de nueſtra nacion eſtá contaminado, y podrido, uſa con el antes del cautiverio que abraſa, que del unguento que molifica: y aſſi con prudencia, con ſagacidad, con diligencia, y con miedos que pone, ha llevado ſobre ſus fuertes ombros à devida execucion el peſo deſta gran maquina, ſin que nueſtras induſtrias, eſtratagemas, ſolicitudes, y fraudes ayan podido deſlumbrar ſus ojos de Argos, que continuo tiene à lerta: porque no ſe le quede, ni encubra ninguno de los nueſtros, que como rayz eſcondida, que con el tiempo venga deſpues à brotar, y à echar frutos venenofos en Eſpaña, ya limpia, ya deſembaragada de los temores en que nueſtra muchedumbre la tenia, heroica reſolucion del gran Filipo tercero, y inaudita prudencia en averla encargado al tal Don Bernardino de Velasco. Una por una, yo harè, pueſto allí, las diligencias poſſibles, y haga el cielo lo que mas fuere ſervido, dixo Don Antonio: Don Gregorio ſe yrà conmigo à conſolar la pena que ſus padres deven tener por ſu auſencia. Ana Felix ſe quedará con mi muger en mi caſa, ò en un Monaſterio, y yo ſè, que el Señor Viſorrey guſtará ſe quede en la ſuya el buen Ricote, haſta ver como yo negocio. El Viſorrey conſintió en todo lo propueſto: pero Don Gregorio, ſabiendo

do lo que passava, dixo: Que en ninguna manera podía, ni quería dexar à Doña Ana Felix: pero teniendo intencion de ver à sus padres, y de dar traga de bolver por ella, vino en el decretado concierto. Quedose Ana Felix con la muger de Don Antonio, y Ricote en casa del Visorrey. Llegose el dia de la partida de Don Antonio, y el de Don Quixote, y Sancho, que fue de alli à otros dos, que la caída no le concedió, que mas presto se pudiesse en camino: hubo lagrimas, hubo suspiros, desmayos, y sollozos al despedirse Don Gregorio de Ana Felix: ofrecióle Ricote à Don Gregorio mil escudos si los quería: pero él no tomó ninguno, sino solos cinco, que le prestó Don Antonio, prometiendo la paga dellos en la Corte: con esto se partieron los dos, y Don Quixote y Sancho despues (como se ha dicho) Don Quixote desarmado, y de camino, Sancho à pie por yr el Ruzio cargado con las armas.

CAPITULO LXVI.

Que trata de lo que verá el que lo leyere, ò lo oyrà el que lo escuchare leer.

AL salir de Barcelona, bolvió Don Quixote à mirar el sitio donde avia caído, y dixo: Aqui fue Troya, aqui mi desdicha, y no mi cobardia se llevó mis alcançadas glorias, aqui usó la fortuna conmigo de sus bueltas, y rebueltas, aqui se escurcieron mis hazañas, aqui finalmente cayó mi ventura, para jamas levantarse. Oyendo lo qual, Sancho, dixo: Tan de valientes coraçones es, Señor mio, tener sufrimiento en las desgracias, como ale-

alegría en las prosperidades, y esto lo juzgo por mi mismo, que si quando era Governador, estava alegre, agora que soy Escudero de à pie, no estoy triste: porque he oydo dezir, que esta que llaman por à fortuna, es una muger borracha, y antojadiza, y sobre todo ciega, y assi no ve lo que haze, ni sabe à quien derriba, ni à quien ensalza. Muy Filosofo estás Sancho, respondió Don Quixote, muy à lo discreto hablas, no sè quien te lo enseña. Lo que te sè dezir, es, que no ay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas, ò malas que sean, vienen à caso, sino por particular providencia de los cielos, y de aqui viene lo que fuele dezirse, que cada uno es artifice de su ventura, yo lo he sido de la mia, pero no con la prudencia necessaria, y assi me han salido al gallarin mis presunciones, pues deviera pensar, que al poderoso grandor del cavallo del de la blanca Luna, no podia resistir la flaqueza de Rozinante; atrevime en fin, hize lo que pude, derribaronme, y aunque perdí la honra, no perdí, ni puedo perder la virtud de cumplir mi palabra: quando era Cavallero andante, atrevido, y valiente, con mis obras, y con mis manos acreditava mis hechos, y agora quando soy Escudero pedestre, acreditarè mis palabras, cumpliendo la que di de mi promessa: camina pues, amigo Sancho, y vamos à teneren nuestra tierra el año del noviciado, con cuyo encerramiento cobraremos virtud nueva, para bolver à nunca de mi olvidado exercicio de las armas. Señor, respondió Sancho, no es cosa tan gustosa el caminar à pie, que me mueva, è incite à hazer grandes jornadas: dexemos estas armas colgadas de algun arbol, en lugar de un ahorcado, y ocupando yo las espaldas del Ruzio, levantados los

los pies del suelo, haremos las jornadas, como vueſſa Merced las pidiere, y midiere, que penſar que tengo de caminar à pie, y hazerlas grandes, es penſar en lo eſcuſado. Bien has dicho, Sancho, reſpondiò Don Quixote, cuelguenſe mis armas por trofeos, y al pie dellas, ò al redor dellas gravaremos en los arboles lo que en el trofeo de las armas de Roldan eſta-
va eſcrito :

*Nadie las mueva,
Que eſtar no pueda
Con Roldan à prueba.*

Todo eſſo me parece de perlas, reſpondiò Sancho, y ſino fuera por la falta que para el camino nos avia de hazer Rozinante, tambien fuera bien dexarle colgado. Pues ni èl, ni las armas, replicò Don Quixote, quiero que ſe ahorquen : porque no ſe diga : que à buen ſervicio mal galardón. Muy bien dize vueſſa Merced, reſpondiò Sancho, porque (ſegun opinion de diſcretos) la culpa del aſno no ſe ha de echar à la albarda : y pues deſte ſuceſſo vueſſa Merced tiene la culpa, caſtigueſe à ſi meſmo, y no rebienten ſus yras por las ya rotas y ſangrientas armas, ni por las manſedumbres de Rozinante, ni por la blandura de mis pies, queriendo, que caminen mas de lo juſto. En eſtas razones, y platicas ſe leſ paſſò todo aquel dia, y aun otros quatro, ſin ſucederles coſa, que eſtorvaſſe ſu camino : y al quinto dia, à la entrada de un lugar, hallaron à la puerta de un meſon mucha gente, que por ſer ſieſta ſe eſſava alli ſolagando. Quando llegava à ellos Don Quixote, un labrador alçò la voz diziendo: Alguno deſtos Señores, que aqui vienen, que no conocen las
partes

partes, dirà lo que ſe ha de hazer en nueſtra apueſta. Si dirè porcierto, reſpondiò Don Quixote, con toda rectitud, ſi es que alcangò à entenderla. Es pues el caſo, dixo el labrador, Señor bueno, que un vezino deſte lugar, tan gordo, que peſa onze arrobas, deſafiò à correr à otro ſu vezino, que no peſa mas que cinco, fue la condicion, que avian de correr una carrera de cien paſſos con pelos yguales, y avien-
dole preguntado al deſafiador, como ſe avia de ygualar el peſo, dixo, que el deſafiado, que peſa cinco arrobas, ſe puſieſſe ſeys de hierro acueſtas, y aſſi ſe ygualarian las onze arrobas del flaco con las onze del gordo. Eſſo no, dixo a eſta fazon Sancho, antes que Don Quixote reſpondieſſe, y à mi que ha pocos dias que ſalì de ſer Governador, y juez, como todo el mundo ſabe, toca averiguar eſtas dudas, y dar parecer en todo pleyto. Reſponde en buena hora, dixo Don Quixote, Sancho amigo, que yo no eſtoy para dar migas à un gato, ſegun traygo alborotado, y traſtornado el juyzio. Con eſta licencia, dixo Sancho à los labradores, que eſtavan muchos al redor del la boca abierta, eſperando la ſentencia de la ſuya. Hermanos, lo que el gordo pide no lleva camino, ni tiene ſombra de Juſticia alguna : porque ſi es verdad lo que ſe dize, que el deſafiado puede eſcoger las armas, no es bien, que eſte las eſcoja tales, que le impidan, ni eſtorven el ſalir vencedor, y aſſi es mi parecer, que el gordo, deſafiador, ſe eſcamonde, monde, entrefaque, pula, y atilde, y ſaque ſeys arrobas de ſus carnes, de aqui, ò de alli de ſu cuerpo, como mejor le pareciere, y eſtuviere, y deſta manera, quedando en cinco arrobas de peſo, ſe ygualarà, y ajuſtarà con las cinco de ſu contrario, y aſſi podrán correr yguualmente. Boto à tal,
dixo

dixo un labrador, que escuchò la sentencia de Sancho, que este Señor ha hablado como un bendito, y sentenciado como un Canonigo: pero à buen leguero, que no ha de querer quitarse el gordo una onza de sus carnes, quanto mas seys arrobas. Lo mejor es, que no corran, respondió otro, porque el flaco no se muele con el peso, ni el gordo se descarné, y echese la mitad de la apuesta en vino, y llevemos estos Señores à la taverna de lo caro, y sobre mi la capa quando llueva. Yo, Señores, respondió Don Quixote, os lo agradezco: pero no puedo detenerme un punto: porque pensamientos, y sucesos tristes me hazen parecer descortez, y caminar mas que de passo, y assi dando de las espuelas à Rozinante, pasó adelante, dexandolos admirados de aver visto, y notado, assi su estraña figura, como la discrecion de su criado, que por tal juzgaron à Sancho; y otro de los labradores, dixo: Si el Criado es tan discreto, qual deve de ser el Amo? Yo apostarè, que si van à estudiar à Salamanca, que à un tris han de venir à ser Alcaldes de Corte, que todo es burla, sino estudiar, y mas estudiar, y tener favor, y ventura, y quando menos se piensa el hombre se halla con una vara en la mano, ò con una mitra en la cabeza. Aquella noche la passaron Amo, y Mogo en mitad del campo al cielo raso, y descubierto, y otro dia, siguiendo su camino, vieron, que àzia ellos venia un hombre de à pie con unas alforjas al cuello, y una azcona, ò chuzo en la mano, propio talle de correo de à pie, el qual como llegó junto à Don Quixote, adelantò el passo, y medio corriendo llegó a él, y abrazandole por el muslo derecho, que no alcanzaba à mas, le dixo con muestras de mucha alegria: O mi Señor Don Quixote de la Mancha, y que gran con-

contento ha de llegar al coraçon de mi Señor el Duque, quando sepa, que vuestra Merced buelve à su Castillo, que todavia se està en èl con mi Señora la Duquesa. No os conozco amigo, respondió Don Quixote, ni sè quien soys, si vos no me lo dezis. Yo Señor Don Quixote, respondió el Correo, soy Tosilos el Lacayo del Duque mi Señor, que no quise pelear con vuestra Merced sobre el casamiento de la hija de Doña Rodriguez. Valame Dios, dixo Don Quixote, es possible que soys vos el que los encantadores, mis enemigos, transformaron en esse Lacayo que dezis: por defraudarme de la honra de aquella batalla. Calle Señor bueno, replicò el Cartero, que no hubo encanto alguno, ni mudança de rostro ninguna, tan Lacayo Tosilos entrè en la estacada, como Tosilos Lacayo sali della, yo pensè casarme sin pelear, por averme parecido bien la Moga: pero sucediòme al revés mi pensamiento, pues assi como vuestra Merced se partiò de nuestro Castillo, el Duque mi Señor me hizo dar cien palos, por aver contravenido à las ordenanças que me tenia dadas, antes de entrar en la batalla, y todo ha parado en que la muchacha es ya Monja, y Doña Rodriguez se ha buuelto à Castilla, y yo voy aora à Barcelona à llevar un pliego de cartas al Virrey, que le embia mi Amo: si vuestra Merced quiere un traguito, aunque caliente, puro, aqui llevo una calabaza llena de lo caro, con no sè quantas rajitas de queso de tronchon, que serviràn de llamativo, y despertador de la sed, si à caso està durmiendo: Quiero el embite, dixo Sancho, y echese el resto de la cortesia, y escancie el buen Tosilos à despecho y pesar de quantos encantadores ay en las Indias. En fin, dixo Don Quixote, tu eres Sancho el mayor gloton del mundo,

y el mayor ignorante de la tierra: pues no te persuades, que este correo es encantado, y este Tosilos contrahecho; quedate con él, y hartate, que yo me yré adelante poco à poco, esperandote à que vengas. Riose el Lacayo, desenvayno su calabaza, desalforjó sus rajas, y sacando un panecillo, él y Sancho se sentaron sobre la yerva verde, y en buena paz compañía despavilaron, y dieron fondo con todo el repuesto de las alforjas con tan buenos alientos, que lamieron el pliego de las cartas solo porque oia à queso. Dixo Tosilos à Sancho. Sin duda este tu Amo, Sancho amigo, deve de ser un loco. Como deve, respondió Sancho, no deve nada à nadie, que todo lo paga, y mas quando la moneda es locura; bien lo veo yo, y bien se lo diga à él: pero que aprovecha, y mas agora que va rematado, porque va vencido del Cavallero de la blanca Luna. Rogóle Tosilos le contasse lo que le avia sucedido; pero Sancho le respondió: Que era descortesia dexar que su Amo le esperasse, que otro dia, si se encontrassen, avria lugar para ello: y levantandole, despues de averle sacudido el lavo, y las migajas de las barbas, antecogió al Ruzio, y diziendo: A Dios, dexò à Tosilos, y alcançò à su Amo, que à la sombra de un arbol le estava esperando.

CA-

CAPITULO LXVII.

De la resolución que tomó Don Quixote de hazerse Pastor, y seguir la vida del campo, en tanto que se passava al año de su promessa. Con otros sucesos, en verdad gustosos, y buenos.

SI muchos pensamientos fatigavan à Don Quixote; antes de ser derribado, muchos mas le fatigaron despues de caido. A la sombra del arbol estava, (como se ha dicho) y allí como moscas à la miel le acudian, y picavan pensamientos, unos yvan al desencanto de Dulcinea, y otros à la vida que avia de hazer en su forçosa retirada. Llegò Sancho, y alabòle la liberal condición del Lacayo Tosilos. Es possible, le dixo Don Quixote, que toda via, ó Sancho, pienses, que aquel sea verdadero Lacayo; parece, que se te ha ydo de las mientes; aver visto à Dulcinea convertida, y transformada en labradora, y al Cavallero de los Espejos en el Bachiller Carrasco, obras todas de los encantadores, que me persiguen: pero dime agora, preguntaste à esse Tosilos, que dicen, que ha hecho Dios de Alifidora, si ha llorado mi ausencia, ó si ha dexado ya en las manos del olvido los enamorados pensamientos, que en mi presencia la fatigavan? No eran, respondió Sancho, los que yo tenia tales, que me diessen lugar à preguntar boberias: cuerpo de mi Señor, està vuestra Merced abra en terminos de inquirir pensamientos agenos, especialmente amorosos? Mira Sancho, dixo Don Quixote, mucha diferencia ay de las obras que se hazen por amor, à las que se hazen por agradecimiento: bien puede ser,

que un Cavallero sea desamorado, pero no puede ser, hablando en todo rigor, que sea desagradecido: quisome bien (al parecer) Altisidora, dióme los tres tocadores, que sabes, lloró en mi partida, maldixome, vituperóme, quexóse à despecho en la vergüenza publicamente; señales todas de que me adorava, que las yras de los Amantes suelen parar en maldiciones, yo no tuve esperanças que darle, ni tesoros que ofrecerle, porque las mias las tengo entregadas à Dulcinea: y los tesoros de los Cavalleros andantes son como los de los duendes, aparentes y falsos; y solo puedo darle estos acuerdos que della tengo, sin perjuizio; pero de los que tengo de Dulcinea, à quien tu agravias con la remission que tienes en agotarte, y en castigar essas carnes, que vea yo comidas de lobos, que quieren guardarse antes para los gusanos, que para el remedio de aquella pobre Señora. Señor, respondió Sancho, si va à dezir la verdad, yo no me puedo persuadir, que los agotes de mis posaderas tengan que ver con los desencantos de los encantados, que es como si dixessimos: si os duele la cabeza, untaos las rodillas, alomenos yo osaré jurar, que en quantas Historias vueſſa Merced ha leydo, que tratan de la andante Cavalleria, no ha visto algun desencantado por agotes: pero por si, ó por no yo me los daré quando tenga gana, y el tiempo me dè comodidad para castigarme. Dios lo haga, respondió Don Quixote, y los cielos te dèn gracia para que caygas en la cuenta, y en la obligacion que te corre de ayudar à mi Señora, que lo es tuya, pues tu eres mio. En estas pláticas yvan siguyendo su camino, quando llegaron al mesmo sitio, y lugar, donde fueron atropellados de los toros, reconocióle Don Qui-

Quixote, dixo à Sancho: Este es el prado donde topamos à las bizarras Pastoras, y gallardos Pastores, que en el querian renovar, è imitar à la Pastoral Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, à cuya imitacion, si es que à ti te parece bien, querria, ó Sancho, que nos convirtiessemos en Pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido, yo comprarè algunas ovejas, y todas las demas cosas, que al Pastoral exercicio son necesarias, y llamandome yo el Pastor Quixotiz, y tu el Pastor Pancino, nos andaremos por los montes, por las selvas, y por los prados, cantando aqui, endechando alli, beviendo de los liquidos cristales de las fuentes, ó ya de los limpios arroyuelos, ó de los caudalosos rios: daranos con abundantissima mano de su dulcissimo fruto las encinas, asientos los troncos de los durissimos alcornoques, sombra los sauces, olor las rosas, alfombras de mil colores matizadas los estendidos prados, aliento el ayre claro, y puro, luz la Luna y las Estrellas, à pesar de la escuridad de la noche, gusto el canto, alegria el lloro, Apolo versos, el amor conceptos, con que podremos hazernos eternos y famosos, no solo en los presentes, sino en los venideros siglos. Par diez, dixo Sancho, que me ha quadrado, y aun esquinado tal genero de vida, y mas que no la ha de aver aun bien visto el Bachiller Sansón Carrasco, y Maestre Nicolas el Barbero, quando la han de querer seguyr, y hazerse Pastores con nosotros, y aun quiera Dios no le venga en voluntad al Cura de entrar tambien en el aprisco, segun es de alegre, y amigo de holgarſe. Tu has dicho muy bien, dixo Don Quixote, y podrá llamarse el Bachiller Sansón Carrasco, si entra en

el pastoral gremio (como entrará sin duda) el pastor Sanfonino, o ya el pastor Carrascon : el Barbero Nicolas se podrá llamar Niculoso, como ya el antiguo Boscan se llamó Nemoroso : al Cura no sé que nombre le pongamos, sino es algun derivativo de su nombre, llamandole el pastor Curiambro : las Pastoras de quien hemos de ser amantes, como entre peras podremos escoger sus nombres, y pues el de mi Señora quadra, así al de Pastora, como al de Princesa, no ay para que cansarme en buscar otro que mejor le venga : tu Sancho pondrás a la tuya el que quisiéres. No pienso, respondió Sancho, ponerle otro alguno, sino el de Terefona, que le vendrá bien con su gordura, y con el propio que tiene, pues se llama Terefa, y mas que celebrandola yo en mis versos, vengo a descubrir mis castos deseos, pues no anda a buscar pan de trastrigo por las casas ajenas : el Cura no será bien que tenga Pastora, por dar buen exemplo, y si quisiere el Bachiller tenerla, su alma en su palma. Valame Dios, dixo Don Quixote, y que vida nos hemos de dar, Sancho amigo, que de churumbelas han de llegar a nuestros oydos, que de gaytas Zamoranas, que de tamborines, y que de sonajas, y que de rabeles ! pues que si destas diferencias de musicas resuena la de los Albogues, allí se verá casi todos los instrumentos Pastorales. Que son Albogues, preguntó Sancho, que ni los he oydo nombrar, ni los he visto en toda mi vida ? Albogues son, respondió Don Quixote, unas chapas a modo de candeleros de açofar, que dando una con otra por lo vacio, y hueco, haze un son, sino muy agradable, ni armonico, no descontenta, y viene bien con la rusticidad de la gaita, y del tamborin, y este nombre Albogues es Morisco, como lo son todos

todos aquellos que en nuestra lengua Castellana comiençan en al : conviene a saber, Almoaça, Almorçar, Alhombra, Alguazil, Alucema, Almacen, Alcanzia, y otros semejantes, que deven ser pocos mas, y solos tres tiene nuestra lengua, que son Moriscos, y acaban en i, y son Borcegui, Zaquicami, y Maravedi, Alheli, y Alfaqui, tanto por el al primero, como por el i, en que acaban, son conocidos por Arabigos : esto te he dicho de passo, por avermelo reduzido a la memoria la ocasion de aver nombrado Albogues, y ha nos de ayudar mucho al parecer en perfeccion este exercicio, el ser yo algun tanto Poëta como tu sabes, y el serlo tambien en estremo el Bachiller Sanfon Carrasco. Del Cura no digo nada : pero yo apostaré, que deve de tener sus puntas y collares de Poëta, y que las tenga tambien Maefse Nicolas, no dudo en ello, porque todos, o los mas son guytarristas, y copleros : yo me quejaré de ausencia ; tu te alabarás de firme enamorado ; el Pastor Carrascon, desdenado, y el Cura Curiambro, de lo que el mas puede servirse, y así andará la cosa que no aya mas que desear. A lo que respondió Sancho : yo soy Señor tan desgraciado, que temo no ha de llegar el dia en que en tal exercicio me vea, o que polidas cucharas tengo de hazer, quando Pastor me vea, que de migas, que de natas, que de guyrnaldas, y que de çarandajas Pastoriles, que puesto que no me grangeen fama de discreto, no dexaran de grangearme la de ingenio. Sanchica mi hija nos llevará la comida al hato : pero guarda, que es de buen parecer, y ay Pastores mas maliciosos que simples, y no querria que fuesse por lana, y bolviessse traquilada, y tambien suelen andar los amores, y los no buenos deseos por los campos,

como por las ciudades, y por las Pastorales choças, como por los Reales palacios, y quitada la causa, se quita el pecado, y ojos que no veen, coraçon que no quiebra, y mas vale salto de mata, que ruego de hombres buenos. No mas refranes Sancho, dixo Don Quixote, pues qualquiera de los que has dicho basta para dar à entender tu pensamiento, y muchas vezes te he aconsejado, que no seas tan prodigo de refranes, y que te vayas à la mano en dezirlos: pero pareceme, que es predicar en desierto, y castigame mi madre y yo trompogelas. Pareceme, respondiò Sancho, que vueſſa Merced, es como lo que dizen, dixo la farten à la caldera, quitate allà ojinegra: està me reprehendiendo que no diga yo refranes, y enſartalos vueſſa Merced de dos en dos. Mira Sancho, respondiò Don Quixote, yo traygo los refranes à proposito, y vienen quando los digo, como anillo en el dedo: pero traeslos tan por los cabellos, que los arrastras, y no los guyas: ſino me acuerdo mal, otra vez te he dicho, que los refranes ſon ſentencias breues, ſacadas de la experiencia, y eſpeculacion de nueſtros antiguos ſabios, y el refran que no viene à proposito, antes es diſparate que ſentencia: pero dexemonos deſto, y pues ya viene la noche, retiremonos del camino real algun trecho, donde paſſaremos eſta noche, y Dios ſabe lo que ſerà mañana. Retiraronſe, cenaron tarde y mal, bien contra la voluntad de Sancho, à quien ſe le representavan las eſtrechezas de la andante Cavalleria, uſadas en las ſelvas, y en los montes, ſi bien tal vez la abundancia ſe moſtrava en los Caſtillos, y caſas, aſſi de Don Diego de Miranda, como en las bodas del rico Camacho, y de Don Antonio Moreno: pero confi-

rava

rava no ſer poſſible ſer ſiempre de dia, ni ſiempre de noche, y aſſi paſò aquella durmiendo, y ſu Amo velando.

CAPITULO LXVIII.

De la cerdoſa aventura que le aconteciò à Don Quixote.

ERa la noche algo eſcura, pueſto que la Luna eſtava en el cielo, pero no en parte que pudieſſe ſer viſta, que tal vez la Señora Diana ſe va à paſſear à los Antipodas, y dexa los montes negros, y los valles eſcuros. Cumpliò Don Quixote con la naturaleza, durmiendo el primer ſueño, ſin dar lugar al ſegundo, bien al reves de Sancho, que nunca tuvo ſegundo, porque le durava el ſueño deſde la noche haſta la mañana, en que ſe moſtrava ſu buena complexion, y pocos cuydados: los de Don Quixote le deſvelaron, de manera que deſpertò à Sancho, y le dixo: Maravillado eſtoy Sancho, de la libertad de tu condicion, yo imagino, que eres hecho de marmol, ò de duro bronce, en quien no cabe movimiento, ni ſentimiento alguno: yo velo quando tu duermes, yo lloro quando cantas, yo me deſmayo de ayuno, quando tu eſtàs percoſo, y deſalentado de puro harto: de buenos criados es conllevar las penas de ſus Señores, y ſentir ſus ſentimientos, por el bien parecer ſiquiera: mira la ſerenidad deſta noche, la ſoledad en que eſtamos, que nos combida à entremeter alguna vigilia entre nueſtro ſueño, levántate por tu vida, y deſviate algun trecho de aquí, y con buen animo y denuedo

agra:

agradecido, date trezientos, ò quatrocientos azotes à buena cuenta de los del desencanto de Dulcinea; y esto rogando te lo suplico, que no quiero venir contigo à los brazos, como la otra vez, porque se, que los tienes pesados: despues que te ayas dado, passaremos lo que resta de la noche, cantando yo mi ausencia, y tu, tu firmeza, dando desde agora principio al exercicio Pastoral, que hemos de tener en nuestra aldea: Señor, respondió Sancho, no soy yo Religioso, para que desde la mitad de mi sueño me levante, y me discipline, ni menos me parezca, que del extremo del dolor de los agotes, se pueda passar al de la Musica; vuestra Merced me dexa dormir, y no me apriete en lo del agotarme, que me hará hazer juramento de no tocarme jamas al pelo del sayo, no que al de mis carnes. O alma endurecida, ò Escudero sin piedad, ò pan mal empleado, y mercedes mal consideradas! las q̃ te he hecho, y pienso de hazerte, por mi te has visto Governador, y por mi te ves con esperanças propinquas de ser Conde, ò tener otro titulo equivalente, y no tardará el cumplimiento dellas, mas de quanto tarde en passar este año, que yo, *post tenebras spero lucem*. No entiendo esto, replicó Sancho; solo entiendo, que en tanto que duermo, ni tengo temor, ni esperanza, ni trabajo, ni gloria, y bien aya el que inventó el sueño, capa que cubre todos los humanos penafamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frio, frio que templá el ardor, y finalmente moneda general, con que todas las cosas se compran, balança, y peso que yguala al Pastor con el Rey, y al simple con el discreto: solo una cosa tiene mala el sueño, segun he oydo dezir, y es que se parece à la muerte, pues de un

un dormido à un muerto ay muy poca diferencia. Nunca te he oydo hablar Sancho, dixo Don Quixote, tan elegantemente como aora, por donde vengo à conocer ser verdad el refran, que tu algunas vezes sueles dezir: no con quien naces, sino con quien paces. A pesia tal, replicó Sancho (Señor nuestro Amo) no soy yo aora el que entarta refranes, que tambien à vuestra Merced se le caen de la boca de dos en dos mejor que à mi, sino que deve de aver entre los mios, y los suyos esta diferencia, que los de vuestra Merced vendrán à tiempo, y los mios à deshora: pero en efeto todos son refranes. En esto estavan quando sintieron un sordo estruendo, y un alpero ruydo, que por todos aquellos valles se extendia: levantóse en pie Don Quixote, y puso mano à la espada, y Sancho se agazapó debaxo del Ruzio, poniéndose à los lados el lio de las armas, y la albarda de su jumento, tan temblando de miedo, como alborotado Don Quixote: de punto en punto yva creciendo el ruydo, y llegando cerca à los dos temerosos (alomenos al uno) que al otro ya se sabe su valentia. Es pues el caso, que llevavan unos hombres à vender à una feria mas de seyscientos puerocos, con los quales caminavan à aquellas horas, y era tanto el ruydo que llevavan, y el gruñir, y el bufar, que ensordecieron los oydos de Don Quixote, y de Sancho, que no advirtieron lo que ser podia: llegó de tropel la estendida y gruñidora piara, y sin tener respeto à la autoridad de Don Quixote, ni à la de Sancho, passaron por cima de los dos deshaziendo las trincheas de Sancho, y derribando no solo à Don Quixote, sino llevando por añadidura à Rozinante: el tropel, el gruñir, la presteza con que llegaron los animales inmundos puso en confusion, y por

y por el suelo à la albarda, à las armas, al Ruzio, à Rozinante, à Sancho, y à Don Quixote : levantose Sancho como mejor pudo, y pidió à su Amo la espada, diziendole, que queria matar media docena de aquellos Señores, y descomedidos puercos, que ya avia conocido que lo eran. Don Quixote le dixo : dexalos estar amigo, que esta afrenta es pena de mi pecado, y justo castigo del cielo es, que à un Cavallero andante vencido le coman adivas, y le piquen abispas, y le hollen puercos. Tambien deve de ser castigo del cielo, respondió Sancho, que à los Escuderos de los Cavalleros vencidos los punzen moscas, los coman piojos, y les embista la hambre: si los Escuderos fuéramos hijos de los Cavalleros à quien servimos, ò parientes suyos muy cercanos, no fuera mucho, que nos alcanzara la pena de sus culpas hasta la quarta generacion : pero que tienen que ver los Panças con los Quixotes? Ahora bien tornemonos à acomodar, y durmamos lo poco que queda de la noche, y amanecerà Dios, y medraremos. Duermes tu Sancho, respondió Don Quixote, que naciste para dormir, que yo que nací para velar, en el tiempo que falta de aquí al dia, darè rienda à mis pensamientos, y los desfogarè en un Madrigalete, que sin que tu lo sepas, anoche compuso en la memoria. A mi me parece, respondió Sancho, que los pensamientos que dan lugar à hazer coplas, no deven de ser muchos, vueſſa Merced coplee quanto quisiere, que yo dormirè quanto pudierè, y luego tomando en el suelo quanto quiso, se acorruco, y durmiò à sueño suelto, sin que fianças, ni deudas, ni dolor alguno se lo estorvasse. Don Quixote arri-
mado à un tronco de una haya, ò de un alcornoque

que (que Cide Hamete Benengeli no distingue el árbol que era) al son de sus melmos suspiros cantò desta suerte:

*Amor ! quando yo pienſo
En el mal que me das, terrible y fuerte,
Voy corriendo à la muerte,
Pensando así acabar mi mal inmenſo,
Mas en llegando al paſſo,
Que es puerto en este mar de mi tormento,
Tanta alegria ſiento,
Que la vida ſe esfuerza, y no le paſſo :
Así el vivir me mata,
Que la muerte me torna à dar la vida.
O condicion no oyda,
La que conmigo muerte y vida trata ?*

Cada verso destos acompañava con muchos suspiros, y no pocas lagrimas, bien como aquel cuyo coraçon tenia traſpaſſado con el dolor del ventimimiento, y con la ausencia de Dulcinea. Llegòse en esto el dia, diò el Sol con sus rayos en los ojos à Sancho, despertò, y esperegòse, sacudiendose, y estirandose los pereçosos miembros, mirò el destrogo que avian hecho los puercos en su reposteria, y maldixo la piara, y aun mas adelante. Finalmente bolvieron los dos à su comengado camino, y al declinar de la tarde vieron, que àzia ellos venian hasta diez hombres de à cavallo, y quatro, ò cinco de à pie. Sobrefaltòse el coraçon de Don Quixote, y açoròse el de Sancho; porque la gente que se les llegava traya lanças, y adargas, y venia muy à punto de guerra, bolvióse Don Quixote à Sancho, y dixo: Si yo pudiera Sancho, exercitar mis armas, y mi pro-

promessa no me huviera atado los brazos, esta ma-
quina que sobre nosotros viene, la tuviera yo por
tortas, y pan pintado: pero podia ser fuesse otra
cosa de la que tememos. Llegaron en esto los de à
cavallo; y arbolando las lanças, sin hablar palabra
alguna, rodearon à Don Quixote, y se las pusieron
à las espaldas, y pechos, amenazandole de muerte:
uno de los de à pie, puesto un dedo en la boca, en se-
ñal de que callasse, asió del freno de Rozinante, y le
sacò del camino, y los demas de à pie, antecogiendo
à Sancho, y al Ruzio, guardando todos maravillo-
so silencio, siguieron los passos del que llevaba à
Don Quixote, el qual dos, ò tres vezes quiso pre-
guntar adonde le llevaban, ò que querian: pero
apenas comenzava à mover los labios, quando se los
yvan à cerrar con los hierros de las lanças, y à San-
cho le acontecia lo mismo; porque à penas dava
muestras de hablar, quando uno de los de à pie con
un aguijon le punzava, y al Ruzio ni mas ni menos,
como si hablar quisiéra: cerrò la noche, apresuraron
el passo, creció en los dos presos el miedo, y mas
quando oyeron, que de quando en quando les de-
zian, Caminad Trogloditas, callad Barbaros, pa-
gad Antropofagos, no os quexeys Scytas, ni abrays
los ojos Polifemos matadores, leones carniceros, y
otros nombres semejantes à estos, con que atormen-
tavan los oydos de los miserables Amo, y Mogo:
Sancho yva diziendo entre si: Nosotros Tortolitas,
nosotros Barbaros, ni estropajos, nosotros perritas,
à quien dicen cita, cita, no me contentan nada estos
nombres, à mal viento va esta parva; todo el mal
nos viene junto, como al perro los palos, y oxala
parasse en ellos lo que amenaza esta aventura tan
desventurada! Yva Don Quixote embelesado, sin
poder



PARTE SEGUNDA. LIBRO VIII. 607

poder atinar con quantos discursos hazia, que serian aquellos nombres llenos de vituperios, que les ponian, de los quales sacava en limpio, no esperar ningun bien, y temer mucho mal. Llegaron en esto una hora casi de la noche à un Castillo, que bien conoció Don Quixote, que era el del Duque, donde avia poco que avian estado. Valame Dios, (dixo assi como conoció la estancia) y que será esto? si que en esta casa todo es cortesia, y buen comedimientos: pero para los vencidos el bien se buelve en mal, y el mal en peor. Entraron al patio principal del Castillo, y vieronle aderezado, y puesto de manera, que les acrecentó la admiracion, y les dobló el miedo, como se verá en el siguiente Capitulo.

CAPITULO LXIX.

Del mas raro, y mas nuevo suceso, que en todo el discurso de esta grande Historia avino à Don Quixote.

Apearonse los de à cavallo, y junto con los de à pie tomando en peso, y arrebatadamente à Sancho, y à Don Quixote, los entraron en el palacio, al rededor del qual ardan casi cien hachas puestas en sus bladones, y por los corredores del patio mas de quinientas luminarias, de modo, que à pesar de la noche (que se mostrava algo escura) no se echava de ver la falta del dia. En medio del patio se levantava un tumulto, como dos varas del suelo, cubierto todo con un grandissimo dosel de terciopelo negro, al rededor del qual por sus gradas ardan velas de cera blanca sobre mas de cien

cien candeleros de plata, encima del qual tumulto se mostrava un cuerpo muerto de una tan hermosa Donzella, que hazia parecer con su hermosura hermosa à la misma muerte: tenia la cabeça sobre una almohada de brocado, coronada con una guirnalda de diversas, y odoríferas flores texida, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. A un lado del patio estava puesto un teatro, y dos fillas sentados dos personajes, que por tener coronas en la cabeça, y ceptros en las manos, davan señales de ser algunos Reyes, ya verdaderos, ò ya fingidos: al lado deste teatro, adonde se subia por algunas gradas, estavan otras dos fillas, sobre las quales los que truxeron los presos, sentaron à Don Quixote, y à Sancho, todo esto callando, y dandoles à entender con señales à los dos, que à si mesmo callassen: pero sin que se lo señalaran, callaron ellos; porque la admiracion de lo que estavan mirando les tenia atadas las lenguas: subieron en esto al teatro con mucho acompañamiento dos principales personajes, que luego fueron conocidos de Don Quixote ser el Duque, y la Duquesa sus huéspedes, los quales se sentaron en dos riquissimas fillas junto à los dos que parecian Reyes. Quien no se avia de admirar con esto, añadiendose à ello, àver conocido Don Quixote, que el cuerpo muerto que estava sobre el tumulto, era el de la hermosa Altifidora? Al subir el Duque, y la Duquesa en el teatro, se levantaron Don Quixote, y Sancho, y les hizieron una profunda humillacion, y los Duques hizieron lo mesmo, inclinando algun tanto las cabeças: salió en esto de traves un ministro, y llegandose à Sancho le echò una ropade bocaci negro encima, toda pintada con

llamas

llamas de fuego, y quitandole la caperuça le puso en la cabeça una coroga al modo de las que sacan los penitenciados por el santo Oficio, y dixole al oydo, que no descosiesse los labios, porque le echarian una mordaga, ò le quitarian la vida. Miravase Sancho de arriba abaxo, veyase ardiendo en llamas: pero como no le quemavan, nõ las estimava en dos ardientes; quitose la coroga, viola pintada de diablos, bolviòsela à poner, diciendo entre si: Aun bien, que ni ellas me abrafan, ni ellos me llevan. Miravale tambien Don Quixote, y aunque el temor le tenia suspensos los sentidos, no dexò de reyrse de ver la figura de Sancho. Comengò en esto à salir al parecer debaxo del tumulto un son sumiso y agradable de flautas, que por no ser impedido de alguna humana voz, porque en aquel sitio el mesmo silencio guardava silencio, à si mismo se mostrava blando, y amoroso. Luego hizo de si improvisa muestra, junto à la almohada del, al parecer, cadaver, un hermoso mancebo vestido à lo Romano, que al son de una harpa, que el mismo tocava cantò con suavissima y clara voz estas dos estancias:

EN tanto que en si buelve Altifidora,
Muerta por la crueldad de Don Quixote,
Y en tanto que en la corte Encantadora
Se vistieren las Damas de Picote.
Y en tanto que à sus Dueñas mi Señora
Vistiere de vayeta, y de anascote,
Cantarè su belleça y su desgracia,
Con mejor plectro, que el Cantor de Tracia.
Y aun no sè la figura que me toca
Aqueste oficio solamente en vida,
Mas con la lengua muerta, y fria en la boca
Parte II.

Q q

Pienso

*Pienso mover la voz à ti devida,
Libre mi alma de su estrecha roca,
Por el Estigio lago conduzida,
Celebrandote yrà, y aquel sonido
Harà parar las aguas del olvido.*

No mas, dixo à esta fazon uno de los dos, que parecian Reyes, no mas cantor divino, que seria proceder en infinito, representarnos aora la muerte, y las gracias de la sin par Altifidora, no muerta, como el mundo ignorante piensa, sino viva en las lenguas de la fama, y en la pena que para bolverla à la perdida luz ha de passar Sancho Pança, que està presente, y assi, ô tu Radamanto, que conmigo juzgas en las cavernas lobregas de Lete; pues sabes todo aquello, que en los inescrutables hados està determinado, acerca de bolver en si esta Donzella, dilo, y declaralo luego, porque no se nos dilate el bien que con su nueva buelta esperamos. A penas hubo dicho esto Minos, Juez y compañero de Radamanto, quando levantandose en pie Radamanto, dixo: Ea Ministros desta casa, altos, y baxos, grandes, y chicos, acudid unos tras otros, y sellad el rostro de Sancho con veynte y quatro mamonas, y doze pellizcos, y seys alfilerazos, brazos, y lomos, que en esta ceremonia consiste la salud de Altifidora. Oyendo lo qual Sancho Pança, rompiò el silencio, y dixo: Voto à tal, assi me dexe yo sellar el rostro, ni manosearme la cara, como bolverme Moro: cuerpo de mi! que tiene que ver manosearme el rostro, con la resurreccion desta Donzella? regostòse la vieja à los bledos, encantan à Dulcinea, y agotanme para que se desencante, muerefe Altifidora de males que Dios quiso darle, y

hanla

hanla de resucitar hazerme à mi veynte y quatro mamonas, y acribarme el cuerpo à alfilerazos, y acardenalarme los brazos con pellizcos: estas burlas à un cuñado, que yo soy perro viejo, y no ay conmigo tus tus. Moriràs, dixo en alta voz Radamanto, ablandate tigre, humillate Nembror sobervio, y sufre y calla; pues no te piden imposibles, y no te metas en averiguar las dificultades deste negocio; mamonado has de ser, acrebillado te has de ver, pellizcado has de gemir: Ea, digo, Ministros, cumplid mi mandamiento, sino por la fè de hombre de bien, que aveys de ver para lo que nacistes. Parecieron en esto, que por el patio venian hasta seys Dueñas en procession una tras otra, las quatro con anteojos, y todas levantadas las manos derechas en alto, con quatro dedos de muñecas de fuera, para hazer las manos mas largas (como aora se usa.) No las hubo visto Sancho, quando bramando como un toro, dixo: Bien podrè yo dexarme monosear de todo el mundo, pero consentir que me toquen Dueñas, esto no: gateenme el rostro, como hizieron à mi Amo en este mesmo Castillo: traspassenme el cuerpo con puntas de dagas buydas: atenazenme los brazos con tenaças de fuego, que yo lo llevarè en paciencia, ò servirè à estos Señores: pero que me toquen Dueñas, no lo consentirè, si me llevassè el diablo. Rompiò tambien el silencio Don Quixote, diziendo à Sancho: Ten paciencia hijo, y da gusto à estos Señores, y muchas gracias al cielo, por aver puesto tal virtud en tu persona, que con el martyrio della desencantes los encantados, y resucites los muertos. Ya estavan las Dueñas cerca de Sancho, quando el mas b'ando, y mas persuadido, poniendose bien en la silla, diò rostro, y barba à la primera, la qual le hizo una ma-

Q q 2

mona

mona muy bien sellada, y luego una gran reverencia. Menos cortesía, menos mudas Señora Dueña, dixo Sancho, que por Dios que traeys las manos oliendo à vinagrillo. Finalmente todas las Dueñas le sellaron, y otra mucha gente de casa le pellizcaron: pero lo que el no pudo sufrir, fue el pungamiento de los alfileres; y assi se levantó de la silla, al parecer molino, y asiendo de una hacha encendida, que junto à él estava, dió tras las Dueñas, y tras todos sus verdugos, diciendo: A fuera ministros infernales, que no soy yo de bronce, para no sentir tan extraordinarios martyrios. En esto Altisidora, que devia de estar cansada, por aver estado tanto tiempo supina, se bolvió de un lado, visto lo qual por los circunstantes, casi todos à una voz dixerón: Viva es Altisidora, Altisidora vive: mandò Radamanto à Sancho, que depusiesse la yra, pues ya se avia alcanzado el intento que se procurava. Assi como Don Quixote vió rebullir à Altisidora, se fue à poner de rodillas delante de Sancho, diciendole: Agora es tiempo, hijo de mis entrañas, no que Escudero mio, que te des algunos de los agotes, que estás obligado à dar por el desencanto de Dulcinea. Aora digo, que es el tiempo donde tienes sazónada la virtud, y con eficacia de obrar el bien que de ti se espera. A lo que respondió Sancho: Esto me parece argado sobre argado, y no miel sobre hojuelas: bueno seria, que tras pellizcos, mamonas, y alfilerazos viniesen aora los agotes; no tienen mas que hazer, sino tomar una gran piedra, y atarmela al cuello, y dar conmigo en un pozo, de lo que à mi no pesaria mucho; si es que para curar los males ajenos, tengo yo de ser la vaca de la boda: Dexenme, sino por Dios que lo arroje, y lo eche todo à treze, aunque no se venda. Ya en esto

esto se avia sentado en el tumulto Altisidora, y al mismo instante sonaron las chirimías, à quien acompañaron las flautas, y las voces de todos, que aclamaban: Viva Altisidora, Altisidora viva. Levantáronse los Duques, y los Reyes Minos, y Radamanto; y todos juntos con Don Quixote y Sancho fueron à recibir à Altisidora, y à baxarla del tumulto, la qual haziendo de la desmayada se inclinó à los Duques, y à los Reyes, y mirando de traves à Don Quixote, le dixo: Dios te lo perdone desamorado Cavallero, pues por tu crueldad he estado en el otro mundo, à mi parecer, mas de mil años: y à ti, ò el mas compassivo Escudero, que contiene el Orbe, te agradezco la vida que poseo: dispon desde oy mas amigo Sancho de seys camisas mias que te mando, para que hagas otras seys parati, y fino son todas fanas, alomenos son todas limpias. Besóle por ello las manos Sancho con la coroga en la mano, y las rodillas en el suelo: mandò el Duque, que se le quitassen, y le bolviessen su caperuça, y le pusiesen el sayo, y le quitassen la ropa de las llamas. Suplicò Sancho al Duque, que le dexasse la ropa, y mitra, que las queria llevar à su tierra, por señal y memoria de aquel nunca visto suceso. La Duquesa respondió, que si dexarian, que ya sabia el quan grande amiga suya era. Mandò el Duque despejar el patio, y que todos se recogiesen à sus estancias, y que à Don Quixote, y à Sancho los llevassen à las que ellos ya se sabian.

CAPITULO LXX.

Que sigue al de sesenta y nueve, y trata de cosas no escusadas para la claridad desta Historia.

DUrmio Sancho aquella noche en una cariola en el mismo aposento de Don Quixote; cosa que el quisiera escusarla, si pudiera, porque bien sabia, que su Amo no le avia de dexar dormir à preguntas, y à respuestas, y no se hallava en disposicion de hablar mucho; porque los dolores de los martyrios passados, los tenia presentes, y no le dexavan libre la lengua, y vinierale mas à cuento dormir en una choga solo, que no en aquella rica estancia acompañado. Salióle su temor tan verdadero, y su sospecha tan cierta, que apenas hubo entrado su Señor en el lecho, quando dixo: Que te parece, Sancho, del suceso desta noche? grande y poderosa es la fuerza del desden desamorado, como por tus mismos ojos has visto muerta à Altifidora, no con otras sacras, ni con otra espada, ni con otro instrumento belico, ni con venenos mortiferos, sino con la consideracion del rigor, y el desden con que yo siempre la he tratado. Murierase ella en hora buena, quanto quisiera, y como quisiera, respondió Sancho, y dexarame à mí en mi casa, pues ni yo la enamore, ni la desdene en mi vida: yo no sè, ni puedo pensar como sea, que la salud de Altifidora, Donzella mas antojadiza que discreta, tenga que ver (como otra vez he dicho) con los martyrios de Sancho Pança? Agora si que vengo à conocer clara, y distintamente, que ay Encantadores, y encantos en el mundo, de quien Dios me

me libre, pues yo no me sè librar: con todo esto suplico à V.M. me dexé dormir, y no me pregunte mas, sino quiere que me arroje por una ventana abaxo. Duerme Sancho amigo, respondió Don Quixote, si es que te dan lugar los alfileragos, y pellizcos recibidos, y las mamonas hechas. Ningun dolor, replicò Sancho, llegò à la afrenta de las mamonas, no por otra cosa, que por avermelas hecho Dueñas, que confundidas sean: y tornò à suplicar à vuesa Merced me dexé dormir, porque el sueño es alivio de las miserias de los que las tienen despiertas. Sea assi, dixo Don Quixote, Dios te acompañe: durmieronse los dos, y en este tiempo quiso escrivar, y dar cuenta Cide Hamete, Autor desta grande Historia, que les movió à los Duques à levantar el edificio de la maquina referida, y dize, que no aviendotele olvidado al Bachiller Sanlon Carrasco, quando el Cavallero de los Espejos fue vencido, y derribado por Don Quixote, cuyo vencimiento, y caída borro, y deshizo todos sus designios; quiso bolver à provar la mano, esperando mejor suceso, que el pasado: y assi, informandose del Page, que llevó la carta, y presente à Teresa Pança, muger de Sancho, adonde Don Quixote quedava: buscò nuevas armas, y cavallo, y puso en el escudo la blanca Luna, llevandolo todo sobre un macho, à quien guayava un labrador, y no Tome Cecial su antiguo Escudero: porque no fuesse conocido de Sancho, ni de Don Quixote. Llegò pues al Castillo del Duque, que le informó el camino, y derrota que Don Quixote llevaba con intento de hallarse en las Justas de Zaragoza, dixolo assi mismo las burlas que le avia hecho con la traça del desencanto de Dulcinea, que avia de ser à costa de las posaderas de Sancho: en fin diò cuenta

de la burla que Sancho avia hecho à su Amo, dándole à entender, que Dulcinea estava encantada, y transformada en labradora: y como la Duquesa su muger avia dado à entender à Sancho, que èl era èl que se engañava; porque verdaderamente estava encantada Dulcinea, de que no poco se riò, y admirò el Bachiller, considerando la agudeza, y simplicidad de Sancho, como del estremo de la locura de Don Quixote. Pidiòle el Duque, que si le hallasse, & le venciesse, ò no, se bolviesse por allí à darle cuenta del suceso: hizolo assi el Bachiller; partiòse en su busca, no le hallò en Zaragoza, passò adelante, y sucediòle lo que queda referido: bolviòse por el castillo del Duque, y contòsele todo con las condiciones de la batalla, y que ya Don Quixote bolvia à cumplir, como buen Cavallero andante, la palabra de retirarse un año en su aldea, en el qual tiempo podia ser (dixo el Bachiller,) que sanasse de su locura, esta era la intencion que le avia movido à hazer aquellas transformaciones, por ser cosa de lastima, que un Hidalgo tan bien entendido, como Don Quixote, fuesse loco. Con esto se despidiò del Duque, y se bolvio à su lugar, esperando en el à Don Quixote, que tras èl venia. De aqui tomò ocasion el Duque, de hazerle aquella burla, tanto era lo que gustava de las cosas de Sancho, y de Don Quixote: y haziendo tomar los caminos cerca, y lexos del castillo, por todas las partes que imaginò que podría bolver Don Quixote, con muchos criados suyos de à pie, y de à cavallo, para que por fuerça, ò de grado le truxessen al castillo, si le hallassen. Hallaronle, dieron aviso al Duque, el qual ya prevenido de todo lo que avia de hazer: Assi como tuvo noticia de su llegada, mandò encender las hachas, y las lu-

minarias del patio, y poner à Altisidora sobre el tumulto con todos los aparatos que se han contado, tan al vivo, y tan bien hechos, que de la verdad à ellos avia bien poca diferencia. Y dize mas Cide Hamete, que tiene para si, ser tan locos los burladores, como los burlados, y que no estavan los Duques dos dedos de parecer tontos; pues tanto ahinco ponian en burlarse de dos tontos, los quales el uno durmiendo à sueño suelto, y el otro velando à pensamientos desatados, les tomò el dia, y la gana de levantarse, que las ociosas plumas, ni vencido, ni vencedor jamas dieron gusto à Don Quixote. Altisidora (en la opinion de Don Quixote, buelta de muerte à vida) siguiendo el humor de sus Señores, coronada con la misma guirnalda que en el tumulto tenia; y vestida una tunicela de tafetan blanco, sembrada de flores de oro, y sueltos los cabellos por las espaldas, arriada à un baculo de negro y finissimo evano, entrò en el aposento de Don Quixote; con cuya preleucia turbada, y confuso se encogió, y cubrió casi todo con las sabanas, y colchas de la cama, muda la lengua, sin que acertasse à hazerle cortesia ninguna. Sentòse Altisidora en una silla junto à su cabecera, y despues de aver dado un gran suspiro, con voz tierna, y debilitada le dixo: Quando las mugeres principales, y las recatadas Donzellas atropellan por la honra, y dan licencia à la lengua, que rompa por todo inconveniente, dando noticia en publico de los secretos que su coragon encierra, en estrecho termino se hallan: Yo (Señor Don Quixote de la Mancha) soy una destas, apretada, vencida, y enamorada; pero con todo esto sufrida, y honesta, tanto, que por serlo tanto rebentò mi alma por mi silencio, y per-

perdi la vida : dos dias ha que la consideracion del rigor con que me has tratado, ò mas duro que marmol à mis quejas, empedernido Cavallero, he estado muerta, ò alomenos juzgada por tal de los que me han visto; y sino fuera porque el amor, con doliendo de mi, depositò mi remedio en los martirios deste buen Escudero, allà me quedarà en el otro mundo. Bien pudiera el amor, dixo Sancho, depositarlos en los de mi asno, que yo se lo agradecerà : pero digame, Señora, assi el cielo lo acomode con otro mas blando amante que mi Amo, que es lo que viò en el otro mundo? que ay en el infierno, porque quien muere desesperado por fuerza, ha de tener aquel paradero? La verdad que os diga, respondió Altifidora, yo no devì de morir del todo, pues no entrè en el infierno, que si allà entrara, una por una, no pudiera salir del, aunque quisiera : la verdad es, que lleguè à la puerta, adonde estavan jugando hasta una dozena de diablos à la pelota, todos en calças y en jubon, con balonas guarnecidas con puntas de randas Flamencas, y con unas bueltas de lo mismo, que les servian de puños, con quatro dedos de brago de fuera, porque pareciefen las manos mas largas, en las quales tenian unas palas de fuego : y lo que mas me admirò, fue, que les servian en lugar de pelotas libros, al parecer llenos de viento, y de borra; cosa maravillosa, y nueva : pero esto no me admirò tanto, como el ver, que siendo natural de los jugadores el alegrarse los gananciosos, y entristecerse los que pierden, alli en aquel juego todos gruñian, todos regañavan, y todos se maldezian. Esto no es maravilla, respondió Sancho : porque los diablos, jueguen, ò no jueguen, nunca pueden estar contentos, ganen, ò no ganen,

ganen. Assi deve de ser, respondió Altifidora, mas ay otra cosa, que tambien me admira (quiere dezir me admirò entonces) y fue, que al primer boleó no quedava pelota en pie, ni de provecho, para servir otra vez, y assi menudeavan libros nuevos, y viejos, que era una maravilla, à una dellos, nuevo flamante, y bien enquadernado, le dieron un papirotago, que le sacaron las tripas, y le esparcieron las hojas; dixo un diablo à otro : Mirad que libro es esse. Y el diablo le respondió : Esta es la segunda parte de la Historia de Don Quixote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete, su primer Autor, sino por un Aragones, que el dize ser natural de Tordefillas. Quitadmele de aì, respondió el otro diablo, y metedle en los abismos del infierno, no le vean mas mis ojos. Tan malo es? respondió el otro. Tan malo, replicò el primero, que si de proposito yo mismo me pusiera à hazerle peor, no acertara. Prosiguyeron su juego, peloteando otros libros, y yo por aver oydo nombrar à Don Quixote, à quien tanto adamo, y quiero, procurè, que se me quedasse en la memoria esta vision. Vision devì de ser sin duda, dixo Don Quixote : porque no ay otro yo en el mundo, y ya esta Historia anda por acà de mano en mano, pero no para en ninguna : porque todos la dan el pie. Yo no me he alterado en oyr, que ando como cuerpo fantastico por las tinieblas del abismo; ni por la claridad de la tierra, porque no soy aquel de quien esta Historia trata : si ella fuera buena, fiel, y verdadera, tendrà figlos de vida; pero si fuere mala, de su parto à la sepultura no será muy largo el camino. Viva Altifidora à proseguir, en que xarse de Don Quixote, quando le dixo Don Quixote : Muchas
vezes

vezes os he dicho, Señora, que à mi me pesa de que ayais colocado en mi vuestros pensamientos; pues de los mios antes pueden ser agradecidos, que remedados; yo nací para ser de Dulcinea del Toboso, y los hados (si los huviera) me dedicaron para ella, y pensar que otra alguna hermosura ha de ocupar el lugar que en mi alma tiene, es pensar lo imposible: suficiente desengaño es este, para que os retireys en los limites de vuestra honestidad, pues nadie se puede obligar à lo imposible. Oyendo lo qual Altisidora, mostrando enojarse, y alterarse, le dixo: Vive el Señor Don Vacallao, alma de admirez, cuefco de datil, mas terco y duro que villano rogado, quando tiene la fuya sobre el hito, que si arremeto à vos, que os tengo de sacar los ojos; pensays por ventura, Don vencido, y Don molido, à palos, que yo me he muerto por vos: todo lo que aveys visto en esta noche ha sido fingido, que no soy yo muger, que por semejantes camellos avia de dexar que me doliesse un negro de lauña, quanto mas morirme. Esto creo yo muy bien, dixo Sancho, que esto del morir se los enamorados, es cosa de rita, bien lo pueden ellos dezir, pero hazer, crealo Judas. Estando en estas platicas entrò el Musico, Cantor, y Poëta, que avia cantado las dos ya referidas estancias: el qual haziendo una gran reverencia à Don Quixote, dixo: V.M. Señor Cavallero, me cuente, y tenga en el numero de sus mayores servidores, porque ha muchos dias que le soy muy aficionado, assi por su fama, como por sus hazañas. Don Quixote le respondió: V. M. me diga quienes es, porque mi cortesia responda à sus merecimientos. El Mogo respondió, que era el Musico, y Panegirico de la noche antes. Porcierto, replicò Don Quixote, vuestra Merced tiene estremada voz: pero

pero lo que cantò, no me parece que fue muy à proposito; porque que tienen que ver las estancias de Garcilasso con la muerte desta Señora? No se maraville vuestra Merced desto, respondió el Musico, que ya entre los intonlos Poëtas de nuestra edad, se usa, que cada uno escriva como quisiere, y hurte de quien quisiere, venga, ò no venga à pelo de su intento, y ya no ay necesidad, que canten, ò escrivan, que no se atribuya à licencia poëtica. Responder quisiera Don Quixote; pero estorvaronlo el Duque, y la Duquesa, que entraron à verle: entre los quales pasaron una larga, y dulce platica, en la qual dixo Sancho tantos donayres, y tantas malicias, que dexaron de nuevo admirados à los Duques, assi con su simplicidad, como con su agudeza. Don Quixote les suplicò le diessen licencia para partirse aquel mismo dia, pues à los vencidos Cavaleros, como el, mas les convenia habitar una çaburda, que no Reales palacios: dieronfela de muy buena gana; y la Duquesa le preguntò, si quedava en su gracia Altisidora. El le respondió: Señora mia, sepa vuestra Señoria, que todo el mal desta Donzella nace de ociosidad, cuyo remedio es la ocupacion honesta, y continua: ella me ha dicho aqui, que se usan randas en el infierno, y pues ella las deve de saber hazer, no las dexe de la mano, que ocupada en menear los palillos, no se menearàn en su imaginacion la imagen, ò imagenes de lo que bien quiere: y esta es la verdad, este mi parecer, y este es mi consejo. Y el mio, añadió Sancho; pues no he visto en toda mi vida ramera, que por amor se aya muerto, que las Donzellas ocupadas mas ponen sus pensamientos en acabar sus tareas, que en pensar en sus amores, por mi lo digo, pues mientras estoy cabando, no me

me acuerdo de mi, o, fío, digo de mi Teresa Pança, à quien quiero mas que à las pestañas de mis ojos. Vos dezis muy bien, Sancho, dixo la Duquesa, y yo harè, que mi Altisidora se ocupe de aqui adelante en hazer alguna labor blanca, que la sabe hazer por estremo. No ay para que, Señora, respondió Altisidora, usar desse remedio, pues la consideracion de las crueldades, que conmigo ha usado este malandrín mostrenco, me le borrarán de la memoria, sin otro artificio alguno: y con licencia de vuestra Grandeza me quiero quitar de aqui, por no ver delante de mis ojos ya no su triste figura, sino su fea y abominable catadura. Esto me parece, dixo el Duque, à lo que suele dezirse: porque aquel que dize injurias cerca està de perdonar. Hizo Altisidora muestra de limpiarse las lagrimas con un pañuelo, y haziendo reverencia à sus Señores, se salio del aposento. Mandote yo, dixo Sancho, pobre Donzella, mandote (digo) mala ventura, pues las has avido con una alma de esparto, y con un coraçon de encina: à fée, que si las huvieras conmigo, que otrogallo te cantara. Acabose la platica, vistiòse Don Quixote, comió con los Duques, y partiòse aquella tarde.

CAPITULO LXXI.

De lo que à Don Quixote le sucedió con su Escudero Sancho, yendo à su aldea.

Y Va el vencido, y asfendereado Don Quixote pensativo ademas por una parte, y muy alegre por otra: causava su tristeza el vencimiento, y la alegría el considerar en la virtud de San-

Sancho, como lo avia mostrado en la resurreccion de Altisidora, aunque con algun escrupulo se persuadia, à que la enamorada Donzella fuesse muerta de veras. No yva nada Sancho alegre: porque le entristecia ver, que Altisidora no le avia cumplido la palabra de darle las camisas; y yendo y viniendo en esto, dixo à su Amo: En verdad, Señor, que soy el mas desgraciado Medico que se deve de hallar en el mundo, en el qual ay Físicos, que con matar al enfermo que curan, quieren ser pagados de su trabajo, que no es otro, sino firmar una cedula de algunas Medicinas, que no las haze el, sino el Boticario, y catalo cantusado, y à mi, que la salud agena me cuesta gotas de sangre: mamonas, pellizcos, alfilerazos, y agotes, no me dan un ardite: pues yo les voto à tal, que si me traen à las manos otro algun enfermo, que antes que le cure me han de untar las mias, que el Abad de donde canta yanta, y no quiero creer, que me aya dado el cielo la virtud que tengo, para que yo la comunique con otros de bobilis, bobilis. Tu tienes razon, Sancho amigo, respondió Don Quixote, y halo hecho muy mal Altisidora, en no averte dado las prometidas camisas, y puesto que tu virtud es *gratis data*, que no te ha costado estudio alguno, mas que estudio es recibir martirios en tu persona: de mi te sè dezir, que si quisieras paga por los agotes del desenfanto de Dulcinea, ya te la huviera dado tal como buena: pero no sè si vendrà bien con la cura la paga, y no querria que impidiesse el premio à la Medicina: con todo esto me parece, que no se perderà nada en provarlo, mira Sancho el que quieres, y agotate luego, y pagate de contado, y de tu propia mano, pues tienes dineros mios: à cuyos ofrecimientos abrió Sancho los ojos

ojos y las orejas de un palmo, y dió consentimiento en su corazón à agotarse de buena gana, y dixo à su amo: Agora bien, Señor, yo quiero disponerme à dar gusto à vuestra Merced en lo que desá, con provecho mio, que el amor de mis hijos, y de mi muger me haze, que me muestre interesado: digame vuestra Merced quanto me dará por cada agote que me diere? Si yo te huviera de pagar, Sancho, respondió Don Quixote, conforme lo que merece la grandeza y calidad deste remedio, el tesoro de Venecia, las minas del Potosí fueran poco para pagarte: toma tu el tanto à lo que llevas mio, y pon el precio à cada agote. Ellos, respondió Sancho, son tres mil y trezientos y tantos, dellos me he dado hasta cinco, quedan los demas, entren entre los tantos estos cinco, y vengamos à los tres mil y trezientos, que à quartillo cada uno (que no llevaré menos, si todo el mundo me lo mandasse) montan tres mil y trezientos quartillos, que son los tres mil, mil y quinientos medios reales, que hazen setecientos y cincuenta reales, y los trezientos hazen cientos y cincuenta medios reales, que vienen à hazer setenta y cinco reales, que juntandose à los setecientos y cincuenta son por todos ochocientos y veynte y cinco reales. Estos desfalcaré yo de los que tengo de vuestra Merced, y entraré en mi casa rico, y contento, aunque bien agotado, porque no setoman truchas, y no digo mas. O Sancho bendito, ô Sancho amable, respondió Don Quixote, y quan obligados hemos de quedar Dulcinea, y yo à servirte todos los dias que el cielo nos diere de vida, si ella buelve al ser perdido (que no es posible, sino que buelva) su desdicha avrá sido dicha, y mi vencimiento felicísimo triunfo: y mira Sancho, quando quierdes comen-

començar la diciplina, que porque la abrevies te añadido cien reales. Quando? replicó Sancho, esta noche sin falta, procure vuestra Merced, que la tengamos en el campo al cielo abierto, que yo me abriré mis carnes. Llegò la noche esperada de Don Quixote con la mayor ansia del mundo, pareciendole, que las ruedas del carro de Apolo se avian quebrado, y que el dia se alargava mas de lo acostumbrado, bien assi como acontece à los enambrados, que jamas ajustan la cuenta de sus deseos. Finalmente se entraron entre unos amenos arboles, que poco desviados del camino estavan, donde dexando vazias la silla, y albarda de Rozinante, y el Ruzio, se tendieron sobre la verdè yerva, y cenaron del repuesto de Sancho; el qual haziendo del cabestro, y de la xaquima del Ruzio un poderoso, y flexible agote, se retirò hasta veynte passos de su Amo entre unas hayas. Don Quixote que le vió yr con denuedo, y con brio, le dixo: Mira amigo, que no te hagas pedaços, dà lugar, que unos agotes aguarden à otros, no quieras apresurarte tanto en la carrera, que en la mitad della te falta el aliento, quiero dezir, que no te destan rezio, que te falte la vida antes de llegar al numero deseado; y porque no pierdas por carta de mas, ni de menos, yo estaré desde à parte contando por este mi Rosario los agotes que te dieres: favorezcate el cielo conforme tu buena intencion merece. Al buen pagador no le duelen prendas, respondió Sancho, yo pienso darme de manera, que sin matarme, me duela, que en esto deve de consistir la sustancia deste milagro. Desnudose luego de medio cuerpo arriba, y arrebatando el cordel, començo à darse, y començo Don Quixote à contar los agotes. Hasta

seys ó ocho se avria dado Sancho, quando le pareció ser pesada la burla, y muy barato el precio della; y deteniendose un poco, dixo á su Amo que se llamava á engaño; porque merecia cada agote de aquellos ser pagado á medio real, no que á quartillo. Prosigue Sancho amigo, y no delmayes, le dixo Don Quixote, que yo doblo la parada del precio. Deste modo, dixo Sancho, á la mano de Dios, y llueyan agotes: pero el focarron dexò de darse los en las espaldas, y dava en los arboles, con unos suspiros de quando en quando, que parecia, que con cada uno dellos se le arrancava el alma. Tierna la de Don Quixote, temeroso de que no se le acabasse la vida, y no configuyesse su deseo por la imprudencia de Sancho, le dixo: Por tu vida amigo, que se quede en este punto este negocio que me parece muy aspera esta medicina; y será bien dar tiempo al tiempo, que no se gañó Zamora en una hora! mas de mil agotes, si yo no he contado mal, te has dado, bastan por agora que el asno (hablando á lo grosero) sufre la carga, mas no la sobrecarga. No, no Señor, respondió Sancho, no se ha de dezir por mi, á dineros pagados, brazos quebrados, apartese vueſſa Merced otro poco, y dexeme dar otros mil agotes si quiera que á dos levadas destas avremos cumplido con esta partida, y aun nos sobrarà ropa. Pues tu te hallas con tan buena disposicion, dixo Don Quixote, el cielo te ayude, y pegate que yo me aparto. Bolvió Sancho á su tarea, contando de nuevo, y que ya avia quitado las cortezas á muchos arboles, tal era la riguridad con que se agotava: y algando una vez la voz, y dando un desahorado agote en una haya, dixo: Aqui moriras Sancho, y quantos con el son. Acudiò Don Quixote luego

go al son de la lastimada voz, y del golpe del riguroso agote, y asiendo del torcido cabestro que le servia de corvacho á Sancho, le dixo: No permita la suerte Sancho amigo, que por el gusto mio pierdas tu la vida que ha de servir para sustentar á tu muger, y á tus hijos: espere Dulcinea mejor coyuntura que yo me contendrè en los limites de la esperanza propinqua, y esperarè que cobres fuerzas nuevas, para que se concluya este negocio á gusto de todos. Pues V. Merced Señor mio, lo quiere assi, respondió Sancho, sea en buena hora, y echeme su ferreruero sobre estas espaldas, que estoy sudando, y no querria resfriarme que los nuevos disciplinantes corren este peligro. Hizolo assi Don Quixote, y quedandose un pelota abrigò á Sancho, el qual se durmiò hasta que le despertò el Sol, y luego bolvieron á proseguir su camino, á quien dieron fin por entonces en un lugar que tres leguas de alli estava: Apearonse en un meson que por tal le reconocio Don Quixote; y no por castillo de cava honda, torres, rastrillos, puente levadiza, que despues que le vencieron con mas juyzio en todas las cosas discurría (como agora se dirá) alojaronle en una sala baxa, á quien servian de guadamaciles unas fargas viejas pintadas, como se usan en las aldeas. En una dellas estava pintada de malissima mano el robo de Elena, quando el huésped atrevido se la llevó á Menelao, y en otra estava la Historia de Dido, y Eneas; ella sobre una alta torre, como que hazia de señas con una media sabana al fugitivo huésped, que por el mar sobre una fragata, ó vergantín se yva huyendo. Notò en las dos Historias, que Elena no yva de muy mala gana; porque se reya á socapa, y á lo focarron: pero la hermosa Dido mostrava verter

lagrimas del tamaño de nueces por los ojos. Viendo lo qual Don Quixote, dixo: Estas dos Señoras fueron desdichadísimas, por no aver nacido en esta edad, y yo sobre todos desdichado, en no aver nacido en la fuya: encontrara à aquellos Señores, ni fuera abrazada Troya, ni Cartago destruyda, pues con solo que yo matara a Paris, se escusaran tantas desgracias. Yo apostaré, dixo Sancho, que antes de mucho tiempo no ha de aver bodegon, venta, ni meson, ò tienda de Barbero donde no ande pintada la Historia de vuestras hazañas: pero querria yo, que la pintassen manos de otro mejor pintor, que el que ha pintado à estas. Tienes razon Sancho, dixo Don Quixote, por que este Pintor es como Orbaneja, un Pintor que estava en Ubeda, que quando le preguntavan, que pintava, respondia: Lo que saliere, y si por ventura pintava un gallo, escrivia debaxo: Este es gallo, por que no pensassen que era corra. Desta manera me parece à mi Sancho, que deve de ser el Pintor, ò Escritor, que todo es uno, que sacò à luz la Historia deste nuevo Don Quixote, que ha salido, que pintò, ò escribió lo que saliere: ò avrà sido como un Poëta, que andava los años passados en la Corte, llamado Mauleon, el qual respondia de repente à quanto le preguntavan, y preguntandole uno que queria dezir *Deum de Deo*, respondió, dè donde dicre. Pero dexando esto à parte, dime si piensas Sancho, darte otra tanda esta noche, y si quierès que sea debaxo de techado, ò al cielo abierto? Par diez, Señor, respondió Sancho, que para lo que yo pienso darme, esso se me dà en casa, que en el campo: pero con todo esso querria que fuesse entre arboles, que parece que me acompañan, y me ayudan à llevar mi trabajo maravillosamente. Pues no ha de ser assi, Sancho amigo,

go, respondió Don Quixote, fino que para que tomes fuerças lo hemos de guardar para nuestra aldea, que à lo mas tarde llegaremos allà despues de mañana. Sancho respondió, que hiziesse su gusto: pero que el quisiera concluir con brevedad aquel negocio à sangre caliente, y quando estava picado el molino, porque en la tardança suele estar muchas vezes el peligro, y à Dios rogando, y con el mazo dando, y que mas valia un toma, que dos te darè, y el pajarero en la mano, que el buytre volando. No mas refranes, Sancho, por un solo Dios, dixo Don Quixote, que parece que te vuelves al *sicut erat*, habla à lo llano, à lo liso, à lo no intricado, como muchas vezes te he dicho, y veràs como te vale un pan por ciento. No sè que mala ventura es esta mia, respondió Sancho, que no sè dezir razon sin refran, ni refran, que no me parezca razon, pero yo me enmendaré, si pudiere, y con esto cesò por entonces su platica.

CAPITULO LXXII.

De como Don Quixote, y Sancho llegaron à su aldea.

Todo aquel dia esperando la noche, estuvieron en aquel lugar, y meson Don Quixote, y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin della, en el qual consistia el de su desco. Llegò en esto al meson un caminante à cavallo, con tres, ò quatro criados, uno de los quales dixo, al que el Señor dellos pare-

cia. Aquí puede vueſſa Merced Señor Don Alvaro Tarfe paſſar oy la fieſta: la poſada parece limpia, y freſca. Oyendo eſto Don Quixote, le dixo à Sancho: Mira Sancho, quando yo ojee aquel libro de la ſegunda parte de mi Hiſtoria, me parece que de paſſada topé allí eſte nombre de Don Alvaro Tarfe. Bien podrá ſer reſpondió Sancho, dexemoſle apear que deſpues ſe lo preguntaremos. El Cavallero ſe apeó, y frontero del apoſento de Don Quixote la hueſpeda le dio una ſala baxa enjaezada con otras pintadas ſargas, como las que tenia la eſtancia de Don Quixote. Puſoſe el rezien venido Cavallero à lo de verano, y ſaliendoſe al portal del meſon, que era eſpacioſo y freſco, por el qual ſe paſſeava Don Quixote, le preguntò: Adonde bueno camina vueſſa Merced Señor Gentilhombre? Y Don Quixote le reſpondió: A una aldea que eſtá aquí cerca, de donde ſoy natural: y vueſſa Merced donde camina? Yo Señor, reſpondió el Cavallero, voy à Granada, que es mi patria; y buena patria, replicó Don Quixote: pero digame V.M. por cortefia ſu nombre, porque me parece que me ha de importar ſaberlo mas de lo que buenamente podré dezir. Mi nombre es Don Alvaro Tarfe reſpondió el hueſped. A lo que replicó Don Quixote: Sin duda alguna pienſo que V. Merced deve de ſer aquel Don Alvaro Tarfe, que anda impreſſo en la ſegunda parte de la Hiſtoria de Don Quixote de la Mancha, rezien impreſſa, y dada à la luz del mundo por un Autor moderno? El miſmo ſoy, reſpondió el Cavallero, y el tal Don Quixote, ſugeto principal de la tal Hiſtoria, fue grandíſſimo amigo mio, y yo fuy el que le ſacò de ſu tierra, ò alomenos le moví à que viniéſſe à unas juſtas que ſe hazian en Zaragoza, adonde

adonde yo yva; y en verdad en verdad que le hize muchas amiſtades, y que le quitè de que no le palmeaſſe las eſpaldas el verdugo, por ſer demaſiadamente atrevido. Y digame vueſſa Merced, Señor Don Alvaro, parezco yo en algo à eſſe tal Don Quixote, que vueſſa Merced dize? No por cierto, reſpondió el hueſped, en ninguna manera. Y eſſe Don Quixote, dixo el nueſtro, traya conſigo à un Eſcudero llamado Sancho Pança? Si traya, reſpondió Don Alvaro, y aunque tenia fama de muy gracioſo, nunca le oí dezir gracia que la tuvieſſe. Eſſo creo yo muy bien dixo à eſta ſazon Sancho; por que el dezir gracias no es para todos, y eſſe Sancho que vueſſa Merced dize (Señor Gentilhombre) deve de ſer algun grandíſſimo vellaco, frión, y ladrón juntamente, que el verdadero Sancho Pança ſoy yo que tengo mas gracias que llovidas, y ſinò haga vueſſa Merced la experiencia, y andele tras de mi, por lo menos un año, y verá que ſe me caen à cada paſſo; y tales, y tantas, que ſin ſaber yo las mas vezes lo que me digo, hago reyr à quantos me eſcuchan: y el verdadero Don Quixote de la Mancha, el famoſo, el valiente, y el diſcreto, el enamorado, el deſfazedor de agravios, el tutor de pupillos y huerfanos, el amparo de las viudas, el matador de las Donzellas, el que tiene por unica Señora à la ſin par Dulcinea del Toboſo, es eſte Señor que eſtá preſente, que es mi Amo: todo qualquier otro Don Quixote, y qualquier otro Sancho Pança es burleria, y coſa de fueño. Por Dios que lo creo, reſpondió Don Alvaro: porque mas gracias aveys dicho vos amigo en quatro razones que aveys hablado, que el otro Sancho Pança en quantas yo le he oydo hablar, que fueron muchas: mas tenia de comilon que de

bien hablado, y mas de tonto, que de gracioso y tengo por fin duda, que los encantadores que persiguen a Don Quixote el bueno, han querido perseguirme à mi con Don Quixote el malo: pero no sè que me diga, que osaré yo jurar, que le dexo metido en la casa del Nuncio en Toledo, para que le euren, y agora remanece aqui otro Don Quixote, aunque bien diferente del mio. Yo, dixo Don Quixote, no sè si soy bueno: pero sè dezir, que no soy el malo: para prueba de lo qual quiero que sepa vueſſa Merced, mi Señor Don Alvaro Tarfe, que en todos los dias de mi vida no he estado en Zuragoga, antes por averme dicho, que esse Don Quixote fantastico se avia hallado en las justas dessa ciudad, no quise yo entrar en ella, por sacar à las barbas del mundo su mentira, y assi me passè de claro à Barcelona, archivo de la cortesia, albergue de los estrangeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, vengança de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio, y en belleza unica: y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella, solo por averla visto: finalmente, Señor Don Alvaro Tarfe, yo soy Don Quixote de la Mancha, el mismo que dize la fama, y no esse desventurado, que ha querido usurpar mi nombre, y honrarle con mis pensamientos: à vueſſa Merced suplico, por lo que deve à ser Cavallero, sea servido de hazer una declaracion ante el Alcalde desse lugar, de que vueſſa Merced no me ha visto en todos los dias de su vida hasta agora, y de que yo no soy el Don Quixote, impresso en la segunda Parte, ni este Sancho Pança mi Escudero es aquel que

vueſſa Merced conociò. Esto harè yo de muy buena gana, respondiò Don Alvaro, puesto que cause admiracion ver dos Don Quixotes, y dos Sanchos, à un mismo tiempo, tan conformes en los nombres, como diferentes en las acciones: y buelvo à dezir, y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mi lo que ha pasado, sin duda dixo Sancho, que vueſſa Merced deve de estar encantado, como mi Señora Dulcinea del Toboso, y pluguiera al cielo, que estuviera su desencanto de vueſſa Merced en darme otros tres mil y tantos agotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interes alguno. No entiendo esto de agotes, dixo Don Alvaro, y Sancho le respondiò, que era largo de contar: pero que el se lo contaria, si acaso yvan un mesmo camino. Llegòse en esto la hora de comer, comieron juntos Don Quixote, y Don Alvaro: entrò acaſo el Alcalde del pueblo en el meson con un Escrivano, ante el qual Alcalde pidió Don Quixote por una peticion, de que à su derecho convenia, de que Don Alvaro Tarfe, aquel Cavallero que alli estava presente, declarasse ante su Merced como no conocia à Don Quixote de la Mancha, que assi mismo estava alli presente, y que no era aquel que andava impresso en una Historia intitulada, segunda Parte de Don Quixote de la Mancha, compuesta por un tal de Abeſlanada, natural de Tordeſillas. Finalmente el Alcalde proveyò juridicamente: la declaracion se hizo con todas las fuerças que en tales casos devian hazerse, con lo que quedaron Don Quixote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaracion, y no mostrara claro la diferencia de los dos Don Quixotes, y la de los dos Sanchos, sus obras, y sus palabras: muchas de cortesias, y

ofrecimientos passaron entre Don Alvaro y Don Quixote, en las quales mostrò el gran Manchego su discrecion, de modo que defengañò à Don Alvaro Tarfe, del error en que estava, el qual se diò à entender que devia de estar encantado; pues tocava con la mano dos tan contrarios Don Quixotes. Llegò la tarde, partieronle de aquel lugar, y à obra de media legua se apartavan dos caminos diferentes, el uno que guayava al aldea de Don Quixote, y el otro el que avia llevar Don Alvaro. En este poco espacio le contò Don Quixote la desgracia de su vencimiento, y el encanto, y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiracion à Don Alvaro; el qual abragando à Don Quixote, y à Sancho, siguiò su camino, y Don Quixote el suyo, que aquella noche le passò entre otros arboles, por dar lugar à Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplio del mismo modo que la passada noche à costa de las cortezas de las hayes, harto mas que de sus espaldas, que las guardò tanto, que no pudieran quitar los agotes una mosca, aunque la tuviera encima. No perdiò el engañado Don Quixote un solo golpe de la cuenta, y hallò que con los de la noche passada eran tres mil y veynte y nueve, parece que avia madrugado el Sol à ver el sacrificio, con cuya luz bolvieron à proseguir su camino, tratando entre los dos del engaño de Don Alvaro, y de quan bien acordado avia sido tomar su declaracion ante la justicia, y tan autenticamente. Aquel dia, y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fue que en ella acabò Sancho su tarea, de que quedò Don Quixote contento sobre modo, y esperaba el dia, por ver si en el camino topava ya defencantada à Dulcinea su Señora; y siguiendo su camino, no topava muger ninguna

ninguna, que no yva à reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible, no poder mentir las promesas de Merlin. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la qual descubrieron su aldea, la qual vista de Sancho, se hincò de rodillas, y dixo: Abre los ojos deseada patria, y mira que buelve à ti Sancho Pança tu hijo, sino muy rico, muy bien agotado; abre los brazos, y recibe tambien tu hijo Don Quixote, que si viene vencido de los brazos agenos, viene vencedor de si mesmo, que segun el me ha dicho es el mayor vencimiento que desearse puede, dineros llevo; porque si buenos agotes me davan, bien Cavallero me yva. Dexate dessas sandezes, dixo Don Quixote, y vamos con pie derecho à entrar en nuestro lugar, donde daremos vado à nuestras imaginaciones, y la traça que en la pastoral vida pensamos exercitar. Con esto baxaron de la cuesta, y se fueron à su pueblo.

CAPITULO LXXIII.

De los agujeros que tuvo Don Quixote al entrar de su aldea, con otros successos que adornan, y acreditan esta grande Historia.

La entrada del qual, segun dize Cide Hamete, viò Don Quixote que en las heras del lugar estavan riñendo dos mochachos; y el uno dixo al otro: No te canfes Periquillo, que no la has de ver en todos los dias de tu vida. Oyòlo Don Quixote, y dixo à Sancho: No adviertes amigo, lo que aquel mochacho ha dicho? no la has de ver

ver en todos los dias de tu vida. Pues bien, que importa, respondió Sancho, que aya dicho esto el muchacho? Que? replicó Don Quixote, no ves tu, que aplicando aquella palabra à mi intencion, quiere significar, que no tengo de ver mas à Dulcinea? Queriale responder Sancho, quando se lo esforvò, ver, que por aquella campaña venia huyendo una Liebre, seguyda de muchos galgos, y caçadores, la qual temerosa se vino à recoger, y à agaçapar debaxo de los pies del Ruzio: cogiola Sancho à mano salva, y presentosela à Don Quixote, el qual estava diciendo: *Malum signum, malum signum*: Liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece. Extraño es vuestra Merced (dixo Sancho) presuponemos, que esta Liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los Malandrines Encantadores, que la transformaron en labradora, ella huye, yo la cojo, y la pongo en poder de vuestra Merced, que la tiene en sus brazos, y la regala, que mala señal es esta, ni que mal agujero se puede tomar de aqui: los dos mochachos de la pendencia se llegaron à ver la Liebre, y al uno dellos preguntò Sancho, que porque reñian. Y fuele respondido por el que avia dicho, no la veràs mas en toda tu vida, que el avia tomado al otro mochacho una jaula de grillos, la qual no pensava bolversela en toda su vida. Sacò Sancho quatro quartos de la faltriquera, y diòseles al mochacho por la jaula, y pusosela en las manos à Don Quixote, diciendo: E aqui, Señor, rompidos, y desbaratados estos agujeros, que no tienen que ver mas con nuestros sucesos, segun que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño: y fino me acuerdo mal, he oydo dezir al Cura de nuestro pueblo, que no

no es de personas Christianas, ni discretas mirar en estas niñerías, y aun vuestra Merced mismo me lo dixo los dias passados, dandome à entender, que eran tontos todos aquellos Christianos, que miravan en agujeros, y no es menester hazer hincapie en esto, sino passemos adelante, y entremos en nuestra aldea. Llegaron los caçadores, pidieron su Liebre, y diòsela Don Quixote: passaron adelante, y à la entrada del pueblo roparon en un pradecillo rezando al Cura, y al Bachiller Carrasco, y es de saber, que Sancho Pança avia echado sobre el Ruzio, y sobre el lio de las armas, para que sirviesse de repostero la tunica de boca pintada de llamas de fuego, que le vistieron en el Castillo del Duque, la noche que bolvió en sí Altifidora, acomodole tambien la coroga en la cabeza, que fue la mas nueva transformacion, y adorno, con que se viò jamas jumento en el mundo, fueron luego conocidos los dos del Cura, y del Bachiller, que se vinieron à ellos con los brazos abiertos. Apeose Don Quixote, y abrazados estrechamente, y los muchachos, que son linzes no escusados, divisaron la coroga del jumento, y acudieron à verle, y dezian unos à otros: Venid mochachos, y vereys el asno de Sancho Pança, mas galan que Mingo, y la bestia de Don Quixote mas flaca oy que el primer dia. Finalmente rodeados de muchachos, y acompañados del Cura, y del Bachiller, entraron en el pueblo, y se fueron à casa de Don Quixote, y hallaron à la puerta della al ama, y à la sobrina, à quien ya avian llegado las nuevas de su venida: ni mas, ni menos se las avian dado à Teresa Pança, muger de Sancho, la qual desgreñada, y medio desnuda, trayendo de

la mano à Sanchica su hija, acudiò à ver à su marido ; y viendole no tan bien deliñado, como ella se pensava que avia de estar un Governador, le dixo: Como venis assi Marido mio, que me parece que venis à pie, y despeado, y mas tracys semejança de desgovernado que de Governador? Calla Teresa, respondió Sancho, que muchas vezes donde ay estas cas, no ay tocinos ; y vamonos à nuestra casa que allà oyràs maravillas : dineros traygo, que es lo que importa, ganados por mi industria, y sin daño de nadie. Traed vos dineros, mi buen Marido, dixo Teresa, y sean ganados por aqui, ò por alli, que como quiera que los ayais ganado, no avreys hecho usança nueva en el mundo. Abrazò Sanchica à su padre, y preguntòle si traya algo que le estava esperando como el agua de Mayo, y asiendole de un lado del cinto, y su muger de la mano, tirando su hija al Ruzio se fueron à su casa, dexando à Don Quixote en la suya en poder de su Sobrina, y de su Ama, y en compaña del Cura, y del Bachiller. Don Quixote sin guardar terminos, ni horas, en aquel mismo punto se apartò à solas con el Bachiller, y el Cura, y en breves razones les contò su veneimiento, y la obligacion en que avia quedado, de no salir de su aldea en un año, la qual pensava guardar al pie de la letra, sin traspassarla en un atomo, bien assi como Cavallero andante, obligado por la puntualidad y orden de la andante Cavalleria, y que tenia pensado de hazerse aquel año Pastor, y entretenerse en la soledad de los campos, donde à rienda suelta podia dar vado à sus amorosos pensamientos, exercitandose en el pastoral y virtuoso exercicio: y que le suplicava, sino tenian mucho que hazer, y no estavan impedidos en negocios mas importantes, qui-

quisiesen ser sus compañeros que el compraria ovejas, y ganado suficiente que les diese nombre de Pastores, y que les hazia saber que lo mas principal de aquel negocio estava hecho, porque les tenia puestos los nombres que les vendrian como de molde. Dixole el Cura que los dixesse. Respondiò Don Quixote, que el se avia de llamar el Pastor Quixotiz, y el Bachiller ; el Pastor Carrascon, y el Cura ; el Pastor Curambro, y Sancho Pança, el Pastor Pancino. Pasmaronse todos de ver la nueva locura de Don Quixote : pero porque no se les fuesse otra vez del pueblo à sus Cavallerias, esperando que en aquel año podria ser curado, concedieron con su nueva intencion, y aprobaron por discreta su locura, ofreciendosele por compañeros en su exercicio : y mas dixo Sancho Carrasco, que como ya todo el mundo sabe, yo soy celeberrimo Poëta, y à cada passo compondrè versos Pastoriles, ò cortesanos, ò como mas me viniere à cuento, para que nos entretengamos por estos andurriales, donde avemos de andar : y lo que mas es menester, Señores mios, es que cada uno escoja el nombre de la Pastora que piensa celebrar en sus versos, y que no dexemos arbol, por duro que sea, donde no la retule, y grave su nombre, como es uso, y costumbre de los enamorados Pastores. Effen esto de molde, respondiò Don Quixote, puesto que yo estoy libre de buscar nombre de Pastora fingida, pues està ài la fin par Duleinea del Toboto, gloria destas riberas, adorno destos prados, sustento de la hermosura, nata de los donayres, y finalmente sugeto, sobre quien puede assentar bien toda alabanga, por hyperbole que sea. Assi es verdad, dixo el Cura : pero nosotros buscaremos por ài Pastoras

mañerucias, que fino nos quadraren, nos elquinen. A lo que añadió Sanfon Carrasco, y quando faltare, daremos los nombres de las estampadas, è impresas, de quien està lleno el mundo. Filidas, Amarilis, Dianas, Fleridas, Galateas, y Beliardas, que pues las venden en las plaças, bien las podemos comprar nosotros, y tenerlas por nuestras, si mi dama (ò por mejor dezir mi Pastora) por ventura se llamare Ana, la celebrarè debaxo del nombre de Anarda, y si Francisca, la llamarè yo Francisca, y si Lucia, Lucinda, que todo se sale allà, y Sancho Pança, si es que ha de entrar en esta cofradia, podrá celebrar, a tu muger Teresa Pança con nombre de Teretayna. Riòle Don Quixote de la aplicacion del nombre, y el Cura le alabo infinito su honesta, y honrada resolucion, y se ofreciò de nuevo à hazerle compania todo el tiempo que le vacasse de atender à sus forçotas obligaciones: con esto se despidieron del, y le rogaron, y aconsejaron tuviesse cuenta con su salud, con regalarle lo que fuesse bueno: quiso la suerte, que su Sobrina, y el Ama oyeron la platica de los tres, y assi como se fueron, se entraron entrambas con Don Quixote, y la Sobrina le dixo: Que es esto Señor Tio, aora que pensavamos nosotras, que vuestra Merced bolvia à reducirse en su casa, y passar en ella una vida quieta, y honrada, se quiere meter en nuevos laberintos, haziendose Pastorcillo, tu que vienes Pastorcico, tu que vas, pues en verdad, que està ya duro el alcacer para camponas. A lo que añadió el Ama: y podrá vuestra Merced passar en el campo las fiestas del Verano, los serenos del Invierno, el aullido de los lobos? No porcierto, que este es exercicio y oficio de hombres robustos, curtidos, y criados para

para tal ministerio, casi desde las fajas, y mantillas, aun mal por mal, mejor es ser Cavallero andante, que Pastor. Mire, Señor, tome mi consejo, que no se le doy sobre estar harta de pan y vino, sino en ayunas, y sobre cincuenta años que tengo de edad: estese en su casa, atienda à su hazicuda, confiesse à menudo, favorezca à los pobres, y sobre mi anima si mal le fuere. Callad hijas, les respondiò Don Quixote, que yo sè bien lo que me cumple, llevadme al lecho, que me parece que no estoy muy bueno, y tened por cierto, que aora sea Cavallero andante, ò Pastor por andar, no dexaré siempre de acudir à lo que huvieredes menester, como lo vereys por la obra, y las buenas hijas (que lo eran sin duda) Ama y Sobrina le llevaron à la cama, donde se dieron de comer, y regalaron lo possible.

CAPITULO LXXIV.

De como Don Quixote cayò malo, y del Testamento que hizo, y su muerte.

Como las cosas humanas no sean eternas, yendo siempre en declinacion de sus principios, hasta llegar à su ultimo fin, especialmente las vidas de los hombres, y como la de Don Quixote no tuviesse privilegio del cielo, para detener el curso de la suya: llego su fin, y acabamiento, quando èl menos lo pensava: porque, ò ya fuesse de la melancolia que le causava el verse vencido, ò ya por la disposicion del cielo, que assi lo ordenava, se le arraygò una calentura, que le tuvo seys dias en la cama, en los quales fue visitado muchas vezes

del Cura, del Bachiller, y del Barbero sus amigos, sin quitarsele de la cabecera Sancho Pança su buen Escudero. Estos (creyendo que la pesadumbre de verse vencido, y de no ver cumplido su deseo en la libertad, y desencanto de Dulcinea, le tenia de aquella suerte) por todas las vias posibles procuravan alegrarle diziendole el Bachiller que se animase, y levantara para començar su Pastoral exercicio, para el qual tenia ya compuesta una Ecloga, que mal año para quantas Sanazaro avia compuesto, y que ya tenia comprados de su propio dinero dos famosos perros, para guardar el ganado, el uno llamado Barcino, y el otro Butron, que se los avia vendido un Ganadero del Quintanar; pero no por esto dexava Don Quixote sus tristezas: llamaron sus amigos al Medico, tomole el pulso, y no le contentò mucho, y dixo que por si, ò por no atendiese à la salut de su alma, porque la del cuerpo corria peligro. Oyolo Don Quixote con animo sofegado, pero nolo oyeron assi su Ama, su Sobrina, y su Escudero, los quales començaron à llorar tiernamente, como si ya le tuvieran muerto delante. Fue el parecer del Medico que melancolias, y defabrimientos le acabavan. Rogò Don Quixote que le dexassen solo, porque queria dormir un poco. Hiziéronlo assi, y durmiò de un tiron (como dizen) más de seys horas, tanto que pensaron el Ama, y la Sobrina que se avia de quedar en el sueño. Despertò al cabo del tiempo dicho, y dando una gran voz, dixo: Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho: en fin sus misericordias no tienen limite, ni las abrevian, ni impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la Sobrina à las razones del Tio, y parecieronle mas concertadas que el

el solia dezirlas, alomenos en aquella enfermedad, y preguntòle que es lo que vuestra Merced dize, Señor, tenemos algo de nuevo que misericordias son estas, ò que pecados de los hombres? Las misericordias respondió Don Quixote, Sobrina, son las que en este instante ha ulado Dios conmigo, à quien como dixe, no las impiden mis pecados: yo tengo juyzio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre el me pusieron mi amarga, y continua leyenda de los detestables libros de las Cavallerias: ya conozco sus disparates, y sus embelecos, y no me pesa, sino que este desengaño ha llegado tan tarde que no me dexa tiempo para hazer alguna recompensa, leyendo otros que sean Luz del alma: yo me siento Sobrina, apunto de muerte, querria hazerla de tal modo que diese à entender que no avia sido mi vida tan mala, que dexasse renombre de loco que puesto que lo he sido, no querria confirmar esta verdad en mi muerte: llamame amiga, à mis buenos amigos el Cura, al Bachiller Sansón Carrasco, y à Maese Nicolas el Barbero, que quiero confessarme, y hazer mi testamento; pero deste trabajo se escusò la Sobrina con la entrada de los tres. A penas los viò Don Quixote, quando dixo: Dadme albricias buenos Señores, de que ya yo no soy Don Quixote de la Mancha, sino Alonso Quixano, à quien mis costumbres me dièro renombre de bueno. Ya soy enemigo de Amadis de Gaula, y de toda la infinita caterva de su linage; ya me son odiosas todas las Historias profanas del andante Cavalleria; ya conozco mi necedad, y el peligro en que me pusieron averlas leydo; ya por misericordia de Dios, escarmentando en cabeza propia las abomino. Quando esto le oyeron dezir los

tres, creyeron sin duda, que alguna nueva locura le avia tomado. Y Santón le dixo: *Aora* Señor Don Quixote, que tenemos nuevas, que esta defencanada la Señora Dulcinea, sale vuestra Merced con esso, y agora que estamos tan à pique de ser Pastores, para passar cantando la vida como unos Principes, quiere vuestra Merced hazerle Ermitaño? calle por su vida, buelva en si, y dexese de cuentos. Los de hasta aqui, replicò Don Quixote, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de bolver mi muerte con ayuda del cielo en mi provecho: Yo, Señores, siento, que me voy muriendo à toda priessa, dexense burlas à parte, y trayganme un Confessor que me confiese, y un Escrivano que haga mi Testamento, que en tales trances como este no se ha de burlar el hombre con el alma: y assi suplico, que en tanto que el Señor Cura me confiesa, vayan por el Escrivano. Miraronse unos à otros, admirados de las razones de Don Quixote, y aunque en duda, le quisieron creer: y una de las señales, por donde conjeturaron se moria, fue, el aver buuelto con tanta facilidad de loco à cuerdo; porque à las ya dichas razones añadió otras muchas tan bien dichas, tan Christianas, y con tanto concierto, que del todo les vino à quitar la duda; y à creer que estava cuerdo: hizo salir la gente el Cura, y quedose solo con el, y confesósele. El Bachiller fue por el Escrivano, y de alli à poco bolvió con el, y con Sancho Pança, el qual Sancho (que ya sabia por nuevas del Bachiller en que estado estava su Señor, hallando à la Ama, y à la Sobrina llorando) comenzó à hazer pucheros, y à derramar lagrimas. Acabose la confession, y salió el Cura, diziendo: Verdaderamente se muere, y verdaderamente está

cuerdo

cuerdo. Alonso Quixano el bueno, bien podemos entrar, para que haga su Testamento. Estas nuevas dieron un terrible empujon à los ojos preñados de Ama, Sobrina, y de Sancho Pança su buen Escudero, de tal manera, que los hizo rebentar las lagrimas de los ojos, y mil profundos suspiros del pecho; porque verdaderamente (como alguna vez se ha dicho) en tanto que Don Quixote fue Alonso Quixano el bueno à secas, y en tanto que fue Don Quixote de la Mancha, fue siempre desapacible condicion, y de agradable trato, y por esto no solo era bien querido de los de su casa, sino de todos quantos le conocian. Entrò el Escrivano con los demas, y despues de aver hecho la cabeça del Testamento, y ordenado su alma Don Quixote, con todas aquellas circunstancias Christianas, que se requieren, llegando à las mandas, dixo: Iten es mi voluntad, que de ciertos dineros que Sancho Pança (à quien en mi locura hize mi Escudero) tiene, que porque ha avido entre el, y mi ciertas cuentas, y dares, y tomares, quiero que no se le haga cargo dellos, ni se le pida cuenta alguna, sino que si sobrare alguno, despues de averse pagado de lo que le devo, el restante sea suyo, que será bien poco, y buen provecho le haga: y si como estando yo loco, fuy parte para darle el Gobierno de la Insula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un Reyno, se le diera, porque la senzillez de su condicion, y fidelidad de su trato lo merece: y bolviendose à Sancho, le dixo: Perdoname amigo, de la ocasion que te he dado de parecer loco, como yo, haziendote caer en el error en que yo he caydo, de que huvo, y ay Cavalleros andantes en el mundo. Ay, respondió Sancho, llorando, no se muera vuestra Merced, Señor mio, sino

Si 3

tome

tome mi consejo, y viva muchos años : porque la mayor locura que puede hazer un hombre en esta vida, es, dexarse morir sin mas, ni mas, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolia : mire no sea peregrino, sino levántese desta cama, y vámonos al campo vestidos de Pastores (como tenemos concertado) quicá tras de alguna mata hallaremos à la Señora Doña Dulcinea desencantada que no aya mas que ver. Si es que se muere de pesar de verse vencido, echeme à mi la culpa, diciendo que por aver yo cinchado mal à Rozinante le derribaron : quanto mas que vuestra Merced avrà visto en sus libros de Cavallerias, ser cosa ordinaria, derribarse unos Cavalleros à otros, y el que es vencido oy, ser vencedor mañana. Assi es, dixo Sancho, y el buen Sancho Pança està muy en la verdad destos casos. Señores, dixo Don Quixote, vámonos poco à poco, pues ya en los nidos de antaño no ay pajaros ogaño, yo fuy loco, y ya soy cuerdo, fuy Don Quixote de la Mancha, y soy agora (como he dicho) Alonso Quixano el bueno, pueda có vuestras Mercedes mi arrepentimiento, y mi verdad, bolverme à la estimacion que de mi se tenia, y prosiga adelante el Señor Escrivano. Iten, mando toda mi hacienda à puerta cerrada à Antonia Quixana mi sobrina, que està presente, aviendo sacado primero de lo mas bien parado della lo que fuere menester, para cumplir las mandas que dexo hechas, y la primera satisfaciõ que se haga, quiero que sea pagar el salario que devo del tiempo que mi Ama me ha servido, y mas veynte ducados para un vestido. Dexo por mis albaceas al Señor Cura, y al Señor Bachiller Sanson Carrasco, que están presentes. Iten, es mi voluntad que si Antonia Quixana mi Sobrina quisiere

casarse, se case con hombre de quien primero se ayà hecho informacion, que no sabe que cosas sean libros de Cavallerias : y en caso que se averiguare que lo sabe, y con todo esso mi Sobrina quisiere casarse con el, y se casare, pierda todo lo que le he mandado, lo qual puedan mis albaceas distribuyr en obras pias à su voluntad. Iten suplico à los dichos Señores mis albaceas, que si la buena suerte les truxere à conocer al Autor, que dicen que compuso una Historia que anda por ài con el titulo de la segunda Parte de las hazañas de Don Quixote de la Mancha, de mi parte le pidan, quan encarecidamente ser pueda, perdone la ocasion que sin yo pensarlo le di, de aver escrito tantos, y tan grandes disparates, como en ella escribe ; porque parto desta vida con escrupulo de averle dado motivo para escribirlos. Cerrò con esto el Testamento, y tomándole un desmayo, se tendiò de largo à largo en la cama. Alborotaronse todos, y acudieron a su remedio, y en tres dias que viò, despues deste donde hizo el Testamento, se desmayava muy à menudo, andava la casa alborotada ; pero con todo comia la Sobrina, brindava el Ama ; y se regozijava Sancho Pança que esto del heredar algo, borra, ò templa en el Heredero la memoria de la pena, que es razon que dexe el muerto. En fin llegó el ultimo de Don Quixote, despues de recibidos todos los Sacramentos, y despues de aver abominado con muchas y eficaces razones de los libros de Cavallerias, hallose el Escrivano presente, y dixo, que nunca avia leydo en ningun libro de Cavallerias, que algun Cavallero andante huviesse muerto en su lecho tan soslegadamente ; y tan Christiano, como Don Quixote, el qual entre compassiones, y lagrimas de los que

allí se hallaron, dió su espíritu (quiero dezir, que se murió:) viendo lo qual el Cura, pidió al Escrivano le diese por testimonio, como Alonso Quixano el bueno, llamado comunmente Don Quixote de la Mancha avia passado desta presente vida, y muerto naturalmente, y que el tal testimonio pedia, para quitar la ocasion de algun otro Autor que Cide Hamete Benengeli le refucitasse falsamente, y hiziesse inacabables historias de sus hazañas. Este fin tuvo el ingenioso Hidalgo de la Mancha, cuyo lugar no quiso poner Cide Hamete puntualmente, por dexar, que todas las villas y lugares de la Mancha contendiesen entre sí, por ahijarsele, y tenersele por suyo, como contendieron las siete ciudades de Grecia por Homero. Dexanse de poner aqui los llantos de Sancho, Sobrina, y Ama de Don Quixote, los nuevos Epitafios de su sepultura, aunque Sanfon Carrasco le puso este:

Taze aqui el Hidalgo fuerte,

Que à tanto estremo llegó

De valiente. que se advierte,

Que la muerte no triunfó

De su vida con su muerte.

Tuvo à todo el mundo en poco,

Fue el espantajo y el coco

Del mundo en tal coyuntura,

Que acreditó su ventura,

Morir cuerdo, y vivir loco.

Y el prudentissimo Cide Hamete dixo à su pluma: Aqui quedarás colgada desta espetera, y deste hilo de alambre, ni se si bien cortada, ò mal tajada peñola mia, adonde vivirás luengos siglos, si presuntuosos, y malandrines Historiadores no te descuelgan para pro-

profinarte: pero antes que à tilleguen, les puedes advertir, y dezirles en el mejor modo que pudieres: Tate, tate, sollonzicos, de ninguno sea tocada, porque esta empresa buen Rey, para mi estava guardada.

Para mi sola nació Don Quixote, y yo para el, el supo obrar, y yo escribir, solos los dos somos para en uno à despecho, y pesar del Escriitor fingido, y Tordefilleco, que se atrevió, ò se ha de atrever à escribir con pluma de abestruz grossera, y mal deliñada las hazañas de mi valeroso Cavallero; porque no es carga de sus ombros, ni asunto de su resfriado ingenio, à quien advertirás (si à caso llegas à conocerle) que dexe reposar en la sepultura los cansados, y ya podridos huesos de Don Quixote, y no le quiera llevar contra todos los fueros de la muerte à Castilla la vieja, haziendole salir de la fuesía, donde real y verdaderamente yaze, tendido de largo à largo, impossibilitado de hazer tercera jornada, y salida nueva, que para hazer burla de tantas como hizieron tantos andantes Cavalleros, bastan las dos, que el hizo tan à gusto y beneplacito de las gentes, à cuya noticia llegaron, assi en estos, como en los estraños Reynos: y con esto cumplirás con tu Christiana profession, aconsejando bien à quien mal te quiere, y yo quedaré satisfecho y ufano de aver sido el primero que gozó el fruto de sus escritos enteramente, como deseava, pues no ha sido otro mi deseo, que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de Cavallerias, que por las de mi verdadero Don Quixote van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna. Vale.

Fin de la Segunda Parte.

TA:



T A B L A

De los Capítulos de la segunda Parte de Don Quixote de la Mancha.

LIBRO QUINTO,

Del Ingenioso Don Quixote de la Mancha.

- C**APITULO PRIMERO, De lo que el Cura, y el Barbero passaron con Don Quixote cerca de su enfermedad. fol. 1
- CAP. II. Que trata de la notable pendencia que Sancho Panza tuvo con la Sobrina y Ama de Don Quixote, con otros sujetos graciosos. 15
- CAP. III. Del ridiculo razonamiento que pasó entre Don Quixote, Sancho Panza y el Bachiller Sansón Carrasco. 21
- CAP. IV. Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sansón Carrasco, de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse, y de contarse. 30
- CAP. V. De la discreta y graciosa plática que pasó entre Sancho Panza, y su muger Teresa Panza, y otros sucesos dignos de felice recordacion. 37
- CAP. VI. De lo que le pasó á Don Quixote con su Sobrina, y con su Ama, y es uno de los importantes Capítulos de toda la Historia. 44
- CAP. VII. De lo que pasó Don Quixote con su Escudero, con otros sucesos famosísimos. 51
- CAP. VIII. Donde se cuenta lo que le sucedió á Don Quixote, yendo á ver á su Señora Dulcinea del Toboso. 60
- CAP. IX. Donde se cuenta lo que en el se verá. 69
- CAP. X. Donde se cuenta la industria que Sancho tuvo para

cuando

TABLA DE LOS CAPITULOS.

- encantar á la Señora Dulcinea, y de otros sucesos tan ridiculos como verdaderos. 74
- CAP. XI. De la estraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el carro, ó carreta de las cortes de la muerte. 85
- CAP. XII. De la estraña aventura que le sucedió al valeroso Don Quixote con el bravo Cavallero de los Espejos. 93
- CAP. XIII. Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque, con el discreto, nuevo y suave coloquio que pasó entre los dos Escuderos. 101
- CAP. XIV. Donde se prosigue la aventura del Cavallero del Bosque. 108
- CAP. XV. Donde se cuenta, y dá noticia de quien era el Cavallero de los Espejos, y su Escudero. 122
- CAP. XVI. De lo que sucedió á Don Quixote con un discreto Cavallero de la Mancha. 124
- CAP. XVII. De donde se declara el ultimo punto y estremo, adonde llegó, y pudo llegar el inaudito animo de Don Quixote, con la felicemente acabada aventura de los Leones. 136

LIBRO SEXTO,

Del Ingenioso Don Quixote de la Mancha.

- C**AP. XVIII. De lo que sucedió á Don Quixote en el Castillo, ó casa del Cavallero del verde Gavan, con otras cosas extravagantes. 149
- CAP. XIX. Donde se cuenta la aventura del Pastor enamorado, con otros, en verdad graciosos sucesos. 160
- CAP. XX. Donde se cuentan las bodas de Camacho el rico, con el suceso de Basilio el pobre. 169
- CAP. XXI. Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucesos. 181
- CAP. XXII. Donde se cuenta la grande aventura de la

cueva

TABLA DE LOS CAPITULOS.

- cueva de Montesinos, que está en el corazón de la Mancha, á quien dio felice cima el valeroso Don Quixote de la Mancha. 189
- CAP. XXIII. De las admirables cosas que el estremado Don Quixote contó, que avia visto en la profunda cueva de Montesinos, cuya imposibilidad y grandeza haze que se tenga esta aventura por apócrifa. 198
- CAP. XXIV. Donde se cuentan mil carandajas, tan imperitinentes, como necesarias al verdadero entendimiento desta grande Historia. 211
- CAP. XXV. Donde se apunta la aventura del Rebuzno, y la graciosa del Titerero, con las memorables adivinanzas del Mono adivino. 219
- CAP. XXVI. Donde se prosigue la graciosa aventura del Titerero, con otras cosas en verdad harto buenas. 230
- CAP. XXVII. Donde se da cuenta quienes eran Macíe Pedro, y su Mono, con el mal suceso que Don Quixote tuvo en la aventura del Rebuzno, que no la acabó como el quisiera, y como lo tenia pensado. 241
- CAP. XXVIII. De cosas que dize Benengeli que las sabrá quien le leyere, si las lee con atencion. 249
- CAP. XXIX. De la famosa aventura del Barco encantado. 256.
- CAP. XXX. De lo que le avino á Don Quixote con una bella Cazadora. 264
- CAP. XXXI. Que trata de muchas y grandes cosas. 270
- CAP. XXXII. De la respuesta que dio Don Quixote á su Reprehensor, con otros graves y graciosos sucesos. 280

LI.

TABLA DE LOS CAPITULOS.

LIBRO SEPTIMO,

Del Ingenioso Don Quixote de la Mancha.

- CAP. XXXIII. De la sabrosa plática que la Duquesa y sus Donzellas pasaron con Sancho Panza, digna de que se lea, y de que se note. 279
- CAP. XXXIV. Que cuenta de la noticia que se tuvo de como se avia de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras mas famosas deste Libro. 306.
- CAP. XXXV. Donde se prosigue la noticia que tuvo Don Quixote del desencanto de Dulcinea, con otros admirables sucesos. 315
- CAP. XXXVI. Donde se cuenta la estraña y jamas imaginada aventura de la Dueña Dolorida, alias, de la Condesa Trifaldi; con una carta que Sancho Panza escribió á su muger Teresa Panza. 325
- CAP. XXXVII. De donde se prosigue la famosa aventura de la Dueña Dolorida. 332
- CAP. XXXVIII. Donde se cuenta la que dio de su mala andanza la Dueña Dolorida. 335
- CAP. XXXIX. Donde la Trifaldi prosigue su estupenda y memorable Historia. 343
- CAP. XL. De cosas que atañen y tocan á esta aventura, y á esta memorable Historia. 346
- CAP. XLI. De la venida de Clavileño, con el fin desta dilatada aventura. 353
- CAP. XLII. De los consejos que dio Don Quixote á Sancho Panza antes que fuese á gobernar la Insula, con otras cosas bien consideradas. 365
- CAP. XLIII. De los consejos segundos que dio Don Quixote á Sancho Panza. 372
- CAP. XLIV. Como Sancho Panza fue llevado al gobierno, y de

UNIVERSIDAD DE VALÈNCIA
BIBLIOTECA
TABLA DE LOS CAPITULOS.

- y de la estraña aventura que en el Castillo sucedio à Don Quixote. 379
- CAP. XLV. De como el gran Sancho Panza tomò la posesion de su Insula, y del modo que començò à gobernar. 391.
- CAP. XLVI. Del temeroso espanto cenceril, y gatuno que recibio Don Quixote en el discurso de los amores de la enamorada Altifidora. 399
- CAP. XLVII. Donde se prosigue como se portava Sancho Panza en su Gobierno. 405
- CAP. XLVIII. De lo que le sucedio à Don Quixote con Doña Rodriguez la Dueña de la Duquesa, con otros acontecimientos dignos de escritura, y de memoria eterna. 415.
- CAP. XLIX. De lo que le sucedio à Sancho Panza, rondando su Insula. 426
- CAP. L. Donde se declara quien fueron los Encantadores y Verdugos, que açotaron à la Dueña, y pellizcaron y arañaron à Don Quixote, con el suceso que tuvo el Page, que llevò la caria à Teresa Panza, muger de Sancho Panza. 439
- CAP. LI. Del progreso del Gobierno de Sancho Panza, con otros sucesos tales como buenos. 450
- CAP. LII. Donde se cuenta la aventura de la segunda Dueña Dolorida, ó Angustiada, por otro nombre Doña Rodriguez. 461

LIBRO OCTAVO,

Del Ingenioso Don Quixote de la Mancha.

- CAP. LIII. Del fatigado fin y remate que tuvo el Gobierno de Sancho Panza. 470
- CAP. LIV. Que trata de cosas tocantes à esta Historia, y no à otra alguna. 477
- CAP.

TABLA DE LOS CAPITULOS.

- CAP. LV. De cosas sucedidas à Sancho en el camino, y otras que no ay mas que ver. 487
- CAP. LVI. De la descomunal y nunca vista batalla que passò entre Don Quixote de la Mancha, y el Lacayo Tosilos, en la defensa de la hija de la Dueña Rodriguez. 496
- CAP. LVII. Que trata de como Don Quixote se despido del Duque, y de lo que le sucedio con la discreta y desembuelta Altifidora Donzella de la Duquesa. 502
- CAP. LVIII. Que trata de como menudearon sobre Don Quixote aventuras tantas que no se davan vagar unas à otras. 507
- CAP. LIX. Donde se cuenta del extraordinario suceso que se puede tener por aventura que le sucedio à Don Quixote. 521
- CAP. LX. De lo que sucedio à Don Quixote yendo à Barcelona. 527
- CAP. LXI. De lo que sucedio à Don Quixote en la entrada en Barcelona, con otras que tienen mas de lo verdadero que de lo discreto. 542
- CAP. LXII. Que trata de la aventura de la cabeça encantada, con otras niñerías que no pueden dexar de contarse. 546
- CAP. LXIII. De lo mal que le avino à Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa Morisca. 560
- CAP. LXIV. Que trata de la aventura que más pesadumbre dio a Don Quixote, de quantas hasta entonces le avian sucedido. 572
- CAP. LXV. Donde se dà noticia quien era el de la blanca Luna, con la libertad de Don Gregorio, y de otros sucesos. 582
- CAP. LXVI. Que trata de lo que verà el que lo leyere, ò lo oyra, el que lo escuchare leer. 588
- CAP. LXVII. De la resolucion que tomò Don Quixote de ha-

Universidad de
TABLA DE LOS CAPITULOS.

hazerse Pastor, y seguir la vida del campo, en tanto
que se passava el año de su promesa, con otros successos en
verdad gustosos y bueros. 595

CAP. LXVIII. De la cerdosa aventura que le acontecio à
Don Quixote. 601

CAP. LXIX. Del mas raro y mas nuevo successo, que en to-
do el discurso desta grande Historia avino à Don Qui-
xote. 607

CAP. LXX. Que sigue al de sesenta y nueve. y trata de cosas
no escusadas para la claridad desta Historia. 614

CAP. LXXI. De lo que à Don Quixote le sucedió con su Es-
cudero Sancho yendo à su aldea. 622

CAP. LXXII. De como Don Quixote y Sancho llegaron à
su aldea. 629

CAP. LXXIII. De los agüeros que tuvo Don Quixote al en-
trar de su aldea; con otros successos que adornan, y acre-
ditan esta grande Historia. 635

CAP. LXXIV. De como Don Quixote cayó malo, y del Te-
stamento que hizo, y su muerte. 641

FIN DE LA TABLA.











